

ANTÓNIO LOBO ANTUNES

**DE LA
NATURALEZA
DE LOS
DIOSES**



De la naturaleza de los dioses

ANTÓNIO LOBO ANTUNES

Traducción de
Antonio Sáez Delgado



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@LiteraturaRandomHouse



@LitRandomHouse



@litrandomhouse

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para Maria da Piedade
Many fêtes*

PRIMERA PARTE

Me mandaron por primera vez a casa de la Señora más o menos cuando encontré al vagabundo durmiendo en el escalón de la librería y palabra de honor que solo me fijé en él en el momento en que saqué la llave de la cartera para abrir la puerta, o mejor dos llaves en la argolla con un osito de peluche al que le faltaba el ojo derecho, la buena y una segunda de la que sigo ignorando la utilidad, desde pequeña me intrigan las llaves, misteriosas, secretas, al introducirlas en la cerradura qué es lo que abren, si les preguntase

—¿Qué es lo que abris?

seguro que me inquietaría la respuesta, cuántas habitaciones tras las habitaciones que conozco, cuánto rumor de aguas negras, el mar de Cascais no se oye desde la tienda, se queda de bruces temblando en la arena, temblando

—¿Qué te pasa?

si durmiese con la persiana bajada, sin las bombillas de las lámparas y de las ventanas de los edificios, tendría miedo, la casa de la Señora enorme, el jardinero regando los arriates, sombras espíandome a través de los cristales, qué es lo que quieren, el vagabundo en una especie de saco, le digo buenos días, se encoge para dejarme pasar, dentro de poco dobla el saco, lo guarda en la mochila y se asea en las duchas de la playa mientras pongo fuera los tableros con los libros, me ayuda mi compañera, de vez en cuando una gaviota en el tejado de enfrente, entre las gaviotas nada, palomas, la heladería empieza a funcionar en mayo, cierra en octubre, nací en África, llegué a Portugal siendo una criatura, vivo con mi hijo en el interior de Cascais porque la renta más barata y aun así, tras pagarla, lo que me queda tan poco, no me acostumbro al frío, la casa de la Señora docenas de escalones de mármol desde el montón de leña hasta la entrada, balcones, terrazas, la piscina no de bruces como el mar, de espaldas, el chófer siguiéndome en silencio, el vagabundo vuelve de las duchas con el pelo mojado, no lo he visto nunca sonreír, no lo he visto nunca con nadie, se sienta en la plazuela, junto al restaurante de las hamburguesas, paso a su lado, cuando no como en la tienda, finjo no darme cuenta, al llevarle libros a la Señora el empleado

—Entra

sin ceremonia, tuteándome

—Entra

chaqueta blanca, botones de metal plateado, tal vez de la edad de mi padre pero más delgado, más fino, no ha trabajado en un embalse con los negros, recuerdo baobabs, cho

—Entra

chozas, tengo una vaga idea de mi madre en la cama

—Es la piedra del riñón

el vagabundo saca pelotas de la mochila y las lanza al aire, como en el circo, sin que ninguna caiga, en la casa de la Señora una criada con cofia exigiendo

—Los libros

sin ceremonia, tuteándome también, esto fuera de Cascais, casi en Guincho donde empieza el viento, dunas que se deshacen y se juntan, plantas con espinos, en enero el sitio donde vivimos mi hijo y yo se balancea, el empleado de la chaqueta blanca

—¿Qué estás esperando?

en el atrio, con columnas, muebles desmesurados, cuadros enormes, el techo lejísimos, un balcón alrededor donde ladraba un perrito y en el balcón más muebles, más cuadros, la sensación de que una anciana espiándome pero no estoy segura, yo al empleado, no tuteándolo, de señor

—No se preocupe que ya me marcho no estoy esperando nada

como el vagabundo tampoco está esperando nada, mete las pelotas en la mochila, prométanme que no voy a envejecer y no me dejen sola, mi hijo a la directora de la residencia

—Si ella se muere no me preocupa

que lo cree adulto y no lo es, fíjese en él, seis años, quién se toma en serio a una criatura, no la sensación, una anciana en el balcón y la anciana

—Tráigame aquí a Marçal

no por tú ni por señor, por usted, con el perrito en el brazo, torciéndose para llegar a la cara, la claridad aguda de un anillo que surgió y se marchó, instantáneo, el empleado de la chaqueta blanca midiéndome la ropa barata, el pelo, la pulserita

—Perdone que no la haya tratado como debía niña

diez horas al día en la tienda, la mitad de los sábados, la mitad de los domingos, casi ningún cliente, por la tarde el ingeniero viudo al que le falla una pierna, mirándome desde atrás

—Qué guapa

aunque la boca en silencio se entienden las palabras

—Qué guapa

sin acercarse a mí, en mi cumpleaños un perfume ceremonioso

—Lo dejo aquí en esta estantería

escapándose hacia la salida empujando la pierna con la mano

—Vamos vamos

lleva la cartilla del banco en el bolsillo, la hojea sin encontrar la página igual que tarda en encontrar la chaqueta al guardarla

—Tengo unos ahorrillos ¿lo sabía?

recuerdo a su esposa

—Estorbo

que en Nochebuena, hace dos o tres años, soltó el tenedor en el plato y lo miró, sorprendida, con el

—Estorbo

deslizándose primero por el cuello, después por el pecho, más tarde por el mantel, finalmente por el suelo, un

—Estorbo

aplastado por el peso del cuerpo que le cayó encima y el ingeniero observándola, derecho en la silla, estrangulando la servilleta con la actitud en que lo encontró el sobrino al visitarlo, con las luces del pino parpadeando sin descanso, azules, naranjas, amarillas, el vagabundo, al otro lado de la calle, esperaba a que cerrásemos la librería para tumbarse en el escalón y, como siempre, la segunda llave asustándome, yo a ella

—¿Qué es lo que abres?

si mi madre no me lo impidiese

—Cállate

recelosa de las habitaciones tras las habitaciones, cuánto rumor de aguas negras y nosotros, incapaces de respirar, allí dentro, no me cojan, no me agobien, suéltense, en la casa salones y salones, candelabros, porcelanas, platas y el viento rabioso en las ventanas, el ingeniero, bajito

—Qué guapa

hojeando la cartilla en que menguaban los ahorros, es difícil vivir, no le parece, cómo podemos con las luces de navidad persiguiéndonos, azules, naranjas, amarillas, cualquier día el

—Qué guapa

se le desliza primero por el cuello, después por el pecho, más tarde por el mantel, finalmente por el suelo, mezclado con los ahorrillos, en qué se los va a gastar, cuénteme, un perfume ceremonioso

—Lo dejo aquí en esta estantería

y la pierna escapándose, escurridiza, agobiada, la anciana en la que me pareció la última sala puesto que detrás pinos en dirección al mar, ciertas noches, en verano, puedo entender a las olas, cada una de ellas con un nombre dentro

—Fátima

yo esperando y ni una palabra más, sin acordarse de mí, la anciana recorría el perrito en el regazo con el anillo, ordenándole al empleado de la chaqueta blanca

—Puede salir Marçal

en un sillón demasiado grande para ella y me acordé de la muñeca apoyada en la almohada de mis padres en África, también derecha, también vieja, con el barniz de las mejillas estallando, la

anciana enseñándome con un gesto lento no la cara, el mundo

—Mi padre vivió aquí

puertas y puertas donde quizá sirviese la segunda llave de la librería y, si lo hiciera, cuánto rumor de aguas negras, antes de acostarse mi madre ponía la muñeca en la cómoda, entre los retratos de mis abuelos, aunque yo la prevenía

—Va a llorar seguro

y si me despertaba de madrugada sentía sus sollozos mezclados con los míos, yo delante de la Señora, con miedo a la segunda llave, decidiendo

—Voy a tirarla fuera

como tantas veces pienso

—Si no tuviera un hijo me tiraba fuera

porque, sinceramente, respóndanme con franqueza, qué hago aquí, en cuanto me viene esta preocupación pienso enseguida

—Si el médico te dijera que tienes una enfermedad grave no te llegaría la camisa al cuerpo

y no se me pegaba la camisa al cuerpo, es verdad, médicos y hospitales santa paciencia, no me pidan que vaya a la enfermería, no lo soporto, en cuanto cruzase la puerta y viese una bata a lo lejos me desmayaría, operaron a mi padre en Coimbra y no lo vi, vi el río, esperé a mi madre en la estación de trenes, al acercarse le pedí

—No me cuente nada de nada

la Señora, en el sillón demasiado grande para ella

—hace siglos que no recibo visitas

y me pregunto si en el caso de ponerla en la cómoda como la muñeca también sollozaría o solo

—Hace siglos que no recibo visitas

hablando consigo misma recorriendo el perrito, el corazón de los animales pequeños más deprisa que el nuestro, el de los pájaros por ejemplo, el de los conejos, mi madre

—Tu padre te manda recuerdos

y yo de espaldas a ella para que no creyese que me emocio, consultaba horarios rodeada de ecos, voces, humo, es el humo que me arde en los párpados, ahí tiene, no me vuelva a hablar de él, mucho humo, la Señora

—A veces me apetece charlar

objetos antiguos, fotografías, esculturas, un ángel al que le faltaba la cabeza, un santo de talla completo, venga, el manto entero, todos los dedos de los pies, le di la mitad del plátano de mi comida al vagabundo y lo rechazó, no le parecía

—Qué guapa

como al ingeniero, no me observaba escondiéndose, la Señora como si estuviese sola, supongo que en su cabeza estaba sola, quién soy yo, no era a mí a quien se lo explicaba, era a los pinos, a

las dunas

—Mi padre vivió aquí

y una sombra atravesando la sala con un rastro de puro, oblicua, con prisa

—Ahora no tengo tiempo mañana hablamos

la Señora

—Nunca tenía tiempo ahora siempre hablaba mañana

y un automóvil saliendo, no se entendía cómo venía si no dejaba de alejarse, después del crepúsculo la casa una caracola susurrando misterios, Dios mío cómo se comunican con nosotros las cosas, al darle el alta en Coimbra mi padre esperando en un banquito, recuerdo la alianza demasiado grande, negarse a comer sin una sola frase, solamente bajaba los párpados, los badajos de las cabras pastaban en el desnivel, no los animales, los badajos masticando, volvía a Cascais en autobús rodeada de sonidos, la casa en África una barraca de tablas, la profesora mulata

—Fátima ¿quién dobló el Cabo de Buena Esperanza?

viuda de un indio con pantalones cortos que también trabajaba en el embalse, perdí su nombre junto con mis chismes siendo una criatura, una semana de estas los busco porque hay cosas que me cuesta dejar, a mi madre joven, por ejemplo, el olor de la tierra cuando deja de llover y los insectos que hacen nacer los charcos, la Señora con la sombra atravesando la sala en la cabeza

—Las cenas que había aquí

el rey de Italia, el rey de Rumanía, el duque inglés que dormía en una habitación del primer piso donde lo visitaba el embajador de Alemania, cuántas habitaciones habrá tras esta habitación, cuánto rumor de aguas negras, yo frente a la Señora, escuchándola sin entender

—Por qué habla conmigo soy pobre

y el vagabundo junto al restaurante de las hamburguesas comiendo qué sé yo el qué de un cartuchito, la madre de la Señora la obligaba a besar la mano del duque inglés y yo

—¿Por qué me habrá elegido?

sin atreverme a interrumpirla, el vagabundo me da la mochila para que se la guarde, el otro día me puso una caracola en la mano, demasiado pequeña para contener el mar, o esas culebras pequeñas de las rocas, no anguilas, culebras, la profesora mulata

—Ciclóstomos

y no olvidé el término, perdí mis chismes siendo una criatura pero quedaron los ciclóstomos, digo en voz alta

—Ciclóstomos

las personas, frunciendo el ceño

—¿Perdón?

yo, avergonzada

—No he abierto la boca

ellas, desconfiadas

—Me ha parecido

y yo hundiendo los ciclóstomos en mi interior donde no se notaran, los profesores mulatos no deberían dar clases, solo son medio humanos, la dueña de la librería

—Le debes gustar a la Señora no deja de encargarnos libros

de forma que yo, con un paquete en las rodillas, en el autobús entre Estoril y Cascais a lo largo de las dunas, a ratos un chucho persiguiendo gaviotas, a ratos cardos, ciclóstomos claro que no, imagínese, quien crea que existen, allí estaba el jardín, el automóvil, el chófer dando lustre con un paño, la criada de la cofia o el sujeto de la chaqueta blanca

—Niña

no por tú, por niña

—Entre niña

la Señora, desde el fondo del sillón

—Ha tardado en llegar

yo hasta entonces sin importancia para nadie incluyendo a mi hijo a gatas con su juguete al que le faltaba una rueda, nunca hubo nada entero cerca de mí, mi padre, pasados los cuarenta, casi ningún diente en las encías, absorto, mi hijo heredó el egoísmo sé muy bien de qué parte, ojalá no haya heredado las malas costumbres, soy fácil de engañar, perdono a todo el mundo, miro y no veo, veo y no hago caso, la culpa es mía, hay un sujeto que me paga cafés

—¿Puedo pagarle el café?

mientras intenta ponerme los dedos en la manga pero quemada como estoy necesito tiempo, trabaja en una editorial, llega los miércoles con el catálogo y las fotocopias de las portadas en una carpeta

—Divorciado

asegura

—Libre como un pájaro

asegura, enseña el carnet de identidad como prueba, arrima su zapato a mi zapato y en cuanto me doy cuenta lo quito, en ciertos momentos tardeo un poco porque mi compañera, más joven que yo, sin hijos, va al peluquero, se pinta, hasta hace poco un primo, creo que nadie en este momento, atención Fátima, el abuelo de la Señora una casa de cambios, el padre de la Señora dueño de bancos, cuántas almas, por no mencionar a los perros, enterradas en las dunas con los giros del viento, cuando el viento cambie de nuevo permita el cielo que no se encuentre al de los cafés por debajo, con el zapatito listo para avanzar hacia mí, arreglándose el nudo de la corbata con gestos de ciclóstomo, perdonen la expresión, cuando menos lo espero, sin saber el motivo, me vienen locuras así, el padre de la Señora

—Te prometo que mañana hablamos

alejándose hacia subalternos que lo esperaban, atentos, curvados, el padre de la Señora dueño de bancos, compañías, ministros y en esto la lluvia fuera, no vertical, a derecha e izquierda cambiando los setos y los árboles, espero que el vagabundo bajo algún techo o al menos con una capucha y un trozo de plástico en los hombros, el padre de la Señora al cenar, torturando en silencio al tenedor esperando la sopa, la madre de la Señora sin mirarlo, joven, guapa, enfadada con qué, resentida con qué, bajo las medallitas de los santos, cogidas con un alfiler al camisón, la estrella de David que encontraron tras su muerte, durante los insomnios lo entiendo, a pesar de la distancia, las gallinas en el gallinero de mis padres en la provincia, lleno de plumas, uñas, escupitajos, la madre de la Señora corrigiendo los gestos de su hija con la ceja, el padre escocés, una pareja rubia en un marco barroco, la Señora

—Mis abuelos

en cuanto a los míos no los conocí, campesinos en una fotografía, sin rasgos, solo perfiles, yo a mi padre

—Padre ¿a qué se dedicaba su padre?

y con los badajos de las cabras, bajo los badajos de las cabras, sin distinguirse del badajo de las cabras

—Ayudaba al vicario en misa

más un taller de tonelero, más cubos cuando tocaba a fuego, más el hijo dándole un vaso de agua en la Misericordia y él

—Es la última vez que me das de beber

no angustiado, tranquilo, exactamente como he escrito

—Es la última vez que me das de beber

en la cama de la izquierda una gorda haciendo punto, en la cama de enfrente un fulano abrazado a la corneta de la mili con un borlón rojo y un borlón verde

—Lo que habré soplado

mi hijo no se parece a mí, a lo mejor el mentón, a lo mejor la frente y ni mentón ni frente, no se parece a mí, como se cambia los dientes recupero a mi padre porque las encías desnudas, a propósito de desnudas he visto al vagabundo lavarse ahí abajo, en las duchas de la playa, si él, iba a decir una tontería, estoy loca pero si él, qué insistencia idiota, un vagabundo, de aquí en adelante, el padre de la Señora torturando al tenedor, la madre de la Señora y la Señora calladas, la soledad de las mujeres me produce escalofríos, si me hubiesen hecho hombre lo agradecería, el de la corneta

—Cuando tocaba a silencio hasta los plátanos lloraban

notas tristísimas en la oscuridad y ciclóstomos fosforescentes alzándose entre las tinieblas, cuántas habitaciones habrá tras las habitaciones que conozco, cuánto rumor de aguas negras, el mar de Cascais, de bruces en la arena, se lamía a sí mismo temblando, temblando

—¿Qué me escondes?

el padre de la Señora al abuelo de la Señora, empujando papeles

—Le perdono la deuda si me da a su hija

exactamente así, sin rodeos

—Le perdono la deuda si me da a su hija

el judío secándose con el pañuelo sin que el padre de la Señora se fijase en él, con la cara desapareciendo de la cara y ninguna expresión, ninguna arruga, solo el bigote dudoso, la madre de la Señora quince o dieciséis años, dieciséis, el padre de la Señora tranquilizándolo

—No le hago nada malo no se preocupe

recogiendo facturas

—Se libra de que lo cojan y gana un yerno que lo protege

no en esta casa, en el despacho de Lisboa, la soledad me trastorna aunque mi hijo en la cama conmigo, mi compañera cogiéndole el codo al sujeto de los cafés, con la cabeza inclinada para oírlo mejor

—¿En serio?

soltándole el codo y cogiéndoselo de nuevo, más cerca de la mano, con más fuerza

—No sé si creer en lo que se inventan para cogernos

el dedo precavido de la Señora asegurándose de los pendientes

—Mi abuelo tuvo que asentir claro

con el perro alborotándose en su regazo

—No deja de soñar

el judío discutiendo con su esposa en un apartamento del cual el padre de la Señora mandó sacar lo de dentro, lo trajeron, una semana después, cuando el judío aceptó, junto con un servicio francés, candelabros nuevos, cortinas nuevas, un piano

—Con los saludos de su yerno

la madre de la Señora sin entenderlo

—¿Casarme?

mis padres a mí nunca me visitaron, no sé si los echo de menos, he crecido, si tuviese les pagaría el viaje y después dónde dormirían, no hay sitio, hay momentos en que los quiero y momentos en que regular, recuerdo que no lloraba, no era que no me entrasen ganas, las lágrimas no salían, mi tía

—¿No gana peso la niña?

y yo enfadada por no ganar peso, un día empezó a dolerme el pecho, dos granitos que se hinchaban bajo la piel, el judío tranquilizando al padre de la Señora

—Ella dice que no quiere casarse pero no se preocupe que se casa

y el padre de la Señora casi divertido, no casi divertido, divertido, dueño de bancos, empresas,

ministros, sonriéndole a una chica que tomaba nota, compartiendo con ella la diversión, necesito un cepillo de dientes para mi hijo con un ratón Mickey en la punta, al menos con el bicho se entretiene, el padre de la Señora

—Tranquilo que no me preocupo es evidente que se casa

años después la madre de la Señora en el tren a Madrid con un hombre, esperando a salir, maletas encima de ellos en una red, la madre de la Señora con gafas oscuras y un pañuelo en la cabeza, gente esperando en el andén, un viejo trotando sacudiendo una banderola, mi madre a mi padre

—Deberías comprarte una dentadura en la feria

ensartadas en una cuerda, por tamaños, en los puestos de los gitanos, con anzuelitos de alambre, para agarrarlos a las encías, que ayudaban a encajar aquello sujetándose al hueso, la puerta del compartimento se abrió en el momento en que el hombre sacaba la pitillera y el padre de la Señora en el escalón, tranquilo, simpático

—Vamos para casa Raquel

a medida que un suspiro de vapor apagaba al viejo de la banderola y el vagón empezaba a menearse, ya se han dado cuenta de que los objetos, cuando les da la gana, se desplazan sin ayuda, todo quieto y una taza vibrando, o un cenicero, o un plato y no es el viento ni somos nosotros, no se sabe, no me vengan con almas en pena, son las cosas y ya está, o el eje de la tierra que se ha torcido, todo se gasta y cede, el padre de la Señora al hombre que lo miraba con la pitillera abierta, afectuoso, casi cómplice

—¿Puedo dejarte en algún sitio João?

el de los equipajes, doblado sobre las maletas

—¿A su coche señor?

se entiende que el eje de la tierra alterado porque la ventana no a la carretera, a la cuesta que antes no se veía desde allí, sembrada de cabañas y restos de una grúa, cuando los objetos se agiten de nuevo la carretera de vuelta, vuelve a lo que fue, es la vida, buscamos lo que sigue y encontramos el principio, mi padre se probó una de las dentaduras postizas, mi madre

—Estás mejor

y lo estaba, la chaqueta le quedaba mejor, un botón que faltaba de repente en su sitio, la corbata sin las arrugas de los nudos anteriores y sin embargo el precio de la dentadura no compensaba la elegancia ni aliviaba la molestia del hígado

—Si me mejorase la vesícula la compraba

de modo que la belleza de mi padre volvió a la cuerda del puesto entre majestades desdeñadas, me acuerdo del grupo bailando en un estrado, o sea parejas con las manos arriba dando saltos con zuecos enormes, un dúo perdió el paso y lo corrigió deprisa, el padre de la Señora entre la madre de la Señora y el hombre, charlando con los dos, una de las manos en su cintura, otra en el cuello

del infeliz protegiéndolos a ambos, un policía se cuadró sin que él le respondiese, creo que mi padre aún hoy pensando en la dentadura con ganas de morder el mundo, la Señora

—Mi padre no me mencionó el asunto me lo contó mi madre muchos años después se limitó a cambiarse a otra habitación él solo, cuando el rey cumplía años se le aparecía

—Desnúdese

no

—Desnúdate

el padre de la Señora completamente vestido

—Desnúdese

y se quedaba vestido delante de su esposa desnuda con el puro en la boca, echando la ceniza en el suelo

—La ropa interior también

dejaba el puro en el borde de una cómoda

—Tumbese

y ni siquiera se descalzaba, ensuciando la sábana con los zapatos, al acabar se miraba la camisa, buscaba un billete o dos en los pantalones dejándolos caer junto a la ceniza

—Cójalos

y salía sin fijarse en la madre de la Señora que se estiraba para dárselos

—Cómprese aderezos de puta con eso

cerrando la puerta con la suela mientras el mar de Guincho inofensivo y las dunas sin sepultar a nadie, la Señora a mí

—Vuelva mañana estoy cansada

alisando los sueños del perrito con el anillo, observando la ventana donde la tarde empezaba a diluirse en tonos rosados y violetas y una rama de sauce avanzaba por la tarima como un mendigo que pide, la Señora se levantaba, solitaria, en el interior de la casa a medida que yo la dejaba, el salón con sus muebles, sus cuadros, sus tesoros tan caros de repente inútiles, el padre de la Señora encerrado con la segunda llave de la argolla que ahora sé para qué sirve, negra, torcida, adornada con el osito de peluche al que le faltaba el ojo derecho, fui yo quien le dijo

—Tome

yo quien le dijo, al dársela

—Es suya

él fallecido hace años, antes de que yo naciera y sin embargo yo dándosela

—Es suya

exactamente como pone aquí

—Es suya

y el guardándosela en el chaleco, sentándose en el despacho con los ojos muy pobres a pesar de

ser dueño de bancos, empresas, ministros, el padre de la Señora mirándome, dejando de mirarme, olvidándose de mí, escondiendo la cara en las palmas repitiendo el

—Estoy cansado

de la hija, con el puro en los dedos, con el retrato de un presidente extranjero a su izquierda mientras el mar de Guincho, de bruces en la arena

—¿Qué me escondes?

el padre de la Señora eligiendo una dentadura en el puesto de la feria y metiéndosela en la boca, sobre sus dientes auténticos, devorándose a sí mismo.

No creo en Dios, cómo podría hacerlo, cuando lo he necesitado no estaba y no me refiero a problemas importantes que le diesen trabajo, me refiero a la primera vez que fui mujer, por ejemplo, agachándome en la huerta entre las matas de judías, rodeada de saltamontes y abejorros y gusanos, el mundo erizado de pinzas, patas, alas, mandíbulas y cuando los dolores aflojaron no pensaba

—¿Qué me está pasando?

pensaba

—¿Quién soy a partir de hoy?

porque mi cuerpo raro, si se lo imaginara el prior seguro que no me daría la comunión, qué he hecho mal, dónde habré pecado, mi abuela

—Las mujeres han nacido para sufrir

y es verdad, Dios es hombre, piensa como un hombre y lo disculpo por no entenderlo, lo que no le disculpo es el rollo de las tardes de domingo frente al televisor antiguo que me regaló la dueña de la librería al comprar el nuevo, mi cumpleaños es en julio, a cada rato se va la imagen, veinticuatro de julio, le doy unos golpes y sale desenfocada, cómo estará hoy el embalse donde trabajaba mi padre que sigo sintiendo el agua creciendo y bajando en mí y la negra de las pulseras de goma, que se ocupaba de la cocina con mi madre, llamándome desde el jardín

—Fatinha

mi padre entrando en casa, olisqueando por todos lados

—Huele a negro que echa para atrás

y no creo en Dios porque no me hace caso como tampoco me lo hacía el padre de mi hijo, me buscaba por la noche en la oscuridad y siempre me hacía daño, me pesaba en el pecho, tardaba en soltarme, y yo

—¿Cuándo acaba esto cuándo acaba esto?

contando para mis adentros los coches en la carretera

—Cuando llegue a quince te empujo

a cada coche doblaba un dedo y dónde estaba Dios en esos momentos, les sumaba las motos y el triciclo del inválido del piso bajo para aumentar el número, la claridad de los faros en el techo descubría manchas de humedad desconocidas, mi hijo a nuestro lado, con el chupete para abajo y para arriba, más deprisa a medida que su padre se acercaba al final, alucino con las herencias de

los niños, la Señora a mí

—Se ha retrasado media hora

ofendida, con el chal de seda, recelosa de las traiciones del otoño, se veían las mareas de septiembre en medio de los pinos, me libré del zapato del vendedor en la pastelería para no tener que coleccionar de nuevo automóviles pero los dedos no me sueltan la muñeca, el padre de mi hijo se marchó hace un año y pico, su padre día, la Señora

—Detesto la falta de puntualidad

su padre diabético, con una catarata en un ojo no me acuerdo si este o el otro igual que Dios no se acuerda de mí o es que entonces no existo, una ola más fuerte exasperó a los rosales tan, este, me acordé, sensibles siempre, el vagabundo nunca me dijo su nombre

—Buenos días

y eso era todo, incluso al cerrar la tienda, con las luces encendidas en la plazuela

—Buenos días

no charla, no da las gracias, no pide, si le damos lo que quiera que sea lo rechaza, la Señora a mí

—Siéntese

en el silloncito que mandó colocar cerca del suyo, esperando, me faltan media docena de azulejos en la cocina y un taco de la tarima que he disimulado con un trozo de corcho, al final de los arriates una pista de tenis donde incluso en verano no juega nadie, antes el padre de la Señora con los amigos y la madre de la Señora, con una boquilla larga, bajo una sombrilla violeta, alrededor de mi edificio hierbajos, matorrales, una bicicleta sin manillar que se van comiendo los arbustos, si nos entretenemos en el mismo sitio nos devoran bocado a bocado, pies, piernas, cintura, el silencio de la boca tarda más en salir, por ejemplo el del compañero de tenis del padre de la Señora cuando el padre de la Señora, entre dos pelotas

—Quiero el cincuenta y uno por ciento de su cementera

sin interrumpir el partido, fue el otro quien se quedó inmóvil, mirándolo, no sé si me gusta venir a la casa de la Señora, no sé si me cae bien, a veces me asustan su expresión, los modos, el padre de mi hijo no nos busca, no llama, no manda dinero, me han dicho que su padre la catarata en los dos ojos, en una silla de mimbre jugando con los pulgares, el padre de la Señora a su compañero de tenis

—No me gustaría tener que cortarle el crédito y que la fábrica cerrase

el compañero falló una pelota, dos pelotas, avanzó un paso hacia el padre de la Señora, dejó caer la raqueta y abandonó el partido, docenas de barcos anclados en la bahía, gaviotas en la muralla, veinticuatro de julio a las siete de la mañana, dos quilos novecientos, el vagabundo, sin pelo, tardé en respirar, caminando por la arena, armado con una caña, enredando con las algas, las piedrecitas, siempre con perros alrededor, el compañero llamando a una criatura de rojo, debía de

ser guapa yo, toda arrugada, que la Señora encontró en el despacho

—Vámonos Teresa

la criatura de rojo equivocándose con los broches de la blusa, buscando un pasador, el padre de la Señora a la Señora

—Saluda a la tía Teresa niña

los perros iban y venían por la playa, olfateando, ladrando, uno gris, con una llaga en el lomo, persiguió a un charrán hasta el agua y se detuvo a esperarlo, manchas de gasoil, pajas, tengo una amiga en la boutique de al lado de la librería que se llama Celeste, casada con un caboverdiano, no tiene hijos no por ella, por él que está en el médico con inyecciones y el médico

—No pierda la esperanza amigo mejorará

Celeste

—Hasta ahora no lo ha hecho pero es posible ¿no te parece?

el padre de la Señora a la criatura de rojo

—El amor por su marido me conmueve pero la respuesta es no

y puede que sea posible, qué sé yo, las inyecciones sirven para algo sobre todo si duelen, es señal de que el organismo reacciona, Celeste

—Es lo que me han explicado en la farmacia deberías haber estudiado

el perro volvió del agua desilusionado, lento, a lo mejor viajó también desde Cabo Verde, cualquier día le pego un porrazo al televisor y la imagen nanay, también mueren, las máquinas, en las traseras del edificio frigoríficos, ventiladores y cocinas abolladas, la criatura de rojo retrocedió en el pasillo y una última puerta cerrándose estruendosamente, bandadas de pájaros de colores en el agua del embalse, en África, el padre de la Señora al compañero de tenis que firmaba contratos con el bolígrafo chirriando

—No se ponga nervioso

el padre de la Señora, elogioso

—Me gusta su sensatez

con la mano tendida y el otro, en agonía, apretándosela

—Lo espero el sábado para nuestro partido

y la criatura de rojo presenciándolo al lado de la madre de la Señora mientras el compañero de tenis fallaba pelota tras pelota, el padre de la Señora con una sorpresa inocente

—¿Qué es lo que le pasa?

bandadas de pájaros de colores en el embalse, de eso me acuerdo y docenas de mirlos en el jardín de Cascais, Dios ausente, lógico, no me vengán con historias, qué se espera de Él, Celeste

—Quizá sea mejor así un bebé mestizo ¿no?

La criatura de rojo embarazada, el padre de la Señora

—Enhorabuena

la madre de la Señora escondiendo sospechas en el abanico, la Señora

—Por increíble que parezca me gustaba mi padre

en un aliento de niña, el sol me estorbaba y distinguía mal su trazo, intuía el perfil de una mujer mayor, suspendida en la luz, rodeada de muebles enormes, tropezando con la criatura de rojo cuando no estaba la madre, me dio miedo que el vagabundo se metiese mar adentro, que los perros despedazasen la mochila abandonada, el diabético

—¿Qué hora es?

y qué hora es de hecho, en el reloj de la librería, averiado hace siglos, eternamente las cuatro de la tarde y por consiguiente la negra, con las pulseras de goma, que trabajaba en la cocina, impregnando con su olor el olor del cocido, empezaba la cena, la Señora, aérea en la luz, aumentaba y mermaba al ritmo de las cortinas, llegando hasta mí y alejándose, solo deseo que no me abandonen los pájaros de colores, me apetece, qué sé yo por qué, escribir madre, ya está, madre, madre, el padre de la Señora con la raqueta en la mano y muchos árboles alrededor de la pista de tenis cuyo nombre desconozco, también muchos mirlos, no docenas como creía, cientos, miles, para la madre de la Señora miles, miles de mirlos y miles de criaturas de rojo, si el tren hubiera partido un hotel en Madrid, el hombre de la pitillera descorchando el champán y la madre de la Señora con una bata transparente, viéndolo mejor solo algunos árboles y algunos mirlos, las tonterías que se inventa la gente, el padre de la Señora inclinado sobre el capazo del bebé de la criatura de rojo dentro del cual sonajeros

—Igualito a su padre

y el compañero sin atreverse a mirarlo, escondiéndose en el panamá lo mejor que podía con la esperanza de que la sarga lo ocultase, se sacó de los pantalones un pañuelo que le agitaba la mano, son los pañuelos los que nos agitan, no somos nosotros los que, Celeste, con un hilillo de voz

—A veces después de estar con el negraco me apetece lavarme

y callándose arrepentida, una hora y media entre el sitio en que vivía y la boutique, autobús, metro, tren y por tanto envejeciendo deprisa, tendones en el cuello

—Fíjate en mi cuello

arrugas bajo el mentón que no engañan a nadie

—No engañan a nadie ¿verdad?

obvio que no engañan a nadie pero si te tiñeses el pelo puede ser que lo disimulase, no sé, el compañero de tenis buscó al padre de la Señora en el banco, esperó en una salita, con las rodillas juntas, examinando el tejido de los pantalones, sin cruzar la pierna por corrección, el padre de la Señora, invisible, con una chica rubia que entraba y salía y ni se fijaba en el compañero de tenis, el compañero de tenis

—No existo

y de verdad no existía, el padre de la Señora a la criatura de rojo

—Idiota

y la criatura de rojo de acuerdo, en cuanto el marido intentaba ahogarla lo rechazaba

—Ten paciencia

que traigo un peso en la cabeza, estoy exhausta, mañana me levanto a las siete, su cuerpo de espaldas, con un hombro al aire y señales de dedos en la raíz de la nuca que la pantalla rosa de la lámpara aumentaba, la Señora a mí

—Si cree que mi marido fue un canalla a veces creo que fue un completo canalla
el padre de la Señora a la chica rubia

—Mande entrar a ese pesado

de manera que lo oyese el compañero de tenis, sus dedos, que no apretaban la nuca de la criatura de rojo, se trituraban vencidos, se notaban las articulaciones, se notaban los huesos, si jugasen el uno contra el otro el compañero de tenis ganaría pero no sería capaz de llamar torpe al padre de la Señora porque el padre de la Señora enseguida

—Cállese

sin las palabras pero

—Cállese

antes de que el

—Torpe

viniese, de modo que el compañero un reconocimiento embarazoso

—Gracias por permitirme ganarle

cuando no me permitió ganar, el cabrón no tiene talento, el compañero con pánico a que se notase el

—Cabrón

impidiendo que saliera apretando la boca, sustituido por el

—Gracias por permitirme ganarle

construido letra a letra con un nerviosismo de condenado y las sílabas muy grandes, difíciles de alinear, la voz del padre de la Señora a la chica rubia que entraba y salía sin fijarse en el compañero, no existo, vale, convéncete de que no existes y aceptó que no existía, no estaba, la criatura de rojo, al repelerlo

—No estás

y en su cabeza

—No estoy

salvo por la voz del padre de la Señora

—Mande entrar a ese pesado

mande entrar a ese pesado con las rodillas juntas, humilde, tenso, la chica rubia alargando la

boca hacia el despacho y ninguna frase, ninguna consideración, la Señora a mí

—Me la he encontrado un montón de tardes en esta casa

la criatura de rojo diecinueve, veinte años, como ella más o menos, además de un curso o dos en el mismo colegio, la Señora recordaba trenzas con lazos con lunares y que la otra se reía de ella

—Piernas de alicate

recordaba pensar

—Se lo voy a contar a las monjas

y no se lo contaba, el chófer venía a buscarla a las cinco, si los lazos cruzasen la calle ordenaría

—Atropélela

los ojos del chófer en el retrovisor

—Tiene cada idea la niña

un automóvil como ese fuera pero el chófer diferente, se casó con la costurera y la costurera a la Señora, rabiosa porque quien le gritaba piernas de alicate no quedase aplastado en la calle

—¿Por qué dice que mi marido es desobediente?

con los tobillos hinchados por un problema en las venas, la Señora

—Voy a decirle a mi madre que os despida a los dos

vigilando a un pardillo que se pesaba en una rama, cuántos kilos pesan los pájaros, golondrinas, tordos, gorriones, la Señora a mí

—¿Me cree mala?

decidiendo sin estar segura

—A lo mejor lo cree ¿no?

y yo sin responder porque Celeste una pregunta seria

—En mi lugar ¿te divorciarías?

que necesitaba un razonamiento largo y no soy un hacha razonando, las soluciones o me llegan de repente o no las encuentro nunca, ignoro si esto en mí es cualidad o defecto, mis padres no pensaban, decidían al azar y después se arrepentían, mi madre

—Desde luego soy tonta

el padre de la Señora, anotando un informe, al compañero de tenis

—¿No me diga que se ha gastado el dinero que le pagué por la cementera y viene ahora a pedir la limosna de un empleo?

con la chica rubia de pie a su lado, una pulsera idéntica a la de la criatura de rojo, una copia del mismo collar, hasta el corte de pelo se parecía, la ropa aseguraría que con la misma etiqueta y probablemente señales de dedos en la raíz de la nuca, el padre de la Señora levantando medio párpado

—¿Cómo me pide que le saque las castañas del fuego si no vale un pimiento?
no irónico, incrédulo, el bolígrafo abandonado sin prisa, la Señora, en secreto

—No me atrevo a condenar a mi padre
dejando, Celeste, dejando al perro en la alfombra

—Nadie se ha atrevido

Celeste en la vitrina de un establecimiento del Centro, encantada con una mesa de ajedrez
horrorosa

—No conoces a mi familia ni siquiera con un caboverdiano aceptan divorcios

la Señora se apartó de la costurera a la pata coja, manteniendo el equilibrio sobre una de las
piernas de alicate, en medio del pasillo cambió de pierna con cuidado de no pisar las rayas que
separaban las tablas, si las pisase servirían natillas en la cena, si no los pisase tarta de fresa, la
madre de la Señora

—Con tanto pobre hambriento era lo que faltaba que no te comieras las natillas, siete
cucharadas como mínimo

el padre de la Señora fumando, toda la vida hablaría con ella mañana, se lo prometía

—Te lo aseguro

y se ausentaba de nuevo, le tiraba de una trenza

—Te lo aseguro es te lo aseguro

y se le olvidaba, los perros del vagabundo lo cambiaban por una gaviota con un ala rota que se
erizaba para ellos, feroz de miedo, y que una ola se llevó, dejando un surco en la arena, hecha de
la materia de los delfines de juguete que le metían en el baño

—Ahí tiene sus peces

con la idea de mantenerla entretenida mientras la enjabonaban

—Cierre los ojos con fuerza

porque la espuma picaba y la Señora cerrando los ojos con fuerza delante de mí, me quedé
siglos en la muralla con la esperanza de que regresara la gaviota y no volví a verla, los tesoros
que he perdido con los años, ayer, por ejemplo, me vino el camión de mi madre de cuando yo era
pequeña, descosido en el hombro y su piel a la vista, mucho más desnuda que si estuviese
desnuda, remiéndelo, que me impresiona, antes o después la gaviota llegará a la costa entre tablas
y cola, mi padre en el cubículo del embalse girando volantes, con un negro ayudándolo

—Esto cuesta niña

y el negro, descalzo, con un júbilo hueco, no he conocido negros tristes, mientras la Señora, con
un paso elástico de hada, tocaba el sapo de la cómoda transformándolo en príncipe

—Despierten

el padre de la Señora frunciendo la nariz hacia la chica rubia

—Mala

que le devolvía el gesto

—Malo

entreteniéndose en el compañero de tenis, entre la decepción y la indulgencia

—Como somos compadres quizá le encuentre algo

y los malos para acá y para allá entre bromitas, Celeste subió del ajedrez

—Mis hermanos me mataban

no creo en Dios, cómo podría hacerlo, siempre que lo he necesitado no estaba, debe de pensar mal de mí o ni siquiera se molesta, no soy importante, no cuento, mira mi padre, antes de irse a la cama, en cuclillas aquí fuera más la pipa, espantando abejorros con el dorso de la mano, mi madre, que se limpiaba la falda

—Leandro

y la respiración profunda de la tierra, además del vagabundo un mendigo cogiendo con una bolsa algo que yo no distinguía, el compañero de tenis en la contabilidad de la cementera donde los trabajadores no se levantaban cuando entraba, el retrato de su abuelo, que había fundado el negocio, quitado de la pared, la Señora despacio, no a mí, a sí misma

—Y las personas lo aceptaban

satisfecha con el recuerdo de los delfines, guardó uno en un cajón de la habitación hasta que su marido, con el animal en la mano

—¿Qué es esto?

sin órbitas de los ojos ni aletas, solo con la mitad de la nariz, ninguna cómoda vuelve a ser príncipe, solamente madera, intentó desplazarse a la pata coja para robar el pez

—Es un juguete mío

pero había perdido el entusiasmo y la levedad, decretó desde el interior de una lágrima secreta que su marido no lo notaba, durante toda la vida no notó ninguna lágrima

—No vuelvo a ser hada

el marido arrugándose

—¿Hada?

el proyecto de divorcio palideció en Celeste ante una zapatería

—Mira esas sandalias

y se avivó de nuevo con la etiqueta del precio, seguro que mi madre conserva en el baúl el camisón amarillo, casi blanco después de tantos lavados, o mejor blanco en unos sitios y amarillo en otros, si la sumergiera en un barreño se desharía, la pipa de mi padre infinita, una quema en el horizonte, el puesto de socorro iluminado con el enfermero indio dentro, ningún frasco de jarabe, ningún algodón en el bote, las noches un silencio espeso saturado de ruidos y con tantas voces mezcladas llamándome no escuchaba más que a las lechuzas y las conversaciones de los muertos, al venirnos el indio se quedó, con la bata y el turbante, despidiéndonos en el porche, me volví

antes de la curva y allí seguía, lo que se mantiene de la infancia son imágenes así, la Señora

—Si por mí fuera no me casaba con nadie

aunque la misma edad Celeste mayor que yo, inclinada sobre las sandalias gastando las pupilas

—¿Qué tal si le ponemos mi vestido verde?

la Señora en dirección a la ventana

—Con nadie

con el perfil claro sobre los árboles, exactamente lo que yo debería haber hecho y no hice, resultado mi marido se esfumó, no visita a su hijo ni por navidad y en cuanto a pensiones no me hagan reír, seguro que se ha buscado a una idiota como yo que lo mantenga, lo que más hay son idiotas, era camarera en el restaurante del padre, afirmaba él, si pasase por allí

—¿Arménio?

mi suegra, el perfil de la Señora claro sobre los árboles, la impresión de que por dentro una especie de melancolía pero es evidente que una tontería mía, por qué motivo melancolías, mi suegra entre sartenes

—Hace un mes que no lo veo

en medio de vapor y hollín, con un trapo anudado a la cocorota, la hermana de mi marido cuidaba viejos en un hogar, docenas de mandíbulas rechinando, la simple idea de darles la mano me revuelve las tripas, la Señora, delante de mí

—Con nadie

y ninguna melancolía, la actitud de quien manda en el mundo y mandaba, soy una burra, me preocupa que el vagabundo solitario, hay momentos en que me descubro a mí misma pensando en él durante los descansos, dónde está, qué hace, aunque siempre esté y no haga nada, no lo veo hablando, no lo veo comer, el compañero de tenis dejó de jugar con el padre de la Señora, la criatura de rojo desapareció de la casa, el padre de la Señora a la madre de la Señora

—Es una cuestión de principios no darle confianza a los subordinados

mientras el empleado de la chaqueta blanca cambiaba el vino, después del jardín un pinar hasta la carretera que bordeaba Guincho y el viento no en los troncos, arriba en las copas donde empieza el cielo, el sujeto de la editorial en la pastelería

—Corriendo el riesgo de que no me crea la he echado de menos

limpiándose la boca, con la servilleta de papel en una cajita cromada, coges una y sale inmediatamente otra, intenté ese milagro y no lo conseguí, no son mi especialidad, los milagros, además en cuanto a especialidades ya hemos dicho todo, cómo se hacen, el mar de Guincho no olas tras olas, un ruido continuo, si mi hijo me despierta gritando lo mezo un poco y se tranquiliza, cambia de sueño y ya está, Celeste

—Con mi vestido verde

no, Celeste

—¿Mi vida va a ser siempre así?

y en lugar de responder

—¿Cómo te gustaría que fuese?

me callo como me callo con la Señora, me limito a escuchar, no son los libros los que le importan, es una persona, da igual cuál, incluso una paleta como yo, que la escuche, la dueña de la librería

—Escúchala el tiempo que te dé la gana siempre le mando los tochos más caros

de manera que yo semanas y semanas en un salón demasiado grande para mí, regresando casi de noche a Cascais en el autobús que traqueteaba al viento y notando cómo crecían las dunas, mi padre, en África con todos los dientes, en cuclillas, fumando

—¿Sientes la lluvia?

y la negra de la pulsera de goma disminuyendo a lo largo del muro del embalse, el padre de la Señora a la Señora

—Te casas en octubre

con el vestido verde y los zapatos del escaparate del Centro que impiden los divorcios, el marido de la Señora enseñando el delfín

—¿Y has conservado esta porquería toda la vida?

heredero de otro banco que administraba el padre de la Señora, más fábricas, más empresas, más tierras, deformando el pescado

—¿Te importa que lo tire a la basura?

y la Señora, con piernas de alicate, dirigiéndose a la pata coja hacia él sin lograr agarrarlo porque después de los diez años no lo conseguimos debido a que las distancias aumentan; kilómetros y kilómetros separando las cosas por no mencionar los músculos independientes de nosotros, huesos reacios, tendones endurecidos, la Señora informando al padre de que prefería el sapo de una cómoda transformado en príncipe y el padre levantándose, el vagabundo, lentamente de sí mismo

—¿Un príncipe?

del mismo modo que el vagabundo a lo mejor un príncipe y el restaurante de las hamburguesas un palacio disfrazado, la Señora, ya he oído historias más insólitas, y la madre de la Señora en el sofá, pavos reales, cigüeñas, qué país de seres alados el nuestro, solo le faltan avestruces y murciélagos como los de África, en Portugal pequeños, somos modestos en lo que se refiere a murciélagos, la sierra de Sintra con nubes en la cima, la Señora y la madre de la Señora en el sofá, gente en el pinar, sobre una manta, comiendo, la madre de la Señora llamó al empleado de la chaqueta blanca

—¿Quiénes son esos Marçal?

el empleado de la chaqueta blanca observando por la ventana

—Parece que están comiendo señora

el novio de la Señora sustituyó al compañero de tenis y la chica rubia a la criatura de rojo, la esposa del embajador francés, siempre con guantes, a quien el padre de la Señora miraba entre dos jugadas, como una Venus sobre una montaña de piedras en el centro del estanque, con una concha erguida, el padre de mi hijo siempre me hacía daño y yo contando los coches en la carretera

—Cuando llegue a quince te empujo

la madre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—Dígales que no los quiero ahí porque ese pinar es mío

sumaba a los coches las motos y el triciclo del inválido del piso bajo, con las muletas a los lados del asiento, normal hasta la cintura y después de la cintura pantalones marchitos y varias botas dobladas en la punta, antes de empezar a jugar el padre de la Señora le daba la toalla a la esposa del embajador

—Usted me da suerte

y la esposa el embajador acariciándola sin prisa, llevaba los zapatos que Celeste envidiaba, el empleado de la chaqueta blanca, y un vestido casi verde, es decir, perla, un vestido casi verde disfrazado de perla, si invitasen a Celeste

—Prácticamente el mío ¿te has fijado?

feliz de que prácticamente el suyo, feliz de que el suyo, me dan miedo las escaleras mecánicas del Centro que empiezan derechas un metro o dos y de repente, lo que inventan los americanos, se transforman en escalones hasta hacerse planas de nuevo y desaparecen por una ranura metálica, me quedo esperando un tiempo, como al borde de una piscina, calculando el momento menos peligroso para aventurarme, agarrando con todas mis fuerzas el pasamanos, al llegar arriba me salvo con un saltito feliz, si un día viajo en avioneta y la avioneta se cae, con la suerte que tengo es natural que no muera lo que me obliga a creer que Dios tal vez exista y al necesitarlo está alerta, parece que no pero lo está, el empleado de la chaqueta blanca, al liberarse del triciclo el lisiado, con tanta pierna, tanta muleta, tanta bota, como una araña confusa, la esposa, normalísima, esperando cada tres pasos, le llama Dirceu y Dirceu perfecto, no puedo explicarlo pero Dirceu perfecto, quien lo conoce está de acuerdo conmigo, no le inventaría otro nombre, el empleado de la chaqueta blanca rodeó los parterres, el invernadero, el par de árboles de la China al borde del jardín, abrió la cancela que da al pinar, se acercó a la manta de la familia, con cestos, marmitas, cubiertos, apuntó a la cortina desde donde lo espiaban la madre de la Señora y la Señora, habló, escuchó, volvió a hablar, volvió a escuchar, un niño le ofreció una croqueta de gallina, un hombre le señaló la cuchara, un segundo hombre le quitó la croqueta de gallina al niño, la blandió en dirección a la casa y el empleado de la chaqueta blanca empezó el camino de vuelta vencido, rascándose la oreja, mientras el segundo hombre gritaba, el empleado de la chaqueta blanca cerró

la cancela como si fuera una caja fuerte, pasó un discóbolo de mármol, la pérgola, la Venus con su concha en alto, se borró en el ángulo del invernadero y surgió en la sala, la madre de la Señora a él

—¿Ha hablado con ellos Marçal?

el empleado de la chaqueta blanca con voz prudente

—Sí

ojalá el vagabundo no se vaya nunca, si se marcha yo, qué estupidez, si se marcha yo nada, tengo el empleo, tengo amigas, tengo al que me invita a cafés, la madre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—¿Los ha avisado de que el pinar es mío y de que no les he dado permiso?

el sujeto de los cafés con el cual sería posible, con el cual quizás fuese posible si me olvidase del padre de mi hijo que a pesar de todo, soy tan cretina, permanece en mí aunque yo deseosa de llegar a los quince y expulsarlo, la madre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—¿Y qué respondieron ellos Marçal?

el empleado de la chaqueta blanca retrocediendo un paso, avanzando un paso, abriendo la boca, arrepintiéndose, abriendo la boca de nuevo, el empleado de la chaqueta blanca, tras una pausa interminable, consiguiendo un murmullo

—Han respondido que

la madre de la señora, imperiosa

—Así no lo oigo Marçal

y el empleado de la chaqueta blanca, de repente decidido, todos tenemos que morirnos, verdad, cerrando los ojos ante el abismo y precipitándose en él con la voz llena

—Han respondido que se joda la señora.

Cambia de color, el mar, azul, gris, verde, blanco, casi amarillo ciertas tardes de agosto, cuando no hay nadie en la playa, solamente las dunas y los arbustos y, en lo alto, la casa, encaramada sobre el viento con los pinos y las estatuas, supongo que de noche negra, imprecisa, aún más grande y la Señora en el centro de sus salones, de sus pasillos, de su silencio, la Señora sola en el sillón, creyéndome con ella, las rosas junto a los cristales y un mirlo entre dos troncos

—Mi padre tuvo que apartar a mi abuelo de los negocios

que los mochuelos acechaban mientras la concha de Venus goteaba en el estanque fragmentos de un discurso sin nexos, díganme una fuente como ejemplo que articule párrafos en condiciones, el mirlo eligió un balcón, eligió otro, acabó desapareciendo en una copa que cerró la mano sobre él, cuántos animales perdidos, vampiros, pegasos, ángeles, se esconderán en los árboles, la dueña de la librería intentó darle un saco de dormir nuevo y el vagabundo lo rechazó, el anillo de la Señora subió desde el perrito y volvió al perrito

—Mi abuelo murió sin haberle perdonado

no un banco todavía, un banco como si el abuelo de la Señora incapaz de un banco, sin conocimientos ni estudios, el vagabundo, con la mano tendida

—No

al principio vendía periódicos y lotería, prestaba dinero en el barrio, no se imaginaba que el mar tantos colores, por la mañana, debido a las algas carmín que abandonaba en la playa al llegar la marea baja, una especie de vestido que se queda en la arena al marcharse desnudo, el abuelo de la Señora, de quien no se conocía padre, solo la madre, que hacía la limpieza en la iglesia, esto lejos de Cascais, en Lisboa, Cascais en esa época olivos, campos y un tren con mala suerte, agitado por el viento, que llevaba a nadie, al volver de la mili el padre de la Señora, hay quien lo recuerda en el barrio, aumentó los intereses y transformó el negocio

—Transformó el negocio contra la voluntad de mi abuelo

y aunque en la carretera automóviles y el triciclo del inválido la escuchaba perfectamente, mezclada con voces por encima y por abajo más las pantuflas del insomnio de un vecino y un llanto de criatura a lo largo de mi cuerpo, es mi hombro el que llora, son mis riñones los que caminan, siento una palmera en cualquier punto de mí, ni en África me fijé en ellas, evidentemente algodón, pitas que no terminan como el vagabundo no termina de responder

—No

rechazando regalos, comida, existo al decirle

—Buenos días

e inmediatamente después no estoy, Celeste

—Creo que no te ve

la gente confiaba su economía al padre de la Señora y el establecimiento un piso, un edificio entero, dos edificios, yo, enfadada con Celeste

—¿No me ve?

mientras el vagabundo en dirección a las duchas sin darse nunca la vuelta, no vas a tener hijos Celeste, envejeces sola, el abuelo de la Señora al padre de la Señora

—¿Qué estás haciendo?

con tres empleados ya, cinco empleados, seis empleados

—¿Usted sabe lo que es un banco?

la viuda de un comandante, de la edad del abuelo de la Señora, sábanas añil, cojines añil, una pantalla añil en el cabecero, ahí está lo que yo decía sobre los colores del mar, azul, gris, verde, blanco, casi amarillo ciertas tardes de agosto

—Te quiero más que yo qué sé

ayudándolo

—Ven aquí mi bebé

y los colores confundidos, en octubre los patos silvestres pasan camino de Marruecos, oscuros, con el pescuezo más claro, se entretienen en el Tajo, con el pico tendido, parten de nuevo atravesando Guincho a lo largo de las ruinas de una capilla, con una hembra, o una viuda del comandante, con un abrigo que fingía piel, delante, la viuda del comandante al padre de la Señora, observándose el pecho en el espejo sosteniéndolo con los dedos

—En tu opinión ¿estoy vieja?

yo, por ejemplo, empiezo a estarlo, estas arrugas en los párpados y estos pliegues alrededor de los labios no mienten, algo en la rótula, me parece, digestiones lentas, treinta y seis años ya, el padre de la Señora a la viuda del comandante, abrochándose sin prisas

—Mientras me sirvas no

y de repente, sin que ella se diese cuenta, las rosas detrás de la Señora repitiendo

—Mientras me sirvas no

me daba cuenta yo, Celeste no sé, soltaba cartas adivinando el futuro, no con sotas y ases, figuras que asustaban, un ahorcado, un caballero, la Muerte

—Veo al sujeto de los cafés en la baraja

el padre de la Señora llamó a abogados que prohibieron la entrada al abuelo de la Señora, un policía le enseñó, en diciembre los patos silvestres de nuevo, en triángulo, remando bajo la lluvia, se quedan uno o dos en las dunas mirándonos, cansados, nos acercamos y no huyen, regresan al día

siguiente unas plumas, unos huesos, un policía le enseñó al abuelo de la Señora firmas y sellos que el abuelo de la Señora tardó en leer, las gafas le salieron torcidas del bolsillo, el mentón se movía línea a línea y daba la sensación de empequeñecerse a medida que lo entendía, frotándose la nariz con el puño incierto de la camisa, apoyado en un tremó ausente pero que estaba allí, estaba allí, si fuese yo quien le diera el saco de dormir tengo la esperanza de que lo aceptase, quién sabe si su mano, déjate de rollos, Fátima, el abuelo de la Señora se guardó los documentos, los sacó del bolsillo delante del padre de la Señora, con una vena en la frente palpitando sin descanso y fuese lo que fuese en la mejilla doblándose

—¿Qué es esto?

quién sabe si los dedos del vagabundo en mi cuello, si un zapato me roza en la pastelería huyo rápidamente y entro al galope en la tienda, sin reparar en Celeste que adorna un maniquí en el escaparate de la boutique, clavándole la etiqueta del precio, o mejor dos precios, el primero tachado con una cruz y el segundo más grande, el padre de la Señora al abuelo de la Señora

—A partir de hoy empieza la santa vida qué suerte

el padre de la Señora al abuelo de la Señora

—A partir de hoy tiene tiempo para el dominó con los amigos leer el periódico y disfrutar de su jubilación

el padre de la Señora al abuelo de la Señora

—Está acabado no sirve

después de que los patos silvestres partieran el cielo vacío pero los ecos de los graznidos seguían mucho tiempo en nosotros, intentaba entenderlos en casa, de noche, recorriendo las tinieblas del sueño, sin encender la luz, para beber agua en la cocina, gracias al grifo los objetos se hacían de nuevo familiares, el armario, el fogón, la tetera, la media docena de trastos que resistían, la mayor parte regalos de la dueña de la librería

—No lo necesito

que mandaba entregarlos a una furgoneta

—¿Dónde quiere estas preciosidades madama?

o sea dos criaturas trayendo lo que el vagabundo, en mi lugar, no aceptaría, uno de ellos más bajo, asmático, con un lápiz en la oreja, deberían haber montado un ascensor en el edificio y no lo montaron, porque tres pisos, como el que no quiere la cosa, cuestan, el abuelo de la Señora avanzó un paso, levantó la mano para darle una bofetada al hijo, bajó la mano, el padre de la Señora al abuelo de la Señora

—¿No se atreve?

el abuelo de la Señora con todos los dientes al aire, detrás de los pulmones que se escapaban, el padre de la Señora le compró una casita con una huerta en la provincia y pagó a una campesina para que lo cuidara

—Tranquilidad gallinitas coles y novia para lo que se tercié ¿qué más quiere?
aire puro, una taberna para las penas, el cementerio a dos pasos, el padre de la Señora al abuelo de la Señora

—Puede ir a pie a su funeral ha visto no tiene que gastar dinero en transporte
tórtolas en la plazoleta, milanos venidos de la sierra, suspendidos en el aire quieto, la campesina a su lado en la cama

—¿Nunca te apetece ser golfo?
y no le apetece ser golfo ni jugar a las cartas junto a la picota, se sentaba en el escalón de la huerta hirviendo odios que se diluían con el tiempo, sustituidos por recuerdos que también se diluían, el hijo, pequeño

—Padre
durmiéndose en su regazo, él meses herrando animales en el cuartel de Estremoz donde el sargento

—Cabrones
o en lugar del sargento una dama con sombrerito, desteñida en la memoria, dándole con la punta del abanico

—Es usted muy atrevido
la impresión de que ella desnuda y el abuelo de la Señora, indeciso

—¿Desnuda?
incapaz, por mucho que hojeara el pasado, de concluir si desnuda, rumiándolo hasta el día en que la campesina sacudiéndolo

—Pero ¿qué es lo que te pasa?
y no pasaba nada excepto que me daba pena no sabía el qué, no odio ni angustia ni enfado, una pena rara, la campesina

—Dios mío
y ya ni pena, la madre que lo llamaba sin voz ofreciéndole un vaso de leche y el abuelo de la Señora corriendo hacia la madre, incluso corriendo más deprisa la madre, aunque parada, siempre a la misma distancia, la seguridad de que no sé qué averiado en él, el corazón o algo así, al entender lo que se había averiado dejó de entender nada, la mujer abrió la puerta de la calle y empezó a llamar, eso todavía lo notó, tan sencillo, el padre de la Señora al teléfono

—¿Ha fallecido?
dibujando, con el bolígrafo, líneas paralelas en un cuaderno

—¿Ha fallecido?
ha fallecido y no ha entrado en el cementerio por su propio pie, lo llevaron en una caja, el padre de la Señora dentro del automóvil en compañía de la viuda del comandante, yo a Celeste, señalándole una carta entre la carta de un caballero y la carta de un obispo

—¿Crees que la muerte es así tan delgada?

el padre de la Señora al chófer

—Ojalá no se abra la caja y salga de ella sigue hacia Lisboa Ernesto

callado todo el tiempo, volvió meses después, solo, y llovía, pasó por la puerta de la casita y las ventanas cerradas, solo una cabra balando en la calle, hierbajos en el tejado, por el trastero un gato que se escapó al sentirlo, si viviese ahí con un marido quedaría yo con los ojos en el techo contando hasta quince, ni te lo sueñes, Celeste, no me interesa lo que asegura la magia, el padre de la Señora

—Qué coño hago yo en este sitio soy un tonto de capirote

un marido haciéndome daño, qué horror, y después la peste del tabaco, y después el tiempo en el baño, y después órdenes, y después manías, el padre de mi hijo siempre colocando bibelots, retrocede observando, vuelve a colocarlos, hasta la puntera de las zapatillas ordenaditas bajo la colcha, palabra, qué hace el vagabundo, el padre de la Señora, cuando no está en la arena ni en la plaza, hay momentos e ignoro lo que me lleva a ello, quizá el miedo a perderlo, en que lo supongo en la estación, en uno de esos bancos en los que la gente espera, presenciando la salida de los trenes, el padre de la Señora se limpió la molestia de una pestaña que se había soltado del párpado, picándole, dolido con el abuelo de la Señora

—Hasta bajo tierra sigue fastidiándome

y aunque los trenes parten el saco de dormir afortunadamente en el escalón, yo a Celeste

—No vuelvo a contar hasta quince te lo juro

la viuda del comandante al padre de la Señora que aún no embajadoras, condesas, industriales, almirantes, aún no gente rica

—Estás distraído ¿qué te pasa?

aún no ministros, aún no la casa de Cascais, de momento el apartamento en Lisboa y las cortinas atroces, todas pretensión y lacitos, del comandante, el pobre, platos con chinos sonrientes al fondo, no se tomaba la sopa hasta el final porque la alegría de los chinos lo trastornaba como lo trastornaban el pañito bordado sobre la jarra de agua y el centro de mesa con naranjas falsas, a propósito de agua cambia de color, el mar, azul, gris, verde, blanco, casi amarillo ciertas tardes de agosto, cuando nadie en la playa, solamente los perros del vagabundo buscándolo como yo lo busco, confundiéndolo con desconocidos

—Perdone

y alejándome deprisa, van a creer que me meto con ellos, van a pensar que me ofrezco, si mi madre se lo soñase su enfado

—Fátima

sin la palabra pero ensordeciéndome, mi nombre llenándome entera, reprobador, severo, yo Fátima, mi padre Leandro, mi madre Judite, cuando mi madre

—Leandro

me sorprendía que no dijese

—Padre

puesto que para mí era el único nombre que tenía, la viuda del comandante al padre de la Señora, con un broche de coral mermándole el escote

—¿No está bonita la casa?

y no estaba bonita, estaba tenebrosa, el padre de la Señora

—Preciosa

y de golpe y porrazo la Señora desciende de pobres como yo, con suerte mis nietos un día iguales a usted y la piscina, el tenis, el empleado de la chaqueta blanca, el chófer, el padre de la Señora cavilando

—¿Cómo me libro de esta?

no porque seas vieja, qué me molesta que seas vieja si casi no me fijo en ti, por impedirme lo que quiero con tu ropa idiota, tus diminutivos, tus modales, la viuda del comandante

—¿No estás bien conmigo?

el padre de la Señora con los ojos en el mantel, la viuda del comandante bajó un escalón dentro de sí misma, y después sesenta y cuatro años, él veinticinco, al principio no lo pensé, ahora puede conmigo, qué maldad incomprensible el tiempo, el caboverdiano dejó las inyecciones respondiendo a Celeste desde el fondo de la galería

—¿Para qué?

no una frase, un soplo

—¿Para qué?

la viuda del comandante con los labios detrás de docenas de falanges repentinamente inútiles

—No estás bien lo sé

desesperada con el espejo

—No creo que mis piernas tan estrechas caramba

el padre de la Señora en Cascais donde el mar cambia de color, azul, gris, verde, blanco, entre las dunas y el viento, con dos arquitectos cogiendo apuntes y calculando distancias

—Quiero una casa grande

una casa más grande que todas las casas del mundo, salones, pasillos, balcones y el jardín y el pinar y el campo de tenis y azulejos antiguos, el padre de la Señora desplegando esbozos

—Comandante

comparando esquemas de fachadas

—Comandante

ordenando a los obreros

—Comandante

y no un banco, dos bancos, una primera empresa, una primera fábrica, el padre de la Señora a la viuda del comandante, dándole dinero

—Te quedas en el apartamento y se acabó

la Señora

—Mi padre

sin continuar la frase, acariciando más de prisa al perrito, yo pensando por qué motivo me cuenta su vida, porque no recibe visitas ni siquiera de sus hijos, porque charla con la cajera de una librería sin importancia, vive sola, más el hijo pequeño, en un grupo de edificios, con tendederos baratos y las bombillas de la entrada rotas, en medio de una ladera de pitas, árboles sin nombre y arbustos al azar, la cajera de una librería que dobla el lomo con paquetes de diccionarios, enciclopedias, novelas que la señora no se daba el trabajo de abrir ni el empleado de la chaqueta blanca el trabajo de ordenar y se amontonaban en los rincones, qué opinión tendrá de mí o solo le interesa una desconocida que la escuche sin comentarios ni preguntas, sentada mirándola, la viuda del comandante al padre de la Señora

—¿Te atreves a abandonarme así?

y el padre de la Señora no serio, casi divertido

—¿La vida no te ha enseñado que nada es para siempre madama?

sin despedirse de las cortinas, de los platos con chinos, del pañito bordado sobre la jarra de agua y del centro de mesa, el chófer y el empleado de la chaqueta blanca le cogieron las maletas

—Solo quiero la ropa te dejo aquí tus chorradas

la viuda del comandante mirándolo en silencio, manteniendo el equilibrio sobre sus piernas estrechitas, la Señora

—Seguro que murió hace muchos años la pobre

sin cerrar la puerta ni llamarlo ni espiar desde el balcón, apretando el broche en los dedos, caminando despacio hacia la habitación, abriendo el cajón de la mesilla, buscando la caja de las pastillas de dormir, azules, grises, verdes, blancas, a veces casi amarillas cuando nadie en Guincho, solamente las dunas y los arbustos, apartando a la santa enmarcada, el rosario, la fotografía del marido poco antes de enfermar de los bronquios y tres meses de ingresos, falta de aire, desgracias, ayudó el medicamento con la tila de los insomnios, se apoyó en la pared y se quedó allí sin pensar, iluminada al bies por un trozo de julio, el mes de su cumpleaños, cuántos cumpleaños hoy que no me viene el número, el padre de la Señora al chófer y al empleado de la chaqueta blanca, la Señora

—Pensándolo mejor no al chófer ni al empleado de la chaqueta blanca a sí mismo

el padre de la Señora

—No se preocupen que las mujeres se consuelan rápido

y yo de acuerdo con la Señora sin decirle que de acuerdo, para qué, no le preocupaba si yo de

acuerdo, le preocupaba que yo lo presenciara, el padre de la Señora no al chófer ni al empleado de la chaqueta blanca, a sí mismo, como la Señora a sí misma entreteniéndose en la columna del perrito

—La cantidad de gente que se ha ido cargando a lo largo de su vida

no indignada con su padre, aceptándolo, la presión del sujeto de la editorial en mi brazo

—Podríamos cenar los dos el sábado

el zapato pisándome, que al principio no me fijé y al fijarme me escapé, un cansancio en el cuerpo como antes de una gripe, mi padre mermó con la edad y se volvió de mi tamaño o si no fui yo la que crecí, en octubre lo operan de las arterias en Coimbra, va a la consulta en autobús, tres o cuatro horas desde donde vive, no admitía que acabara África, el embalse para él eterno, el sujeto de la editorial

—¿El sábado?

solo al día siguiente se dio cuenta la viuda de que la puerta de la calle abierta, empezó a acordarse de lo que había pasado al encontrar restos de crema en la piel

—Parezco una pared vieja

la Señora a mí, aboliendo el tiempo con un gesto

—¿No la está viendo?

la viuda del comandante inspeccionando la calle desde el balcón, la ferretería, el ultramarinos, el barbero con solo una butaca, y la ferretería, el ultramarinos y el barbero le trajeron la seguridad de que el mundo seguía en orden, el día en orden, su existencia en orden, hoy martes, mañana miércoles, pasado jueves, ella, tras librarse de los restos de crema, también en orden, sobre todo ella en orden, orgullosa de la cortina con adornos exagerados y lacitos, una cortina bonita como bonitos los chinos contentos, el pañito bordado sobre la jarra y el centro de mesa con las naranjas falsas de modo que la viuda, satisfecha, estiró los brazos y empezó a bailar, recorrió el apartamento entero bailando, la Señora señalando el piso de arriba

—Nací aquí

mientras el perrito, con los ojos cerrados, gemía como consuelo, yo al sujeto de la editorial, disculpándome

—Tengo un hijo pequeño

pensando que a lo mejor mi compañera, gorriones y palomas, no la animalada de África, picoteando la acera, las palomas parece que andan con polainas, no le importaría encargarse del niño durante una cena rápida, un par de horas como mucho y yo libre para comer con el vagabundo, perdón, yo libre para comer con un zapato que me perseguía sin descanso, dedos en mi manga, en mi reloj, en mi mano, entrelazándose lentamente con los míos, probablemente sudados, probablemente blandos, probablemente desagradables pero dedos, yo al sujeto de la editorial

—El problema es organizar las cosas

probablemente desagradables pero dedos, yo al sujeto de la editorial

—Voy a pensármelo

sudados, blandos, yo al sujeto de la editorial

—Una semana de estas cuando nos conozcamos mejor

yo buscando el monedero y él, rápido con el dinero

—Faltaría más

caminando juntos hacia la librería y no estaba tan mal, yo rezando para que el vagabundo lejos e indignándome por rezar para que el vagabundo lejos

—¿Qué tiene que ver con esto?

dentro de mí, por pena, lo tenía, no se crea que más que pena, no había, la Señora

—El pinar empezó por esa época y la mayor parte de las flores por nacer

o sea las dunas pegadas a la cancela y tras la cancela el viento ladrando alrededor de la casa, la madre de la Señora con la Señora, el padre de la Señora en otra habitación

—Prefería un niño

enfadado porque ella fuese niña

—¿Para quién me estoy matando?

la Señora con una decepción murmurada

—No hay ningún retrato de mi padre conmigo en brazos

dentro de la decepción ni dunas ni viento, una cuna balanceándose sola y el padre de la Señora observándolo, pasos que aumentaban, se quedaban en suspenso transformándose en una cara rápida, en una frase rápida

—Creo que no me merecía esto

y disminuían de inmediato, desapareciendo en un estruendo de bisagras accionadas con fuerza, el padre de la Señora en otra habitación ya toda la vida, la Señora

—Creo que nunca me perdonó ser mujer

el padre de la Señora al médico, en cuanto nació

—¿Niño o niña?

y el médico lavando instrumentos en una palangana esmaltada, callado, el padre de la Señora a la madre de la Señora acostada, pálida, sus manos tan

—Creía que no servías y he acertado de lleno

blancas, el médico se cambió la bata por el abrigo, uno de los codos entró en la manga, el otro se emperraba, el médico al padre de la Señora

—Cállese

y no

—Cállese

abrió la boca, pensó en despedirse de la madre de la Señora y, no despidiéndose de la madre

de la Señora, era del padre de la Señora de quien no se despedía, el padre de la Señora a él

—Me las pagará

de forma que el médico lo escuchase mientras el empleado de la chaqueta blanca le traía la maleta, la Señora

—Me daba miedo mi padre a todo el mundo le daba miedo mi padre

corriendo la cortina para ver el estanque sin ver el estanque o corriendo la cortina con la esperanza de que yo no la viese a ella, veía la piel vieja, veía el pelo teñido, veía el cuello de la blusa y los hombros sin carne, no la veía a ella, veía los volantes de la cuna no de color rosa, azules, veía el ultraje del padre de la Señora, la voz con el runrún con que se habla al dormir

—Una hija

cuando cualquier mujer le daría un hijo, por obediencia, por deber y la tía no lo respetó, además, qué se puede esperar de una tía así, el padre de la Señora a la madre de la Señora

—El médico y tú me las pagaréis

y más allá de los pinos, fijándose bien, es verdad, cambia el color del mar, azul, gris, verde, blanco, casi amarillo ciertas tardes de agosto, mucho más grande que en África, lo descubrí al embarcar hacia Lisboa y no recuerdo el viaje, recuerdo sacos y fardos y niebla al llegar, la Señora descubría al padre, que no la tocaba, en la cena, como tampoco charlaba con la madre de la Señora, comía solo, una vez, la Señora

—Que yo recuerde sucedió una noche

la noche en que se entretuvo un rato en ella y dijo

—Eres fea

la madre de la Señora soltó la servilleta en el mantel y huyó, cambia de color, el mar, con los bancos de algas opacos, si me obligasen a elegir un color para los ojos del vagabundo apostaría color alga y él intentándolo entender

—¿Color alga?

que en su boca un tono diferente al mío, casi morado, el padre de la Señora a la Señora que empezaba a bajar de la silla buscando a su madre

—Siéntate ¿dónde te crees que vas?

no desdeñoso, decepcionado, bajo la decepción un sentimiento que al principio la alarmó, dejó de alarmarla y no entendía qué era, los gestos del padre pausados, sin ángulos, levantaba la copa, bajaba la copa y seguía comiendo, la seguridad de que bajo la decepción la buscaba al bies, la respiración más floja, la espalda menos dura, los dos solos a la mesa y en la ventana el jardinero, sin fijarse en ninguno de ellos, regando los arriates, el padre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—No la ayudes a coger los cubiertos ella puede sola

no agreste, con una especie de orgullo

—Puede sola

y realmente era verdad, cogiéndolos por el medio del mango podía sola, la Señora con un babero con un conejo estampado, no conejo, una coneja que bautizó en secreto, la Señora al mismo tiempo que tragaba

—No soy fea soy guapa usted sí que es feo

claro que no acepto la invitación del sujeto, si mi compañera se lo soñase todo el planeta se reiría, la dueña de la librería, Celeste, el novio de la dueña de la librería que la dueña de la librería juraba que era su amigo

—Novios ni soñarlo

y sin embargo

—Tengo unas primeras ediciones abajo puede ser que le interesen
se besaban en el sótano, la dueña de la librería

—¿Seguro que nadie lo nota?

se besaban en el sótano desordenando cajas, la dueña de la librería

—¿Te has vuelto loco?

el amigo inclinando una estantería

—Eres tú que me vuelves loco

y, de vuelta a la tienda, el amigo señalando a la dueña de la librería y a su compañera

—Creía que era una santa y al final ha salido del cascarón, el padre de la Señora, cena por ahí
con galanes

el padre de la Señora a la Señora, no enfadado, provocándola

—Conque entonces soy feo

el padre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—¿Te parezco feo?

el empleado de la chaqueta blanca, sirviéndole otro vino

—Ni por asomo señor

el padre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca, feroz

—Si mi hija dice que soy feo es porque soy feo imbécil

el empleado de la chaqueta blanca colocando la botella

—Perdón señor

el jardinero, con delantal de goma y gorra de cuadros, acabó de regar las margaritas y pasó a las hortensias, con el índice en la punta de la manguera para que el agua en abanico, si lo hiciera yo me mojaría hasta la médula, en la tierra avispas, saltamontes y abejorros que por la noche se quemaban en las lámparas, cenizas con las antenas torcidas y la quitina de los miembros, el padre de la Señora a la Señora, inclinándose hacia delante para empezar a hablar

—Tienes un conejo muy bonito en el babero

la Señora enfurecida con, y por lo tanto me quedo con mi hijo, es mejor no cenar que sufrir en la librería, roja de vergüenza, las provocaciones del universo, la Señora enfurecida con la ignorancia de su padre

—No es conejo es coneja me susurró el nombre y yo juré no contarle

la Señora cogiendo el babero con miedo a que se lo robase su padre, sentada no en la silla, en dos cojines encima de la silla para llegar a la altura del plato, por la mañana el jardinero preparaba las lámparas raspando el cristal con la uña y limpiándose la uña en la manga, la señora, acordándose del jardinero con toda la infancia en la cara

—Manuel el pobre

al que encontraron una tarde en los macetones del invernadero, con los guantes de podar los rosales y el bote del líquido contra los parásitos vacío, el padre de la Señora inclinándose sobre la Señora, rozando casi nariz con nariz, no por amor, obvio que no por amor, por curiosidad

—¿Y no me lo cuentas?

la Señora derecha en los cojines mirándolo, volviendo la cabeza hacia las hortensias y mirándolo de nuevo, no desafiándolo, estudiándolo, una criatura enorme, que mandaba a todo el mundo, cuyos ojos, siempre en otro sitio, de repente parecían pedir lo que la Señora no descifraba, cuyos ojos, de repente de la edad de ella, insistían bajito

—¿Y no me lo cuentas?

de forma que la Señora no por amor, no se insinúe que por amor, por compasión, de la misma forma que sentía compasión por los abejorros en las lámparas, y del jilguero, con la pata rota, que el chófer arregló con un palito y una cuerda y el animal piando de terror, la Señora, al acordarse del jilguero, abriendo la boca para que su padre no cojeara toda la vida, la Señora fingiendo que no lo veía, fingiendo que no hablaba y decidiendo, en su cabeza

—No estoy hablando

la Señora muy deprisa porque respondiendo muy deprisa, es lógico, no hay quien no sepa estas cosas, no se rompe una promesa, la Señora enseñando el babero

—Se llama Milú vale ahora déjeme en paz.

Durante semanas no supe dónde pasaba el tiempo el vagabundo cuando no lo veía en la plazuela, junto al restaurante de las hamburguesas, ni en las duchas de la playa, hasta que Celeste me contó que uno de los empleados de la heladería, cuántos son hoy, lo vio sentado en un trozo de riel, al fondo de la estación, soy una mancha con fechas, entre arbustos y basura, observando los trenes que no parten, es decir dos o tres vagones antiguos, desconectados unos de otros, oxidándose al sol, y una locomotora medio desvencijada, casi sin ruedas, que se comía la hierba, la misma que nos ha de comer a todos, a Celeste, a la Señora, a mí, hasta que nadie se acuerde de nosotros, el vagabundo esperando que los trenes que no parten se decidan a viajar al extranjero y lo lleven con ellos, una de estas mañanas subo hasta la estación porque no confío en Celeste, qué sé yo si la historia del caboverdiano y de las inyecciones verdadera, por lo menos los negros se hartan de tener hijos los unos con los otros, quién me asegura que los trenes que no parten viajan menos que los demás, en África nuestra cocinera una hija mestiza, mi madre a mi padre, observando sus rasgos

—¿Es tuya?

dándole ideas porque las mujeres son tontas, a partir de ahí si mi madre en el tendedero mi padre interesadísimo en la cocina, si yo levanto la nariz de la copia del colegio él enseguida, metiéndose las manos en los bolsillos

—¿No me has visto nunca?

y cuántos son hoy, repítanlo, ya se me ha olvidado, en serio, si la hierba nos come a todos no me quejo, es la vida, tengo que tomarme una pastilla que tampoco parta, es cuestión de tiempo, antes o después llegará un momento en el que nosotros no aquí, el padre de la Señora a la Señora, estaba ella en el colegio de monjas, sin acordarse de los conejos

—¿Qué le pasa a Milú?

yo a mi compañera

—¿Diecinueve ya?

como si diecinueve diferente de ocho, un suponer, y no lo es, los mismos tableros con libros, el mismo yogurt y el mismo plátano para comer, el mismo cartel de rebajas sobre novelas sin portada, me pregunto si los trenes que no parten volverán un día como los patos silvestres y los hijos pródigos, deberíamos matar un cordero en su honor, no en honor de las gallinas que se quedan, mi padre cazaba gallinas pintadas, que no se parecían nuestras gallinas, cerca del

embalse, no entiendo por qué las llaman gallinas, la Señora, sonriéndole al recuerdo de Milú, a una criada antigua

—¿Mi babero?

la criada

—Dónde estará eso niña

la Señora rebuscó en los cajones, examinó los restos de la infancia que escondía en la habitación, cromos de actrices y peticiones para salir en páginas de agenda arrancadas, informó al padre de la Señora

—Debe de haber cogido un tren que no parte

y quién asegura que Milú no en Alemania o en Holanda, los trenes que no parten no han empezado a desaparecer ahora y no es solo lo que se mueve lo que desaparece, las cosas quietas, capuchones de bolígrafo, llaves, monedas hasta desaparecen más, se mete la mano entre los almohadones de un sofá y ahí están, solo que recorren distancias más cortas, de la mesa a la consola o de un armario hasta debajo de la cama, la Señora al padre de la Señora

—Milú se cansó de mí se marchó

el padre de la Señora, resignado

—Si te imaginaras lo que viajan mis gemelos

el índice enorme de la superiora regulando el mundo mientras la profesora mulata no regulaba un pito, qué se puede contra tormentas y nieblas, la Señora en el asiento trasero del automóvil, el ojo del chófer buscándola en el retrovisor

—A su padre no le gusta que llegue tarde niña

los creemos en una copita y los recuperamos dentro de una zapatilla, el padre de la Señora preocupado por Milú

—¿Quién la cuida ahora?

inquieto con la suerte del babero, la Señora

—La cantidad de momentos en que me parecía sensible y se enfadaba conmigo

y momentos ciertamente porque el resto del tiempo crucificaba a gente, más negocios, más empresas, más fábricas, más tierras, la criada antigua pensando en Milú

—Probablemente acabó en manos del jardinero tapando un canal o algo así

y la Señora escandalizada de que su infancia sirviera de tapón, fui a ver en la estación y el vagabundo no de cuclillas en un trozo de riel, en el asiento de un vagón, desempañando el cristal sin que nada, pasos a nivel, aldeas, unicornios, se deslizase hacia atrás, Celeste

—¿No estaba en la estación?

en la playa los perros esperando o alrededor de un cangrejo, tocándolo con el meñique de la pata, es curioso cómo son capaces, en las pausas de la mala educación, de elegancias de orfebre, si hablasen conmigo me tratarían por

—Madama

esto con heridas en el lomo y una oreja colgando, mi hijo, en el colegio, más raquítico que los demás pero los zapatos más grandes y por lo tanto va a ponerse a crecer ya mismo que es lo que hacen ellos por maldad, nosotras tan tranquilas y de repente no un niño, espuma de afeitar, voz grave, caprichos, nosotras ante un desconocido inesperado

—¿Y ahora?

y ahora cuántas veces sueño que no tengo hijos y vivo con mis padres en África, el médico de Coimbra

—Dentro de un mes está hecho un pincel señor Leandro

y mi padre la sonrisa de la esperanza de los pobres mientras el doctor lo auscultaba examinando el gorgoteo del pecho que enjuaga desgracias, la Señora

—Los conejos que vamos perdiendo

y probablemente andan por ahí sin que los reconozcamos, en medio de una clase en el colegio de las monjas, tenía la Señora catorce o quince años, una voz con gafas, hermana Patrocínio, llamándola

—Su padre quiere hablarle

y, bajo los plátanos de la entrada, el chófer con la puerta abierta y la gorra en la mano, gatos en el escalón de la capilla, las alumnas más jóvenes haciendo corros, la Señora se acordaría toda la vida de la hermana Patrocínio en lo alto de las escaleras, ante un pórtico más negro que su hábito, con el olor a grasa del comedor, de las misas fúnebres, de una niña inconsolable, meses y meses a lágrima viva

—Echo de menos mi casa

y otra, pelirroja, que le escribió en el cuaderno TE ADORO y nunca más le habló, hermana Patrocínio, hermana Santos Inocentes, hermana Circuncisão, la pelirroja se casó con un pariente del marido de la Señora, cenaron dos o tres veces, el TE ADORO y la hoja del cuaderno olvidados, momentos en que intuyó que no olvidados puesto que una mirada de soslayo rápida, la Señora, hacia dentro

—¿Se sigue acordando después de todos estos años?

y los recreos y las misas de vuelta, noches de angustia que no entendía, inviernos sin fin en la capilla, conejos perdidos, la madre de la Señora

—Tu padre

y enmudecía, docenas de frases interrumpidas, el corazón siempre en medio, el alma siempre en medio, la vida, sobre todo la vida, siempre en medio, la Señora a mí

—Nunca acabé nada de nada

conmigo en mi edificio escuchando a los vecinos, lavabos, pasos, voces y yo contando

automóviles sin que nadie me molestara, la Señora en el asiento de atrás y la hermana Patrocínio delante del pórtico negro, en el vértice de las escaleras, la pelirroja no le habló del colegio, observaba a la gente distraída, huyó a Inglaterra con un amigo de su hijo, parece que, el corazón siempre se queda en medio, el alma siempre se queda en medio, la vida, sobre todo la vida, siempre se queda, el amigo de su hijo la abandonó meses después, en medio, terminó haciendo camas en un hotel hasta que un taxi la atropelló y ya está, al menos fue esto lo que le, el chófer en el espejo

—Ya casi estamos niña

contaron, la hermana Santos Inocentes, a la que le faltaba la falange de un meñique, era la única que sonreía mientras que la hermana Circuncisão, sin piedad

—¿No la han enseñado a temer a Dios?

la pelirroja haciendo camas y aspirando las habitaciones como yo los domingos, probablemente este dolor de espalda viene de doblarme todo el tiempo forzando la columna, la madre de la Señora a la Señora

—Qué modales son esos ponte derecha

el padre de la Señora

—Deja en paz a la pequeña

y la madre de la Señora cerrando la cara, mejillas, mentón, frente, ciertas personas tienen llaves que las cierran con manos que no notamos, vuelven las misas cantadas y el padre Ismael balanceando incienso, la casa de Guincho surgió tras una curva, los pinos enormes, el portón abierto, la Señora a mí

—Hasta ese momento mi padre nunca me había llamado

el automóvil delante de la casa tras los arriates, el chófer con la gorra sobre el brazo

—Está en el despacho niña

el mar de Guincho azul, gris, verde, esa tarde amarillo y no agosto todavía, un inicio de primavera en los insectos de las flores, de momento casi sin alas, minúsculos, la dueña de la librería al amigo

—Unas primeras ediciones abajo

la entrada de la casa, muebles que la Señora no conocía añadidos a los antiguos, el padre de la Señora subrayando páginas, un ayudante preguntando

—¿Se altera el acta?

mientras el padre tachaba párrafos levantando el dedo

—No me interrumpa

el ayudante encogiéndose de inmediato

—Perdón señor

la Señora se acordaba de verlo en la pista de tenis, feliz por estar allí, amable, secundario, con

una esposa también feliz por estar allí, amable, secundaria, que no le quitaba los ojos de encima al padre de la Señora, salvo para comparar su vestido con el vestido de las demás y, tras compararlo, examinando al marido con rencor, siempre media docena de arrendajos fuera de la alambrada, la Señora con ganas de recoger las pelotas perdidas pero la madre de la Señora, vigilando a la esposa del ayudante, cuya edad la ofendía

—Quieta

y era imposible que el padre de la Señora no se fijase en ella, con el uniforme del colegio, plantada, la hermana Santos Inocentes la única que sonreía, plantada delante de la mesa, esperando

—¿Quiénes son los Santos Inocentes hermana?

y la hermana Santos Inocentes agrandando la sonrisa, el padre de la Señora entregó las páginas, o sea movió la mano un centímetro para que el otro las recogiese

—Puede salir Monteiro

cuyas suelas gemían, el padre de la Señora, contemplando con disgusto la mesa vacía mientras las suelas se alejaban

—Esos zapatos me ponen de los nervios pídale a su esposa que le compre un par decente y lo traiga aquí para que yo lo vea

de modo que al día siguiente, media docena de arrendajos, la recepcionista, me tengo que hacer de una jaula con un periquito para mi hijo

—Tengo a la esposa del señor Monteiro en el despacho señor

el padre de la Señora contemplando con disgusto la mesa vacía, un periquito quizá nos alegre, qué comerá

—La esposa del señor Monteiro que se maquille en condiciones porque en una o dos horas la recibo

sémolas, pepitas, anacardos, no entiendo de bichos, si yo en la pista de tenis, con la edad de la Señora en esa época, el placer que me daría correr aquí y allí recogiendo pelotas perdidas, de jóvenes un tacto de melocotón y, hasta quietas, escalofríos de vida, los periquitos quizá anacardos dado que se parecen a cacatúas o papagayos, me huele que son parientes, he escrito cacatúas y papagayos puesto que no los distingo bien, las cacatúas un penacho en la cabeza o los papagayos, no es importante, da igual, lo importante, además del vagabundo, es que los trenes que no parten vuelvan deprisa, la sonrisa de la hermana Santos Inocentes, tantos años después, persiguiendo a la Señora, por la noche, cuando nosotras, olvida las sensiblerías, Fátima, sigue, el padre de la Señora, que no se fijaba en ella ni por un segundo, a la Señora, contemplando siempre la mesa vacía

—Se acabó el colegio te casas en tres meses

y palabra de honor que la hermana Santos Inocentes olvidó la sonrisa contra el pórtico negro de

repente inmenso, mientras, en el interior de la Señora, un pórtico aún más negro en el que se despeñaba una caída sin fin cuyas sombras la escondían de sí misma, la pelirroja vino y se marchó con su TE ADORO en el cuaderno, la esposa del señor Monteiro entró una hora y media después, más escotada, más joven, el padre de la Señora se levantó sin prisa examinando su cintura, las caderas, la blusa que imaginaba, lo que imaginan las blusas, de mejor calidad que la calidad que tenía, la falda con idénticas ilusiones, el collar, orgulloso

—¿No se imagina que he sido caro?

y el padre de la Señora disculpa pero no se imagina, eres barato, plata sin ser plata, piedras con demasiados colores para ser honradas, engañas al marido de tu dueña, pero a mí no me engañas, si no fueses tonta casi me emocionarías, la esposa del señor Monteiro sin atreverse a sentarse, con una timidez sonrojada, incluso con las hombreras de la blusa los hombros bonitos, la curva de la espalda perfecta, el padre de la Señora a sí mismo, rodeándole las nalgas con la mano atenta

—Arreglada como debe ser y con unas lecciones de modales serías impresionante

la esposa del señor Monteiro con una vergüenza temblorosa, acompañada por el collar hecho bisutería

—Mi marido me ha dicho que le pida consejo

el padre de la Señora tranquilizando al collar cogiéndola despacio

—Tampoco tenías que haberte arreglado tanto

y las piedras y los engastes casi agradecidos, cómo no perdonar a los objetos humildes, cuando se dirigen a nosotros con educación somos tan fáciles de llevar, el padre de la Señora decidiendo

—Ese perfume de vieja fuera

rosas en los cristales, la Venus de la concha menos graciosa que la esposa del señor Monteiro, el cuello, por ejemplo, los tobillos, el padre de la Señora casi en voz alta

—¿Cómo será tu ombligo?

que un cinturón ancho, pobre cinturón con la hebilla torcida, tapaba, ascender al mentecato del señor Monteiro, un puesto de ayudante de dirección, un puesto de asesor, subirle el sueldo, no mucho, un poco, subirlo mucho hace que las personas se acomoden, mandarlo dos días por semana a hacer inspecciones en provincia, montones de problemas en Guimarães, en Chaves, una flor en el pelo de la esposa del señor Monteiro en lugar de esa pinza, cualquier flor valía como a mí me valía un periquito, incluso deprimido en su posadero, incluso serio, le echaba las pepitas o lo que fuese en un cuenco de madera, cómo se llamará el vagabundo, y lo ponía en la cocina, no tengo confianza como para preguntarle el nombre, además qué adelanta un nombre, qué adelanta el mío, la Señora abrió la boca en dirección al padre de la Señora, la cerró, a lo mejor miró la ventana, a lo mejor no la miró, qué diferencia hay, si mirase el mismo pórtico negro en el que seguía cayendo con la casa enorme alrededor, el chófer charlando fuera con el empleado de la chaqueta blanca, no

Marçal, el anterior que falleció, en la época de las calendas griegas, en un hogar que pagaba la madre de la Señora, la encargada del hogar señalando a una docena de viejos, ajenos a la televisión a la que le quitaba el volumen

—Son cabezones no se mueren

en un segundo piso cerca del Tajo pero no se veía el agua, se veía un grito de gaviota sin sonido como la televisión y la sombra del grito recorriendo las paredes, tras un arco una bañera con botellas vacías y paraguas dentro, la Señora se acordaba de la madre de la Señora

—Francisco

a un diente con un cuenco de migas en la barbilla, al que se sumaba un cuello de pijama, una bata, de la dueña insistiendo

—No se mueren

y de las sombras los chillidos de las gaviotas que se multiplicaban, girando, a su alrededor, la Señora, delante del padre de la Señora, enmudecida por las aves del río cuando el padre de la Señora

—Se acabó el colegio te casas en tres meses

la esposa del señor Monteiro al padre de la Señora, en el diván del despacho, no de pie como la Venus del jardín, deslizándose entre los cojines mientras el padre de la Señora le abría la camisa

—¿No estaremos pecando?

la esposa del señor Monteiro, antes de conocer al señor Monteiro, en el mostrador de una agencia de viajes donde el padrastro hacía recados, el padre, con gabardina, hasta en septiembre, sobre el chaleco sucio, venía a pedir limosna

—¿Eres mi hija o no?

molestando a los clientes, molestando al encargado que lo conducía hasta la acera

—A la calle anda

y la esposa del señor Monteiro viéndolo orinar en una tipuana de la plazuela, se colocaba los pantalones flexionando y enderezando las rodillas, mi compañera a mí, señalando el sótano

—¿No los sientes?

la esposa del señor Monteiro cerró los ojos al pensar en la tipuana, encontraba al padre sentado en un arcén, cantando, no necesitaba alejarse porque él distraído, en la opinión de la esposa del señor Monteiro, por improbable que pareciese, era feliz y ella no, la agencia de viajes pocos clientes, carteles de Islandia y de Marruecos con restos de moscas, un ventilador refrescando el negocio, si cierran la librería qué hago yo con mi vida, la dueña comprobando los libros

—Qué desgracia

dando con los billetes en el mostrador para hacer un montoncito recto

—Cuando menos se espere cierro este tinglado y emigro

mi compañera y yo aterradas, si por lo menos consiguiera juntar algún dinero y no lo consigo, Celeste animándome

—Algo aparecerá no te preocupes

y el qué aparecerá, con suerte una tipuana para orinar en ella o un arcén destinado a cánticos eufóricos, si yo, la esposa del señor Monteiro al padre de la Señora, bajándose la falda

—¿Está seguro de que no va a entrar nadie?

si me encontrara al señor Monteiro y me tratara bien creo que mejoraría, antes de ayer una cana, ayer otra, no miento, de momento hay que observarlo con atención pero, por este camino, en un mes o dos ya se me notan, yo desempleada y con el pelo teñido, explíquenme a quién, el padre de la Señora, le gusta eso, el padre de la Señora a la esposa del señor Monteiro, liado con el cierre del sujetador y furioso con la manía de los sujetadores de complicarnos la vida, cosas que se tuercen para soltarse la una de la otra o grapas que no ceden ni en manos de Dios Padre y nosotros con miedo de estropearlo, el padre de la Señora

—Absoluta

luchando con los corchetes con cara de Drácula, aunque solo sea por miedo a la cara el sujetador se tiene que abrir, la esposa del señor Monteiro solícita

—Yo lo abro

y fíjense en lo que son las mujeres, por un lado

—¿No estaremos pecando?

y por el otro listas para estimular el pecado, quién confía en ellas a no ser un mongolo, el combate del padre de la Señora con el sujetador

—Se acabó el colegio te casas en tres meses

convertido en una cuestión vital, el padre de la Señora con un gruñido

—No

rechazando la buena disposición de la esposa del señor Monteiro y prosiguiendo con su batalla, un tobillo en el sofá, el segundo en el aire, con gafas facilísimo, sin gafas un tormento, se acabó el colegio, te casas en tres meses, no iba a usar gafas como los jubilados

—He cumplido cincuenta años caramba

el padre de la Señora a la esposa del señor Monteiro que no había dicho nada

—Me faltan siglos para usar gafas ¿quién te crees que soy?

aflojándose el nudo de la corbata para facilitar la carnicería, repitiendo

—Siglos

apoyando los codos en el diván y con el mentón enterrado en las costillas de la esposa del señor Monteiro que pensaba en su padre

—¿Eres mi hija o no?

y echó a su padre para pensar en el padre de la Señora, en gabardina, aburriendo a los clientes

y enervando al encargado que lo conducía a la acera

—Pírate

la esposa del señor Monteiro, horrorizada

—¿Me pedirá monedas?

el padre orinando en la tipuana, colocándose los pantalones flexionando y enderezando las rodillas, acomodándose en el arcén cantando y la esposa del señor Monteiro dándole codazos

—Déjeme

sin entender que le daba codazos al padre de la Señora, por fin rompiendo el sujetador, ordenando

—Quietecita

clavándole la nuca en el cojín

—He dicho quietecita ¿verdad?

mientras la Señora en el despacho, todavía con el uniforme del colegio y quince años, y la hermana Santos Inocentes sonriendo, y la hermana Patrocínio negra sobre el pórtico negro, la Señora, rodeada de sombras de graznidos de gaviota que no solo giraban a su alrededor, la amenazaban, la picaban, la ahogaban, la Señora, incapaz de librarse de ellas como yo no me libro, respondiendo, sin consciencia de que respondía

—Ni se sueñe que me voy a casar.

No he visto nunca a la Señora de pie excepto el primer día en el balcón de la entrada, siempre la encuentro en el sillón del salón, con el perrito en el regazo, esperándome, con la silla que me destina a su lado, la Señora casi a contraluz, transparente, solo la voz y, más allá del jardín y los pinos, el viento que sube del mar, durante el viaje en autobús arena en los cristales, la semana pasada una gaviota se aplastó contra el cristal, distinguí un ala, el pico, los ojos, sobre todo los ojos, una manchita de sangre que no coaguló, se la llevó la arena, esa noche mi hijo agitado en la cama aunque ningún automóvil en la carretera o entonces era yo el que no era capaz de dormirme, la esperanza de que mi madre inclinada sobre mí, en la oscuridad

—¿Qué te pasa?

y el olor de África en Cascais, la mandioca, el baobab, las hierbas, no llovía de noche, solamente por la tarde, de eso me acuerdo, las zapatillas de mi madre disminuían en el pasillo y yo sola, el agua del embalse con la luna dentro, ahogada, por la mañana ninguna luna, en la puerta una salamanquesa, con actitud de andar y quieta, si las cogemos, dijo mi padre, nos salen ampollas en los dedos, mi madre

—No asustes a la chica

y mi padre

—Miedosa

cogiendo la tapa de la olla de cocido y desvaneciéndose en el humo, al dejar la tapa, las cosas que guarda la memoria, él entero, probablemente, al contrario de lo que hubiera jurado, nadie nos come de un golpe, no sé, si no he crecido hasta hoy no es hoy cuando voy a crecer, he aprendido a ser mayor en el aspecto, no he aprendido en el juicio, cuando enfermé de la garganta recé una oración para las causas difíciles sin equivocarme en una frase, el empleado de la chaqueta blanca, que Celeste recortó del periódico, y creo que a Dios le agradó porque mejoré, me abrió la puerta antes de tocar el timbre

—Hace más de media hora que la Señora pregunta por la niña

por lo tanto dentro de la amabilidad una crítica discreta, la amabilidad el humo de la olla, la crítica mi padre, de golpe y porrazo el empleado de la chaqueta blanca, no lo afirmo, es una posibilidad, una semana de estas lo investigo, también en África, dijo a Celeste que me curé y Celeste, el vagabundo llevaba hoy una camiseta diferente que le aumentaba los ojos, parecidos a la luna ahogada en el embalse más claros todavía, del color del pasto antes de la lluvia, qué

lástima la gaviota en el cristal, Celeste

—Mi tía lo probó con la jaqueca y fue sencillo aquella oración cada tiro cada mirlo
la dueña de la librería con los ojos del vagabundo en la cabeza

—Cójanme que no me aguanto en pie

la dueña de la librería a mi compañera y a mí

—Hemos dejado de ir al médico nos entendemos con el cielo
no, esto Celeste, la dueña de la librería a mi compañera y a mí

—Si fuese joven como vosotras me lo merendaba

deseando ser joven como nosotras que tampoco somos jóvenes, treinta y seis años muchísimo, al acabar el día problemas en las piernas, varices despuntando, en serio, mire aquí, los tres pisos del edificio, con las bolsas de la compra, me obligan a descansar en los rellanos, apoyada en la pared, con los mechones en la cara, mientras mi hijo, a quien la vida todavía le da cuerda, qué envidia, trepa corriendo, baja hasta mí, sube más deprisa, anuncia desde arriba

—Eres vieja

y yo, que la Virgen me perdone, ganas de ahorcarlo hasta que él morado sin mencionar un palmo de lengua fuera, la dueña de la librería

—Si tuviera vuestra edad haría diabluras

en el fondo de un pozo interminable y oscuro, lleno de recuerdos mohosos, hojeándolos despacito y expulsándolos de sí misma con una melancolía dolorida

—Cincuenta años vacíos

a pesar de los besos del amigo en el sótano, de carcajaditas tensas

—Me pones loca

de volver a la tienda con una alegría no fija, mariposeando por su cara, presa entre la cortina y el cristal de las cejas y del mentón buscando la salida, al escaparse quedan los cincuenta años vacíos allí solos, pordioseando no sé qué que no podemos darles, mi compañera, piadosa

—Va a enterrarnos a las dos no se preocupe

y yo, hacia dentro

—Ojalá no lo haga

a lo mejor me equivoco y el empleado de la chaqueta blanca ninguna crítica, indiferente, qué más da que yo muera antes o después que la dueña de la librería, dónde habrá encontrado el vagabundo la camiseta, no creo que en la plazuela ni en los trenes que no parten, dentro de un paquetito que lo esperaba, detesto la posibilidad de que una chica se lo haya regalado porque a pesar de todo, en fin, olvidémoslo, la casa de la Señora aumentaba cada vez que yo de vuelta al portón, para qué tantos salones, tantos muebles, tantas criadas al otro lado de tantos biombos, escuchando, murmurando, cotilleando, llamando, la gaviota que chocó con la, la Señora a mí, el autobús se me aparece a cada rato, el ala, el pico, la manchita de sangre, la Señora a mí

—Y tres meses después me casé

y yo pensando si la casa también aumentaba para ella y cómo llegué a despertarme por la mañana con un hombre al lado y su ropa en el suelo, un zapato enorme, son siempre enormes, de lado, olores diferentes en las sábanas, el cuerpo suyo y no suyo, aunque no consiguiera explicar por qué, a pesar de pertenecerle, no suyo, el hombre al lado cambiaba las paredes, el armario, hasta la forma de la cómoda, una rodilla se le hundió en el muslo y la Señora pidiendo en silencio

—Por favor márchate

nostalgia de la hermana Santos Inocentes, la Señora, agobiada

—¿Qué pensaría?

nostalgia del colegio, el comedor con menos grasa, las misas menos fúnebres, la pelirroja sin la mirada, el padre Ismael casi despierto durante la confesión, con las manos gordas sobre la barriga y la tiritita en el meñique, la Señora, curiosa

—¿Dónde se ha hecho eso?

la gaviota en la carretera sin un alma que la salvase, el padre Ismael con la papada cayéndole sobre la sotana y agitándose amodorrado

—¿Pecados contra la carne?

las niñas, que esperaban en la fila, oyéndola, si volviese la cabeza la pelirroja girándose no sabía por qué, esa también, antes de Londres, en el despacho con el padre de la Señora, escuchó

—Querido

y pensó que docenas de hojas de cuaderno en un dossier, cada una con su TE ADORO en mayúsculas, escrito deprisa con caligrafía infantil, el marido de la Señora cogiéndola del brazo

—¿Te escabulles?

en una pregunta que no era pregunta, la encuentro siempre en el sillón del salón, con el anillo arriba y abajo a la largo del animal, esperándome, casi a contraluz, casi inexistente, no puedo imaginármela en la capilla como no puedo imaginármela con su marido, en pijama verde, cuyo color se extendía por el cuello y las mejillas, no un hombre en pijama verde, un hombre verde, silencios verdes, gestos verdes, palabras verdes, cuya pregunta se transformaba en enfado más que verde, un tono insoportable

—¿Te escabulles?

y la Señora con miedo no del marido, del color, el padre de mi hijo naranja, la dueña de la librería dependía, Celeste gris, si se lo dijera se oscurecería, el caboverdiano, después de las inyecciones, pálido, un día de estos zas, se queda, las rosas con menos pétalos, acarreando el otoño, se siente en el escalofrío de los gorriones, cuando la pelirroja sin el amigo del hijo a quién le entregaba sus TE ADORO, la Señora, en el otro extremo de la sábana

—No me escabullo

aceptando la rodilla, dos rodillas, casi añadiría tres rodillas con el balanceo que llevo, dedos buscándola, encontrándola, perdiéndola, encontrándola de nuevo

—Espera

y dientes en el cuello, ochenta quilos, tos, un hilo de saliva en su frente, más tos, el padre Ismael no

—¿Pecados contra la carne?

durmiendo, bendiciéndola en su sueño

—Tres padrenuestros de penitencia y haga pasar al siguiente

la Señora, acordándose del padre Ismael, tres padrenuestros suplementarios, el marido de la Señora encendiendo un cigarro

—¿Estás moviendo la boca?

fallando con el mechero del mismo modo que fallaba la Señora, cuántas veces el padre de mi hijo, lo que me apetecería

—No te encuentro qué coñazo

lo que me apetecería no tener que decir esto, no he conocido a muchos hombres, el primero, del que no hablo, para qué, vive en Oporto con su esposa, todo a escondidas, por la tarde

—No me arañes que no quiero problemas

mi marido y el tercero, el de la editorial, hasta hoy solo cafés, con el temperamento de mi compañera tiene que sumarlo, es cuestión de tiempo, a su lista, la Señora a mí, con una lentitud en la que cabían siglos de tortura

—He tenido cinco hijos fíjese

por lo que a mí respecta me basta con este y un periquito en la cocina, del posadero de arriba al posadero de abajo y del posadero de abajo al posadero de arriba, digno de mi hijo en las escaleras del edificio, hasta los mismos píos y una suciedad idéntica comiendo, lo que me gustaría hablar un poco de asuntos agradables que te suben el ánimo, los paisajes suizos, por ejemplo, lagos y vaquitas en el papel de las chokolatinas, me consuelan el alma, el marido de la Señora también empresas, fábricas, una casa en el Alentejo, dos barcos en la marina, la dueña de la librería un chalet con tórtolas y su madre, extranjera, expresándose en un portugués lleno de ruedas dentadas, si sumamos las dos ciento veinte o ciento treinta años vacíos, unidas por la noche, en la cocina, compartiendo el insomnio de los pájaros, hecha de ternura y sollozos, creo que la dueña de la librería y la madre construyen ellas mismas las tórtolas con lágrimas de porcelana, la madre debe de haber usado un tren que no parte para llegar aquí, la Señora de acuerdo conmigo

—Los trenes que no parten son los que más vuelven

mientras iba creciendo la paciencia del anillo el perrito, basta con prolongar la caricia, casi sin tocarlo o fingiendo tocarlo donde él, hasta ahí, no existía, el padre Ismael dejaba el confesionario

golpeando con el zapato del tobillo dormido en el suelo, avanzando, tras charlar con las monjas, el marido de la Señora, hacia el pórtico negro que lo devoraba de golpe, mezclado con los pecados de las alumnas, se besaba la mano de la Superiora, sin tirita en el meñique, que sabía a estearina y separaba a las alumnas en dos grupos, dibujando un biombo imaginario en el aire

—Las que hayan pecado contra la carne una semana sin recreo

o sea sin tiempo para cotilleos y secretitos en el patio, el marido de la Señora al padre de la Señora

—Por qué no la ha atado más corto tarda en obedecer

la Señora en la cama, con quince años y una túnica transparente, llena de lentejuelas, que la madre de la Señora le había aconsejado que se pusiera, sintiéndose como cuando, de pequeña, se pintaba a escondidas con los pinceles del tocador, la Señora mirándose al espejo

—Soy un payaso

el vagabundo, la Señora llenándose las mejillas de espirales al azar

—Todas las mujeres son payasos

tropezando por la habitación con unos tacones de la madre, el vagabundo se puso la camiseta meses seguidos hasta que una segunda camiseta encima y una tercera, aquella con que lo conocí, en invierno, puede que pasara hambre puesto que aceptaba la mitad del yogurt y la mitad del plátano pero rechazaba las limosnas que insistía en darle la dueña de la librería, la dueña de la librería a mí, con una indignación de celos, con los cincuenta años atormentándola y menos dientes, y arrugas, cogiendo una lágrima de porcelana, casi una tórtola, que se quejaba sin fin

—Si se las dices tú se las metía en el bolsillo seguro

alineada con las compañeras en el canalón del chalecito delante del cual desembarcó la madre, venida de fragmentos de bombas, ruinas y tiros, en un tren que no parte, probablemente el mismo vagón, sin necesidad de locomotora, en el que viajaba el vagabundo, en medio de los hierbajos y la basura, al fondo de la estación, cuando menos se espere cojo a mi hijo y me marchó así, en un paisaje de papel de chocolatina donde el motor del triciclo del inválido, dando vueltas en el patio, no acabe con mis nervios, esto sin mencionar al inválido propiamente dicho, con sus piernas y sus muletas, no se imagina la cantidad de miembros que tiene un paralítico y quién asegura que no pinzas, no antenas, entrando en casa con una lentitud complicada de tarántula, la Señora, haciendo disminuir al perro al dejar de recorrerlo

—¿No se harta de ser un payaso?

con la túnica de lentejuelas, pulseras, collares, líneas negras en los párpados, si el inválido me cogiese me devoraría, pados donde nacían tórtolas de porcelana, su cara la de los álbumes de niña, la Señora una niña, lista para llamar

—Madre

una niña llamando

—Madre

sin que una única persona la oyese excepto ella, el marido de la Señora sordo, el mundo sordo, hasta los juguetes que tuvo, apilados en un baúl en el desván, sordos, la gorda del colegio a la Señora

—Ni siquiera sufres del metabolismo

y quizá sufriera, quería sufrirlo, iba a sufrirlo, la prueba de que ya lo estaba sufriendo era que la última semana ganó casi un quilo, bastaba con no quitarse el abrigo, tan fácil engañar a los pesos, el marido de la Señora bajando sobre ella con una expresión dolorida o de enfado, si me besa en la boca, cuántos pájaros redondos en mis ojos, me asfixia, pretendía huir y no lo conseguía, escaparse al jardín pero el tronco del marido de la Señora, las mangas del marido de la Señora, el vientre del marido de la Señora, una parte del marido de la Señora, dentro de ella, se lo impedían, la Señora condenada a quedarse eternamente en casa, es decir no exactamente ella, ella en el colegio protegida por la sonrisa de la hermana Santos Inocentes, una persona que no era ella, solo se encontraba en el interior de una piel que no le pertenecía, abandonando la piel como se abandona un vestido se salvaría pero la piel la aprisionaba, una especie de satisfacción, que se dilató y encogió sin llegar a placer, una ola retrocediendo sin llegar a la playa de modo que la arena intacta, seca, ella intacta, seca, notando el acero de las rosas y de los ruidos de la casa enmarañados en la respiración del marido de la Señora, eres mi marido o eres tuberías, ladrillos, tejas, los árboles de la China que no paran, no fuera, junto a ella, repitiendo por la voz del padre Ismael

—Pecados contra la carne pecados contra la carne

que al mismo tiempo que hablaba se estremecía en su sueño y que, debido al tamaño, la Señora pensaba que era de la familia de la gorda, tío o primo o eso puesto que el metabolismo se hereda, el padre Ismael enseñando la tirita gris, el marido de la Señora a la Señora

—Abrázame

en un cuchicheo infantil que hizo que le diera pena y lo abrazó, es decir le puso las manos en la espalda, no lo abrazó en serio, al ponerle las manos en la espalda se encontró un lunar y se entretuvo examinando el lunar, la consistencia, la textura, por curiosidad le buscó más lunares y el marido de la Señora

—Mientras te entretengas

que la Señora casi no oyó, ocupada en sus búsquedas, puede ser que en la nalga, puede ser que de lado, desilusionada porque la piel del marido de la Señora desafortunadamente lisa, ni una cicatriz, un hueco, un bulto, cuando el marido de la Señora le mordió la oreja y el padre Ismael despertando

—Te has ganado el infierno

la satisfacción de vuelta, dilatándose, dudando

—Encojo no me encojo

dilatándose un poquito más, en consecuencia de la dilatación una uña de la Señora se clavó en el lunar, el marido de la Señora, cuyo mentón temblaba

—Me has hecho daño estúpida

y un tipo de émbolo, hasta entonces diminuto, pausado, se expandió, la Señora

—Todas las mujeres son payasos

chocando contra ella, chocando, chocando, despedazando la especie de satisfacción en mil fragmentos de sonido que, en vez de gemir, empezaron a aullar, primero discretos y, después, con fuerza, de manera que la Señora se imaginó que el mar de Guincho explotaba y el viento de las dunas derribaba los pinos, el vagabundo se sentó en el escalón esperando la noche, a partir de cierta hora los edificios la esperan, cóncavos, expectantes, el padre Ismael, indignado con la Señora

—¿Payaso?

dándole brillo a la sotana con las manos, la Superiora, ultrajada

—Un mes sin recreo y una carta a sus padres

la habitación de la Señora y del marido de la Señora a la deriva, inclinándose y subiendo aunque la piscina tranquila, muy de vez en cuando una hoja se balanceaba despacio hasta el agua, el jardinero dejó de desenrollar la manguera para buscar cerillas en el chaleco, fumaba hasta que el cigarro le desaparecía en la boca, después del cigarro se fumaba la lengua, el marido de la Señora

—No me sueltes ahora

despeinada y con las facciones fuera de sitio, sobrepuestas, muy diferente del hombre que conoció en el despacho del padre, ceremonioso, educado, levantándose a saludarla y que seguía saludándola sin soltarle la mano, mi compañera vive con sus tíos cerca de Carcavelos, encima de una comisaría de policía, salió con un guardia que le ponía las esposas del cinturón

—¿Vamos a hacerlo así?

el tío de mi compañera una carnicería, me impresionan los animales despellejados en los ganchos y las carcasas colgando, mi compañera

—Quítame las esposas Mateus

y las cabezas de los cochinitos con pestañas de albino, huesos más blancos que las tórtolas solo que mudos, sin lágrimas, lloran mucho algunos animales, se rompen con el mismo ruido que las piedras, agonizan callados, cuando mi madre estuvo enferma, con un coágulo en el cerebro, aseguraba escucharlas

—Oigo hasta las piedras

porque el coágulo le cambió los ecos del silencio, hay quien oye el pensamiento, quien se fija en cómo hierven las sombras en la tierra, quien dialoga con los bebés por nacer, la madre de la

Señora a la Señora

—No vas a ir a conocer a tu novio con esa pinta

de modo que le prestó una falda, le arregló las cejas, la perfumó, la Señora a la madre de la Señora, con el padre Ismael rumiando reprobaciones

—Ha hecho de mí un payaso ¿verdad?

y sin embargo la hermana Santos Inocentes seguía sonriendo, el guardia a mi compañera

—No me interrumpas que ya casi estoy

no en la comisaría, en un automóvil de servicio aparcado en un camino que llevaba a la playa y los sauces llorones invisibles, la espuma invisible, luces de barcos remotos, las olas un montón de piezas que no acababan de ajustarse, el marido de la Señora al padre de la Señora

—Preciosa su hija

y mentira, un payaso, fijese en la pelota de la nariz, en los trapos de mendigo, en las botas enormes, en el saxofón que voy a soplar dentro de poco, en mi compañero, todo de lentejuelas blancas, preguntando, con la vara en el sobaco

—¿Pecados contra la carne?

mirando hacia arriba focos, trapecios en ganchos, un roto en la lona remendado con un cuadrado de arpillera, la Señora explicando

—Todas las mujeres son payasos

incómodo en la falda de su madre y en el perfume que la convertía en otra, la Señora, intentando no perderse

—No soy esta

y perdida en sí misma, la madre de la Señora, dentro de la Señora, al marido de la Señora

—Muchas gracias

apretando un poco los dedos que, mi compañera enseñándome restos en la piel

—Todavía se notan aquí

y realmente líneas que se desvanecían, cómo será con esposas, la madre de la Señora, dentro de la Señora, apretando un poco los dedos que la apretaban

—Muchas gracias

con un movimiento casi líquido de la cintura que la Señora no sabía que sabía, un meneo que la sorprendió, una aceptación pausada en que se multiplicaban pestañas, todas las mujeres son payasos de los hombres, con esposas será como sin esposas solo que con esposas, la misma especie de satisfacción que nunca viene por entero, se acerca, tarda unos segundos, da la impresión de aumentar y en lugar de aumentar la perdemos, el marido de la Señora

—Putá

no a la Señora, para estimularse a sí mismo, obedece, obedece, el jardinero avanzó con la manguera hacia las margaritas dejando huellas de serpiente en la grava, los pantalones demasiado

anchos, la gorra desaliñada, sacando la lengua de la boca para sacudirle la mecha con el meñique y volviendo a tragársela, el policía y el marido de la Señora en coro, con el padre de la Señora dirigiéndolos, di que eres mi perra, di que eres mi puta, no piden

—Di que eres mi payaso
nunca piden

—Di que eres mi payaso

porque les dan miedo las volteretas, las exageraciones, los chillidos, porque si no somos ni perras ni putas les damos miedo, Dios mío la sombra que proyectan las pestañas, Dios mío la falda, el collar, los pendientes, los tacones, el perfume y a pesar de ello el padre de la Señora la embajadora francesa, la chica rubia, la esposa del señor Monteiro, la pelirroja, las demás mujeres, decenas de otras mujeres, todas con collar, pendientes, tacones, perfume, el vagabundo se tumbó en el escalón en cuanto cerré la puerta, sin responder a mi despedida, un brazo dentro del saco de dormir, el otro brazo en el suelo, pegado a la acera, me apeteció volver atrás para doblarlo y no volví, quien no nos saluda no merece nuestra atención, ojalá se coja una gripe, ojalá se muera, el marido de la Señora a la Señora, trillándole el pelo

—Di que eres mi zorra dilo

el marido de la Señora, pasando de la orden a la súplica

—Por favor di que eres mi zorra anda

el marido de la Señora, preocupado

—Ayúdame

como a la empleada que lo crio, incapaz de doblar solo la ropa en la silla

—Ayúdame

y, una vez tumbado

—No te vayas Lucinda

el marido de la Señora a la Señora

—Lucinda

porque cada uno tiene el consuelo que puede, la Señora a la hermana Santos Inocentes y el marido de la Señora a Lucinda que el mundo es pequeño, una pañuelo sin sorpresas, cuál el nombre de la hermana Santos Inocentes antes de hacerse monja, menuda idea, esposas, tras el despacho el marido de la Señora cenando con el padre de la Señora, la madre de la Señora y la Señora, servidos por el empleado de la chaqueta blanca, la madre de la Señora más pestañas aún, más perfume, más pendientes pero el movimiento casi líquido de la cintura desapareció con la edad, la madre de la Señora, que se le notaba en los ojos

—Socorro

la seguridad de que el vagabundo se levanta en cuanto me marche, dobla el saco de dormir en la mochila y se disuelve en Cascais, por el lado de la fortaleza, de las calles nuevas o de la plaza de

toros donde un balcón iluminado lo espera, una de estas semanas me escondo en cualquier sitio, lo que no falta por aquí son columnas, y lo sigo pero qué gano con seguirlo y después me dan miedo los desconocidos, el sonido de los pasos me aterra, va de fachada en fachada, expulsado, devuelto, vuelto a expulsar sin que las personas se localicen, pueden estar a la izquierda, a la derecha, aquí mismo, entre un autobús y mi edificio, la sensación de que me agarran a la puerta donde una pegatina publicitaria no gracias, como si la publicidad llegase aquí y no lo hace, llegan furgonetas en la carretera que no se fijan en nosotros, siguen, quién se preocupa por un montón de casas en esta soledad perdida, por un vertedero de escombros, el marido de la Señora al padre de la Señora

—Prometo no decepcionarlo ni a usted ni a su hija señor
el padre de la Señora, sacudiéndole el discurso con el dorso de la mano

—Tranquilo que no me decepciona porque no tengo ilusiones
soltando la servilleta en el mantel sin doblarla como no colocaba los cubiertos en el plato, dejaba que se cayesen, el padre de la Señora dirigiéndose al pasillo, informando al marido de la Señora

—Di que eres mi zorra dilo
informando al marido de la Señora

—Si me canso de usted lo aplasto
y aunque haya salido continuaba allí y fue hacia su ausencia donde el marido de la Señora dirigió la lamparilla de una sonrisa de pobre, una llamita oscilante, temblorosa, que se apaga, el marido de la Señora casi de la altura del padre de la Señora y sin embargo microscópico, en una cama infantil a un tiro de la casa, también con una piscina, una pista de tenis y un jardín, más pequeño y sin esculturas, protegido de las olas por otras viviendas, un pinar sin viento donde en abril golondrinas, el marido de la Señora a la vieja que lo cuidaba, había cuidado a su madre antes que a él y que se dormía antes que el marido de la Señora, con la cabeza apoyada en una esquina de la sábana, el marido de la Señora

—No te vayas Lucinda
exigiendo una luz encendida, no creo que el vagabundo se pasee por Cascais, creo que se queda en el umbral de la librería esperándome, Dios no permitiría que me atacasen, no permitiría que yo sola, aunque mi hijo y el inválido del triciclo arreglando el motor con una llave inglesa, en la ausencia del vagabundo yo sola, el marido de la Señora a Lucinda

—No me dejes
y la Señora preguntándose por la mañana, con el camión al que la obligaba la madre de la Señora, un camión de payaso porque soy un payaso, todas las mujeres con payasos, la Señora

—¿Qué me ha pasado?

al principio sin entender lo que le había pasado y entendiéndolo, despacio, después, la pintura

le estropeaba la piel, el perfume le irritaba la nariz y un nuevo olor, como de carnicería, en ella, vísceras, sangre, la primera vez que sangre se lo dijo a la gorda del metabolismo y la gorda del metabolismo, a pesar de la noticia

—Debes de haber pecado confiéstate con el padre Ismael
el padre Ismael

—Jesús decidió hacer sufrir a las mujeres

y, como Jesús un hombre, no sorprende, salvo el debido respeto, y sin querer ofenderlo, qué extraño hacer sufrir a las mujeres ordenándoles sé el payaso de tu marido, la perra, la puta, la zorra, agrádale, obedécele, acepta, crucifícate en la cama cuando él te ordene

—Acuéstate

no te lamentes al hacerte la raya del pelo o cuando una especie de satisfacción se acerca y, al intentar mantenerla, se desvanece, alégrate de que él te abandone empujándote

—Ahora no me toques

pensando en otra cosa, la Señora, con el brazo sobre los ojos

—Te detesto

la Señora a mí

—Lo detesté hasta el último día

tan ridículo sobre ella, con los ojos muertos, huecos

—Deprisa

el padre de la Señora al marido de la Señora

—Si me canso de usted lo aplasto

de forma que la Señora a sí misma

—Se lo voy a decir a mi padre

la Señora a sí misma

—Mi padre no va a querer que sea un payaso

el collar, los pendientes, los tacones, las medias, el marido de la Señora

—No te quites las medias

recorriendo los muslos

—Estas medias me excitan

la Señora en el despacho del padre de la Señora, no disfrazada de payaso, con la cinta de sus quince años en la cabeza, el uniforme del colegio, zapatos bajos, la falda azul, la blusa blanca, el lacito, también azul, en el cuello

—Quiero volver con las monjas

sin nada de pintura de la madre en las mejillas, restos de perfume y restos del olor del marido que, afortunadamente, se evaporaban

—Quiero volver con las monjas

quiero la grasa del comedor, las misas fúnebres, los recreos que prohibía la Superiora, quiero inventar pecados que animen al padre Ismael, el padre de la Señora observando a la chica rubia de pie a su lado, observando a la Señora

—¿Qué pasa niña?

que a su vez lo observaba, después de observar también a la chica rubia, sin fijarse en la mancha de su carmín en el cuello de la camisa del padre, la Señora bajo, tan bajo que todo el despacho hacía eco

—No pasa nada de nada no haga caso he decidido ser payaso.

Nunca me he sentido en casa en ningún sitio, es decir nunca he sentido que nada me perteneciese ni siquiera mi hijo, igualito que su padre, la cara, el carácter, los gestos, de África me acuerdo de episodios que no llegan para reconstruir una vida, pasto, hienas, la profesora mulata a la que visitaba un propietario blanco y la luz de la escuela encendida hasta tarde, con motor de gasoil, mi madre encendía el nuestro para orientarse en la cocina y el mundo se sacudía, el retrato de los abuelos iba avanzando, avanzando, hasta caerse al suelo, mi madre avisaba

—El retrato

y yo, de puntillas, volvía a ponerlo encima del rectángulo de arpillera, cortado de un saco, que era la toalla que teníamos, o mejor, que tenían ellos, yo no tenía nada de nada, minúscula sobre una maleta de pescado observando a los abejorros que pertenecían a las salamanquesas, hechas de la misma materia y el mismo color que las paredes y tan quietas como ellas, cambiaban de actitud, tonta, sin que nos diésemos cuenta, con un ala de insecto fuera de la boca, vibrando, aún hoy me gustaría comer así, acabaría volando, me pondría la sopa delante, un segundo después nada de sopa y yo impasible, mi hijo mastica hasta el agua, yo a él

—¿Por qué no naciste salamanquesa?

y mi hijo, la servilleta cogida a la nuca, con la boca demasiado llena como para conseguir responder, mofletes más grandes que el resto del cuerpo y un mechón de pelo encima, en esos momentos, vale, no parecido a su padre, parecido a las ranas, al salir de sus huevos, antes de convertirse en peces, al llegar a la Señora, yo a Celeste

—Y querías tener bebés

los veo en el estanque, alrededor de la estatua, con movimientos de foca, suben a la superficie y devoran, con la punta de los labios, a un moscardón, con la sutileza con que el índice coge una migaja de pan del mantel, la dueña de la librería una hija que se droga, casi sin dientes, de la que se veían, entre adornos de lata, el cuello sucio y los párpados pisados, el padre de la Señora a la Señora

—Aunque no quisieras qué remedio tendrías sino ser un payaso

no con indiferencia, conformándose con tristeza o entonces no con tristeza, riéndose de ella, la Señora, indecisa,

—A veces me pregunto cómo sería mi padre

casi asfixiando al perro sin darse cuenta, dándose cuenta y acariciándolo de nuevo, no deje de

acariciarlo hasta que el animal ocupe este salón y nosotros, detrás de él, volviendo a hablar, o sea la Señora hablando mientras el propietario le daba una bofetada a la mulata, de eso me acuerdo

—No me llames borracho

el propietario y la mulata sombras confundidas contra el mapa del colegio, la Señora, ahuyentando al padre de la Señora con el gesto con que el padre de la Señora la ahuyentaba a ella

—Vamos a cambiar de conversación

si en ese instante la invitase a venirse conmigo en un tren que no parte casi seguro que aceptaría, la Señora, el vagabundo y yo atravesando fronteras, el jeep de la finca arrancaba dando sacudidas, espantando gallinas

—¿Borracho?

descubriendo mochuelos con los faros y escondiéndomelos, la profesora mulata se refregaba la oreja, la frente, el padre de la Señora a la chica rubia

—¿No te gusta ser payaso?

nunca me he sentido en casa en ningún sitio mientras que el vagabundo se siente en casa en todas partes, no se come la cabeza, camina por la playa hasta las rocas, desaparece en ellas, unas horas después vuelve, nunca he sentido que nada me perteneciese, salvo el deseo del periquito que no se me va de la cabeza, hay tiendas de animales que los venden a plazos, creo yo, la chica rubia al padre de la Señora, arreglándose la blusa

—Me encanta

el padre de la Señora mirando a la Señora

—Ya ves

él que nunca tuvo una hermana Santos Inocentes, nunca tuvo una Lucinda, le apagaban la luz del cuarto y caía, caía, con los pasos de sus padres en el pasillo subía un poco pero, pasados los pasos, seguía cayendo, la viuda del comandante al padre de la Señora

—Mi niño

el padre de la Señora, empujándola

—Cállate

y la viuda del comandante separándose de la esquina de un armario, contando las vértebras comprobando si alguna perdida

—¿Qué mal te he hecho?

tan mayor, qué horror, un periquito o dos, una pareja, con el macho amarillo y la hembra azul o al revés, el macho azul y la hembra amarilla, da igual, cuál el macho y cuál la hembra, por lo demás, como quiera que sea no los distingo, la viuda del comandante, intentando besar al padre de la Señora

—Mi niño

y tan mayor, de hecho, las arrugas de la frente, la voz que no se aguantaba, se rompía, temblaba,

nunca he sentido que nada me perteneciera ni siquiera mi hijo, tras unos meses el caboverdiano, que había comprado una cuna, dejó las inyecciones, se pasaba los domingos delante de aquello sin responder a Celeste, el padre de la Señora a la Señora, señalando a la chica rubia

—Le encanto

el padre de la Señora a la chica rubia

—Vete

y fue de las pocas veces en que la Señora creyó adivinar que no le disgustaba al padre de la Señora, pongo la jaula de los periquitos la encimera de la cocina y me siento a mirarlos, quizá pongan huevos si les hago una especie de, ayer las olas subieron mucho en la bahía, nido, quizá jueguen el uno con el otro y me distraigan, no me lo parece pero puede pasar, qué sé yo, y casi llegaron a la muralla, el caboverdiano no soltaba el nido de modo que, los trabajadores del ayuntamiento un trabajazo limpiando la playa de algas, manchas de gasoil, restos, por ejemplo tablas de barcos que se deshacían en las rocas, huevos, sinceramente, espero que no, no me apetece una manada de lobos, dos periquitos bastan, el caboverdiano no soltaba la cuna y por consiguiente Celeste, la mitad para mí, la mitad para el vagabundo, de espaldas a nosotros, ordenando mejor la mochila y Celeste observando el trozo de piel entre la camiseta y los pantalones

—Ya estoy por aquí con la cuna ahora no quiere venderlo dice que le hace compañía si encontrase un hombre en condiciones me separaría

los trabajadores del ayuntamiento limpiaron pero siempre queda basura, plásticos, alquitrán, asas de cestos, embalajes, el padre de la Señora a la Señora, ordenando páginas contra la tapa de la mesa

—¿Te apetece jugar al tenis conmigo?

lanzando pelotas fáciles, fallando adrede, dejándola ganar, a la Señora le pareció ver a la madre de la Señora, arriba en una ventana, pero al mirar mejor nadie, solamente la cortina a derecha e izquierda dando la impresión, la Señora a mí

—Probablemente me he equivocado

de que la madre de la Señora lo soltó, los trabajadores del ayuntamiento y el vagabundo ayudándolos, la madre de la Señora tardes y tardes en este salón, en el mismo sillón en que ahora la Señora, no respondiendo a la gente ni al marido que jugaba con sus amigos aunque no tuviese amigos, el padre de la Señora tan solitario como la madre de la Señora, a lo mejor tan solitario como yo, si lo hubiese conocido le traería un periquito o una pareja y ya está, se distraería, el padre de la Señora a la Señora, interrumpiendo el partido

—Ya está bien de simular que me siento bien contigo

tirando la raqueta y marchándose deprisa, la Señora al jardinero

—Coja esa raqueta

el jardinero al otro lado de la red, con la tijera en una mano y la raqueta en la otra, sin tocar las pelotas que le pasaban por delante, esta vez la Señora segura de que la madre de la Señora arriba en la ventana, observando, la Señora, hasta la noche, ganándole al jardinero que después de fumarse innumerables veces su propia lengua

—¿Da su permiso niña?

volvió a los arriates de forma que la Señora jugando contra sí misma y perdiendo, la Señora

—Todavía oigo los golpes

contenta por derrotarse y furiosa por sentirse derrotada, la Señora

—Para mí el tenis se acabó ese día

el marido de la Señora cogiéndola del brazo

—¿Estás tonta?

y la Señora agitándole el brazo como el viento sacudía los árboles de la China, si tuviese tiempo los describiría y no lo tengo, delicados, sensibles, la Señora un tirón y el marido de la Señora, ofendido

—¿Qué es esto?

mientras la Señora corría al colegio con la esperanza de que la hermana Santos Inocentes la esperase y no existía el colegio, existía el padre Ismael con las manos en la barriga y el terror al infierno cuando el infierno esta casa, este viento, estas dunas de las que no me protegen las dunas, fíjense, no me protege ningún pino, ningún ángel me vale, el caboverdiano a Celeste

—¿Divorciarte después de veinte años?

al mismo tiempo que en el patio jugaban gritando los hijos de la vecina y dos perros se peleaban por un gorrion descuartizado, qué rollo echar cuentas porque el dinero a final de mes adiós, qué monotonía los suburbios, el grupo de teatro, el coro de la parroquia, Celeste, todas las mañanas, autobús, metro, tren

—Un día de estos me mato

y no te matas, no te preocupes, te vas muriendo eso es todo, la Señora en dirección al estanque, en dirección al invernadero, la Señora a mí, acomodando al perro

—Yo andando sin rumbo

y la madre de la Señora, en la ventana, siguiéndola, la Señora a mí

—Creo que me he pasado la vida andando sin rumbo

y yo pensando

—Dentro de un mes o dos no nos vemos la una a la otra los paquetes de libros no caben en esta sala

los paquetes de libros que han de rodear la casa y la voz de la Señora, desmayada sobre ellos, sigue hablando, el empleado de la chaqueta blanca batallará con los lomos para abrirme la puerta

—Por favor niña

el jardinero sosteniendo enciclopedias, no he hablado nunca con turistas, si me señalaban mapas ni siquiera paraba, no conozco ningún país, solo he vivido junto a un embalse, no he ido al extranjero, los trenes que no parten viajan por mí, el marido de la Señora a la Señora

—Di que eres mi perra dilo

no, de momento el marido de la Señora a la Señora

—No vuelvas a sacudirme el brazo

y la Señora segura de que la madre de la Señora oyéndolos, aunque en el piso de arriba y docenas de paredes y alfombras y biombos entre ellas, hay días y días que el sujeto de la editorial no viene, no sé si es a él a quien echo de menos o a la atención que me prestaba, coge el asiento mientras me instalo en la pastelería, no se fija en las demás mujeres, pero no es a él a quien echo de menos, es a la atención que me prestaba y me da pena que sea a la atención que me prestaba, me mira como si mirase el sitio donde mejor queda el cuadro, en el pasillo, en la entrada, sobre el mueble de la habitación y los dedos en mi muñeca, con miedo, yo, que me gustaba que me atendieran, casi no me fijo en ellos y permanezco sola, Celeste

—¿En qué estás pensando?

de modo que para no responder

—No sé

me probaba el ancho de una blusa de la boutique y me quedaba bien, si tuviera a quién agradar, si me apeteciera agradar, si cualquier cosa me atrajera del sujeto de la editorial, si fuese otra, la profesora mulata un cuarto en las traseras de la escuela, cuando la ventana abierta la cama, el lavabo descascado y el despertador, la Señora a mí, colocándose mejor el perrito en el regazo

—Mi madre y yo no éramos capaces de hablar la una con la otra

calladas a la mesa como el padre de la Señora callado, se notaba el agua en la concha del estanque, se notaba la manguera en el jardín, se notaban las plantas diciendo frases diferentes, por la noche, de las que dicen de día, todo cambia de opinión con la llegada de la oscuridad, los árboles, los perros, las personas, la sospecha de que nuestros ojos se han alterado y nos observan a nosotros mismos, se desilusionan, reprueban

—¿Qué has hecho?

los trenes que no parten no en la estación, lejísimos, el marido de la Señora, aunque intimidado con el silencio, que levante el dedo a quien no le intimide el silencio, me acuerdo de mi madre, en África, cuando el pasto se callaba

—No me gusta

y de la agitación de las cabras, tal vez, hasta para eso un periquito, de posadero en posadero, ayudase con el ruidito de las patas, el marido de la Señora buscando una frase y dejándolo, la Señora a mí

—Mi padre lo asustaba asustaba a todo el mundo

casi con orgullo, creída

—Asustaba a todo el mundo

y arrepentida del orgullo, el marido de la Señora a la Señora, en la habitación

—Ponte el camisón con transparencias

y los zapatos, y el collar, y los pendientes, y el perfume, y la pintura en las mejillas, quiero mi payaso y ahí venía el muslo, el pecho, el tronco entero, la expresión de sufrimiento atrás y delante, el orden muy rápido

—Di que eres mi perra dilo

la petición, bajita

—Ayúdame

porque si no me ayudas no puedo, no le cuentes a nadie que me has ayudado, soy hombre, si se lo cuentas a alguien yo, la Señora la seguridad de que Lucinda al lado del marido de la Señora, dispuesta a amenazarla, a hacerle algo malo

—Ayúdelo

una criatura en zapatillas que tranquilizaba al marido de la Señora asegurándole

—Ella le ayuda

y la Señora, con el uniforme del colegio, preguntándole por qué motivo no la defendía la hermana Santos Inocentes, la Señora a mí

—Creo que siempre he estado sola

mientras el padre Ismael, en el confesionario, repetía en el interior de su sueño

—¿Pecados contra la carne?

informando a la Superiora con un susurro goloso y la Superiora prohibiendo el recreo

—No se queda en el aula se va a rezar a la capilla

la capilla, incluso en verano, helada, con ratones danzando entre el altar y el órgano, la Señora se acordaba de una hembra embarazada, con el pelo rizado, enseñando los dientes a los machos, de la hermana Circuncisão, apoyada en la columna del púlpito, besando a una novicia que, igual que más tarde el marido de la Señora, parecía sufrir, la hermana Circuncisão susurraba palabras que la Señora no entendía, las entendió después en boca de Lucinda, gritándole al oído mientras animaba al niño

—Di que eres su perra dilo

y la novicia, la Señora a mí

—Estoy segura de que Lucinda ahí

diciendo, me pregunto si el caboverdiano, en la época de las inyecciones, igual, o el sujeto de la editorial si aceptase sus dedos, por lo que respecta al vagabundo no me pregunto nada, tantos meses después sigo sin conocerlo, cuando se marche y me hablen de él, respondo

—¿Quién?

una sombra en el escalón en que no me fijaba, casi no me fijo en las personas tanto más en las sombras, tengo un hijo que criar y con el trabajo que da, sin mencionar el colegio del año que viene y la ropa, incluso dos tallas más grande que, en seis meses, no sirve, me vale, Celeste

—Ni te imaginas tu suerte tienes una criatura

y sus ojos mezclados, la tonta, tranquilidad en casa sin otitis, objetos que se rompen y quien los barre es la esclava, exigencias de juguetes para los cuales la cuerda no sirve y por lo tanto llantos y escenitas, la novicia todavía no hermana, solo Adelaide, todavía no hábito, un vestido demasiado amplio y zapatos demasiado grandes que las monjas amontonaban en el baúl para vocaciones futuras, sin pintura ni pendientes ni perfume, flaquitas, pálidas, con miedo a las alumnas, idénticas, suponía la Señora, a los payasos antes de entrar en el circo y como consecuencia payasos igualmente, qué otra cosa se puede esperar de las mujeres incluso si, en lugar de hombres, pertenecen a Dios, hasta las estatuas, pensándolo dos veces, la Venus obligada todo el tiempo a verter agua de la concha, con el brazo en alto, roída de humedad y hongos, el marido de la Señora empezó a trabajar con el padre de la, Celeste no tenía padre, solo madre, con el padre de la Señora, en un despacho más pequeño, al lado, y no una chica rubia acompañándolo, uno, Celeste no se deshacía con lo que le pasó al padre, si me aproximaba al asunto una ceja levantada y la barbilla que se ensanchaba, cuadrada

—No importa

el marido de la Señora no una chica rubia acompañándolo, un empleado de la confianza del padre de la Señora que no lo trataba por señor, lo trataba, para impedir que la barbilla de Celeste se cambiase no he vuelto al asunto, también hay cosas de las que no hablo, el primer hombre que conocí, por ejemplo, que se me viene a la cabeza llamándome, con aquel traje claro que me gustaba, me gustaba el color y me gustaba sentir el tejido, meses después el empleado de la confianza del padre de la Señora sustituido por una segunda chica rubia, la Señora pensando

—Quizá pueda ser payaso menos veces ahora

primero entraba la hermana Circuncisão en la capilla y se sentaba al órgano, después la novicia que cambiaba el mantel del altar y limpiaba la cera de las velas mientras los mártires de escayola se balaceaban con los sonidos, el chico cuyo nombre había perdido la Señora, que apedreaban los romanos cuando llevaba las hostias escondidas en la túnica, pasaron las pasas del Algarve, los cristianos, al principio, hoy día resuenan en los confesionarios, obsesionados con los pecados de la carne de quien se les arrodilla enfrente, la chica rubia del marido de la Señora menos guapa que la del padre de la Señora, blusas menos escotadas, uñas menos largas, no se quedaba tanto tiempo a su lado mientras el marido de la Señora firmaba informes, la voz de la hermana Ciurcucisão flotando sobre las olas del, hace meses Celeste

—Un día me abro contigo sobre mi padre

órgano, y no se abrió nunca, en ciertas ocasiones parecía quererlo pero se contenía

—Me lo he prometido a mí misma

y la barbilla ancha, cuadrada, de vuelta, la voz de la hermana Circuncisão la ruedecita de corcho de un gorjeo sobre el aceite del órgano

—¿Me has pedido la bendición Adelaide?

Adelaide tan delgadita, tan pálida, poco mayor que la Señora

—Poco mayor que yo

doblando la toalla del altar mientras iba subiendo la marea de la música, subiendo, la Señora pensando, con las manos puestas

—En unos segundos la capilla y el colegio explotan

a medida que la novicia se metía en la música con los zapatos que no le pertenecían, en la ventana estrecha un pájaro cualquiera, el cielo no gris como el de África, azul, una nube perdida, la Señora, en lugar de perseguir las pelotas de tenis, en una silla con las demás señoras, todas con gafas oscuras, bajo sombreros de ala enormes, misteriosas, etéreas, la madre de la Señora, la embajadora francesa, la esposa del señor Monteiro, la esposa de un ministro sustituyendo a la pelirroja, la hermana Santos Inocentes no, girando las cabezas al unísono, a derecha e izquierda, siguiendo el juego, con la Señora pensando

—¿Cuántos payasos somos?

piernas cruzadas, refrescos, joyas, una de ellas con mantilla, di que eres mi perra, mi zorra, mi puta, de modo que cuántas perras, cuántas zorras, cuántas putas en total, contentas de ser zorras, perras y putas, la Señora

—Siete diez quince no sé el número exacto

la novicia pobre como mis padres en África, como mis padres aquí, no había condiciones para que mi madre fuese perra, qué pena, si hubiese un jardinero fuera recortando setos, una criada lavando la ropa por mí, un empleado con chaqueta blanca sustituyendo a los periquitos, si le ordenase

—Píe Marçal

el empleado de la chaqueta blanca del posadero de arriba al posadero de abajo y del posadero de abajo al posadero de arriba, cantando, transformaría a Celeste y a mi compañera en Venus y las pondría en el jardín, quizá les diese a elegir

—¿Quieres ser Venus o discóbolo?

y las dos felices, la hermana Circuncisão a la novicia, besándole la frente

—Vamos a rezar juntas

invitaría a la dueña de la librería a dirigir la cocina en vez de entretenerse en el sótano donde cajas y sacos y un par de katiuskas sin dueño, la dueña de la librería y el amigo, entre promesas y suspiros, haciendo caer revistas y torciendo estanterías, me gustan, en el chalet de ella, las tórtolas de porcelana orgullosas de sus mariconadas por la tarde como me gustaría estar en un tren que no

parte llegando, en el cuarto de la profesora mulata una Virgen y una muñeca sin piernas, me pregunto cuál de las dos oraba, el marido de la Señora a su chica rubia, cuyo escote iba, la novicia, con los ojos cerrados, rezando, al mismo tiempo que la hermana Circuncisão la besaba, cuyo escote iba aumentando con el tiempo, hay personas que no dejan de crecer

—Mañana come conmigo

no en un restaurante, en un hotelito, entre las dunas, con la desesperación de las gaviotas alrededor, de vez en cuando el viento lanzaba una contra las rocas y, como en el autobús, una gota de sangre, un ala, el marido de la Señora y la chica rubia en una habitación con vistas al mar, ojalá Lucinda los viese y lo ayudase

—¿Dónde está mi niño?

cuál es la diferencia entre rezarle a una muñeca y rezarle a una santa, ambas quietas, ambas, aunque mudas, capaces de milagros, exceptuando al propietario la profesora mulata nadie, la veíamos cenar papas no del plato, de la cazuela, con una cuchara larga, y media docena de pollos canijos alrededor, a la izquierda del hotel o unas veces a la derecha y otras a la izquierda, que la tierra se mueve más que el agua, ya se sabe, un faro mugiendo, la chica rubia sentada en la cama y el marido de la Señora indeciso para desnudarse, susurrando un

—Tengo miedo

débil, si me cruzara con la profesora mulata en Cascais, incluso después de tantos años, es una ilusión que tengo, la reconocería enseguida, del propietario, por el contrario, solo recuerdo la barriga, el marido de la Señora pensando en Lucinda, que volvió a la aldea y se casó con un primo, durante la capilla, con la hermana Circuncisão, la novicia, con los ojos cerrados, no dejó de rezar y la Señora se preguntaba qué habría en la cabeza de Dios en esos momentos, espero que el vagabundo no decida pasear por Guincho, de remolino en la arena en remolino en la arena, tapándose con las solapas y perdiendo el camino, para que el viento no se lo lleve un día contra un arrecife, el padre de la Señora a la Señora, señalando al marido de la Señora con el labio

—Juega peor que tú

y el marido de la Señora

—Di que eres mi perra dilo

sin atreverse a protestar, la Señora a mí, girando la alianza

—Se ha pasado la vida odiando a mi padre

odiando a mi padre con la boquita cerrada, durante la existencia de mi padre la boquita cerrada, vi al jardinero, en una escalera de mano, limpiando las glicinias con un ovillo de rafia y la lengua borrada en uno de los rincones de la boca, cuando sentía a la Señora se la guardaba, por respeto, en la mano, después volvía a ponerla en las encías, dando con las manos en los bolsillos para buscar las cerillas, el marido de la Señora junto a la cama del hotel donde la chica rubia, si estuviese en la piel de la dueña de la librería, escuchando tórtolas todas las mañanas, me cansaría,

ternura está bien, no tengo nada contra, exageraciones y lágrimas no, donde lo esperaba la chica rubia, con el primer broche de la blusa suelto, tentándolo, unos encajitos a la vista, un lunar que le pareció falso, el marido de la Señora al marido de la Señora

—De lo que son capaces las mujeres

y Lucinda sin venir, la chica rubia una pulsera con dos corazones, el marido de la Señora, con la esperanza de que Lucinda no apareciese

—Tiene hijos

o sea tiene hijos, tiene marido y está aquí, la perra, qué son las mujeres sino perras, verdad, Celeste colgando en la percha la ropa que me ponía

—Me separaría te lo juro no aguanto la cuna

y las palomas de la calle volando, a la una, al tejado de al lado, cuando menos se espera es esto, desaparecen sin una razón comprensible, si no se entiende a las personas qué decir de los bichos, la hermana Circuncisão a la novicia

—¿Y un abrazo de agradecimiento para conducirte a Dios?

qué son las mujeres sino perras, verdad, el marido de la Señora loco con la idea de que la Señora mejor que él al tenis, el marido de la Señora al marido de la Señora

—Díganme una sola que no sea una perra

con ganas de tratar mal a la chica rubia, deshacerle la blusa, insultarla, me enseñará alguien la razón de estos caprichos de las palomas, el inválido me saludaba siempre

—Chica

levantando una muleta, no la gorra, una muleta, ya que estamos con las manos en la masa además de las palomas enséñenme a conocer a los lisiados, seguro que tenemos libros sobre esto en el sótano, si me acuerdo mañana busco, el marido de la Señora decidiendo

—Me marchó

pero el encaje lo tentaba, las cejas negras, casi demasiado gruesas, lo tentaban, el hecho de que las cejas exactamente en el límite del grosor, ojalá seas consciente de ello y las mantengas así, lo tentaba, se abrió la chaqueta, un minuto más o dos y vuelven las palomas, es fatal, olas tras olas, el mugido del faro insistiendo, el viento conduciendo las dunas hacia la sierra que además no se ve, se ve una casucha y una pita enorme bailando, en la provincia, cuando una suela se perfora, se corta un trozo de pita, a esta hora Lucinda, afortunadamente, ya ha entrado en el hotelito, y se remienda la bota por dentro, los pobres son estúpidos pero esas cosas las saben, el marido de la Señora se quitó la chaqueta, si por casualidad la Señora con otro hombre los mato a los dos o no los mato, luego decido, el marido de la Señora con miedo de que el padre de la Señora

—Si me canso de usted lo aplasto

le leyese el pensamiento, disculpándose

—Un chiste sin gracia no mato a nadie somos civilizados

buscando un gancho donde colgar la chaqueta, quitándose la corbata, cejas rarísimas al límite del grosor, en el bolsillo de la chaqueta para no olvidarla, en portugués casaco, en francés veste, en inglés no me acuerdo, en inglés coat o me estoy equivocando y coat abrigo, qué más da, no es momento de ponerme con gramáticas, no sé cuántos siglos hace que acabé el instituto, el marido de la Señora en voz alta

—¿Coat?

solo para comprobar cómo sonaba y sonaba más o menos, la chica rubia uniendo las cejas negras, las cejas negras, las cejas negras

—¿Perdón?

y un diente de arriba un poco sobrepuesto, qué bonito, cejas gruesas y un diente un poco sobrepuesto, solo un poco, acabo de entender lo que la hace seductora al hablar, el dientecito, no un incisivo, tras los incisivos, el dientecito tras los incisivos, no sobre un incisivo, solo apoyando la punta en él, con una actitud de abandono antes de volver a su sitio porque, en cuanto pueda, va a volver a su sitio, tiene pinta de volver a su sitio pero, si no le importa ni le cuesta mucho, coat, coat, déjelo cinco minutos junto al vecino, agora el coat, ha visto, se me ha pegado, no me suelta, ojalá fuese usted quien se me pegase sin soltarme, unas veces son palabras, otras son frases, aquí hace meses un anuncio de detergente de la mañana a la noche atormentándome la azotea, en lugar de

—Buenas tardes

me salía el anuncio, en lugar de

—Es un placer

me salía el anuncio, en lugar de

—Le acompaño en el sentimiento

me salía el anuncio, no se ría, es en serio, la publicidad tremenda, ese muslo tremendo, esas ligas negras tremendas, el marido de la Señora descalzándose, tirando de los calcetines lanzándolos al aire

—Con una raqueta le atizaba con más fuerza que mi mujer se lo aseguro

atizándole a los calcetines con la mano fallando en uno, atizándole de nuevo al que falló y el padre de la Señora, por más que se estirase

—Coat

qué rollo, no pudo responder, soy mejor que su hija, cretino, soy mejor que usted, apréndalo, el marido de la Señora, saliendo de la camisa, haciéndole musculitos al padre de la Señora

—¿Lo ha oído?

el marido de la Señora, en calzoncillos, al padre de la Señora

—Más energía que usted

quitándose los calzoncillos, tropezándose con ellos, apoyándose en la pared que también las

han hecho para eso, no solo para los cuadros, el marido de la Señora, desnudo, avanzando hacia la
chica rubia

—Coat

en una espiral de bailarín que Lucinda animaba porque Lucinda con él, aconsejándole a la chica
rubia

—Quédese las ligas

de forma que el pelo de la chica rubia una raya en el instante en que el faro se calló.

Ahora que el sujeto de la editorial, con un traje que no iba muy bien con la camisa y zapatos que no iban con nada, me ha invitado a cenar después de imponernos más libros de los que necesitábamos, ojalá vendiésemos una mierda de lo que tenemos ahí, ¿qué hago? Hace siglos que no cenó fuera, el marido de la Señora, dejando la cuchara

—No me preguntes nada

cuando la Señora no pregunta nada de nada, hace siglos que no cenó fuera menos a veces, en el centro comercial, cualquier cosa rápida, de pie, con mi hijo, un bocata, un pastel, un zumo para los dos, es decir casi todo para él, le limpio la boca con una servilleta de papel

—Estate quieto

y siempre se queja de que le hago daño, si contase las veces que mi hijo me pone de los nervios estaría una tarde entera hablando, esto de los niños es muy bonito para quien no es su madre, un bocata, un pastel, un zumo para los dos y ya está, yo queriendo ver los escaparates y él cansado, con sueño, los cordones desatados y el pañal por fuera, Celeste, el marido de la Señora a la Señora mientras les cambiaban los platos

—¿Por qué me miras de esa manera?

la Señora a mí

—Como si me interesara mirarlo

mientras los charranes sobre los arriates, por qué los llamarán charranes, debe de haber una razón y se me escapa, Celeste envidiosa, imagínese, poniendo sobre aquella criatura agitada el velo de un soslayo maternal, esto por no mencionar las vueltas a casa en autobús con mi hijo en brazos, es de dominio público que no hay nada en la galaxia que pese más que un niño dormido, yo pidiéndole al conductor que tamborilea al volante

—Un momento un momento

acunando materia inerte hasta que las piernas del fardo empiezan a pedalear dando tropezones, esto más atravesar la carretera a oscuras, en una curva que anula los faros, debían poner aquí un paso de cebra, más perros escondidos en los arbustos ladrándome, más pisar basura gelatinosa que me hace perder el equilibrio, más el lío de encontrar las llaves en la cartera, más acertar con la cerradura invisible, más empujar la puerta que se atasca a mitad de trayecto, el marido de la Señora, con la boca llena

—Te apetece enfadarme ¿no?

más pulsar el botón de la luz que se enciende temblando y la entrada un acuario en el que flotan buzones y una maceta con una planta muerta, más el suplicio de los pisos a pie, el marido de la Señora tirando la servilleta y marchándose, la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—Me parece que voy a repetir el dulce Marçal

tres pisos cargando el fardo que lloriquea y protesta, más desnudarlo, más obligarlo a hacer pipí y yo hacia dentro

—No se te olvide abrir el grifo no se te olvide abrir el grifo

con la esperanza de estimularle la vejiga, más lamentos de que el pijama frío, la almohada fría, las sábanas frías, más apagar la lámpara cuyo interruptor me intenta asesinar a traición con chispas crueles, malas, creyéndome a salvo en el corredor, un grito agonizante

—¿No me das un beso?

y por lo tanto doblándome sobre un bultito impreciso, enderezarme con una protesta de ruedas dentadas de la columna y la Señora escuchándome con pena, doblarme de nuevo porque

—Ese ha sido muy rápido dame otro

de modo que el sujeto de la editorial, con el traje equivocado, o la camisa equivocada, o todo equivocado, la Señora a mí

—Mi marido siempre correcto qué monotonía

creo que todo equivocado incluso sin mencionar los zapatos, me ha invitado a cenar qué hago, no tengo ropa decente, no tengo tiempo para lavarme la cabeza, no tengo dónde dejar a mi hijo, encima con colegio al día siguiente, y después pisaditas eternas, y después presiones en el brazo, y después protestas no de un hotel, claro, los hoteles carísimos, una de esas pensioncitas en el interior de Cascais o en una aldea de los alrededores, edificios clandestinos como el mío, hundidos en la oscuridad, calles por asfaltar, andamios y ladrillos abandonados, la Señora a mí

—Nunca me ha sabido tan bien un dulce

esto con dieciséis o diecisiete años, en su primer embarazo, la Señora arrugándose al recordar a su marido

—¿Ya ha visto lo estúpidos que son los hombres?

el de la editorial observando, desde el interior del coche, una fachada con una placa ilegible sobre la puerta

—Eso de ahí debe de ser una pensión

midiéndose, en el espejo retrovisor, con el cuello larguísimo, retocándose la corbata, entendiéndose en el umbral con un viejo en camiseta interior que se acercó, con la mano como visera en la frente, para ver quién era yo, Celeste se quedó en mi casa, con el caboverdiano, cuidando al niño, con la esperanza de que tras una noche de paternidad él se hartase de la cuna, el padre de la Señora al marido de la Señora, no en voz alta, flojito, cuando el padre de la Señora se volvía casi amigo aterraba a los demás

—Faltarle el respeto a mi hija es como faltármelo a mí ¿entendido?

y esa noche, en la cena, el marido de la Señora todo atenciones, esperando que la Señora se sentase para colocarle la silla

—Disculpa

y ningún

—Di que eres mi puta dilo

atento al nivel del agua del vaso de ella y a las espinas de la lubina

—He encontrado dos cuidado

el viejo de la camiseta interior apuntándome con el palillo de la boca

—No la conozco ¿verdad?

una de esas aldeas alrededor de Cascais, edificios clandestinos, calles por asfaltar, andamios y ladrillos abandonados, rumanos, negros y todos los perros del mundo allí juntos, buscando restos de comida entre las hierbas, ganas de pedir socorro, ganas de marcharme, el sujeto de la editorial que traiga a mi compañera, ella acepta, la Señora a mí

—Lucinda no ha aparecido más en la habitación y he dejado de ser perra antes de dejar de ser todo lo demás

y por lo tanto cuando el sujeto de la editorial abrió la puerta para salir del automóvil le dije

—Lléveme a casa rápido

en medio de la oscuridad puesto que la única farola rota de una pedrada, una motocicleta con dos negros, el de atrás bebiendo de una botella de vino, paró, tosiendo, cerca del sujeto de la editorial

—¿Nos repartimos a la tía?

y yo con pena de los pulmones de la motocicleta y con pena de mí, un fulano, quizá el vagabundo, pasó sin molestarme y desapareció en una de esas construcciones de tablas donde comen los obreros en invierno, mirándonos como los apóstoles en la Última Cena, en relieve, de estaño, que ponen en las paredes las personas de edad, tengo que contarle a la dueña de la librería que tenemos un evangelista durmiendo en el escalón, el reino de Dios es parecido a un grano de mostaza que un hombre cogió y sembró en su campo, el negro de delante al negro de atrás

—¿No le ofreces un trago de vino a la madama?

negros que mi padre debería de haber matado antes de dejar el embalse y embarcar a Lisboa, me pregunto si la profesora mulata sigue dando clases o bebe un trago con ellos, los domingos paseaba descalza, sin que los pies tocasen el suelo, y las colinas de su pecho eran el horizonte de la tierra, tanto pasto a su alrededor, madama, ambas somos madamas, tanta espiral de niebla, mi madre a mi padre

—¿Me vas a dar un hijastro cabrito?

y, a lo mejor, tengo un hermano en Angola, no sé, mirando el agua por mí, en las aldeas

alrededor de Cascais la noche más espesa, con grillos cantando en los desniveles de la tierra, el mar demasiado lejos que el viejo de la camiseta interior, creo yo, no ha visto nunca, muros de piedra suelta, miseria, esta es la dichosa patria amada, hornillos de petróleo, un tragante obstruido, si mi madre en el asiento de atrás

—¿En serio padre le dio en Angola un hijastro?

y su cara creciendo, si algo la ponía de los nervios le crecía la cara, no salí del automóvil, me quedé mirando hacia delante con los negros esperando, la Señora dándole una galletita al perro

—Un marido durante treinta y ocho años fíjese

hasta que la casa le pertenezca por entero, y los bancos, las empresas, las fábricas, la cementera, el sujeto de la editorial aceptó un trago de vino, dos, tres, acercó la botella al coche

—¿Quiere más?

yo, con los negros esperando

—Lléveme a casa rápido

y mirando de nuevo hacia delante, la cementera, las fábricas, los negocios en el extranjero, el petróleo, el viejo de la camiseta interior al sujeto de la editorial

—Esta es brava

sin que le distinguiera los rasgos, solamente el palillo y una cicatriz en lo que sería la mejilla, no distinguía los rasgos pero distinguía el crucifijo en la cadena al cuello, el perrito de la Señora probaba la galleta con la punta de los dientes como las personas de edad, el sujeto de la editorial aceptó cuatro tragos, cinco, me pareció sentir el olor de los pinos y el olor del matorral tras los edificios, ninguna gaviota, ningún sonido de faro, al cruzarse conmigo la profesora mulata sonreía, la tapicería del automóvil empezaba a molestarme en las costillas, en el restaurante donde cenamos una cocinera gorda, con una toca de plástico transparente, limpiándose el hollín en el delantal después de andar en el fogón, mis manos dos pájaros asustados torturando el cierre de la cartera, cada pájaro pidiendo

—Lléveme a casa rápido lléveme a casa rápido

cada pájaro ordenando

—Lléveme a casa rápido

las nubes en el embalse, no en el cielo, se miraba el cielo y el cielo limpio, tiene que existir un segundo bajo el agua, la cocinera gorda, la hija o sobrina de la cocinera nos puso la bandeja, tres o cuatro mesas vacías, con manteles de papel y servilletas metidas en los vasos mientras yo pensaba

—Al final ¿esto es el restaurante?

o sea un equipo de fútbol en la pared, un calendario y un reloj pentagonal, mi hijo a Celeste

—No me voy a acostar quiero a mi madre

pegado a la silla, el restaurante un sitio forrado de azulejos de cuarto de baño, el menú escrito a

lápiz, en un trozo de cartón en el cristal del escaparate y una criatura dormitando en un rincón, encogiéndose de hombros en los escalofríos de los sueños, echando de menos el bocata y el pastel en vez del pescado que me imploraba, entre dos patatas, que lo dejase agonizar tranquilamente en su lecho de judías verdes, mi hijo al caboverdiano

—No me gustas

esquivándolo cuando intentaba sonarle los mocos

—Déjame

cómo me apetecía gritarle

—Déjenme

al viejo de la camiseta interior con una nueva botella y a los negros que hablaban el uno con el otro con su risa áspera, tan diferente a la nuestra, alegrías sin sentido, entusiasmos sin razón a medida que el sujeto de la editorial seis dedos, siete dedos del cuello de la camisa abiertos y la corbata desanudada, riéndose de mí al reírse con ellos, no me imponía libros, no me hacía preguntas, no se interesaba por mi vida como en la librería, en el café, en el automóvil antes de cenar, simpático, diligente, atento, acariciándome suavemente y, aunque conduciendo, palpitando a mi alrededor, igual que las mariposas de la Señora alrededor de las fresias, no sabía que en las aldeas de Cascais las noches así, opacas, lentas, muy negras, no sabía que el silencio lleno de susurros y motores lejanos y el vagabundo, que me parecía ver junto a la pensión, llamándome sin voz, no le respondía porque no me escuchaba o se negaba a escucharme, acompañado por el ingeniero de los perfumes enseñándome la cartilla

—¿Quiere ver mis cuentas quiere comprobar mi dinero?

mientras la profesora mulata empezaba el dictado, Celeste a mi hijo

—¿Tampoco yo te gusto?

maldiciéndome, maldiciéndolo, proyectando guillotinas

¿Y si lo matásemos?

preguntando al caboverdiano

—¿No te vas a librar de la cuna no vas a tirarlo mañana a la calle?

después de deshacerlo con un martillo, amasarlo, arrancarle los adornos y las mariconadas, el perrito cogía las migas de la palma con la lengua minúscula, y yo pensando menos mal que la Señora no me la va a dar para despedirse, menos mal que el perrito no me lamerá la piel a través de ella, qué asco, el padre de la Señora al marido de la Señora

—Ha tardado pero ha aprendido

con la chica rubia a su lado, con anillos cada vez más gruesos y vestidos cada vez mejores, también casada como la chica rubia del marido de la Señora, con corazones en la pulsera pero macizos, grandes, el marido de la Señora espiando sus pendientes

—Le han costado un dineral

ofreciendo pendientes menos caros a la otra, vestidos menos esco

—Di que eres mi perra dilo

tados, collares prudentes, invitándola al tenis de los sábados y la Señora a mí, con indulgencia sincera

—Tan estúpidos los hombres

y tan estúpidos, realmente, quitando el vagabundo para el que yo no existía igual que para el primero que conocí y para el padre de mi hijo tampoco existía, ya no sé quién soy, no pienso en ellos, no los recuerdo, no me apetece encontrármelos, como tampoco me apetece encontrarme al sujeto de la editorial después de aquella noche, es un segundo el que viene ahora, tímido, joven, con quien no tomo café, me limito a oírlo y

—Sí

o

—No

o

—Puede ser

y eso es todo, no apoyada en el mostrador, apoyada en las estanterías, mi compañera al segundo

—¿Y el que venía antes?

y el segundo con ojos modestos, sin atreverse a mirarla a la cara

—Ha pedido un cambio de clientes

con el traje que no va con la camisa y zapatos que no van con nada, pensándolo bien, dígame, cuál de nosotros es el payaso, usted o yo, acepto la zorra, la perra, la puta y le ofrezco, tómelo que es gratis, el deseo, cuando el segundo se marchó la dueña de la librería a mí

—¿No te sientes bien?

observándome doblar un pliegue entre el índice y el pulgar como cada vez que pensaba, la dueña de la librería

—¿No te sientes bien?

y yo, alineando lomos alineados, nunca me he sentido tan bien, por qué no me iba a sentir bien, la dueña de la librería, comprobando los billetes de la caja

—Celeste me ha dicho que hace una o dos semanas no dormiste en casa

mirándome más tiempo, cualquier día paso por su chalecito para escuchar a las tórtolas, hay momentos en que lágrimas de porcelana consuelan más que lágrimas de verdad, se delega en ellas nuestro llanto y nos quedamos con los ojos secos, dándole al palique de esto y de aquello, la dueña de la librería

—Decía que cenaste con el que venía aquí antes llegaste por la mañana con la blusa rota y al preguntarte lo que había pasado no respondiste

intercambiando soslayos y gestitos discretos con mi compañera, convencidas de que yo no me

enteraba, las idiotas, ocupada cambiando las novedades del escaparte, unas veces en cuclillas, otras de rodillas hacia la calle donde no estaba el vagabundo, me enteraba y es fatal, no es necesario tener ojos en la nuca para comprender lo que pasa, ojalá la profesora mulata, que siempre me trató bien, viva donde viva feliz, la dueña de la librería, que le conozco las mañas de alcahueta

—¿No te apetece desahogarte conmigo?

y yo, dentro de mí, desahógate mejor tú que tu amigo no viene, la dueña de la librería susurrando al teléfono, con la mano protegiendo el auricular

—Pero ¿por qué?

la dueña de la librería, más alto

—Al menos explícame por qué

atestiguando que más alto de manera que curvándose sobre el aparato, con la cabeza en el pecho, debido a sus movimientos casi me entraron ganas de traer unas tórtolas con la idea de que los bichos se desesperasen en su sitio, de qué valen los animales, pájaros incluidos, si no nos ayudan, al gastarnos dinero con ellos en comida, veterinario, tonterías, etcétera, a pesar de no entender muy bien en qué consiste el etcétera, es natural que nos compensen en lo que necesitamos, en el caso de las tórtolas no les pediría mucho, el disgusto es su profesión, tanto se pueden lamentar aquí como en el alero del chalecito, qué más les da, la dueña de la librería en una especie de sollozo, para qué paños calientes con ella que no los usa conmigo

—Llegaste por la mañana con la blusa rota

por ejemplo, no es asunto del que se hable, aunque haya llegado, por amor de Dios, esas minucias se callan, por consiguiente, como no soy yo quien ha inventado las reglas, me dejo de pudores, la dueña de la librería no en una especie de sollozo, en un sollozo y la frase entera dentro, puede parecer difícil pero cupo

—Perdona pero tengo derecho a exigir que me expliques por qué la dueña de la librería casi en un grito, en un grito

—No te atrevas a desconectar esa mierda me has oído no te atrevas a desconectar esa mierda

no pálida, roja, el cuello todavía más rojo que la, la Señora secándose la mano en el dorso del perrito

—¿Por dónde íbamos?

el cuello de la dueña de la librería más

—No te atrevas lo has oído bien a desconectar esa mierda

rojo que la cara, arrepentida de la palabra, no arrepentida de la palabra ella que, con el amigo en el sótano, lo elogiaba entre dientes

—Mi muchachote adorable

al mismo tiempo que una pila de álbumes, la mayor parte de los cuales fui trayendo a casa de la

Señora, tirados en una caja

—No importa que estén gastados seguro que ella no lee una línea

se caía con gran alboroto, la dueña de la librería, el negro, sentado encima del automóvil, iba rayando la pintura con la navaja, el sujeto de la editorial con la botella en el aire

—Acaba ya

la dueña de la librería tiró el teléfono al suelo, con docenas de tornillos y placas y chismes dentro, todo lo que es necesario para formar una voz en nuestra oreja, menuda, clara, de pequeña pensaba que un milagro y ningún milagro, cosas de baquelita y metal, la dueña de la librería admirándolas con rabia

—Imbécil

seguro de que su amigo también de baquelita y metal, no de carne y desesperación como ella, protegida por cientos de tórtolas que la ocultaban quejándose, en vez de un alero docenas de aleros y en las docenas de aleros ojitos dolidos, buches, gargantas, picos, el caboverdiano a mi hijo

—Ya tienes sueño ¿no?

mi hijo, con los ojos redondos

—No

terco como el padre, no como yo que nunca fui terca, obedezco cuando me dan órdenes, no protesto, soy estúpida, heredó de mí esta mancha en el cuello que me avergüenza, grande, marrón, la suya afortunadamente más pequeña, espero que no crezca con la edad, pobre, el padre de la Señora acarició el pelo de la Señora y se arrepintió de inmediato, algo en él, que no sé describir, emocionado, o vulnerable, o eso, un segundo después

—Si al menos fueses hombre en lugar de payaso

y la Señora, en silencio, disculpe que no sea hombre, disculpe que sea payaso, incapaz de que le gustase y, sin embargo, a la Señora

—¿Cómo se entiende esto?

le gustaba, no me recuerda el nombre de la profesora mulata, un nombre de blanca como el mío, su padre blanco, seguro, puesto que si la madre fuese blanca el cuerpo del padre, a pesar de no ser una inteligencia creo que entiendo de gustar, de bruces en el pasto, bien a la vista, mira lo que le pasó a tu socio, a tu compadre, a tu primo, el sujeto de la editorial balanceándose desequilibrado en el interior de sí mismo, al negro que le rayaba la pintura

—Deja el coche en paz

una aldea perdida no sé dónde, antes de la falda de la sierra porque el cielo más cargado a la derecha y luces dispersas, constelaciones de grillos cantando, cantando, el negro al sujeto de la editorial

—Voy a rayarte a ti

el viejo de la camiseta interior encendió la luz a la entrada de la casa, si se puede llamar casa a un sótano sin pintura ni muebles, con un único postigo en la pared del fondo, más allá del cual tinieblas, el viejo de la camiseta interior al sujeto de la editorial

—La pensión está en el primer piso pero ¿quién la necesita?

cuatro o cinco cubículos donde los camioneros con las mujeres de la carretera, la Señora a mí, volviendo a pasar el anillo por el perrito

—¿Cómo conocía el sujeto de la editorial ese antro?

y por consiguiente el sujeto de la editorial otras veces en aquel sitio, con otras personas, nunca más creo a un hombre y esto, para que quede claro, incluye al vagabundo, pensar que he llegado a compartir mi comida con él, Celeste sacudiendo al caboverdiano mientras mi hijo la observaba, listísimo

—¿No te da vergüenza dormirte y dejarme sola con este demonio?

la Señora al lado de la chica rubia del marido de la Señora los sábados, en el tenis, ambas con gafas oscuras, ambas con sombrero de ala ancha, el marido de la chica rubia un empleo en el banco, en una sucursal de provincia, agradecido al, el caboverdiano, que tardó en reconocer dónde estaba, saltando asustado

—Perdona

vías lácteas de grillos, la seguridad de que erizos, salamanquesas, lechuzas, el marido de la chica rubia agradecido al marido de la Señora, el padre de la Señora

—Empieza a aprender

que persiguen los perros, dos disputándose un cadáver confuso, amenazándose, gruñendo, no estamos cerca de Cascais, estamos en el fin del mundo donde solamente ruinas, destrozos, arbustos, nada de sol durante el día, un crepúsculo eterno, el marido de la chica rubia

—Muchas gracias señor ¿cómo puedo agradecersele?

la Señora pensando ya has pagado el primer plazo, tranquilo, el resto lo irás pagando, dentro de unos meses, por ejemplo, un corazón más en la pulsera, otro favor de mi marido con la ayuda de Lucinda y agradece como deberías agradecer las tardes en el hotel, el marido de la chica rubia bien vestido como para una boda e hiciste bien en vestirme así, tu esposa se casó, mira la alianza en el dedo, el apartamento más grande, las chaquetas francesas en el armario, tu esposa escabulléndose

—No me encuentro bien

tu esposa

—Me duele la cabeza

tu esposa

—Un dolor en el omóplato perdona

de espaldas a ti porque la luz de tu lado le da en los ojos y si la tocas

—Si me tocas me haces cosquillas y no puedo dormirme

le haces cosquillas y no puede dormirse, tienes que aceptarlo, intenta aceptarlo, acéptalo, mañana, pasado mañana, más bien el viernes, lo que no faltan son días

—Mañana o más bien el viernes lo que no faltan son días

de manera que alégrate, dónde te han metido, con una empleada del comedor, una telefonista, la delgadita de la limpieza que se divorció porque una prima más presentable que ella, o que no vivió con nadie puesto que el padre

—Te necesito en casa

y la escopeta en el cuarto que ahuyentaba a los listillos, el caboverdiano a mi hijo, concibiendo estrategias, la presencia del nido desvaneciéndose en él, las ganas de una criatura, lo has conseguido, Celeste, enhorabuena, disolviéndosele en la cabeza

—Vamos a hacer un concurso yo te meto en la cama y quien se duerma primero gana un chupachup

con mi hijo tapándose las orejas

No

exactamente lo mismo de lo que me entran ganas en el interior del automóvil, taparme las orejas, dormirme primero, ganar, ni una pizca de lo que me está pasando en este momento es verdad, estoy atravesando la carretera por el sitio donde debería haber un paso de peatones porque los faros de prisa, de repente una persona y el conductor sin tiempo para frenar, yo buscando la llave en la cartera donde monedero agenda pastillas chicles pañuelos, aquí estoy subiendo tres pisos al final agradables, fáciles, os adoro, llego fresquísima, silbando, y el apartamento, quién se lo podía imaginar, magní, el marido de la Señora al marido de la chica rubia

—No tengo por costumbre negarle un favorcillo a quien se lo merece generoso, casi risueño, casi

—No sea desagradable con mi hijo vaya a ver

y, por suerte, retrocediendo a tiempo, como aconsejaba el padre de la Señora atención a la labia, no prometas ni te comprometas, ningún recadito escrito, ningún resto, no hables, el negro con la navaja al sujeto de la editorial

—Lo que te vale es que me caes bien

y abrazos, golpecitos, una botella entera para celebrarlo, el sujeto de la editorial a mí, no con respeto, por tú

—Sal de prisa que voy a presentarte a un amigo

o sea yo pequeña, con Celeste y el caboverdiano atormentándome, yo sola delante de ellos, yo

—Déjenme en paz

yo

—Quiero a mi madre
que me recomendó

—Pórtate como debe ser

y se marchó abandonándome, el empleado de la chaqueta blanca abrió la puerta y la Señora

—No nos interrumpa

sin acordarse del perrito, de la chica rubia, del marido de la chica rubia

—No nos interrumpa

del salón enorme, de los muebles, de las porcelanas, de las alfombras, hasta de la hermana Santos Inocentes, la pobre, qué horror el olor del comedor, las misas fúnebres, qué horror la novicia y la hermana Circuncisão, qué horror la hermana Circuncisão

—¿Y no hay un mimito para quien te orienta en el camino de la virtud?

el sujeto de la editorial tirando de mí, soltando, tirando de nuevo

—Te he dicho que te iba a presentar a un compinche, ¿no?

uno de los perros, castaño, no, gris, no, negro, uno de los perros, castaño o gris o negro, se quedó inmóvil, alargó el hocico agudo y, con los ojos ciegos, empezó a aullar, incluso gordos se hacen finitos cuando aúllan, solo la boca enorme que nos come, mi hijo al caboverdiano, inquebrantable

—No

a veces se parece a su padre, por ejemplo el domingo, comiendo, igualito, me fijé con más atención y ya no se parecía o yo no quería que se pareciera, quien lo aguanta soy yo y por lo tanto, es lo mínimo, si tiene educación, y yo intento educarlo, él que se parezca a mí, el viejo de la camiseta interior al sujeto de la editorial que me agarró la hombrera

—¿No quiere?

la dueña de la librería secándose las lágrimas, no de nostalgia ni de amor, de despecho, después de tirar, con el escobón y la pala, las piezas del teléfono a la basura

—Celeste dice que has llegado a casa por la mañana poco después de que se durmiera tu niño agotado

uno de los negros, no el de la navaja, el socio, con casco de moto, lo que les gusta a los africanos arreglarse, cascos, gafas, relojes enormes, todo lo que encuentren que brille, no se hacen adultos, no adquieren sentido común, mi padre

—Me da igual siempre que obedezcan
mi padre

—Me preocuparía si fuesen grandes nos echarían volando
y curioso cómo episodios que creíamos perdidos vuelven a la superficie, zas, mi padre a mi madre

—Di que eres mi zorra dilo

me lo estoy inventando, callado, ni él ni ella dinero y por lo tanto callados, la cama descoyuntándose por unos segundos, sin peticiones, sin disculpas, sin discursos, como los gallos o los patos y ya está, una obligación, un documento, si hubiese porcelanas, alfombras, cuadros, esos adornos de los ricos pero desgraciadamente no los había, una asignatura o dos más que la profesora mulata y era un palo, una cama un poco más grande y ya estaba, el negro del casco y el sujeto de la librería consiguieron sacarme, despeinada, gimiendo

—Por favor por favor

en el instante en que el aullido del perro enmudecía, el viejo de la camiseta interior

—Tráiganla aquí

señalando el sótano sin pintura ni muebles, con un único postigo más allá del cual nada, la vida termina en las aldeas alrededor de Cascais, quedan la sierra, el mar, mis piernas que cogía el negro de la navaja, mi cuerpo retorciéndose, mi hijo

—No

yo solamente luchando, fue mi hijo quien protestó

—No

yo ni ay mientras los dos negros y el viejo de la camiseta interior me tumbaban en el sótano, con el sujeto de la editorial fuera

—¿No me dejan entrar?

su voz contra la puerta

—¿No me dejan entrar?

el sonido de quien cae, vuelve a caer, avanza al azar

—Déjenme entrar

y no fue necesario que me cogiesen por los brazos y las piernas, creo que los ayudé, no los ayudé, los ayudé para que no me rompiesen más la camisa y la falda, no me pegasen mucho, no me matasen

—No me maten

como mataban a las mujeres en África, con cuchillos, catanas, trozos de cayado, yo con ganas de dormir, yo casi durmiéndome, yo durmiéndome de verdad como mi hijo acabó durmiéndose entre el caboverdiano y Celeste, como yo acababa durmiéndome oyendo el agua del embalse que borboteaba sin fin, la voz del viejo de la camiseta interior

—Ya es suficiente

y una navaja que dejó de rayar el automóvil al traerme al coche, arrojarme dentro, ordenar al sujeto de la editorial

—Desaparece

y al volver a Cascais despacito, a ratos en un carril a ratos en el otro, mientras, en los faros, troncos, asfalto, postes, la seguridad de que algo en mí empezaba a florecer.

Qué le pasará a la casa cuando muera la Señora, nadie en los pasillos, en los salones, en las habitaciones, solo viejos ecos de viejos pasos y viejas voces, hablando de cosas idas porque el silencio habla del pasado, el jardín por arreglar y los pinos y las dunas rompiendo muros e invadiendo todo esto que la arena tiene que esconder como escondió la ermita y el fuerte antiguos, porque hubo una ermita y un fuerte en Guincho, de vez en cuando, en medio de los cardos, la sospecha de una campana ahogada o de un ángulo de piedra y ni siquiera me acordaré de haber estado aquí, no me acordaré de la Señora ni del perro, quizá del vagabundo de camino a las duchas de la playa, cogiendo un tren que no parte sin despedirse de nosotros y el escalón vacío me dolerá por un tiempo hasta que las dunas también lo escondan, qué será de mi hijo y de lo que está floreciendo en mí, la dueña de la librería

—¿Mareada?

primero distraída y después atenta, los ojos en mi barriga y después, por más tiempo, en mi cara, en mi pecho, sentía que me tocaba sin que me tocase, una vez fui con mi padre al relojero porque no funcionaba el despertador, un tallercito lleno de instrumentos minúsculos, destornilladores, pinzas, martillitos, el relojero desapareció en el mecanismo y tantas esferas por allí, cada cual asegurando una hora diferente sin mencionar las palpitaciones de corazón de los que vuelan, por eso no soy capaz de coger a los pájaros, en vez de cantar la seguridad de que dirían

—Las cuatro y diez las cuatro y diez

y yo soltándolos de inmediato, sin saber si iban a caer o a volar, la Señora a mí

—He tenido cinco hijos y uno de ellos el segundo murió con un año

suspendiendo el anillo sobre el perrito en el arabesco de cuando nos preguntan si algo nos molesta y aunque nos moleste respondemos que no, la Señora

—Menos de un año diez meses

y, según me buscaban sus ojos sin buscarme la voz de la Señora, permaneciendo igual, diferente, tal como mi cuerpo se alteró y yo incapaz de decir lo que había cambiado, me preguntaba

—¿En qué me estoy convirtiendo?

y no encontraba respuesta, no era una enfermedad, no era la vejez a pesar de que treinta y seis años son treinta y seis años, no he engordado ni adelgazado y sin embargo la dueña de la librería

—Pareces más pálida

aunque mi color, en el cuarto de baño, idéntico, aunque las bombillas nos ponen amarillos, hagan sombras, amplíen los rasgos y después no somos exactamente nosotros en los espejos, deformados por la ondulación del cristal, más defectos de lo que creíamos, este bultito en el párpado, esta mancha en la barbilla, la Señora

—Lo que no le perdono a Dios no es la indiferencia ni la crueldad que eso todos lo tenemos es el mal gusto

y las rosas de té tintineando en los cristales, dos o tres operarios reparaban el tejado del invernadero, descolocado por un capricho del viento, en equilibrio sobre su armazón de hierro, uno de ellos, parecido al viejo de la camiseta interior, y tal vez lo fuese, se guardó una llave inglesa en el bolsillo para sonarse la nariz, un gato saltó la valla con la rapidez con que un nombre escapa de la memoria, creemos recordar una sílaba, a partir de la sílaba el nombre entero y no recordamos nada de nada, buscamos al gato al otro lado de la valla y un vértigo de abismo, si desconozco el nombre de los demás, yo que soy otra para ellos, cómo recordar el que me pertenece, la Señora

—Era el más rubio de todos

la Señora

—Si pudiera me cambiaba por usted

las camas en el dormitorio del colegio con las colchas iguales, la secretaria rubia del marido de la Señora

—¿No hay nada en que pueda ayudarlo?

y el marido de la Señora, con corbata negra

—No

sin firmar papeles, inmóvil, mientras Lucinda le ponía el pijama

—Doble ese brazo niño

el marido de la Señora, obediente, doblándolo, la Señora y el marido de la Señora, la noche del entierro del hijo, mirando el techo en la oscuridad, yo, con mareos, encerrada en el retrete de la librería vomitando, en cuanto los necesitaba mis padres lejos, no es que sirvieran para gran cosa, no servían, pero una compañía, cualquiera que sea, tranquiliza, además de lejos la seguridad de que él en la huerta y ella colgando ropa de la cuerda, sin fiarse de las nubes, cuando se nace en el campo se aprende a no creer en el tiempo, el hombro del marido de la Señora rozó el hombro de la Señora y no se apartaron, no por amor, es evidente, porque, la secretaria rubia del marido de la Señora puso la mano en la espalda del marido de la Señora, el marido de la Señora sacudiéndose

—Déjame

y la secretaria rubia del marido de la Señora ofendida, al pedirle que dejase a la Señora no me dijo que sí pero tampoco me dijo que no, aguanta, Elisabete, que los hombres son como los peces,

se conquistan tirando poco a poco del hilo, si recogemos el carrete muy deprisa se sueltan del anzuelo y los perdemos, la secretaria rubia del marido de la Señora

—Quédate chapoteando en el agua que ya no te me escapas

es decir, la secretaria rubia del marido de la Señora al marido de la Señora

—No era mi intención molestarte perdona

el marido de la Señora, con el hombre tocando el hombro de la Señora, viendo los árboles de la China por los huecos de la persiana más lo que quedaba del cielo, no racimos, solamente hojas, o mejor el viento de Guincho contando las monedas de las hojas antes de guardárselas en el bolsillo, la Señora no un payaso, sin pintura, ni perfume, ni collares, ni pendientes y por consiguiente ninguna petición

—Di que eres mi perra dilo

un silencio con un niño muerto al fondo y claro que no amor entre ellos porque, la Señora odiando la maldad de Dios, odiando a Dios, la Superiora, la dueña de la librería notando que me limpiaba la boca en el mantel

—No me digas que has vomitado Fátima

ayudándome a disimular una mancha de la blusa con la punta del mantel y agua tibia

—No te muevas

con la nariz tan cerca de la mía que le veía una cicatriz al final de la ceja, de esas que nos salen de niño sin acordarnos de cómo, un diente de tenedor, un cañizo, una esquina de un mueble, la dueña de la librería

—Ojalá no esté pasando lo que me imagino

al final amiga mía, mira, y por lo tanto no la necesito, madre, no me llame, siga colgando ropa sacando pinzas de la bolsa, lo que me gustaban de pequeña, me las ponía en la punta de los dedos y mis manos larguísimas, usted

—No las vayas a perder

y yo convencida de que asustaba a las gallinas, a quién no le dan miedo unas garras así, la Señora y el marido de la Señora escuchando las gotas de la concha en el estanque, sorprendidos de que los sonidos diferentes por la noche y nuevos sonidos misteriosos, que no existen de día, en la concavidad del silencio, voces sin labios pero de quién, hablando, hablando, si encendemos una bombilla se callan, quien vive aquí con nosotros escondiéndose, no solo vómitos, falta de energía, vértigos, la impresión de que los tobillos se hinchaban y no la impresión, se le hinchaban, el desinterés, el cansancio, el hombro de la Señora y el hombro del marido de la Señora uno contra el otro, no por amor puesto que no se ama a payasos, nos reímos de ellos, para eso los han hecho, como no se ama a una perra, ni a una zorra, ni a una puta, las quemamos, la Superiora a la Señora

—Por blasfemar contra Dios no va a quedarse una semana sin recreo va a quedarse todo el

curso

en el despacho donde un Cristo enorme, de talla, la apoyaba, con falanges torcidas en que apetecía poner también pinzas de la ropa, dónde ha ido a parar la bolsa, madre, sin contar un rosario por la mañana y otro por la tarde en la capilla, el padre Isamel, en lugar de soñoliento

—¿Pecados contra la carne?

mirándola despierto, dejando caer de un extremo de la sotana

—Francamente

qué le pasará a la casa cuando muera la Señora, el viento al galope por los cuartos desiertos balanceando las cortinas, la Señora y el marido de la Señora intentando ser la Lucinda el uno del otro, la Señora al marido de la Señora, callada

—¿Cómo era Lucinda?

la dueña de la librería charlando bajito con mi compañera en la otra punta de la tienda, con miradas de soslayo disimuladas, midiéndome la barriga

—¿No lo notas?

y no notas el qué puesto que la falda me sigue sirviendo, yo lisa, la hermana Circuncisão al cruzarse con la Señora de camino al órgano

—Han soltado aquí esta plasta

cerca de la cual, en el último banco, rezaba la novicia, había otra, también huidiza, con el pelo casi rapado, que trabajaba en la despensa, no les decían

—Buenas tardes

a las alumnas, les decían

—Ave María

sin encararlas, con una medalla, todavía no el crucifijo al cuello, sus confesiones con el padre Ismael se prolongaban durante horas, la Señora nunca oyó al padre Ismael a las novicias

—¿Pecados contra la carne?

oía siempre

—¿Te has mortificado hija?

con la hermana Circuncisão espionando, inquieta, desde las teclas del órgano, se pulsaba una al azar y una víscera anónima, en el interior de la madera, protestando sin fin, la Señora acordándose del órgano, esa noche, en la cama, no acordándose del hijo que había perdido fuera de sí y empezaba a perder dentro de sí, el padre de la Señora no la abrazó, no la besó, se quedó lejos del ataúd sin hablar con ella pero hace siglos que no hablaba con ella, la dueña de la librería a mí

—No preferías

interrumpiendo la frase con un gesto, si la acabase la rechazaría, me pasó en la época del primer hombre, dos o tres años antes de mi hijo, en un bajo que no olvidaré nunca, el vagabundo esta mañana aquí y al verlo me tranquilicé, a la derecha de una tienda de artículos eléctricos,

recuerdo todos los apliques, todas las lámparas, todos los caloríferos, caloríferos o caloríficos, no importa, todas las lavadoras, todos los aspiradores, todos los aparatos de aire acondicionado y, si siguiese, me daría tiempo a cantar el himno nacional, dos vendedores detrás del mostrador, discutiendo sobre una revista abierta, lo recuerdo como la Señora recuerda al padre Ismael

—Francamente

y a las novicias más sus

—Ave María

tan tímidas, recuerdo al primer hombre al otro lado de la calle, apoyado en un árbol, no digo su nombre, ni su aspecto, ni lo que me prometió, recuerdo llamar a la puerta ablandándome por el agobio, quién, hasta hoy, me ha cuidado, mi padre en el embalse, mi madre dando vueltas con la cuerda del tendedero, la profesora mulata en el cuarto en las traseras del colegio, al niño, que me abrió la puerta, esperando, cansándose de esperar, impacientándose

—Si se va a pasar el resto del día en el felpudo tengo más que hacer

lo mismo con el dentista, yo, y con las tiendas del centro comercial porque no tengo dinero para ir de compras, solo miro, me da placer mirar, Celeste tirando de mí

—Si entras con aire de pobre te ponen inmediatamente de patitas en la calle

recuerdo el pasillo con un jarrón esmaltado, a un chico friendo huevos en la cocina, a un calvo, con un pie escayolado, liándose un cigarro y encendiendo el papelillo arrugado, recuerdo el comedor a este lado y una habitación más estrecha al otro, con instrumentos cromados en una estantería, un paisaje enmarcado, una camilla, tumbarme en la camilla, la criatura

—Quítese las bragas los zapatos no querrá que la desnude yo ¿verdad?

recuerdo la sábana, con un agujerito quemado, que me puso encima, la mosca aplastada contra el cristal del paisaje por una palma feroz y una de las alas de la mosca medio, ojalá siga aquí el vagabundo, no conmigo porque nadie con él, solo aquí, siempre me he contentado con lo que tengo, una de las alas de la mosca medio suelta, vibrando, recuerdo la mosca, el

—Doble las piernas

el

—Separe los talones

el

—Separa los talones niña ¿cuántas veces tengo que decírtelo hasta que pierda la paciencia?

recuerdo al chico de los huevos fritos gritando en la cocina

—¿Le apetecen unos huevos?

y la criatura gritando en respuesta

—No

recuerdo que los instrumentos tintineaban en la estantería mientras ella los movía, uno cayó, por venganza, en el suelo y la criatura

—Tírate que yo no te voy a recoger
dándole una patada, empujarme los muslos

—¿No puede abrirlos más?

hasta que dolían las ingles, la madre de la Señora a los demás payasos, satisfecha

—Adivinen lo que respondí

la secretaria rubia del padre de la Señora al padre de la Señora, con una lentitud resentida

—Confiesa que ya no te gusto

recuerdo la lámpara de techo, de cuya trenza colgaba una de esas cintas a las que se quedan pegados los bichos que entran por la ventana, y lo que no entra por la ventana, cuéntenme, voces, abejorros, sonidos de automóvil, hasta en un tercer piso alto como el mío estos rollos, que se quedaran en el segundo ya merecería un aplauso, ya está, recuerdo cosas frías y duras en mi interior, al calvo del papelillo por allí, no sé dónde, previniendo a la criatura

—Trabajando así en menos de un mes estás reventado

la criatura

—Y me queda menos tiempo para beber como usted golfo

pensé en pensar en el vagabundo y no fui capaz porque una pinza o una herramienta parecida me escudriñaba, una herida me empezó en la raíz y se me irradió al pecho, la criatura

—Quietecita que me estropeas el trabajo

mientras un mosquito se agitaba en la cinta de la lámpara, casi pegado a un socio que había dejado de agitarse hace rato, la herida en el pecho me dificultaba la respiración porque cada costilla ardiendo independientemente de las demás, el padre de la Señora, cerrando un proceso, a la secretaria rubia del padre de la Señora, cediendo, él que de joven no cedía ante nadie

—Ven aquí

inquietándose

—¿Habré envejecido mucho?

más difícil entrar en la bañera y salir de la bañera, recordar apellidos y fechas, menos paciencia para quitarse la ropa por la tarde, mayor sensibilidad al frío, la Señora un curso entero sin recreo, en compañía de la gorda del metabolismo que no podía jugar y ocupaba un pupitre de dos personas, enorme, plácida, intransportable, la pelirroja le cogía la escuadra del suelo, le hacía recados, intercambiaba proyectos, Celeste a mí, refiriéndose al caboverdiano

—Casi pidió de rodillas que sacase la cuna de casa la noche con tu hijo fue suficiente para él

Celeste, para probarlo, habló de las inyecciones y el caboverdiano una contracción de pavor, el chico de los huevos fritos comía de la sartén, observándome, con el tenedor a medio camino, qué le pasará a la casa cuando muera la Señora, nadie en los pasillos, en los salones, en las habitaciones, ecos de pasos antiguos y solamente fantasmas, hablando de cosas idas, el calvo del papelillo a la criatura, indignado

—Si nos pusiéramos a hablar de bebida no salíamos de aquí en un mes
el chico de los huevos fritos al calvo del papelillo, señalándome el tenedor

—No distraiga a mi madre que la clienta es quien paga

hablando de cosas idas, porque las ausencias se alimentan del pasado, el jardín por tratar y las dunas invadiéndolo todo que la arena tiene que cubrir un día, el vagabundo aceptó el yogurt y la mitad del plátano, una cosa en cada mano sin probar ninguna, la secretaria rubia del padre de la Señora al padre de la Señora

—Me haces tan mujer

y mentira, la hago mujer un huevo, si mi yerno le cayese en las patas, mongolo como es, lo devoraría en un instante y le chuparía los huesos, qué triste que mi hija sea el payaso de un payaso más payaso que ella, la criatura a mí

—Quédese ahí cinco minutos descansando en la camilla

vertiendo el cubo de las compresas en un cubo más grande, me pareció que sangre pero no volví la cabeza, la hermana Circuncisão le ordenó a la Señora

—No rece a la sombra de la pila de agua bendita acérquese al altar para que Dios la oiga en condiciones

llamando a la novicia con el dedito en forma de anzuelo y ofreciéndole el crucifijo para que lo besara

—¿No es verdad que Jesús pidió amaos como yo os he amado?

y del mismo modo que San Juan era el discípulo amado de Cristo tú eres mi discípula amada, cumple los, ahí no, más abajo, cumple las Escrituras, hija mía, es el Altísimo quien te guía, casi estás, palabra de salvación, el chico me acompañó a la puerta ofreciéndome lo que quedaba de los huevos mientras la criatura guardaba el dinero en la lata de judías, el primer hombre salió del árbol, me parecía que dos, que uno, otra vez que dos, me faltaban las piernas, los edificios no había manera de, la cabeza se me soltaba del cuerpo y flotaba sola, los edificios no había manera de que se estuvieran quietos, una pareja regateaba un frigorífico en la tienda de electrodomésticos y, aunque hablasen bajo, no se me iba un detalle, la secretaria rubia del padre de la Señora arengando a la secretaria rubia del marido de la Señora

—Él no se atreve a pedir el divorcio ¿quién quiere quedarse sin trabajo?

sentía flojera en el cuerpo y las caderas mojadas, el primer hombre, la novicia Salves y Salves, olvidando frases enteras, la hermana Circuncisão criticándola al mismo tiempo que le tomaba el pulso

—Te estás saltando trozos de la oración vuelve a empezar hija
el primer hombre ni dos ni uno, la mano tendida

—¿El cambio?

cogiéndome el bolso, encontrando el monedero, registrándolo

—¿No tienes dinero?

buscando en la bolsa donde la fotografía pequeñita de mis padres delante del embalse, en la que casi no se los ve y casi no se ve el embalse, se ve el pasto en ovillos incoloros y el negro que ayudaba a mi padre, ese perfecto, incluso mareada me vino su nombre yo que no tengo memoria para nombres, Jonatão, como me vino la camisa con el cordón que mi padre le regaló y el marco de la madre de mi madre a quien no llegué a conocer, según me contaron murió joven y, sin embargo, vieja, moño de vieja, rasgos de vieja, torcida, lo que hace el hambre, si fuese payaso resultona, creída, y gafas oscuras y sombrero de ala ancha, girándolo para ver el tenis, el primer hombre me dio el bolso sin coger lo que se cayó de él, los documentos, las llaves

—Has escondido el dinero tramposa

yo recogiendo los documentos y las llaves, a gatas en la acera, a medida que él se alejaba, uno solo y más allá de la esquina ninguno, más allá la bahía de Cascais, puntitos de barcos, palmeras, Jonatão, los domingos pescaba en el embalse, me enseñaba pulgas, me daba miel de los árboles, el olor de la mandioca secándose se mezclaba con la tierra, aquella especie de huesos blancos que picoteaban las gallinas, me arrastré hasta, con basura, hojas y trozos de papel en los calcetines, conseguir levantarme, la Señora y el marido de la Señora rozando los hombros el uno en el otro sin dirigirse la palabra, para qué, por más que hagamos no hay manera de impedir las intenciones de Dios, los cristales del invernadero brillaban en la luna, los arriates más blancos cuando los rozaba el viento, el marido de la Señora

—Lucinda

sin que viniera Lucinda, el marido de la Señora avergonzado con el

—Lucinda

en un suspiro con su niñez dentro

—Disculpa

apartándose de ella y, por consiguiente, otra vez todo como debía ser, todo correcto, la dueña de la librería a mí

—¿No te apetece sentarte un ratito?

y no me apetece, estoy fenomenal, ganas de comer estearina, acidez, sueño antes de cenar mientras se fríe el pescado, no recuerdo llegar a casa, recuerdo que se asombraban al verme en la calle, por ejemplo las viudas que se daban con el codo, jamás encontré a una sola sin la bolsita de la compra y un paraguas hasta en agosto, yo a la dueña de la librería

—Estoy fenomenal

y quitando el apetito de la estearina y la acidez realmente estaba fenomenal, aunque a los treinta y seis años, es natural, el cuerpo no responda del mismo modo, un señor con una corbata de lunares me cogió del codo

—Yo la protejo

me protegió una manzana o dos hasta que le dije

—Déjeme

y se quedó atrás, con los brazos caídos, mirando mis pasos inseguros y las manchas de la falda, seguro que el vagabundo, si nos hubiésemos conocido en esa época, no se ocuparía de mí, siempre con un tren que no parte esperándolo, unas semanas después de la muerte del hijo el marido de la Señora de vuelta al hotelito y no solo la secretaria rubia, más mujeres, la esposa de un diputado, la sobrina de un socio, escuchando el faro con él, cualquier día Guincho se despega de la costa y avanza por el mar, una vez un albatros piando toda la tarde en la ventana, desconcentrándolo aunque Lucinda

—Problemas en la refinería disculpa lo siento ponte los zapatos vamos a intentarlo otra vez

y a pesar de los esfuerzos conjuntos de Lucinda y de los zapatos, a pesar del recuerdo estimulante de una amiga de la madre, con un mechón blanco, que la cogía en brazos y frotaba su nariz con la de ella

—¿Te gustan los besos de esquimal te gustan los besos de esquimal?

la cara de la amiga de la madre gigantesca y un circulito de plomo en una muela, la amiga de la madre y la madre hablaban en francés, con las cabezas juntas, para que él no se enterase, las pulseras, sin taza de té, desempolvaban el aire

—¿A quién le interesa Eduardo?

dejando huellas rojas en el pañuelo como dejaban huellas rojas en sus mejillas, se las limpiaba y los dedos rosas, se limpiaba los dedos en los pantalones y la amiga de la madre desaparecida, en el hotel, incluso con Lucinda, los zapatos y la amiga de la madre, el marido de la Señora sudando, tan nervioso con el albatros que piaba, piaba, intentando entrar en la habitación, el marido de la Señora con miedo del albatros y miedo de la esposa del diputado, que se encendía un cigarro acompañando la llamita del mechero con un

—Es así

piadoso y sin embargo va a contárselo a todo el mundo, me apuesto la cabeza

—¿Conoces al yerno del ricachón?

y el próximo sábado de tenis, o en una cena, o en una fiesta, miradas divertidas, burlonas, ni el

—Di que eres mi perra dilo di que eres mi puta

funcionaba, la esposa del diputado collares, pendientes, encajes, el payaso completo, solo que un payaso cruel

—Si eso te hace un hombre lo soy

el marido de la Señora con ganas de darle una bofetada, frotándose contra el colchón con la esperanza de que, animándose con una botellita en miniatura del bar, de una marca horrible, para ver si, convocando a las fotografías de actrices semidesnudas, de efecto inmediato en la adolescencia, con la ilusión de, hasta las extranjeras, demasiado blancas, que en otro tiempo había

despreciado, encontradas en las discotecas de la playa, podría ser que, al mismo tiempo que el marido de la Señora lo iba descubriendo, el albatros no se callaba, defectos horribles y, enseguida, impeditivos, en la esposa del diputado, las piernas demasiado gordas, las clavículas diferentes la una de la otra, no exactamente las clavículas, los huequecitos de encima, absolutamente esencial que simétricas e imperdonables en caso contrario, un detalle difícil de explicar pero mal en las orejas, no demasiado grandes no demasiado pequeñas, no de soplillo y sin embargo un detalle mal, indefinible pero obvio, en las orejas, el marido de la Señora luchando contra lo que no pasaba de una pequeña parte suya, pensándolo bien insignificante, útil de vez en cuando pero insignificante, media docena de centímetros cuadrados, rechazando, por un capricho idiota, obedecerle, el marido de la Señora le imploró a la insignificancia

—Por tu salud funciona

se enfadó con la insignificancia

—¿Qué es eso?

previno a la insignificancia

—Te doy dos minutos

y la insignificancia cada vez más insignificante, ni siquiera un órgano, un trapito del tipo del faldón de la camisa, un tubito, el payaso de la esposa del diputado al marido de la Señora

—¿Te digo otra vez que soy perra te digo otra vez que soy puta?

recreándose, la muy boba, riéndose de él, con las manos no en la espalda del marido de la Señora, perdidas en la sábana, vas a buscar las manos sin encontrarlas, estúpida

—¿Dónde están mis manos que no las veo?

deshaciendo pliegues y levantando cojines, el marido de la Señora sollozos, el marido de la Señora una tórtola, en el chalecito de la dueña de la librería, sumando las tórtolas, dos cedros, el viento de la primavera, que olía solo a viento, después de pasar a su lado huele también a cedro, la dueña de la librería a mí, orgullosa

—¿No lo sientes?

y la paz que venía de ellos, los únicos momentos en que me sentí eterna fue en aquel jardincito, la esposa del diputado deshaciendo pliegues, levantando cojines y el marido de la Señora, desesperado

—Solo no me levanto yo

quizá sacudiendo la colcha, con suerte, encuentre la esposa del diputado una de las manos, el marido de la Señora, vengado

—Te vas a pasar el resto de tu vida con esa

el marido de la Señora no exactamente vengado, un poco vengado, un poco de nada vengado, el albatros que piaba en la ventana abrió las alas, hizo gesto de marcharse y, en lugar de marcharse, con un cedro cerca de casa mi vida mejoraría y, en lugar de partir, cerró las alas y siguió con sus

lamentos, una tarde debajo de un cedro y me quedaba como nueva, el marido de la Señora

—Perdón

incapaz de vestirse y de ver a la esposa del diputado vestirse, incapaz de encarar al trabajador de la recepción y la amabilidad de costumbre

—¿Estaba todo como deseaba señor?

con pánico a que la esposa del diputado sofocase risitas en la manga, con sus pinturas de payaso

—La verdad es que no

pendientes de payaso, pulseras de payaso, zapatos de payaso, de perra, de puta, el olor de los cedros, por la noche, aún más suave, se nos enreda en el pelo, entra por el cuello, nos viste, el primer hombre no llamó más, debe de haberse muerto, no, se le metió en la cabeza que, conchabado con la partera, lo robé, el marido de la Señora seguro de que el sábado que viene, en el tenis, una docena de payasos, con gafas oscuras y sombreros de ala ancha, riéndose de él y el marido de la Señora intentando disculparse de su desgracia, porque el marido de la Señora una desgracia, el marido de la Señora de bruces en el colchón, sin darse cuenta de que en voz alta

—¿Por qué no has venido a ayudarme Lucinda?

el marido de la Señora

—¿Y ahora Lucinda?

desilusionado con ella, la única persona en cuyo amor ha creído en serio, no en su padre siempre ocupado con los negocios y las, qué suerte la dueña de la librería todos los días el viento en los cedros y el olor en su pelo, en la nuca, en el cuerpo, siempre ocupado con los negocios y las amantes y la madre en las obras de caridad de la iglesia y en las partidas de cartas con las amigas, por ejemplo la que cogía en su regazo al marido de la Señora y frotaba su nariz con la de él

—¿Te gustan los besos de esquimal te gustan los besos de esquimal?

de modo que, debido a la cercanía, no dos ojos, un solo ojo enorme, el marido de la Señora a la amiga de la madre

—Sus ojos son un

que le hacía cosquillas por dentro y dónde están esas cosquillas que nunca más las ha sentido, además la palabra cedro es bonita, el plomo en la muela y el perfume que lo atontaba, Lucinda perdida para siempre, el marido de la Señora

—Por favor júrame que no te has muerto Lucinda

o, peor aún que la muerte de Lucinda, el padre de la Señora, severo

—Se dice por ahí que no es hombre ¿qué tiene que decir?

el padre de la Señora

—En el caso de que sea verdad y todo indica que es verdad ¿quién es el padre de sus hijos?

el padre de la Señora a la secretaria rubia del marido de la Señora, delante del marido de la Señora

—¿Es así?

la secretaria rubia del marido de la Señora, con miedo del padre de la Señora, disminuyendo de tamaño, dudando, callándose, el marido de la Señora con ganas de exigir

—Responde

de confrontarla

—¿No decías que eras mi zorra mi perra mi puta?

y, en vez de exigir y confrontar, vencido, sentado en el borde del colchón del hotelito, inerte, mientras el payaso de la esposa del diputado, con sus pendientes, sus collares, sus zapatos, su pintura, su perfume, pero también su vestido y su chaqueta y una especie de cepillo en el peinado a pesar de una sola mano, la esposa del diputado

—Adiós

y el sonido de los tacones, ay Lucinda, desapareciendo por el pasillo hasta desvanecerse por completo al entrar en el ascensor de modo que el marido de la Señora, abandonado, solo con el albatros en la ventana, más allá del viento o las olas, intentando distinguir sin éxito cuál de los dos, el pájaro o él, seguía piando.

Todavía hoy ignoro el motivo por el cual la Señora me mandaba escucharla, a mí que no sé nada de los ricos, tal vez porque hablo poco, tal vez porque en su cabeza le caía bien al perrito, no sé decir por qué si hay algo que no entiendo son los animales, mi hijo y yo tuvimos en tiempos una tortuga, una especie de caja con los cuatro pulgares de las patas y el pulgar de la cabeza y me pregunto cuántos dedos escondidos dentro, los pulgares, independientes los unos de los otros, hacían que la caja avanzase al azar, en varias direcciones al mismo tiempo, el portón de la casa de la Señora se abría solo al acercarme, tropezando con las bisagras, del mismo modo que los arriates parecían evitarme, la dueña de la librería a mí, mientras yo limpiaba el polvo a los lomos en lo alto de una escalera, si miro el suelo, con el vértigo que tengo, me caigo

—¿No estás perdiendo cintura?

si, por ejemplo, me acerco a una ventana alta un hormigueo en el estómago, el diputado a la Señora, por la comisura de los labios

—¿Me permite que la llame un día de estos?

la tortuga tropezaba con un mueble, se quedaba allí meditando y seguía su rara marcha, un día amaneció llena de hormigas, con un solo pulgar fuera, y la tiré a la basura, si un cliente se fija en mí finjo que no me doy cuenta, aseguran que en casa duermen en el salón, encogidos en el sofá con una manta encima

—Mi mujer y yo seguimos juntos por los niños

si yo durmiera en el sofá la espalda hecha polvo, me pasaría el día baldada, sonriendo tan solo con los labios a la dueña de la librería, todo lo que no fuese labios con esperanzas

—Hasta ahora no he engordado ni un kilo

y no era por el vestido y engordé dos kilos que se amontonaban en el culo, cómo se lo cuento a mi hijo, si soy incapaz de visitar a la criatura del bajo

—Seguro que la profesora en el colegio se desesperaba con usted no aprendió a la primera

y encontrar al chico comiendo huevos fritos en la cocina con el calvo del papelillo puesto que, a pesar de los años, poco cambia en la vida, con la historia del colegio África de vuelta y el propietario bajando del jeep, con la pistola en la cintura que los negros malvados, saludando a mi padre, cuando menos se espera una catana y listo, acuérdesese de Varela hecho rodajas, y la profesora mulata esperando en la habitación, cómo se lo cuento a mi hijo, qué me invento, de qué forma le miento, juro que duermo en el sofá del salón o mi mujer enferma y yo apenado, no soy del

tipo de abandonar a una persona a quien le he debido mucho al principio, la Señora y el diputado no en un hotelito en Guincho, en uno discreto en Sintra, un ascensor desde el garaje hasta el piso cuatro y con una peluca nadie

—¿Habrán tórtolas felices?

se daría cuenta, hay pájaros que se suicidan, me impresiona mucho, lanzándose contra los troncos, lo he visto en un documental extranjero, solo dos coches vacíos en el garaje pero el eco de los tacones explotando en el cemento, cuando el jardinero vaciaba la piscina para limpiarla su voz gigantesca, el padre Ismael, si se lo soñase

—Adulterio adulterio

besos sin ganas de besos, abrazos sin ganas de abrazos, el diputado la cicatriz de una operación en el pecho, o sea no enorme pero enorme, marrón, los pelos todavía rapados, restos de pegamento y la Señora incapaz de tocarlo, además uno de los calcetines sin goma, quedaba mal despeinado, con los mechones descolocados, la Señora a mí

—Un payaso como yo

un payaso que repetía

—Ay caramba caramba

y cambiaba de color, no colorado, escuálido, y esos detalles importantes, a la Señora pensando en el corazón bajo la cicatriz

—¿Y si le da un telele?

obligándose a un

—Caramba

para extinguirle los carambas y ambos de nuevo en el garaje, la seguridad de que, si tosiera, las paredes se caerían, la Señora al diputado, exigiéndole que la dejara en una parada de taxis, bajo tipuanas, no cedros

—Prefiero quedarme aquí

y tres niñas jugando a la rayuela en la acera, también bajo tipuanas, si tuviera tiempo les daría cedros

—Tomen

la mano del diputado en su pierna, la promesa atroz de llamarla la semana que viene, la peluca en el contenedor, la ropa en el cesto para que la lavase la criada, para que no la lavase la criada, para tirarla, la Señora a mí

—Si pudiera metía el cuerpo entero en el cesto

comprobando, en el baño, si alguna cicatriz en su pecho, restos de pegamento, un trozo de corazón fallando, el propietario a mi padre, señalando el colegio

—Me quito los pantalones qué remedio pero la pistola la dejo

donde, hasta los domingos, la polvareda de la tiza seguía cayendo en los pupitres, la esposa del

diputado, las tórtolas demasiado grandes teniendo en consideración el tamaño del piso en que vivo pero no se me iba de la cabeza la pareja de periquitos, cuando mi hijo saliera un día de casa charlaría con ellos mientras les metía restos de lechuga y zanahoria entre los barrotos, a quién no le gustan las verduras saludables, y me distraería viéndolos comer, la esposa del diputado, por qué motivo aceptamos ser payasos de los hombres, riéndonos de lo que no tiene gracia y lo creemos fascinante, de vez en cuando el perrito se dormía y se agitaba en sueños, de qué materia están hechos los sueños de los animales, se perturban, se estremecen, creemos fascinante lo que no tiene ninguna gracia, si por casualidad hablo de los cedros la dueña de la librería

—Ya ni me fijo

la esposa del diputado a la Señora

—No ha valido mucho la pena ¿verdad?

y sin embargo seguimos con la representación para ellos incluso después de muertos, intentando agradar a fantasmas, el segundo dedo del pie del diputado sobre el dedo grande, se notaba incluso con zapato, en el hotel el calcetín sin goma se cambió de pierna y como había deshecho el nudo de la corbata le quedaba ahorcarse, la Señora casi

—No se mate

el diputado sorprendido con el brazo en alto, colocándose mejor la chaqueta pensando

—¿Qué le pasa a esta?

y no me pasa un pito, tranquilo, tonterías mías, por un instante me lo imaginé morado, balanceándose, qué chorrada, dicen que los ahorcados la lengua fuera, que se orinan y, donde cae la orina, nacen plantas que gritan, cómo se lo explico a mi hijo, espero un poco más y lo preparo despacio, el calcetín sin goma acompañó a la Señora años y años, los del padre Ismael, poco limpios, los olvidó volando, o sea no exactamente volando, a ratos vuelven, la Señora más mayor de frente que de perfil, amarillenta y, en mi interior

—Va a morir pronto

los arriates y la Venus diferentes, ignoro el qué apretándoseme en las tripas por puro miedo, la semana pasada un cliente con gabardina entró en la librería, al pagar la gabardina abierta y las vergüenzas al aire, la Señora

—A los hombres les da miedo la oscuridad toda la vida

un día o dos después me lo encontré en la plazuela de las hamburguesas, abrochado, arreglado, con un niño de la mano, el empleado de la chaqueta blanca debe de traer a la Señora en brazos y sentarla en el sillón, la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—No quiero que ella se dé cuenta de mis problemas de salud

después de elegir una blusa alegre, después de que una criada la pintase, la Señora a la criada

—Escóndeme las raíces del pelo

y yo buscándolas, callada, cuando mi padre enfermó respondía siempre

—Estoy bien

no permitía que lo ayudásemos a caminar o a lavarse

—Estoy bien

estaba siglos en la huerta, penando para sachar, mi madre

—Haz el trabajo por él

mi, los hombres tienen, padre vigilán, miedo de la oscuridad toda la vida, dome al sachar

—No entiendes la tierra

y estoy de acuerdo, señor, no entiendo la tierra, cuando empiezo a inclinarme sobre ella la entiendo, empiezo a preferir las raíces de los cedros a las copas, el misterio de lo que no veo al viento que siento, a parecerme a los guisantes humildes, los bichitos ocultos en agujeros, la mirada de los topos que creemos ciegos, la Señora a mí

—Hoy estoy fenomenal

cogiendo el anillo con el dedo del lado y la hermana Santos Inocentes sin darse cuenta, además si hablase, después de tanto tiempo, no reconocería su voz, la novicia Superiora hoy día, o tocando el órgano en la capilla, o rezando Salves solitarias para un Dios miedoso, aterrada por los pecados contra la carne del padre Ismael, la esposa del diputado a la Señora

—Nunca he soportado los ecos del garaje del hotel de Sintra ¿no le daba miedo?

las dos caminando juntas hasta el ascensor y, vi al vagabundo, el cliente de la librería por allí, con la gabardina abierta, apoyado en una columna espíandolas, vi al vagabundo en la playa, cogiendo restos entre pedigüños, el diputado a la esposa y a la Señora

—¿Con cuál me quedo?

saliendo de la horca de la corbata olvidándose de morir mientras ellas, con los demás payasos, veían el tenis, la madre de la Señora a la secretaria rubia del padre de la Señora

—Si mi marido no es generoso con usted dígamelo que yo lo convenzo

y la Señora, con cinco o seis años, corriendo detrás de las pelotas, la compañera pelirroja, aceptando la tetera, mucho más mayor que ella, cómo ha pasado esto, la Señora a mí, mientras el vagabundo se guardaba una concha en la mochila

—No me va a creer pero a veces divago

sin acordarse de la gorda del metabolismo que un buen día dejó de venir al cole

—Qué suerte tienes no vas a crecer

gio, la hermana Patrocínio

La enfermedad se ha descontrolado vamos a rezar un rosario por ella

y la gorda del metabolismo en el hospital, la pobre, con tubos en la nariz, la madre de la gorda se reunió con la Superiora, la vi a la salida, vestida casi de luto, descuidada, sin pintar y, sin pintar, más mayor o más joven, dependía de la luz, a primera vista más joven pero, observándolo mejor, difícil de decir, llega un momento, antes de ser viejo, en que la edad oscila, algo en el

cuerpo que se resiste, deja de resistirse, se resiste, acaba desanimándose y vamos bajando, bajando, la madre de la gorda que padecía del metabolismo cruzó el patio del recreo con el pañuelo en la boca, mi hijo, es habitual en los hijos, durará para siempre, tengo que encontrar una forma para que entienda lo que me pasa, denme un mes o dos y después lo llamo y gimo como las tórtolas, si fuera una chica no hay dinero para un apartamento más grande, la dueña de la librería un segundo amigo, silencioso, tímido, hojeando periódicos en un rincón con un defectillo en el habla que disimula evitando consonantes, pensé que el vagabundo me daría la concha y no me la dio, no hay manera de que aprenda, sigo romántica, la dueña de la librería sin invitaciones al sótano

—Después de lo que me hizo el otro canalla no me tiro de cabeza estoy prevenida

y, por consiguiente, pasos medidos, prudentes, una comida aquí, una comida allí, nada de cenas, mi compañera, que tiene ojo

—Este no está casado no le planchan la ropa

no solo no se la planchan, no se la cuidan, una mancha en la solapa, los pantalones como un armonio, el pelo suplicando, qué idiota soy, a los treinta y seis años aún sigo esperando, suplicando algo especial, que lo peinen por los lados, mis padres, en contrapartida, no deben de esperar mucho, duran hasta que y ya está, el segundo amigo la acompañaba a casa preocupado por la hora, cortés, ofreciéndole la derecha y acompañándose a su paso, mi compañera a mí

—Si no sale con nadie es porque debe de tener algún problema

además del problema del habla, incluso el inválido del triciclo, con tantas muletas, casado, mujeres y hambre es lo que más hay en la tierra, quitando la primera vez, hace muchos meses, nunca he visto a la Señora de pie, nunca la he visto andar, siempre esperándome en el sillón, con el perrito mirándola, en los últimos tiempos una de las cejas mal dibujada, uno de los párpados más grande, la impresión de que, por momentos, deja de oírme y después se esfuerza por escuchar sin escuchar, el empleado de la chaqueta blanca

—Parece preocupada ¿sabe?

si mandase plantar cedros aquí mejoraría el olor, no hablo de las tórtolas porque la tristeza se pega y para lágrimas de porcelana ya tenemos suficientes con las que no ven los extraños, enormes aquí dentro, complicando el mundo, a lo mejor idénticas a las que estorban a la voz del amigo de la dueña de la librería, con las muñecas detrás de la espalda cargando disgustos, mi compañera a ella, ayer por la mañana

—Un poco soso ¿no le parece?

y el faro manifestándose porque niebla en la costa, si algo me pone del revés, sin contar a mi hijo, son esos chillidos sin fin, lo demás lo aguanto pero la angustia del mar me pone de los nervios, me recuerda al propietario revoloteando entre los pupitres del colegio, todo desnudo menos las botas y la pistola en el cinturón, con las venas del corazón reventando una a una, la

profesora mulata apretada en la toalla

—Saturnino

mi padre y yo en la puerta, mi madre llegando con un vaso de agua y la bolsa de las pinzas de la ropa balanceándose en la cintura, en Cascais me pongo una o dos en los dedos a pesar de las mías de plástico, cortas, no de madera y alambre y largas, qué rollo que la infancia nos abandone sin remedio, mi hijo

—Déjame probar déjame probar

connigo vengándome en él de la crueldad del tiempo quitándoselas de las manos

—Ni te lo sueñes

y, si llora, me alegra, que se deprima la infancia, el propietario se despeñó entre los pupitres intentando arrancarse el dolor del pecho con las uñas, el faro al mismo tiempo aquí y en África, guiando a los patos entre la niebla, mi padre y yo a la entrada de la puerta del colegio, mi madre avanzando en el agua, un trago a tiempo resuelve casi todo y en esto la pistola en la punta del brazo de la, el empleado de la chaqueta blanca a mí

—Ha venido a verla el médico

en la punta del brazo de la profesora mulata, de la profesora mulata, de la profesora mulata que no se enfadaba con nadie, no reñía a nadie, los domingos se sentaba, horas olvidadas, en el muro del embalse, sus ojos no de negra, amarillos, los del vagabundo transparentes y los suyos amarillos, la pistola un tiro, dos tiros y el faro de Guincho callado, los pupitres del colegio desordenados, el mapa de Portugal torcido en la pared, el mapa del cuerpo humano roto, los ojos amarillos se convierten en los nuestros al mirarnos, conociéndonos a fuerza de atravesarnos, números a tiza medio diluidos en la pizarra, una de las piernas del propietario se encogió y se detuvo, la esposa del diputado a la Señora

—Ha visto lo que se ahorraría si me preguntase

la profesora mulata a mi padre, dándole la pistola

—No soportaba oírlo

y, por la ventana del cuarto, la vimos vestirse sin prisa, mi padre y Jonatão, la Señora a la esposa del diputado

—La próxima vez no se me olvida y le pregunto

empujaron el jeep hasta que se hundió en el embalse, flotó por un momento oblicuo, oscilando, y se sumergió lentamente, abrieron un agujero en el pasto, con los ojos transparentes del vagabundo nadie miraba a nadie, si me observaba ignoro lo que veía, abrieron un agujero en el pasto al lado opuesto de una aldea desierta, media docena de cabañas sin adobe, solo palos, media docena de esteras, una única gallina que despreciaban los perros, la Señora a mí o a las rosas

—Ya no tengo mucho tiempo

con la misma voz con que le había dicho al padre, sesenta años antes

—No me quiero casar

y el padre de la Señora, sin oírla, firmando informes, mi padre y Jonatão abrieron un agujero en el pasto para el propietario y la pistola y al cabo de una semana más pasto sobre la tierra, mi madre colocó los pupitres y arregló los mapas, el empleado de la chaqueta blanca

—No quiere que la visiten los hijos

y entonces sí, por primera vez me pareció que la casa cambiaba, los arriates, el pinar, qué ha sido de la Venus de la concha, de la pérgola, del discóbolo, quedaban el viento y las dunas, quedaba yo delante del sillón, el despacho sin la secretaria rubia del padre de la Señora ni el padre de la Señora, la habitación arriba donde la madre de la Señora avisaba a la enfermera

—Yo no me muero

hasta el punto de que la Señora se preguntaba si de hecho se había muerto o si se había limitado a elegir otra cama en otra ala, avisando a otra enfermera

—Yo no me muero

la madre de la Señora, sin reconocerla

—¿Tú quién eres?

igual que, si volviera al colegio, en caso de que el colegio siguiera, nadie sabría quién era, el pórtico negro se lo tragó todo deprisa, el olor del comedor, las misas fúnebres, la hermana Circuncisão apartándola, sentándose al órgano

—Ponte delante niña

y la novicia avergonzada, quitando la primera vez, hace muchos años, nunca he visto a la Señora de pie, nunca la he visto andar, siempre sentada esperándome, el perrito dormitando bajo el anillo, que cambiaba su tamaño, o espiándola en paz, dentro de un momento, en cuanto me calle, se olvidan de mí, quizá pasen por mi edificio sin fijarse en él, quizá, desde un automóvil, me vean en la cocina, a la hora de cenar, preparando un congrio o encendiendo el fogón, metida en una, el capataz del propietario, en un segundo jeep, con un negro con escopeta en el asiento de atrás, los árboles, metida en una bata de rayas, vino a hablar con la profesora, a hablar con mi padre, deshaciendo un palito en pedazos, los árboles mucho más grandes que aquí, los animales diferentes, si les hablase de la lluvia o de los insectos no lo creerían, observó la escuela y el agua del embalse, acabó marchándose dando botes por los desniveles del camino, el segundo amigo de la dueña de la librería se entretenía esperando, secundario, casi nulo, retrocediendo y pasábamos a su lado

—Disculpe disculpe

se despedía en la cancela del chalecito, se esfumaba en la sombra tras una callejuela cualquiera, la dueña de la librería a mi compañera

—No es que esté enamorada pero mi madre no me va a durar eternamente y además tengo

cincuenta y dos años

es decir una compañía bajo las tórtolas alguien allí en invierno, cuando llueve, y si corremos las cortinas nuestra muerte espiándonos, una compañía para enfrentarnos a los grifos que gotean, sin ritmo, que, en medio de la noche, de tan humanos, nos acompañan, la dueña de la, el diputado, la dueña de la librería, a cada gota

—¿Quién se muere aquí conmigo sin que me dé cuenta?

y el recuerdo de la tos del padre en la habitación del fondo, entretenido con la colección de monedas, el diputado una llamada, dos, la Señora respondiendo, por el empleado de la chaqueta blanca, que la masajista, o la manicura, o una amiga, la esposa del diputado a la Señora

—Ahora me entiende mejor ¿verdad?

y ahora la entiendo mejor, es verdad, como entiendo los paseos con el chófer, a Sesimbra, para dejar reposar los ojos en las olas, escapando a este humo pavoroso y a esta agitación de Lisboa, soy lo contrario de una mujer complicada, tengo gustos sencillos, Dios mío, el primo del chófer una casita en el pueblo, por no mencionar gomas en los dos calcetines y la modestia de los humildes que nosotros, es triste pero es verdad y las verdades, por muy dolorosas que sean, sirven para ser dichas, fuimos perdiendo poco a poco, la esposa del diputado al chófer

—Dónde vas apolo mío anda ven aquí

pero desgraciadamente el dinero, y soy la primera en revolverme contra ello, sería incapaz de vivir más de una hora o dos en esta choza, tan útil, el empleado de, el capataz del propietario no volvió al embalse, pájaros, no tórtolas ni periquitos, anteriores a la mañana, mi padre, con la escopeta a mano

—No me gusta esto

mi madre

—¿Por qué?

y el, el empleado de la chaqueta blanca a mí, en el primer peldaño de las escaleras

—Solo recibe a la niña

tan mayor como la Señora, se le notaba en la nuca, en las manos, mi padre tumbándose en el pasto

—Si supiese el porqué

la esposa del diputado más simpática con el marido, más atenta, le quitaba un pelo infinito del cuello con el índice y el pulgar, se lo enseñaba, divertida

—¿Te has vuelto rubio?

lo enrollaba como un bollo de pan, tacones en el garaje del hotel de Sintra, con miedo de sus propios ecos, una secretaria ya arrepentida, tensa, pensando tiene que haber un medio de transporte para Lisboa, un autobús, una estación de trenes bajo una hilera de plátanos, mientras el diputado, en la habitación, comprobaba si la placa de los dientes bien cogida, medía la elasticidad

del colchón saltando en él de culo, apartaba la cama de la pared para que el cabecero, mi padre dándole la vuelta al colegio donde la profesora calentaba el cazo con la cena, pescado seco, patatas, cualquier día gafas, qué pena, y los ojos amarillos marchitos en el cristal, mi padre

—No me gusta nada esto

mientras el diputado apartaba la cama de la pared para que el cabecero no diese golpes, la casa del primo del chófer un frigorífico vacío y qué vale un frigorífico, una Blancanieves, a la que le faltaban dos enanos, sobre la única mesa, una de las piernas un cartón doblado manteniéndola en pie y, aun así, bailando, le digo a mi hijo que Jesús ha decidido darle un hermano, me sentí estúpida y abandoné la idea, la Señora a mí, jugueteando con una oreja del perrito

—Va a ser improbable que siga viéndola

las porcelanas, las alfombras, los muebles, el jardinero trasplantando macetas del invernadero a los arriates, la secretaria, la piscina llenándose, Jesús no, santa paciencia, las tonterías que me vienen a la cabeza, otro discurso, prefiero una librería a trabajar en una tienda como Celeste, barras niqueladas, perchas, trapos, un cubículo con un espejo y una cortina donde surgen dedos autoritarios

—Enséñeme la de cuadros

y la cortina hinchándose y deshinchándose según los movimientos del cuerpo, a lo mejor mi barriga así dentro de un mes o dos cuando la criatura se mueva, no puedo conformarme y por lo que se refiere al amor, qué palabra, quien la inventó desconocía seguro lo que era, no siento un pimiento, lo juro, mi padre, cada vez más parecido a un perro, husmeando, husmeando, con la nariz apuntando a la escuela, colocando la escopeta junto a la entrada y husmeando de nuevo, la dueña de la librería, convencida de que no la veían, de la mano del segundo amigo en una ladera antes del chalecito, la secretaria, en el hotel de Sintra

—Voy a ir a la recepción para pedir el horario de autobuses y trenes incluyendo los que no parten

y no fue, la secretaria

—No voy a llamar al ascensor

y lo llamó, la secretaria

—No voy a tocar el botón del tercer piso

y lo tocó, el diputado, con la oreja pegada a la puerta calculando los pasos, la abrió antes de que llegara

—Bienvenida a mi castillo princesa

en bata, descalzo, con el segundo dedo del pie encima del primero y la dentadura menos fija de lo que creía, algo torcida, la secretaria pensando

—Ojalá no me bese ojalá no me bese

es decir más incisivos que labios y la mano buscándola a tirones, la secretaria aguantando el

café con leche de la mañana en el estómago

—Si me muriera mejoraría

mientras el apolo, con todos los dientes, le daba en el trasero a la esposa del diputado

—Qué buena chicha

la esposa del diputado no protestando, tierna

—Qué bruto eres

doliéndole las nalgas y excitada por el dolor, cómo me disculpo ante mi hijo, el inválido del bajo, en el centro de sus miembros y de sus muletas, desplazándose con todo aquello desordenado, resbalándose y perdiéndose

—Está más fuerte es buena señal

la secretaria resistiéndose a desnudarse, la esposa del diputado echó la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, con la esperanza de que así menos arrugas, la casa de Sesimbra olía a moho y cerrado, manchas en el techo, una tulipa de cristal rosa, sin casquillo, botellines de cerveza vacíos por el suelo, el chófer la cogió con fuerza por el hombro y la fuerza le gustó, cuánto tiempo hace que ningún hombre se entusiasmaba por mí, mi marido conmigo los sábados, pensando en otra cosa, me pedía

—Desnúdate

al principio, me ordenaba

—Vístete

al final, ya de pie, ya ausente, mirando el reloj

—Es tardísimo

la dueña de la librería, de la mano del segundo amigo, acordándose del primero

—¿No estaré yendo demasiado deprisa?

dudando

—¿Quito la mano?

dudando

—¿No quito la mano?

y no quitando la mano, animándose

—A pesar de todo alguien conmigo

empezando a oír las tórtolas en la esquina, sin lágrimas de porcelana, joviales, por primera vez las tórtolas joviales, qué raro, puede haber tórtolas joviales, el olor de los cedros más fuerte incluso cuando no hace viento, si la abrazase ahora el segundo amigo se dejaría, si estuviera en el sótano tal vez yo, siempre que las empleadas no lo oyesen, atenta a las pilas de revistas, sin tirar ninguna, atento a las escaleras, mi madre no es eterna y escuchar el grifo goteando, sola, no puedo, francamente, no es solo una cuestión de miedo, es que no me lo merezco, palabra, la boca de la esposa del diputado, independiente de ella

—Pégame más hazme daño

el chófer, intimidado

—¿Qué le pasa a la vieja?

y un golpecito con cuidado, ligero, pensando

—En la que me he metido

pensando

—Todavía me quedo sin trabajo

la esposa del diputado tirándole del cinturón, buscándolo en los pantalones

—Te he dicho que me pegues pégame

ni mi padre, ni mi madre, ni yo oímos nada que no fuese agua del embalse, el murmullo del pasto si lo atravesaba alguna cabra, a la esposa del diputado

—No te preocupes por el vestido

Jonatão desde la puerta

—La mulata señor

y mi padre en pijama, en pijama, con la escopeta y un cuchillo de trinchar, mi padre rodeando la escuela y llegando a la habitación, esto con nubes violetas y los primeros insectos, la brisa sin origen que precede a la noche, que precede a la lluvia, que precede a que dejemos de existir, la dueña de la librería al segundo amigo, con una vocecita que palpaba las palabras, caminando sobre las piedras de los diptongos para no mojarse

—Disculpe la pregunta ¿qué siente por mí?

nadie por la calle salvo una bicicleta que chirriaba y una buganvilla, sobre una curva del muro, observándola, cuántos siglos hace que vendo libros, yo, cuántos siglos hace el mismo edificio en frente, mi padre llegó a la habitación de la profesora mulata antes que mi madre y yo, con Jonatão, detrás de él, entero en el interior de las gafas, el empleado de la chaqueta blanca señalando la casa con la nariz

—Pobrecilla

de repente mucho más mayor que la Señora, tan bien peinado, tan bien afeitado, tan elegante y sin embargo de repente mucho más mayor que la Señora, si pudiera señalarse con la nariz a sí mismo el empleado de la chaqueta blanca

—Pobrecillo

es decir el empleado de la chaqueta blanca una pausa que significaba

—Pobrecillo

del mismo modo que pobrecilla la Venus de la concha y pobrecillo el discóbolo, incluso pobrecillas las rosas y, en la pista de tenis desierta, pobrecillas las pelotas que seguían botando en el suelo, pobrecillo el calcetín sin goma del diputado en la alfombra, las pertenencias de la profesora mulata por el suelo, un chalequito, aros, el pañuelo, la maleta con la que había llegado

abierta, vacía, cuando se vaya no tiene equipaje ni lo necesita puesto que la profesora mulata encogida en el suelo, con los ojos amarillos, no he vuelto a ver ojos amarillos en mi vida, los del vagabundo transparentes, con los ojos amarillos clavados en nosotros, sin vernos realmente porque, la esposa del diputado al chófer

—Acaba conmigo mátame

la casa de Sesimbra un huertecillo con dos plantas de coles que los gatos, o los perros vagabundos, o los bichos del mundo maltrataron, avestruces, focas, centauros, nunca, que yo recuerde, vino una manada de centauros a beber al embalse, prefieren los ríos como los mamuts y los cíclopes, la profesora, no soy capaz de inventarme una historia decente para mi hijo, qué historias se cree un niño, si aparece una moto, hasta a lo lejos, me escondo, como me niego a comer huevos fritos, la profesora mulata, voy a escribirlo de una manera que me cueste menos, además del jeep nada más en el fondo del embalse, ningún segundo agujero en el pasto, mi padre ni siquiera se inclinó sobre ella, se limpió la sangre de las botas con hojas de mango, el jefe de puesto vino al día siguiente con dos cipayos, selló la escuela, se llevaron algo alargado enrollado en lonas, esto con niebla y humedad y rocío, mi madre a mí

—¿No tienes frío?

y evidentemente tenía frío, las manos heladas, no cortadas como las de la, las manos heladas, no cortadas, enteras, el cuello helado, no cortado, entero, las orejas heladas, no cortadas, enteras, ningún clavo en la garganta, la garganta también entera, ni un golpe en la espalda, tenía frío y ya está, el jefe de puesto volvió con los cipayos que limpiaron la escuela y guardaron las demás pertenencias de la profesora mulata, la cajita de las pinturas porque incluso ellas son payasos, el espejito colgado en un gancho, las caracolas para adivinar el futuro, el jefe de puesto, y si yo le dijera a mi hijo, así no, no vale la pena, tengo que encontrar otra manera, el empleado de la chaqueta blanca a mí

—Hasta mañana niña

su voz cada vez más débil, el jefe de puesto y mi padre, en cuclillas sobre una raíz, viéndolo, el jefe de puesto, sin mirar a mi padre

—No sabe lo que le pasó hace un tiempo al propietario ¿verdad?

mi padre, sin mirar al jefe de puesto

—No

puesto que en materia de verdades sencillas no es necesario mirar a nadie de frente, la esposa del diputado al chófer, con las pestañas postizas despegadas y el pelo, de tan húmedo, pegado a la cabeza

—Vuelve a deshacerme chico

sacudiéndolo primero lentamente y después más deprisa, el jefe de puesto, sin mirar a mi padre

—Claro que comuniqué a Luanda que vieron al propietario en África del Sur con una chica de

color

mi compañera a mí

La patrona convencida de que esta vez iba en serio la tonta

la dueña de la librería cuyo cuerpo se hinchó con el tiempo, tiene que pararse a mitad, tomándose el pulso, de las escaleras del sótano y el segundo amigo arriba, esperando, porque los besos del primero, supongo yo que ella supone, siguen señalándola entre la confusión de las revistas y la tralla de los diccionarios que llevo a Guincho, amontonándose, en pilas descoyuntadas, alrededor del sillón de la Señora, el jefe de puesto se levantó de la raíz, nunca he visto que se saluden mi padre y él, para qué si el tiempo inmóvil en África, un único lunes eterno, llamó a los cipayos con la vara, el empleado de la chaqueta blanca a mí

—Espero que hasta mañana niña

acariciándome casi la mejilla, haciéndome un mimo, deteniéndose, avergonzado

—Perdone el atrevimiento niña

y yo con pena de que no me haya acariciado la mejilla ni hecho un mimo, mi padre se quedó viendo al jefe de puesto en el sendero, debería coger a mi hijo e irme en un tren que no parte, sin despedirme ni siquiera del vagabundo, quizá echara de menos el medio plátano, estoy segura de que no me echaría de menos a mí, quizá se fijase en el par de buitres en el tejado del colegio desierto y un tercero, a saltitos, rondando la ventana, mi madre

—No aguanto a esos monstruos

que, si los perseguimos, corren dando saltos, batiendo las alas, agobiados de calor, el dipu, antes del vuelo, tado a la secretaria, buscando una pastilla en la chaqueta, sin acertar con el bolsillo

—El corazón se le ha desajustado de momento no salgas ten paciencia

empujando la dentadura que se movía en la boca, qué hará la Señora cuando no estoy en casa, abandonada con el perrito sin fijarse en el perrito, se fija en los payasos con gafas oscuras y sombrero de ala ancha sentados en el tenis, en el padre de la Señora con la embajadora francesa a un lado y una nueva chica rubia, con más collares que la anterior, haciéndole señas de que sí, la secretaria estirándose hacia el teléfono y el diputado impidiéndoselo, no con un gesto ni con la voz, con lo que parecía un gruñido

—¿Quieres que salgamos en los periódicos quieres arruinarme la vida?

el jardín de la casa ausente en la noche, el invernadero, la pérgola, la piscina, los centauros no en África, bebiendo en el estanque, la dueña de la librería a mi compañera y a mí, con Celeste en la hombrera, oyéndola

—Al menos una persona que me acompañe cuando muera mi madre

y ella pensando en el caboverdiano

—¿De qué me vale?

pensando

—¿Por qué no se va a beber con los centauros y me deja tranquila?

a medida que el vagabundo sacaba el saco de la mochila y ocupaba el escalón igual que la cama del hotel de Sintra un escalón y el diputado un pedigüeño, la secretaria

—Son tan feos desnudos

arreglándose la falda, los zapatos, la chaqueta de marta cibelina, retocándose un párpado, dándole volumen al pelo, que desobedecía al cepillo, porque si entran el encargado o un médico al menos me encuentran arreglada, decente, dándome cuenta, qué suerte, de un botón equivocado y arreglando el botón, la blusa descosida en el sobaco, qué rollo, la cremallera que no sube, no sube, ojalá la chaqueta lo disimule, se miró al espejo y bueno, lo disimulaba, el padre de la Señora a la madre de la Señora

¿Tu hija?

que no corría detrás de las pelotas ni se sentaba a presenciarlo como los demás payasos, el padre de la Señora, sin acordarse de la embajadora ni de una chica rubia sin corazones en la pulsera, hasta que al final una chica rubia sin corazones en la pulsera

—¿Tu hija?

el padre de la Señora agitando a la madre de la Señora

—¿Mí hija?

la madre de la Señora asombrada de que el padre de la Señora

—¿Mí hija?

la madre de la Señora preguntando

—¿Cómo?

para oírlo repetir

—¿Mí hija?

y su hija, señor, está cerca de los arriates, antes del invernadero, casi a la sombra de los árboles de la China, está entre los girasoles y el discóbolo, está en el estanque de la Venus bebiendo agua y, después de beber agua, se aleja para siempre en dirección a las dunas, en el sentido del viento, en dirección a Guincho, galopando, feliz, con los demás centauros.

La última vez que vi a la Señora estaba sentada en el sillón del salón, con el perrito en las rodillas aunque el anillo no lo recorriese, quieto, y las rosas detrás, con más pintura en la cara que de costumbre, los ojos en otro lado, sin verme, como en la misa del colegio no veían al padre Ismael, como, frente al marido de la Señora, tampoco lo veían, como no se fijaba en los hijos ni en los nietos en la época en que la visitaban, el empleado de la chaqueta blanca

—Ha exigido que la traigamos dice que quiere hablarle

y no hablaba, con el vestido demasiado ancho y el broche del pecho subiendo y bajando lentamente, enseñándome los paquetes de libros, que nunca tocaba, con las cejas

—Dígale a su patrona que se han acabado los encargos

mientras el chófer esperaba en la base de los escalones y el resultado de la pensión en el interior de Cascais se me iba dilatando en la barriga, el viejo de la camiseta interior y los dos negros aparecieron y se esfumaron, el viejo de la camiseta interior

—Ya está bien

y silencio aquí fuera mezclado con los dolores, de repente tanto silencio aquí fuera, mi codo derecho que se negaba a doblarse y no volvió a quedar bien, quedó regular, si lo doblo de repente, por ejemplo, en un momento determinado un saltito, en mi cabeza el hueso se desliza sobre el hueso, cuando tenga que ir a la consulta por el niño pediré que me hagan una prueba, el empleado de la chaqueta blanca a mí

—El médico ha dicho que la llevemos cuando la deje la niña

los médicos siempre me han parecido atractivos cuando levantan una radiografía a contraluz, me gusta verlos rodeando manchas con el bolígrafo y que charlen conmigo por encima de las gafas, mi compañera

—¿No vuelves a Guincho?

al viento, las dunas, a las nubes de la sierra, si una gaviota se aplasta contra el cristal del autobús no me molestará la gotita de sangre, no es que me agobien las desgracias de los animales, solo me asustan, quién me asegura que no creen en la vida después de la muerte o no piensan en Dios, mientras que yo tengo días, es según, no me apetece entrar en ello, si viene un niño mulato cómo lo aceptaré, el empleado de la chaqueta blanca

—La Señora le ha dicho al doctor que no podía faltar a la cita

y el agua, en la concha de Venus, más rápida, no lágrimas, no voy a caer, solo agua, no dejamos

de buscar pretextos para emocionarnos, el jardinero confesó haber abierto un poco el grifo, creo que por distracción, tenemos la manía de relacionar las cosas sin entender que no hay ninguna relación, solamente coincidencias, la Señora morirá sin que yo lo sepa, como gaviotas contra autobuses futuros y ya está, hasta puede pasar que me acuerde, después me acuerdo menos, después no me acuerdo y fin, una anciana conocida hace siglos en el sillón de un salón enorme y cuyos rasgos de payaso decrepito he perdido, la dueña de la librería, dando un paso atrás

—Eres inhumana no te cansas

con miedo a que le pegase la inhumanidad y tranquila que no se la pego, me la guardo para mí que no hay quien me ayude a aguantarme de pie, a fuerza de vivir con tórtolas la dueña de la librería se llenó de enredos de porcelana, por dentro dura como un palo y calculadora, que la parta un rayo, siempre planificándolo todo, en lo que respecta al segundo amigo entendí rápido la película

—No me molesta que tropiece en la lengua porque todo el mundo tropieza con algo lo importante es que no me dé problemas

y realmente, hasta aquí, no me los ha dado, un paso atrás y a la izquierda como le ordenaba el jefe de puesto al cipayo y los ojitos en el suelo para evitar tentaciones que ella, que se lo sabía todo de los hombres, no iba a los partidos, el empleado de la chaqueta blanca

—No pensé que la Señora estimase tanto a la niña

ese sí, lleno de suspiros y gemidos, solo le faltaba oler el viento en los cedros, quizá un parentesco remoto con la dueña de la librería a pesar de no conocerse, creo yo, que lo que no escasean en este mundo son las coincidencias, el ingeniero de los perfumes seguía visitándome sacando del bol, el vagabundo, sillo la cartilla del banco, mojándose el índice al pasar las páginas

—¿Quiere enterarse de mis cuentas?

el vagabundo descubrió un coche abandonado cerca de la tienda, más cómodo que el escalón, y empezó a desdoblarse el saco de dormir en el asiento de atrás, me inclinaba para darle la mitad del plátano y se la comía dentro, Celeste a quien su indiferencia la ponía nerviosa

—Hasta coche tiene ahora el hidalgo

envidiando mi barriga

—¿No me dices por lo menos quién es el padre?

pero no envidiando el azúcar alto ni la cara hinchada, cuando mi hijo me atormentó más el peso, me costaba encaramarme en un taburete para encontrar una novela, los clientes nunca eligen lo que tenemos a mano, siempre el taburete, siempre la escalera, siempre la fractura acechando, hasta que no me quede como el inválido del triciclo, lleno de remos de aluminio, no se quedan tranquilos, el agua de la concha de la Venus se paró y volvió, musgo en la concha, musgo en su escapula, musgo en la túnica que le tapaba sus partes, la Señora a quien no parecía interesarle la estatua

—Cuando entré en la casa ya estaba allí

con cojines a los lados agarrándola al sillón, la casa enorme a la que el padre de la Señora más pisos, más habitaciones, más pasillos, más alas, el jardín conquistado a los arbustos, el pinar contra el viento, mi padre, en cuclillas sobre una raíz, delante del colegio desierto del que en una o dos temporadas de lluvia las hormigas rojas devorarían todo, como supongo que devoraron el lugar que habitamos después de marcharnos, quedará el embalse, la Señora, Jonatão, si no lo han matado, bajando o subiendo el nivel hasta la línea de la muralla, la Señora

—Quería explicarle

sin cavar la frase, ahora se daba cuenta de que la garganta delgadísima, las líneas claras de los huesos y los dientes tan nítidos bajo la piel que era posible contarlos, no una mujer mayor o gastada, una mujer casi muerta, no el payaso que durante años y años había aceptado ser, las ruinas de un payaso que ignoro si me veía o veía una pelota de tenis de un lado a otro de la red, señoras a su lado, envidiándose, elogiándose, detestándose, todo, al mismo tiempo, tan obvio y tan escondido, cuanto más escondido más obvio y el padre de la Señora controlándolo todo con su dinero, su autoridad, su poder, el padre de la Señora dirigiendo a los payasos y a los maridos de los payasos, el duque inglés, los alemanes cada vez más numerosos, los mili, no a mi compañera, mi compañera al fondo, ordenando los estantes, la dueña de la librería

—¿No vuelves a Guincho?

tares, los consejeros de las embajadas, los portugueses que trabajaban con ellos trabajando para el padre de la Señora y las bebidas, los refrescos, los tés, la Señora

—Quería explicarle

con sus pinturas y su ropa tan cara, el faro que iba a empezar a mugir porque el negro de la sierra deslizándose por la cuesta, porque ramas bailando, porque las flores se cerraban, celeste a mí, inquieta

—¿Te ha pasado algo?

y no me ha pasado nada, tranquila, le ha pasado al propietario y a la profesora, le ha pasado al jefe de puesto que nos dijo que nos veíamos en Luanda y no apareció, un tropezón con una cuerda, una granada, un cuchillo, los cipayos ya no

—Mulata

en silencio, los trabucos disparando trocitos de metal, bisagras, clavos, virutas, el jefe de puesto a los cipayos

—¿Qué es esto?

el jefe de puesto

—No

con las manos tendidas

—No

el uniforme marrón

—No

las botas que le dejó un recluta

—No

y la negra con la que vivía huyendo hacia el río, la negra con la que, la Señora, la negra con la que vivía también cayendo, la Señora que no vuelve a mirarme, con qué si los ojos vacíos, ningún color, vacíos, los ojos vacíos, las pelotas de tenis a derecha e izquierda y los ojos sin seguirlas, vacíos, el empleado de la chaqueta blanca

—Tenga paciencia con ella niña

no solo educado, pidiendo

—Tenga paciencia con ella niña

derecho, digno, elegante, se me ocurrió que el empleado de la chaqueta blanca y la Señora, no se me ocurrió, es decir, anulé lo que se me ocurrió apretando los oídos, no quiero mencionármelo a mí misma, el empleado de la chaqueta blanca de la generación de la Señora y por lo tanto es posible, y por lo tanto no es posible, y por lo tanto me callo, si todas las tórtolas cantasen al mismo tiempo no podría escucharme, no insinúen, no afirmen, no me obliguen a concluir lo que ignora el padre de la Señora y ocultan el empleado de la chaqueta blanca y la Señora, el empleado de la chaqueta blanca mudo, no, el empleado de la chaqueta blanca

—No la haga sufrir niña

esto en un susurro, más que un susurro, en un rumor

—No la haga sufrir niña

yo en la silla, junto al sillón, viendo al jardinero cortar el césped, observando los peñascos y las nubes a vela que llegaban del mar, la Señora, la dueña de la librería, la Señora

—Quería explicarle que mi padre

el anillo, por unos segundos, acariciando al perrito y el animal feliz, el olor del comedor en el salón, la voz de la novicia ondulando, sobre las voces de las alumnas, durante las misas fúnebres, el incensario del padre Ismael balanceándose en las cadenas de latón, la dueña de la librería, el empleado de la chaqueta blanca marchándose sin ruido, la dueña de la librería

—Has venido rara de Guincho

y no he venido rara de Guincho, es impresión suya, el segundo amigo esperándome en la puerta, discreto, translúcido, con trajes, nuevecitos, con un aire antiguo, brillante, igual que su figura un aire antiguo, brillante, se entretenía en un despacho de procurador cerrando sobres, de una punta a otra del pegamento, con la lengua infinita, mi compañera sin creérselo

—Con ese tamaño no me extraña que se tropiece con las encías

y de repente, en la estación un tren que no parte, al fondo, en medio de basuras, yéndose sin mí me pregunto a dónde, hay tantos sitios que no conozco, Dios mío, mi vida tan estrecha, mi hijo me absorbe todo el tiempo, un castigo para despertarlo, un castigo para vestirlo, un castigo para

comer, puede guardarse la comida durante horas en los carrillos y volver del colegio masticando todavía, si su padre con nosotros, no es que sienta su falta, no la siento, ni siquiera hablábamos cuanto más, no entiendo lo que vi en él, se notaba enseguida cómo se las gastaba, puede ser que el niño le tuviese respeto y se lo tragara, si este así ya me imagino el siguiente, la Señora, intento no pensarlo, la Señora

—Quería explicarle una cosa de mi padre

ahora que no hay nada que no me parezca gastado en Cascais, los muebles, las alfombras, los cuadros, las rosas secas en la ventana, las fresias sin vigor, una última pelota de tenis, cayendo en la red, que nadie veía, mi padre fumando en una raíz, no le intereso a nadie, quién me presta atención, una tarde, era yo pequeña, gárgolas en el embalse, no muchas, cinco o seis y yo como loca, al correr hacia ellas huían, milanos al acabar la lluvia, los azulejos de mi cocina tan feos, un abejorro que no sé cómo ha entrado, el empleado de la chaqueta blanca

—Disculpe haberla molestado niña

y el automóvil, no recuerdo en toda mi vida un automóvil tan grande, esperando, mi compañera señalando el sótano

—La patrona se ha llevado al segundo amigo ahí abajo

las dos escuchando y es verdad, gárgolas, una especie de tórtolas sin lágrimas de porcelana ni plumas, hechas de crueldad y violencia, en el sótano ninguna pila de revistas ni estantería torcida, un paquete de diccionarios inútiles que no llevaría a Guincho, mi madre probaba la sopa de la cazuela con los ojos cerrados, en el cuarto de las máquinas del embalse palancas y botones y Jonatão encendiendo la pipa con el barril roto, la última semana vi al sujeto de la editorial en la calle, al ver, si por casualidad, al verme se marchó, si por casualidad me dijese, inclinados sobre el cochecito

—Es mulato ¿no?

ya lo he decidido, no respondo, mi hijo

—Es oscuro

y tampoco respondo, Celeste comparándolo con el caboverdiano, desconfiada, convencida de que las inyecciones han dado resultado, dejando de apreciarme y de ser mi amiga, durante las rebajas escondíamos unos pantalones o unas blusas palabra de honor lo metíamos en una bolsita

—Pírate vuela

y o grandes o apretados, nunca mi tamaño, Celeste, desilusionada

—¿No te está grande aquí?

pinzando la tela que sobraba

—No es culpa mía has adelgazado unos kilitos

y después mirando al bebé con un palmo de cara, el índice en el pecho del caboverdiano y el caboverdiano, intimidado

—¿Yo?

el padre de la Señora en el despacho con el duque inglés, sin la secretaria rubia del padre de la Señora

—Espera fuera

con ellos, esto antes de que se secaran las rosas, la madre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—Estoy exhausta de tanto llamar

la dueña de la librería al segundo amigo

—Prométeme que no me vas a hacer infeliz

y el segundo amigo, indeciso

—¿La toco no la toco?

avanzando con el brazo, retrocediendo con el brazo, posándolo ligeramente en el cuello, la dueña de la librería arrimando la mejilla a la manga

—¿Me lo prometes?

con la nariz de repente larga y los ojos resbalando por ella, si yo fuese, es decir, si estuviese en mi poder tener pena de las personas me apiadaría de ella, la madre en una mecedora, paisajes de abetos y casas parecidas a relojes de cuco que los trenes que no parten quizá alcancen un día, el segundo amigo, nervioso

—¿Y ahora?

intentando un pellizquito en la piel blanda de la mejilla, repitiendo el pellizquito, apoyando la barbilla en el pelo de la dueña de la librería que se levantaba e iba hacia él, con los párpados extasiados, lenta, el segundo amigo sintió la nariz que le pareció húmeda y, bajo la nariz, lo que le parecía un labio, otro labio, esperó un tercero pero solo dos labios, mi compañera, de cuclillas en lo alto de las escaleras

—Ya está

entre los labios, suponía que en medio, un gusto a saliva, una presión lenta, como le fallaban las rodillas se apoyó en una estantería que empezó a bascular y la soltó aterrado, la dueña de la librería

—Amor

dentro de sus encías y se tragó el amor, la voz de la madrina, durante unas anginas muy antiguas

—Si muerdes el medicamento no te hace efecto chico

de manera que se tragó el amor como se tragaba las cápsulas, esperando sentirlo pasar por la garganta y no lo sintió, temió que el medicamento, así pequeño, no lo curase, la dueña de la librería o la madrina

—Abre la boca

comprobando si no había escondido el amor en el molar que le quitaron y no lo había

escondido, se extendía en la sangre, la madrina, viuda dos veces, con los maridos, al lado, en marcos iguales, uno de ellos risueño y el otro desconfiado, la madrina todavía fresca, íntima del farmacéutico que la trataba por

—Muchachota

era carne de retrato

—Me gustaron por motivos diferentes

una frase que aún hoy intrigaba al segundo amigo, qué significan motivos, qué significan diferentes, qué significan motivos diferentes, la madre de la Señora al empleado de, nubes en Cascais, la chaqueta blanca

—Tuvimos nuestra época ¿verdad Marçal?

la última vez que vi a la Señora estaba sentada en el sillón del salón, con el perrito en las rodillas aunque el anillo quieto, las rosas detrás, la Señora sonriéndome sin verme como en la misa del colegio no veía al padre Ismael, ninguna gaviota, ningún charrán, los pájaros en las rocas o en las higueras silvestres que daban frutos amargos, la Señora, frente al marido de la Señora, tampoco lo veía, no reparaba en los hijos ni en los nietos cuando aún la visitaban, un cristal del invernadero roto, la mitad de peces que antes, oscuros, lentos, la madre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—Tráigame el estuche de las pinturas Marçal

el estuche de las pinturas, los collares, los pendientes, el empleado de la chaqueta blanca le corregía las líneas con la punta del pañuelo

—Sigue sin haber un payaso como la Señora créame

ninguna perra tan perra, ninguna puta tan puta, la madre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca, esperanzada

—¿Es eso verdad Marçal?

Cascais bajo la lluvia no diré triste, vulgar, las sombrillas de las terrazas recogidas, la plazuela de las hamburguesas desierta, las palmeras sin color, ni siquiera perros en la playa, media docena de barcos, al contrario, en la arena, pájaros esperando en la muralla, la madre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca

—Tráigame la mantilla azul

con la autoridad de antes

—La mantilla azul

la mantilla azul, los zapatos azules, el cinturón lila, el ancho con el cierre de perlas, las medias negras, tráigame cepillo y laca, Marçal, tráigame pinzas, la madre de la Señora, tendida en la cama, lista para bajar al tenis desierto y sentarse en un banco de tres plazas que nadie usaba sino ella, saludando ausencias con gesto distraído, rechazando las bandejas que no le ofrecían las criadas, abriendo el abanico con una lentitud majestuosa, escuchando sin escuchar, impenetrable,

sería, de acuerdo con el empleado de la chaqueta blanca

—Sigue sin haber un payaso como la Señora créame

la madre de la Señora con treinta, cuarenta, cincuenta años y ningún payaso como yo, créanme, la Señora, junto a las rosas, casi despidiéndose de mí, casi echándome, la Señora

—Quería explicarle

con las líneas claras de los huesos y los dientes tan nítidos bajo la piel que era probable contarlos, no una mujer antigua, una mujer casi muerta que sin embargo seguía sonriendo, ir a buscar a mi hijo a la escuela, coger el autobús a casa, luchar con las escaleras mientras mi hijo raya la piedra con el lápiz y después descongelar la carne, abrir el paquete de arroz, cerrado con una pinza de la ropa, ponerme la pinza en el dedo y mi madre

—¿A ver si te haces daño?

y no me hago daño, tengo una uña de bruja, fijese, si hago un gesto mágico la transformo en un escarabajo o en un saltamontes, no se meta conmigo, mi madre

—Ya está bien de tonterías

y, sin embargo, una oscilación de pánico en su voz, un gorgojo que se mata con la escoba, una culebra que se estrangula con las tenazas de la cocina, sacándonos la lengua sin conseguir alcanzarnos, es para volverse loco la cantidad de seres que existen, para qué tantos, avestruces, chimpancés, peces sable, sujetos con cubos cogiendo mejillones con la marea baja, un tío abuelo mío, me lo contó mi padre, un sujeto grande, fuerte, que levantaba él solo un barril, estiró la pata con un alacrán y yo la impresión de que el barril sorprendía más a mi padre que la picadura, tan fuerte que le atravesó la bota, un barril difícilísimo, con dos en un carro los bueyes se quedan sin fuerzas, mi madre, la madre de la, mi madre

—Vaya conversación

la madre de la Señora con mantilla, sin salir de la cama, apoyando el espejo en el pecho

—¿Cómo me encuentra Marçal?

corrigiendo un último mechón, corrigiendo el collar, el empleado de la chaqueta blanca, sincero

—Todavía no ha nacido un payaso que le llegue a la suela del zapato

quitando una arruga, colocando una cinta, la Señora abandonando al perrito y cogiéndolo de nuevo

—Mi madre

sin que yo entendiera si con orgullo o compasión, es decir, no cogiéndolo, solo rozándolo, mi hijo con el cesto de las pinzas sin conseguir abrir una sola, piensen en la diferencia entre una pinza y un barril y admiren la capacidad del tío de mi padre que más tarde en su vida, con cuarenta o cuarenta y cinco años y todavía robusto, tardó horas retorciéndose en el patio, suplicando que lo matasen hasta quedar inmóvil, con la mandíbula abierta, la mitad del bigote dentro, la madre de la Señora al espejo, imitando la prisa y el nerviosismo de los hombres

—Di que soy tu perra di que soy tu puta

el empleado de la chaqueta blanca a su lado, formal, atento, el empleado de la chaqueta blanca

—Soy tu perra

el empleado de la chaqueta blanca, despedazándose las manos la una con la otra

—Soy tu puta

retrocediendo hasta la puerta

—Soy tu zorra

y, en lugar de zapatos, sonidos finos de tacones por el pasillo, el empleado de la chaqueta blanca a mí

—Y era su puta niña

el empleado de la chaqueta blanca impasible, excepto los dedos que caían al suelo, excepto trozos de las palmas, mi compañera inclinada en dirección al sótano Las próximas semanas la patrona va a ser todo mieles con nosotras vas a verlo

y mieles con nosotras, realmente, sin comprobar el dinero o preocuparse por las ventas, todo le parecía gracioso, ese atraso mental de la gente feliz que dan ganas de quitárselo de un porrazo, menos mal que se pasa rápido, el segundo amigo no alegre como la dueña de la librería, confuso

—¿Dónde me he metido?

que se le notaba enseguida por las cejas, un

—¿Y?

del cual, aunque con el pico cerrado, todo el mundo daba fe, espionando con angustia la casita de las tórtolas, imaginando su retrato en la cómoda como los maridos de la madrina, corbatas pasadas de moda acentuando el pensamiento y la dueña de la librería abriéndose a un farmacéutico que la trataba por

—Muchachota

sin consideración por él, ninguno de los maridos, además, consideración por él, enferma, la espicha y se le entierra, es ley de vida pero para nosotros que tarde mucho, si Dios quiere y tiene que quererlo, Dios es majo, años y años de grasa y alegría y después ya veremos, no adelantemos acontecimientos, de momento, y eso es lo que importa, la mano regordeta del farmacéutico en el culo de la dueña de la librería y el segundo amigo, preso en el cristal, recomiéndose, Celeste, sin decirle nada al caboverdiano, proyectando aventuras con un cliente bajito que se le acercaba en cuanto su esposa, también bajita, haya igualdad, probándose camisones berenjena, quién se piensa la enana que es, detrás de la cortina, el cliente bajito, es verdad, pero con pestañas grandes, agradable, al abrigo de los dedos como en la iglesia

—Si mi esposa un tipo como el suyo yo hasta levantaba el vuelo en el dormitorio

de puntillas imitando a las cigüeñas, un poco ridículo, lo reconozco, pero tan gracioso, el demonio, en contrapartida el caboverdiano ninguna gracia, malhumorado, cuántos meses hace, y

no exagero, meses, que no se escucha una carcajada en casa, cenas grises, domingos en los que las horas se arrastran como los parásitos de las coles, dietas sin sabor desde que el médico

—Le ha subido la tensión

el cliente bajito pero proporcionado, un muñeco, cómo volará, celeste, comparando pros y contras, mucha palabrería, mucha deferencia, lo creemos y desaparecen, olvidadizos

—¿Eso he dicho?

sin memoria

—Nunca me expreso así siempre marco los límites

porque un camión berenjena, pareciendo que no, ayuda, principalmente cuando se caen las tirantas, primero una, después la otra, y un cuerpo, incluso conocido, gana encanto, palabra, se descubre de nuevo la gracia de una pierna, se descubre de nuevo, centímetro a centímetro, aquella parte de los muslos que no vale la pena depilarse con cera porque los pelos suaves, la Señora junto a las rosas

—Querría explicárselo antes de que sea tarde

y debía de ser tarde porque el chófer comprobando el reloj, sin necesidad de tirar de la manga porque las cosas inertes vuelven al punto de partida sin que intervengamos, el empleado de la chaqueta blanca junto a la cancela, no por picardía, por atención a la Señora, al volver a Cascais cuántos charranes sin acimut, cuántas nubes de arena, cuántas gaviotas contra la camioneta, el vagabundo en las duchas de la playa y la ropa en la muralla, la mochila, las sandalias, seguro que en este momento mi madre dando de comer a las gallinas, sin pensar en mí, tuvo antes a mi hermano que murió pequeñito, cinco meses, seis meses, sé que se llamaba César

—¿Cómo se llamaba mi hermano madre?

mi madre

—César

y del

—César

no queda nada, mi madre dando de comer a las gallinas golpeando una lata con una cuchara, lo que echo de menos ese ruido, mi padre, haciendo una concha con las manos, luchando con la obstinación de una cerilla y la punta del cigarro que no acertaban la una con la otra, sus pupilas bizcas intentándolo, mi amor por los sonidos repetidos se ha debilitado debido a mi hijo, gaitas, tambores, pitos, a propósito de mi hermano, que no sé cómo era, yo a mi madre

—¿Cómo era mi hermano madre?

y mi madre, sin interrumpir la cuchara

—Guapo

qué esperaban, la sangre manda mucho y César, la verdad, no me parece feo pero prefiero otros nombres, Narciso, por ejemplo, he dicho Narciso, me he quedado pensando por qué, después me

ha venido a la cabeza que el jefe de puesto Narciso, véase el poder que tiene la infancia, se nos mete dentro y, sin esperarlo, zas, salta, el padre de la Señora llamando a la secretaria rubia del padre de la Señora, tras salir el duque

—Quiero que duermas con ese hombre

ocupado ordenando un cajón y dándole un cenicero a la secretaria rubia del padre para que lo limpiara

—Cuando muera mi mujer te divorcias y me caso contigo

Narciso, fíjense, qué más tendré dentro que pueda surgir de repente, ahí está con la varita, ahí están los cipayos, el padre de la Señora a la secretaria rubia del padre de la Señora que había dado un paso, en fin, no exactamente un paso, que palpitaba en el interior del escote haciendo brillar lucecitas de esperanza

—No me lo agradezcas que no tengo tiempo

el empleado de la chaqueta blanca animando a la madre de la Señora

—Todavía no ha nacido un payaso que le llegue a la suela del zapato

y la madre de la Señora al espejo, imitando la prisa de los hombres, su inseguridad, su miedo

—Di que eres mi zorra di que eres mi puta

la madre de la Señora al empleado de la chaqueta blanca, en la habitación en lo más alto de la casa

—Ya no puedo Marçal

sobre la pista de tenis donde no se sentaba nadie, el jardín que le pareció poco cuidado, pequeño, las flores necesitadas de abono, la hierba pidiendo que la regasen, el jefe de puesto que me llamaba

—Canhica

no por el nombre

—Canhica

como los negros, cuánto tiempo hace, y me tiraba de la trenza, si alguien me llamara ahora

—Canhica

me pasaría algo por la vista y empezaría a llo, y empezaría a llorar, qué cosas, diga que se acuerda del

—Canhica

madre, sostenga la cuchara contra la lata

—Es verdad

la concha de Venus parda, con una escalera, detergente y esponja se le pone remedio, el discóbolo en la sombra del invernadero cuando el sol se, canhica qué bonito, inclina, el empleado de la chaqueta blanca

—El médico mandó que se llevaran a la Señora cuando dejase la niña

la habitación de la madre de la Señora desde hace años sin cortinas, vacío, la secretaria rubia del padre de la Señora a las criadas

—Quiero esto bien cerrado

solo la señal de los pies de la cama en la tarima y el rectángulo del cabecero más claro en la pared, si abriésemos la ventana el viento y las dunas en medio de los pinares, una u otra higuera silvestre, pequeña, torcida, erizada de espinas, en la otra cara de la sierra un barranco y ya está, trozos de meteoritos, aves prehistóricas, arpiás, el empleado de la chaqueta blanca, y tuve la seguridad

—Me parece tarde Señora

de que el vagabundo por fin se ha marchado, mi compañera lo vio caminar hacia la estación del dejar ni un recado, si al menos un nombre que recordar a veces, como por ejemplo Narciso, la Señora mirándome desde el sillón cada vez más ancho para ella

—Querría explicárselo antes de que sea tarde

pensando que no era tarde, pensando que no ha sido siempre tarde y en ese momento las pelotas de tenis de nuevo, las gafas oscuras, los sombreros de ala ancha, la mano de la embajadora francesa en la rodilla del padre de la Señora, la pelirroja inclinada sobre él empezando con un secreto y la Señora tantas pelotas que recoger en la valla, tantas pelotas que recoger en la red, la Señora

—Quería explicarle

con el pelo corto y el uniforme del colegio, y el padre Ismael

—¿Pecados contra la carne?

la Señora, conducida por el chófer, en dirección al pórtico negro donde la esperaba la hermana Patrocínio, la Señora, con el perrito en brazos, retorciéndose hacia mí en una especie de gesto, no de mujer mayor, un adiós de canica, la Señora en el momento en que la perdí, tan frágil y, al mismo tiempo, tan joven

—Quería explicarle que nunca he sido un payaso.

SEGUNDA PARTE

Mi esposa trabaja directamente con el señor, lo que significa llegar tarde y, a veces, no llegar, siempre con la maleta en el coche por si reuniones interminables que no da tiempo de volver a casa, tiene que desplazarse de improviso de un lado a otro pero no me parece un precio alto a pagar para que me asciendan en la empresa, empecé en la contabilidad, y ahora soy la mano derecha del señor, o sea despacho propio, automóvil, secretaria, además de facilidades en el crédito siempre que no abuse, claro, y no abuso, la prueba es que mi esposa me aseguró que se habla de mí para una nueva compañía

—No puedo contarte más se habla de ti para una nueva compañía
el señor me saluda

—¿Todo bien?

él que no saluda a nadie y yo un honor

—Todo bien gracias a Dios señor

los sábados me invita al tenis, donde mi esposa se sienta a su lado, tan rubia, masajeándole despacio el brazo de la raqueta, con los tres corazones de nuestros hijos en la pulsera, el más pequeño diferente a los demás, el único que no se parece a mí, la coincidencia de un párpado caído como el señor, cuando me despierto de buen humor se lo suelto a mi esposa, por hacer la gracia

—¿Crees que el niño me va a preguntar todo bien?

y mi esposa cogiéndolo del brazo como el brazo del patrón

—Pobrecito

con los senos, qué palabra, más al aire y las piernas que me huyen por la noche

—No puedo con mi alma necesito descansar

escapándose en la cama y desde que se quedó embarazada, hace casi dos años, es así, su alma se ha hecho pesadísima, resultado me fui fijando en mi secretaria a quien el alma no le cuesta tanto trabajo, al principio se quedaba quieta, sorprendida, después empezó a ceder

—¿No le parece atrevido ingeniero?

preocupada por el maquillaje, el pelo

—Me he gastado un dineral en el salón contrólese

y yo empezando por atrás, por la nuca

—Ahí me dan escalofríos

y supongo que le dan porque la carne de gallina y una agitación en el cuerpo, que en lugar de repelerme se inclina sobre mí

—Ahí yo

con la cabeza en el techo y los ojos cerrados, la madre se dedica a limpiar, el padre encargado de almacén, un olor a pueblo, que no me desagrada, bajo el perfume que le permite su sueldo y no le permite mucho, cierro la puerta con llave y quito las cosas de la mesa, sin grandes precauciones porque no soy yo quien las ordena, papeles, cartas, un sapo de bronce, por qué narices los sapos me parecen sentados en orinales invisibles, ella parándose de repente

—No sé si estoy en periodo fértil

y lo esencial retrayéndose de inmediato, qué rollo, paso al lado de la mesa, ofreciendo una alternativa que, poco a poco, me devuelve el alma, los ojos de mi secretaria en los míos, los ojos de mi secretaria cerrados y la mano de mi secretaria también, al animarme le aprieto los mechones y ella una palmada en la muñeca

—¿No le he dicho que me he gastado un dineral en el salón?

el tirante del sujetador color carne, corregir el color del tirante más el plástico del cierre, horrible, el sapo me mira desde su orinal invisible, la sensación de que nos aliviarnos al mismo tiempo, el bicho y yo, y nos observamos mutuamente con expresión idiota, mi secretaria de pie, examinándose, corrigiéndose, mirándose, insegura

—¿Estoy bien?

retocándose en el espejito del bolso, las mejillas, la boca, la pinza del pendiente mordiendo el lóbulo con un chasquido que no le dolió a ella pero me dolió a mí, pellizcándose el alma, mientras me coloco los faldones de la camisa y pongo perfecta la corbata

—Ordene el despacho

el sapo con el desdén de mi padrino

—Naciste realmente estúpido tú

arrugándose y tirándose a un rincón

—No sirves para nada

de niño, cuando les metía un cigarro por el cuello de la camisa, se dilataban hasta reventar, parecen guijarros arrepentidos en medio de una caída de cosas, mi secretaria cogiendo de la percha la chaqueta desgraciadamente barata

—¿Puedo marcharme?

yo, ayudado por el tirante color carne del sujetador

—Sí

con ganas de reprenderla

—¿No tiene al menos un negro?

con la luz encendida porque enero, mes triste, por la mañana ni siquiera mañana, enseguida

tarde, mi esposa ningún tirante color carne, rojos, transparentes, azules, un lunar en la escápula que no acaricio hace siglos y ella, incluso de espaldas, sin verme

—No me mires

porque mi silencio cacareaba, relinchaba, balía, la olfateaba buscando su atención, si me refregase contra sus muslos, maullando, enseguida

—Largo

sacudiéndome con una zapatilla y yo escapándome por el lado, vencido, yo bajo una silla, yo lejos, mi padrino, difunto hace siglos, apoyado en la barandilla de las manos

—¿No has oído a la chica?

mi secretaria, con una blusa llena de adornos

—¿En qué está pensando ingeniero?

y estaba pensando en reventar un sapo metiéndole una caña por la boca, en lugar de un cigarro, y soplando, soplando, mi madre, quitándome a mi padrino

—¿Quieres matarlo?

dejándolo en el sofá para que siguiera molestándome, qué gracia tiene tanto volante y una uña de cada color, si fuese a un restaurante con mi secretaria me daría vergüenza, demasiados dedos saliendo de los cubiertos, demasiados dedos partiendo el pan por la mitad, demasiados dedos formando una corona de espinos alrededor de la copa, un hueso de conejo colocado, en una especie de beso, sobre el cuchillo y el tenedor en cruz, pasando, del cuchillo y el tenedor, al borde del plato con una pompa litúrgica, mi madre aprobándolo, mi padrino enternecido

—Delicada la pequeña

y tal vez la conozcan un día, el mundo da tantas vueltas, qué sé yo, y la vean metiéndose huesos de aceituna en el cono del puño, cogiendo una corneta imaginaria, mi familia más feliz que con mi esposa cuyos anillos la intimidan, mirando los cuadros de las paredes en un suspiro, mirando las pantuflas de mi padrino en un segundo suspiro y mi padrino no

—Naciste realmente estúpida tú

callado, más pequeño como si en lugar de soplar el tubo lo hubiesen chupado, al final insignificante, sin darle miedo a nadie, mi esposa indiferente al perfume que le regalaba mi madre en navidad al olvidarlo a la entrada, su automóvil más caro que el mío, con una camiseta del señor en el asiento de atrás, no doblada, tirada, una mitad derecha y la otra al revés, la semana pasada, al llegar, domingo por la tarde, de un viaje al norte, yo estaba en el balcón arreglando unos claveles, los vi besarse al despedirse, mi esposa me vio, se encogió y el señor, pasando, pellizcándole la nariz con dos dedos, recuerdo a mi fallecido padre haciéndome eso de niño, venía con el índice y el corazón curvados, me prevenía

—Te voy a quitar la puntita

la cogía con una especie de pinza, tiraba, me enseñaba la punta del pulgar entre los otros dos

dedos doblados, se la guardaba en el bolsillo, anunciaba

—Si te portas bien te la devuelvo mañana

yo con la mano en la cara buscando, mi madre sensible, mi amiga

—¿Para qué lo atormentas?

mi padre me ponía el pulgar entre la frente y los labios

—Esta vez te has librado ya está

y yo aliviado, completo, mi padrino, nostálgico

—Cuando me lo hacían a mí iba un montón de veces a verme al espejo

y yo en el cuarto de baño confirmándome, empujando la nariz a izquierda y derecha con miedo de que se soltase la punta y afortunadamente no se soltó nunca, antes de entrar en el edificio mi esposa le tiró un beso al patrón, mi padre desaparecido cuando yo trece años, el esófago, me contaron, empezó a adelgazar y pasando el tiempo primero en el diván y después en la cama, si me cogía ahí tenía el índice y el corazón, con una sonrisa encima

—¿Me prestas tu nariz?

sin que mi madre lo criticase, diciéndome que lo hiciera con el mentón, se lo daba de buena fe pero mi padre lo dejaba a la mitad

—Ya no tiene gracia ¿verdad?

mirando la pared con cara triste

—Ya no tiene ninguna gracia

y mi madre, sin que yo entendiera el motivo, desapareciendo de la habitación para encerrarse en la galería, en un determinado momento llevaron a mi padre al hospital, después lo trajeron más delgado, más cerrado, sin interés por las narices, después se lo llevaron de nuevo, mi padrino, en lugar de llamarme estúpido

—Tienes que ser valiente chaval

y yo pensando

—¿Valiente para qué?

aprovechando para robar mermelada del tarro de la última fila que tapaban los demás, no se veía el río desde la ventana pero se escuchaban las grúas y la bulla de las gaviotas, sentíamos que llegaba mi madre porque al caer la tarde ruido en la cocina y aunque mi padrino o yo le preguntásemos lo que fuera ella nanay, la sombra de mi padre ocupaba mucho más espacio que cuando estaba con nosotros a la mesa, de modo que me equivocaba, le ponía el plato en la cabecera y por poco mi madre no le pasaba la bandeja, recuerdo el motor del barco de las once entrando en Lisboa, hasta que un viernes, cuando volví del colegio, mi padre de vuelta, no en el salón, en la cama, al verme no levantó el índice y el corazón, casi ni me vio, movía la boca sin sonido, mi madre arrimaba la oreja y nos traducía

—Dice que está mejor

la penúltima vez que le habló a mi madre

—Dice que mañana se levanta

y la última no lo entendió debido a las grúas y las gaviotas, mi madre, arrimándose más

—¿Qué?

y casi inmediatamente después llorando, recuerdo sus dientes, no recuerdo su cara, a mi padrino sosteniéndose con dificultad en la barandilla de las manos, mi padre desaparecido en una caja y en una tela, mi esposa, poco después de conocernos

—¿Cuántos años hace que murió tu padre?

y no lo recordaba exactamente, quince, dieciséis, no tenía importancia, no lo echaba de menos, me había acostumbrado a mi madre sola y el armario vacío, había olvidado la historia de la nariz que ya nadie me pedía prestada, se queda aquí para siempre y olvidé su voz, debo de haber nacido así, una criatura de luto, si la criatura de luto

—Tu padre

lo estoy diciendo en serio, extrañaba, mi padre qué, cuál padre, con la edad se inventan cosas y sin embargo, poco a poco, fui recuperando episodios dispersos, pasos en la escalera, recuerdos, un hombre entrando con la carpeta del trabajo

—Buenos días respetable público

al que mi madre, calentando la sopa, ahuyentaba

—Merecías trabajar en el circo

y, probablemente, lo merecía, mi padre señalándonos a su alrededor con un gesto amplio, orgulloso

—Todos los artistas son portugueses

no sé bien dónde trabajaba, en una oficina creo yo, relacionado con las grúas y las mercancías de los barcos, oficina, oficina, mira, me acaba de visitar, con bata gris, cogiendo el lápiz de la oreja para escribir en un cuaderno, a lo mejor también anotaba las gaviotas, por qué no, y enseguida el deseo de proponerle cójame la nariz, me gustaría, mi esposa, que aceptó salir conmigo con reticencias, tras examinar un buen rato un defecto en la puntera

—No prometo que dure

mi esposa, intrigada

—¿De verdad te apetece que te agarre la nariz?

mientras mi padre lejos más sus locuras, mi madre lo disculpaba como disculpaba a todo el mundo

—Mi marido era así antes de enfermar nunca fue bicho había que entenderlo y ya está

mi madre que se pasó la vida agitándolo

—¿Quieres que lave los platos y baile contigo al mismo tiempo estás loco?

hasta el esófago cazando a traición, tiene que haber un empleado anotando gaviotas por él,

durante el primer ingreso las marqué en un cuaderno con una crucecita, en cuanto se sentó se las di

—He juntado veintisiete tome señor
mi padre, mortecino pero agradecido

—No te imaginas el bien que me hacen, cuando las necesite te las pido
y ni un ojo al cuaderno, observaba la pared sin entusiasmo, mi madre dándole ánimos

—En cuanto mejores bailamos

ella con mandil y zapatillas, él con pijama, descalzo, mi esposa siguiéndolos de lado, viéndolos saltar en mis ojos

—Te he dicho que no te prometía que durase ¿no?

mi esposa que trataba directamente con el señor, lo que significa llegar tarde y a veces no llegar, con una maleta para las reuniones interminables que no da tiempo de volver a dormir a casa, tiene que viajar con frecuencia aquí y allí pero no me parece un precio alto a pagar para que me asciendan en la empresa, empecé en la contabilidad, es posible que debido a mi experiencia sumando gaviotas, y aquí estoy ayudante de dirección, según mi esposa mi nombre suena para una compañía nueva, el señor

—¿Todo bien?

sin darme la mano, claro, pero un honor de parte de quien no saluda a nadie de modo que yo, agradecido

—Todo bien señor

y todo bien, es verdad, mi secretaria, con el sujetador en otro momento color carne y hoy negro, que lo diga, lo de los arreglos ha sido difícil pero con el tiempo vale, la educación de una mujer es larga y espinosa, los ligueros, por ejemplo, ya cantan, acompañados de un codazo tierno

—A mi niño le gusta que vaya provocadora

y a tu niño le gustas provocadora, has acertado, que lo excites, que lo vuelvas loco, prueba aquí, por ejemplo, y agradece tu suerte, un perfume italiano, las manos cuidadas, una habitación alquilada a una señora benévola que daba catequesis en la iglesia

—Aquí están los palomitos

con la compañía nueva también un automóvil nuevo, en fin casi nuevo que esas cosas se conquistan, y un apartamentito en cuenta para ella, no en el centro de la ciudad, ya iremos, mi secretaria

—Tan lejos

y lo has acertado, listilla, empiezas a despertar a la vida, no solo lejos, feo, con la marea baja del Tajo apestando el barrio, los ascensores averiados entre dos pisos, por el olor ya con cadáveres dentro, vecinos paquistaníes no encima y debajo, andando con chanclas aquí en el salón a chillidos, con un punto en la frente y lenguaje de cañerías atascadas, cada cual dos mujeres, fíjate bien, aprende, calles llenas de agujeros por la lluvia, un dentista feroz desamueblando

víctimas en la ventana, mi secretaria pantaloncitos con rosas de tul y yo asintiendo, didáctico

—¿Lo ves?

si estuviese mi padre un aplauso sonoro

—Todos los artistas son portugueses

y qué tristeza que el esófago le haya cortado la carrera a mitad de espectáculo, cuando aún no han empezado los números más importantes, solo apreciamos a la gente y lo que queda por decir demasiado tarde, Santo Cristo, me duele, no es exactamente culpa, es una especie de, no exageremos, pena pero si dijésemos ahora lo que no dijimos no diríamos nada, los ausentes muchos mejores que los presentes, los ausentes pensamos en ellos, creemos que con nostalgia, porque no tenemos que responder

—Hay gente

si tenemos que ir al fondo, los presentes nos aburren, costumbres, manías, historias mil veces oídas, exigencias absurdas, mi secretaria no especialmente guapa, labios finos, mentón pronunciado, a sus padres no les importaba que yo casado, vieron la alianza y se aguantaron con mi pequeñito sin pestañear, como mi madre, o hasta mi padrino, se aguantarían en su lugar, como yo, con mi esposa, me aguantaría y después, cuando menos se espera, la historia cambia, conmigo, por ejemplo, cambió con la guerra entre los ingleses y los alemanes, me buscaban para saber a quién le vendía el señor el wolframio, no eran siempre los mismos los que me abordaban ni eran solo extranjeros, portugueses de los ministerios, uno o dos sujetos de la policía, me enseñaban fotografías de mi esposa con él

—¿La patrona no le cuenta nada del wolframio?

y me contaba que no podía con su alma, mi padrino por esa época la trombosis, se despeñó del alféizar de sí mismo, sin prevenirlo, y se fue extendiendo despacio por el suelo, mi madre antes de que entrasen los bomberos y después de que entrasen los bomberos, ahí está lo que he afirmado sobre las cosas repetidas mil veces

—A pesar de todo era una presencia

porque llamamos presencia a no importa el qué que ande por ahí, incluso inútil, intentando sacudir la muerte sin un único gesto, solo con la fuerza de los ojos, mi padrino meses en silencio, sin volverse hacia nosotros para que no notásemos el miedo ni moverse del mismo sitio porque cada pierna un rumbo diferente, el wolframio de almacén en almacén hasta perderse el rastro, cuando mi padrino finado aumentaron las gaviotas y las grúas en el salón o era yo que no entraba en aquel sitio desde hacía siglos, conocía y no conocía el salón que me pareció tan estrecho, las cortinas raídas, cada mueble de una familia diferente, mi cama minúscula, el respetable público resumido a mi madre y a mí, el wolframio no a Inglaterra o Alemania, en Suiza, no eran siempre extranjeros ni eran siempre hombres, una señora francesa todavía joven, o sea más o menos joven, o sea menos que más joven, con un sombrerito con una pluma de faisán, por qué motivo los

faisanes no viven en el Tajo, gaviotas y patos silvestres negros, rápidos, mi padrino

—No consientan que me muera

y yo demasiado joven para oírlo, solo empezamos a escuchar chillidos verdaderos muchos años después, las orejas tardan un tiempo en afinarse para los sonidos importantes, le compré un automóvil nuevo a la secretaria con el dinero de los ingleses y los alemanes, le regalé pendientes, collares chics, anillos, le pedí que se tiñera de rubio y le alquilé un apartamento en Lisboa sin ascensores averiados ni paquistaníes pobres, le prohibí el

—Mi niño

con el azote de un

—Cállate

si volviera mi padre, y no vuelve, para qué volver, por lo demás, poco ha cambiado, sabía, el wolframio circulaba por Suiza, mi madre sola en una sillita de mimbre

—Lo que me cuestan las noches

y es normal, señora, porque la tierra más cerca y cuando andamos, aunque sea sobre una alfombra, vamos sintiendo las raíces, nos quedamos mirando la ventana con la esperanza de la mañana, una claridad sucia en los marcos que es otra noche más honda, no escucha el pasodoble de la orquesta que da inicio al espectáculo, tómese la sopa, pele la manzana, tire los restos en el cubo y acuéstese de nuevo, esperando, puede ser que un año, puede ser que dos, dos añitos qué bien, mi secretaria a mí

—He visto un abrigo de piel

y yo

—Pues míralo los domingos en la tienda que por eso no se paga

porque conviene que sepan quién manda, si el médico endereza los análisis de mi madre se arrastra por ahí un tiempicillo sin que la impidan

—Hay gente

entrar al fondo porque no hay nadie como no hay nadie aquí, el esófago no devuelve las criaturas que le entregan, las mejillas chupadas, el terror a molestar

—No se preocupen estoy estupidamente

y la cara escapándosenos, yo a mi secretaria

—¿Todavía está el abrigo?

ella temblando, radiante, más rubia que mi esposa y en una peluquería más cara, en eso me empeño

—Ya está

como también con más maquillaje, más colores, la francesa, sobre mí

—Qué hombre

una realidad del tamaño de un puño madama, qué hombre, si no estuviese usted tan usada

llegaría al cielo y volvería pero el viento que le queda no ayuda mucho, se llena el suelo y es un palo, aproveche, mi secretaria apretándome el pecho

—Parece que te han mordido aquí

y no es así, tranquila, las dentaduras postizas no hacen daño, son de plástico, el señor al cónsul inglés, estudiando copias de cartas

—¿De dónde lo ha sacado?

mi esposa, en medio de la cena

—Tú

con una expresión rara y callándose, yo, con una nariz que nadie se atrevía a coger, sonriente, no me importaba que mi padre me enseñase la punta del pulgar

—¿Me prestas esto chico?

no envidiándome, con orgullo

—Ya huele a adulto ¿verdad?

y yo orgulloso de que él orgulloso, no se muera más, señor, quédese aquí, me apetece que nos sumerjamos juntos, como los patos silvestres, y volvamos a la superficie con un pez retorciéndose en el pico, van de dos en dos, ya se ha fijado, y nosotros una pareja, uno más lejos, otro más cerca pero una pareja, pero amigos, no necesitamos graznar, somos socios, no lo somos, las semanas que perdí, cuando estuve en el hospital, contándole las gaviotas, el montón de tardes que creí que

—Buenos días respetable público

en cuanto la llave en la puerta, qué idea la suya, decaer, qué idea la suya, el esófago, cuando el seguro le pregunté al médico

—¿El esófago?

no por miedo a enfermar, esto es sincero, para parecerme a usted, imagínese qué tontería, creo que me parezco, el perfil del rostro, las mejillas, mi madre

—Recuerdas mucho a tu padre

y de qué me sirve, es decir, sirve para que yo al espejo

—Hola padre

y usted no responde o dice conmigo

—Hola padre

qué desgracia, mi padrino tiene razón, soy un estúpido, mi esposa, a los postres, con los ojos llenos de repente de esas rayitas de las reglas que miden milímetros

—No daba un duro por ti y fíjate me he equivocado

casi con admiración, con, no nos entusiasmemos, de qué vale ahora lo que crees, la sospecha de que si yo tal cosa podías con todas las almas y aún te quedaría energía pero se ha acabado lo bueno, niña, vamos a quedarnos así y después estas canas me hacen más distinguido, no te parece, y después mi discreción me hace más misterioso, verdad, y después el aire distraído me hace

atractivo, confíesalo, responda

—Hola hijo

cuando yo al espejo

—Hola padre

y déjese ya de tonterías, señor, ya soy mayor pero si es necesario somos más gaviotas, podemos pasear juntos por la orilla del río sin hablar porque nos entendemos igual, mire mi madre tan estropeada y nosotros siempre todo bien, la próxima vez que me cruce con el señor soy yo quien le pregunta

—¿Todo bien señor?

y él con la boca abierta, pasmado, hasta que un

—Todo bien

humilde y mi esposa trabajando directamente conmigo, cabizbaja, feliz, no aseguro que con dentadura postiza pero ya con una muela u otra metidos a martillazos por el sádico que torturaba en la ventana, despedazando a desgraciados con una ternura feroz, usted y yo un equipo de patos silvestres, padre, el médico del seguro de vida a mí

—Su esófago está estupendo

y por lo tanto si mi esófago estupendo su esófago estupendo que esas minucias circulan por la sangre, no hay ingresos, hospitales, delgadez, no hay noches angustiosas esperando el amanecer, está el Tajo hasta Alcochete y docenas de tencas en los túneles de alcantarillado, que desprecian los pescadores, con peces sapo a los pies respirando horas, esas piedras raras que, si las pisamos, atacan, enfadados por morir como yo enfadado con usted si me pasara lo mismo, en la esquina se ve nuestra casa y a mi madre en la galería, sin fijarse en nosotros, la francesa a mí

—Qué hombre

como lo elogiaría a usted

—Qué esófago

y por lo tanto no se enfade, tranquilo, siga dirigiéndose al respetable público, doblando el índice y el corazón, encantado

—Tantas narices

deseando transformarse en una punta de pulgar de él, no de mi padrino, no de mi madre, no de los bomberos que lo llevaban y traían, de él, si por casualidad pasaba una chica a nuestro lado, señalándome

—En su lugar me esperaría diez años que pasan en un momento y saldría con mi hijo que yo ya estoy mayor

yo, coloradísimo, escondiéndome detrás de mi padre

—Padre

mi madre desde la galería

—No va a crecer nunca
y como ella no quiere bailar en la cocina bailamos los dos, desatinados, pisándonos, mi esposa
a mí

—Nunca supuse que tú
y ese fue tu mal, nunca supusiste que yo, y los ingleses, y los alemanes, y el wolframio, parecía
tímido no lo era, parecía cretino

—No prometo que dure
y no duró es verdad, mi madre me cantaba, de niño, una canción que me ponía del revés, llora
ahora Joselito llora que me marchó para no volver, te la canto hoy día, tú la oyes, con los demás
payasos, en el tenis del señor, tú la oyes, sin ningún otro payaso además de ti, con tus pulseras, tus
anillos, tus collares, tus pendientes, tú la oyes, porque todos los artistas son portugueses, en los
hoteles donde duermes con el señor, espera, me he acordado del principio, Joselito ya te he dicho
que no es bonito que me engañes y, después, lo que he cantado hace un momento, yo, pequeño

—Nunca la he desilusionado madre
excepto con la mermelada comida a escondidas, excepto que robaba nísperos del árbol del
vecino y sabían a polvo, mi esposa más cerca de mí en la cama y no de espaldas, de lado, con una
camisa transparente y yo que si tal cosa, me apetecía estirar el tenedor y cogerte pero quieto, mi
esposa enfrente, sin desmaquillarse, ahuecándose el pelo con la palma y yo no distraído pero
distráido, cogiendo el libro del cabecero para sostener cualquier cosa que me impidiese
sostenerte a ti, yo heroico, yo en la cocina, con el pretexto de un vaso de agua, desanimándome,
pensando en mi secretaria me desanimaba, pensando en la francesa más o menos porque, como
sabe todo el mundo, las francesas, con esa forma de hablar, esas maneras, cuesta aguantarse pero
nos mentalizamos y ya está, no fuimos a la India por capricho, no dimos la vuelta al mundo por
azar y, si me aguanté con la francesa, malo sería que no se aguante con el esófago, padre, qué tiene
un esófago que no tenga usted, cómo puede permitir que lo derrote, usted que, delante de una
chica, mi secretaria

—Mi niño
y yo
—Cállate
mi secretaria, convencida de que era suficiente para mí

—¿Qué tiene mi niño?
y yo, sin darle oportunidades, firme

—Se ha callado
usted, padre, que delante de una chica

—En su lugar me esperaría diez años que pasan en un momento y saldría con mi hijo que yo ya
estoy mayor

cosa que aún hoy, no vea más a mi familia, no puedo hacer y por lo tanto no haga caso al esófago que, comparado con eso, no vale un pimiento, entiende, no desaparezca en una camilla con bomberos y no vuelva con los bomberos, estrecho, chupado

—¿Para qué sirvo?

con el paquete de tabaco intacto en la chaqueta, que me parta un rayo si no voy a buscar cerillas y no abra la boca, se ha callado, que me parta un rayo si no voy a buscar cerillas al borde del fogón y no fumamos los dos aunque nos sepa mal, aunque nos revuelva el estómago, aunque mi madre, Joselito, ya te he dicho que no está bien que me engañes, escandalizada

—¿Quieren matarse con ese veneno?

nosotros dos haciendo círculos unos dentro de otros, quitándonos la nariz el uno al otro, saludando al respetable, me he atragantado, perdone, saludando al respetable público que consistía en mi madre que se apartaba, furiosa

—Después no digan que no los he avisado

y nos avisó, señora, nos avisaba siempre

—Estoy segura de que acabaréis encontrando un circo que os contrate

toda abrazada al pañuelo, al cabecero de la cama, como si el pañuelo resolviese los problemas

—Tu padre

y cuál padre, madre, cuál padre, el mío seguirá contando gaviotas durante un lustro, dos lustros, pasará conmigo por la orilla del embalse, mirará atrás hacia la chica que me espera diez años

¿Has visto ese queso chico?

y he visto ese queso, señor, pero no entiendo, de momento, qué significa un queso a pesar de la lección de mi padre

—Un queso es un queso del mismo modo que un chorizo es un chorizo y ya está

de manera que hoy, conociendo por fin los quesos, seguimos juntos en sentido contrario al del mar, con un saltito a cada diez pasos, faltan siete, faltan seis, crujiendo los talones el uno en el otro, sin esófagos, sin enfermedades, sin muertes, sin esposas, hasta ser puntitos, tan lejos de casa, que ni mi madre ni mi esposa nos distinguen porque nos marchamos para no volver.

Claro que esto no es Francia, evidentemente, ni siquiera Italia, ni siquiera España, a pesar de todo, venga, siempre tienen una clara de cerveza, es un sitio pequeño y pobre, una especie de Marruecos un poquito menos sucio, gente baja y oscura, fea, y aquí, desde el hotel, el casino pretencioso a la derecha y palmeras hasta las vías del tren, más allá de las vías del tren el mar, o sea terrazas con mendigos y palomas, si supiese que Portugal y la comida tan malos rechazaba la misión, los ingleses y los alemanes que insistiesen cuanto quisieran, me inquietaba, me necesitan ellos a mí más que yo a ellos, dónde encontrarían personal de apoyo, gente con experiencia, contactos, tardan meses en conseguir lo que yo hago en un instante, reclutar agentes, entrenarlos, meterlos en el terreno, mantener las fuentes cubiertas, seguir los cambios de código, si el tema es el wolframio se resuelve el wolframio con tal de que paguen y en cuanto paguen vuelvo a París, el marido de la amante del figurón que controla las minas, y ha jugado a dos bandas, ha conseguido llegar a Suiza, pájaros en las palmeras desde el casino hasta la playa pero no conozco esos pájaros y, por la noche, las olas y los trenes, a pesar de esa especie de tapones que me pongo en los oídos, no me dejan dormir, a lo mejor me ayudaba un hombre, descanso mejor después, pero ahora no hay tiempo, tardan más de lo que deben, presumen de artimañas infalibles en la ruleta, probé varias, qué coño, y perdí siempre, charlan para oírse, no para que los oiga yo, salen deprisa por la mañana, no hay uno solo que no sea infantil, agotador, turbulento, idiota, el dueño del wolframio, inclinado sobre los alemanes pero sin atreverse a decidirse

—Tenemos que sopesar las cosas madama

me invita al tenis en su casa, con muchos colaboradores reverentes y mujeres imbéciles, disfrazadas de payasos, y no hay manera de hablar en condiciones, quedamos para una tarde de estas, propone él, sin decir ningún día, simpático con los ingleses, simpático con los alemanes, dudando, una señora despeinada, con una bata de enferma, en una ventana alta, más allá del tenis un jardín con estatuas, una Venus así así que alza una concha en el centro de un estanque y un muñeco de mármol horrible, curvado hacia delante imitando un discóbolo, qué mal gusto el de los ricos en este país superfluo, pinos, a lo lejos dunas, lo que parece una sierra, no vivía aquí ni loca, un empleado de chaqueta blanca apartó a la señora de la ventana, ingenieros ingleses en la mina pero el wolframio retenido, el dueño a mí, mientras la secretaria lo limpiaba con la toalla

—Todavía no lo hemos decidido

cualquiera de mis joyas valía más que todas las joyas de las demás, cualquiera de mis

pendientes, de mis anillos, mi vestido, por ejemplo, yo, obstinada

—Los clientes tienen prisa

esto en francés, lógicamente, su lengua muy rara, me sorprende que se entiendan y sin embargo charlan, la Venus de la concha brazos larguísimo y la puntita de un seno rota, el dueño

—La mandé traer de Cerdeña

y no me cuesta creerlo porque Cerdeña una pendiente idéntica a esta, sólo que rocas y cabras en lugar de palmeras, los mismos campesinos con sombrero, las mismas viejas de luto, en cualquier punto de la tierra un difunto con un olivo encima, nos alejamos de Lisboa y solo hay muertos y ciegos, todos tambaleándose en dirección a una capilla en ruinas, ahí van cojeando con una bota en uno de los pies y trapos en la otra, gente que nos mira como los mochuelos en los troncos y no hablo de las cabras ni de los burros por respeto a los lectores, los alemanes y los ingleses, cuando les mencioné las reticencias del dueño

—Con dinero lo convence

y él viendo para qué lado caía la guerra, sin prisa, con la lentitud de un sembrador que calcula la lluvia, pesando cada nube, cada inclinación de una rama, la dirección en que volaban los cuervos, París, cómo lo echo de menos, un sitio tan fértil que produce hasta quioscos, el empleado de la chaqueta blanca cerró la ventana de arriba y la señora despeinada desapareció, si quedara una ventana que cerrase el tenis o la concha de la Venus lo agradecía, o entonces con una ventana que cerrase Portugal entero iría a Lourdes a pie, les dejaba el discóbolo para que se distrajesen, siempre he sido generosa, el agregado militar sueco, al que veo de vez en cuando, que lo diga, el bigote finito me trastorna la oreja y quien me trastorna la oreja me trastorna todo, hasta los dedos de los pies, que la mayor parte del tiempo ni nos acordamos de ellos y de repente existen, de tal forma presentes que me los imagino enormes, cuando estoy sola pequeñitos, redondos, en mi opinión sin utilidad porque no trepo nada de nada, como la guerra no caía para ningún lado el dueño del wolframio no se decidía y los ingleses y los alemanes, no me cuesta entenderlos, enfadados conmigo, si yo tuviera veinte años menos el problema facilísimo pero la edad, las arrugas, el muslo izquierdo al andar, tan primarios los portugueses, en apariencia paletos y ajenos a la cultura, mis clientes no solo enfadados conmigo, vigilándome el teléfono y los pasos, el agregado militar sueco encontrado de bruces en el Tajo, contra un pontón, con una docena de gaviotas encima graznando sin parar, todavía las oigo por la noche picoteando, una tarde, aquí en Estoril, las vi atacando a una paloma que volaba, gaviotas o albatros, gaviotas, los albatros más grandes, la paloma cayó en el charco de la bajamar como yo un día de estos, el comandante inglés que me entregaba los mensajes

—No sería malo que tuviera cuidado madama

inquieto conmigo, un fulano con el corazón abierto, esto en la terraza del hotel, bajo las jacarandas, la sospecha, no estoy segura, para qué imaginarlo, de que en las sillas cercanas el

consejero cultural alemán con un amigo de su policía, a quién sirve ça va, a quién miente, uno de mis asistentes entre rejas en Bélgica, un horror Bélgica, un día hablo de eso, otro, que iba detrás del wolframio, caído de una montaña en Los Alpes, tengo cincuenta y dos años, cincuenta y dos años tenía mi madre cuando murió, tengo, de una fiebre intestinal, no sé qué es una fiebre intestinal ni me atrevo a preguntarlo, hago todo lo posible por no pensar en enfermedades, me aterran los hospitales, tengo sesenta y seis años y ni un diente en la cabeza, me da miedo lo que pasa después y miedo de que no pase nada de nada después, no me quiero pudrir, no quiero ser huesos, quiero leer los periódicos, saber lo que pasa, no quiero mi ropa, con moho, en un baúl, no quiero transformarme en una fotografía cuando ya no sea nada, salí con un polaco que creía en Dios, es posible que un Dios viva en el vacío, quién asegura lo contrario, el polaco acabó en manos de los rusos y en qué cree hoy, que ni cenizas lo prolongan, solo un vientecillo entre abedules dorados, yo al comandante inglés

—Sesenta y seis años ¿calcula lo que es?

y si lo calcula cuéntemelo porque yo no lo calculo, o sea el número lo entiendo, no entiendo el sentido, cómo aclararlo, rostros a mi alrededor y yo incapaz de hablar, ojos incapaces de ver, oídos incapaces de escuchar, un cuerpo que existe y no existe, una pregunta dirigida a quién

—¿Todavía estoy viva?

una pregunta entre ellos

—¿Todavía está viva?

no entre ellos y yo, yo no valgo nada, yo no existo, yo un nombre cada vez menos nombre, el comandante inglés

—Vamos a hablar de cosas prácticas no me venga con historias

y yo pensando en el agregado militar sueco y cómo debe de impresionar besar a una mujer con dentadura postiza, un cambio en mi cara solo de pensarlo y el comandante inglés

—¿Algún problema?

no por pena de mí, extrañándome la expresión, seguro que se nota la dentadura moviéndose, conocen algo más horrible que una dentadura, díganmelo, las jacarandas se renuevan, yo, qué injusto, no, pedí que me cambiaran la edad en el pasaporte para consolarme un pelín y no lo hicieron, me cambiaron el nombre, los sellos, el pueblo donde nací pero no la edad, el comandante inglés

—Se vería enseguida que es falso

no solo soy vieja, también parezco vieja, la pintura no disimula nada, lo resalta, sesenta y seis años, Dios mío, en marzo sesenta y siete, no, en marzo sesenta y ocho, un hijo de cuarenta y cinco, palabra, ya gordo, sin pelo, quejándose de la columna

—Estoy torcido

y qué quieren que haga la madre del torcido, los alemanes

—Debía darle este tipo de tareas a alguien más joven
porque una mujer como yo no convence a nadie, seguro que el agregado militar sueco un trauma de infancia, echa de menos a su ama, qué sé yo, el dueño del wolframio

—Estos temas son complicados la señora es de otra generación no se hace una idea sin una mirada de piedad, sin rozarme el brazo

—La señora es de otra generación no se hace una idea
y yo enfadada primero y humilde después, de acuerdo, aceptándolo, reflexionando

—¿Si no me encargo de esto de qué vivo qué como?
cambiarme de apartamento, cambiarme de barrio, encontrar un gancho de una cancela o rellenar las grietas con periódicos, abrir el gas y tumbarme, esperando, no en bata, decente, hasta que llegue el sueño y si no llega el sueño, y si tumban la puerta, y si

—¿Qué es esto madama?
una enfermería donde personas que he creado rumiando estupideces, el comandante inglés y los alemanes delante de mí, a la hora de la visita

—¿Qué hacemos?
cambiar códigos, escondrijos dormidos, buzones, nos repartimos los agentes entre nosotros, dándome una pastilla y un vaso de agua

—Tome
el marido de la amante del dueño del wolframio, echando cuentas en un papel

—Todo bien señor
el marido de la amante del dueño del wolframio, echando cuentas en un papel

—¿Cuál es mi porcentaje?
claro que esto no es Francia, evidentemente, ni siquiera Italia, ni siquiera España que a pesar de todo, venga, siempre tienen una clara de cerveza, es un sitio pequeño y pobre, una especie de Marruecos un poquito menos sucio, gente baja y oscura, fea, la estatua de Venus, en el estanque, que acaba con mis nervios, el viento y la arena de las dunas refunfuñando en los pinos, lo que refunfuñaría yo si pudiese, palabra de honor, corriendo con estos perros por la playa persiguiendo gaviotas que no cojo nunca, solo mordiendo el aire, ruedan en círculo, las malvadas, riéndose de mí, quién no se ríe de mí, señores, aquella sesenta y seis años y fresca como si treinta, sosteniendo el interior de la boca con los labios para que los molares quepan en su sitio, he renunciado a ver París otra vez, me quedo en el hotel, con el casino pretencioso a la derecha, palmeras hasta las vías del tren y, más allá de las vías del tren, el mar, lo noto por la noche, cuando se callan los árboles, no lo oigo de día, la mujer de mi hijo lo dejó hace meses, me contó el motivo pero no la creí y, aunque sea verdad, no es un tema para hablarlo, creo yo, por mí no me he dado cuenta de nada, ni de adolescente ni de adulto, y por lo general soy objetiva juzgando, además nunca he amado lo suficiente como para que las pasiones me hicieran temblar, a quién he querido en este

mundo, a mi padre no lo conocí bien, a mi madre comparándome constantemente con ella para humillarme, me metía en ropas de niña, no me dejaba desarrollarme

—Ya tendrás tiempo para ser mujer

y no me daba tiempo, bajo ese aspecto la fiebre intestinal que se la llevó una bendición, la última vez que me acerqué al cabecero, más por curiosidad que otra cosa

—¿Cómo será el final?

ella un suspiro sin fuerza, regañándome, envidiándome, con ganas de pegarme

—¿Te has pintado?

y yo murmurando, para que mi padre no se diera cuenta

—Me he pintado con sus pinturas voy a bañarme en sus perfumes voy a usar sus cosas

y se marchó así, en mi opinión mi hijo solamente un inútil, y se marchó así, ojos en los ojos, vencida, si me permiten la expresión, y en el caso de que no me la permitan me la permito yo, se marchó aunque echando espuma, espero que me haya entendido hasta el final, mi padre a mí

—¿Te has fijado la fuerza con que ha agarrado la manta?

y yo, que me había fijado, respondiendo con descaro

—No

mirando sus dedos en reposo, aunque las facciones convulsas, y sintiéndome estúpida, mi hijo sobre todo un débil como mi padre un débil, no voy a perder tiempo con ninguno de los dos, a quién he querido de verdad es un asunto privado, ahí abajo, en la terraza, gorriónes disputándose las sobras de las mesas y las migas en el suelo y los empleados intentando barrerlos con las servilletas, los árboles del jardín del dueño del wolframio tan serenos por la noche, el agua de la piscina reflejada en los cristales del invernadero, centelleos, brillos, el comandante inglés

—Temo que su tiempo se agote

y yo, sin las palabras, no te preocupes que se agotó hace siglos, chaval, no me apetece insistir más pero sesenta y seis años, en octubre, al empezar los sofocos, el médico

—Vamos a hacernos unos análisis

y como no nos los hacíamos los dos, me los hacía yo sola, no fui, tengo la habitación del hotel pagada hasta la semana que viene y después me voy a los bancos de las palmeras, con el bolso en las rodillas, observando las mañanas, el marido de la amante del patrón a mí, colgando el teléfono

—Si los alemanes quieren comprarlo tengo el wolframio listo

el marido de la amante del patrón a la secretaria que no había abierto la boca

—Se ha callado

y yo divertida, lo aseguro, simpatizando con él, ahí está el hijo que usted no ha tenido, madre, capaz de imponer, capaz de, aún estoy por saber dónde duermen las gaviotas, tengo que encontrar rocas, entre las playas, en que me encuentren un día, descalza por las olas, sin adivinar de lo que eran capaces en vida los dedos de mis pies, la mujer del marido de la amante del patrón al marido

de la amante del patrón

—No pensaba que tú

con el pelo demasiado rubio y rulos demasiado grandes, hola madre, voy a confesarle un secreto, me da usted vergüenza, la mujer del marido de la amante del patrón

—No pensaba que tú

vergüenza de su culo, de sus escotes, de sus maneras, de la forma de pestañear cuando el primo de mi padre le cuchicheaba y usted demasiado tiempo con su mano en la de él

—Qué belleza

mientras los rasgos de mi padre se iban cayendo, cayendo, yo casi

—Papaíto

y muda porque los labios de mi padre, sin abrirse

—No lo digas

recuerdo todos los muebles, la lámpara de seis luces, una de ellas torcida, a mi padre

—Tu madre ya no está aquí la pobre

pero sí estaba, convéznase de que sí estaba, persiguiéndome, haciéndome daño, si yo a mi hijo

—Se me han quejado de que tú

seguro que mi madre triunfante, qué mal le hice, señora, aparte de ser más joven, más alta, más guapa, mi madre, enferma

—No quiero que me veas

y yo espiando desde el pasillo sin encender la luz, me acuerdo de un moscardón en la pantalla de la lamparilla de noche, de mi madre, cuando se la llevaron

—¿Al menos mi hija está lejos?

el marido de la amante del patrón a mí

—Tengo listo el wolframio y mejor venderlo ya antes de que se lo imaginen los ingleses los alemanes

—Confirmamos que el wolframio en la frontera que nos baje el precio

las pelotas de tenis a un lado y otro sobre la red y señoras con gafas oscuras y sombrero de ala ancha siguiéndolas, el comandante inglés

—A veces la admiro no me gustaría ser desagradable con usted un día

en el porche del hotel, lleno de insectos porque no estamos en Francia, ni siquiera en Italia, ni siquiera en España que a pesar de todo siempre tienen una clara de cerveza, estamos en un sitio pequeño y pobre, una especie de Marruecos un poquito menos sucio, gente baja y oscura, fea, el casino pretencioso a la derecha, palmeras hasta las vías de tren y, más allá de las vías de tren, el mar, o sea, terrazas de mendigos y perros, si me hubiera soñado que Portugal era así habría rechazado el trabajo, lo que me gusta dárme las de persona libre sobre todo cuando no me permiten rechazar nada de nada, no paso de un peón, entre docenas de peones, que no discute, obedece, no

protesta, cumple, no se revela, acepta, siempre es mejor que un asilo de la tercera edad o un cuartito en el desván, o amanecer en una roca alborotando a los peces, los alemanes a mí

—Sabemos que todo listo en Suiza

no de viva voz, claro, en los mensajes mientras las pelotas de tenis iban y venían sobre la red y no uno solo con el comandante inglés, dos agregados de la embajada que no perdían el tiempo conmigo, me saludaban de lejos, más un sujeto de buen humor, se decía que yugoslavo, con la protección de un negocio de telas, siempre cogiéndome la silla, educadísimo y que no me dejaría de, incluso a pesar de los sesenta y seis años hay glándulas, cómo decirlo con elegancia, que siguen funcionando, parece que no y de golpe y porrazo estamos vivas, una vez, charlando, su rodilla junto a la mía, es decir insistió una vez, insistió dos y, a la tercera, se quedó, pegado a mi muslo, empujando despacito, al servirme el té la rodilla más presente, más activa, al día siguiente me mandó flores al hotel con una tarjeta galante, el comandante inglés ninguna tarjeta, solo

—Temo que su tiempo se agote

y por poco, les puede parecer ridículo, casi besé la tarjeta, no la besé porque en la esquinita doblada la señal que significa aceptamos el precio, el comandante inglés, a través del empleado del ascensor, por el orden con que pulsaba los botones de los pisos

—Intente aplazar el negocio

cuando lo que me apetecía era estar bajo las jacarandas de la terraza, sintiendo la rodilla, con los dedos de los pies creciendo, me enorgullezco de, a los sesenta y seis años, ser capaz de reaccionar, mi voz más grave, los gestos más curvos, el yugoslavo un punto negro en la nariz, estupendo para apretarlo

—No se mueva

y montones de pelos y venas que no sospechaba, así vistos de cerca qué curiosos somos, palpitando de miedo

—Le he prometido que no le haría daño tranquilo

y quien me hacía daño era él, con la rodilla, hasta entonces cómoda, de repente aguda, extraordinario cómo el pánico transforma a las personas y mi muslo soportándolo, heroico, enseñando el resultado en la uña

—Qué grande ¿se ha fijado?

enternecida con el tamaño, el hueso se redondeó, aliviado, los pelos y las venas adiós, el yugoslavo cogió las gafas de la chaqueta para ver mejor el punto negro

—¿Tenía todo esto dentro?

yo, limpiándome la uña en la falda

—Ni nos imaginamos lo que tenemos dentro

cicatrices, granos, imperfecciones que solo saben valorar las mujeres, ganas de cogerle la papada con un ronroneo voluptuoso y en esto la injusticia de los sesenta y seis años cayendo sobre

mí, jurarle que cincuenta y dos, jurarle que cincuenta y uno, sentir la dentadura que se salía y cayéndose, una cigüeña picoteaba en lo alto de una chimenea, el comandante inglés

—No estamos satisfechos con usted

si se quedase esta noche un hombre en mi habitación una ilusión de bienestar, una paz de familia, la seguridad de que se va a abrir una puerta, es cuestión de tiempo, y un clima de felicidad doméstica, una ventana tranquila a la oscuridad, un cuerpo que empieza a moverse hacia mí, el reloj de muñeca en la mesilla y monedas y llaves, el olor, dulce y ácido al mismo tiempo, de los hombres, y yo cóncava, señores, yo cóncava, no la mujer que soy de pie, yo cóncava, ropa en una esquina de la colcha, ropa deslizándose de la colcha con una inercia lenta, manga tras manga, ropa en el suelo, un calcetín que se mantiene en el borde del asiento y no se cae, zapatos lejos, enfurruñados, y yo emocionada con los zapatos, yo encontrando un cuello, aumentando no la palma, aumentando entera, yo pidiendo como una niña

—Espacio

la otra palma omoplatos, costillas, un ombligo que se levanta sobre mí y baja, algo que busca algo

—No diga nada que me desconcentra

encontrando, perdiendo, yo ayudándola a encontrar y una voz indecisa

—¿Te gusta?

las palmeras serenas en la alameda, el toldo de la terraza rayas de día azules y amarillas y ahora negras y grises, el comandante inglés, bajito

—No crea que no me doy cuenta

el comandante inglés

—Aunque lo intente me doy cuenta ¿lo sabía?

porque esto no es Francia, ni siquiera Italia, ni siquiera España, en Italia conocí a uno, que a pesar de todo siempre tienen una clara de cerveza, conocí a un agrimensor que, de esto hace muchísimo tiempo, un agrimensor con el cual una semana en Capri, en una casita de pescadores y no me imaginaba que hubiese ovejas junto a las olas pero las hay, saltaban un murito y paseaban por la arena, recuerdo su color y los badajos oxidados, recuerdo el calor pero esto no es Italia, es un sitio pequeño y pobre, una especie de Marruecos un poquito menos sucio, gente baja y oscura, fea, los griegos también feos, los turcos feos, Turquía, que Dios la bendiga, no mejor que Marruecos, a la derecha del hotel el casino pretencioso y a la izquierda, más allá de las vías del tren, agua, Estoril, lo llaman ellos, Estoril, qué difícil pronunciar nombres extranjeros, Estoril casi absurdo, el yugoslavo haciéndome daño en la pierna que me adelgazó con el tiempo y se volvió más sensible, la piel pierde elasticidad, no, los músculos pierden sustancia, el yugoslavo girando hacia el lado

—¿Qué tal?

y, debido a la poca luz, no adivinaba si feliz o infeliz, adivinaba que molestias porque mi pecho sudado, la sábana, inclusive, sudada, a lo mejor las paredes del cuarto y los muebles también sudados, el italiano no moreno, rubio, quién puede creerlo un italiano rubio, no existe, no hay que ser un genio para entender que inglés o alemán, ya me estaban espiando, informándose, esto en cuanto empecé a colaborar con ellos y yo tan ingenua, para qué paños calientes, burra, y en cuanto a Capri peñascos, viudas, hasta la luz viuda, el yugoslavo insistiendo

—¿Qué tal?

y yo pensando

—Va a dejarme sola durmiendo en este pantano

y es momento de que mis vísceras empiecen a existir por mí, el hígado, el corazón y el intestino ya no órganos, piezas movidas a pilas que se averían, abandonan, qué insistirá en funcionar y me mantiene viva, el marido de la amante del dueño del wolframio, tras una orden a la secretaria de que no abriera el pico

—Se ha callado

el marido de la amante del dueño del wolframio

—Los suizos están esperando la autorización para mandárnoslo

y yo, casi sin oírlo

—Espere

yo ajena a él y a los alemanes y a los ingleses

—Espere

sin responder al comandante, sin responder a los de la embajada, siguiendo solo la pelota de tenis, distraída de las señoras con gafas oscuras y sombreros de ala ancha, rechazando la bandeja del empleado de la chaqueta blanca, viendo al jardinero regar los arriates y el viento haciendo y deshaciendo dunas después del pinar allí al fondo, yo dejando el hotel, sin equipaje, ni guantes, hasta sin bolso, no con sesenta y seis años, mucho más matusalén, es decir una edad de la que no tengo ni idea ni me preocupa pero es la mía en este momento, en dirección al sol, higueras silvestres, cardos y una o dos aldeas en la base de una sierra porque esto no es Francia, ni siquiera Italia, ni siquiera España, es un sitio pequeño y pobre aunque las ovejas no salten muritos tintineando los badajos en la playa, yo en la carretera donde una camioneta contra cuyos cristales se despedazaban gaviotas, yo siguiendo andando a pesar del yugoslavo

—¿Qué tal?

a lo mejor por haber visto a los dos hombres detrás de mí, por haber visto al comandante, aunque difíciles de distinguir con los remolinos de niebla, y la espuma, y las nubes de octubre y un vagabundo, con mochila, paseando por allí, la impresión de que mi hijo

—Madre

sentado en la cama y no lo veían en la oscuridad, tanteaba sombras hasta encontrarlo y, al

encontrarlo, se quedó mudo, mi hijo ya no

—Madre

supongo que mirándome como supongo que yo mirándolo, en Francia, en una avenida con castaños, y tiendas como debe ser, gente en serio, y buen gusto, yo delante del tonto de mi hijo, sin besarnos, besarnos para qué, hasta el momento en que me empujaron contra el suelo, un tiro y yo a gatas, yo de cara, afortunadamente sin maquillaje, en la tierra, yo sin anillos, ni pendientes, ni pulseras, mi voz

—Tengo cincuenta y dos años soy joven

no sesenta y seis, qué horror, cincuenta y dos y tanto tiempo delante de mí, yo no mal, yo no herida, yo no desapareciendo de mí, yo, mezclada con las ovejas, en dirección a la playa, tanto calor, tanta luz, y los brazos de un hombre impidiéndome caer, cogiéndome en brazos y llevándome con él.

Cuántas veces, si estamos juntos en casa, me pregunto por qué motivo dejamos de hablarnos, nos cruzamos en el pasillo como extraños, sin mirarnos a la cara, evitando los ojos por miedo a que los ojos enseñen el qué, qué pueden enseñar, ni los míos en el espejo los entiendo, están allí y ya está, ayer, nunca me había pasado antes, vi una bandada de mirlos, una docena, más, veinte o treinta, en lo alto de un árbol pequeño, sin hojas, completamente quietos, y me quedé observándolos un rato, no sé por qué me acuerdo de esto pero aquí queda, no lo quito, si me acuerdo es por algún motivo, puede ser que algún día lo encuentre, veinte o treinta mirlos y todos solos, girados en la misma dirección y solos, sin hablarse como nosotros nos hemos dejado de hablar, nos cruzamos en el pasillo de lado, contra la pared, para no rozarnos, a la mesa cada cual se sirve solo, si uno se atraganta el otro no preocupado, impaciente, nuestros hijos juegan con coches en el mantel, les lleno el gaznate para que el sonido de los motores me destroce menos los nervios gracias a los espaguetis y, al menos con la boca llena, el ruido disminuye, como mi esposa no prohíbe los coches no me atrevo a prohibirlos aunque me fastidie la mesa rayada, si menciono los mirlos, en medio del pescado, ella ningún comentario, como mucho

—Pájaros no faltan

mientras retira las espinas de los hijos, las mías que me encargue yo, mirlos completamente inmóviles, qué raro, a mi madre le gustaba la cabeza del besugo, éramos pobres, una parte del suelo de linóleo, la otra de azulejo barato, transformaba la ropa de mi padre en las cosas que yo me ponía, ordenaba

—Date la vuelta

e intentaba ajustármela mejor pero incluso así los abrigos demasiado grandes y los fondos de los pantalones bailando, mi padrino, sobre la barandilla de las manos, con una risa más seria que cuando no se reía

—Lo que ganarías en el circo

yo con la nariz roja y zapatos enormes en el tenis del señor, preparado para tocar el saxofón en los descansos de los partidos mientras mi padre, ya difunto

—Todos los artistas son portugueses

sin que nadie se fijase en mí, ocupados haciéndole reverencias al duque inglés que había sido rey e iba a ser rey de nuevo cuando los alemanes ganasen la guerra, las señoras con gafas oscuras y sombrero de ala ancha

—Alteza

y su esposa perritos, tres o cuatro, a los que el empleado de la chaqueta blanca les daba bombones, el duque ganaba porque los demás fallaban como con el señor

—Es imposible derrotar a Su Alteza

lo de los mirlos es verdad, que me quede ciego, tan quietos, Dios mío, tan poco pájaros, el duque invencible y la casa siempre aumentando, más pisos, más escaleras, la hija del señor hijos que no respondían si los saludaba, aunque vestida como las demás mi esposa no se parecía a ellas, le faltaba algo indefinible, el modo de andar, un movimiento de cabeza, un gesto, se notaba que el empleado de la chaqueta blanca no la respetaba tanto, la consideraba, puede ser que me equivoque, no soy muy inteligente para ciertos asuntos, mi padre tampoco lo era, de igual a igual, o no exactamente eso, una pizca de desdén, un payaso, se daba cuenta de que él se daba cuenta, igual que las compañeras y sin embargo menos fina, cuántas veces, si estamos juntos en casa, me pregunto por qué motivo dejamos de hablarnos, el señor cada vez menos

—¿Todo bien?

dándole la toalla a una actriz, no a mi esposa, era yo quien

—Todo bien señor

incluso sin preguntarme y no me oía, me oía una señora francesa que se pasaba el tiempo charlando con caballeros en un hotel de Estoril, las palmeras aún no tenían la altura de ahora, una criatura ya entrada en años, cincuenta y dos, aseguraba ella, pero sesenta y seis como mínimo, que desapareció en Guincho, la cantidad de gente que se traga la arena de las dunas sobre todo desde que los ingleses y los alemanes aquí, hay noches en que, durmiendo, siento el cuerpo de mi esposa contra el mío, unas veces el hombro, otras el pecho, otras la mano que me busca entre los botones del pijama y casi me arrimo, casi la abrazo, casi consiento, un tobillo del que me libero con dificultad y, al liberarme, su voz

—Peor para ti

entre sueños veo la claridad de la ventana que ondula o el ángulo del techo que la farola de la plazuela vuelve más claro, la sospecha de que ella planeando su venganza en un silencio disgustado, con el pelo rubio, ya oscuro en las raíces, recogido en un moño, cuando la conocí castaño y mi esposa delgada, hoy la vergüenza de ser gorda

—Tengo barriga ¿verdad?

pellizcándose la cintura

—Mira el michelín

a ciertas horas la pillaba en la despensa, alrededor de las galletas

—Solo estaba mirando

con el bote de la mermelada abierto y una cucharilla meditando

—¿La pruebo no la pruebo?

volvía a la cama y estrías, juraba ella

—¿No son estrías esto?

me pedía que le pasara el dedo, para sentirlas

—¿No te impresiona?

de modo que cremas en la farmacia pero las estrías seguían, tal vez el señor, sin gafas, no se fijase en ellas, mi suegra, aún más gorda, explicando, resignada

—Es de familia

y después palpitaciones, cansancio, las sillas mermaban cuando se sentaba, mi suegro, que se hacía gracia a sí mismo

—La compré así

y yo dudando de si debía sonreír o quedarme serio, la frente arrugada de mi suegra, comprobando si yo divertido, me obligaba a la seriedad, mi suegra a él, feroz

—Con tanta gracia te vas a mear

deseando que se mease, mi suegro intentando borrar la frase

—Ha sido una broma sin maldad

temiendo momentos de enfado

—Ese medicas ahí

y de verdad medicas

—Ese mosquito

y de verdad mosquito, mi suegra ganas de aplastarlo con una mano, en cuanto mi esposa me comunicó la muerte de su padre me salió sin querer

—¿Lo ha aplastado tu madre con la mano?

y mi esposa saltó rápidamente de un capullo de lágrimas, con el puño en lo alto, desgraciadamente para ella se habían acabado los viajes con el señor que se fijaría en las estrías

—Te voy a quitar eso

del mismo modo que le aumentó los labios, le retocó la nariz y le transformó los párpados, la señora francesa, con quien me encontraba debido al wolframio, oculta tras el abanico

—¿No le parece que es tarde para mí?

yo

—Es tarde para ambos madama

y sus rasgos bajando un trozo, al desilusionar a una mujer los rasgos bajan siempre, después de aplastar al marido mi suegra siguió siglos, perdonen la interrupción pero me han venido a la cabeza los mirlos de ayer, si arrimase una escalera al árbol y fuese a cogerlos ni se moverían, ahí voy con mi padre, a lo largo del río, dando con los talones porque, aunque nadie, él

—Saluda al respetable público

si saludase al señor de esa forma el señor enseguida

—¿Está tonto o lo parece?

y la respuesta son las dos cosas, señor, estoy tonto y lo parezco, lo que daría por volver al principio, mi secretaria

—Mi niño

y encogiéndose enseguida con miedo al

—Se ha callado

cada vez más parecida a mi esposa de antes, le pagué la boca, la nariz, los párpados, no pagué las estrías porque no las tenía, tenía una variz en una pierna que le quitó el cirujano, los únicos detalles que necesitaban arreglo, extraños, los mirlos, eran el color del pelo y los modales, en cuanto al

—Mi niño

solo me importa a mí pero empieza a no desagradarme, sobre todo en los momentos más íntimos

—Soy tu zorra mi niño soy tu perra

y lo es

—¿Quieres que te pegue?

—Sí

—Di que quieres que tu dueño te pegue

—Quiero que mi dueño me pegue

—Dilo otra vez

—Quiero que mi dueño me pegue

—Di que quieres que tu dueño te pegue con más fuerza

—Quiero que mi dueño me pegue con más fuerza

permití que sus padres la visitasen, permití que los ayudase porque las pensiones pequeñas, cuando luego se levantan, agradecidos, modestos

—Ingeniero

esperando que les diga que se sienten y, aunque les diga que se sienten, se quedan de pie, sin tocar nada, radiantes por la vida de su hija

—Quiero que mi dueño mi niño me pegue con más fuerza

que hasta que yo aparecí les daba el sueldo y dormía en un colchón que, por la mañana, enrollaba junto al cesto del gato, ella que se merecía encontrar a un sujeto honesto, ser feliz, y encontró a un sujeto honesto y es feliz, si el ingeniero se separa de su esposa, con tantos divorcios como hay por ahí hoy día, es posible que se casen, y promesas, y oraciones, la madre, al despedirse, intentando besarme la mano, mi esposa

—Estás de muy buen humor

ella, que no hablaba conmigo, cogiéndome de repente en el pasillo

—Estás de muy buen humor

y yo no me doy cuenta pero a lo mejor es verdad, no lo sé, ganas de responder

—¿No has engordado dos o tres kilos?

para que galopase hasta la balanza, con pánico, para pesarse con zapatos, para pesarse descalza, para pedirle, en la agonía, al hijo más cercano, que se asomase a la ventanita de los números

—¿Cuánto marca eso?

torciendo las muñecas insistiendo

—Compruébalo mejor

y yo cargando con el pie atrás, sin que ella se diera cuenta, yo a la empleada de la limpieza del despacho

—Quiero que le haga compañía al padre de mi secretaria para levantarle la moral al viejo el viejo a tope de moral y la esposa del viejo sin moral ninguna, insultándolo

—Bandido

mi secretaria a mí

—El muy atrevido me ha pedido dinero para comprarse un traje nuevo y me ha preguntado qué perfume usas

todo por culpa de la empleada de la limpieza

—Siempre es mejor que ir a un banco del jardín a contar palomas

de modo que de vez en cuando lo ayudo a entusiasmar a la empleada con regalitos mimosos, bibelots, pañitos, un cordón para el cuello, la señora francesa

—Supongo que los ingleses no me dejan salir

y yo callado mirándola, ya la veo en Guincho desapareciendo en la arena, la señora francesa a mí

—¿Cuándo vendrán a buscarme?

palmeras hasta el mar y después los trenes, las luces del casino parpadeando, yo a la señora francesa

—Mañana pasado esta semana seguro

la señora francesa

—Y no puede salvarme ¿verdad?

mi esposa midiendo a mi secretaria en el tenis, hay veces que me asusta el hecho de que la vida no tenga sentido, después tranquilidad, después me acostumbro, si visito a mi madre grúas más modernas que cuando yo niño, buques búlgaros, polacos, argentinos, no es mi padre quien apunta gaviotas en un cuaderno, es un sujeto pelirrojo al que no puedo llamar padre y al que intento no ver, mi secretaria

—Júrame que no me vas a dejar

y yo, que creía que sería por el dinero, casi convencido de que el dinero indiferente, si los

alemanes ganan la guerra los ministros del que manda en Portugal siguen con nosotros en el tenis y el que manda en Portugal satisfecho, el señor lo visitaba los domingos

—Presidente

lo vi una vez entre dos puertas, con los pies en una escalfeta y una manta en las rodillas, asintiendo y oyendo, recuerdo una voz débil

—Desde que los comunistas

y las puertas, cerradas, impidiendo lo demás, no recuerdo la cara, no recuerdo los gestos, a lo mejor no había cara ni gestos, solamente una sombra vaga en la pared, me da la idea que compartimentos sombríos, cuadernos en una mesa, una criatura al señor

—El presidente ha estado constipado

y un pañuelo escondiéndose en el bolsillo de la chaqueta, con un estornudo pálido dentro, cuando la señora francesa salió del hotel sabía que la seguían, cuando llegó a Cascais sabía que la seguían, cuando cogió la carretera de Guincho sabía que la seguían del mismo modo que sabía que la encontrarían allí y se acercarían allí, del mismo modo que el señor sabía que la hija del señor hija de otro y, sin embargo, exigiendo que su hija, el empleado de la chaqueta blanca a ella

—Niña

pero el nombre

—Niña

reverente, el señor ya no le daba la toalla a mi esposa en el tenis, se la daba a la hijastra de un primo y el marido de la hijastra del primo, que dirigía las inversiones en uno de los bancos, aceptándolo callado, mi esposa, a quien las demás señoras no hacían caso, sin mirar la balanza porque más gorda, las rodillas espesas, los anillos apretados en los dedos y ningún trabajo, ninguna reunión, ningún viaje, domingos enteros en casa, la sentía mirarme al borde de las palabras, la impresión de que lloraba a escondidas, no lo aseguro, si mi padre estuviese allí

—No quiero tristezas alegría alegría

incluso después del esófago, antes de faltarle la voz

—Ya estoy bien alegría

aunque el miedo en sus gestos

—Alegría

mi madre, en mi oído

—El pobre

inclinándose sobre él

—Un día de estos cuando estés más fuerte bailamos

yo luchando con lo que me agarraba la garganta

—Después de dar un paseo hasta el final del Tajo

golpeando con los talones, mi esposa aumentando de tamaño, con unas raíces del pelo castañas

y otras grisáceas, el barniz de las uñas partido, saliéndole papada, la papada a nadie

—El muy golfo

no

—Soy tu zorra soy tu perra

la papada

—El muy golfo

penando de mecanógrafa en una oficina secundaria, de pie ante el disgusto del jefe sentado

—Tantos errores

el jefe entreteniéndose en ella

—¿Para qué sirve usted?

el subjefe corrigiéndole los párrafos

—Era más fácil ser puta ¿verdad?

y alegría, alegría, que todos los artistas son portugueses, al otro lado del balcón abierto dos perdigueros olisqueándose en un callejón, con vallas oblicuas y un garaje abandonado en que furgonetas sin ruedas, era más fácil ser puta, sí señor, más fácil ser payaso, mi madre a mí

—Casi nunca me buscas

no dormía en la cama, dormía en una silla

—Sin tu padre no puedo

no lamentándose, solo aclarándolo

—Sin tu padre no puedo

con la ropa de luto no negra, gris, la casa, qué sé yo por qué, aunque los mismos trastos y el mismo desorden, alterada, me parece raro haber sido pequeño, no cree, la recuerdo apartando la cortina con dos dedos

—Mira cómo llueve

finitos, sin arrugas, el cuerpo estrecho, palabra, más alta que yo a pesar de su asombro

—Estás casi como yo chaval

sin que yo creyera que un día de su tamaño y mire, lo he conseguido, usted ahora bajita, tan incomprendible, verdad, en la habitación donde yo dormía, mi esposa

—Canallas

retorciendo, recuerdo la sirena de los bomberos, por la noche, cuando ardió el taller del carpintero, retorciendo unos clips, ojalá me haga daño, ojalá me haga daño, con ganas de morirme, ganas, por lo menos, de sangre en el pulgar, una gota que pudiera lamer y lamerse al lamerla, hay animales que se comen sus propios cadáveres, por ejemplo las hienas, por ejemplo los buitres, poco antes de que muriera llamé

—Padre

a mi padre y mi padre sin tiempo para, ocupado como estaba intentando que yo no huérfano,

exceptuando a mi madre y a mi padrino nadie más con nosotros, los muebles, sí, pero qué compañía dan los muebles que no se enfadan con nosotros, siempre la misma conversación

—Nos han comprado para ser útiles no para emocionarnos ¿no?

y, aunque contrariados, tenemos que darles la razón, la hija del señor corría de un lado a otro detrás de las pelotas de tenis, el empleado de la chaqueta blanca

—No se canse niña

mientras la esposa del señor los espiaba desde la ventana de arriba, después de irse las visitas aunque una enfermera la paseaba por el jardín, un payaso más curvado que los demás payasos al que era necesario conducir por los arriates, la impedían acercarse al estanque de la Venus, se la llevaban de nuevo, el señor en el despacho, no a mí, a sí mismo

—Tiene que penar por lo que me ha hecho hasta el fin de sus días

como penaría mi esposa hasta el fin de sus días, mi esposa a mí

—¿Y si volviésemos a empezar?

ella que durante años no me habló, me ignoraba, me evitaba, de repente sin avisar

—¿Y si volviésemos a empezar?

no pidiendo porque nunca

—No prometo que dure

pidió nada de nada, aumentando en el salón, del mismo modo que ya no un payaso, sin pintura, sin pendientes, sin anillos ni perfume, rascándose el tobillo de la zapatilla con el tobillo descalzo, cuando te conocí, en la confitería de tu tío, me pareciste muy guapa, me excitaba tu gesto de quitarte el pelo de la cara, me excitaba tu forma de andar, me excitaba la pulsera de latón, también me excitaba que tuvieras diecisiete o dieciocho años, me dabas el cambio sin tocarme la palma de forma que cerraba la mano sobre las monedas, no sobre un trocito tuyo, me imaginaba, lo juro, estoy escribiendo un libro malísimo, me imaginaba, por favor créelo, que tu piel permanecía en la piel del dinero y por lo tanto, no me desees mal, acariciaba las rodajas sin guardarlas en el bolso, pensé que te indignarías y te quejarías a tu tío pero ni te fijabas en mí, qué importancia tenía yo, tengo yo, observaba al bies, pensando que no te dabas cuenta hasta escuchar tu extrañeza un metro o dos más adelante

—¿Ese nunca me ha visto?

y realmente nunca te ha visto, ese, te descubría ahora, guardaba el cambio en una cajita para contemplarlo en secreto, mi madre

—¿Con qué andas tan entretenido?

y, al ver las monedas

—Si estuviese aquí tu padre pediría limosna contigo debería haberos metido a ambos en el circo

y acertó, señora, era lo que debería haber hecho, ponernos a ambos en el circo donde, si no

fuese por el esófago, seguiríamos hoy, al cerrar la confitería ya estaba yo en la calle esperándote, no para pedirte nada, no para hablar contigo, solo para verte, sin la toca ni la bata, una chaqueta azul, no demasiado nueva, a la que le faltaba el segundo botón, en mil años que viva no se me olvida el trozo de hilo en lugar del botón y, para mi sorpresa, cada diez pasos un salto como los nuestros, dando con los talones, mientras tu pelo una vida independiente de la tuya, me gustaba que tu pelo no tuviese que ver con lo demás, hay gente con mandíbulas solitarias, gente con cejas sin relación con la cara, gente hecha con mil materiales diferentes, mientras tu pelo, decía yo, con una vida independiente de la tuya, te bailaba en la nuca, al verme dejó de bailar

—No me deja

pareciéndome ridículo, pareciéndome imbécil, pareciéndome que no entendías el qué ni te importaba, a lo mejor tonto y era tonto, soy tonto, nací tonto y no me cuesta ser tonto, heredé la tontería no de mil abuelos diferentes como tu pelo, de mi padre solo, te seguí hasta casa, esperé a que encendieses la luz para encontrar el piso, te escribí una primera carta, una segunda carta trabajada, larga, llena de zalamerías en papel caro, es decir, no muy caro, en fin caro para mi sueldo que no me ofrecían fortunas por descargas en un almacén y chapuzas de entregas, cartas solo con el piso en el sobre porque no sabía tu nombre, se lo oí por casualidad a un cliente

—Ariana

y me gustó Ariana, no un nombre de adolescente, un nombre de mujer pidiendo una alianza, como poco dos hijos y un marido serio, en lugar de un payaso de veinte años, este es un libro sobre payasos como yo, tartamudeando porque las vocales se doblan las unas en las otras y su dirección, cada una por su lado, es un problema, al cabo de un mes, conmigo bajo un portal porque llovía, esas lluvias de Lisboa que empañan las farolas y llenan el espacio de rayas oblicuas, cuántas noches, en el salón, me quedo viéndolas horas y horas sin pensar porque en general no pienso, siento cosas que no menciono y eso es todo, mi madre

—Quien no te conozca se creará que eres bobo

y tiene razón para creerlo, no soy un genio, voy viviendo, verdad, hojeo mis recuerdos porque nací con un álbum en la cabeza, retratos, postales, estampas sin valor para los demás, nadie me va a querer robar un león de terciopelo solo con tres patas de cuando yo cinco años o mi fotografía con él bajo el brazo, se llamaba Rajá, no Rajá el segundo, el primero no me viene el nombre, si me viene lo digo, mi padrino asomado en el alféizar de sí mismo

—Lo que necesita Portugal es un militar con mano firme

yo esperándote, bajo un toldo que no remediaba gran cosa porque demasiado corto para la lluvia y después un agujero en el centro que goteaba, goteaba, tú un paraguas blanco, con una de las varillas torcida, evitando los charcos y las ruedas de los automóviles, fijándote en mí, Pirata, el primer león Pirata, estas cosas tardan pero vienen, le faltaba la cola, le faltaba un ojo pero aguantando firme, tú fijándote en mí

—Eres cabezón

intentando entenderlo, renunciando a entenderlo

—Renuncio a entenderlo ¿vale?

cogiéndome por el codo para que no me mojara tanto la cabeza, se empieza por un constipado, después la gripe, después la neumonía cada vez mayor, después un desfile embarrado por el cementerio, después un no

—Casi no lo conozco

después un probablemente lento

—Voy a pensármelo

después un sí cauteloso

—No prometo que dure

y, a pesar de todo, dura desde entonces, mi vida ha mejorado, nos casamos, empecé a trabajar para el señor en una compañía pequeña, empezaste a trabajar como mecanógrafa en la sucursal de la compañía pequeña, si me preguntasen si prefería a Pirata o a Rajá no respondería para no ofender a nadie, vale, respondo, a Rajá, y de ahí no sé, hasta aquí, una tarde el señor se cruzó con nosotros a la salida, todavía tu pelo con vida propia, no rubio, el señor a mí, apretándote la mano sin soltarla

—¿Es su esposa?

y entonces, poco a poco, el pelo rubio, el perfume, los anillos, los collares, los fines de semana, los viajes, el señor, cada vez más cordial conmigo

—¿Todo bien?

el señor a ti

—Necesito a una persona de confianza a mi lado

y mi hijo pequeño, y tu cuerpo escapándoseme, y el silencio entre nosotros, y mis ascensos, y los sábados de tenis, y tu ropa oliendo a su loción, y un negral en un brazo, y un negral en la espalda, y miradas de soslayo, gestitos, sonrisas, los amigos del señor

—Tiene una colaboradora y ya está

y después la grasa, una secretaria más joven, las invitaciones al tenis escaseando, las invitaciones al tenis canceladas, el

—¿Todo bien?

desapareciendo porque dejó de preocuparse por mi salud, de fijarse en mí, de verme, mi esposa domingos y domingos en la galería

—El canalla

y yo con pena de ti, cogiéndote la mano aunque ninguna moneda cayéndome en la palma, todavía tengo la cajita, todavía la abro, todavía miro dentro, todavía la traigo al salón y tú

—No puedo creerlo

tú

—No es posible

mientras tu pelo vive solo, no rubio, no grisáceo, no blanco, castaño, mientras te doy monedas,
pongo mi mano sobre la tuya, con la palma hacia arriba

—¿No me da la vuelta?

y una chica con bata y toca, sin sonreírme, pero me las va entregando una a una, despacio, con
el cuidado de quien da de comer a un pájaro.

Mi marido mandó poner una silla en mi habitación, en lo alto de la casa, desde donde veo hasta los halcones de la sierra y el mar detrás, otro mar más allá de Guincho, reflejado en los árboles, para visitarme de vez en cuando, siento sus pasos en el pasillo, más lentos que los de los criados, el empleado de la chaqueta blanca abre la cerradura, vuelve a cerrarla cuando él se sienta, sin mirarme, y se queda callado, a veces tan cerca de las palabras que las entiendo sin que las diga, a cada rato mi marido

—Tú

la semana pasada una frase completa

—Nunca saldrás de aquí

después el silencio, con una especie de enfado dentro, no solo enfado, otras cosas, pero una especie de enfado dentro, los halcones no se acercan a las dunas por miedo al viento, siempre queriendo enterrarlos, buscan bichos pequeños en las piedras, codornices, salamandras, en un remolino de prisas, con más plumas que picos y, al subir, se los come una nube, por qué razón viene aquí mi marido, qué pretende de mí que ya no soy ni un payaso, una criatura en bata con una bandeja de comida fría en un rincón y los cal, no sé qué siento cuando mi marido cerca pero creo que no enfado, solamente las otras cosas, mantes del médico en una mesita, recuerdo las pastillas que tomaba mi abuela y al pasar por el cordón que llevaba al cuello un saltito, durante el saltito las pupilas de mi abuela fijas, sin ver

—Cuando tengas mi edad

ocupada tirando de la mantilla con gestos torcidos de dedos torcidos, difíciles, por favor no me toque que me impresiona, siga moviendo la boca sin nada dentro, hirviendo, el sombrerito con velo hasta en casa, mi madre enseñándome el retrato

—Era guapa

y en mi opinión no lo era, era un retaco, mi madre

—En aquellos tiempos no se llevaban las delgadeces

y mi abuelo con los ojos como platos, en polainas, listo para comerse de un golpe la máquina del fotógrafo, a ese lo conocí después de la parálisis, vendía barcos de recreo y después la mitad de la cara difunta y la otra mitad resbalándose de la primera, de vez en cuando una de las mitades, no recuerdo cuál, una lágrima que secaba mi madre con la manga

—Anímese

y el brazo, que oscilaba en el chaleco, quieto por un instante, creo que mis abuelos no se reconocían el uno al otro, juntos en el sofá, tontitos, mi padre apostando con el hermano

—¿Cuál de los dos se muere primero?

y se murió mi padre, es decir dejó caer el puro y se quedó tal cual, mi madre riñéndole

—Un agujero de quemado en una alfombra carísima

mi padre cayendo a su vez encima del agujero, no poco a poco, de una vez, entero, lo que mejor recuerdo es un trozo de piernas entre el calcetín y el pantalón, aún hoy, palabra de honor, me repugna un trozo de pierna de hombre al aire, aquella nota de mal gusto, aquel espacio fatal, el agujero, aunque zurcido, se notaba y cuál de los dos pecados se perdona menos, durante el funeral mi tío a mí

—¿Tu padre nos hizo aquello por distracción o por venganza?

él que murió en brazos de la cocinera que no podía apañarse con tanto miembro, por cada uno del que se libraba se le venían dos encima, apartó todo a un lado, siempre esperando que volviesen un codo o una muñeca, incluso oxidado en la caja con una vuelta de llave, todavía intentó revolverse porque se escuchaban porrazos en la caoba, al despedir a la cocinera se serenó por fin, la mujer de mi tío, entre el ultraje y la soledad

—Nunca ha existido nadie tan cabezota

con esperanzas en una criatura que tenía mano para el gazpacho, mi marido mandó poner una silla en la habitación, en lo alto de la casa, cuando la mandó construir para mí al lado de las criadas, desde donde veo hasta los halcones de la sierra, planeando sobre los pinos formando círculos, y el mar detrás, otro mar más allá de Guincho, reflejado en los árboles que se vuelven no solo verdes, también azules, un mar menos cruel que este porque el viento lo olvidó, para visitarme no mirándome, se queda allí observándome se cree que no lo veo y en cuanto deja de observarme se entiende que voy a girar la cabeza, desilusionado consigo mismo por estar conmigo y, sin embargo, quedándose casi hasta la noche, antes de que el jardinero encienda las luces abajo y la Venus crezca en las tinieblas del estanque, las flores se alteran en los arriates, el tenis donde estuve tantas veces, con gafas oscuras y sombrero de ala ancha, desaparece, aunque el eco de las pelotas prosiga en la pista desierta y la idea de mi hija corriendo de un lado a otro de la red, la luna se divide en docenas de fragmentos en los cristales del invernadero, no volví a bajar a los pasillos, a los salones, no recibo a nadie, no hablan conmigo, mi marido

—Nunca saldrás de aquí

ahora sí, mirándome, ahora sí, enfadado y, sin embargo, además del enfado otras cosas, a veces su cara cambiada, una pregunta que supone que no oigo y la oigo

—¿Por qué?

y, mezclada con otras cosas, pena, él y el dueño de los bancos, de las compañías, de las empresas, de las fábricas, él el dueño de todo y yo un payaso entre tantos payasos, docenas de

payasos a su alrededor en las cenas, en el despacho, en casa, al llamar a alguien no soy yo quien aparece, al buscar a alguien no me encuentra a mí, mi hija a él

—Padre

y siempre que mi hija

—Padre

quién es el yo que responde, siempre que

—Su hija igualita a usted

quién es el él que responde al responder

—Mi hija igualita que yo

no serio, sonriendo

—Igualita que yo

y cuánto le costará el

—Igualita que yo

cuánta dificultad al decirlo, y ahí, ignoro por qué, juro que igualita que él, es imposible, no tiene sentido y sin embargo igualita que él, a fuerza de desear que mi hija se pareciese a él se fue pareciendo a él, el modo de hablar, la distancia, la indiferencia hacia mí, se fue pareciendo a él de forma que no es mi hija, es su hija y su hija

—Padre

yo sorprendida de que

—Padre

luchando contra el ímpetu de decirle

—Ese no es tu padre

con miedo de él y de mí, sabiendo que mi hija lo sabe si yo no se lo cuento y dejará de saberlo si yo

—Ese no es tu padre

mi hija para quien él los bancos, las compañías, las empresas, las fábricas, por quien él le acepta al marido a pesar de despreciarlo y le aceptará los hijos también despreciándolos, sabiendo de antemano que destruyéndose los unos a los otros destruirán lo que él ha hecho, mi marido ampliando la casa para la hija, enriqueciéndose aún más para la hija, intentando impedir que se volviera un payaso, que sea la zorra de alguien, la perra de alguien, la puta de alguien y seguro de que la hija

—Soy tu zorra soy tu perra soy tu puta

al marido, a los amantes porque tendrá amantes, al marido de nuevo, mi marido

—Mi hija que tuvo la mala suerte de nacer de ti

la hija que, en su cabeza, nació solo de él, solo de su carne, solo de su sangre aunque él no carne ni sangre ni capaz de reproducirse, mi marido incapaz de ser, solo capaz de ganar dinero y

de aplastar a quien le impida ganar dinero, mi marido

—Tú

porque tú no yo, tú el opuesto de yo, el reverso de yo, tú el que jamás seré yo, mi marido

—Tú

a mí y

—Yo

a mi hija porque, para él, mi hija

—Yo

para él mi hija él y sin embargo fuese lo que fuese en mí que le impedía expulsarme, una especie de pasión no en el sentido de pasión, en el sentido de pasión, entienden, de amor no en el sentido de amor, en el sentido de amor, entienden, porque la pasión y el amor no son pasión y amor, a fuerza de usar las palabras modificamos su significado y solo estoy intentando darles el significado que hemos modificado, decir pasión en lugar de pasión y amor en lugar de, los árboles, amor, los árboles de la sierra verdes y azules porque hojas y olas, árboles reflejados en el mar y el mar reflejado en los árboles, con el viento balanceando todo aquello, el empleado de la chaqueta blanca cierra la puerta de mi habitación con llave en cuanto se sienta mi marido y mi marido aceptándome puesto que hizo suya mi sangre al robarme, mi marido

—Tú

en un eco que era la voz de mi hija

—Madre

incapaz de acercarse al haber recibido ya lo que podía darle, yo a él, callada

—Ahora que ya tienes a tu hija ¿por qué no me echas?

y él

—Porque es la única forma de olvidarte

la hija no hija de una mujer, hija de collares, de perfumes, de pendientes, de pelos teñidos, de anillos, hija de gafas oscuras y un sombrero de ala ancha sonriendo en el tenis

—Soy tu zorra tu furcia tu puta pégame

hija de un cabecero de cama contra la pared, un cabecero de cama siempre contra la pared, un cuerpo descuartizado, una voz

—Pégame

con las palmas en cruz tirando de la sábana, enrollando la sábana, con las piernas que se doblaban en piernas, y rodillas que hacían daño a rodillas, y sin embargo mi hija no hecha así, no hecha así, el empleado de la chaqueta blanca cauteloso, tímido, mi marido, él al que no le caía bien nadie

—Me cae bien Marçal

porque no zorra, ni perra, ni puta, el empleado de la chaqueta blanca

—No

el empleado de la chaqueta blanca insistiendo

—No

el empleado de la chaqueta blanca al que yo desvestía poco a poco

—Señora

tan agobiado, el empleado de la chaqueta blanca no vistiéndose, tapándose deprisa susurrando

—Perdón

desde el principio con ganas de morirse, esto no en mi cama, en el salón donde dentro de muchos años mi hija con una empleada de librería que le traerá cajas de diccionarios como disculpa que mi hija encontró para que la escucharan, una empleada de librería, una empleada de tienda de ropa, un vagabundo en las duchas de la playa y, ya que estamos, menciono los trenes que no parten, medio sumergidos en las vías del fondo, sin locomotora, sin ruedas, abandonando despacio la estación, ya que estamos añado un triciclo de lisiado y un conjunto de edificios clandestinos en una curva de la carretera, un hijo subiendo y bajando escalones y juguetes de pobre, el empleado de la chaqueta blanca a mi marido, a la entrada del despacho

—Despídame señor

sin que ni siquiera lo escuchase mi marido, el traje de los domingos, el nudo de la corbata torcido, los zapatos con los que había venido a pedir trabajo, la maletita que traía cuando lo buscó, con los perfiles de metal ya oscuro y el cartón viejísimo, mi marido al empleado de la chaqueta blanca, mientras corregía no sé qué en no sé qué, con el lápiz rojo con que corregía a los administradores, sin prisa ni interrupción, sentado frente a aquel infeliz, listo para penar el resto de sus días por dedicarse a él

—Tú te quedas

mi marido que nunca le dio la mano del mismo modo que nunca correspondió a los saludos o le regaló nada de nada, ignorándolo, olvidándolo y, sin embargo

—Eres la única persona en quien confío ¿lo sabías?

de modo que el empleado de la chaqueta blanca con una chaqueta blanca nueva, agradecido

—Muchas gracias señor

como si hubiese algo que agradecer y no lo había, cuidando de la casa, del jardinero, de mí ahí arriba y recibiendo en pago una enajenación absoluta y un sueldo minúsculo, mi hija a él

—Marçal

sin hacer lo que le pedía ni prestarle atención, una mañana la escuché

—Eres mi criado cállate

y el empleado de la chaqueta blanca callándose, aceptándolo, debería haberle dicho

—Soy tu zorra soy tu perra

haberle dicho

—Soy tu puta

y no lo dijo, no recuerdo sentir sus manos ni su cuerpo, recuerdo pedirle que se desnudara

—Quítate la ropa y ven aquí

así, sin más palabras

—Quítate la ropa y ven aquí

esperándolo, con los ojos cerrados, en la cama, tirando de él al sentir su peso en el colchón

—Nunca has estado con un payaso confíésalo

y el viento de Guincho formando remolinos en las dunas, recuerdo una higuera silvestre que ha desaparecido en mí y la concha de la Venus gota a gota en el estanque, no recuerdo lo demás, tal vez un sujeto arreglando las ramas de la buganvilla, tal vez a la secretaria de mi marido atravesando el patio, tan rubia, y a su marido esperando en el automóvil hasta que el empleado de la chaqueta blanca

—El señor cree que ya no hace falta

o

—El señor pregunta si no tiene nada que hacer

y el ingeniero marchándose deprisa, con muchas cosas que hacer, el médico a mí

—¿Se ha tomado los calmantes?

y me he tomado los calmantes, estoy estupenda, no voy a tartamudear ni a fastidiar a nadie, he sido el payaso que me mandaron que fuese, no lo he sido, he sido la tontita que me exigieron, no lo he sido, pasado un tiempo se sustituye a los artistas, verdad, mi marido sustituyó a los artistas, me conserva en esta casa por él, no por mí, por su hija, tal vez, fijense qué no dio por mi hija, digo por su hija, tal vez, porque acepté darle la hija, quédate con ella, búscale un marido, da igual cuál, los payasos no eligen su público, una voz, no sé de quién

—Todos los artistas son portugueses

y yo sola en esta casa enorme, a lo mejor admirándote, a lo mejor sin acordarme de ti, qué interés tiene si estaremos muertos en el sótano de la capilla escuchando la conversación sin nexo de los pinos, no escuchándonos el uno al otro porque los huesos ya no borbotean, no hay, si no hay no existen y, si no existen, no han existido, mientras que el empleado de la chaqueta blanca en un cementerio de provincia, bajo raíces, crepitando, crepitando, usted es la única persona en la que confió mi marido, lo sabía, debe de tener parientes por allí, algún sobrino, algún primo, debe de haber viudas y burros con leña, debe de haber nieve en enero, alegría, alegría y, en una pausa de la alegría, solicitamos al respetable público silencio total porque casi me estoy callando, si mi marido hubiese confiado en mí nosotros, para qué novelar, mi hija acariciando a un perrito

—Ya no me queda mucho tiempo

y el empleado de la chaqueta blanca esperando a que se marchase la empleada de la librería para llevársela definitivamente, los alemanes al duque

—Con su Alteza en el trono nuestros dos países

mi marido mandó poner una silla en mi habitación, en lo alto de la casa, desde donde veo hasta los halcones de la sierra y el mar detrás, con las naos del Infante llegando una a una, otro mar más allá de Guincho, reflejado en los árboles, para visitarme de vez en cuando, siento sus pasos en el pasillo, más lentos que los de los criados, el empleado de la chaqueta blanca abre la cerradura y vuelve a cerrarla cuando él se sienta, sin mirarme, y se queda callado, a veces tan cerca de una frase que la entiendo sin que la diga y le respondo mientras él finge no escucharme, viéndolo bien, no me quites mis ilusiones, no hemos dejado de hablar, no, vamos a imaginarnos que seguimos, ha quedado tanto por decir y tanto silencio en medio que lo aclara todo, con las frases exactas puestas por orden, se quiere una frase y se saca, no se quiere y se deja en paz y se entiende igual, el vagabundo pasó por los arriates, creí que era el chófer, miré mejor y era él, vamos a imaginarnos que seguimos, que no, un vagabundo, qué inesperado, de dónde ha salido este, mi hija no me visita, siento sus pasos que se acercan por el pasillo volviéndose más ligeros, la siento delante de la puerta, siento su mano en la llave, siento la mano soltando la llave y, enseguida, su voz

—¿Para qué?

y baja, la veo los sábados en el tenis, con la colección de payasos porque desde que se casó se convirtió en un payaso, le noto las ganas de correr detrás de las pelotas pero sigue con gafas oscuras y sombrero de ala ancha, sonriendo con una rodilla encima de la otra y un hombre susurrándole

—Di que

sin acabar la frase y ella no como yo, muda, mi marido, sin acordarse de la raqueta, vigilándola, feroz, el empleado de la chaqueta blanca, en un temblor de bandeja

—No permita que maltraten a su hija señor

porque la hija un trabajo que le mandó mi marido, hizo lo que le mandaba porque se lo mandaba, no lo hizo por mí y no lo hizo por ella, me dio lo que le exigió el señor que me diera y no le pertenecía, nada del empleado de la chaqueta blanca en la hija del señor le pertenecía porque el empleado de la chaqueta blanca pertenecía al señor, el señor a mí, una noche, cenando

—Marçal es mi cachorro ¿lo entiendes?

y el empleado de la chaqueta blanca ni un gesto, ni una vacilación, contento, mi hija, pequeña

—¿Eres el perro de mi padre?

el empleado de la chaqueta blanca, impasible, sirviéndonos, mi marido mirándola, mirándome, poniéndose cómodo en la silla

—Respóndele Marçal

y el empleado de la chaqueta blanca, los halcones deben de dormir en las piedras de la sierra, en lo alto, donde no llegan los tejones y las raposas, solo hierbajos, solo troncos pequeños, hilos

de agua que hace desaparecer la tierra prohibiéndoles que se vuelvan riachuelos, el empleado de la chaqueta blanca que seguía sirviéndonos

—Sí

mi hija, satisfecha

—Entonces también eres mi cachorro

y el empleado de la chaqueta blanca, sin equivocarse con la carne, sin equivocarse con las patatas, sin una gota de salsa cayendo de la cuchara y las bombillas de la lámpara reflejadas en los platos

—Sí

mientras los tejones y las raposas intentaban liberarse de los halcones, resbalaban en el musgo, lo dejaban, pájaros con cejas como nosotros, severos, y uñas más largas que las señoras del tenis, solo que no rojas, amarillas, curvadas

—Sí

mi hija pensando mientras yo le preparaba el plato

—Entonces eres el cachorro de nosotros tres

esto antes de cambiar las cortinas del salón, pintar las paredes de un color diferente y sustituir los muebles por muebles ingleses que pertenecieron a los reyes antes del duque y que el duque regaló, el empleado de la chaqueta blanca acercando la bandeja con gestos rápidos, precisos, cuando un ratón o un conejo los movimientos de los halcones así, las plumas del cuello erguidas, la lengua en el fondo del pico abierto, mi padre al empleado de la chaqueta blanca

—Respóndele Marçal

docenas, cientos, miles de pelotas de tenis a un lado y otro de la red, docenas, cientos, miles de gafas oscuras y sombreros de ala ancha siguiéndolas esperando la respuesta, mientras los invitados lo observaban, secándose con las toallas

—De su madre no

y mi marido sin reñirle, atento a los cisnes de plata del centro de mesa, con los cuellos enrollados los unos en los otros y las alas abiertas, las gargantas apuntando al techo, si yo gesticulo en dirección al tenis nadie me responde, hacen como que no me ven, explican entre ellos

—El señor ha tenido que encerrarla se ha vuelto loca la pobre

cautelosos, discretos, manchas de sol entre los árboles, una bandada de petirrojos en la pérgola, el médico tomándome el pulso

—Está más tranquila

y claro que estoy más tranquila, siempre he estado tranquila, quieren que me muera, yo a mi marido, cuando me encerró en la habitación

—¿Por qué me has metido aquí?

cuando el empleado de la chaqueta blanca, y el chófer, y el jardinero me trajeron a la fuerza, los

petirrojos tan pequeños que los ocultamos fácilmente con la mano

—No proteste señora

y sentimos sus corazoncitos tan rápidos, el alambrito de las patas, el hipo sin fin, en la tierra se confunden con la tierra o si no son esquirilas de ella que se levantan, vuelven, al preguntarle a mi marido

—¿Por qué?

se las come cualquier serpiente y ni retroceden, lo aceptan como yo lo acepto, temblorosas, esperando, mi marido

—No admito que mi hija crezca como un payaso

antes de la silla para sentarse, sin hablar conmigo, solo la cama, mi marido

—Vas a ser zorra sola vas a ser perra sola

como mi hija, dentro de muchos años, sola en el sillón del salón, con las rosas rozando los cristales y la concha de la Venus goteando detrás de ella, pasando el anillo por su propio cuerpo a través del perrito, con la esperanza de que la mano la calmase, el empleado de la chaqueta blanca

—Señora

porque no fue él quien la dirigió, cómo podría hacerlo, fue mi marido a través de él, el empleado de la chaqueta blanca ningún pariente, me parece, quizá sobrinos, unas primas de luto, un ahijado sachando un huerto, gente que no lo conoció y, aunque lo hubiera conocido, no se acuerda de él, si le preguntasen quién era

—No soy de aquí

si le preguntasen de dónde era

—No estoy seguro

la iglesia aquella pero el cementerio diferente, la casa del farmacéutico con la chimenea caída y con falta de tejas, de niño la esposa del farmacéutico

—Ven

saliendo del mostrador para apretarlo contra su pecho

—Espabilado

y una mezcla de miedo con desmayo y de susto con placer, un corchete arañándole las costillas, lo que le parecía un único diente mordiéndole la oreja, un puño en el interior de la camisa pellizcándolo, un empujón repentino

—Desaparece

y el farmacéutico, con gorra, en la puerta

—Estás enfermo chaval

cogiendo el aceite de ricino con una voz que engordaba

—Bébetelo un frasco bandido para aprender modales

y vómitos, cólicos, dolores, la madre lavándolo en la tina

—¿Has comido fruta verde?

hoy la casa sin cubierta y ninguna farmacia, el farmacéutico despidió al empleado de la chaqueta blanca con una patada, riñendo a la esposa

—Es el quinto este mes ¿no vas a madurar?

hasta que los padres de los chicos lo obligasen a tragarse dos o tres frascos y se sentía el olor, que hasta los chivos evitaban, en el otro extremo del pueblo, del mismo modo que se escuchaba a la esposa fregándolo con la escoba de la tarima

—Aguanta

y el farmacéutico alternando, exhausto, entre el orinal y la tinaja, durmió fuera, envuelto en una manta, apestando el mundo bajo la copa de un castaño, en la infancia se comen muchas castañas sin madurar, con los pelos del bigote horizontales por el frío, mi marido sin la secretaria rubia que lo acompañaba y sin mirarme, ya no tengo pinturas, ni adornos, ni vestidos, solamente la bata, yo a mi marido

—¿Seguro que no me preferías payaso?

y, aunque no se moviese, algo en él de repente tan cerca que me asustó, una duna enorme, sé lo que siento, no sé explicar lo que siento, creciendo justo después de los pinos borrando las hierbas y los cactus, no fui yo quien repitió

—¿Seguro que no me prefieres payaso?

fue la mujer que era cuando era mujer y que ya no existe, existe una criatura que cada paso un paso de ciego, cada gesto una sacudida, cada movimiento desconexo, descubrimos el tiempo cuando los músculos empiezan a meditar y a calcular distancias, posibilidades, fuerza, cuando las rodillas no tienen esperanza, cuando los tobillos no lo creen, mi marido

—Antes eras guapa

y arrepintiéndose de haberme llamado guapa, qué ha sido de tus nalgas, de tu cintura, de tu pecho, Dios mío qué le ha pasado a tu pecho, no es solo injusto, es imposible, no concibo que tú, y yo

—Todavía soy tu zorra ¿verdad?

yo

—Todavía soy tu perra ¿verdad?

yo

—¿Todavía soy tu puta?

yo, con más ímpetu

—¿Todavía soy tu puta?

mientras las pelotas de tenis de un lado a otro de la red, mi hija, con un panamá, no te enfades si digo mi hija, corriendo a por ellas y mi marido no sentado en la silla, de pie, mi marido de pie, un viejo que se apoyó en el colchón para quedarse de pie, midiendo las distancias, posibilidades,

fuerza, cuando el farmacéutico veía a su esposa con un chaval se iba a la taberna y en cuanto se acercaba el dueño

—Una copa para un cornudo amigo

la copa intacta delante de él, haciéndole compañía también esperando, mi marido la maniobra complicada de quitarse los zapatos apretando los talones con las punteras, librándose de uno, no librándose del otro pero no pasa nada si los pantalones se deslizan por él y no se deslizan, se enroscan, uno de los pies con el calcetín, el otro con los pantalones doblados, la secretaria rubia tiraba de ellos, yo no puedo, cojeas un poco y qué tiene cojear, de pequeño te gustaba imitar a los cojos, reírte del vecino que cogía piedras del suelo y no te daba, le llamabas

—Cojo

y él, sin ser capaz de darte, saltando, saltando

—Un día de estos te espero en una esquina y te preparo

y nunca te preparó, desaparecías riéndote

—Adiós cojo

mientras los perros ladraban y él renunciaba a cogerte, vejado, el cojo entrando donde vivía, al lado del bazar, y golpeando la puerta con fuerza, no tenía mujer, ese, era viudo, comía de un cazo, solo, al cavar se quedaba por allí charlando con el jilguero

—Arsénio

que se le posaba en el dedo metido entre los barrotes de la jaula, amigo suyo, Arsénio, se dice que los pájaros estúpidos y al final no lo son, iguales que nosotros, vivitos, inclinan la cabeza, hacen compañía, se mueven, el cojo

—Arsénio no me faltes

mientras yo a mi marido no te esfuerces más, ya está bien, podemos hacerlo, no sé el qué pero podemos hacerlo, toma la mitad de la almohada, toma la mitad de la cama, apriétame contra ti que no me importa, dime que soy tu Arsénio, por favor repítelo, con el dedo entre los barrotes

—Eres mi Arsénio

para que me pose en él, para que lo pique, para que baile en el posadero y vuelva a picarte, para que nosotros dos, ves mi idea, al lado el uno del otro hasta el fin del mundo.

Al llamar diciendo que había muerto mi madre me atrasé un poco porque cambiaron el anillo de mi secretaria en la joyería y el dueño tardó en encontrar la copia de la factura, qué se puede esperar de un país donde ni siquiera saben guardar las cosas como debe ser y no consideran a un cliente habitual un amigo, que vengan después a quejarse de la competencia del extranjero que yo les respondo, y al entrar en casa vi a dos vecinas, una bizca, cambiando la bata de mi madre por el vestido de los funerales de los demás, que eran las únicas ceremonias a las que no faltaba, la muerte de los conocidos siempre anima y lo que se come en los velatorios se ahorra en la cena, a quién no le gusta mover el bigote de gorra, más aún una copita para alegrar la digestión, a la vecina de los ojos derechos la conocía del barrio y mi padre, siempre atento al mundo, me pedía que me fijara en ella

—Todavía tiene chicha

dibujándola en el aire con las palmas, la bizca la presentó

—Mi prima

y ya me estoy imaginando a mi padre desde aquí, dando su opinión

—Toda una jaca chaval esto de la chicha es de familia

y cestito de la costura de mi madre en el brazo de la silla como de costumbre, la aguja clavada con la esperanza de agujerearnos, no nos pinchamos un ojo con aquello de milagro, y yo repitiendo para adentro, al despedir a la finada

—Nunca la había visto desnuda nunca la había visto desnuda

sin sentir nada, creo yo, excepto que nunca la había visto desnuda y que en materia de chicha, y ahí me dio pena de mi madre, no llegaba a los talones de las amigas, seguro que si mi madre me viera me ordenaría

—Sal inmediatamente y quédate fuera hasta que te llamen tarado

esperando que la vecina de los ojos derechos, dudando entre tratarme por tú o por ingeniero, nos informase, sin tratarme por nada

—Ya hemos acabado

y encontrar a mi madre sobre la cama, con zapatos, ella que siempre prohibió los zapatos en las colchas

—Que lo lave la negra ¿no?

allí estaban, en la ventana, unas grúas, unos barcos, una lluvia menuda, la ausencia de mi padre

quitándose el sombrero a la entrada con un gesto circular

—Buenos días respetable público

mi madre en la cocina, invisible

—Empieza la corrida

ahora muda, en su recato de personaje principal, la vecina bizca, peinándola

—¿Está a su gusto amigo?

a mí que salía a mi padre, no solía fijarme en mi madre que no servía para eso, servía para reñirnos a los dos

—Quien os conozca que os compre

excepto en momentos de debilidad, por ejemplo si me creía durmiendo me pasaba la mano rápida por la cara

—Mi bebé

con un tono que no me importaría haber escuchado más veces como no me importaría que un beso que no venía viniese aunque casi me resulte indiferente que no hubiese venido, no sé si siento tristeza o sea siento tristeza pero de qué sirve la tristeza, mi padre

—Tu madre de joven

en un eco nostálgico y, a lo mejor, de joven me besó, es posible, yo a mi padre

—¿Ella me besaba padre?

mi padre, sin darse con los talones el uno en el otro, pensando

—No recuerdo que fuera muy de besos

sin darse cuenta de que me decepcionaba, no se nota pero me duele, incluso de mayor, no me gusta decirlo, me ponía a llorar, no mucho pero me ponía a llorar, por no ir más lejos en la época en que mi esposa empezó a salir con el señor yo dando vueltas en el salón, me sentaba aquí, me sentaba allí, iba a beber agua, volvía, abría la puerta porque me parecía que alguien en el felpudo y nadie en el felpudo, llegué, fijense en lo que algunos, los duros, hacemos, rezando a San Expedito, duros un huevo, mentira, para que ella conmigo, si me diera la tontería de mencionar penas secretas me quedaría aquí un año, el montón de sensiblerías que tenemos escondidas, basta con observarnos con atención y se descubren volando, me fui endureciendo con la vida pero hay zonas, o sea hoy menos, hoy ninguna, después de que el señor dejara a mi esposa, si mi padre estuviese aquí me llamaría la atención

—Tanta grasa es una exageración chaval

y sin duda una exageración, piensa que son las glándulas sumadas a los nervios, ella a mí

—Ten paciencia conmigo el médico asegura que en media docena de meses paro el tráfico en Cascais

y mentira, desvías los coches como las vallas de las obras pero pararlos ni te lo sueñes, solo no me divorcio por pena y porque aunque no se quiera hay cosas que resisten, ciertas dulzuras de la

memoria, sombras amables que aguantan, una mañana, cómo continúa bien hondo en mí, qué miedicas, mi madre me despidió desde la ventana cuando me iba al colegio y una grúa girando, girando, aunque les parezca una tontería aquel gesto tan bonito, un adjetivo idiota pero no me viene otro mejor, voy a dejar que mi esposa aguante aquí un tiempo más, siempre cuida la casa y se ocupa de todo, no hablo con ella, me siento a la mesa y espero que me sirva, el señor, una vez o dos

—¿Su esposa mejor?

y mi esposa mejor, señor, gracias, recuperándose no se preocupe que será suya o, si lo prefiere así, dígamelo, hay a quien le gustan las personas fuertes, mi secretaria impacientándose

—¿Cuándo vas a largar a la ballena?

al llamar diciendo que había muerto mi madre me atrasé un poco, cuántas veces decidí buscarle un apartamento decente pero después se metía esto y aquello, se me olvidaba y, además, siempre había vivido allí, conocía a todo el mundo, las grúas le recordaban a mi padre y no es malo echar de menos, nos hace sentir que poseemos un pasado y podemos emocionarnos con antiguas venturas a pesar de que en su caso no se distinguen muchas, tal vez en su infancia, opaca para mí, una abuela y un gato y la alegría de lo que se consigue construir con esos dos elementos utilizándolos en diferentes posiciones, cerca, lejos, uno arriba y otro abajo, uno dentro del otro, del revés, basta ampliar la bondad del abuelo y la paciencia del gato, combinar zapatillas con bigotes y fideos con patas, cuando empecé a ser yo a llegar tarde no me desagradaba el resentimiento de mi esposa en que hervían los celos, qué habrá sido del paraguas blanco y del pelo que vivía solo, qué habrá sido de tus dudas

—No creo que dure

y te has equivocado, dura, la prueba es que tú en el sofá hinchándote y yo con la mano en el ascensor

—Se ha callado

no porque te haya escuchado, para consolarme de tantas noches solitarias y tantas mañanas sin ti, de una pena o una burla en las cosas, no sé, durante el cine, los domingos, tu mano inerte en la mía, nunca la rodilla junto a la mía, nunca el brazo rozándome, nunca me mirabas en la oscuridad, tu perfil tan lejos y yo pensando en la alegría que me darían, en aquel momento, una abuela y un gato, un piso bajo lleno de tesoros provincianos para mí preciosos, muñecos antiguos, santitos, la primera comunión de mi madre, con la mitad de otra niña cortada a tijera para que cupiese en el marco, solo un trozo de velo y una trenza, mi madre a la trenza

—Lucília que enfermó de la columna

y me lo estoy inventando, es natural, no ha habido abuela ni gatos ni piso bajo en esta vida, mi madre un tío cura que vivía, con otros curas, a cada rato una sotana y un par de gafas serias, en un lugar oscurísimo, lo visitamos por navidad y el tío cura a la salida un dinerito en la cartera de mi

madre

—Para los gastos de tu hijo

mi padre esperando en la calle, de un lado a otro en la acera de enfrente

—No quiero intimidades con Dios

Dios y mi padre con malas relaciones por una cuestión de estafa celeste, porque el padre de mi padre donó a la iglesia el naranjal y los becerros bajo la condición de cuidados eternos, cinco años después lo metieron en el ataúd como si tal cosa, repartieron los huesos al azar en la tierra y no ganó con el quiosco, al llegar de una reunión con mi secretaria mi esposa estaba en el salón como yo antes

—No me vas a largar ¿verdad?

si el tío cura se despedía de nosotros a la entrada mi padre, acordándose de la ofensa de los huesos

—Canallas

exigiendo que mi madre devolviera el dinero, la policía, llamada por los curas

—Circule

mi padre, creciendo

—¿Sabe cuántos becerros me ha robado Dios señor sabe cuántas naranjas?

yo en la capilla mortuoria con mi madre y las dos vecinas, echando de menos a la desaparecida, virtudes, milagros, mi padre para ellas una criatura de circo

—No se lo tome a mal ingeniero pero su padre una criatura de circo

mi esposa agarrándome de la chaqueta

—No me largues

yo dejando caer la ropa en el suelo para que ella la cogiera

—Anda haz algo de ejercicio

y te doy hasta fin de mes para que te pires de aquí, tal vez te acepte el señor, ayudas al empleado de la chaqueta blanca a servir bandejas en el tenis, mi secretaria, incrédula

—¿Es esa tu esposa?

cruzándose con un vagabundo, que no sé cómo entró, junto al estanque de la Venus, a pesar de los esfuerzos del presidente se multiplican los pobres y, con la guerra, también los extranjeros, una abuela y un gato utilísimos, mi esposa se arreglaba para mí y yo no entusiasmado ni disgustado, en otra cosa, qué ha sido de los tiempos de la confitería, qué de tu sonrisa burlona, me apetecía que mi nariz cogida entre dos dedos

—Voy a guardármela en el bolsillo

y un momento después una puntita de pulgar de nuevo en mi cara, ya me arrugo, ya hago ruido al respirar, ya noto el asado en el horno, el moho la cal de cuando deja de llover y las gotas de la fisura del techo en un barreño en el suelo, primero sonido de agua en el barro, después sonido de

agua en el agua, quiero ser mayor, quiero tener dioptrías, quiero que me escuchen dándome la razón

—Es verdad

y claro que es verdad, he crecido, mi madre, sorprendida

—Ha crecido

mi padre a ella, orgulloso

—Casi no le llego a las cejas ¿has visto?

y, al pasear a lo largo del río, mirando hacia arriba para entenderme mejor, mi padre

—Hijo

y yo satisfecho de que

—Hijo

de un hombre más bajo que yo, con dificultad para unir los talones dando un salto

—Ya me cuesta

yo cogiéndolo del cuello de la camisa

—No pierda el equilibrio ¿eh?

él un paso inseguro, dos pasos inseguros hasta que por fin derecho

—Qué horror tener cuidado

enfadado con la crueldad de los años, enfadado consigo mismo, atento al asfalto, atento a sí mismo, lo que nos obliga la edad a pensar en nosotros, mi madre

—Te crees que sigues siendo joven

y no me creía que seguía siendo joven, solo pedía un poquito de tiempo no sabía bien a quién, le vendimos el wolframio a los alemanes, le vendimos el wolframio a los ingleses, con el señor aceptando, negando, subiendo el precio, aceptando, empezaron a decir que los judíos, dejaron de decir que los judíos, volvieron a empezar a decir que los judíos pero con más cuidado, en secreto, extranjeros en los hoteles haciendo preguntas, más alemanes con el duque y el duque

—No sé

en la capilla mortuoria mi madre, las dos vecinas y yo, la cara de mi madre que aunque con los ojos cerrados nunca la vi tan atenta, un operario dando por fuera con un martillo y a cada martillazo parecía que mi madre contándolos porque se le estremecían las mejillas, palabra, mi esposa a fin de mes una bolsa

—Mañana me quieres en la calle ¿no?

yo, indeciso si quería o no quería

—Sí

y, bajo el

—Sí

un

—No sé

y un

—Sí

qué quiero realmente, quiero que el pelo viva sin ayuda, quiero el cuerpo estrecho revoloteando entre las mesas, quiero la taza posándose delante sin verter una gota, quiero esperarte bajo la lluvia, gotas de estearina helada por el cuello

—Qué cabezón

y sus piernas ahora sin gracia, feas, la papada, la boca blanda, no te imaginas el montón de cartas que te escribí, correcciones, tachaduras, manchas, si la profesora a mí

—No he visto nunca tantos errores

qué puedo hacerle, es por los nervios, doña Mirandina, esto me cuesta como me cuesta el libro, por ejemplo la historia del gato y la abuela, imaginar todo aquello, creer en todo aquello, mezclar todo aquello, mi padre

—Todos los artistas son portugueses

más fácil puesto que los hombres más fáciles que las mujeres, por ejemplo más tontos, yo también, se creen que soy un sabidillo y no lo soy, soy un tonto, nunca lo he visto enfadado, a ese, ni cuando el esófago

—Estoy bien

delgadísimo, por un hilo, un baúl de articulaciones precarias insistiendo

—Estoy bien

se encontraba bien, no creo que mintiese, o sea es evidente que no estaba bien, que mentía

—¿Por qué miente padre?

y él mirando la pared, le dábamos un poco de té por la boquilla de la tetera y ni el té le entraba, le chorreaba por el pijama, el señor compraba cuadros a los alemanes, cristales, platas, seguía ampliando la casa hasta el pinar, echó más allá las dunas, transformó las olas en rocas, el empleado de la chaqueta blanca a la hija del señor

—Si fuese usted no decía nada que lo preocupase niña

y la hija del señor con ganas de correr tras las pelotas de tenis, incluso ya casada, ya madre, tú en la calle mañana me asusta, es decir, no exactamente asustarme, otra cosa aunque no sepa qué cosa así que yo

—Te doy quince días para que te organices tu vida

porque la idea de tu ausencia, quien tenga una opinión sobre esto que dé un paso al frente, me perturba, aparece la chica de la confitería, aparece el paraguas

—Chaval

y cuánto tardaré en secarme, agua del color de la ropa, oscura, quién me mandará comprar ropa barata, me mandará el hecho de no tener dinero en ese momento, no tiendas, mercadillos o

camionetas con toldos de lona, medidas cogidas a ojo, botas, zapatos, pantalones, una abuela que envidia, ser tratado por

—Hijo

yo a quien mis padres no trataban por

—Hijo

trataban por

—António

no sé dónde he ido a buscar el António, me trataban por mi nombre, mi secretaria a mí

—¿No me habías prometido que la ballena se piraba a fin de mes?

ya no por

—Mi niño

lo que el tiempo empaña los sentimientos

—¿No me habías prometido que la ballena se piraba a fin de mes?

y a pesar de los sentimientos empañados yo siempre en forma, qué remedio, la cosa se arreglará, la cosa marcha, no sé qué es la cosa pero siempre habrá una cosa y la cosa cuesta pero marcha, qué remedio tiene sino marchar, yo a mi secretaria

—¿Qué más te da unos días?

cuando, un poco antes, un

—Se ha callado

que solucionaba los problemas y reestablecía las jerarquías, su madre no me intentó besar la mano nunca más, el padre leía el periódico delante de mí, no

—Ingeniero

desde hace un tiempo

—Usted

debo de ser débil, yo, para consentirles intimidades y el deseo de una abuela creciendo, recuerdo los paseos a lo largo del río con mi padre y a un pescador en una silla de loneta, de esas que se arman y desarman, sacando un trozo de carne asada de una marmita, yo a mi secretaria

—Una semana o dos más tres como máximo para que no queden cabos sueltos

comprendiendo que, para ella, yo un flojo o un pringado, qué injusto, nunca se me ha coagulado una lágrima en la mejilla, me las limpié y seguí, mi esposa soltando la maleta más allá de la puerta

—No me preguntes nada que estoy muerta

masajeándole los pies y, descalza, su cuerpo terrestre, dormida en el diván, le traía un cojín y una manta y mi esposa, sin abrir los ojos

—A fuerza de solícito eres pelma

mi secretaria

—Un día un cuerno

con el pretexto de obras o una discusión con el casero, no lo entendí bien, sus padres se mudaron a la habitación del fondo, la del reloj de cuco que convertía las horas en una sucesión de ruidos de postigo con venias cantadas en medio, si comemos tordos por qué no freír cucos de madera, chorreando una salsa de minutos, mi secretaria señalándome a los padres con el tenedor

—¿Te han hecho algo malo para que no les hables?

es probable que no hablase mucho, de acuerdo, pero oía, tras el funeral de mi madre las vecinas galletas, anís e historias de enfermedades, un vagabundo en el jardín del señor, de dónde habrá salido, materias que en su opinión interesaban a la muerta, cuando mi padre disertaciones sobre el esófago, parte del cuerpo menos famosa que el estómago o la vesícula y situada, así por alto, aquí, mientras nosotros dos río arriba

—Podemos quejarnos de poca tierra pero agua tenemos de sobra ¿has visto?

y en realidad agua tenemos, señor, cuántos litros serán necesarios para comprar una abuela, como estamos con las manos en la masa qué será más caro, las abuelas o los esófagos, mi madre

—Vuestro padre perfecto ni caso

aunque no convenciese al respetable público de que todos los artistas son portugueses, mi secretaria, que en los últimos tiempos se había aficionado a la precisión

—¿Cuántos días exactamente son unos días?

sin pintarse porque la piel tiene que respirar, entiendes y, en cuanto a las pestañas postizas, al menos en casa le doy un descanso a los ojos, los anillos en la cómoda, las orejas vacías porque los espigones de los pendientes prueba tú a ponértelos y dime qué sientes, cuando las mujeres sacan a las mujeres de su interior la vida sin payasos se convierte en un circo triste, la lona marchita y los asientos vacíos, un empleado barriendo basura de perfumes, tengo que informarme con un psicólogo si es malo desear una abuela o un gato, necesitamos compañía, yo, al menos, la necesito, un empleado echando basura de perfumes en un cubo, mi secretaria

—Ya lo veremos

con un pijama que me pertenece y calcetines de lana porque es enero y tengo derecho, si me lo permites, a tener frío, ahí está lo que escribí, la vida sin payasos se convierte en un circo triste, la lona marchita y los asientos vacíos, qué hago en este sitio, si al menos mi esposa conmigo en el colchón, me anima el volumen de la grasa, sus pulmones me aseguran estar vivo, respiro por sus bronquios, no necesito los míos, se ponía entre mí y el miedo a la muerte, me sentía defendido, seguro, yo, a mi secretaria

—Una o dos semanas tres como máximo
mi secretaria

—¿Me aseguras que tres como máximo?
sin añadir

—Mi niño

el

—Mi niño

se fue evaporando en ella como las caricias y las sonrisas, mi secretaria

—Empiezo a no creerte

si al menos la puntita de la lengua en ese sitio que me da alborozo abajo, el señor, tras charlar con el presidente del que no conozco más que una manta sobre las piernas y una vocecita estrecha con un pañuelo protegiéndola, me mandó a España a hablar con un ministro del general que mandaba allí con motivo de unos navíos para Alemania, esto en la frontera, o sea olivos en la oscuridad, luces de casitas dispersas y media docena de lechuzas en los alcornoques, un perro o un zorro, o lo que parecía un perro o un zorro, qué sé yo, quién me asegura que no un jabalí, un hombre lobo, faunos escondiéndose entre los matorrales, después de los matorrales coches de policía y, detrás de la policía, camionetas con soldados dentro, atravesamos un paso a nivel, campos de trigo seco, un maizal hojeando páginas de cartón hasta que luces a la izquierda que se encendieron y apagaron al pasar una charca, graneros y entre nosotros y los graneros un camino de tierra con sujetos con armas en los sobacos, no voy a hablar de la luna, para qué, digo que hojas grises, como iluminadas por dentro y ya está, cuando no hay luna de la que hablar un negror que vibra y jinetas, ocultas por pitas invisibles, mirádonos, la madre de mi secretaria a mi secretaria, imaginándome fuera del salón

—Todo se andará niña ten paciencia

ayer toqué a mi esposa un poquito fingiendo que dormía y hay detalles en ella que no han cambiado, la nuca y el punto donde el pelo se transforma en piel, también debe de haber engordado porque los cuellos de las camisas más antiguas no le cierran y una chaqueta que no se ponía hace meses le cuesta abrocharla incluso encogiendo la barriga, al sentir que la mano de mi, dos españoles salieron de un automóvil para hablar conmigo, esposa me buscaba me aparté, el señor

—Usted solo firma no habla

mi secretaria pintada y el

—Mi niño

de vuelta, el vestido más corto, el escote más grande

—Estoy nerviosa con miedo a perderte perdona

y yo firmando sin hablar, una pulsera que no conocía

—Me encantaría llenarla de corazones tuyos

al sentir que la mano de mi secretaria me buscaba no me aparté, su madre tiró del padre, que tardó en comprender

—No mires

hacia la cocina, dejando el periódico en el sofá yo que odio periódicos en el sofá, desorden,

objetos fuera de su sitio, la alfombra

—Deprisa mi niño antes de que lleguen

enrollado y hay momentos, especialmente si el sujetador rojo, en que el

—Mi niño

no me desagrada, no me fijé en que la alfombra me arañaba los tobillos y las rodillas pero me di cuenta de que quedaban las marcas a través de la expresión de mi esposa, firmé páginas selladas donde me señalaban los españoles, un tren en algún sitio pero enséñenme un lugar donde no trenes en algún sitio, si le fuese posible mi esposa también vestidos cortos, escotes y los payasos

—Buenos días respetable público

poblando el mundo, a veces, qué sé yo por qué, al final de los espectáculos músicas soñadoras, un saxofón en un extremo de la pista, un clarinete en el otro y gente presenciándolo, emocionados, al llamar diciendo que había muerto mi madre me sorprendió no escuchar su voz

—¿Eres mi hijo?

a través de la voz de la vecina, ella que siempre detestó el teléfono convencida de que solo traía malas noticias, si mucho tiempo callado me preguntaba

—¿Qué estará preparando?

y en realidad desgracias de puntillas llegando despacito, prudentes, los padres de mi secretaria espíandonos evaluando sentimientos, la madre haciendo temblar la varilla de la garganta

—Ella le quiere mucho ingeniero no le haga nada malo

yo sorprendido con la vuelta del

—Ingeniero

la delicadeza, la dulzura, en medio de la dulzura

—¿No le parece que el automóvil de ella demasiado pequeño?

me marché de la frontera antes que las camionetas, plátanos en la cuneta de la carretera, de repente un chalé, con la puerta rota y las ventanas tapiadas, la hija del señor un payaso naciendo, mira las gafas oscuras, mira el sombrero de ala ancha, le pregunté al jardinero sobre el vagabundo y él

—¿Quién?

mi esposa

—Siempre te lo has creído todo

con una entonación de indulgencia en la voz

—Todo

y las camionetas españolas disminuyendo en un puente sobre un río porque se escuchaba un gargarismo rodeando cañizos, mi secretaria, sobre uno de los codos

—¿Te ha gustado?

y la madre observando desde el fondo creyendo que no la veía, mi padre saludó a la asistencia

—Buenos días respetable público

la lámpara de techo encendida, las lamparillas de noche encendidas, mi esposa en un rincón

—¿Entro ahora?

con un penacho en la cabeza para su número de perritos o palomas, el señor a mí, con sombrero alto

—Hasta hoy no ha ido mal ningún espectáculo ¿verdad?

y hasta hoy no ha ido mal ningún espectáculo, señor, los bancos, las compañías, las empresas, las fábricas, la casa que no deja de crecer, una primera pelota, una segunda pelota y la hija del señor en medio, sin molestarse con nosotros ni responder al marido ni quedarse con la toalla que, por no cogerla, cayó al suelo, otro payaso la cogió doblándola en su regazo, por mis cuentas diez o quince payasos, el empleado de la chaqueta blanca, mi secretaria a mí

—Mi niño

y la madre, moviendo la boca sin sonido, aconsejándola que repitiera

—Mi niño

la madre de mi secretaria

—¿Qué nos pasará si lo pierdes?

el empleado de la chaqueta blanca a la hija del señor

—¿Por qué no se marcha niña?

junto con el vagabundo, de dónde diablos ha venido este que nadie lo conoce, duerme en el escalón de la librería, no habla con nadie, no responde, caminando, con la hija del señor, en dirección al pinar, las dunas, el viento y, más allá del viento, el mar, nadie siguiéndola allí arriba, nadie, excepto el empleado de la chaqueta blanca, enfadándose con ella, el empleado de la chaqueta blanca y una moza, no exactamente una moza, una mujer, parada, con un paquete de libros, en medio de los arriates, mi secretaria a mí

—Nadie te ama como yo

y más perfume, más encajes, más ligeros, adornos menos caros que los de los demás payasos pero es cuestión de tiempo, entiendes, cuestión de merecerlo, mi secretaria besándome el cuello

—¿Y no lo merezco?

con el vestido más corto, el escote más grande, con más rodillas la una sobre la otra que ellas, con el elástico del final de las medias a la vista, yo señalándole la mesa

—Quita todo eso de ahí y tumbate

mientras mi esposa

—Todos los artistas son portugueses

daba vueltas en la confitería, con una bandeja de tazas, vasos, platos, preguntándome

—¿No me ha visto?

mientras yo pensaba

—No quiero perderte

con el pelo castaño, no rubio, que vivía solo, de nuevo en su parte del colchón, dándose la vuelta sin prisa

—¿Y nos perdemos?

hacia mí.

El señor me permite dormir en un anexo de la casa, junto a los pinos, donde puedo estar solo por la noche oyendo el viento, como oía siendo una criatura los chillidos de los brezos de Falperra, en la oscuridad, durante el invierno, atormentando a la vaca en la tienda, golpeando con los cascots las paredes de granito, con los ojos ciegos de terror, mi padre, en pijama

—Tranquilízate

colgado de las narices del bicho mientras los árboles se balanceaban sin parar a su alrededor, la ermita giraba cambiando de sitio y mi hermana, sentada en la cama

—No quiero

empujando a los fantasmas del sueño con los brazos estirados, el ahorcado de Pragal, con la lengua fuera

—¿Qué podía hacer yo?

y la loza tintineando en la cocina, mi madre le pedía a la sobera

—No te rompas

y mi hermana en el colchón que perteneció a mis abuelos, cuya paja crepitaba de miedo, en una época en que estuve enfermo me tumbaron allí y las hojas secas del relleno de maíz

—Somos nosotras amigo

ellas que muchos años antes, a los viejos

—Somos nosotras, amigos

de manera que, con permiso del señor, estoy casi en Guincho, en el anexo de la casa, y siento el mar creciendo y marchándose, como sentía las liebres acercarse y huir, el fantasma de mi tío al lado del pozo, tirando de la cuerda del cubo

—Qué sed tengo

mojándose la camisa y el chaleco, tosiendo porque los pulmones desajustados desde el ejército en la India, parece que hijos allí, esposas, él contando con los dedos

—Solo mujeres he tenido siete

y yo incapaz de imaginármelo con tantas, en Portugal ni las abandonadas lo querrían porque no trabajaba, se sentaba en la plazoleta anunciando

—He llegado para ellas

y comiendo sopas de limosna

—Hasta bajo tierra vendré a saludaros

y venía, aparecía en la cena, se sentaba en medio de todos, cogí un trozo de pan

—Con permiso

y lo metía en la salsa, la cuñada de mi padre

—¿Cómo es allí abajo Fausto?

él, con desprecio, balanceándose para tragar

—Una India sin palmeras

el señor me deja dormir en un anexo de la casa junto a los pinos, donde puedo estar solo oyendo el viento como oía siendo una criatura los brezos de Falperra en la oscuridad y el rumor de las tinieblas incluso durante el día, algo que parece la muerte y no es todavía la muerte, trabajo aquí hace cincuenta y un años, desde que el señor me descubrió cargando sacos de semillas detrás del jardinero, cojeando un poco porque de criatura mi padre se le escapó el sachó, y me ordenó

—El lunes ven a verme al despacho

me acuerdo del hospital, de los tacones de los zapatos de las enfermeras picándome, de una vocecita dentro de mí

—No me aplasten

del médico metido entero dentro de la bata

—Para pasar hambre toda su vida lo mismo le da correr que andar de mi padre

—No lo he matado ¿verdad?

y de darme pena su cara sin que supiese que sentía pena, creía que no sentía nada de nada excepto los tacones de los zapatos encarnizados en mí, el señor mezclado con el viento y todas las flores de los arriates

—El lunes ven a verme al despacho

y, el lunes, el señor a la secretaria, conmigo avergonzado, en un rincón

—Necesito a alguien que ponga orden aquí

ninguna vaca huyendo, ningún ahorcado de Pragal con la lengua fuera, dunas y dunas y las nubes de la sierra también dunas, los árboles dunas, las aldeas dunas, una chaqueta blanca con botones de metal, las venias de las rosas, la consideración de las criadas

—Señor Marçal

los domingos de descanso en Cascais sin volver a Falperra y a su invierno perpetuo, para qué, nieve, frío, jabalíes, nunca vi un lobo, vi ovejas destripadas y viejos con capa corriendo por los callejones, Dios en la iglesia soplándose las manos, estirando y encogiendo los dedos

—No me acostumbro a enero

domingos de descanso comiendo solo, el señor a mí

—¿No te apetece casarte?

y, si nos casamos, qué vamos a decirnos, de qué vamos a hablar, qué se hace con una mujer en

los momentos en que no se hace nada de nada, y en los momentos en que se hace algo se hace tan poco, si nos salvase de la soledad y no nos salva, si nos salvase del final y no nos salva, ojos opacos en los nuestros, el señor

—¿Te crees que no lo sé?

casi con la mano en mi brazo pero claro que sobre la mesa escribiendo, la seguridad de que nosotros los dos pero quién soy yo para imaginar, hay momentos en que nos creemos otro y no lo somos, una tarde o dos el presidente aquí, me fijé en la manta de las rodillas, escuché su voz delicada, vi a un caballero de edad avanzada, con un trajecito gris y el pelo blanco, que quizá formase parte de sus ayudantes pero no podía ser él, el duque se veía que duque, los ministros se veía que ministros pero el caballero de edad avanzada, que no sonreía nunca, solo le cerraban el automóvil, difícil de creer, el señor a la secretaria

—¿Te importa salir un minuto?

y nos quedábamos los dos en el despacho, mudos, hasta que el señor corrigiendo una página

—¿Te crees que no lo sé?

me parecía que con pena por no poder ser amigos y no podíamos, en Portugal todo pertenecía al señor como yo le pertenezco, bancos, empresas, compañías, tierras, personas, hasta los chillidos de los brezos de Falperra en la oscuridad, clamando por sí mismas sin encontrarse, el ahorcado de la lengua fuera y mi miedo a morir, mi tío junto al pozo, tirando de la cuerda del cubo

—Qué sed tengo

con envidia de los vivos, los domingos comía solo en Cascais viendo a las palomas en la plazoleta, en ciertos momentos tórtolas pero no aquí, en el alero de una casita más lejos fingiéndose tristes, las hipócritas, cuando no sufren nada, al menos en el anexo de la casa oigo el viento sin escucharlas a ellas, cómo envidio a los animales trotando por los montes y los brezos que los cubren, me gustaría ser mujer para tener gestos útiles, servir para algo que sirviese de algo, poseer, con los objetos, una intimidad práctica y padecer dolores concretos en lugar de esta incomodidad que no entiendo bien, de esta molestia que no sé definir, de vivir a ras de suelo en lugar de en mi cabeza, de aceptar sin condiciones y rechazar sin remordimientos, el señor a mí

—¿Te crees que no lo sé?

la dificultad para hablar, cantar, expresarme, mi padre rompió el sachó y enterró el filo

—Perdona

como si hubiese algo que perdonar y no lo hay, no se enfade, lo que más recuerdo es verlo, en medio de la noche, la lamparilla de petróleo en el suelo del establo y usted colgado de las narices de la vaca mientras los árboles giraban a su alrededor como giraba la ermita cambiando de sitio, a dónde se mueve Falperra, por qué camino, dígalos, se quedó con mi infancia, la hija del señor al señor, de manera que yo la oyese

—¿Cuándo se decide a sustituir a Marçal por un criado más joven?

no desafiando al padre, desafiándome a mí, que me limitaba a entrar en la habitación de arriba porque me lo mandaban y a hacer lo que me mandaban lo más deprisa posible, sin responder a preguntas, sin pedir nada, sin abrir la boca

—Se lo ha ordenado mi marido ¿verdad?

y yo callado, cerrando la puerta con la llave que me dio el señor, yo delante de su esposa, con la chaqueta blanca, sin atreverme a desnudarme, el jardinero, que no me veía, podando enredaderas, la señora sentada en la cama, bromeando

—Hasta parece que vienes a trabajar

cogiendo el estuche de pinturas de la cómoda

—Supongo que tengo que disfrazarme de payaso ¿no?

y no tiene que disfrazarse de payaso, señora, solo vengo a cumplir instrucciones, las gitanas que llegaban a Falperra con los puestos de la feria me daban la lata de té vacía para el dinero, contaban las monedas

—Cinco minutos chico

y seguían masticando un bocado hasta que acabásemos, si entraba el hombre que las vigilaba avisaban

—Ya está casi

y el que estaba casi si terminaba tan rápido, recuerdo que una de ellas me cogió por la barbilla a la salida

—Cuando seas mayor no termina así tan rápido

y cuando dejó de terminar tan rápido no volví a verla, encontré a una compañera

—Vuelve más veces que no te llevo nada

me buscó al atardecer en el pueblo

—Chico chico

y yo espiándola oculto en un muro, recuerdo los pies descalzos, las calvas, un payaso miserable que hizo que mi padre soltase el rastrillo

—Voy con ella chaval

el señor me deja dormir en un anexo de la casa, junto a los pinos, donde puedo estar solo oyendo el viento e intentando entenderlo, las gitanas se fueron con la feria excepto una que se quedó con el sacristán para cuidar a su hija que no se las apañaba sola, apoyada en el muro sonriéndole a las lagartijas, la esposa del señor a mí

—Vamos

y, al quitarme la chaqueta blanca, yo trece años otra vez, una tarde la hija del sacristán me miró, le acaricié el pecho y me escapé corriendo, creo que no lo supo nadie pero si vuelvo a escaparme es por eso, cuando vine a Lisboa la hija del sacristán seguía sin apañárselas sola, con el chal de la madre encima, se llamaba, no me acuerdo, ayer me acordaba, la esposa del señor, es probable que

mañana me acuerde, me abrazó, el señor al darme la llave

—Déjame solo

cada dedo de la esposa del señor cambiando de sitio, mucho viajaban los anillos, de las piernas
no me acuerdo, me acuerdo de su voz

—Ahora

qué atrevimiento contar esto

—Ahora

casi al oído

—Ahora

la mujer pelada descubriéndome

—Chico

qué cosa ser chaval, nunca he sabido tener ninguna edad, el señor a mí, observando la Venus de
la concha

—No crees que mi esposa

yo

—No creo que su esposa el qué señor

el señor

—Nada

su cara, vacía

—Nada

su cara

—La encontré con otro en un tren hace muchos años y por lo tanto nada

su cara aún más vacía

—Necesitaba un hijo que continuase mi trabajo no una hija estúpido

el viento de Falperra, el viento de Guincho, uno de ellos me llevará algún día, mi padre, a la
mujer pelada de la feria, juntando las monedas de la chaqueta, del chaleco, de los pantalones,
sumándolas con el índice y no era suficiente, sacando una del azucarero de la cocina y ya
suficiente

—Tiene cambio

la mujer pelada contando el dinero

—Te hago un servicio más largo y queda pagado

mi madre en la iglesia porque el velatorio de un primo, en cuanto llega la muerte a la calle los
perritos buscándola, bajan de lo alto cuando aparecen en marzo las ardillas y las comadrejas y se
hace difícil localizar a los animales puesto que el viento se contradice todo el tiempo, la mujer
pelada a mi padre

—Mira tu hijo espiándonos

arrimado a la segadora rascándose el pulgar, la esposa del señor a mí

—Van siendo horas de vestirse ¿no le parece?

sin que yo me diese cuenta de que estaba desnudo, venía a cumplir instrucciones, no a pensar, mi padre abrió la puerta del almacén de las semillas, la mujer pelada dudando

—¿No hay ratones?

de esos grandes, gordos, que se vuelven hacia nosotros bufando amenazas, el señor

—¿Qué se hace con una hija?

y es verdad, qué se hace con una hija, un payaso más destinado al servicio de los hombres, una tarde empujé a mi padre por culpa de mi madre

—No va a pegar a nadie

los dos frente a frente, casi del mismo tamaño, pensé si lo empujo se cae y lo empujé y no se cayó, no abrió la navaja porque le pisé los dedos, al avanzar con la muñeca hacia mí se la doblé en los riñones, mi madre, en vez de agradecermelo

—Suelta a tu padre canalla

aturdida con el desorden del mundo, voy a escribir una palabra que escuché el otro día, sinopsis, es curiosa, no, mi padre a mi madre, a gatas

—Tráeme la hoz que lo mato

de modo que les di la espalda y no volví a verlos, la esposa del señor

—Ya que estamos ven aquí otra vez

la mujer pelada en el almacén de las semillas

—Que me quede ciega si no es un ratón abre la puerta maldito

ruidos, también sonidos de herramientas y de latas, una cabeza contra las tablas, de nuevo contra las tablas, de nuevo contra las tablas

—Abre la puerta maldito

mi padre, he venido a Lisboa en autobús, mi padre surgiendo del almacén con la camisa fuera, la mujer pelada apretándose el pañuelo en el labio

—Cabrón

mirando el pañuelo con miedo de que sangre, apretándolo con más fuerza, uno de los pechos fuera y uno de los zapatos perdido, el señor a mí

—Una mujer es esto idiota no ves que una mujer es esto ¿qué hago yo con una hija?

y qué va a hacer con una hija, señor, esperar que ella un payaso, qué opción tiene, no queremos morir para no dejarlas solas y, aunque no queremos morir, morimos como cachorros, pidiendo auxilio con todas las partes que no pueden gritar, he venido a Lisboa en autobús comiendo lo que me ofrecían como limosna, una cebolla de una cazuela, una patata, una fruta, una zanahoria quemada en el fondo de aluminio, recuerdo a una niña llorando que si me bebiese sus lágrimas se me quitaría la sed, la mujer pelada tirándole piedras a mi padre

—Me voy a quejar al patrón demonio
y mi padre, con la escopeta, escondido entre los matorrales, vino dos días después a susurrar a la ventana, mirando hacia atrás

—¿Se han marchado los feriantes?

y se han marchado, tranquilo, dijeron que lo cogían la semana que viene o dentro de quince días cuando volviesen, con los carros, los burros, los cascabeles, los cerdos, lo peor que le puede pasar es que le corten el cuello, su esposa ni siquiera se despidió de mí, señor, solo me empujó

—Ya es suficiente

y cuando le contaron que los de la feria se acercaban en los carros mi padre desapareció, solo en la sierra oyendo los chillidos de los brezos, o al otro lado de la huerta, encogido junto al muro del pozo, dispuesto a bajar a la viña

—¿Todavía por aquí?

y ya no aquí pero sí un primo ocupando su lugar, mi madre con la sopa

—Aquí ya no cabes

y mi padre en el escalón, el primero sin parar de comer

—Que se busque otro sitio

mi madre

—¿Le damos por lo menos un muslo de pollo?

y mi padre, con el muslo de pollo, de cuclillas en un ladrillo, al buscarlo de nuevo el ladrillo solo, el duque y los alemanes desaparecieron de la casa, ahora solo ingleses pero las paredes seguían aumentando, y las consolas, y los bronceos, al principio intenté encontrar a mi padre pero a lo mejor se lo tragó el viento de Falperra mientras los árboles galopaban a su alrededor y la ermita giraba cambiando de sitio, todo cambia de sitio en este país menos la esposa del señor

—¿Todavía soy un payaso en condiciones?

y yo, mintiendo, todavía es un payaso en condiciones, tranquilícese, el jardinero sustituido por un segundo jardinero, el chófer sustituido por un segundo chófer, los criados sustituidos por segundos criados, la secretaria rubia del señor sustituida por una segunda secretaria rubia a su vez sustituida por una tercera, la Venus de la concha sustituida por una segunda Venus más perfecta pero nosotros dos seguimos aunque su hija, en lo que le afecta

—No me interesa verlo

con la voz del señor en su voz, cómo se heredan estas cosas, me dijeron que habían encontrado a mi padre, meses después, balanceándose en una acacia, no exactamente en la sierra, entre la finca del coronel, donde hacían vino, y la sierra, la hijastra del coronel atravesaba los campos a caballo y era el pecho el que galopaba, no ella, yo con ganas de correr a su lado, no ganas de nada más, solo ganas de correr a su lado, la crin del caballo húmeda y yo húmedo, la esposa del señor

—Todavía soy un caballo en condiciones ¿verdad?

y yo, esperando que el señor no subiese hasta que el, esto de mi padre me lo contaron, hasta que el señor

—Hace semanas que no vas a ver a mi mujer

no estoy seguro de quién, no importa, lo que conservo de Falperra son algunas jinetas, tordos, brezos y la hijastra del coronel por los campos, la esposa del señor una yegua despreciada moviendo las patas con dificultad y yo con pena de usted, señora mía, de su cansancio, de su esperanza, no la atizo con la vara, no la pico con espuelas, emplee el tiempo que crea necesario, yo espero, no vengo aquí porque me lo manda el señor, vengo porque la señora, porque usted, porque yo, porque el señor a mí

—Marçal tienes derecho a un payaso

al que no dejo irse en el tren, lo traje y lo encerró en esta habitación para que no volviera a marcharse, la puta que te mereces, Marçal, imaginaba que mi esposa, calcula, suponía que mi mujer, imagina, la encontré en un vagón con otro hombre, debería de haberla pelado y regalado al dueño de la feria, no vendido, regalado

—Rebáñela con sus compañeras

mi esposa a tu padre

—Mira tu hijo tirándonos los tejos

y tú, con diez u once años, arrimado a la pila de lavar con el índice en la boca, además no uno, cuántos caben en tu boca, cuántos dedos tiene una criatura, trece, dieciocho, para sofocar de espanto las miserias de la vida, cuántos dedos tendremos nosotros dos juntos, veintiséis, setenta, para sofocar de espanto las miserias de la vida, me cuchichearon que tu padre se ahorcó, no sé, estrangulando la soledad y la desgracia, dile a tu payaso que te pida

—Pégame

y pégame por mí que no soy capaz de pegarle, quería hablar con ella y he perdido las palabras, agarrarle y por más que me estire no puedo alcanzarla, ojalá que a pesar de los pinos venga el viento sin tardar, pregúntale por mí

—Di lo que soy para ti

pregúntale

—Ahora que nos hemos perdido ¿qué he sido para ti?

y no me anuncies la respuesta salvo cuando no pueda oírla, el señor delante de las rosas en la ventana cerca del salón donde la hija de la señora recibe a la empleada de la librería, con el perrito blanco en el regazo y el anillo haciéndolo crecer con una caricia lenta, tan agobiada como yo, tan infeliz como yo

—Ya no tenemos mucho tiempo

con el chófer abriendo la puerta del automóvil, y el viaje a Lisboa, y el hospital, y nadie porque cuando nos espera el hospital no nos espera nadie salvo una blancura vacía en la que sombras

vacías nos vacían de nosotros aunque vacíos, no me anuncies la respuesta de mi esposa, de qué me sirve la respuesta, qué se hace con una frase donde no hay palabras, existe un tren que va a partir, que parte y, aunque se quede, partimos con él, o sea yo en el andén viéndolo y mi esposa en España, mi esposa en Madrid, bajo las tipuanas de Madrid, los museos, las avenidas, las palomas y cada paloma

—Llámame zorra

—Llámame perra

—Llámame puta

cada paloma

—Llámame mi

¿por qué no?

amor

—Llámame mi amor

mientras tú y yo aquí en Guincho, en Cascais, en una placita con un restaurante de hamburguesas, del brazo con dos antiguos compinches porque somos dos antiguos compinches, lo único que somos es dos antiguos compinches, lo único que somos es dos inútiles que se miran el uno al otro, sin hablar el uno con el otro, sin querer verse, o mejor casi sin ni siquiera verse puesto que de repente me coges por el codo señalando no sé qué

—Allí

una callejuela entre la plazoleta y la bahía bajando hacia el mar, casas con zaguán, pájaros de basalto en los pilares de las entradas y enredaderas violetas sobre los muros, después de la callejuela una segunda callejuela y después de la segunda callejuela la playa, en la callejuela un vagabundo caminando hacia las olas, bajando los escalones sin hacer caso a nadie, descalzo en la arena entre barcos de pesca y restos de la bajamar, con lo que queda de los zapatos en la mano, siguiendo, indiferente a los perros sin nada, persiguiendo su olor en dirección a las rocas, cada vez más pequeño, oculto por la espuma que se levanta de las piedras y por la reverberación del sol, hasta dejar de existir como nosotros no existimos, no existimos señor, no existimos Marçal, bajo tanto exceso de luz.

Díganme, el médico, díganme cuál, el médico puso los análisis unos al lado de otros encima de la mesa y se quedó mirándolos, un círculo alrededor de un número, un subrayado en otro, una corbata casi tan buena como la mía, un perfume casi tan caro, de esos que media gota más y marean, cuadros más baratos que los que tengo en casa

—No vamos a quedarnos con eso en el salón Dios me libre cuélgalos en la consulta

lo mejor para él, los zarríos para los enfermos, tan preocupados y nerviosos que ni se fijan, se pasa la tarde apretando manos mojadas y auscultando corazones sobresaltados, con un poco de atención se sienten más lágrimas que válvulas, lo que lloran en secreto los corazones, señores, como para saber de pinturas, el médico a mi esposa, contemplando unas peras enmarcadas

—No será fácil eliminar esa grasa

y el perfume, incluso sin la media gota de más, mareante, las peras verdes y amarillas, su corbata azul y en el labio tembloroso de mi esposa todo gris, carne que no se balancea, vibra, una puntera golpeando el suelo, socavando, socavando, la cara del médico otro cuadro que tampoco pondría en casa, si le gustase a la empleada, y no le gusta, se lo regalaría por navidad, mi secretaria a mí, congelando los dedos en la blusa en el instante en que el sujetador, además negro, empezaba a asomar

—¿Por qué no te separas ahora?

no me separo ahora porque la puntera del zapato me entenece, porque el borboteo del corazón, perdona pero soy sensible, me emociona, dame tiempo a que ella se acostumbre, a que yo me acostumbre, y la puntera inmóvil, aceptándolo, se reconcilie con el peso, se conforme con el volumen, consiga una sonrisa aunque vaga, difícil, mechones no rubios, grisáceos, el señor hojeando la memoria

—¿Dónde nos conocimos?

mirándola, mirándome, mirándola de nuevo, algo en él encendiéndose, vacilando por un instante

—No puede ser

y borrándose definitivamente, díganme cuál es la mujer, el labio de mi secretaria también temblando

—¿Para ti no cuento?

puesto que todo tiembla en este mundo excepto el médico

—Las glándulas son terribles madama

y es verdad terribles, peores que una corbata azul que no pega con las peras, yo deseando que la esposa del médico pensando

—Tampoco pegas conmigo

la esposa del médico que jugaba con el compañero de consulta que todavía no había notado que jugaba con ella, la barba y las gafas, no se corte la barba por favor, no se opere la miopía, hay ciertas cosas en los hombres que, sin saber por qué, qué es lo que le vi a este observando un grano en la barbilla torciendo el gesto y explotándolo con las uñas un rubor que dolía, la esposa del médico secándose en la toalla

—Hasta que no se te infecte no te quedas tranquilo

con uno de los talones en el bidé para la crema de las piernas y después el otro talón, la espátula de la cera del bigote enfriándose en la copita, tiraba de ella de repente con un gemido, mi secretaria, con el médico

—Podías hacerlo en otro lado

mi secretaria a mí acordándose de la madre

—Mi desgracia es crearme las promesas

siempre cedí a la curva del pecho y ella lo sabe, qué costoso decir que no cuando me la acerca a los labios, no rozándose en mí, a un centímetro o dos, afortunadamente la maquinilla de depilarme las axilas olvidada en la jabonera la hacía humana, lo de ablandar las durezas de los pies, el algodón de desmaquillarse la víspera que no había tirado al cubo cromado, cuya tapa se levantaba pisando una palanca, dejando a la vista cosas horribles, por ejemplo un trozo de papel higiénico con los pelos que quedaban en el sumidero, por ejemplo un ricito del pubis que la ducha no ha arrastrado, las zapatillas no paralelas, apuntándose mutuamente, calcetines de invierno, a veces míos, medio enrollados hacia dentro, en algún lugar de la sábana, la cicatriz de la apendicitis que, a pesar de la crema, crecía, el señor a mí

—Los alemanes entregan pasado mañana los servicios de los judíos

dos camionetas nuestras, no, tres, mi secretaria, acariciándome la rodilla

—Despacito ¿sí?

y yo despacito, sí, despacito, las glándulas son tremendas, madama, el médico ha acertado de lleno afortunadamente mi despacho en un décimo piso y del otro lado de la ventana ni siquiera pájaros, salvo los de las migraciones de la primavera de camino al sur y por lo tanto imposible saludar

—Buenos días respetable público

díganme cuál es la mujer, mi secretaria a mí, aunque esto acabe entre nosotros no voy a olvidar la pulsera en su tobillo

—Terminarás aprendiendo qué persona te conviene

con una plaquita con mi nombre grabado, gracias a Dios no se descifraba porque las letras

minúsculas, fue la madre de mi secretaria quien se la regaló por navidad pero el dueño de la joyería

—Tiene aquí una pulsera por pagar ingeniero

que mi secretaria agradeció sentándose en mis piernas delante de sus padres indulgentes, la madre de mi secretaria a mí

—Estaba segura de que os iba a dar una alegría a los dos

ninguna migración de pájaros y menos mal porque hay cigüeñas que llevan bebés, el dueño de la joyería, poco cómodo con la chaqueta

—Una anciana las ha encargado a su nombre no volverá a pasar ingeniero

aunque la secretaria en mi regazo, acariciándome el cuello, podría ser desagradable, hay meñiques más duros que otros, hay uñas más suaves, más lentas, las de mi esposa, desgraciadamente, no recuerdo sentir las, además, desde que engordó, no largas, cortas, y ahí está un maleficio más de las glándulas, no hay un centímetro de la persona que no destruyan, caramba

—Si las dejase crecer se me romperían enseguida

del mismo modo que la piel sin brillo y el pelo, que vivía por su cuenta, triste, mi hijo pequeño, el que se parece al señor

—Eres fea

y sin embargo, a ver cómo se explica esto, la confitería y el paraguas blanco presentes en mí, horas y horas en la calle, apoyado en un ángulo de pared, entre la desilusión y la esperanza

—No creo que esto vaya a durar

y al final, qué sé yo por qué, dura, no con usted, esto no tiene sentido pero es verdad, imaginar una noche sin ti, no nos tocamos, no espero nada de nada y no concibo la vida solo, quién me aclara el motivo, si le preguntase a mi padre no me respondería con palabras, se daría con los talones el uno en el otro y seguiría saltando a lo largo del río, tres pasos suyos, cinco pasos míos y yo feliz, aún hoy lo que más detesto del mundo es el esófago, lo juro, he leído en la enciclopedia que no es más que un tubo y qué extraño detestar un tubo, mi padre, desde el interior del tubo

—Estoy bien

mirando a la pared

—Estoy bien

para que yo no viese lo que él no quería que viese, se lo comenté a mi esposa y no me respondió, anoche, voy a decir una cosa, me apeteció abrazarla pero uno de mis pies tropezó en uno de sus pies y su pie huyó, por la mañana la oí dormida

—Señor

y vino hacia mí un brazo que, al reconocirme, se marchó, seguro que si me voy de aquí no me pide que me quede, me ve hacer las maletas como si tal cosa, coger una o dos cosas de mis padres como si tal cosa, en qué me habré equivocado, si le preguntase soplaría distraída

—¿Equivocado?

en una especie de susurro no de burla, ausente, debe de haber olvidado que nosotros, debe de haber olvidado mi nombre, debe de haberme olvidado y yo escuchando

—¿Equivocado?

hasta en el descansillo, tirando de la maleta con las dos manos que veinte años no se imaginan lo que pesan, no es solo la ropa y los objetos, es una figura con una bandeja andando entre mesas, es un

—¿No me ha visto nunca?

sorprendido, es la lluvia en la calle, cuántas veces, mientras mi esposa con el señor, hice ese camino, llegaba a casa de mis padres y no llamaba, me marchaba deprisa porque demasiados recuerdos, demasiadas memorias, demasiado frío en enero, el grifo de la bañera envuelto en trapos porque goteaba, siempre ha goteado, seguirá vertiendo no agua canalizada, un líquido viscoso y sucio del río y lo que me intriga es cómo llega aquí arriba, me marchaba rápido, por qué razón no hablabas conmigo ni me dijiste adiós, seré un imbécil, mi secretaria

—Mi príncipe

la madre de mi secretaria

—Has acertado de lleno niña es un príncipe

seré superfluo, me marchaba deprisa, es decir, miraba el piso de reajo porque si lo mirase sin ser de reajo trepaba los escalones, me marchaba no por la orilla del río, por las callejas que separaban los edificios, por donde no me viesen y me veían, un conocido de mi padre quitándose y poniéndose la gorra

—Ingeniero

y yo más rápido, equivocándome en el camino, recuerdo otra vez que me encontré a mi madre, de espaldas, entrando en el supermercado tirando de un carrito, tan de luto, tan curvada y si ella curvada yo curvado, dejémonos de monsergas, tenemos la edad de las madres, si fuésemos más jóvenes que ellas no seríamos sus hijos, una persona puede creer que tiene veinte años y andar así, verdad, o de repente faltarle una pierna, los alemanes entregan pasado mañana las porcelanas de los judíos con las que pagaron el último wolframio, mi secretaria apartándose el pelo de la frente, aunque nunca ha estado en la frente, uno hilillos en la cocorota y el resto lo he perdido, la madre de mi secretaria

—Le da un aspecto distinguido ingeniero

y no me da ningún aspecto distinguido, me da el aspecto de un canalla, mi padre llevaba gorra para disimular y yo riéndome en silencio, al colgar la gorra en el perchero me parecía que una parte suya, separada del resto, vivía aislada, mi madre no sé con, mi madre no sé con qué en la cabeza, no nostalgia, un sentimiento que nunca descubrí ni me apetece descubrir

—Era rubio

y de qué color es el esófago, mi madre

—No rubio rubio así clarito guapo

haciendo rayas debajo de las grúas, sumando fardos, gaviotas, lo que había alrededor, yo ni rubio rubio ni clarito ni guapo, uno cualquiera en la confitería, mi secretaria

—Si fueras uno cualquiera ¿crees que me interesarías?

ella atenta a las raíces y por lo tanto rubia rubia, guapa, aunque con las cejas negras, los alemanes rubios rubios, guapos, con las cejas rubias, en un granero, esto por la tarde, cuando las sombras en el suelo casi transparentes y la mía con ellas, en esa especie de claridad resucitada que antecede a la oscuridad, las porcelanas en cajas envueltas en mantas y periódicos, creo que grajos en los árboles, no sé, tampoco sé lo que pretende de mí mi esposa, no me pide que me quede, no me ordena que me vaya, señálenme un hombre, con uno es suficiente, que sea más joven que su madre, no lo hay, mi secretaria abandonó mis rodillas, qué bien, porque la derecha dormida, gracioso perder una pierna y recuperarla poco a poco, la rótula, el talón, mi secretaria, dicho así parece que me refiero a un mueble

—Crees que estoy contigo por tu dinero ¿verdad?

el médico guardó los análisis, qué cuadros tendrá en su casa, hay gente para todo

—Los repetimos dentro de tres meses espero que mejore con el tratamiento

la puntera de mi esposa horadando la tarima, nunca me contaste lo que pensabas sobre nada, nunca me contaste lo que sentías, si te preguntaba, es un suponer

—¿Estás triste?

un hombro encogiéndose, una vez, hace muchos años, mi padre me señaló una rama

—Son grajos

y bichos negros, que casi no recuerdo, desapareciendo todos al mismo tiempo, sin ruido, ni las alas se oían pero a lo mejor me lo he inventado como me inventé tu amor por mí, claro que a la secretaria no le importaba mi dinero, mis disculpas, he sido injusto, le importaba el modo de gastarlo, esto de la edad de las madres, en el fondo, es una trampa, tengo dudas de haber sido cercano a la mía, se pasó la vida lamentándose, a lo mejor lo he heredado de ella, aburro, insisto, molesto, debería quedarme con la ilusión de que un día, no importa cuándo, quizá ya con los pies por delante, dirás mi nombre y, como además de los pies por delante yo sordo, la cabecita inclinada gritando

—¿Qué?

con la mano en el pecho porque el corazón no es de hierro y nuestro nombre, sobre todo en un momento en que ya lo perdemos y nos volvemos ese de ahí, pronunciado de repente, asusta, sacude recuerdos imprecisos y sin embargo vehementes, un camión de lata de bomberos con la escalera rota, el cachorro que se comía los cordones de los zapatos trepando con nosotros, en estado de pánico, a un adulto, pero cuál adulto, entre lágrimas, los primeros asombros con las

primeras niñas, el médico, las peras verdes y amarillas de vuelta pero ahora el amarillo más oscuro, ya va siendo hora de sustituir la fruta, doctor, el médico a mi esposa, comprobando la balanza

—El peso desgraciadamente no ha variado vamos a probar con un medicamento cubano

y su cuerpo oscilando un poquito, la pobre, una lágrima que impidió el párpado, no lo impidió, lo impidió, un centelleo que no vio nadie y fue la primera vez en tantos años, veinte o veintidós, por ahí, nos lo tomamos a broma pero el tiempo pasa, me he dado cuenta, la continencia del oficial alemán después de las porcelanas, rubio rubio, guapo, si mi secretaria le pusiese la vista encima miel sobre hojuelas, mira esa frase es de mi padre, me ha salido, de golpe y porrazo, cuando menos se espera, se expresan a través de nosotros, no hay una única mujer a quien le temple el alma, mi padre, quédese un segundo conmigo, señor

—Debido al esófago cualquier día estiro la pata

y el resultado fue mi madre por el pasillo sonándose, mi padre a mí

—¿Le he hecho algo malo?

y yo, sin dudarlo, no le he hecho nada malo, qué manía, delante de los brazos tan delgados y de las costillas al aire, curioso cómo aumentan las encías e incluso los dientes que se perdieron enormes, cómo se dilata todo cuanto es hueso y se vuelve blanco y lo que no es hueso, gestos, tics, miedos, también se transforma en hueso, la voz hueso, la respiración hueso, la garganta un hueso que declara con dificultad

—Estoy jodido

y tropezamos con el

—Estoy jodido

en lugar de oírlo, qué frase tan extraña de aceptar

—Estoy jodido

que sostenemos con dificultad, mirando alrededor con la esperanza de dejarla donde nadie la lea y nos olvidemos de ella, no insista

—Estoy jodido

padre, no me aplaste con su agonía, no atormente el borde de la sábana con los dedos, cálese, mi madre, al encontrarme en la galería

—¿Al menos se ha dormido?

y creo que sí, señora, va a dormir mucho tiempo, en las grúas puede trabajarse durmiendo, pasear a lo largo del río durmiendo, pronunciarse

—Ni miel sobre hojuelas

en el interior del sueño y es que ni miel sobre hojuelas, padre, al respetable público le gusta que descansa, después del oficial alemán los artistas que me acompañaron a Cascais todos portugueses, el señor, en lo alto de las escaleras

—Muy bien muy bien

con la secretaria rubia detrás de él y en la ventana alta el espantapájaros de la esposa espiando, el medicamento cubano dolores de cabeza, mareos, vó, las porcelanas, el señor

—Los alemanes tienen razón fíjense lo que han robado los judíos

mi esposa dolores de cabeza, mareos, vómitos, la puntera del zapato ya no dando golpes, torciéndose, el médico, con la misma corbata, que le mermaba la competencia al hacernos pensar que era la única que tenía, le aseguró a mi esposa

—Con el tratamiento las molestias disminuyen

mi esposa con un vaso de agua en una mano y una pastilla entre el pulgar y el índice de la otra, mirándola por todos lados, nunca he visto a nadie odiar tanto algo, se quedaba siglos con ella en la boca cerrada en lugar de preguntarme, navegando sin peso entre las mesas de la confitería

—¿No me ha visto nunca?

la sonrisa, si me puedo expresar así, no quiero herir a nadie, la sonrisa que no le cabía en la cara, me hacía revolotear dentro de mí como un gorrión ciego chocándose sin parar en la exaltación de sí mismo, mi secretaria

—¿No te encuentras bien?

y yo sentado en el borde de la cama, con ganas de responder

—El medicamento cubano la está matando lentamente

y por qué razón antes de la grasa, explícamelo, el señor en vez de mí, cuando te daba la toalla en el tenis me la arrimaba a la mejilla en las partes de la tela que apretaban sus dedos, lo que te removías si él hablaba con otras, qué me faltará para poder seducirte, mi secretaria, besándome la nariz

—No te falta nada príncipe mío

yo que odio que me besen la nariz, me da picores, me la froto para quitarme el beso y no sale del todo, la molestia de algo de más que me irrita, yo a mi secretaria

—¿No tienes un sitio mejor donde besarme?

y ella acariciándome las manos

—Perdona

porque un vestido en la tienda, porque han llegado los zapatos de la colección de invierno, porque los padres necesitan una lavadora en condiciones y un fogón de cuatro fuegos en lugar de tres

Para las comidas buenas que te gustan

como me gustan las medias de red y las bragas con abertura delante, encontré todo eso en el armario de mi esposa junto con antifaces de satén, una varilla, un objeto cilíndrico del que no voy a hablar, no queda bien, en qué te has convertido después de conocer al señor, al final quién eres, no te apetecía pasear conmigo por la orilla del río, ver a las gaviotas partiendo mejillones en las

piedras, los patos silvestres a ras del agua, por parejas, sumergiéndose de repente, qué nos ha pasado, explícamelo, mi hijo pequeño, igual que el señor, vendiéndole los juguetes a los hermanos, jugará al tenis los sábados por la tarde, corregirá informes, dará órdenes, encerrará a la esposa en una habitación, será rico, pasé por la calle de la confitería y una tienda de moda en lugar de los pasteles, ninguna mesa, ningún dueño en el mostrador, cogiendo dulces de las bandejas con unas pinzas, él que los puso con los dedos, ningún grupo de viudas tomando el té con el meñique en el aire, A Ideal Da Avenida encima de la puerta, mi secretaria un lunar en la mejilla que empezaba a ponerme nervioso

—Podías quitártelo

y se lo quitó pero ahora es la ausencia del lunar la que me pone nervioso, si mi secretaria se me arrima me quedo tieso, rezando para que me suelte y sin embargo sus piernas, sin embargo las nalgas no como las de mi esposa, duras, redondas, no lo entiendo, con los meses mi padre me fue haciendo menos falta, ni siquiera me alegraba el recuerdo de sus bromas, tonterías infantiles, piruetas ridículas, mi madre, que lo disculpaba más que yo, emocionada

—Siempre ha sido un niño

y la chaqueta, en el armario, balanceándose haciendo monerías

—Buenos días respetable público

que alejaban vagos deseos de llorar bajito, treinta y cinco años de gaviotas y grúas, tachando cruces en un cuaderno sin que yo consiguiera articular hacia dentro

—Padre

no siento su falta hasta ese punto, para ser sincero hoy día no siento un pito, recordarlo sí, claro que lo recuerdo pero no me viene nada a la cabeza relacionado con nostalgia o tristeza, perdone, es lógico que paseamos y estuvimos el uno con el otro, quedan algunas gaviotas, algunos barcos, lodo, usted no me queda, el esófago hizo su trabajo y limpió los restos con un trapo, quedan un par de talones ridículos chocando y por lo que a mí respecta quédenselos, no me hacen falta, él que siga por ahí como un fantoche insistiendo

—Me siento bien

que le aproveche, hay un cierto tono en mí que, cuando lo uso, los demás ni pío, mi secretaria, la última vez que estuve en su casa, y cada vez estoy menos en su casa, susurrándole a mis caderas

—Hoy estás perezosa

mientras el médico, y yo distraído con la alcayata en vez del cuadro de la fruta, que aunque clavado en la pared, no en mi barriga, picaba

—Quizá no sea mala idea suspender el tratamiento un mes o dos a ver qué pasa

mi esposa cogiendo el bolso a dos manos, con fuerza porque las falanges blancas, un teléfono sollozaba hambres de bebé en el pasillo, la empleada del médico, al teléfono que por fin se calló

—A ver si encuentro un hueco en la agenda donde encajarlo

el señor

—¿No han tenido problemas en el viaje?

y no tuvimos problemas en el viaje, señor, excepto el viento y la lluvia, un caballo cojeando, estoy, con un trozo de carro deshaciéndose, perezoso hoy, mi secretaria

—Vamos a animar la cosa

a gatas sobre mí

—Vas a ver que esto lo arreglo yo

mi esposa, tomando nota del encargo del cliente a mi izquierda

—Puede ahorrarse los gestos cuando tenga tiempo lo atiendo

informando a la barra

—Un café cortado

mi secretaria

—Confiesa que tu gatita te está dando placer

anillos, pendientes gigantescos, collares, pulseras, los dientecitos que me costaron un dineral todo en fila, perfectos, no treinta y dos, cincuenta, el dentista

—Una boca de mucho cuidado amigo

de mucho cuidado y un cheque de los grandes, mi madre distinguía todos los pájaros

—Son abejarucos

porque su padre cazador, charranes, pinzones, petirrojos, agoreros y los conocía de pequeña, hay un retrato suyo del día de la boda, no risueña, arrugada, casi solo cejas, nunca lo enseñaba

—Era tan fea

y lo era, madre, siempre fue fea, creo yo, como creo que estaba agradecida a mi padre por haberse casado con ella, en las fotografías que quedan de los dos intenta siempre esconderse, qué vio en ella, señor, mi padre, por una vez serio

—Cuando se la miraba más tiempo tu madre empezaba a cambiar

y a lo mejor es eso, no miré el tiempo suficiente como para ver los cambios, mi secretaria

—Confiesa que está cada vez mejor

mi esposa sin mareos pero seguía engordando, hoy día no considero a mi madre fea, me he acostumbrado, solo disminuyó de tamaño, cualquier día se borra y ahí estaré yo, que detesto los cementerios, escuchando los latinajos del cura, distraído con las fechas de las lápidas, echando cuentas comparando la extensión de la vida de los finados con la mía, mi esposa sin mareos aunque seguía engordando, no se creen lo que voy a decir pero incluso así capaz de, palabra de honor que incluso así capaz de, lo siento por la noche y los domingos por la mañana si me levanto más tarde, no me molestaba que, una vez se lo dije y, por un instante, el pelo viviendo solo, aquel movimiento de la cabeza de antes, le toqué la espalda y no me repelió, arrimé la barriga y se quedó quieta, solo al intentar darle la vuelta

—Déjame

no enfadada, ni siquiera rechazo, una especie de silbido

—Déjame

que me olía a

—Sí

casi seguro

—Sí

seguro

—Sí

de modo que la ba, el señor

—El presidente quiere dos tercios de las porcelanas para venderlas en el extranjero

rriga contra sus riñones, mi esposa por fin mi café

—Atibórrese

en una especie de enfado, si me hubiera atrevido en aquel momento un codazo

—¿Está loco o qué?

y ahora ningún codazo, aceptándolo, no sé si tengo fuerzas para darle la vuelta y el cuerpo es capaz de rodar en la sábana, su pecho enorme, los muslos con raíces en el catre, me apeteció encender la luz y no encendí la luz, me pareció que dedos y quizá no fuesen dedos, busqué y eran dedos contrayéndose un poco, más que eso, casi apretándome la muñeca, apretándome la muñeca, mi secretaria desde abajo

—Mira la perezosa cómo se despierta

y era verdad, no puedo precisarlo con exactitud pero algo mío despierto, con una animación difusa, charranes, madre, ayúdeme a distinguir los charranes, su forma de volar, su voz, cómo se posan, cuando dije que era fea estaba bromeando, fíjese en mi belleza, algún trozo, es verdad, tenía que heredar de usted y mi padre

—Todos los artistas son portugueses

con los talones el uno contra el otro y el saltito, la alegría, voy a contarle un secreto, no hay esófagos y por lo tanto nadie puede morir de lo que no existe, estamos todos, usted, mi padre, yo, mi esposa, mi secretaria y ahora déjeme unos minutos, no necesito más que unos minutos, solo con ellas porque no sé cuál de las dos me llama

—Mi príncipe

cuál de las dos dándome el café

—Atibórrese

cuál de las dos, triunfal

—Se acabó la pereza

porque no sé con cuál de las dos, y al mismo tiempo que ella, grité.

Como dice mi madre que ya ha pasado por todo en la vida y ha aguantado de pie, qué remedio, empezando por el padrastro y acabando por mi padre, la prueba es que todavía está ahí para lo que se tercie, si no nos movemos nadie lo hace por nosotros y, a mi costa, fui aprendiendo la lección, perdonen la interrupción pero me ha venido ahora mi madre pequeña, mirando la laguna donde mi padrino acababa de tirarse, no llamando a nadie, muda, de puntillas para verlo abajo, en medio de restos de agua y hierbas porque casi no ha llovido este invierno, no murió ahogado, murió de una fractura de columna o algo así, eso me contaron puesto que no nací en la provincia, nací en una maternidad y por lo tanto puedo ser otra, es imposible que no se cambien los niños, una vez le pregunté a mi madre si estaba segura de que no me habían cambiado, lo que no faltan por ahí son niños y, con tantas cunas, es posible equivocarse, de dónde era este, de dónde era aquel y lo confundimos todo, mi madre pensando, cuando pensaba uno de los ojos más redondo que el otro por el esfuerzo, menos mal que usa gafas que nos protegen de ella, mientras que cuando no piensa, lo que sucede la mayor parte del tiempo, una persona normal, me dijeron que, de jovencita, el padrastro llamándola en un rincón del jardín, donde iban las lagartijas a aprender a convertirse en cosas, me dijeron que un tío mío amenazó al padrastro con la hoz pero solo le cogió la ingle y él, desde entonces, torcido, parece que no mucho, un retraso de la bota que se notaba al entrar en casa, incluso antes de verlo

—Otilio

puesto que una de las suelas andaba y la otra rozaba, incluso en la cena mi tío de la hoz no soltaba la herramienta, por si acaso, él con la hoz y el padrastro de mi madre con la navaja, midiéndose, mi tío, hermano de mi abuela, igualmente un ojo más redondo e igualmente con gafas, más grandes que las de mi madre y con un trozo de alambre en la patilla, no son solo las personas, las gafas también claudican, y el qué no claudica, señores, llega un momento en que un hueso abandona

—Ya está

y en lugar de moverse pasa a íntimo de la meteorología

—Me duele va a llover

o

—Mañana sol qué bien

logrando unos pasitos oblicuos hasta el banco de la huerta, afortunadamente nací en Lisboa a

pesar de correr el riesgo de no ser esta, a lo mejor me han tratado mejor que a esta, a lo mejor me casé, a lo mejor toqué el violín o morí de amor por un veterinario, cómo me llamaré, me gusta Irene, no me gusta Noémia, me recuerda a una compañera del colegio que se llamaba Lucinda pero lo tenía todo de Noémia, hasta el hoyito de la barbilla y las pecas de los brazos, díganme una Noémia gorda que no encuentre ninguna, la del bazar una estaca, una de las mecanógrafas de la oficina hombreras en el pecho, que ella encaja mejor convencida de que no nos damos cuenta, prefiero Irene a mi nombre, o Cândida, o Ester, que dejan sabores diferentes en la boca, el mío soso como la palabra níspero o la palabra bombilla, las pronunciamos hacia dentro, imaginando que sí, y echadas fuera monótonas, lo que nos engaña la fantasía, a lo mejor me he equivocado con el ingeniero y mi madre jura que no, unos meses más y lo consigues, todo se andará y tú a veces te echas al lado, todavía no entiendo qué interés tiene coger moscas, si nos las vemos negras para espantarlas cuál es el placer de coleccionarlas, las moscas, además, supongo que no nacen, vivimos con las mismas desde el principio, las personas pasan pero los insectos eternos, a los perros una inyección en el veterinario, a las moscas nunca lo vi, yo a mi madre

—¿Las moscas quedan siempre?

y ella pensándolo, no se lo tengo en cuenta porque no es de Lisboa y la gente de provincia no aprende botánica, para acabar con el asunto del regidor, en cuanto pilló al padrastro de mi madre con la nieta cogió la escopeta, se la puso en los riñones

—Levántate

y lo fue conduciendo hasta el pozo, no el de mi familia, el suyo, con mi abuela detrás, el padrastro de mi madre

—No he pecado

esto en la época de los naranjos, cuando empieza la niebla, es decir un espacio entre las cosas, gente que no existe tosiendo a nuestro lado, hechas de gasa, no de carne, una distancia de lentes turbias entre la gente y nosotros, se estira la mano y nada, se encoge y una capa, el regidor, amigable

—Venga venga

guiándolo con las mangueras, el padrastro de mi madre

—Le juro que no he pecado

y un vientecillo en la punta de los sauces, tan lejos del suelo, sonidos del riego fuera de su canal, un tejado caído, enredaderas que siempre quedan bien, añadido yo para embellecer, a quién no le gustan, los racimos, el olor, la impresión de paz, el regidor al padrastro de mi madre

—Un poco más rápido que tengo las vacas esperando

con esos mugidos de necesitar que les quiten la leche, prefiero Irene a mi nombre, mira, Gabriela, por ejemplo, no me desagrada, si parí a una hija no lo sé bien, así de repente lo dudo, hay veces en que me quedo como tonta del todo, después cambio, el regidor y el padrastro de mi

madre acercándose al pozo unidos por la línea de la escopeta, quien los viese de lejos los tomaría por compinches y lo eran, cazaban juntos, eran pareja en el dominó de la farmacia, cuando llegaban mujeres por un día o dos iban en grupo al pueblo apestando a perfume, volvían con la corbata en el bolsillo, descompuestos, felices, si mi abuela abría la boca el padrastro de mi madre

—Chsss

y codazos, risas, la vida no es solo orugas en las lechugas y la vejiga que aguanta mal, todavía hay gente atenta que anima a los pobres

—Espabilate anda que la fila es larga

compañeros de pueblos cercanos igualitos a ellos, limpiándose las manos en el pañuelo para esconder los nervios, el pozo del regidor más grande que el nuestro, con el cubo en el borde y la cuerda enrollada en el suelo, el padrastro de mi madre caminando despacio hasta que el cubo allí delante

—¿No podemos olvidarlo socio?

casas cada vez menos claras, árboles inexistentes, la niebla una pared que atravesaban con dificultad y sin embargo la enredadera completa, incluso en la oscuridad de las noches la distingo hoja a hoja y desgraciadamente no podemos olvidarlo, socio, lo preferiría, Gabriela un nombre que acaba de forma airosa, basta con separarlo, Gabri espera un poquito y después ela, la manera como el ela se expande por el aire, sin embargo Dulce, otra posibilidad, un freno en la l que no me hace feliz y Alzira la sílaba del centro demasiado alta para mi gusto, el regidor al padrastro de mi madre

—No te lo pienses tírate, tampoco es muy complicado llegas abajo y ya está como el padrastro de mi madre, conformándose, pensando,

—Sencillo para ti costoso para mí es la vida
tendiéndole la mano al regidor

—Adiós Cosme

que puso la escopeta a la izquierda para devolver el saludo

—Nos tocaba siempre lo peor adiós Otilio

les tocaba siempre lo peor y, aun así, ganaban, los clientes de las mesas vecinas lo presenciaban con la boca abierta, de pie a su alrededor, excepto el campanero de la pipa a quien, las enredaderas cada vez más claras, Irene, Gabriela, miren cómo se levanta, el campanero de la pipa al que buscaban un banco por respeto a la profesión, parece que tiene vida propia, no necesita Gabri para nada, el regidor insistió, con un afecto sincero

—Adiós Otilio

en el instante en que el cuerpo del padrastro de mi madre se aplastaba en el fondo y estuvo presente en el funeral, disgustado, como fue al velatorio después de dedicarse a las vacas con gestos de arpista, el relente del establo lo consolaba siempre, existe un je ne sais quoi en los

animales que tranquiliza a las personas, no solo la paciencia y la humildad, una tierna comprensión, cuando se levanta la niebla, me pregunto, el mundo es el mismo o ha cambiado, en mi opinión más materia en los objetos, más solidez, más firmeza, las paredes más paredes, los aparadores más concretos, realmente tocamos al tocarlos, las personas gente de verdad, no espectros, ninguna difunta por allí buscando el dedal, solo nosotros, la realidad del universo una evidencia que tranquiliza, como dice mi madre que ha pasado por tanto y siempre aguantó de pie, qué remedio, adiós Cosme, adiós Otilio, emocionante la confirmación de una amistad en el borde del pozo, si no nos movemos nadie se mueve por nosotros he aprendido la lección, cada cual cuida de sí mismo y Dios de todos menuda mentira, cada cual cuida de sí mismo y chsss, si Dios nos cuidase a todos se pasaría todo el tiempo corriendo de un lado al otro y el resultado un trabajo mediocre, los enfermos solo medio curados y las lluvias donde no son necesarias, si yo viviera en la provincia me cogería un enfado de muerte entre un porche y una viña, sitios en que se avanza por la carretera casi sin mirar y en la carretera una picota, un quiosco de la música, desaparecidos la picota y el quiosco de la música tinieblas, mi madre

—Tuviste la suerte de salir de mí en Lisboa

por la zona del aeropuerto, al norte de la ciudad, una habitación para los tres y el baño compartido, cuya puerta había que agarrar, en un extremo del pasillo, recuerdo a una mujer con un hornillo de petróleo cocinando fuera, sentada sobre los talones, chavales tirando ladrillos a los coches en el viaducto, a una chica, mejor vestida que nosotros, que siempre me hacía una caricia y metía amigos en el agujero de al lado, su voz

—¿El qué no vas a pagar gilipollas el qué no vas a pagar?

y el hombre, que la ayudaba a cerrar los negocios, primero alto

—No nos insultes

y después una pausa, confidencial

—Como aquí los consejos del abogado son caros mejor que sueltes sobre la cama todo lo que llevas encima

sin mencionar el reloj, el cordón, el anillo, a veces la cazadora, me acuerdo del calvo que, el ingeniero, se desabrochaba la pierna de palo para darle a la esposa mientras ella argumentaba, desapareciendo por donde podía

—En el cementerio ya nadie compra flores Aurélio

el ingeniero fijándose en mí en la oficina

—¿Quién es esa?

y yo, fingiendo que no lo oía, soplándome el barniz de las uñas al coger el teléfono

—Voy a pasar un momento a la dirección

con los aros de los pendientes tintineando, dónde ha quedado eso, yo por esa época diecisiete o dieciocho años, perdón, diecinueve, mi padre vigilando el garaje del banco y nosotros ahora en un

cuarto, un sótano que un señor, en una residencia con la esposa, ayudaba a mi madre a pagar

—Armindita

porque, como ella dice y es verdad, si nos movemos nadie se mueve por nosotros, del sótano pasamos al bajo y del bajo al primer piso, mi madre, con lágrimas en la voz

—¿Regalado señor Arquímedes?

secando una humedad agradecida, de la que nadie se dio cuenta, en el delantal, el hecho de que nadie se diera cuenta no significa que no existiese, por el contrario, seguro que existió puesto que las lágrimas del alma, por ser profundas, discretas, el señor Arquímedes, más atento a mí que a ella, abrochándose, será, el cuello de la camisa

—Te lo mereces Armindita te lo mereces

será que la niebla sigue en el norte, mi padre, nostálgico

—Si vieses las mimosas en junio

o la matanza, o la criada del abad que le quitaba los zapatos por la tarde en la parra

—Refrésquese los pies

en una palangana esmaltada como hizo Jesús con sus discípulos, viene en el catecismo, no se niega, en ese instante, él tiene extrañezas en el cerebro, se me vino a la cabeza que tuve un tío Joaquim, murió de fiebres en África, no sé para qué sirve pero no lo saco del libro, buenas noches, tío, mi padre, contento de acordarse del abad y de la criada

—Refrésquese los pies

mi madre, sin paciencia con él

—No dejó la provincia el imbécil

fue el señor Arquímedes quien nos consiguió los empleados en el banco a mi padre y a mí

—Vas de telefonista pequeña

a través de un pariente, creo yo, qué importancia tiene, lo que mejor recuerdo es intentar besarme y yo apartar la cabeza, me acertó en la oreja y solo de pensarlo todavía me apetece arrancármela, no me la arranqué de milagro, hay ciertos detalles que por mucho que nos esforcemos no se desvanecen, no era el contacto de la boca, era lo desagradable de aquello y el aliento en la piel, si pudiese ver dentro apuesto que solo un ventanuco empañado y en la claridad del ventanuco, donde se agitaban polvaredas, el ingeniero, detritus confusos, el ingeniero deteniéndose a mirarme, preguntándome quién era mientras yo le daba a los botones y pasaba llamadas, me compré otro vestido, otro anillo, zapatos elegantes porque si no nos movemos nadie se mueve por nosotros, mi madre, aquí yedra en un trozo de muro, me regaló una pulsera y unos pendientes gracias al señor Arquímedes y yo lista para taparme las orejas ante el pánico de un beso, temo que un hijo me estropee el cuerpo, tengo ejemplos de sobra, la celulitis, las varices, pero si el ingeniero insistiese que alternativa me quedaba, mi madre sugiere que aguante para ver en qué queda todo y probablemente tiene razón, no sé, creo que sí, es más sensato aguantar, mi

padre se preparaba para su punto de vista y ella enseguida, sirviéndome la mejor carne de la bandeja

—Chsss

la carne que seguía a la mejor para ella y empujando lo que quedaba para mi padre, ordenando

—Atibórrate

de modo que él cenando huesos y grasa como los perros de los tazones, el ingeniero a mí

—¿Le gustaría trabajar conmigo?

estudiándome, fiebres es vago, ese tío Joaquim de qué habrá fallecido, junto a quién, en qué poblado, qué piensa la gente en esos momentos, además de lo peor en qué pensó el padrastro de mi madre al bajar el pozo, con los brazos abiertos de ladrillo en ladrillo, en mi cabeza pensó

—No me voy a morir

y después de morir qué es lo que nos pasa, el ingeniero un traje muy caro, un reloj muy caro, el agua de colonia que lo vestía a él empezando despacito a vestirme a mí, me tiró un poquito del pelo

—Tíñase de rubio

no en el peluquero al que solía ir, en uno que no conocía y que pagó el banco, el jefe de contabilidad con una simpatía nueva

—Deles esta tarjeta

una segunda tarjeta para la boutique, una tercera para la joyería, una cuarta para el maquillaje, una quinta para los masajes, el ingeniero al jefe de contabilidad

—Tráigamela cuando esté lista

el jefe de contabilidad, cada vez más simpático

—El ingeniero es el brazo derecho del señor niña

melindroso, niña, a medida que yo continuaba, con un teléfono a cada lado, repartiendo mensajes, mi madre

—Lo sabía

y mi padre, secundario, en la galería, el vigilante del garaje, el que aceptaba propinas, ganas de ordenarle

—Trátame también por niña

echando de menos cavar en el campo y las cosas de la viña, las plantas parecían crecerle solo con un gesto, le silbaba al perro y el rebaño se juntaba, no se acostumbraba a Lisboa, sin campos ni liebres, se desplazaba por la calle como si hubiese cardos pero las nubes, desconocidas, no le dejaban adivinar la hora, miraba las legumbres del ultramarinos con un cariño nostálgico, si se encontrase un pozo quizá él

—Adiós hija

confundido con árboles que no conocía y jardines sin relación con el mundo, criticaba el

invierno

—Esta lluvia no vale para nada

no entendía que los gansos no migrasen, los edificios lo confundían

—No hay tierra

le apetecía entrar en el jardín y no había jardín, orinar en el escalón de las traseras y ningún escalón, aceptaba los días como aceptaba el hambre cuando era una criatura, coles, nabos, un choricito pasado, decidió

—Me marchó

y se quedaba, mirando la entrada del cuarto sin rastrillo al hombro, cuando el jefe de contabilidad me llevó al ingeniero una mirada rápida de soslayo

—Todavía no

y el pelo más rubio, vestidos más ajustados mientras mi padre se acordaba de gansos muy arriba, en triángulo, en dirección al embalse, mi madre con pena de él, pena de ella, echando de menos a la criada del abad que le daba ciruelas, hasta el incendio en el pinar, con la campana de la iglesia gritando, gritando, de repente un zorro que se hacía nada en las moras, un viento sin castaños dentro ni palomas contra los troncos, quién ha hecho Lisboa, señores, y se olvidó de la ruina de iglesia donde la hierba iba cubriendo los altares y sin embargo Dios más por allí, íntimo nuestro, un compañero, un vecino, mis padres esperando que un gato montés atravesara el salón, el ingeniero

—Lo demás se va consiguiendo poco a poco mañana empieza a trabajar

yo que me costaba reconocermé en los espejos, esta cintura, estos hombros, el váter al final del pasillo faltándome más, la mujer con un hornillo de petróleo cocinando fuera, la chica que metía amigos en el cuarto al lado del nuestro

—¿El qué no vas a pagar gilipollas el qué no vas a pagar?

y el hombre que la ayudaba a echar cuentas, la esposa del cojo huyendo por los rincones

—En el cementerio ya nadie compra flores Aurélio

Irene, Dulce, Alzira, todos mis nombres, el ingeniero

—A partir de ahora se llamará Alexandra

mi madre

—¿Alexandra?

posada en la rama de las zapatillas, con las plumas hinchadas, la garganta palpitando muy deprisa como siempre con los pájaros y la lombriz del nombre en el pico, yo con gestos más delicados, consciente del carmín que le coloreaba toda la cara, del pelo que volvía la tulipa del techo más grande y hacía que la casa mereciera muebles más caros, mi madre cambió mi copa por una copa guardada en el armario, con un friso dorado, que le regaló al casarse la esposa del veterinario

—Ten cuidado que es de cristal

y realmente, al tocarla, un sonido sin fin, mi madre llevaba a las vecinas a verlo

—Es de cristal

sin tocarla, solo se contemplaba, si la cogiesen el sonido interminable llenaría la casa de hadas, no me sorprendería que un ángel por allí, o una princesa, o un duende, mis pestañas hacían el mundo misterioso y sutil, con los tacones no era yo quien se balanceaba, era el universo que me admiraba, el ingeniero me ponía la palma en el muslo y yo de repente tan humana, qué susto

—Tráigame los documentos de la fábrica

de pie al lado de la mesa mientras él escribía, me llevó al tenis del señor donde un vagabundo casi nos atropelló sin fijarse en nosotros y en una vidriera muy alta, entre cortinas, una señora moviéndose, una docena de mujeres idénticas a mí, no, mejor vestidas que yo, con gafas oscuras y sombreros de ala ancha, un empleado con chaqueta blanca sirviéndolas, carcajadas, charlas, una chica desnuda, de piedra, en el centro de un estanque y un hombre, también de piedra, inclinado hacia delante, listo a lanzar no sé qué a los pinos, las mujeres mejor vestidas que yo ni siquiera me dirigieron la palabra, una rubia con el señor y me huele que también se llamaba Alexandra aunque prefiriese Irene, el señor

—Aquella es mi esposa

sin mirarla, más allá de los pinos se sentía el mar o sea demasiada agua para mí, una bañera es suficiente, y el viento lanzando unas dunas contra las otras, higueras silvestres, pitas, el principio de una sierra oculta por las nubes, la hija del señor perfeccionando con el anillo a un perrito sobre sus rodillas, el ingeniero en el automóvil

—Vamos a hablar a un sitio tranquilo

es decir un hotel en una especie de parque, y esperé en el automóvil a que el ingeniero trajese la llave de la habitación, pensando

—¿Y ahora?

con una niña en el asiento trasero del automóvil de al lado haciéndome bromas y enseñándome juguetes, una ambulancia, un hipopótamo y arriates de geranios a la izquierda, después del hipopótamo una ametralladora de plástico que disparaba pelotas de ping-pong que saltaban dentro del coche, la niña, feroz, matándome, reforzándose con un puñal de goma que aplastaba sobre la tapicería, pueden verme ridícula pero yo muerta de miedo, cuando llegase el ingeniero con la llave encontraría un cadáver en el asiento y, a propósito de cadáveres, que yo me acuerde no he visto nunca ninguno, si me encontraba gente de luto hablando en la puerta lateral de las iglesias me alejaba enseguida, no por miedo, por, para qué mentir, por miedo, un día, y cruzo los dedos, que se borren mis padres no lo miro, espero a que se los lleven para salir de mi cuarto, me quedo oyendo pasos lentos, solemnes, y ya está, incluso no sé si soy capaz de entrar donde ha habido enfermos, siempre queda algo por allí que me produce escalofríos aunque la familia jure que no,

basta algún chisme, un monedero, una santa de barro, para reconstruir una vida, la niña se cansó de matarme señalando con orgullo su propia boca en que se balanceaba un diente de leche, el ingeniero bajó dando saltitos, lleno de juventud energética, las escaleras del hotel, la niña soltó el diente de leche, le tiró una ráfaga de pelotas de ping-pong y yo deseando tranquilidad, harta de trastos que botan, sean vivos o pelotas, denme un poco de serenidad, el ingeniero a mí

—Suba primero y deje la puerta entornada

en una época en que los geranios oscilaban sin mencionar una palmera dándole a los riñones y un sujeto, con un cortacésped, estremeciendo la costra de la tierra, esto lo aprendí en el colegio, a la entrada del hotel una cascadita que hervía en burbujas hacia un lago con peces, por lo menos esos, venga ya, quitando las sirenas, que dicen les gusta canturrear, ni un eco pero quién me asegura que no sale uno del agua, apoya el codo en el borde, e inicia un aria, esperé el ascensor junto a una pareja sin equipaje que fingía no conocerse, la mujer fija en la flecha hacia arriba del cuadrado a la izquierda y el hombre en la flecha hacia abajo del cuadrado a la derecha, la mujer, con un gesto infantil

—¿Apostamos cuál llega primero?

el hombre, después de comprobar mejor que no me conocía

—¿Qué consigue el que gane?

la mujer un empujoncito

—Si ganas consigues lo que estás pidiendo desde hace meses y yo me niego

en un tono desafiante que se deshizo en una risita, el ascensor, por azar el de la izquierda, se abrió antes de aceptar la apuesta y nosotros tres allí dentro multiplicados en los espejos, rígidos, formales, siguiendo los números, se encendió el uno, se encendió el dos, el tres no se encendió, al dejarlos en el cinco el hombre se arrimaba a la mujer con un apetito hecho solo de encías, lo que no faltan en el planeta son sapiens que, además de gustarles cosas raras, no crecen, mi madre, por no ir más lejos, sobre mi padre

—Siempre serás el mismo

y la verdad es que no lo era, envejecía y con el frío de la vejez no se quitaba el chaleco en casa, si tirase de una de las puntas se ahorcaba, adiós, el quinto piso un pasillo interminable con puertas a ambos lados, el rectángulo de una silueta luminosa bajando escaleras corriendo, una manguera enrollada en un nicho de cristal, la indicación hacia un lado 501 a 525, una segunda indicación hacia el otro 526 a 550, una puerta sin número que decía Servicio, con una aspiradora, una tabla de planchar y bolsas de sábanas en el suelo, de acuerdo con las instrucciones del ingeniero dejé el 546 entornado y dentro un lavabo, una ducha y un váter con una cinta de papel sellándolo garantizando higiene, al lado del lavabo dos pastillas de jabón pequeñas envueltas en papel traslúcido y frasquitos de diferentes colores con elixires malignos de la época de la bruja de Blancanieves, cerca de los elixires un rollo de papel higiénico sustituto que finalizaba, ignoro la

razón, en un triángulo, tras estas conquistas de la civilización la habitación propiamente dicha, dos camas individuales pegadas, cada cual con un par de cojines para ganar tortícolis y el marco de una vista campestre a la que no le faltaba ni el becerro, si al menos cisnes y eso, en la provincia los cisnes sustituidos por gallinas y gente detrás de ellas con el cuchillo

—Niñas niñas

como el jefe de contabilidad a mí

—Niña

y yo por lo tanto una gallina, bien visto qué diferencia entre el ataúd y la olla, con el hornillo de gas o las lombrices cocemos exactamente igual, un mueble con una lámpara con la pantalla torcida, mesillas de noche atornilladas a la pared, una ventana a la entrada del hotel y allí estaban los geranios, el sujeto del cortacésped y los automóviles alineados, en medio de ellos el del ingeniero, sin estrenar, y el de la niña que me pareció vacío, con un sujeto cerca, supongo que el padre, buscando a la niña, mirando dentro, examinando los alrededores, y ya puede mirar y examinar que no lo encuentra, lo encontró aquí Alexandra, entretenida con la vista campestre, cuando giró la puerta entornada y, en lugar del ingeniero, la niña, con la ametralladora de pelotas de ping-pong

—Aquí estamos señora mía

empujándome mientras yo

—No tengo ganas de bromas

la niña avanzando, torciéndose y enderezándose el diente de leche con la lengua

—Sabe que el ingeniero está casado ¿verdad?

yo doblado hacia ella

—Te prometo que no ha pasado nada

pensando, enfadada

—¿Y ahora doy explicaciones?

y un escalofrío en los geranios, la sirena del lago cantando, se suponía que edificios más allá del hotel, una vía de tren, olas, la niña

—Responda deprisa que mi padre me está esperando

y la seguridad de que si abriese la boca mi madre enseguida

—Chsss

intentando protegerme como si una ametralladora de pelotas de ping-pong y un cuchillo de goma me hiciesen algo, qué estupidez, yo a la niña

—Vete inmediatamente de aquí

los geranios cada vez más lejanos, el hombre que cuidaba el césped microscópico y sin embargo me pareció que en un lugar impreciso glicinias, doy con ellas hasta en la noche más oscura, la niña

—Venía a pecar confíeselo

mientras sentía al vagabundo alejándose con sus pasos de siempre, la niña

—¿No está de acuerdo en que merece un castigo?

y por no estar de acuerdo estiré la mano hacia el cuchillo en el momento en que mi cuerpo se despeñaba por la colcha, el ingeniero en la puerta, con las manos en la boca, el vagabundo mirando hacia atrás sin verme y la niña marchándose con su padre disparando una andanada de pelotas de ping-pong en los cristales.

Era mi padre quien debería estar en el tenis, no yo, de modo que un payaso de verdad en medio de los payasos con gafas oscuras y sombreros de ala ancha, cuyas rodillas iban creciendo, creciendo, además de las rodillas piernas llamándome, no sé si me llamaban a mí pero aunque no lo fuese me llamaban, bien podían regalarme piernas por navidad en vez de corbatas, era mi padre quien debería estar en el tenis divirtiéndolos con sus tonterías, sus gestos ridículos, usted por qué así, padre, si en el fondo un infeliz, cuántas veces lo vi en el sofá de casa, con la cabeza entre los brazos y, al levantarla, una alegría postiza, mi padre dándole la mano al empleado de la chaqueta blanca al que nadie le da la mano, no se le da la mano a criados, en la cara del empleado un

—¿Y ahora?

avergonzado, fingiendo no verlo, nadie quería verlo, porque usted secundario, ojalá no lo hubiera visto nunca, los pobres solo existen para los pobres, para las personas normales una equivocación de Dios que remediamos evitándolos, si mi madre, algo más consciente de las realidades de la vida, estuviese por allí se moriría de vergüenza mientras le tiraba de la manga

—Perdón perdón

el señor dándole la razón

—¿Quién es ese idiota?

yo, qué otra cosa podía responder

—No lo sé

furioso conmigo mismo por responder

—No lo sé

con vergüenza porque usted me avergonzaba, su vocabulario, sus modales, su forma de vestir, en casa habrá alguna camisita en condiciones, unos pantalones decentes o no, tontaina, la única criatura que parecía hacerle caso era el vagabundo que se cruzaba con nosotros y nadie se daba cuenta es natural, otro loco, deteniéndose a mirarlo, con una consideración que me sorprendía, antes de evaporarse en los árboles de la China, el vagabundo con el que tropiezo desde que empecé el libro, en Cascais, en Lisboa, en el hotel, en la oficina, llegado no sé de dónde y dirigiéndose quién sabe en qué dirección, qué hace en mis páginas, siempre cogiendo trenes que no parten o sea los que más viajan, y a pesar de ello volviendo al escalón de la librería para el saco de dormir y el plátano, observándome a mí que escribo y no formo parte de ningún capítulo, la embajadora de Holanda, que reunía en su blusa todos los valles de la tierra, examinando a mi

padre y examinándome a mí

—No se ofenda con lo que voy a decirle pero tienen algo en común

y yo indignado, con el índice en las costillas, qué puede haber en común entre ese espantapájaros de carnaval y yo, enseñándome los peces en las alcantarillas, bacalaos, congrios, tencas, en la muralla gargantas esperando detritus, ganando poco a poco aletas y colas bajo la perplejidad de los pájaros, mi secretaria

—Da un aire

con la idea de dar un aire a sí misma, ahí está uno de los peligros de los pobres, quieren subir solos, de forma que la previne con un gesto que, cuando es suficientemente ruidoso, es el lenguaje que mejor entienden, el pánico del regreso a la miseria tan agudo en ellos

—Vas a volver enseguida al lugar de donde viniste

osea el váter al final del pasillo, la mujer del hornillo de petróleo, el último autobús cabeceando de charco en charco transportando el agotamiento y el sueño, ella escuchándome con los oídos que tienen las personas en el interior de los oídos

—Perdona

imaginándose pasando de nuevo llamadas, con unos pendientes idiotas de campanitas, tintineando júbilos de lata en el cuartucho de los teléfonos, el señor frotándose con la toalla que le daba mi esposa y me resultaba indiferente que se la diese, no me resultaba indiferente que se la diese, quedémonos en que no hablo de ese asunto delante de extraños, el señor elogiándola

—Una trabajadora excelente

mientras el recuerdo de mi padre se desvanecía de la memoria, cuántos años hace que falleció, cinco, seis, mi madre, desde el cesto de la costura

—Quizá no lo creas pero hay momentos en que lo siento a mi lado

vivo de la costa, palabra, momentos en que lo siente a su lado, a propósito si me permite la pregunta haciendo el qué, destapaba las cazuelas y volvía a taparlas llenándolas de humo, abría y cerraba cajones olvidando cintas y cordeles entallados que quedaban colgando, de modo que yo los abría un poco y empujaba con el dedo, cambiaba las cosas de sitio desordenando el universo y perdiéndolas, mi madre

—¿No puedes estarte quieto?

y no podía estarse quieto, fue necesario que el esófago pusiera orden en el sistema solar de forma que una parte en mí no puede dejar de agradecerse, mi secretaria, poniéndose las medias en el borde de la cama, ahora una pierna hacia arriba, ahora la otra, primero dobladas y después estiradas, denme un punto de apoyo y muevo el mundo, el dorso

—He visto unos pendientes en una joyería en una esquina aquí cerca

del pie no era su fuerte, debería estar más curvado, más lleno, puedes seguir viéndolos gratis, sin el relieve del hueso, si pasas por allí, los pendientes más bonitos en el escaparate que en las

orejas gracias al estuche y a la luz, yo a mi secretaria, buscando el agujero correcto del cinturón que a veces me falla, o me aprieta demasiado o se me cae por el culo

—¿Qué significa esa cara?

mi secretaria mirándose de espaldas en el espejo y ahí sí, me quito el sombrero, el dibujo de las nalgas, la rotación de los hombros, una de las cejas hacia arriba al enderezar la costura, mi secretaria dándose cuenta de que soy sensible a la ceja y es verdad, una ceja hacia arriba y un ojo examinador enseguida abajo vuelven agradable la idea de la muerte, no quiero, y después un brillito de saliva en el labio, y después una arruga desafiante en la frente, y después los pendientes abandonando el estuche, y después la cara a derecha e izquierda en el espejo del joyero, y después un toque para retocarse el pelo, y después la punta del índice en la punta de mi nariz

—¿No te gustan?

y después brazos tibios a mi alrededor, con una burla indefinida en la expresión

—Menudo tonto

del empleado, y después mi secretaria a mi oído

—Eres un amor

y el brillito de saliva calentándome la sangre, lo siento en el cuello, en el tronco, yo al empleado

—¿Algún problema amigo?

sin que el

—Menudo tonto

disminuyese, al contrario, el

—Menudo tonto

aumentando, el empleado ensanchándose en el mostrador

—Absolutamente nada señor

y yo, sin darme cuenta, mirándola a ella y los pendientes de modo diferente, sustituyéndolos por los aros de las campanitas coronando un vestido barato y unos zapatos gastados, esto al acabar la guerra, cuando los ingleses aumentando y el señor comprando a los alemanes que todavía quedaba lo que le traían de Polonia, de Luxemburgo, de Bélgica, ordenándome

—Deles los recibos que quieran que no les van a servir, era mi padre quien debería estar en el tenis los sábados por la tarde, de nada

algún que otro americano y mi padre corriendo detrás de las pelotas, mi esposa

—Eres igualito a él ¿lo sabías?

y creo que sí, en la pausa entre dos idioteces también pongo la cabeza en el brazo del sofá y, al levantarla, la mayor parte de las veces pensando en ti, imagínate, una alegría postiza, el tonto haciéndoles recibos a los alemanes y aceptando recibos de los suizos, mi secretaria torciendo el retrovisor, que después me cuesta siglos poner derecho, inclinada en diagonal arreglándose las

orejas

—¿No te gusta verme con ellos?

y me gusta verte con ellos, me encanta verte con ellos, qué sería de mí si no te viese con ellos, Dios mío cómo se enorgullecen los payasos de sus chaquetas de cuadros enormes y de sus narices rojas, la forma de andar con grandes pasos sonoros, aprietan una goma en el bolsillo y lanzan agua por los ojos, eso me daba miedo, no llores por favor, siempre he tenido un problema con las lágrimas, mi padre no lloraba, mi madre a veces, por ejemplo cuando perdió a su hermano de bebé, pero las escondía rápidamente, se le notaba porque le temblaba la garganta, me he acordado de ese pero era demasiado pequeño para ponerme triste, mi padre, en el velatorio, no saludó al respetable público, se quedó murmurando, de vez en cuando se acercaba observando con el deseo de que mi hermano se despertase, se quejaba

—Coño

y se marchaba de nuevo, quizá dentro de una hora o dos, quizá mañana, guardábamos lo que nos vendían en la caja fuerte del banco, los guiris compraban, creo que mi padre esperó hasta la última pala de tierra, no simpatía al hoyo, a distancia, la pierna de mi secretaria capaz de levantar la Vía Láctea entera sin esfuerzo

—Cuando te separes ¿nos casamos?

y ole, nos casamos, por qué no casarme contigo, payaso mío, y yo en el banco nuevo en Francia, en el banco nuevo en Mónaco, tú vigílándome en la mesa para enterarte del orden en que se usan los cubiertos, cuidadosa con los codos, luchando con una patata que huía por el plato, sonriéndole a los extranjeros que te hablaban en extranjero sin entender las palabras y qué importan las palabras, porcentajes, intereses, acciones, tras el funeral mi padre volvió a casa solo, sin esperarnos, sin gabardina, sin paraguas, sin abrigarse en un balcón, cuando llegamos él en la ventana preguntándole a las nubes, me entretuve un segundo en el umbral de la joyería, el tiempo de escuchar al empleado

—Estas putas

pero seguro que lo entendí mal, equivocación mía, el señor a mí

—En un mes o dos empezamos la cementera

la cementera, la compañía de seguros, mi secretaria

—Tengo que encontrar un anillo que vaya con esto

una casa de cambio en Londres, mi padre horas y horas en la ventana, con las manos en los bolsillos, era él quien debería estar en el tenis, los sábados por la tarde, divirtiéndose a las señoras, mi esposa

—No va a cambiar nunca tu padre

y no cambia, has acertado, en cuanto empieza a llover ahí está él sobre los cristales, los únicos momentos en que lo veo serio, si estuviese fuera tal vez le escurriese la pintura por la cara, así le

escurre el pelo, la boca, las mejillas, mi padre, sin volverse hacia la, y un anillo de hecho, por suerte casi al lado de la empresa, mi padre, sin volverse hacia nosotros

—Alegría alegría

dicho despacio, en un tono en que las sílabas significaban qué mierda, los peces del estanque de la Venus sin nombre, no atunes, no delfines, no tritones, cogían un insecto en la superficie, con una delicadeza instantánea, y desaparecían con un movimiento de caderas, mi secretaria, hinchándose en la blusa

—¿Qué tal?

y dentro de un año de qué hablaremos, al cenar el vacío creciendo de espesor, tú una revista de moda abierta en el mantel, yo pensando en la esposa de mi jefe de servicio que se quejó en el tenis, en un arrebato de enfado

—¿Tendrá algún día un rato para mí?

tobillos más estrechos que los de mi secretaria, rodillas más finas, ojos enormes en los que cabían todos los árboles del jardín, el señor a mí

—¿Ya se ha fijado?

y ya me he fijado, señor, cree que yo y el señor lo creía, mi madre a mi padre

—Otro hijo ni te lo sueñes

de eso me acuerdo, qué raro, estaba en el suelo jugando con unas cajas y guardo el recuerdo de que olían a mentol y tenían un caballero con barba en la tapa, como sé que me dolió la voz de mi madre, oscilaba por la mitad y terminaba en un hilo, el marido de la hija del señor, un presuntuoso que nunca me cayó bien, señalándome a la esposa del jefe de servicio

—¿Qué está esperando?

yo respondiéndole mudo

—Creo que estoy esperando a que mi esposa se arrepienta

y no se arrepiente, feliz, así, alegría, alegría, me pregunto si doy un salto chocando los talones, o intento hablarle, aunque no me respondiera, cambiaría, el señor levantando la cabeza hacia la ventana de arriba y viéndome viéndole

—No puedo perdonar

acordándose del vagón de tren y del sujeto con la madre de la Señora, no perdonaba que las maletas con sus iniciales y las de ella llenas de ropa del sujeto o, peor todavía, llenas de ropa de la esposa y del sujeto mezcladas, camisas que no eran las suyas, trajes que no le pertenecían, un perfume desconocido combinado con el perfume de la mujer, era mi padre quien debería estar en el tenis los sábados por la tarde, dejemos eso porque el señor, incluso desde aquí abajo, llegando a la ventana

—Debería haberlos matado a los dos

entre los chillidos de los altavoces, la gente, tanta gente, el ruido de las locomotoras, la esposa

con un ramo de flores en el regazo y solo estoy dando detalles, no estoy contándolo todo, la esposa con un ramo de flores en el regazo y un peinado diferente que le descubría el cuello para otros besos, no los suyos, su mano en la rodilla del sujeto y ninguna alianza en el dedo, el señor, sin abrir la boca

—¿Has perdido la alianza puta?

un anillo que el señor no conocía en lugar de la alianza, cómo has podido hacerme esto, cómo me has hecho esto, cómo has sido capaz de hacerme esto, me, me, me, me cuántas veces te ha tocado el lunar de la sien, cuántas veces lo has abrazado, cuántas veces él, el señor soltando la raqueta en el suelo en vez de dársela a mi esposa, es a la criatura de edad avanzada de arriba a quien quiere, está en medio de vagones, de chorros de vapor, de silbidos de partidas, no contigo, para él no tienes importancia, quédate conmigo, escúchame, el señor desilusionado porque la cortina se ha cerrado y nadie en la ventana

—Debería haberlos matado a los dos

y debería igual que yo debería haberos matado a los dos y ninguno de nosotros mató a nadie, ha visto lo cretinos que somos, lo mejor es que sigamos jugando al tenis, ganando dinero, regalando pendientes a criaturas rubias, al verlo el sujeto que acompañaba a la esposa del señor siguió con la pitillera abierta y el señor sin saber qué hacer, el señor sin fijarse en lo que decía

—¿Puedo dejarte en cualquier sitio João?

tan simpático, tan atento

—¿Puedo dejarte en cualquier sitio?

imagínese, y el sujeto

—Gracias

o sea, el señor delante en el automóvil, con el chófer, y la esposa del señor y el sujeto detrás, al lado, tal vez de la mano, tal vez, en secreto

—Mañana te llamo

tal vez viéndose más veces cuando él en el despacho, cuando él de viaje, era mi padre quien debería estar en el tenis un cuerno, era su esposa con él, por muy gastada que esté los ojos todavía verdes, verdad, la curva de la boca que el tiempo no había deshecho, el modo de acentuar ciertas palabras que lo excitaba tanto, el señor a mí

—Llévese a su mujer

dejando la toalla en una silla vacía con la esperanza de que la esposa y la esposa, no me tome a mal que se lo diga, no quiero ofenderlo y además se lo debo todo, no vendrá a cogerla, mi esposa mirándolo, mi secretaria mirando a mi esposa y a mí, la madre de mi secretaria

—¿Qué le ha hecho el ingeniero que no deja de llorar?

de manera que yo, mientras mi secretaria

—Suéltame

de manera que yo, a quién debilitan las lágrimas, me caso contigo, te prometo que me caso contigo, es cuestión de tiempo, mi padre enseñándome un pez sapo cuando paseábamos a lo largo del río

—Ni las gaviotas lo quieren

se acuerda del pescador de boquilla, padre, un hombre pequeño, en camiseta, con tres cañas dobladas hacia el agua y él con las manos en los bolsillos, siempre de espaldas a nosotros, nunca vimos sus rasgos, se sentía el tabaco a cientos de metros e, ignoro por qué, me apetecía en secreto que él fuese mi padre, digno, sin saltitos, sin saludos ridículos

—Buenos días respetable público

un fulano en serio, no un payaso dándole vueltas al esófago

—Estoy bien

cuando no era

—Estoy bien

lo que yo oía, era

—Mala suerte

un empleado nuevo contando las gaviotas en su lugar, en medio de los operarios y los barcos, eran dos platos en la mesa, mi madre

—Pon ahí el de tu padre que da compañía

y, hasta hoy, el plato de mi padre allí, sin comida pero allí, una cuestión de compañía, siempre podemos pensar que va a llegar en un momento y, además, hay costumbres difíciles de abandonar, cuando intento darle dinero mi madre, ofendida

—¿Estás loco?

con el tono con que antiguamente

—Quítate esa mierda de tornillo de la boca

me quitaba el tornillo y metía los billetes en el bolsillo, no tantos como los que le doy a mi secretaria, no estoy loco, solo dos o tres que mi madre no transformaría en pendientes y anillos y además come como un pajarito, tampoco teníamos lo suficiente para comer mucho y seguro que sigue sin tenerlo, la pensión de mi padre pequeña pero puede arreglarse con ella, al menos no anda por ahí dándosela a los gorriones, el sujeto del asiento de atrás con la esposa del doctor

—Si le viene bien me quedo en esa esquina

y el señor, enfadado porque Dios nos puso ojos en la cara en vez de en la nuca, pedunculados como los de las langostas para cotillear mejor, meses después una furgoneta, últimamente no he visto al vagabundo, un día de estos, fatal como el destino, me choco con él que es como de costumbre, una furgoneta sin conductor, sin matrícula, atropelló al sujeto del tren en la acera, al darle la noticia el señor

—¿Ah sí?

sin distraerse de las cotizaciones de la bolsa, esa tarde él más simpático, alegría, alegría, una gargantilla para mi esposa, una pulsera para mi secretaria, la furgoneta sin matrícula se fue deshaciendo con la ayuda de unas botellas de ácido, en el basurero de la fábrica de abono y las máquinas tierra y detritus encima, la esposa del señor esperó una carta durante meses, dejó de esperarla, se olvidó de ella, el señor subió a la habitación y bajó de la habitación, pasos lentos en la escalera, cuántos años hace que no visito a los peces del Tajo, al pasar a mi lado

—Casi prefería que

y casi prefería el qué, señor, que lo atropellase la furgoneta, su cabeza, sin escucharme, llena de locomotoras que partían, la esposa del señor mirando el techo sin sentirlo acercarse, todo el rato mirando el techo sin aceptarlo ni rechazarlo, la hija del señor no visitaba a la madre, sentada sola en el salón o con el perrito en las rodillas, mi secretaria de repente

—No me dejes

con el barrio de los pobres en la cabeza, si me echan del trabajo qué hago, díganmelo, la vecina de cubículo creciendo en ella

—¿El qué no vas a pagar gilipollas el qué no vas a pagar?

y un benemérito que se queda protegiéndola con el alambre, tal vez entreteniéndose en las carreteras alrededor de Lisboa, de cuclillas en una piedra, animando a los camioneros, el vagabundo duchándose en la playa, no aseguro que frío en invierno, aseguro que gris y oscuro, el presidente la mantita sobre las rodillas, el pañuelo que se pasaba por la boca antes de guardárselo en el bolsillo y entrando con dificultad, la vocecita dudosa

—Si al menos la guerra siguiese un tiempo

y, por mala suerte, no sigue, los cuartos de los alemanes vacíos en Estoril, algún que otro agente de información llegaba a la playa de Cascais después de pasearlo en un barquito casi hasta el faro ahora rojo ahora azul, ahora rojo ahora azul, ahora rojo ahora azul, la madre de mi secretaria, un banco nuevo en América, a mí

—Tenga paciencia ingeniero necesita apoyo

y desesperación, lágrimas, omoplatos agitándose, una especie de beso que se iba convirtiendo en beso, ganas de pedirle el pañuelo prestado al presidente porque no encontraba el mío para ayudarla con la angustia

—Te quiero tanto

por el rabillo del ojo sentía la aprobación de su madre, más tics que mi madre, con un broche casi caro en la blusa, no caro, casi caro, si mi madre presente observando el broche y observándome a mí, sin entender, entendiendo, sin entender de nuevo, preocupada

—Ten cuidado, hijo

ella que nunca me llamó hijo, mi padre padre, mi madre madre, yo no necesitaba título, tenía la habitación más pequeña, al otro lado del río, donde las casas subían una ladera entre parcelas y

árboles anónimos, me sé más peces que verduras, la mano de mi secretaria subiendo lentamente por mis pantalones

—Llámenme pava pero te creo

y no te llamo pava ni te creo, quizá te cases con el jefe de recursos humanos que se quedó viudo hace poco, o con un escribiente más joven que tú, yo que desconozco tu edad, no te la pregunté, cuando veo una primera arruga en el cuello me abstengo de preguntas, la nueva embajadora de Holanda, en el tenis donde debería estar mi padre, media boca con la idea de que no llegara al marido

—¿Comemos mañana?

la nariz grande, el pelo violeta, un defecto en el meñique que no se doblaba entero, menos payaso que los demás payasos, gafas para leer, uñas cortas, al acabar la comida

—Soy judía

y realmente la nariz, realmente el tono de la piel, preguntas sobre los alemanes, qué compramos, qué vendemos, por cuánto y yo viendo cómo me enredaba poco a poco, mintiendo, callándome, respondiendo alguna verdad por aquí o por allí, el señor

—Dale cuerda

y le di cuerda, informaciones sin importancia, detalles superfluos, cuando me acuerdo del Tajo se me contrae el corazón, creía que una forma de expresión y es verdad, se me contrae, unas tenazas entran en nuestro interior y zaca, yo a mi secretaria

—Confía en mí que no te voy a engañar

las piernas de la embajadora casi junto a las mías, una presión en el codo al pretender que lo explicase mejor, la manera de coger los cubiertos como si el metal vivo, todo aquello que no respiraba vivo a su alrededor, hay criaturas así capaces de resucitar los objetos que solo no hablan de milagro o, si lo hacen, no he aprendido a oírlos, pero al acariciarle el cuello se dejó, no con deseo, solo se dejó, como dejó que le besara la mejilla y sin embargo los ojos alerta, el vagabundo pasó por la terraza sin fijarse en nosotros, no creo que fuese judío y por eso who knows, se equivocan, solamente caminaba en dirección al mar

—Confía en mí que no te voy a engañar

y mi secretaria engastando sus dedos en los míos, con un vértice del anillo haciéndome daño, son los inconvenientes de la belleza, todo tiene dos caras, esto no viene a cuento pero a veces echo de menos a mi madre y por motivos que desconozco casi no la visito, me acerco a la puerta y me marchó, si esto que estoy contando no es una memez ya me dirán, soy un cretino, no me acosté con la embajadora, no porque no me apeteciera, me apetecía, por lo general me apetece, fue porque no vi ninguna señal por su parte, en cierto momento ella

—¿No le da vergüenza robarnos todo?

no bajito como un grito, más bajo que un grito, al borde del silencio como las explosiones de

los astros

—No pretenderán restituirnos lo que quiera que sea ¿verdad?

sin rabia ni odio, igual que mi madre, la pobre, que no odiaba a nadie

—Espera que te caliento la sopa antes de marcharte

y sin apetecerme mucho, peces sapo, peces sapo, me tomo la sopa con ella, contenta conmigo, de pie junto a la mesa, qué pena lo de la vista, qué pena la diabetes, llevaba medias elásticas, se echaba pomadas, de vez en cuando una tirita porque sangre, entienden, la embajadora

—¿Usted no tiene alma?

y honestamente no sé si tengo, señora mía, al pensar en mi esposa creo que tengo, hasta el sofá en que la espero cree que tengo, hasta la cerradura de la puerta cree que tengo, si no pienso en ella probablemente no tengo, no lo sé, en el caso de que, estamos en el campo de la especulación, me tome una sopa creo que la vuelvo a tener, se ha fijado en lo que puede conseguir una sopa, el anillo de mi secretaria, con una ferocidad incansable

—Te creo

y error tuyo, qué ingenua, no te metas en la conversación, olvídate o mejor no me olvides, qué voy a hacer si me olvidas, la embajadora en un hotelito en condiciones

—Le aseguro que va a tener alma

quitándome la chaqueta, la corbata, la camisa, tirándome de la camiseta interior, tirándome

—Va a tener alma

de los pantalones, los calzoncillos, los zapatos, los calcetines, y yo desnudo, madre, yo desnudo, tan inesperado, tan rápido, si estuviese frente a su edificio entraría, tocaría el timbre y entraría porque sabe envolverse en una toalla, sabe secarme, sabe ponerme el pijama, sabe dormirme, mi padre, en lugar de ponerme bien las sábanas, las dejaba torcidas, mientras que en su caso derechas, la almohada derecha, la luz del pasillo encendida para que me durmiese sin miedo, por la mañana una sonrisa

—Buenos días respetable público

al entrar en la cocina mi padre un bocado antes de irse a las gaviotas, yo desnudo cerca de la cama y la embajadora desnuda

—Quiero tu alma ya

ni siquiera guapa, ni siquiera elegante, ni siquiera un payaso

—Ya

y, después de que mi madre

—¿Te has despertado?

la voz de mi padre en el salón

—Hasta luego compinche

No

—Estoy bien

la voz de mi padre en el salón

—Hasta luego compinche

y yo, en el interior de un pelo violeta, de un pecho violeta, de unas piernas violetas, queriéndolos.

Desde la ventana los veo abajo en el tenis, es decir los hombres lanzando pelotas al otro lado de la red y las mujeres charlando las unas con las otras, gestos, cuchicheos, caricias con el pretexto de un grano en la cara o una hojita en el vestido, esto excepto cuando mi marido con la raqueta y todos atentos, los compañeros se dejan ganar, aplauden, no lo oyen como, aunque lejos, lo oigo yo desde aquí despreciándolos

—Lameculos

casi sin mover la boca como siempre que no respeta a alguien, recibiendo los, en el lado opuesto al tenis los pinos y el mar, homenajes con indiferencia, por no mencionar las dunas donde hace años, siete u ocho, cómo quieren que lo sepa, cayó un avioncito, recuerdo una llama punzante y la arena tragándose, con una indiferencia indolente con un segundo

—Lameculos

dirigido a mí, en un gesto cómplice que él creía que me agradaba y al que no hacía ni caso, cómo se te puede pasar por la cabeza que me interesas, no me has interesado nunca y esto desde el primer momento porque ni una pizca de ti, palabra de honor, me llamaba la atención, ni siquiera elegante a pesar del traje caro, ni siquiera guapo, tan vulgar, tú, una de esas personas en las que no nos fijamos

—¿Quién?

pasan a nuestro lado y ya está, parece que dos vascos en el avioncito, me lo contaron más tarde, un día el viento altera las dunas y ellos más allá, con el casco y las gafas como en las revistas y, por más que pasen, no nos acordamos de ellas, una criatura destinada a ser para siempre anónima si no estuviese en nuestra casa con mi padre, en la salita donde se recibía a las visitas, mi marido con las piernas cruzadas y mi padre con los pantalones pegados, nervioso

—Le pagaré lo que le debo señor no se preocupe solo necesito un poco de tiempo

él que le debía dinero a todo el mundo y no eran los negocios que no tenía, era el juego, la herencia de mi madre se la fulminaba entera o ya se la había fulminado, las últimas soperas en el clavo, los muebles cada vez menos, mi padre a mi madre, convencido

—Es cuestión de pocos meses nuestra suerte va a cambiar

porque en cuanto salga el siete en la ruleta la familia prospera y el siete no se va a pasar la vida entera sin salir una única vez, lo sabe hasta el último mono pero la suerte era esquiva, transformando el siete en treinta y dos o diecinueve, en el último instante, para escándalo de mi

padre, mi madre, sin alfiler en el vestido ni adornos en las muñecas

—¿Y ahora?

planchaba, limpiaba la casa, se ponía el mandil de la última empleada que dejó la maleta en el suelo para insultarla mejor, con la voz libre de peso

—Tramposa

y el edificio tomando conocimiento de que la inquilina del tercero izquierda, sobrina de un general, una tramposa, desde la ventana observo los pájaros más abajo que yo, es raro verlos así, qué piensan las almas que se elevan, sin carne, camino de las nubes, por lo que creo el cuerpo sigue puesto que enciende esas lucecitas de automóvil previniendo que la batería, o los frenos, o el motor van a averiarse pronto de forma que, un día de estos, yo en el hospital con el capó levantado, rodeada de mecánicos con batas blancas reparándome tubos y cables, sucios de aceite rojo, yo abriendo la puerta de la salita convencida de que mi padre solo y mi marido, en el sillón, midiéndome

—¿Quién es esa?

cuántos coches difuntos me habré encontrado, a lo largo de mi vida, en las inmediaciones de los talleres descomponiéndose al sol, hundiéndose lentamente en sí mismos, como los cadáveres de las casas y las ruinas de las iglesias, una sola pared, un solo arco, solo gusanos de enredaderas royendo, mi padre

—Es mi hija

yo esperando en el umbral, para pedir ya no me acuerdo el qué que él nunca tenía, con la frase de costumbre

—Se me ha acabado hace un momento

y no se le acabó hace un momento, no mienta, se le acabó hace siglos, todo se acabó hace siglos, no solo el dinero, las quincallas y las joyas, junto a la mesa del comedor un taburete de cocina en el sitio de una silla que se había quedado sin la tapicería, tirada en un rincón, el aparador desplumado, en los sitios de los cuadros rectángulos blancos colgados de clavos, uno de ellos oblicuo como cuando estaba el marco, quedaba un mantel pero con una, es tan raro vivir más alto que los pájaros, los que pertenecían a las olas no pasaban de las dunas, amedrentados por el balanceo de los pinos, rodaban en círculo rodeando las rocas, quedaba una toalla pero con una quemadura de cigarro, recuerdo las platas de mi abuela, los dorados, el centro de mesa en esmalte antiguo que mi padre envolvió en un periódico y adiós

—Hay que hacerlo

mi madre, mi marido a mi padre

—¿Es su hija?

comiéndose en silencio el labio de abajo, el empleado de la chaqueta blanca atiende a la gente en el tenis sin mirarme y la mujer que quitó la hoja del vestido de la otra acompañándola a casa

para quitarle la mancha invisible, llevándola del brazo hablándole al oído, mi madre con miedo de que se le apareciese mi abuela muerta

—¿Qué ha sido de mis cosas pequeña?

recorriendo las habitaciones vacías con el bastón, mi marido no a mi padre, a sí mismo

—La hija

mientras la ruleta, tener que inclinarme para ver los pájaros, imagínese, y la estatua de la concha antiguamente tan alta, la fábrica de mi padre cerrada, con el perro del vigilante del almacén tumbado en una sombra rascándose y ninguna máquina trabajando dentro, cristales rotos, polvareda, un círculo de sol subiendo por la cal, mi marido

—La hija

no como se observa a una persona, como se examina un negocio, o sea la boca en forma de embudo y los párpados fruncidos, yo dieciséis años en junio, yo alta, los párpados de mi marido, de repente conscientes de mi bultito en la mejilla, me medían sin prisa las piernas, la cintura, el pecho, como mi padre no me respondía, últimamente, por la tarde, un vagabundo en el jardín bajo los árboles de la China, sin que el chófer lo expulse o parezca verlo, probablemente no existe, siempre me he inventado personas, como mi padre no me respondía, charlaba con ellas y hablaban conmigo, en serio, mi madre, intrigada

—¿Ahora hablas sola?

y no hablaba sola, eran amigos míos, tenían nombres y todo pero cómo explicarlo, si lo explicaba mi madre entendía todavía menos, decía

—Claro claro

decía

—Se le pasará con la edad

yo demasiado lejos para que el vagabundo me escuchase y desde allí no estoy segura, creo que al llamarlo, aunque sin levantar la voz, erguía la cabeza hacia mí y seguía andando, como mi padre no me respondía me volví para marcharme, se le pasará con la edad y no se le pasó, la gente que me he inventado también se conoce entre sí, quizá un día lo cuente y, si lo cuento, no

—Se le pasará con la edad

una compasión distraída

—No somos siempre jóvenes

un suspiro de acuerdo

—La cabeza abatida

obligándome a una servilleta al cuello y a tragar deprisa

—¿Cree que tengo toda la vida?

como si en algún momento hubiesen tenido toda la vida, ya es una suerte poseer un poco y vivir con esas estrecheces, al darme la vuelta para marcharme mi marido

—Quédate ahí

y de nuevo la boca en forma de embudo y los párpados fruncidos, mis piernas, la cintura, el pecho y yo, a pesar de la blusa y la falda, a la vista, aunque me tapase con las manos a la vista, aunque me cubriese con una colcha a la vista, la salita de mi padre una caja con una manta encima y media docena de inutilidades en el suelo, quedaba la cocinera que trabajaba para nosotros desde antes de que yo naciera

—No tienen que pagarme no tengo a dónde ir

me daba terrones de azúcar a escondidas, mi marido, una noche que soñé que estaba haciendo pipí en el cuarto de baño y me hice pipí en la cama no se quejó, cuando la primera menstruación vino me ayudó sin meter a mi madre en el asunto, compraba bolsitas de caramelos baratos y los dejábamos bajo la almohada

—Es un secreto entre nosotros

el problema es que tenía que chuparlos con, mi marido, papel y todo, separaba el papel con la lengua, lo amontonaba entre el carrillo y la encía e iba a escupirlo al balcón, unas veces acertaba en la calle, otras tenía que empujarlo con la puntera hasta el borde de piedra, mi marido dibujó un círculo con el índice

—Ponte de espaldas

y, como mi padre no se opuso, me volví sin saber qué pensar hasta que él

—Ven aquí

siempre con la boca en forma de embudo y los párpados fruncidos, con aire meditativo descruzando las piernas para cruzarlas al contrario y me fijé en que las suelas de los zapatos nuevas, nunca le vi ningunas suelas de los zapatos que no fuesen nuevas, al casarme quise traerme a la cocinera y no me lo permitió, o sea no dijo nada y cuando no decía nada quería decir que no, nos veíamos a escondidas, al acabar me metía una bolsita de caramelos en la palma de la mano y yo, sin atreverme a tirarlos, los metía en uno de los cajones de la ropa donde se quedaban pegándose los unos con los otros, extraerlos del cielo de la boca, por ejemplo, solo con la uña y aun así, mi madre

—Sácate el dedo de ahí que pareces un pescado colgado del anzuelo

de modo que se agarraban toda la tarde hasta disolverse y un gusto a no sé qué que se resistía hasta a la pasta de dientes, cuando acabó la menstruación quiso susurrarle

—Ya no tengo a Titina

pero ya tampoco tenía a Titina, en su entierro ni familia ni cura, los dos hombres que abrieron el hoyo y yo, me apetecía tanto llorar que me quedé árida por fuera, por dentro recuerdos y eso pero por fuera árida, hoy día no me atrevo a hacer pipí en sueños, me aguanto hasta despertarme consciente de que ella no está, la oigo arrastrar los pies, oigo su sonrisa porque las sonrisas se oyen, me lo estoy inventando, no se oyen, se oyen, no se oyen, fantasías mías, no me hagan caso, la

oigo arrastrar los pies y creo que la echo de menos, a partir de un cierto momento no estamos seguros, lo creemos y con los años y las sensiblerías se difuminan, quedan unas criaturas jugando al tenis y media docena de pájaros, el mío, dando vueltas, no sé si se van muriendo y dejando su lugar a otros o son siempre los mismos, mi marido a mi padre

—Voy a proponerle un negocio

al rodear un arriate escuché a unos arrendajos que me trajeron el recuerdo de mi abuelo en la finca

—¿Oyes los arrendajos niña?

aguzando el oído hacia un cedro, hechizado, siempre llevaba una brújula en el bolsillo, con una aguja vibrando que le servía de poco porque no salía del patio, yo creía que el norte un sitio firme, los caramelos de Tinina ya no me emocionaban, y al final una inquietud trémula, mi padre, cuya costumbre de repetir las frases de los demás me ponía la carne de gallina

—¿Un negocio?

igual que los chasquidos de la dentadura postiza trastornaban a mi madre

—¿No hay quien te atornille eso?

y sí que hay, lo que no hay es dinero, los ganchos se aprietan con unos alicates y los molares dejan de chirriar, dando con los talones en las encías, la secretaria de mi marido le da un masaje después de cada partido, al hablar los movimientos hacen saltar chispas de las pulseras, a ratos enormes a ratos inexistentes, depende del sol, chispas también en los dedos, en el cuello, mi marido

—Un negocio

y seguía mirándome, nunca me habían estudiado durante tanto tiempo y con una intensidad así, con los puños apretando los brazos de la silla hasta el punto de pensar que iba a romperlos, en el fondo él retraído, tímido, ablandándose por dentro, la fragilidad de las personas, no sé por qué, me emociona, comprendí que mi padre por un momento fijándose en el siete y distrayéndose del siete, aún no había pinos, ni vagabundo, ni la casa en Cascais, cuanto más esta habitación y el viento en la oscuridad, mi marido a mi padre

—Deme la mano de su hija y me encargo de sus deudas y pongo la fábrica a funcionar en condiciones

mi marido a mi padre

—Alguien va a dirigir el negocio y usted que está viejo ni siquiera trabaja solo cobra

mi marido a mi padre

—Y si lo cojo jugando le parto la cara quiero mantener el buen nombre de la familia ¿entendido?

inclinado sobre él y los arrendajos de la finca de mi abuelo se callaron, los árboles cóncavos para recibir al crepúsculo, cabe tanta noche en las ramas, me casé dos meses después y no volví a

ver a mi marido hasta entonces, vi a operarios en nuestro piso, armarios, cuadros, un centro de mesa más grande, Titina no zapatillas, zapatos, desplazándose como si aprendiese a andar, con una lentitud miedosa

—Ay niña

el alfiler otra vez en el vestido de mi madre, mi padre

—Llamarme viejo

y tal vez fuese viejo, no sé, la edad que tengo hoy, calculo, y por lo tanto somos viejos, qué pena, yo en esta habitación en lo alto en la que el empleado de la chaqueta blanca la comida y la cena

—Señora

y mi marido, cuando le da la gana, en la silla de más allá, no charla, no abre la boca, solo más allá, siguiendo a los pájaros sin hacerme caso, o haciéndomelo casi convencido de que yo distraída y no me distraigo, hasta de espaldas adivino lo que le ronda la cabeza y es una estación de trenes de la que no parto nunca, solo el día de la boda, después de la iglesia, lo que recuerdo de la iglesia es una gota de plomo que me cayó en el sombrero, vi la casa de Cascais, los árboles de la China y los cuartos enormes, mi marido entrando delante de mí, soy mujer, valgo poco

—Por aquí

sin un gesto, una atención, una sonrisa y no me lo tomé mal porque no se casó conmigo, me compró, flores en la habitación y al acercarme a la ventana sentí por primera vez al vagabundo corriendo junto al invernadero, casi pegado al jardinero que no se daba cuenta como no se daban cuenta el chófer y el empleado de la chaqueta blanca, mi hija no lo sé, no nos conocemos, hay momentos en que aseguraría que ella a la puerta y, si fuera ella, qué quiere de mí, después los pasos se alejan, la veía llegar con el uniforme del colegio, coger las pelotas de tenis y marcharse, menos mal que nunca giró el pomo, qué podía decirle, qué podía decirme, no

—Madre

porque no tuvo madre, no soy madre, lo soy, me pregunto si creo en una segunda vida, que seguimos después de la muerte y eso, sola, sola cuando mi marido, cuando llegamos a la habitación

—Desnúdate

cuando mi marido

—No te tapes con las manos

sin que yo hiciese que me tapaba con las manos, cuando mi marido solo cejas y boca como en la salita de mi padre

—Túmbate

desnudándose en la otra punta de la habitación y yo sorprendida de que los hombres así, me los imaginaba menos indefensos, más fuertes y entonces me di cuenta de que no están con nosotros,

están con el niño que fueron, tumbado a mi lado sin atreverse a agarrarme

—No me vas a hacer daño ¿verdad?

soy muy pequeño, protégame, cuídame, mi marido, dueño de bancos, de compañías, de todas las empresas del mundo

—No he crecido

incapaz de perseguir a un lagarto por si veneno o de entrar en la despensa porque un gitano, con un saco abierto, esperando dentro, mientras los padres charlaban donde había luz, incluso dentro del saco escuchaba a la madre al gitano

—Puede llevárselo

el padre animándolo

—Pesa muy poco ya verá

mi marido quieto, asustado, la secretaria sin enfadarse con él

—Adiós

y de repente, en un sollozo, mi marido contra mí, la lámpara de la mesilla de noche, con una pantalla rosa, con cintas y volantes, en el suelo, iluminando la alfombra donde por casualidad mi ropa, la estatua de la Venus levantándose hacia la concha sin conseguir alcanzarla, el vagabundo ausente, el empleado de la chaqueta blanca acercándose con la bandeja de la cena, mi marido con el brazo sobre la cara y ningún gitano rondándolo, si tuviese un caramelo se lo regalaría pensando

—Al final la boda es esto al final la boda es solo esto

yo a mi marido

—Si no te gusta el caramelo despégatelo del cielo de la boca con la uña

y mi marido poco a poco mi marido mientras se vestía, al ponerse la corbata autoritario, feroz, mi padre, en pijama, cómo ha entrado aquí, todavía oliendo la noche en la claridad de la cocina, mi madre, sin pintar, apoyada en la encimera calentando el café, no viendo con los ojos, solo tanteando

—No me hablen antes de tomarme dos tazas

con la primera taza empezaba a ser ella

—Creo que me llamo Ágata

corrigiéndose en medio de la segunda

—Ágata mi madre yo Sara

al descubrir el Sara descubría a mi padre

—Si vieses tu cara

y al soltar la segunda taza me descubría a mí

—¿Hay que tirar tantas migas al suelo para ponerle mantequilla a una tostada?

que barría con el recogedor mientras se quejaba de sus cruces, comprobando la espalda al enderezarse poco a poco

—Ay

mi padre uno de esos perros enfermos con una pata que no parece de menos, parece de más y, por lo tanto, cojean

—Ya están empezando las desgracias

que, para ser sincera, casi no han empezado, señor, hablamos dentro de diez años, cada vez que mi padre rondaba el casino, con el siete en la cabeza, uno de los sujetos que trabajaba para mi marido lo agarraba por la manga

—Quieto

y lo llevaba abajo a los taxis, a propósito de abajo ahí están los pájaros bajo la ventana y ningún arrendajo, solo lo veía mi abuelo

—¿No lo oyes niña?

y no lo oía, a los eucaliptos sí, ahora a los arrendajos un pito, desde la primera vez mi marido apagaba la luz antes de acostarse, lo notaba a mi lado por un suspiro en el colchón y después, a medida que me acostumbraba a la luz apagada, iba vislumbrando su perfil, boca arriba y con los ojos cerrados, sin ninguna autoridad, la sospecha de que la voz lejos del cuerpo, inseguro de sí mismo, inseguro de mí

—Cuando sea mayor

creemos que un cuerpo enorme y al final diminuto, sin fuerza, que decidido y dudaba, que autoritario y pedía, mi padre al sujeto que trabajaba para mi marido

—Solo una ficha se lo prometo

y el zapato del sujeto contra su trasero

Quieto

el zapato del sujeto

—Al señor no le gustaría saberlo

mi marido, delante de mi madre, de mí, de la criada que traía el té una bofetada a mi padre

—Estúpido

seguro que siguen allí las palmeras del casino, y los narcisos, y la hierba, a los extranjeros les gusta, no me pregunten si creo en otra vida, tiene que haber otra vida, mi padre a mi marido

—Perdone

sin exaltarse, aceptándolo, una lámpara nueva en el techo, grabados ingleses, el apartamento otra vez rico, ningún agujero en el mantel, ningún taburete de cocina, los veo desde la ventana los sábados por la tarde, los hombres lanzando pelotas y las mujeres carcajadas, cuchicheos, excepto cuando mi marido con la raqueta y todos atentos, los compañeros lo dejan ganar, aplauden, no lo oyen como, aunque lejos, yo lo oigo desde aquí, despreciándolos

—Lameculos

casi sin mover la boca como siempre que no respetaba a alguien, recibiendo los, al otro lado

del tenis los pinos y el mar, recibiendo los homenajes con una indiferencia cansada, pensé que si mi marido volviese a pegar a mi padre lo mataba, que aunque no volviese a pegar a mi padre lo mataba, el presidente al saber lo de la boda

—Muy bien muy bien

con un acuerdo monótono, sin ninguna agitación, su sombrero en la entrada, además arrugado, además antiguo, al que nosotros una venia al pasar, el abrigo desenado una jubilación tranquila en el armario, con naftalina en los bolsillos, se lo ponía, apretado en las costillas, al salir del sitio donde vivía, que no me contaron dónde era, ni la punta de la manta, quietas y tal vez vacías, unas punteras sin betún, quién se ocuparía de él y le serviría calditos, una casita en el norte y en agosto él liderando el país entre nabos mientras mi padre firme seguro de que iba a salir el siete, iba a salir, y con miedo de que los empleados de mi marido

—Quieto

mi madre

—Tú

aunque, por si acaso, después también el siete, que se transformaba en treinta y uno y en nueve, el vagabundo rodeando siempre el invernadero, nunca lo vi parado, resuelto, con prisa, quién de nosotros tiene nombre en este libro, quién existe en verdad, quién soy yo realmente, o mi marido, o ustedes que leen, existirá, ahora en serio, el libro, con las pelotas y los golpes en las pelotas y el sonido de las palabras inaudible, no, o desordenadas como las higueras salvajes y las dunas, las gotas de la concha de la Venus cayendo una a una en medio de las páginas dispersando las sílabas, la sombra rápida del vuelo de los pájaros oscureciendo los párrafos como se oscurecen vuestras caras y la mía, mi marido pagaba la luz antes de acostarse o al acostarse, da igual, de modo que para seguir conmigo tienen que encender una bombilla, si no tienen quizá puedan sentirlo a mi lado por un suspiro de muelles y una vibración del cuerpo, siempre hay una vibración del cuerpo cuando alguien con nosotros, pasos aunque mínimos, una respiración en algún sitio, un no sé qué esperando no sé qué de nosotros y después, a medida que nos acostumbramos a las tinieblas, y nos acostumbramos a las tinieblas, a fin de cuentas vivimos en ellas, un perfil a nuestro lado, boca arriba y con los ojos cerrados o, por lo menos, nosotros la seguridad de que los ojos cerrados porque el que se acostó a nuestro lado no se interesa por nosotros y entonces entendemos que el perfil sin autoridad, temeroso de nosotros, incapaz de protestar, incapaz de enfadarse, un susurro que tal vez le pertenezca

—No me vas a hacer nada malo ¿verdad?

no una orden, es obvio, cuál orden, una petición infantil, temeroso de sí mismo, temeroso de mí

—Ayúdame

y qué significa ayudar, qué es ayudar, cómo se hace para ayudar, qué se consigue ayudando, los dedos de mi marido buscando los míos dudando

—¿Nos vamos no nos vamos?

y, al decidir no irse, de vuelta, agarrándome y después de agarrarme quedándose quietos, se los imaginaba gigantescos y al final pequeños, que un cuerpo enorme y al final diminuto, sin fuerza, que, decidido, dudaba, que, autoritario, pedía, queda mi ropa en el suelo porque la boda es esto, la boda es solo esto, un vagabundo fuera y las gotas de la concha de la Venus

—Solo esto

cayendo en medio de las páginas dispersando los párrafos de forma que dejen el libro en una mesa, en una estantería, en una silla, en la basura, tiren el libro a la basura que la sombra del vuelo de los pájaros ahí fuera ha oscurecido las páginas y, de aquí en adelante, no hay nada que leer.

TERCERA PARTE

A veces, por la noche, en las pausas entre las olas y el viento, oigo las gotas de la concha en el estanque, espaciadas, serenas, intentando decirme algo antiguo, medio olvidado, que regresa, y vuelvo a ser niña, en casa de mis padres, cuando la caldera estropeada en la cocina atravesaba el pasillo, despertándome, insistiendo en mi nombre, pensaba que una confidencia, una orden o un aviso pero solo mi nombre y por qué mi nombre, qué pretendía de mí, mi padre y mi madre más cerca y sin hacerles caso, preguntaba

—¿Qué es lo que he hecho?

y en lugar de responder insistía en el nombre, monótona, cabezona, el pasillo de día pequeño y durante la madrugada larguísimo, con las ramas de los árboles impresas en negro en los marcos, por esa época casi no llegaba a la contraventana, los crujidos de la tarima me amenazaban

—Vamos a hacer un agujero para que te caigas

y puede ser que lo hiciesen, no miraba, al entrar en la cocina la caldera sin ningún misterio, los platos ordenados en el fregadero, el mío con, el mío con una, el mío con una jirafa con pestañas sonriente, mi madre, que le gustaban las jirafas

—Mira qué contenta está qué graciosa

el animal al que no le caía bien ni él a mí, se le notaban las cejas incluso cubierto de sopa, hasta cierto punto lo entiendo porque tanto nabo encima molesta, le quedaba la esperanza de que me lo comiera todo para poder volver

—Uf

una vez mi madre me cogió levantándole un martillo al animal, le dio la vuelta de inmediato, me amenazó con él

—Ni se te ocurra

y, como consecuencia, es probable que todavía esté allí en la casa cerrada, las criaturas de la infancia no abandonan, un día de estos Marçal, sin darse cuenta, me lo pone delante en el mantel y al prepararlo lo ve esperando, Marçal cambiándolo enseguida

—Perdone señor no lo entiendo

desconociendo las cabezonerías infantiles, yo quitándole la servilleta de las rodillas y poniéndosela al cuello

—Déjalo

mientras mi madre, fallecida hace siglos, contenta

—Sabía que acabarían gustándose el uno al otro

puesto que para ella el amor era cuestión de paciencia, con la jirafa me vino de repente el resto de los chismes, mezclado con los cristales y las platas, emocionándome ignoro por qué motivo y no lo ignores, encara los hechos como son, cincuenta y seis años se notan y nosotros más flojos, la facilidad, por ejemplo, con que lloran los ojos, no nosotros, los ojos, de momento no he llegado a ello pero ya llegaré, ya llegaré, yo a quien horrorizaban las emociones de los ancianos, el pañuelito en el párpado, el temblor de la boca, la fotografía de un hámster, enterrado en el jardín, todavía en un cajón, que dejamos allí no por nostalgia, qué nos importa el hámster, por qué sé yo el qué, aunque el nombre se nos escape

—No vamos para jóvenes Marçal

y Marçal totalmente de acuerdo, por eso lo contraté, Marçal viendo al padre, en una especie de niebla, herrar al burro con martillazos remotos

—Un día de estos estamos bajo tierra señor

nosotros que ayer, no hay que ir más lejos, estábamos como una rosa, cincuenta y seis, fijese la falta de piedad de la vida, ciertos días le digo al chófer que me lleve a casa de mis padres y me quedo un rato en la calle mirándola seguro de que, incluso con el agua cortada, la caldera continúa, se limita a esperar a la noche para llamarme, mi secretaria, que empezó a disgustarme al salirle bolsas bajo los ojos, presentes, claras

—Qué morbosos queridos

una semana de estas se guarda las pestañas en las faltriqueras de la cara, mujeres con bolsillos de chaleco en las mejillas ni pensarlo, delante de la casa de mis padres, con las gotas en la cabeza, sorprendí al chófer por el retrovisor, yo que detesto la curiosidad de aquellos a los que pago para que no sean curiosos

—¿Me estás espiando imbécil?

el chófer desapareciendo del espejo

—Ni soñarlo señor

de modo que al llegar a Cascais tuvo cinco minutos para sacar la maleta de debajo de la cama y pirarse, doblándose en reverencias en dirección al despacho, ojalá todos los que me rodean fuesen como el vagabundo que al menos pasa callado, sin fijarse en nadie, al fondo, por el invernadero, en dirección al mar, o a lo largo del tenis de camino a la estación, cogiendo trenes que aunque no partan siempre lo traen de vuelta, aunque los viajes inmóviles a veces duren siglos, esperé, delante de la casa, mi vuelta de clase pero a lo mejor catequesis, los futbolines o una visita, con los compañeros, Normando, Arsénio, Júlio, compruebo con placer que la memoria funciona, los cincuenta y seis años han preferido los dientes y molestias en el pecho que no me deben preocupar, se preocupa el médico que se gana la vida con ello, una visita, con los compañeros, al taller abandonado, se entraba moviendo una tabla, Normando murió en un

accidente en la mili, el autobús de los reclutas se aplastó contra un muro y no fue pena lo que sentí, fue espanto, Arsénio, Júlio y yo en el funeral, atrás porque se me olvidó la corbata de luto, Arsénio me prestó la suya para poder saludar a la familia, un tiempo después nos perdimos hasta hoy, se movía una tabla, se entraba tropezando con la basura, recuerdo los postigos rotos y, en la claridad de los postigos, a la mujer gorda, descalza, el pelo al viento

—Muchachitos

llamándonos, no uno a uno, todos al mismo tiempo, había sitio en ella, la recuerdo gruñendo

—Pícaros

y nosotros buscando, removiéndonos, metiendo los brazos, la mala suerte de Normando, el pobre, cómo es la vida, la mujer no nos pedía dinero, nos pedía de comer, le dábamos un cacito que nos daba la madre de Júlio para un pobre, y ella masticando mientras nosotros batallábamos en conjunto contra aquel cuerpo extraordinario, recuerdo también una palangana rota, mantas sucias, ratones agresivos por los rincones, después de la visita a casa de mis padres terminaba volviendo a Guincho sin llegarme a ver, ya cerca de la esquina me volvía en el coche y yo no en casa todavía, la madre de Júlio no era rica pero se compadecía con el hambre, un trozo de pescado, unas patatas, nos pasaba la mano por la nuca

—Me gusta que os preocupéis por los que lo necesitan exactamente así

—Me gusta que os preocupéis por los que lo necesitan

y, realmente, nos preocupábamos, arrugados, sin botones pero nos preocupábamos, mi madre cogiendo el cesto de la costura

—Qué has hecho con la camisa para que quede así, me gustaría saberlo

lo supo mi padre por ella, sacándose despacio el cinturón

—Ven aquí sabandija

que aún hoy no sé lo que significa, en contrapartida sé lo que significa la hebilla de un cinturón blandido con alma y yo agachado contra el sofá, con mi madre agarrada a mi padre

—¿Quieres acabar con él Eduardo?

abajo y arriba, colgada de su codo, a medida que mi padre

—Yo de ti me apartaba

y como no se apartaba también conocía el significado de la hebilla, días después, estaba yo haciendo una copia, me preguntó, rascándose la pierna

—¿Qué será una sabandija?

intrigada, mi padre, que ocasionalmente tenía momentos didácticos, nunca nos lo explicó, explicó artrópodo, polivalencia, sinestesia pero sabandija no, el profesor, cogido de sorpresa, se zafó con un gesto vago, después de reflexionar

—Cuando tenga tiempo os lo digo

y no lo dijo, semanas después, al acabar las clases, le oí preguntarse

—¿Sabandija?

con una arruga perpleja, si sigue vivo y, si sigue, por lo menos ochenta años, se tortura con ello y es natural, sabandija se pega, se entraña, no nos suelta nunca, como se ve todavía anda por aquí, mi madre en el sitio donde está, la pobre, a los otros finados

—¿Les suena de algo sabandija?

una palabra que da vueltas por ahí, suelta, atormentando a la gente, si tuviera más confianza con el presidente se lo preguntaría y lo estoy viendo colocarse la manta, con su voz estrechita

—¿Sabandija?

por la noche, en las pausas entre las olas y el viento, oigo las gotas de la concha en el estanque intentando decirme algo antiguo, medio olvidado, que regresa, y vuelvo a la infancia, en casa de mis padres, cuando la caldera atravesaba el pasillo, despertándome, repitiendo mi nombre, creía que una frase, una orden o un aviso y de repente

—Sabandija

qué pretendía de mí, mis padres más cerca y sin embargo sin hacerles caso, me llamaba, le preguntaba

—¿Qué es lo que he hecho?

y, en lugar de responder, insistía en el nombre, monótona, insistente, cómo me gustaría ahora probar el cacito de la madre de Júlio, una patata, un trozo de costilla, cómo me gustaría ser hijo de la madre de Júlio pasándome la mano por la nuca

—Me gusta que os preocupéis por los que lo necesitan

que trabajaba como limpiadora y era buena con nosotros, cómo me gustaría que me dijese

—Muchachito

en un taller cayéndose, sumergido en una mujer descalza, con el pelo al viento, con sitio para tres chavales que se ahogaban en ella, volvían a aparecer y se ahogaban de nuevo, tan diferente de mi secretaria que empezó a ganar peso sin sitio y a disgustarme al verle bolsas bajo los ojos, presentes, claras, guardándose las pestañas en los bolsillos de las mejillas, como dos relojes llenos de manecillas, informé a mi ayudante

—Su esposa deja de trabajar conmigo

y él aceptándolo, qué remedio, el vagabundo sobrepasó el pinar para caminar por las dunas, con el viento erizándole la ropa, me dio la impresión de que un arrendajo

¿Oyes a los arrendajos?

pero ningún arrendajo, es decir las gotas de la concha y el jardinero, me gusta Normando, me gusta cada sílaba, ojalá haya más, docenas, cientos, miles, si se hubiera reproducido le daría empleo a su hijo, ya que estamos cómo se llamaría su madre, igual que la sabandija, y lo siento, me voy a marchar sin saberlo, a veces la dimensión de mi ignorancia, para ser sincero, me cuesta,

menos mal que las cosas pequeñas nos consuelan, cincuenta y seis años, lo que me queda un resquicio, si me inclino veo a mi esposa en la ventana de arriba, no veo a mi hija sentada en el salón, con el perrito en el regazo, ni a mi yerno que coloqué en Suiza, picando piedra en una delegación secundaria, mientras golpea y no golpea los negocios avanzan, una gota de la Venus me trajo la caldera de vuelta, y la oscuridad, y mi nombre, entregaron la bandera que cubría el ataúd a la familia de Normando y nos vinimos bajo una lluvia de gripe, de esas que nos dan escalofríos sin ni siquiera tocarnos, solo una molestia en el interior de la nariz, un rasguño en la garganta, una especie de sueño con ganas de mantas, cuando salga de aquí voy a la habitación de arriba y me siento en la silla a recordar a una pareja en un tren y aun así, lo aseguro, me apetece darte la mano, quedarme esperando, contigo, a que parta la locomotora, sentir los hierros en los huesos, cruzándose, torciéndose, liberándose, llevándonos despacito y, a lo largo de la plataforma, el mundo cada vez más insignificante, equipajes, maletas, adioses, el techo interminable de cristal sucio de palomas y ceniza, el vacío, mis camisas, no las del otro, en su caja, un sujeto uniformado en el pasillo abriendo y cerrando puertas, los últimos edificios negros por el carbón y, después, huertas de hortalizas esqueléticas, después un manzano jorobado, después un declive, campos rápidos, olivos rápidos, un paso a nivel rápido, cómo puede ser todo instantáneo como esta página, Arsénio gesticulando la última vez que nos vimos, siempre creemos que no será la última y quizá, es verdad, no lo sea, tiene que haber más, ha de haber más, es impensable que no haya más puesto que nada acaba, nada puede acabar, y después el vacío de vuelta, es decir nosotros dos y un mechón de tu pelo rozándome la oreja, cincuenta y seis años, tú casi cincuenta y cuatro, el perfume de la esposa de mi ayudante se quedó en el despacho días y días, encontraba su sombra aquí y allá, encontraba sus gestos menos claros, vagos, mujeres diferentes en su sitio en el tenis, una cantante, una actriz, la sobrina de un socio americano, no la mujer gorda del taller

—Muchachitos

que una tarde no estaba, estaba un perro enfermo en una manta pidiendo perdón con los ojos y un fulano enredando con papeles en un descampado que anunció

—Creo que se ha marchado

nadie la había visto por el barrio, nadie se había fijado en ella, cuál su nombre si es que le pusieron un nombre al nacer, a cada rato nos achuchaba a uno, mi padre, desconfiado

—¿Sigues sabandija?

estudiándome a la mesa repartido entre el periódico y yo, la madre de Arsénio enferma

—Algo malo en la sangre

el padre de Arsénio con el hijo en el hospital y Normando, Júlio y yo atendiendo a las visitas, lágrimas, detallitos, un fulano maniobrando con el carrito de las comidas en que tintineaban aluminios

—Ojalá tuviera vuestra edad

Arsénio saliendo del brazo del padre, denme ahora el brazo, el vagabundo volvió de los pinos y desapareció en dirección a Cascais, la esposa de mi ayudante se volvió para mirarme antes de cerrar la puerta, mi padre dobló el periódico, desilusionado

—Ni una sorpresa

y está equivocado, padre, una sorpresa, mire, quiere verla, la secretaria de mi ayudante, al teléfono

—El ingeniero pregunta si me necesita

a lo mejor una forma de agradecerle que le haya devuelto a su esposa, a lo mejor por atención, a lo mejor por amistad como si yo creyese en los amigos, el señor, desde el fondo de la manta

—Desde la paz con los rusos tenemos que vigilar a los comunistas

encontraron a la gorda caída en el viaducto, padre, y por solidaridad, no sé, la caldera se calló, ahora era el silencio lo que me despertaba, un espacio hueco amenazándome, una inquietud de ausencia, no puedo perdonarte el tren, no puedo hablar, solamente me siento en la silla, mirando el tenis desierto que aprovechan los gorriones y las rosas en el salón de mi hija que no es hija de nadie más sino mía, mandé a Marçal que me la hiciera, parece que le gusto, a aquel, yo que no necesito gustarle a nadie, para gustar ya tuve a Normando, a Arsénio, a Júlio, me moriré con los muchachitos en la cabeza, las rosas en el salón de mi hija anunciándome

—Aquí está aquí está

a mí que no me preocupa dónde esté y ellas vibrando, por mucho que amplíe la casa no tengo sitio dentro, en casa de mis padres cabía, en esta no quepo, oigo mis pasos a lo largo de la estación y me doy de bruces con tu sonrisa que se transforma en grito, o mejor en una palma contra la boca impidiendo el grito, al ordenarte que vinieses conmigo no protestaste

—No

no impediste que el sujeto uniformado recogiera las maletas, solo te levantaste y el hombre contigo, voy a decirte una cosa, ni un minuto después de dejarlo me acordaba de él, recuerdo miedo de una pistola o eso porque mi mano en el bolsillo, el imbécil sin entenderlo, por qué razón nosotros, los de este libro, nos inquietamos con el vagabundo, qué será él, quién será él, quiénes somos nosotros que no nos abandona nunca, el hombre sin soñarse que me ocuparía después de lo que sucedió, en la habitación de arriba se ve el faro en su oficio de girar, Arsénio a nosotros

—Debería haber enterrado el cacito con ella

el padre de Arsénio, qué ha sido de nuestro cerebro, también se me quedó, el pasado fragmentos, un primo de mi abuela, del que me escondía, haciéndome cosquillas

—Bandido

y yo carcajadas forzadas que no dan placer, duelen, en las pausas entre las cosquillas se sentaba en el sofá diciéndole a mi padre

—Si tuviésemos monarquía todo volvía a su sitio

y no entendía cuál era su sitio, yo a mi ayudante

—Quiero a la cantante que estuvo en el tenis en el despacho el jueves a las seis por la noche, en las pausas entre las olas y el viento, cuando oigo las gotas de la estatua, me apetecía que tú comigó en la habitación, incluso seguro de que agitándome

—Déjame dormir

si te tocaba mi pie el tuyo desaparecía, si mi boca en tu oreja la palma tapándola, si mi aliento en tu cuello la sábana cubriéndolo, tú un ovillo de colchas en la otra punta del mundo y yo, entero en el codo, susurrando peticiones, esperando, renunciando, yo, con los ojos en el techo, decidiendo

—Me marchó

y siguiendo allí, patético, vencido, no te creía tan pesada, de piedra, y con el otro

—Muchachito

excitada, ligera, corriendo a su encuentro en una espiral de besos, muchachito no lo creo mucho pero con las mujeres, quién se atreve a afirmarlo, a propósito de afirmarlo el profesor de la escuela, que ignoraba el significado de sabandija, a la primera me he equivocado y he escrito sajandiba, con el dedo formando una pistola

—Afirmar infirmar confirmar diez minutos en diez líneas para aclarar las diferencias

mientras iba comiendo la mujer gorda del taller abrazándonos, mi madre levantándose la camisa a la luz

—¿Manchas de grasa aquí?

postigos de cristales rotos con un cielo, roto en los mismos sitios, después, o sea rayas en los cristales y rayas en las nubes, las palomas primero enteras, en pedazos al pasar y enteras después, ratones palpando amenazas con los bigotes como ciertos campesinos midiendo la vecindad de la lluvia, un nido seco de avispas, hecho con papel japonés, si se rozaba se deshacía, pasos de gato en el tejado que ondulaba y no un gato, dos gatos persiguiéndose, Arsénio colgado de un cuello enorme, usando los tacones de las botas como esporas

—Soy cowboy soy cowboy

y la mujer patata tras patata sin fijarse en él, mi madre olisqueando las manchas

—Huele a pescado poco cocido ¿qué has estado haciendo?

debería de haber probado el cacito pero la mujer nos apartó enfadada, no había volteretas antes de que los gatos se las inventasen en el tejado, antes soñaba que volaba, no necesitaba abrir los brazos, un saltito y listo, la semana pasada planeé sobre la casa, vi que la chimenea tiene un problema, por la mañana le pedí al jardinero que lo comprobara y efectivamente un problema, antes de ayer mi padre, más joven que hoy día

—No te falta mucho sabandija

doblando el periódico, al despertar, afortunadamente, no me lo encontré junto a la cama, ni en el

cementerio propiamente dicho, se encuentra en un cajón en el muro de la izquierda entre docenas de cajones con nombres borrados, usted unas letras dispersas y quién se enfada, yo no, cualquier día escribo para que lo echen a la fosa, huesos, restos, la gorra de cuadros, al día siguiente mi ayudante

—¿Da su permiso señor?

con la puerta ya medio abierta y la cantante toda afectaciones y pompones, tan vulgar la pobre, pensando

—¿Lo saludo no lo saludo?

pero las piernas le disculpaban el vestido y la armonía de las caderas le disculpaba los modales, mi madre cambiándome de camisa

—Hueles a pobre

y si de momento no huelo a rico ya oleré, no llegó a verlo pero quizá exista el cielo y ella entre los elegidos

—Jesús

asombrada con la casa, el jardín, la estatua y el presidente llegando en un automóvil antiguo, bajo la manta de los hielos de agosto, saludando a alguien con los deditos flacos porque el reconocimiento del pueblo, de tan intenso, invisible, el presidente vencía cada escalón escondiéndose la tos en la manga, no una tos como las nuestras, abarrotada de agitación y lágrimas, un rumor discreto de seda plegando la garganta, me gustaba tanto volar por el barrio donde nací, edificios antiguos, huertos, doña Maria José Salgado, pequeñita, delga, la cantante veinte o veintiún años como mucho y sin embargo, dita, llevándoles la Sagrada Familia, en el interior de una campana de cristal, a los parroquianos que se la alquilaban a la iglesia por quince días y la colocaban en el aparador, junto a un jarrón con flores, el desprecio de mi padre

—Se gastan el dinero en muñecos

jaulas de petirrojos, por más que las pidiese, y me cansé de pedir las, no tuvimos ninguna, el argumento de mi madre, inalterable

—Cuando nos acostumbramos a ellos y les cogemos cariño van y se mueren

la cantante veinte o veintiún años y sin embargo el ojo mucho más maduro que ella, Normando, Arsénio y Júlio protegiendo a la mujer gorda en el viaducto, si se acercaba un vagabundo le tiraban piedras, mi esposa no en la ventana, dentro, y mi miedo a perderla, el Niño Jesús más grande que los padres en la campana, yo indignado con el mío por hablar de muñecos, la cantante me pareció disgustada porque yo no tuviese pelo y fuese entrado en años, mis zapatos no caminan, se esparcen por el suelo siguiendo el uno al otro, ninguna mancha en la camisa, ni olor a pescado, el sastre al hacerme rayas en la espalda con la tiza

—El señor eternamente joven

y lo que yo creía un grito, lo que seguro fue un grito pero me salió bajito

—Cállese

y oculto en el

—Cállese

una queja amarga

—Casi no vuelo

doña Maria José Salgado en lugar de

—Buenas tardes

un

—Santas tardes

en el que revoloteaban arcángeles, ganas de subir, abrir la puerta y la alegría de encontrarte, estirar el brazo y apartarme el brazo, mirarte y volver la cabeza hacia donde no estoy de manera que yo no acompañado, solo, la cantante esperando mirando el tenis vacío, soy patético cuando intento correr hoy día, con el tronco grueso y los miembros raquíuticos, antes no era así, pregúntele a Júlio, a Arsénio si está vivo y lo estará, asegúrame que lo estás, si además de en los bancos mandase en la vida de la gente prohibiría la muerte, ellos menos meses que yo, cómo se quedan esos detalles, me olvido de asuntos importantes pero la diferencia entre nosotros, qué puñetero criterio dirige la memoria, durará milenios, no me acuerdo de los afluentes del Tajo ni de quién estaba enamorado por entonces, unas trenzas pero cuáles, una pegatina en la rodilla, qué sé yo, estoy sacando al azar, son ejemplos, el mundo no se altera así tanto, lo que no les falta a las niñas de ocho años son pegatinas, trenzas y las uñas pintadas con lápiz de color, mi compañero de pupitre se llamaba Irineu dos Santos Marques Fernandes y aunque haya perdido todo lo demás de él, desde la cara a la figura, en cada clase hay un gordo, un pelirrojo y uno con gafas y no he conservado a nadie, conservo este nombre, Irineu dos Santos Marques Fernandes, suspendido en mí como un trapeceista, ni una voz recitando capitales de provincia, ni mariquitas en una caja de cerillas, ni una lagartija escapándose por una grieta del muro, antes de, con el filo de la navaja lista, cortarle el rabo, por si acaso no pregunté si algún Irineu dos Santos Marques Fernandes trabajaba para nosotros, no importa en qué empresa, encontraron a una, dicen que el vagabundo apoyado en una pared, tardes enteras, en la plazuela del restaurante de las hamburguesas, encontraron a una Maria Adília dos Prazeres Marques Fernandes, en el contencioso de una de las aseguradoras, que me trajeron al despacho, preguntándose entre llantos

—¿Es tan grave lo que he hecho?

y la eché mientras ella sin rostro, solo manos, a medida que un mecanismo bajo las manos probablemente la garganta, afirmaba

—A primeros de mes devolveré el dinero no he perjudicado nunca a la compañía siempre he devuelto el dinero

insistiendo, a medida que se levantaba

—Siempre he devuelto el dinero no me destroce la vida

y me intrigó la placidez de un ojo desviado, es gracioso que haya trozos nuestros que no discuten con nosotros, cuántos somos en realidad y en cuántos podemos confiar, las mismas rosas en la ventana de mi hija y en la mía, rozando en el cristal confidencias que me negué a escuchar, que se preocupe el jardinero, su empleo es pasarse el día oyendo a las flores, dame solo una palabra, ten paciencia, una palabra es suficiente, no importa cuál, para que me la guarde en la cartera y la sienta, pasando el dedo por el bolsillo

—Está aquí

con la intención de convencerme de que no hay trenes, ni salidas, ni yo con las manos en forma de pala observando los vagones compartimento a compartimento, cristales cerrados que empañaba mi nariz, no aguda como de costumbre, plana, redonda, mi nariz redonda, mis labios redondos pronunciando tu nombre, mi frente con un óvalo blanco en el centro, todo esto sentado a la mesa, firmando papeles, con la cantante preguntándome

—¿Busca a alguien?

siguiéndome de un andén a otro, el chófer en taxi detrás de mí

—¿Nos vamos a pasar así la vida señor?

empezando a desconfiar de mi pelo despeinado, de mis mejillas manchadas, de mi corbata torcida, de mi, por la noche, en las pausas entre las olas y el viento, oigo las gotas de la Venus, intentando decirme algo medio olvidado, que regresa, y vuelvo a descubrirte en mi cama, a mi lado, esperándome, te ofrezco el cacito que me dio la madre de Arsénio para que cojas un hueso de costilla, unas patatas, unos grelos y tú empezando a comer mientras me hundo en ti, desaparezco en ti, surjo de ti, la cantante, asombrada

—¿Busca a alguien?

forno parte de ti, me separo de ti, vuelvo a acercarme para formar más parte de ti, yo desordenado, yo contento, con manchas de grasa en la camisa, un trozo de zanahoria en el pecho, la salsa escurriendo por la corbata, aislado de la casa, del jardín, del tenis, de mis cincuenta y seis años, del dinero porque nosotros unidos, Dios mío, más alto que los pájaros, los árboles, el mar, en cuanto se impacienta la cantante

—Voy a dejarlo

y no por ella, palabra de honor, no por ella, por esas piernas que, por esas caderas que, yo levantándome de la mesa

—No vas a hacerlo

seguro de que las rosas, solo faltaría eso, no iban a susurrarle al jardinero.

Si te pidiera que volvieses a vivir conmigo me responderías que no, ni siquiera con palabras, solo un gesto, y exigirías una cerradura para encerrarte por dentro en cuanto oyese los pasos, no abrirías aunque trajese una bandeja, tosiese como suele, intentando imitar a Marçal, tampoco ni una frase si llamase yo, Júlio se jubiló por culpa de la próstata, hubo una época en que me lo encontraba en un bar cerca de la oficina, sin beber nada, sin nada de comer, la mesa vacía excepto sus codos, empezaba el movimiento de sacar el dinero del bolsillo, me arrepentía y Júlio

—Dámelo que lo acepto

de modo que lo dejaba en la mesa, Júlio, sin mirarlo

—No necesito tanto

se levantaba dos o tres veces para hacer pipí

—Con permiso

obligándome a retroceder un paso, volvía, subiéndose la bragueta, sentándose, todo esto sin verme

—Ya convivimos mucho tiempo de niños

cuando nos enseñaba cartas de una baraja con mujeres desnudas por detrás

—Mi padre las esconde en el forro del abrigo y en cuanto mi madre sale a la compra las pone sobre la encimera y se pone a babear

si por ti fuera no me soportabas, al saber que había muerto el hombre del tren sacaste el cuchillo de la bandeja y te quedaste un buen tiempo con él en la mano, mirándome no a mí, a mi barriga, hasta encogerte de hombros y dejarlo en el plato

—Vete deprisa

por una vez en la vida yo casi miedo de ti, por una vez en la vida te obedecí, las cartas del padre de Júlio no solo mujeres, mujeres con hombres, mujeres con perros, en una de ellas una mujer con un caballo, Júlio a nosotros

—No me digan que no es un golfo el viejo

no se daba un pito por él, pequeño, raquítico, educado y cortés pero de golpe y porrazo golfo, me acuerdo de mi madre, a propósito de un vecino respetuoso, que ayudaba al cura en misa y un buen día se disolvió en la provincia con la cuñada

—Los santos son los peores

y es cierto y seguro, lo son, bajo las virtudes todo maldad, Júlio no maldad, la próstata lo tenía

amargado, echar chorritos en un váter todo el rato acaba con cualquiera, el médico quería operarlo pero lo, con los meses te cansaste de querer matarme, fuiste olvidando, pero Júlio

—Aquí dentro no toca nadie que sea lo que la naturaleza quiera

si pasaba por el bar allí estaba él de espaldas y ni le iba a dar dinero, se lo daba al sujeto de la barra, con la carta de la mujer y del caballo en la cabeza, me deja con la boca abierta lo que pueden hacer una mujer y un caballo y no eran dibujos, eran fotografías coloreadas a mano por un artista llamado Alves, tenía la firma abajo a la derecha, Alves, con un garabato adornándola, me gustaría saber lo que pasaba en casa de Alves, no solo lo fuiste olvidando, te dejé de importar, se sentaba en la silla ante tu aislamiento, probablemente el tren se te fue más deprisa que a mí, si esto con la cantante no llega a ningún lado quizá te traiga otra vez a mi habitación, no, tanto no, quizá mande al chófer darte una vuelta por Cascais, los domingos, que los narcisos y los turistas son muy distraídos, con la distancia nos vamos volviendo indulgentes, Cascais no, sigues donde estás, con el pijama de cuando nos casamos y una rebequita en los hombros debido a que los huesos cogen frío, mi madre, después de los sesenta, hasta en agosto dormía con bolsa de agua caliente

—Ni te imaginas cómo se quedan los pies hijo

los toqué y era verdad, helados, además de los dedos torcidos y las manchas moradas, no tobillos, cepos, se arrastraba por la cocina apoyándose en los azulejos, una tarde el sujeto de la barra del bar

—No vale la pena coger la cartera que el señor Júlio ha fallecido
dándome un paquete

—Dejó esto para usted

y tantas flores en el jardín, tantos insectos, en cada charco de la manguera avispa a punta pala por no mencionar saltamontes, abejorros, docenas de vidas frenéticas con un motorcito dentro, a lo mejor ha sido Alves, habilidoso con las manos, todo tijeras, persistencia y pinzas, que en los descansos de los caballos ha construido todo aquello con plástico y alambres unidos con una gota de cola, hay milagros así, que no se entiende un pimiento y sin embargo funcionan, si fuese posible tenerte en mi habitación y desgraciadamente no lo es, abrazarme a ti en medio de la noche, cuando viene a verme la infancia y lágrimas con la fecha de caducidad pasada nos piden que las lloremos, un

—Sabandija

remoto que dejó de sorprenderme, me emociona, si no ponemos cuidado los episodios difuntos nos sofocan, ahí va mi madre manteniendo el equilibrio en la miseria de las tibias y la única forma de librarme de ella es desearle páselo bien, adiós, el sujeto del bar dándome el paquete

—Al dármele el señor Júlio me pidió que lo llamara muchachito

y, envuelto en un papel pardo y cordeles, el barullo de las mujeres, encima, en el as de espadas, una chica con sombrero de paja entreteniéndose con un tipo feo, el sujeto de la barra, desviándose

a la amistad

—El señor Júlio en mi opinión era un fresco fue eso lo que le dejó la próstata como un trapo y debe de haber sido así, en cuanto lo provocamos el organismo, pumba, reacciona, no he vuelto a entrar en una estación de trenes, si no hubiese automóviles ni aviones iría en diligencia o trirreme, hasta en medio del tenis oigo el pitido de una locomotora y fallo inmediatamente la jugada, mi primer impulso es correr precipitadamente de andén en andén llamándote, miro por la ventana y me tranquilizo incluso sabiendo que me odias, qué teatral afirmar esto, ni siquiera me, en la última consulta, acordándome de los pipís de Júlio, le pedí al médico que me examinase la próstata, el médico arrugando la cara

—Además del análisis tengo que meterle el dedo por el culo y la posibilidad del dedo en el culo me hizo cambiar de idea, cada uno a su lado de la mesa me di cuenta de que el médico y yo expresiones idénticas por culpa del dedo, dejé el paquete en la barra del bar

—Guárdemelo una semana o dos que después vengo a por él y, como es de suponer, no fui, primero Normando, después Júlio, Arsénio no tengo ni idea, dónde vamos a parar, además al vagabundo hace milenios que no lo veo, puede ser que las dunas, el mar, una de las locomotoras que no parten que no volvió más, lo que no faltan son vías que terminan perdiéndose en una última aldea que nadie sabe dónde está, un único árbol y una niña, que no pertenece a nadie, mirándome, hartándose de mí, desapareciendo en una esquina, la doblo y se ha esfumado, queda un vientecillo desprovisto de origen por ella, las llanuras interminables, sin un único cuervo, qué son los abismos donde termina el futuro, ni un trozo de cielo, un crepúsculo eterno, devuélvanme a la niña, no me olviden así, Júlio sin verme

—Ya convivimos mucho tiempo de niños ponían una botella en el suelo y atinábamos en el agujero con pipís gigantescos, ahora una concha goteando y nosotros esperando el signo de exclamación de la última gota, que costaba que bajase casi sin mojar el váter, una humedad de rocío, un brillo de pétalo, llamé al marido de mi hija

—A partir del día del divorcio no quiero oír decir su nombre él con la boca cerrada y esta vez sí, un arrendajo en un árbol de la China, seguro, o sea me pareció, es decir al observarlo mejor un petirrojo o un cuco y al observarlo aún mejor ningún pájaro, también, si pretenden saber cómo es un arrendajo, no soy capaz de describirlo, por lo que respecta a pájaros, quitando los ángeles, más raros de lo que la gente se cree, los confundo, además con cuántos me he tropezado en mi vida, como mucho uno al salir del colegio, con la gabardina sucia, sentado en el escalón de un edificio, con una bolsa de plástico al lado, bebiendo, un zapato en un pie y una sandalia en el otro pero las alas, aunque recogidas, aseguro que estaban allí, entonces en arameo himnos desafinados alabando al Señor, el marido de mi hija como un

cordero cuando yo

—Sabandija

y una venia discreta a mi padre, gracias amigo, no ha sido la memoria, ha sido la fuerza de la sangre, no he heredado los genes por casualidad, qué me ha traído esto a la cabeza, mi ayudante al marido de mi hija, mientras yo tiraba de la mano de mi madre hacia el ángel

—El señor no acepta que lo coloquen en ninguna otra empresa

entretenido aplastando el tapón de la botella glorificando al Altísimo, revoloteando, con su disfraz de pedigüeño, en dirección al mar por donde camina Cristo, otra cuestión relacionada con Cristo se me fue formando sobre el vagabundo, sería él Jesús, de vez en cuando, discúlpenme, pasa en las mejores familias, me vienen pensamientos estúpidos, no cedí ni ante el presidente cuando una agitación en la manta y la manita estrecha

—¿Es realmente necesario cortarle la carrera al yerno?

y es realmente necesario, presidente, perdone, solo sale de la familia quien yo dejo que salga, vendió la propiedad de sus padres por cuatro perras porque de repente mi trigo más barato y mi ganado gratis, vi a Marçal arriba en la ventana, con la bandeja de la comida de mi esposa, mandé llamar a la cantante y ahí vinieron las piernas, las caderas, la curva de la boca, no pide nada, no dice nada, no se atreve a sentarse, se queda allí, no necesito mirar para verla igual que ella tampoco me mira, cuando le quito la ropa lo consiente, cuando la abrazo no se aparta, cuando me visto lo acepta, mi ayudante debe pagarle porque a los cincuenta y seis años se paga, el marido de mi hija un primer empleo, un segundo empleo, un tercero, un sábado, cuando yo bajaba las escaleras hacia el tenis y seguro que ningún arrendajo, ningún ángel, solo una gaviota extraviada, buscando una corriente de viento que la llevase a la playa, lo encontré en la base de los peldaños, temblando

—Por lo que más quiera señor no destruya mi vida

y ahí nos debatimos con un problema, querido, tengo tanta soledad como usted, no tengo ninguna alma, nadie llega a visitarme y quitarme el medio a la noche, en el instante en que el vagabundo pasaba a nuestro lado me dio la impresión de que por un segundo su cara en mí y debo de haberme equivocado, el jardinero no lo vio, el chófer no lo vio o mejor lo vieron más allá del portón, en el camino, lo que más me sorprende es que todos se lo encuentran y nadie habla de él, una tarde Marçal

—El vagabundo

sin interés, casual y ya está, el marido de mi hija

—Di que eres mi perra dilo

no, el marido de mi hija

—¿Por qué no consiente que yo viva?

días después él en las rocas, me contaron, con espuma encima o sin espuma encima, al caer se

le fue rompiendo la ropa y lo que llevaba en los bolsillos se fue quedando entre las piedras, el retrato de la cantante en el periódico del domingo, un cuerpo de bruceas, con albatros alrededor, esperando la marea alta, mi hija cinco hijos, qué burrada, pero de esos no hablo como no hablo del perrito en el regazo de ella cada vez más largo, lo que construimos sin darnos cuenta, en primavera llegan los halcones de la sierra y se quedan sobre las dunas, altísimo, con las gaviotas ocultas en los arbustos, mi padre de una aldea del sur donde los cernícalos caían de repente y subían lentamente con un polluelo entre las uñas, vivían en barrancos donde las jinetas los buscaban olisqueando el suelo, vi sus crías con el pico en alto, siempre muertas de hambre, mi padre tardó veinte años en atreverse a cruzar el Tajo, con miedo de tal cantidad de agua sin olivos ni lechones, en la orilla del río una ciudad doblada, de cabeza para arriba arriba y de cabeza para abajo abajo como la dama de copas, la cantante retratos más grandes en el periódico y seguía viniendo, una tarde

—Me recuerda a mi padrino

el

—Me recuerda a mi padrino

me enrabetó las glándulas y estuve digno de las cartas de Júlio en acrobacia y competencia, lo que me hubiese gustado que lo hubiera visto mi esposa para comprobar quién soy yo, si se lo soñase Marçal radiante conmigo

—Enhorabuena señor

casi abrazándome, abrazándonos, le dije

—Ya no hay gente como nosotros

su boca orgullosa como mi boca orgullosa

—No recuerdo al padrino de nadie

Marçal, de tan feliz que estaba, limpiándose de la mejilla algo que me negué a saber lo que era y ya que estamos con las tonterías hay veces que me faltan los muchachitos en el taller, no me apetece pedir

—Di que eres mi perra

me apetece pedir

—Di que soy tu muchachito

pero nunca me atreví, demasiado personal, demasiado íntima, demasiada nostalgia y después, así en frío

—Muchachito

qué horror, cincuenta y seis años y mi próstata empezando a, quizá no empezando a pero los pipís se multiplican, si los aguanto un poco cuando lo intento no salen, me tiro siglos mirando hacia abajo hasta conseguir un chorrito avaro que se me derrama por los pantalones y me avergüenza, los halcones de la sierra cada vez más lentos, siempre con los ojos severos, y otras

veces en la puntera, las punteras, vaya, se pueden limpiar con papel pero los pantalones, además de notarse porque la tela se pega a la piel, huele, mi padre, al final, olía, el profesor, afirmar, confirmar, infirmar, también, ambos, en lugar de pierna, un árbol del que docenas de perros se disputaban la propiedad, el mundo entero fijo en mí al salir del váter, que veo que se burlan de mí, cuánto tiempo tardará esta desgracia en secarse, en la lavandería docenas de pantalones míos, la cantante, con los ojos cerrados

—Gracias

incrédula, feliz, me agobiaba comparar su cuerpo con el mío, la ausencia de músculos, los pliegues de la barriga, los pelos de mi virilidad más escasos, grises, los dientes que empezaban a descolocarse en la boca y sin embargo la cantante

—Gracias

en una oreja que empezaba a no filtrar, el olfato se sigue aguantando, qué suerte, lo demás se apaga con una maldad sutil pero la nariz de la cantante en mi cuello, la planta de un pie en esta rodilla

—Gracias

yo que no te hice ningún favor, tuve suerte, dormí mejor esa noche, hasta me creí casi eterno, cuando estuvimos juntos, en la entrada, en el mostrador del hotel, fueron demasiado naturales con nosotros, como con los inválidos y los macrocéfalos, su simpatía gritaba

—Más joven que su hija seguro

y era imposible que la cantante no lo notara, era imposible que no se diese cuenta

—Me recuerda a mi padrino

o sea un socio con gorra jugando a la brisca con los amigos del barrio en esos rincones del jardín con mesas y banquitos para los condenados decrepitos, cogiendo el cigarro de la oreja, dos o tres mirones reprobando las tiradas

—Tontería

o dando con la suela para mostrar su desacuerdo indignado, la cantante, de repente

—Amor

en un tono que tomé como de extremaunción y no lo era, eran sus ojos en el interior de los míos, quién me aclara esto, contentos, eran dedos en lo que me queda de pelo empujándome y acercándome de nuevo, todo tan extasiado, tan ingenuo, tan sencillo que yo, cómo decirlo, pensando tonterías del género

—Querría morirme ahora mismo

y de hecho lo quería pero es una frase imbécil, ahí está la próstata de la cabeza que también se avería, no te preocupes que se me pasa, no digo que todo pero una parte pasa, mi ayudante a mí

—¿Está silbando señor?

yo, levantándome del papel, callándolo con una ceja y, sin embargo, realmente un silbido, qué

es esto, ahora que, con autorización del señor presidente, al que quizá no fuese mala idea prestarle a la cantante, a propósito de la cantante la levedad con que sale del coche, Dios mío, con un movimiento líquido, yo que tengo que rodar el esqueleto hasta la acera e izar me después, estamos preparando contratos con los americanos para el petróleo de Angola, la gran prueba del tiempo es el automóvil, la columna doblándose, sacarnos de allí, después enderezarnos, acostumbrarnos, crujido a crujido, a la posición vertical, el chófer ayudándome con el codo y yo, con miedo

—Cuidado

no vaya a haber una desgracia en cualquier zona mía y caigan al suelo un calcáneo o una rótula, los pobres, sin encontrar la rosca o faltando tornillos, de esos que se meten entre las piedras y no se encuentran más, la perversidad de los objetos que caen, siempre en sitios improbables, más que intrigarme, me indigna, la cantante, mucho, una camioneta de refrescos subía la ladera del hotel, con las cajas dando botes, los limpia cristales funcionaban porque, a lo mejor, lluvia, la parte que no limpiaban opaca de manera que no se distinguía al hombre allí dentro, cuando paró la camioneta bajó de un salto, con camisa a cuadros, a los cincuenta y seis años yo ya no podía, la cantante, muy seria

—Cuando he dicho amor quería decir amor de verdad ¿me entiende?

y yo dudando si tocarla, de repente con miedo pero miedo de qué, el muchachito pensando, mi madre a la cantante, con los guantes de fregar la loza, con uno de los dedos fuera, al acabar los dejaba en el grifo con el pulgar al revés, soplaba para que el pulgar normal y enseguida gordo, estirado

—Mi hijo tarda siglos en entender las cosas al principio hasta creímos que era retrasado
mi padre subiendo del periódico

—Quiere ver lo inculto que es dile a esta niña qué significa artrópodo qué significa sinestesia
bajando al periódico con un gesto de evidencia

—¿Se necesitan más pruebas?

y, bien vistas las cosas, no se necesitan más pruebas, cuánto tiempo hace que murieron ustedes que siguen vivos, qué se necesitará para morir de verdad, mi madre con la bata de trabajar en casa, mi padre sin corbata pero el botón del cuello de la camisa abrochado, no fuese a llegar una visita, cubierto por la papada, mi madre a la cantante, bajando la voz para que yo, entretenido con un juguete de latón, no la escuchase

—Parece que ahora es rico así que si es inculto no pasa nada

los edificios de costumbre al otro lado de la calle, uno de ellos tapiado desde que me conozco, con ladrillos en lugar de ventanas, por la noche lleno de palomas, a lo largo de un riel entre dos canalones, en las traseras una casucha erizada de espinos y una puerta olvidada, medio abierta, más allá de la cual un bienaventurado, más o menos de mi generación, durmiendo entre trapos, mi madre a la cantante, al mismo tiempo en el hotel

—Cuando he dicho amor quería decir amor de verdad ¿me entiende?

y al lado izquierdo de nuestro sofá porque, en el derecho, la punta de un muelle que casi se sale del forro, cascando no sé qué

—¿Cena con nosotros niña?

mientras yo, sin soltar el juguete de latón, que conservaba todas las ruedas, gracias a Dios, se pondría colorado si ella

—Falta una rueda

y la ahogaba en la almohada, afortunadamente ni mi madre ni mi padre nos mandaron tener modales

—¿Delante de nosotros sabandija?

la lámpara de techo de tres brazos de estaño pero una de las bombillas, mal enroscada, parpadeaba porque la escalera no era de confianza, aunque uno de ellos lo agarrase mientras el otro arriba, mi padre, desde el interior de las noticias

—Artrópodo venga ahora sinestesia qué paciencia no lo perdono

la manta del presidente con una crispación melancólica

—Sinestesia cuesta aceptarlo es verdad

a medida que la casa de Cascais seguía creciendo y las pelotas en el tenis sin que yo respondiese porque los dedos de la cantante no se estaban quietos en la nuca

—Mi padrino el pobre

yo con ganas de besarle el pecho y el vagabundo en una arboleda sin sentirnos, claro, yo con miedo de tocar a la cantante, seguro de que un movimiento mal calculado le torcería los rasgos, bajé el estor para que la sombra de un pájaro, al pasar sobre ella, no le manchase la piel, una de sus rodillas me rozó el costado, volvió a rozarlo, se quedó, no

—Dime que soy tu amo dilo

no

—Ven

no mi ayudante cargado de informes

—¿Qué hacemos con esto señor?

con la secretaria detrás de él, mustia a pesar de un anillo nuevo y un collar diferente, Marçal con mi esposa arriba, sin fijarse en nosotros, es decir la cantante y el padrino, en una habitación sin vistas al mar, al otro lado de la calle una cervecería, una clínica de osteopatía, unos billares, la secretaria de mi ayudante a mi ayudante

—Tienes caspa en el cuello de la camisa

o sea, la secretaria de mi ayudante no a mi ayudante

—Tienes caspa en el cuello de la camisa

o sea, la secretaria de mi ayudante a mí

—Tiene caspa en el cuello de la camisa

o sea, la secretaria de mi ayudante a mí

—Ni deja a su mujer ni se casa conmigo

o sea, la secretaria de mi ayudante a mí

—Échelo

en el momento en que mi boca encontraba el pecho de la cantante, en el momento en que Normando se colgaba del codo de la mujer, Arsénio desaparecía en su ombligo, Júlio le pellizcaba los carrillos y ella, sin dejar de masticar, encajando mejor a Arsénio, con una voz que se hacía grave con las patatas

—Muchachitos

sentada en una estera rodeada de cáscaras, solo quedo yo de aquel tiempo, señores, cincuenta y seis años son suficientes para despoblar el mundo, se sentían las olas, camiones en la carretera, un animal acechando que notaba sus ojos y, al volver la cabeza, nadie, quién me asegura que no se lo contaron a mi padre y no era él escondido, en el caso de los americanos no solo petróleo en África, diamantes y una finca de café, mi padre el bigote gris teñido por el tabaco, según la familia no heredé nada suyo

—Igualito a su madre

mi madre que, según ella, podría haberse casado mejor, cuando no estaba mi padre

—Había un coronel detrás de mí, ¿lo sabías?

enseñándome el retrato, escondido en el cesto de la ropa, de un sujeto con aspecto humilde, uniformado de sargento, la nariz torcida porque, al disparar, la escopeta le saltó de la clavícula y, junto a la nariz, la mitad de los dientes a la porra, si te pidiese que volvieras a vivir conmigo me responderías que no, exigirías una cerradura para encerrarte por dentro en cuanto oyese mis pasos, frente al taller un ciruelo seco, la mujer nos echaba en cuanto acababa con el cacito

—Traigan más y los atiendo a todos

quitándonos de encima con el dorso de la mano, un ciruelo seco, dos o tres patos, destinaron al sargento a Chaves y mi madre lo perdió

—Es la vida

guardando el retrato

—Es la vida

el apartamento minúsculo, el dinero contado, el militar de Chaves que uno o dos meses después dejó de mandar cartas, mi madre lo intentó con una postal, una segunda, renunció

—Siempre he sido orgullosa

con la nariz torcida y la falta de caninos del militar haciéndole el orgullo más fácil, la gente desaparece de nuestra vida en un truco de magia igual que la vida desaparece de nosotros con un truco de magia, el problema es que no lo olvidamos y llevamos con nosotros una multitud en que

cada figura un remordimiento, no estoy siendo sincero, yo lo olvido, ni siquiera lo olvido, no lo pienso, lo único que me atormenta son los trenes, todo lo demás me importa un pito, la cantante

—¿No me cree?

y yo callada, ya respondiste cuando dijiste

—Me recuerda a mi padrino

y por lo tanto yo callada, la cantante, casi ofendida

—¿No me cree?

la cantante, ofendida

—No me cree

con el frigorífico del minibar de la habitación zumbando, fuera gorriones en la hierba, mi padre a ella

—Es una sabandija si le contase lo que me ha hecho

fuera gorriones en la hierba, quizá artrópodos y sinestesias, mi padre

—Aceleró mi muerte el desgraciado

y supongo que la aceleré, usted nunca tuvo tino para los negocios, señor, nunca tuvo nervio, nunca tuvo ambición, el frigorífico empezó a sonar más alto y se calló, si yo en lugar de mi ayudante la secretaria ni piaba, seguro, los dedos de la cantante en mi cara, el frigorífico sonó más alto y se calló como se callaría también la secretaria de mi ayudante, Arsénio iba rozando el cacito en una reja, la secretaria de mi ayudante no se callaba, lo agradecía, Normando le daba patadas a una almohadilla de trapos, Júlio imitaba a un cojo y yo, siguiéndolos, comprobando la

—¿De dónde vienen esas manchas?

camisa, en cuanto llegue a casa la lavo con jabón, mi madre

—Parece que tienes algo ahí

yo, escapándome

—Es su vista señora

como se escapó la cantante de debajo de mí y empezó a vestirse, la elegancia de los veinte años me deja con la boca abierta, ni un tropiezo en los gestos, un fallo, una arista, ni siquiera hay que peinarse, se pasan los dedos al azar y ya está, no tuvo que inclinarse para coger el bolso que vino hacia ella, a partir de qué edad deja el mundo de ser nuestro cómplice

—No me cree

no con fuerza, bajito, algo en los ojos que preferí no ver, algo en la curva de la boca en que decidí no fijarme, yo, tapándome con la sábana, escondiendo el cuerpo porque el cuello, el pecho, la barriga, porque las piernas, es decir

—Espera

pero la garganta cerrada, decir

—Créeme

pero te recuerdo a tu padrino, no a un hombre, entiendes, a tu padrino, te recuerdo al viejo que soy, dijiste no sé qué que el zumbido del frigorífico no me dejó oír y, a pesar de no haberlo entendido, respondí no sé qué que el zumbido del frigorífico no te dejó oír, una cantante de la que empezaban a hablar los periódicos, de qué hablarán pronto los periódicos, de qué no se cansarán de hablar, te vi acercarte a la puerta, abrirla, esperando un momento como si una última palabra, no esperando a que yo te llamase, a que yo

—Te creo

y, aunque te crea, no tengo derecho a creerlo, no tengo derecho a, aunque lo crea, decir que lo creo, debido al frigorífico no sentí cerrarse la puerta ni los pasos disminuyendo en el pasillo, no sentí nada de nada excepto mi mano cogiendo el teléfono y las gafas en la nariz para ver los números, fíjate que, para ver los números, necesito gafas, dentro de cuánto tiempo no serviré para nada, me fijé en mi mano, los gorriones fuera, los gorriones picoteando fuera la hierba, marqué el número de mi ayudante que no sé si con el zumbido del frigorífico me podía entender como no comprendí si sonaba el teléfono, dije

—Mándeme a su secretaria para que vea mi caspa en el cuello de la camisa

y me quité las gafas, y colgué el teléfono, vi a Júlio imitando a un cojo y qué divertido Júlio imitando a un cojo, busqué en la piel una mancha de salsa, pero cómo, sin gafas, encontrar una mancha de salsa, de manera que decidí cerrar los ojos y, mientras esperaba a que llegase la secretaria de mi ayudante, empecé a fingir que dormía.

El presidente, siempre solo, entre puertas, con la manta en las rodillas, escribiendo notitas minúsculas, con una caligrafía minúscula, para los ministros que no lo veían, eran nombrados y despedidos a través de tarjetitas de aquellas, no decía que sí ni que no, con su vocecita dudosa

—Tenemos que pensarlo con calma

con las piedrecitas de las palabras bajando, un tras otra, una ladera torcida, a veces me miraba, en medio de una conversación, y yo entendiendo que para él había dejado de existir, de vuelta a cosas suyas, a cada rato una queja

—No me apetece más sopa madre

a cada rato una cantinela que parecía escuchar más que entonar

—Pinto pinto gorgorito saca la vaca de veinticinco

con el cuerpo adoptando la actitud de quien se inclina para comprender mejor, hasta que yo volvía a existir nuevamente porque una arruga de preocupación en él

—¿Por dónde íbamos?

íbamos por un negocio con los surafricanos de una mina de cobre, estuve más de quince días sin saber nada de la cantante y no puedo asegurar que la echase de menos, echar de menos el qué, le recordaba a su padrino, una molestia vaga que no me dolía pero hacía innecesarias las visitas a la habitación de arriba, la verdad es que ni pensaba en ello, un vistazo por costumbre y listo, prefería ver a la cantante antes que a mi esposa y la curva de la boca sonriendo, no me imaginaba que quince días tanto tiempo, el presidente casi emocionado, él que no se emocionaba, con el pinto pinto gorgorito

—¿Quién entiende la infancia?

sepultándola bajo los huesos de un perro en el jardín, vivía con una gobernanta que me llevaba hasta él por pasillos sombríos y salitas vacías que olían a las maletas de viaje apiladas en el desván, y en cuyas esquinas policías de paisano, solo mandíbulas y revólver, me susurraban

—Señor

entre la desconfianza y la consideración, la gobernanta a mí, preocupada

—No quiere la sopa a ver si lo convence para que coma

de modo que en cuanto yo entraba el presidente, rascando con la uña una costra de la manta

—Seguro que le ha hablado de la sopa

con la intuición de los predestinados y yo pensando en un pelo que se peina con los dedos sin

mencionar las piernas, las caderas, la boca en mi cuello

—Amor

yo que detesto teatros, prefiero pedir un anillo y pagar lo que me dan, cuando mi madre me abrazaba de pequeño quería al mismo tiempo que ella se quedase y que se marchase, mi padre, desde el periódico

—Cuánta mariconada

y le doy la razón, acabe con las mariconadas, déjeme, se rascaba las mejillas borrando los besos, mi madre se ofendía pero días después, sin acordarse, no se veía, de la ofensa, ahí estaba de nuevo

—Tengo que aprovechar antes de que te hagas mayor ven aquí

y es evidente que no venía, huía

—No

aquel entusiasmo, aquellos sofocos, aquel asco a los fritos, por no contar los demás olores de las mujeres que nos confunden la nariz, desde la galería no se veía nada interesante excepto a la viuda del dueño de la pastelería sacudiendo las alfombras, al doblarse le saltaban cosas del escote, al acabar de doblarse le entraban cosas dentro, mi padre más atento que yo, mi madre a él, colocándose la blusa

—¿Lo que tienes en casa no es suficiente para ti?

y yo sin entender la pregunta, al entenderlo la viuda ya no se doblaba, se doblaba la enfermera al ponerle el oxígeno, mi madre a mi padre, victoriosa

—Se acabó la sopa boba tarado

como se acababan los besos porque casi no llegaba a las clavículas, las zapatillas de un

—Has aumentado tan rápido

marchándose con melancolía, aún no arrastrándose, eso más tarde, con una lentitud de escafandra, nos toca a todos, madre, hasta a mí, imagínese, cincuenta y seis años se da cuenta, tiene que haber un hotel donde el bar del frigorífico no nos ensordezca y, dentro, botellitas vibrando, el presidente, quitada la costra

—Hay que tomar medidas severas contra los ateos

la viuda del dueño de la pastelería una tarde en la ventana, en compañía de la enfermera, sin cosas que saltasen en dirección a mi padre que además ya no la veía como no veía el periódico, se quedaba en el sillón, con la barbilla en el bastón, masticando el silencio, el presidente, la tonta de mi hija hijos inútiles a los que ni siquiera saludo, se sientan al fondo de la mesa del comedor, solemnes, cretinos, basta con oírlos un instante para afirmar, infirmar, confirmar que Dios no existe, mañana o pasado le digo a mi ayudante que traiga a la cantante, nunca me imaginé que la ropa barata mejorase a las personas, o unas pulseras de fantasía, o unos zapatos de las rebajas, si repitieses

—Amor

mi padre, enseguida

—Siguen las mariconadas

y le daba la razón, no necesitas mentiras para abrir una cuenta en el banco, a mi secretaria no se le olvida darte un sobre a la salida, las pelotas de tenis empiezan a fastidiarme, qué gracia tienen, me veo gordo, exhausto, dándole la toalla a una criatura, en la que ni me fijo, que la coge separando los muslos en que tampoco me fijo, me fijo en el vagabundo que me observa un momento antes de volver a marcharse, una tarde la impresión de que me enseñaba una caracola y no me la enseñaba a mí, era a la ventana de arriba, en medio del discurso sobre los comunistas los ojos del presidente inmóviles en los míos, que dejaron de existir para él

—¿Quién entiende la infancia?

es decir, no sus ojos, otros más grandes, ciegos, buscando, en los pliegues de sí mismo, episodios que la memoria no encuentra, no

—Pinto pinto gorgorito saca la vaca de veinticinco

ni un perro enterrado, sucesos más importantes, más profundos, un hombre girando la escopeta sobre sí mismo y disparando sin que pasara nada, palpándose el pecho, sorprendido

—Mala suerte

y volviendo a casa mientras caía una rama de roble, el mismo hombre en el patio de un hospital, a quien una mujer le daba un cesto de melocotones

—Estás más delgado

que cogió el de la escopeta sin darse cuenta, cura con sotana para el, al irme del tenis me encontré la caracola en el suelo, le mandé al jardinero

—Quítala de aquí

y cuando la cogió

—He cambiado de idea dámela

una caracola vulgar, con una punta rota, para qué la quiero, me quedé observándola un tiempo infinito porque seguro que contenía el secreto de toda mi vida, todo aquello que buscaba sin encontrarlo, todo aquello que necesitaba seguro de que no vendría nunca, qué hago con ella, qué hago conmigo, la rama de roble sigue cayendo para siempre sin llegar al suelo como no llego al suelo, me pierdo en algún lugar no sé dónde, en qué espejo me veré cuando deje de verme, de quién es la cara que me observa, de quién son estos gestos, mi ayudante

—¿Algún problema señor?

y ningún problema, tranquilidad, solo ha sido el vagabundo que me ha dado la llave de no sé qué puerta, o sea lo sé, en realidad la única que hay y desconozco dónde está, me moriré desconociendo dónde está, curas, con sotanas enormes, en el despacho del rector al presidente, también con sotana

—Tu padre

y un tío fuera llevándose, yo a mi ayudante

—Quiero aquí a la cantante

trajeron al presidente de vuelta tres días después porque invierno, nieve, carreteras imposibles por el barro, tuvieron que rodear la sierra y, antes de regresar, un martillo golpeando, golpeando, en las pausas del martillo el silencio de la lluvia, pasos oscuros, gente oscura, campanas oscuras, un portón medio suelto, nombres grabados y jarroncitos con flores, tiré la caracola a un arriate donde no la viese más, criaturas que no distinguía las unas de las otras, ocultas bajo los chales, le pareció ver a su madre y no era su madre, la madre otra, más a la derecha, que no vio, el presidente

—Vamos a firmar un acuerdo con los españoles para intercambiar comunistas en la frontera de forma que de vez en cuando un tiro, de vez en cuando una sombra cayendo, el seminario una capilla donde los pasos más fuertes que los rezos, en lugar de las avemarías de la penitencia el presidente

—Pinto pinto gorgorito

diez, veinte, treinta, cien veces, seguro de que Dios lo prefería así, el hombre de la escopeta a él

—Mala suerte

sin ver el cesto de melocotones, subí a visitar a mi esposa y no entré, me volví atrás, es imposible que no me hayas escuchado por los escalones, pasos más lentos que los de Marçal, más pesados, era tan delgado, yo, y mira, la secretaria de mi ayudante comparándome con mi ayudante

—El señor es de otra madera

mintiendo que se le notaba en la voz que no coincidía con la boca, la boca

—No vales un peo

la voz

—El señor es de otra madera

y la madre detrás de ella

—Si consigues pescarlo es tu salvación

la gobernanta del presidente

—Una sopa de nabos siempre viene bien señor a ver si lo convence

la caracola debe de estar por ahí, entre raíces y hojas, aclarándolo todo y no la encuentro, si le preguntase al vagabundo

—¿Qué es esto?

ni respondería, le di unas monedas a la secretaria de mi ayudante

—Dile a tu mamaíta que no ha sido tu salvación

ella mirando las monedas y mirándome a mí

—¿Qué es esto?

consciente de los pendientes, de los anillos, de las pulseras, del precio del vestido

—¿Ahora me da limosnas?

la cortina de la ventana se abrió y se cerró, me fijé en mi esposa, dejé de fijarme en mi esposa, me fijé en Marçal, dejé de fijarme en Marçal, yo a la secretaria de mi ayudante, corrigiendo un informe

—No mereces más vete

soliviantada fingiendo no perturbarse con la marcha y el ruido del portazo, díganme un solo hombre en el mundo que las conozca y no encuentran ninguno, esta, por ejemplo, vino de nuevo a la oficina, sin llamar, cinco minutos después, mi secretaria pegada a ella, con miedo a que la despidiera

—He intentado impedirlo señor

lo que pagaría por charlar con el vagabundo, pero no respondía a nadie, quién está vivo en este libro, quién es realmente una persona, si se lo preguntase al presidente el presidente, arrugando la manta de las rodillas

—Tenemos que pensarlo con calma

dándome una de sus tarjetitas con caligrafía minúscula donde se descifraba No sé, mi secretaria

—No ha sido culpa mía señor se lo juro

yo que no entiendo la palabra culpa ni un tren que parte dejándome solo, voy a confesar una cosa, a veces no soy capaz de atravesar la casa de noche, mando a Marçal dormir en la habitación de al lado, lo llamo

—Marçal

y solo cuando él

—Señor

consigo dormirme, mi madre tenía que sentarse en el borde de la cama y darme la mano, uno o dos dedos eran suficientes, en cuanto empezaba a aflojarlos despacito se los apretaba

—Estoy despierto

de forma que me llevaba a su cama, mi padre, desesperado, con la almohada bajo el brazo, que así, y despeinado, no era mayor que yo excepto por los párpados, el cobre de África del Sur iba mejor de lo esperado

—Me voy al sofá del salón con ese idiota dándome patadas no hay quien descanse

y le probé hasta su muerte quién era el idiota, mi madre conmigo y yo agarrado a su espalda, todavía hoy me pasa, dejémoslo, la secretaria de mi ayudante arrimada a la pared en silencio, entre el enfado y las lágrimas como de costumbre en ellas, a veces se enfurecen

—Bandido

a veces lloran

—Perdona

y tras el

—Perdona

se enfurecen de nuevo

—Soy imbécil

dispuestas a seguir imbéciles, mi padre volvía del salón unos minutos después

—Echaos para allá

mi madre tiraba de mí y un nuevo olor que se juntaba a los nuestros perturbándome el sueño, si hago un esfuerzo de memoria los recupero, curioso cómo se suceden los años para unas cosas sí y para otras no, comprobé, sin levantar la cabeza, que a la secretaria de mi ayudante, hay tipos con suerte, le quedaba bien el azul, por lo general no me fijo pero esta vez me di cuenta, además de darle colorido a la oficina, voy a pedir que me pongan por ahí un cuadro azul, una naturaleza muerta, una marina, aunque sea una mancha, su pelo aceptable, el perfume excesivo pero hay excesos que delante de otras personas avergüenzan pero en privado excitan, aunque parezca que no un pelín de mal gusto mejora la calidad de vida, yo a la secretaria de mi ayudante

—Ven

y vino entre el tintineo de las rosas, vi pasar al jardinero con una caja de anturios, vi a dos criadas entrando en la lavandería con cestos de ropa, la Venus, de espaldas a mí, en su destino de gotas y todo azul en mis rodillas, tuve que coger la nuca de la secretaria de mi ayudante, como siendo una criatura los animales del carrusel, porque se balanceaba, se balanceaba, al pasar junto a mis padres, con una cebrá a la izquierda y un reno a la derecha, los saludaba, mi madre me respondía, mi padre, con las manos en los bolsillos

—Cuidado

y tablas que gemían, yo no, brillos de pendientes y pulseras al ritmo de los animales del contrachapado, la secretaria de mi ayudante con la mejilla pegada al poste del carrusel

—¿Ya merezco algo más de dinero señor?

o sea el mismo odio con que había salido y palabra de honor que yo no enfadado, con admiración por ella, de pie delante de mí mirándome desde arriba, un sujeto de cincuenta y seis años no solo vencido, inútil, la secretaria de mi ayudante tirándome el cambio a la cara

—Métaselo por el culo gilipollas

que salió rodando por el suelo, primero derecho, luego inseguro, tardaba en pararse dando vueltas, la secretaria de mi ayudante ni se preocupó de cerrar la puerta, repitió desde fuera

—Gilipollas

y entonces el ruido de los tacones pero victoriosos, firmes, pisándome por el pasillo hasta el biombo, mi secretaria, el azul del vestido se me quedó, desgraciadamente el mar de Cascais pocas veces así, barcos de recreo de acuerdo, gaviotas es obvio, gente qué remedio, incluso hasta el

vagabundo, el azul no, solo en el vestido y, desde hace algunas semanas, en el cuadro de allá, casi igual pero menos fuerte, sin templarme el alma, los decoradores ni siquiera bien preparados cumplen como debe ser, vivo rodeado de imbéciles, mi secretaria, que vino a cerrar la puerta, me encontró con las vergüenzas, que la verdad es que ya conocía, al aire, los brazos agitándose, suspendidos, sin dignidad y la boca de pez fuera del lago, respirando con dificultad, las luces del carrusel apagadas, las cebras quietecitas, mis padres de vuelta a casa, yo en medio de ellos, mi padre con un sombrero estúpido en la cabeza, hay sujetos sin arreglo, como es el caso, mi madre

—¿Te ha gustado?

rodeando el Pozo de la Muerte, el Castillo Fantasma y la criatura que decía el futuro enredando con una baraja, lo que no era difícil en el caso de mis padres, bastaba un vistazo, hasta yo, que no soy un lince, lo sabía, se desmoronan y ya está, la cantante en la provincia hasta fin de mes, espero que con la familia controlándola para prohibirle trenes y librándola de canallas que fuman, cogí las monedas a gatas, buscando debajo de los muebles, una la saqué con la regla, luchando contra el pelo de la alfombra, para qué tanto pelo, hoy día solo hay casas exageradas y cuando se pide un cuadro azul no lo hay, por primera vez dormí solo, mi madre, decepcionada

—¿Seguro que no necesitas un dedo?

quien lucha contra un carrusel que casi se deshace trata a la oscuridad por tú y aguanta sin problemas la idea de la muerte, mi madre todavía apareció una o dos veces, con la esperanza del dedo, y me mantuve firme, con un orgullo de árabe, resistiendo la soledad, la escuché decirle a mi padre, en la otra habitación, nostálgica

—Ha crecido tan deprisa

y ni se imagina mi desánimo interior ciertos días de lluvia, cuando una tristeza que no sé definir, una angustia de pérdida, una sensación de vacío se introducen en mí y me oscurecen el, no me obliguen a confesarlo, por favor, me oscurecen el alma, no soy de hierro y ya está, son cosas mías, seguro que podía hablarlo con el presidente, pinto pinto gorgorito saca la vaca de veinticinco, pero la falta de confianza me lo impedía, qué sentirá él a las dos de la mañana dentro de la manta, ramas de roble que no dejan de caer, gente oscura, martillos, el terror de que Dios se fije en nosotros, nos apunte con el dedo y una plaga de saltamontes devorando, devorando, a veces los veo en el jardín, con apariencia inofensiva pero, por como son las cosas, no me fio de ellos, quién sabe lo que preparan, no he visto al vagabundo, mi ayudante tampoco, que será de nosotros si desaparece, el alcalde me ha prometido que hasta abril los trenes que no parten se esfuman de la estación, el problema es que hasta abril un montón de días, los años pasan en un plis plas pero los días, ciertos días, como ciertas horas, incluso ciertos minutos, duran increíblemente, puedo citar ejemplos, la cantidad de, no digo la palabra, usen la que quieran, que puede contener un instante, cuando la luz de la habitación de arriba se apaga de repente y yo un susto, no menciono lo que me viene a la cabeza, señores, no es que ella me guste, aquí entre nosotros no me gusta, es decir no sé

si me gusta, es decir hay otros temas más importantes, dejemos ese, no digo para siempre, digo de momento dejemos ese y, seamos claros, el problema no es si me gusta o no me gusta, digamos que es una cuestión de costumbre aunque no sea una cuestión de costumbre, y ya está, asunto resuelto, punto final, bye bye, mi hija no come a la mesa conmigo, los surafricanos están dispuestos a tratar, junto con el cobre, el problema del oro, come después que yo y Marçal la sirve, la semana pasada oí cómo le proponía

—¿No se quiere sentar a la mesa conmigo?

y Marçal casi escandalizado y sin dejar ver el escándalo, educadísimo como siempre, eficiente como siempre, opaco como siempre, mi hija, más alto

—Debería sentarse a la mesa conmigo a fin de cuentas ¿no es mi padre?

mi hija no en tono desafiante, normal

—¿Por qué finge que es mi criado?

esto con un sonido de agua de jarra y cubiertos en la mesa, ella y Marçal, con caracteres no sé si parecidos porque Marçal no tiene carácter, no tiene opiniones, no tiene voluntad, obedece, poco después de la boda el médico a mí, empujando los análisis en mi dirección con el bolígrafo

—Usted no puede ser padre

y seguro que alguna equivocación, los resultados de otra persona, una avería en el aparato, una distracción del técnico, si al menos estuviera allí el dedo de mi madre

—No te preocupes que cualquier especialista os echa una mano

estuve en Estados Unidos, en Suiza, en Austria y no nos echaron una mano, no hay vida que salga de mí, solo células muertas y yo primero sin creerlo y después rechazando mi cuerpo, los especialistas a los que fui, Dios mío, para saberlo, yo al presidente

—Quiero el veinte por ciento

hasta que quedó claro que soy como los animales castrados, el hijo de la esposa de mi ayudante que se pareció a mí, y ya nadie cree que se parezca, también de Marçal, la esposa de mi ayudante

—¿En serio quiere que me acueste con su empleado?

los llevé a una pensión y me senté en un rincón del cuarto, la esposa de mi ayudante ahogando los suspiros y mintiéndome después

—No he sentido nada de nada palabra

y claro que lo sentiste, mentirosa, lo sentiste, aunque seas un payaso los payasos sienten, después de Marçal lo mandé salir y me serví yo, nunca le hablé de los tratamientos inútiles como nunca les perdoné, a mi esposa y a ella, que me desobedecieran, el presidente colocándose la manta

—¿No le parece un porcentaje muy alto el veinte por ciento?

y yo seguro de que algo en él lo sabía, cómo puedo ser amigo de mi padre que no me hizo hombre, me hizo inútil, esta cosa seca que habla o quizá sea yo, no el vagabundo, cogiendo el tren

que no parte y mirando la estación desde la ventana, la locomotora tumbada, la hierba en las vías, una rama de roble cayendo, no soy yo el que caigo, yo de pie, con la pistola en la mano

—Ni esto puedo

y el mar, que me conoce, devorando las dunas, si encendieses la luz en la habitación de arriba entendería que me entendías y no la enciendes nunca, Marçal, muy derecho

—No me pida que lo ayude a morir señor

sin que yo le cogiese el dedo, para qué, de qué me sirve tu dedo, tu inquietud, tu pena, mi hija a Marçal

—Prométame que no es mi padre

esto solo voces, no lo tengan en cuenta, yo no en el comedor, en el pasillo, apoyado en una mesa con un jarrón encima, cómo temblaba el jarrón, cómo temblaba la mesa, cómo temblaba el pasillo, cómo todo en mí, etcétera, para qué escribirlo, cinco por ciento del cobre, veinte por ciento del oro, doce por ciento de la finca, el presidente a mí

—¿Qué hace con el dinero?

yo, al presidente

—Hago una sopa de cilantro y me lo como

sorprendido de mi atrevimiento, mientras intercambiábamos comunistas con los españoles en la frontera

—Hago una sopa de cilantro y me lo como

esposados, descalzos, con sangre en la cabeza, en la ropa, unos amarrados a otros, algunos en camilla, esto de noche, evidentemente, junto a un puente sobre un río que se escuchaba, sin verse, rodeado de piedras, lo que debía de haber sido una cabaña de pastor a la que le faltaban dos paredes y alrededor

—Entonces prométame que no es mi padre

unos árboles dispersos de los que no conozco el nombre, con la falta de viento se sentía la respiración de la tierra igual que se sentía la de las palomas silvestres, no dormidas, esperando, si fuese de día huirían, luces, casi en el horizonte, de una ciudad cualquiera, seguro que nubes porque la luna iba y venía, a ratos escondida y a ratos clara, incapaz de dejarnos ver los erizos, osos hormigueros, rinocerontes, qué sé yo, mi hija a Marçal

—¿Si no es mi padre qué problema tiene en prometérmelo?

los presos con dificultades para subir a la camioneta y los policías empujándolos como sacos, pensaba que los comunis

—¿En prometérmelo?

tas civilizados como nosotros y ni siquiera aseguro que personas, abandonados, desaliñados, del tipo de esos campesinos en bicicleta pedaleando con dificultad por el arcén de la carretera con un perro minúsculo detrás, el mango del paraguas colgado del cuello de la camisa y una caja

amarrada al sillín, que no saludan si los saludamos, creo que ni se fijan en nosotros, Marçal a mi hija

—No me atormente niña

los comunistas no personas, campesinos, menos que el jardinero o el viejo que riega el tenis, qué nos harían si nos encontrasen, en lugar de matarnos se quitarían el sombrero y la marca alrededor de la cabeza dividiéndola en dos, aquellas manos extrañas que les pusieron en los brazos, llenas de verrugas, no piensan, casi no hablan, no los veo sonreír y menos mal porque en el caso de sonreír solo dos o tres dientes, también para aquello de lo que se alimentan no necesitan más, la gobernanta del presidente a punto de llorar

—Se niega a comer señor ¿no puede convencerlo?

y no puedo convencerlo, doña Maria, en cuanto empezase a argumentar su manta hinchándose, quedaba un último en una especie de tabla, con las líneas sustituidas por hinchazones y manchas, la luna casi redonda, en serio, se libró de las nubes, enhorabuena, y flotaba sin rumbo, nunca entendí hacia dónde se dirige o si navega al azar, recuerdo al profesor

—Nuestro satélite

y yo, inocente, lo creí, cuál, la cantante, cuál satélite, depende de quién la sopla y eso es todo, la cantante tiene que volver, no hay muchos paletos fuera de Lisboa para presenciar sus actuaciones, quieren que los dejen en paz con sus choricitos, las vaquitas, un policía, español o portugués, da igual, se sacó la pistola de los pantalones y enseguida una mejilla pegada a mí, no olvido aquel azul

—¿Ya merezco algo más de dinero señor?

detestándome, yo con las piernas lejos y la bragueta abierta, indefenso, vencido, y la secretaria de mi ayudante

—Métase su fortuna por el culo gilipollas

un policía, español o portugués, da igual, como yo también doy igual, para qué sirvo, cuéntenmelo, se sacó la pistola de los pantalones y una vibración que se extendió en círculos al río, a la cabaña, a los tales árboles de los que no reconozco el nombre y a la respiración de la tierra, no recuerdo un erizo cuanto más un cocodrilo, en el jardín de Cascais abejorros, avispa, abejas, eso es todo, un día me pasa una cosa por la cabeza, que siempre ha sido de mareas, y meto aquí serafines, antes que se marcharan los autobuses tiraron la tabla al agua y allí se quedó entre las rocas, lo que queda de ella debe de continuar en el mismo sitio como la voz que os habla es lo que queda de mí, mi hija, cansada de Marçal

—Desaparece de mi vista

ahí sí, se parece a mí en la autoridad, en el desdén, en la indiferencia, las rosas del salón las mismas de mi despacho y hace siglos que no nos vemos aunque nos sentimos el uno al otro todo el rato, el médico empujando el análisis hacia mí

—No puede ser padre

células difuntas en un líquido difunto, yo difunto, mi padre saliendo furioso de la cama, con la almohada bajo el brazo, más joven que yo así despeinado

—Me voy al sofá del salón con el sabandija dándome patadas no puedo dormir

y como consecuencia, señor, no puede tener nietos, yo corriendo de andén en andén con la esperanza de ser al menos marido, tampoco soy marido, el presidente

—Pinto pinto gorgorito saca la vaca de veinticinco

mientras el cuerpo adoptaba la actitud de quien se dobla para escuchar mejor

—¿Por dónde íbamos?

y no sé por dónde íbamos, presidente, se me ha olvidado, íbamos por mí viendo la luz de la ventana alta que se apagaba, íbamos por el terror de la casa a oscuras, íbamos por la secretaria de mi ayudante

—Gilipollas

íbamos por el deseo de un color azul que no podíamos tener de forma que, si me permiten una opinión, me atrevo a sugerir humildemente que nos tumbemos juntos, cada cual en su mitad de la sábana, cojamos cada uno el dedo del otro y nos quedemos esperando, aterrados, hasta que, con un poco de suerte, nos podamos serenar.

Por la noche, cuando no soy capaz de dormirme, y hay muchas noches que no soy capaz de dormirme, voy por la casa en pijama, descalzo, sin encender la luz, en medio de sombras, pasillos, muebles, escaleras, sintiendo el mármol en los pies, queriendo formar parte de mí, y pensando

—No vivo aquí

rodeado de ecos sin voces y brillos parecidos a soslayos cuyos ojos no conozco, de quién serán, a dónde los habrán ido a buscar, voy por la casa sin ver la ventana de arriba ni a la secretaria de mi ayudante pasando a mi lado ya no enfadada, cómplice

—¿No le apetece más señor?

siento las rosas, siento el viento en las dunas, si me encontrase me llevaría, por no mencionar los crujidos de los pinos y los codos del mar que nos empujan, de pequeño me quedaba en la cama, como una semillita en la tierra, ahora intento encontrar a quien fui y no lo encuentro, la señora de la mercería

—Has espigado

dando la vuelta al mostrador para apretarme la cabeza contra su barriga

—Casi hueles a hombre

asegurándose de que nadie junto a la puerta

—Bésame ahí niño

mi madre, que no me hacía aquello, siempre ocupada, sin tiempo, cuando me mandaba a buscar los botones, o la cinta, o los carretes

—Traes un olor raro

doña Adelina, no me olvido de la señora, su marido charlando con mi padre, elogiándome

—Cualquier día nos saca la cabeza

y así es, señor Gregorio, ha acertado, no entiendo por qué no dejo de crecer, el primo ciego, encontrado en la calle, solo bastón y gafas oscuros y los demás detrás

—La voz le venía de abajo y ahora le viene de lo alto

mi padre, mirándome disgustado

—La pena es que el sentido común no sea como el tamaño

esto con catorce o quince años y afeitado una vez por semana, es decir unos pelillos dispersos, doña Adelina, seca

—¿Vienes a comprar o qué?

despachándome, con tono de crítica al darme el paquete

—No tienen ni pizca de gracia

arrastrando una zapatilla, la secretaria de mi ayudante, pero todavía vistosa, que la parta un rayo, la secretaria de mi ayudante mejoraba con la convivencia, se cortó un poco el pelo del lado izquierdo y la oreja al aire, redondita, se subió el vestido, se retocó la nariz, por la noche, cuando no soy capaz de dormirme, si me traía documentos la barbilla, rozándome la sien

—Este punto aquí señor

y la uña del meñique un buen rato en el punto, unas veces con esmalte violeta y otras dorado, por la noche, cuando no soy capaz de dormirme, y cada vez duermo menos, voy por la casa en pijama, descalzo, hasta que Marçal, llegado de no sé dónde, me coge del brazo con la delicadeza de siempre

—Lo acompaño a su cuarto señor

no doña Adelina, Marçal, y no en pijama y descalzo, con la chaqueta blanca, con zapatos, soy yo quien debería servirle, obedecerle, cepillarle el abrigo

—Un instante por favor señor Marçal tiene aquí un pelo

y quedarme mirándolo con admiración y encanto, en la habitación de arriba la cortina corrida, casi siempre corrida porque la luz de agosto molesta, de repente me acordé de que nunca tenemos golondrinas en el jardín, debe de ser el mar que las asusta aunque los árboles no lo dejen entrar, ni un ahogado en los arriates o entonces los barren por la mañana temprano para que no me tropiece con ellos, siguen obedeciéndome, siguen teniéndome miedo, si se imaginase cómo, para qué esconderlo, me siento indefenso y, sin embargo, espigué y continúo espigando, autoritario, terrible, aterrando con la ceja a un compañero de tenis que me tiró una pelota complicada, corrigió inmediatamente, en pánico

—Ha sido fuera

y al día siguiente, antes de que firmase su despido, se despidió del trabajo, con una carta de disculpas devuelta sin abrir, el general que manda en España

—Hombres como usted son los que nos hacen falta aquí

sin soñarse que voy por la casa en pijama, descalzo, con miedo de las siluetas de los árboles de la China y del tintineo de las rosas, aumentamos el algodón en África, comenzamos con la cerveza, si te viese me tranquilizaría a pesar de que tu camisón antiguo y el pelo gris, de un problema en los huesos del que no entendí la justificación del médico, entiendo algo cómo hablan los arbustos, a las rosas las pillo algo si me concentro pero quién entiende el idioma de los doctores, nos morimos preguntándonos

—¿Qué significa esto?

cundo ya no vemos, no sentimos, solo escuchamos nuestra pregunta corriendo junto a su voz,

igual que esos perros con dificultades para seguir los pasos de su dueño, renunciando, exhaustos, a medida que se aleja

—¿Qué significa esto?

y el

—¿Qué significa esto?

vaciándose nada más empezar, demasiado lejos de nosotros, el primer sollozo, un problema en las articulaciones que te torció los dedos y aun así yo capaz

—Hombres como usted son los que nos hacen falta aquí

de, la cantante llega el viernes, las piernas, las caderas, me mandó una nota con una rosa que parecía una col, de cogerte de la mano y, al fondo, la concha de la Venus insistiendo, insistiendo, el perro acaba tumbándose en la tierra sin que mi hija se lo ponga sobre las rodillas moldeándolo con la palma de la mano, la manta del presidente en un suspiro

—Solo somos sombras

y es verdad, que bien las vi en la frontera entre las camionetas de los españoles y las nuestras, una de ellas nos insultó hasta que la calló una bota, el sujeto de la pelota difícil se puso a trabajar de administrador, en todo caso acertó de pleno, primo Gregório, no dejo de crecer, en una fábrica de colchones que, desde hoy hasta el viernes cuántos días faltan, por mala suerte de él y buena suerte de la compañía de seguros, un cortocircuito que no cubría la póliza, en mi opinión no cortocircuito, petróleo en la estopa y unas conexiones cambiadas en la caja eléctrica, no por mí, claro, que no ando con cajas, amigos que me deben favores y con quienes trabajo cuando hace falta, viernes y, a lo mejor, no me visita, que desde hace años vienen de África y vuelven, no los veo, no los conozco, es mi ayudante quien se encarga del asunto, soy padrino de los hijos, probablemente mulatos pero hijos, mi hija ni mulata ni hija, al encontrarnos en el pasillo los ojos recriminándome

—Usted

y si hubiese conocido a la cantante hace treinta años me habría quedado con ella, por lo menos no me habría marchado en tren, no soporto la idea, en tren, no soporto la idea de perder al vagabundo, qué habrá en él para mí, una vez me acerqué

—¿Cómo te llamas?

y no respondió, cuando digo no lo soporto es mentira, no me apetece y ya está, si la hubiese conocido hace treinta años, ella que nació no hace ni veinticinco, mi ayudante

—Usted quiere a la chica?

y olvídale, no la quiero, si la quiero la cojo prestada, aguántale tú a la familia, la madre de la secretaria de mi ayudante a la secretaria de mi ayudante, contemplando las llaves del automóvil

—¿En serio que el señor te ha regalado un coche de ese tamaño?

el primo ciego de mi padre en el sillón del salón, con la nariz en el techo como siempre

mientras yo le ponía caras porque todo, empezando por Dios, viene de arriba

—En primavera veo colores

a él le vino la diabetes y se le marchitaron los ojos, cuando entraba la vecina del izquierdo pedía olerla y temblaba, rozándole el cuerpo con el bastón

—Aguanta un minuto ten paciencia

sin atreverse a tocarle un brazo, solo con el bastón

—Es un favor que me haces

y mi padre, el duro sin mariconadas, emocionado, fíjense, un buen día lo vi entrando con el primo ciego, por la tarde, en un sitio de mujeres, esperé media hora y los dos saliendo, mi padre retocándole la corbata al primo, prohibiéndoselo, mientras el ciego se limpiaba las mejillas con la manga, bajo las gafas oscuras

—No me lo agradezcas Osvaldo

dudando en las palabras, el oso, chocó conmigo y no me insultó, me pidió que desapareciera con el mentón, ninguno de nosotros abrió el pico en casa, mi madre a mi padre

—¿Dónde has ido?

mi padre, cogiendo la botella de vino

—A ver el dominó en la plazoleta

y si yo tuviese lágrimas que, por suerte, no las tengo, para qué más problemas, las chorrearía a litros aunque, pensándolo mejor, no me apeteciese un padre bondadoso, me apetecía aquella criatura insignificante, con un sombrero pequeñito, odiando el mundo, ganas de darle a ambos con el bastón, qué horror la compasión, la bondad, yo a mi esposa

—Por el amor de Dios no me dejes

no hacia fuera, de modo que ella no lo oyese, cretino, santa paciencia, no, me quedo a tu lado no para hacerte compañía, para explicarte quién manda, qué compañía se le hace a una vieja, de qué me sirves, la secretaria de mi ayudante

—¿Está distraído?

y no lo estoy, de vez en cuando me pasan unas tonterías por la cabeza, no te enerves, mi madre a mi padre, sospechando

—Asegurabas que te aburría el dominó palabra de honor

y mi padre, a la mesa, buscándome sin buscarme que bien le descifraba los gestos, por única vez pidiéndome

—No lo cuentes

yo con ganas de gritarle a mi madre

—Ha llevado al primo ciego de putas

y, qué sé yo por qué, discreto, soy idiota, si me pilla fumando a escondidas y me levanta la mano lo dejo frito, mi padre en un cuchicheo

—El pobre

al quitarle el sombrero de la cabeza un guisante, mi madre

—¿Perdón?

y él, metiéndose una esquina de la servilleta en la camisa con una inocencia mal disimulada

—¿He dicho algo?

la nariz ancha, las cejas gruesas, la boca de pez, por las fotografías él de joven lo mismo un poco menos feo, yo, después de su muerte

—¿Qué es lo que vio en padre madre?

mi madre, con un movimiento triste

—Siempre escondió el corazón ¿lo sabías?

para irritarme a propósito, a final de cuentas ellos estupendos el uno para el otro, dos camafeos, que los parta un rayo, que me tocaron en el sorteo, puede imaginarse mi rosario, nacido de ella para llegar a lo que soy, el trabajo, la brega, el cansancio, realmente esconder siempre el corazón lo dice todo, ser un pobre diablo vaya cualidad, señora, eligió bien, no hay duda, solo no me debería haber hecho, por qué razón no me abandonó en paz en el cielo de los niños por nacer, lleno de bebés al azar por los rincones, polvorientos, olvidados, así no andaría en pijama, descalzo, entre sombras, me libraría de este destino, el primo ciego se cayó en un agujero de las obras y se partió una pierna, de camino rompió el bastón pero sobre todo se partió una pierna, ole, y además por dos sitios, mi padre en el hospital, con el sombrero en el pecho

—Osvaldo

y los deditos del otro en el fondo de la escayola, llena de gotas blancas, uno de los dedos sin uña debido a una patada en una raíz, las de los demás demasiado largas, amarillas, las mías por entonces rosas y hoy día, qué mala suerte, también amarillas, cuando me las corto me quedo con el cuerpo como el de una cucaracha muerta, mira mis patas encogidas en ángulos imposibles, mira la carcasa de mi espalda redonda, la barriga, con tantas cosas blandas dentro, cada una con su nombre estrafalario y listas para averiarse, el primo ciego, estirando el brazo en la dirección equivocada

—¿Dónde estás?

y mi padre y él con una emoción de enamorados, por amor de Dios, palabra de honor que solo faltaban golondrinas alrededor, qué pensarán los enfermeros y los enfermos que andan por allí, algunos ya difuntos, qué sé yo, cualquier día cogen un escobón y los tiran al cubo, yo fingiendo que no era de la familia y, sinceramente, creo que no lo soy, qué tenemos en común estas almas en pena y yo, mi padre al primo ciego

—Cuando menos te lo esperes vas a estar por ahí de jarana

y, realmente, lo estuvo, pero además de ciego cojo y sin jarana, así que toma, se arrastraba lo que da siempre un cierto placer al verlo, con un bastón nuevo que le consiguió mi padre, él que no

conseguía nada de nada a nadie, ni siquiera a sí mismo, el imbécil más inútil del universo, siempre el mismo sombrero, siempre la misma ropa, mi madre

—Van a pensar que somos pobres

y para qué fingir lo contrario, en ese momento lo éramos, el primo ciego casi no salía de casa, al visitarlo todo a oscuras porque qué más daba, abríamos lo estores y ahí estaba él en un trípode

—¿Eres tú?

como si mi madre y yo no contásemos y de hecho no contábamos, él

—Eres tú?

solo a mi padre, el primito, me pone nervioso esto de no encontrar al vagabundo, el primito, el compinche

—Lo que hemos pasado juntos ¿qué te parece?

siameses desde pequeños, los estúpidos, a lo mejor doña Adelina dando la vuelta al mostrador y apretándoles también las cabezas

—Casi huelen a hombre

asegurándose de que nadie en la puerta

—Bésenme ahí niños

mi padre con los ojos cerrados y el ciego pestañeando en su oscuridad, felices

—Se ha enamorado de nosotros

todavía veía algo pero poquito

—¿Cómo son ahora los pájaros primo?

y mi padre contándoselo todo, ambulancias, es, máquinas de coser, el exceso de enredos que se amontona en el mundo, fallecieron hace un tiempo los dos pero deben de seguir charlando, el ciego

—¿Hay aquí destornilladores volando en los árboles?

y quién puede jurar lo contrario, si los encuentro lo digo, todo tan diferente de lo que nos creemos, la secretaria de mi ayudante, no estoy mintiendo

—¿De dónde me sacaba yo que usted fuese tierno?

eso auténtico, lo aseguro, seguro que mi secretaria lo oyó, si no es una mentirosa, pero es una mentirosa, confirma

—¿De dónde me soñaba yo que usted fuese tierno?

y los ojos notan que no lo soy, eso lo dejo para los abuelos y los débiles, abuelo vaya palabra, mi hija unos buitres listos para joderme todo, con el ojo bien abierto en la oficina o con la mano cóncava para recibir offshores dentro, si me distraigo la cementera se va volando en un suspiro, yo a mi ayudante

—¿Qué le parecen mis nietos?

y mi ayudante, el imbécil

—Me parece lo que usted prefiera que me parezca
con la esposa engordando, engordando, de dónde me soñaba yo que usted fuese tierno,
sinceramente, me ofende, pero las caricias, los modales, los mordisquitos en el costado con un
susurro infantil

—¿No le duele?

yo una cuerda de guitarra que agita las vértebras como un cascabel, las plantas de los pies
fosforescentes, en serio, lo que es raro a mi edad, nación con ese don o compró libros que lo
enseñan, esa es la duda, no importa, resulta, no dice

—Te amo

ni dibuja rosas parecidas a coles, me transforma en la zarza ardiente de la que me hablaron de
pequeño en catequesis y hoy sé lo que es, el cura

—Está en la Biblia

y lo creo, un día cualquiera, por si acaso, me compro una, llena de saltamontes y escarabajos
que esto de Dios es confuso, a cada rato yo un dinero al obispo y él que se entienda con Dios, casi
no juego al tenis, me aburre, oigo las pelotas y el jardinero arreglando la enredadera en su
escalerita de tres escalones, con una zapatilla al lado izquierdo porque se le ha alborotado el
juanete, siento las dunas que se acercan día a día y terminarán devorándome, mis huesos arena,
mis pensamientos arena, lo que he sido arena, la secretaria de mi ayudante cogiéndome la barbilla
con dos dedos

—No me gusta esa expresión señor

con los dientes de arriba, sobre el labio inferior, haciendo casi soportables los crepúsculos, lo
que consigue una boca, veo a mi madre poniendo la mesa los domingos, el mejor mantel, los
platos más nuevos, mi padre, con chaleco, sin quitarse el sombrero, doblando el periódico, si lo
quitase de en medio él obsceno, siendo una criatura una mañana lo vi desnudo, de reajo, en el
cuarto de baño, y todavía hoy me molesta, no se trata de repulsa o de sorpresa, otra reacción en la
que prefiero no profundizar, ojalá pudiera olvidarla, un recuerdo no muy detallado pero que se
obstina, se obstina, mi madre una noche masajeándose el muslo pero por suerte justo encima de la
rodilla, las desgracias empezaron cuando mi padre la abordó a la salida del ultramarinos

—¿Me permite acompañarla?

ella, observando los alrededores

—La calle es pública ¿no?

el palique de costumbre por el orden de costumbre, primero

—Quítese esa idea

después

—Solo una manzana

después

—Solo dos manzanas entonces

después una esquina más de lo que me exigió mi madre, dos esquinas, tres y aquí estoy entre vosotros mis padres unidos como siameses, excepto las semanas en que él estuvo fuera de casa, con la dueña de una residencia de ancianos, y volvió suave

—Ni sé lo que se me pasó por la

el viernes, reflexionando con calma, para qué quiero yo a la cantante, qué nexo tiene eso, ni sé lo que se me pasó por la mollera, disculpa, hasta que mi madre soltó el mango del escobón

—Eres un trasto

y el problema, poco a poco, se resolvió, la dueña de la residencia, alta, fuerte, mirándolo con altivez

—Cobarde

hay momentos en que desconfío que mi padre de, la cantante no tiene ningún nexo y sin embargo, mi padre de vez en cuando, es posible, no sé, digo esto porque mi madre

—Haces el petate te piras y no te quiero ver más

cuando llegaba tarde

—He estado dándole la cena a Osvaldo

todo el día a oscuras en el salón, con las ambulancias, los destornilladores y las máquinas de coser en la cabeza

—No hay nada que no vuele ¿verdad?

convencido de ser el único elemento fijo en un mundo que flotaba, esta mañana, qué alivio, el vagabundo atravesó el portón, voy a Cascais a asegurarme de que los trenes que no parten se han marchado, ningún vagón abandonado, ninguna locomotora entre las jaras, Marçal

—La niña quiere hablar con usted

para qué si podía pedirles a las rosas que hablasen por ella, las mismas de su salón al despacho o, si no, encontrarse conmigo a las cinco de la mañana, cuando no soy capaz de dormir, en un pasillo, en una habitación, en una escalera, yo en pijama, descalzo, y ella vestida, pintada, con un perfume idéntico al de las demás, mi esposa

—Yo

y callándose, la empujé hasta arriba sin querer empujarla, encendiendo los escalones para que no se tropezase y guiando sus pasos en un rincón más oscuro, me aseguré de que la habitación en orden, la cama, el armario, la silla en la que me sentaré un día, la encerré y me marché, le di órdenes a Marçal, Marçal atreviéndose a suplicarme que no

—Señor

y, sin embargo, obedeciendo, soy su dueño verdad, yo en la puerta sin ninguna palabra salvo

—Deprisa

viéndolo entrar insistiendo

—Deprisa

yo esperando en el pasillo repitiendo

—Deprisa

repitiendo

—Deprisa

repitiendo

—Deprisa

mientras, en mi interior, un hombre abrazándola, cuando acabó Marçal noté que bajaba ignorando si era Marçal o el otro quien se escapaba, yo casi

—Mátenlo

y de nuevo la furgoneta, y de nuevo la acera, la cara de sorpresa antes de ninguna cara, yo a ambos

—Marchaos

y me quedé allí apoyado en la pared hasta que dejó de temblar la cama y se calló el llanto de mi esposa, solo suspiros agitando miserias sueltas, yo bajando las escaleras deseando también que me aplastase la furgoneta y no me aplastó, yo con la cara en los codos, yo el primo Osvaldo a oscuras, yo ciego, queriendo ser ambulancia y volar, ser destornillador y volar, ser máquina de coser y volar, ser todas esas porquerías que se acumulan en el mundo y volar, yo con mi padre en el hospital y el primo Osvaldo

—Gracias

yo que también veía colores en primavera y tú ausente, yo mi nombre que no digo a nadie, solo señor, como tu nombre que no se lo digo a nadie, seguro que el vagabundo en Cascais moviéndose por la playa, seguro que las olas levantándose, seguro que el mar tragándome, Marçal

—La niña quiere hablar con usted

y decir el qué, exigir el qué, molestarme con qué, no me interesas, no cuentas, no te quiero a mi lado cuando gente a mi lado, esas voces cuyos cuerpos no veo

—Quizá no le venga mal algo de compañía al pobre

el primo Osvaldo agradecido

—Gracias

en cualquier punto de la oscuridad, en una casa sin cuadros, qué cuadros tienen los ciegos, sin objetos, qué objetos tienen los ciegos, sin fotografías, qué fotografías tienen los ciegos, sin santitos que nos protejan, qué santitos tienen los ciegos que no protegen a nadie, una mesa para comer, dos sillas, una con el respaldo roto, la única vez que mi padre se sacó el pañuelo del bolsillo, esto que yo sepa, puede que haya habido más aunque no lo creo, fue en el hospital explicándole al primo Osvaldo cómo se posan en los árboles las ambulancias y los destornilladores y las máquinas de coser, es decir fue al hospital para explicar un pito, si me

enseñasen a decir

—Disculpa

aquel sombrero ridí

—La niña quiere hablar con usted

culo prometo que me disculparía, no ante usted, padre, ante el sombrero, ante usted no porque no me cae bien, hágase a la idea, un infeliz, un imbécil, la niña quiere hablar conmigo, quién se cree que es, hablar conmigo, fíjense, ya hemos llegado a esto, su excelencia quiere hablar, su majestad quiere hablar y Marçal tomándosela en serio

—Tranquila niña que yo se lo digo al señor

acercándose con dificultad, hinchando el pecho, reuniendo valor para fastidiarme, yo con la secretaria de mi ayudante intentando, aquellos dientecitos, lo que no daría por, intentando esconder una col, no merece otro nombre, intentando esconder una col dibujada en un papel, te amo, y Marçal, de mi edad y por lo tanto mayor que yo, sacando palabras tan pesadas como las piedras de un pozo

—La niña lo ha pedido

como si la niña tuviera derecho a pedir, no lo tiene, la niña y su perro, la niña y sus hijos, la niña que aunque viva conmigo se esconde de mí y no la veo, incluso si la veo no la veo, Marçal

—Es su hija señor

y bien sé que es mi hija, estúpido, no te mandé hacérmela, no estuve todo el rato en la puerta del cuarto, sin ningún pensamiento a no ser

—Deprisa

hasta que te marchaste mientras, dentro de mí, un hombre, no tú, en un vagón que partía, no bajé las escaleras deseando que me aplastase la furgoneta, no me quedé en esta mesa, sin ningún dibujo de col que me consolara, con la esperanza de que las dunas o el mar me tragasen y por qué no me tragaron, no me he pasado todos estos años mirando una ventana que no se abría o sentado cerca de una sonrisa que no llegaba, la niña conmigo en el despacho, no nerviosa, tranquila

—Solo quería decirle que lo sé todo

y desapareciendo sin prisas

—Todo

dejando la puerta abierta porque yo no riesgos, no existo y es probable que tengas razón, no existo, la niña

—No sirves ni para canalla

la niña

—No vale una mierda

la niña

—Ojalá se muera deprisa

y las rosas no paraban de tintinear en la ventana hasta que en esto un sonido parecido venido de la mesa, bajo los papeles, un segundo tintineo que aumentaba, levanté este informe y no era, levanté aquel informe y no era, levanté un marco y no era aunque el tintineo más fuerte, bajo el marco un paquete de contratos, bajo el paquete de contratos otro paquete de contratos y, bajo el último paquete de contratos, una rosa parecida a una col, dibujada a troche y moche en un trozo de papel, que también tintineaba.

A pesar de los ruidos del jardín, de los ruidos más lejanos de los pinos y de los ruidos de la casa por la mañana, cuando las cosas empiezan a volver a los sitios donde estuvieron, hay por aquí un silencio en los intervalos de todo esto y de las mil voces en mi memoria, el silencio del que parece estar hecho lo más íntimo de mí, lleno de recuerdos antiguos y de gestos que he perdido, acercándose, alejándose, charlando conmigo solo por el movimiento de los labios, que me rodea, me repele, me llama, al mismo tiempo que una gaviota desviada se posa en el tejado hasta que la ahuyenta el viento y, con su marcha, el silencio más denso, me da igual que la ventana de arriba vacía como no me daría que una criatura cerca, yo solo, las marcas de la cal del tenis borradas, las sillas de los payasos con hojas, este despacho un abandono de sótano, ya nadie me espera, nadie me obedece, mi madre donde no la veo, a lo mejor cerca de mí, en una esquina de la infancia

—Se acabó querido

Marçal, en el cubículo de más allá de la cocina, atento a las bombillas numeradas de la entrada, de las salas, de las habitaciones, del garaje, de la despensa, que se encendían, parpadeando, al necesitarlo, Marçal con la chaqueta blanca, retocándose el pelo y caminando hacia aquí

—Se acabó señor

las criadas, con las maletas, en la parada del autobús, el jardinero cerrando el grifo de la Venus y guardando las herramientas, el chófer dejando el uniforme en la percha y marchándose de paisano sin fijarse en que el vagabundo por primera vez quieto, por primera vez midiéndonos, por primera vez hablando

—Se acabó

y qué piensan ustedes, queridos, se acabó un huevo, no se libran de mi presencia, yo sigo, no me muero, la secretaria de mi ayudante con una admiración que no era sincera por un tris

—El señor es fuerte

y ahora tú, ya no estaba sin tiempo, has acertado de pleno, hija mía, por, estoy siendo injusto, era sincera, la verdad es que lo soy, esto en el despacho, conmigo a la mesa, la secretaria de mi ayudante al lado y mi mano en alguna parte de su cuerpo, no deseándote, no queriéndote, con la esperanza de sentir una persona viva cerca, por la tarde los gansos silvestres, llegados de los pantanos al otro lado del río, pasaban junto a las copas en dirección al norte, el último otoño encontramos una hembra en los geranios, con una de las alas colgando, que, con el cuello estirado,

intentó picar al jardinero no por crueldad, por miedo, el jardinero de rodillas a un metro del animal, con un trozo de pan entre ellos, con la esperanza de acostumbrarse el uno al otro, ahora tengo a este porque el anterior, cuando el médico le dijo lo de la enfermedad del hígado, quiso morir bajo tierra, dejó la maleta para darme la mano

—No vamos a vernos nunca más señor

es decir yo lo veo, él, bajo tierra, me parece difícil, un cementerio de provincia pegado a la iglesia, con huérfanos echando jarras de agua en macetas con flores y una paz infinita en los cedros, tal vez no lo crean, y me importa poco que lo crean, pero podía pasar horas en un ángulo de mármol, allí donde ha cesado el tiempo, sin deseos, sin inquietudes, sin remordimientos

—No vamos a vernos nunca más señor

Marçal molesto con el atrevimiento del jardinero y yo dándole la mano, es siempre desagradable darle la mano a un pobre, nos queda el olor en la piel y sin embargo refrené el impulso de abrazarlo sin entender el impulso y sin entender por qué lo refrené, no le devolvía el saludo, no le hablaba y, a pesar de ello, me apeteció sentirlo por un instante contra el cuerpo, a veces no me entiendo, me salió sin darme cuenta

—No vamos a vernos nunca más

y llevé el traje a la tintorería, restos del mendigo, maldita sea, ni en sueños, no es solo el olor, son las manchas, el aliento, pelos y los huesos enormes, se parecen a cadáveres de mulas con cicatrices de navajas y sachos, la seguridad de que moscardones invisibles rondándoles alrededor, incluso cuando no beben un aliento de vino ácido mezclado con la sopa de la víspera y, a pesar de ello, el imbécil, creyéndose igual que yo, despidiéndose con el brazo tendido, siguió con una maleta, venga, no un petate, de cartón pero maleta, reforzada con cinta aislante en las esquinas, de esa que utilizaba para fijar las enredaderas, y se marchó lentamente porque el hígado una piedra de molino, Marçal

—Hay que ser atrevido

yo, a Marçal

—Cállate

porque el hombre, a pesar de la piedra de molino, de los moscardones y de los cordones de las botas sustituidos por rafia, una especie de, cómo expresarlo, no me apetece, una especie de dignidad que yo no tenía o, por lo menos, no estaba seguro de tener, probablemente murió no en la cama, sentado en una raíz de la viña, cayendo de una vez como caen las mimosas tras los hachazos, vibrando unos minutos al final, cementerios pequeños, casi íntimos, miramos alrededor y montañas, miramos el horizonte y campos, niños con el pañal al aire tirándole piedras a un gato, una pata, con diez patos pequeños detrás, meneándose en una calleja, empujando torpemente el bastón por la cuesta arriba y por lo tanto nadie excepto lucecitas de petróleo por la noche y sombras gigantescas, cómo coño consiguen tanta sombra sin que haya luz o si no soy yo que no sé

ver, el primo Osvaldo encontraría, seguro, más tonterías que yo, el ganso salvaje ya estaba comiéndose el pan, se dejaba tocar, no amenazaba a las, hay por aquí un silencio en las pausas entre las mil voces en mi memoria y parece hecho de lo más íntimo de mí, no amenazaba a la gente, el sustituto del jardinero lo metió en uno de los gallineros y el cielo vacío sobre la red, las primeras hojas del otoño en el tenis, desde hace semanas algo, en la articulación de la rodilla, anunciando octubre, no una dificultad, no un dolor, no un peso, una especie de

—Estoy aquí

solo que se irá transformando en dificultad, dolor, peso y no se lo cuento al médico, me da vergüenza, cuando ciertas partes empiezan a cobrar importancia es señal de que dejamos, lentamente, de existir, el señor no es fuerte, es un montón de pedazos que se deforman y empiezan a escaparse, el ganso silvestre un ojo incandescente en nosotros y de repente, una mañana, boca arriba en un rincón, de forma que un agujero junto a los árboles de la China, de momento solo tengo una rodilla que no tenía, dentro de unos meses me regalan una espalda que va a sustituir a esta, la vesícula dándome la lata con las grasas, un tobillo que tarda en obedecer pero disimula

—Estoy fenomenal

y no está mal de momento pero no está fenomenal, se frota y mejora, cree que mejora, no una finca en África, dos fincas, un capataz santomense que robaba demasiado y la secretaria de mi ayudante a mí

—Quién tuviera una quinta parte de esa energía cuando llegue a su edad

y mi palma que paseaba por su cuerpo de inmediato sobre la mesa, ofendida, la policía obligada a meter al santomense en un hoyo, al contrario del ganso no se veía ninguna diferencia en la tierra, la secretaria de mi ayudante corrigiéndose

—El señor no me ha entendido era una broma

y vaya si lo había entendido, estabas de broma una mierda, seguro que la secretaria de mi ayudante a los papeles

—¿Y si en lugar del idiota me quedase con el viejo?

con las llaves del automóvil en el plato de la entrada

—Este ya no me lo quita nadie

y te equivocas, cariño, te lo quito en un arrebato y ni pías, ni te imaginas lo que una palabra mía, en el oído correcto, puede conseguir, mi mano de nuevo bajo su blusa

—Ya sabía que estabas de broma a los dos nos gusta bromear somos muy divertidos

apretando hasta dolerle y la secretaria de mi ayudante calladita, qué remedio, de vez en cuando se hace necesario enseñarles quién manda, le ordené, haciéndole daño de nuevo

—Bésame

y, evidentemente, me besó, estrangulando protestas pero me besó, la empujé contra la pared

—Desaparece

ahora que has aprendido quién manda desaparece, la cortina de la habitación de arriba cerrada, la secretaria de mi ayudante es natural que haya aprendido porque los tacones de los zapatos ligeros en el suelo y la puerta al cerrarse ni un chasquido, por lo general a las mujeres les cuesta menos enseñar que, da igual, tal vez se esté razonablemente en un cementerio de aldea, la mayor parte de los gansos salvajes atraviesan Cascais de noche, con la hembra que guía la bandada chillando, cuando la luna más grande les dibuja los cuellos, las alas, la madre de la secretaria de mi ayudante al padre de la secretaria de mi ayudante

—Si te crees que eres el señor estás muy equivocado

y las higueras silvestres y el mar al fondo, ya ni me fijo en las cosas ni siquiera cuando empiezan a volver a los sitios donde estuvieron por la noche, el mundo respira sin necesitarme, si mi esposa conmigo yo, para qué ilusiones, si mi esposa conmigo ninguna diferencia, de qué asuntos hablamos, qué amor sentíamos, después de mi hija un hijo, no he hablado nunca de ello, que no duró ni un mes, un problema en el corazón al que le faltaban piezas, recuerdo los párpados de sapo de mi esposa cuando lloraba en la cama, el pelo sin arreglar, uno de los tirantes del camisón deslizándose, esto un año o dos antes del tren, no fui a la maternidad a visitarlo no por costarme, porque no servía de nada, si sirviese de algo tal vez tampoco iría, los hospitales me molestan con la muerte paseándose señalando a las personas, fingiendo que de visita, armada con una bolsita de galletas o fruta

—Para mi sobrina la pobre

estudiándonos de lado, eligiéndonos, mi padre en casa

—Estos vómitos

con el sombrero en la mesilla para recibir al señor con consideración, terminada la consulta llamó al primo

—César

mi madre, corrigiéndolo

—Osvaldo

él pensándolo un poco antes de aceptar

—Tienes razón Osvaldo

para olvidarlo de inmediato

—César

mi madre, intrigada

—¿Quién será ese César?

que se le plantó en el cerebelo, una vecina se lo aclaró

—Cuando están así lo mezclan todo

ella Dolores y el marido insistiendo

—Amélia

aunque en ese caso Amélia la telefonista del almacén donde trabajaba, ahora César, que se supiese, nadie, un compañero de co, las marcas de cal del tenis apa, legio, un compañero de, gadas, las sillas de los payasos con, de la mili, con hojas secas ya duras, hasta esta oficina un abandono de sótano pero todavía no se ha acabado, todavía no he acabado, me temo que, cuando vuelvan a pasar los gansos silvestres, el vagabundo se marche con ellos y el sujeto que nos escribe abandone el libro, Marçal

—Debe de haberse quedado dormido señor ¿no oye las pelotas?

y oigo las pelotas, es verdad, y a mi hija pequeña corriendo detrás de ellas, mi esposa presenciándolo desde arriba o espiándonos, el despacho ordenado, la secretaria de mi ayudante con un montón de páginas

—Los documentos que me pidió señor
yo levantándome despacio

—Ven aquí

y cuando el viento cambiaba la respiración del mar casi tan fuerte como la mía, con tanta prisa como la mía y, después, solo los pinos y tallos que se enderezaban y curvaban, una de las criadas, con un cesto de ropa, charlando con el chófer, mi hija

—Lo sé todo

emparedada en su salón como mi esposa en la habitación, ella a Marçal, en cuanto se abría la puerta

—Es mi marido quien te manda ¿verdad?

dos sombras en la cortina, después ninguna, después solo la de Marçal al marcharse

—Sí señora mía

a quien ordenaba que se perfumase con el agua de colonia que encontré en la maleta y se pusiera uno de los trajes mezclado con los míos, una vez me pidió

—No me obligue a estar con su esposa señor

sin que le respondiera, siluetas de palomas en el tejado de cristal de la estación, posándose, andando, marchándose, plumas, suciedad, gracias a Dios casi no vi al hijo que le mandé hacerte, cuando murió Marçal

—Disculpe señor

observé la barriga de mi esposa, los primeros dolores, a la marcha del automóvil con el chófer ayudándola, mucho tiempo después de atravesar el portón aún lo veía, me acuerdo de su vuelta, días después, del médico consolándome

—Lo siento mucho

con el faro girando porque las mareas de septiembre y de la cara de mi esposa aplastada en las manos, la misma de cuando entré en el vagón

—¿Vas a matarnos?

mientras el hombre una especie de sonrisa perdiéndose, tantas preguntas en mí y no te he hecho ninguna, cómo se llama, dónde lo conociste, cuánto tiempo hace, y sigo sin hacerlas, me limito a sentarme a tu lado porque te, qué tontería suspendida en el tiempo, casi me salía una frase sin nexo, mi esposa

—Si él me busca

y no se me pasaba por la cabeza buscarte, todo tan normal, no lo era, exposiciones de flores, ventas de caridad, comidas para pobres que nosotros servimos, con mandiles y cofias de cocinera puestas las unas a las otras para no estropearnos el peinado, visitas a los puestos donde tanto niño, tanto paralítico, tanto ambientador, Jesús, y a la vuelta el corazón en un puño

—¿Y si me han visto entrar querido y si alguien se ha fijado en mí?

esto en una casa discreta en la antigua carretera de Carcavelos por donde nadie pasa, la blusa quitada broche a broche, entre besos

—¿Estás seguro de que no me han visto querido?

el cierre de la falda cediendo, quién puede haberla visto, temerosa, déjame darte un lametón aquí, qué dulce, no son cosquillas, flor mía, es nervioso, dame también un lametón, no te gusta, ya sabía que te gustaba, lámeme más reina, déjame probar en la oreja, no te tuerzas así que me estás matando, el cuarto pequeño, estoy de acuerdo, y qué importancia tiene, no vamos a vivir aquí verdad, prueba a sentarte, no te pido que te acuestes, siéntate y ya está, qué barriguita más suave, qué bracitos tan tiernos, mira solo estas piernas, déjame chuparte el piecico, levanta las rodillas despacio, ese ruido son los girasoles del vecino, no te enerves que los pétalos mustios así, parece una puerta que se abre, verdad, parece que hablan, me llama querido otra vez, me llama malo, soy malote verdad, cuidado con las uñas que me arañas, mete la lengua en mi boca, cariño, mira mis pelotas dando en ti, quieres con fuerza ya te doy, coño, no te enfades, me ha salido, y ya que me ha salido pídemelo que te penetre más el coño, pídemelo, cierra los ojos y pídemelo, adoro esos soplidos, adoro esos maullidos, me encantaría que gritases, grita que no hay nadie fuera, que se joda, grita, grita que soy un cabrón, cuidado con el talón que me destroza la pierna, eso, grita cabrón que casi estoy, apriétame, desármame, acaba conmigo, toma, me estoy escurriendo de ti, joder, cógeme, no te quedes quieta, cógeme, déjame tumbarme a tu lado y no me sofoques ahora, chupa esa gota en la punta, solo chupa, está bueno verdad, júrame que está buenísimo, espera que voy al grifo a beber agua, se me ha secado la boca, un segundo y ya vuelvo, guárdame el sitio, he estado bien no, aquí estamos solo nosotros y por lo tanto está bien pedirte que me guardes el sitio, tengo que ver si no se me olvida, fijate que hasta camino medio torcido, me falta el suelo y no he estado de güisquis, parece que nunca has roto un plato y de golpe y porrazo me revientas, qué es esto aquí en tu vientre una cicatriz de la apendicitis, debías de ser ya adulta porque el cirujano se quedó con la cabeza boca abajo e hizo unas eses con el bisturí, seguro que no se marcharon de camino la vesícula y el estómago, se mueren por vaciarnos, a mi tía, por un quiste en el ovario, o

qué sé yo lo que era, la mitad del intestino fuera, me impresionan las costuras, si me hubiera fijado en ella antes no sé lo que hubiese ocurrido, ajá, otra buena gracia, si estoy contento me pongo divertido, no te parece, cuando la vida me va mal soy una tumba insoportable, al mencionar la cicatriz era para animarte no te la tapes con la mano, no pasa nada, pareces mi mujer que empieza enseguida a refunfuñar a ver si no se te cae un diente con la gracia, además de la cicatriz un grano en la espalda, si te rascas debe molestarte, rojo con una cabecita blanca, seguro que pus, está infectado, no te echas crema con antibiótico, si tienes sed he dejado el vaso en la encimera, uno de esos con un oso grabado, disculpa que no te haya traído, casi no me tengo en pie, por poco me desmayo, desmayo también es broma, qué ha sido de tu sentido del humor que no te ríes, te divertieron las pelotas dándote abajo, verdad, imagina el placer de las mesas de billar, al llegar a casa préstale atención a la blusa que te he arrancado un broche sin darme cuenta, al no estar en la sábana lo buscamos a gatas, si estuviese aquí mi madrina rezaría a San Antonio y lo encontraría volando, déjame jugar en tu agujerito con el dedo, mira lo que te regalaron tus padres al nacer, tan mojado, tan caliente, vale, vale, no pongas esa cara que no está aquí quien ha hablado, por no mencionar tu pecho, es una pena que el izquierdo más grande que el derecho, gracioso, de quién son estos pechitos, dime, solo un mordisquito para acabar y ya está, no huyas que tengo molares de ángel, no te hago daño, es mejor que nos vistamos y te dejo en una parada de taxis, es decir no en la parada, a cincuenta o cien metros por culpa de la tos, si no hay ningún taxi esperas un minuto y llegan enseguida, estas aldeas parecen desiertas pero tienen un tráfico del carajo, lo que no faltan son taxis, si por casualidad no aparece ninguno, y no creo que no aparezca ninguno, hay un autobús cada dos horas, da tiempo a pensar en la vida y respirar la naturaleza, sabes, aire puro, caca de vaca, esos rollos, es que tengo una reunión en la oficina y si falto me fusilan, y encima el administrador se enfada conmigo sin saber por qué, has visto por ahí un calcetín, no encuentro uno qué coñazo, verde como este, normalmente llevo los calcetines iguales, con el placer que me has dado me salen chistes uno detrás de otro, esto además de bueno para la salud es jaranero pero si fuese tú, cuidado, le enseñaría la cicatriz del apéndice a un dermatólogo, hay cosas con las que no se juega y estoy hablando en serio, uno de mis cuñados un lunar, no es nada, no es nada, y lo operan la semana que viene con anestesia general y todo, que graciosa tu forma de abrocharte el sujetador en la espalda, pareces un saltamontes a punto de saltar, mira a ver no vayas a salir por la ventana dando saltos, como no hay la mierda de un espejo dime si la corbata está decente, como ves el segundo calcetín también verde, yo no miento, ten paciencia ayúdame con este zapato que me cuesta más meterlo que el otro, pagamos una pasta por lujos italianos y mira el resultado, una vez puesto más o menos, doy cinco seis golpes con él y vale, pero es como querer meter un camello por el ojo de una aguja, perdona que no tenga tiempo de meterme por ahí en busca del broche pero si llego tarde se monta un pollo de narices, no tengo ni un minuto para quitarme tus pelos de la chaqueta, fijate que hay una docena en la almohada, hay productos en la farmacia, creo

yo, te lo echas en el baño como si fuese champú y te das un masaje, si no tienes que quitártelos de raíz, después de ducharte, y echar todo al cubo, dame un beso pero cuidado para que la marca de tu boca no llegue a la empresa, esta semana te llamo y nos vemos, si no puedo antes como mucho el lunes o el martes, te lo prometo, a media mañana seguro que tu marido no está en casa, si lo coge pido disculpas por la equivocación y cuelgo, bueno, me marcho, es así y, como dice la gente, lo que es así es así, casi las seis, joder, adiós, cierra la puerta cuando salgas, no te preocupes de hacer la cama, no te preocupes de nada excepto del apéndice y el pelo, el grano es como el otro, en un año se te quita, quizá menos, no sé, afortunadamente no es temporada de playa y bajo la ropa nadie lo ve salvo que tenga pilas, esta última gracia es para que te acuerdes de mí, chao y, en lugar de vestirse, mi esposa sentada en la colcha, conversando hacia dentro

—Vaya lío

recriminándose para sus adentros

—Soy estúpida

mirándose la cicatriz y los pelos perdidos, tocándose el grano y estudiando la posibilidad de otros, pensando

—¿Dónde estará la parada de taxis?

pensando

—¿Dónde será el autobús?

recordando un sendero, rozones de cañas, muros de tablas, nadie

—¿Y ahora?

poniéndose nerviosa

—¿Qué hago?

poniéndose más nerviosa

—Van a salirme perdigueros por el camino

ella que le daban pánico los perdigueros, con la esperanza de que a lo mejor un carro o una camioneta de fruta la dejaran en cualquier aldea, desde cuya tienda podría llamar a un taxi en caso de que haya un teléfono entre cebollas y piñas, el dueño de la tienda, un sordo que cojeaba, con sus dos desgracias, hay gente, los pobres, a los que la vida no trata bien, sinceramente que, en el caso de que Dios exista, no entiendo su maldad, el dueño, como el gato de los dibujos animados, todo artimañas, al que solo le ocurren desgracias cuando intenta cazar al pájaro listísimo, se acercó la palma a la oreja, subiendo y bajando, hay quien cojea de lado, este cojeaba vertical, como si uno de los talones un muelle

—¿Qué?

ni un taxi, claro, la camioneta a quince kilómetros y no a Cascais, a Sintra, mi esposa ganas de sentarse en el suelo y llorar, si hubiese un pozo cerca, un nudo corredizo, un paquete de veneno para las cucarachas usaría las tres soluciones al mismo tiempo, el cojo sordo se quitó la mano de

la oreja para coger el escobón y castigar a una cabra, con un trozo de cuerda colgado del cuello, cogida de una cerca, que cortejaba a las zanahorias de una caja a la entrada y lo dejó contrariado, espiando detrás, el cojo sordo, después de un

—Querías

más escupido que dicho, volvió con la palma en la oreja, debe de ser un rollo no escuchar el viento en las acacias, al caer la tarde, cuando nos sentimos eternos, porque hay momentos en que nos sentimos eternos, somos eternos, el problema es que duran muy poco, una señora, con un pañuelo en la cabeza, hay personas que los usan para no dejar escapar las ideas, al menos así las más grandes se quedan dentro, a las pequeñas que les den, sugirió que Luciano, o sea el tonelero, tenía una furgoneta antigua y tal vez la pudiese llevar, era cuestión de precio, a mí el viento en los árboles, tan flojo al anochecer, me tranquiliza, quién es tan valiente como para morirse al escucharlo, mientras el cojo sordo insistía

—¿Qué?

sin perder de vista a la cabra, con un chaleco del que casi no se distinguía el color primitivo, marrón, ocre, gris, se aceptan apuestas, furioso, y le doy la razón, por haberlo puesto la naturaleza en el otro extremo del mundo, si hay un paraíso prométanselo a los solitarios, puede ser que los anime, la señora llamó a unos niños, entretenidos en los alrededores maltratando a un camaleón enfermo, mientras el animal, con los ojos fuera de órbita, movía las patas perezosas rapidísimas en su fantasía, nadie vive en la realidad, vivimos en lo que inventamos, es así, y de mentira en mentira nos vamos acercando al ataúd donde no hace viento, como mucho árboles y hojas, el tal Luciano acabó apareciendo, con un mandil de linóleo y una llave inglesa en la mano, limpiándose el óxido de la frente con la manga y ensuciándose la más a medida que los niños buscaban al camaleón, mientras oculto en un montón de hierbas, con la papada hinchándose y deshinchándose, a propósito de la papada aprovecho para admitir que ignoro por completo de qué se alimentan ciertos animales, la respuesta que fuese solo por intuición, mi esposa, casi a punto de llorar, se abrió a Luciano que argumentaba con el hecho de que el radiador de la furgoneta, debido a un orificio en la base, no le daba confianza, replicando mi esposa, me gustan los verbos de periódico, que, aunque ignorante en mecánica se movía razonablemente entre desgracias, también, en medio de tanto defecto, alguna cualidad tenía que tener, sugiriendo un trozo de tela que contuviese el problema, Luciano se quedó inmóvil, meditando, picado por el cojo sordo que insistía

—¿Qué?

con un ojo en ellos y el otro en la cabra que intentaba seducir a las zanahorias a distancia y confieso que la relación entre cabras y zanahorias nueva para mí, quien dijo que aprendemos hasta la muerte conocía bien la vida, no recuerdo el nombre del filósofo, o mejor, nunca lo he sabido, puede ser que un griego antiguo porque las verdades más profundas vinieron todas juntas de allí,

el cuadrado de la hipotenusa igual a la suma del cuadrado de los catetos no hay quien lo desmienta si lo enuncia un griego, del mismo modo que un cuerpo sumergido en un líquido sufre por parte de ese líquido un impulso vertical de abajo hacia arriba idéntico al volumen del líquido desplazado, otra evidencia, no conozco analfabeto que no se lo sepa de memoria, es el tipo de idea que nace automáticamente con las personas y, sin embargo, fue un griego quien lo hizo célebre, la cultura está hecha de lugares comunes como la historia de las paralelas que se encuentran en el infinito o el algoritmo trece mil seiscientos noventa y siete, Luciano se marchó y unos minutos después, tal vez unos doscientos, llegó con la furgoneta que, de hecho, tenía un aspecto ligeramente precario, estornudando humo y tornillos, por no mencionar el tubo de escape atado con cuerdas, un neumático en los alambres y un guardabarros en falta, los niños encontraron al camaleón, lo pusieron boca arriba y el bicho parecía un dragón en miniatura al que el Señor le ha dado alma, cada miembro a su aire pedaleando en el vacío, solo el cuadrado de la hipotenusa, por lo menos a mí, me impresiona, la majestad de las palabras que nos aplasta y la armonía entre hipotenusa y cateto qué perfección, fíjense cómo se suceden las sílabas, por estas y por otras merece la pena estar vivo y no necesito recurrir a la suma de los cuadrados para remarcar lo que afirmo, Luciano consiguió abrir la mitad de la puerta del pasajero para que entrara mi esposa, cerrarla fue otra canción, él y un socio con el cuello de una botella asomándole del bolsillo, consiguieron más o menos cerrarla, a empujones y rodillazos, recomendándole a mi esposa que, por si acaso, durante el viaje, fuese tirando de la manilla, la cabra dio un paso hacia las zanahorias, le vino a la cabeza el escobón y se alejó dos pasos, el cojo sordo le regaló un

—Bicho de mierda

lleno de una hostilidad a mi entender excesiva, la violencia contra los animales le choca a mucha gente, a mí ni fu ni fa, francamente me da igual pero lo entiendo, repruebo el

—Bicho de mierda

a la cabra, hay fórmulas más civilizadas, menos violentas y de idéntica eficacia destinadas a expresar indignación, como repruebo las corridas de toros, la caza de centauros y la pesca submarina, Luciano, el viento en los árboles al crepúsculo, señores, lo que daría por disfrutarlo en este momento, puso la furgoneta en marcha, la cual, curiosamente, cojeaba de abajo a arriba como el dueño de la tienda, al rodear una plazoleta, entre explosiones, un cuerpo sumergido en un líquido sufre por parte de ese líquido está bien traído y el verbo sufrir excelente, un toque de humanidad en el pensamiento matemático, al rodear la plazoleta la cabra y la zanahoria perdidas para siempre, sin contar el cojo sordo

—¿Qué?

y la señora con el pañuelo en la cabeza a la entrada de la tienda, los niños, el camaleón, un fulano en un tractor que no los saludó, y de todo eso, siendo sincero, la única parte que me hace falta es el viento en las hojas, al crepúsculo, y yo hecho puré bajo las copas viviendo para

siempre.

Y fue más o menos por entonces cuando, los árboles de la China parece que han aumentado de tamaño, todo parece aumentar de tamaño cuando estamos preocupados, esperando que nadie se dé cuenta, la voz sea idéntica, la expresión sea la misma, los dedos no tiemblen y el miedo de nosotros continúe, fue más o menos por entonces, al ampliar las fincas y las exportaciones, cuando volvió la cantante, yo sin tiempo para ella, los negros empezaron, sin razón alguna, a matar a los colonos en África, por primera vez el presidente, sin manta en las rodillas, aceptando de la gobernanta una infusión para los nervios, nunca pensé que los árboles de la China se hiciesen tan grandes y las rosas me mareasen con su perfume, en la ventana de arriba mi esposa anunciando en silencio, que bien se le notaba

—Tú no cuentas

una tarde, yo era niño, mi madre exactamente la misma frase a mi padre

—Tú no cuentas

y mi padre, en vez de meterla en vereda, levantándose de la mesa y encerrándose en su habitación, esto por culpa de una mujer, un flojo, si yo en su lugar mi madre en vereda, los árboles de la China enormes y el presidente de repente más plegado, con las botas junto al brasero, dando la impresión de que vacías, la chaqueta vacía y los pantalones vacíos

—Conmigo no se bromea

mientras la taza asentía bailoteando en el plato, esto en el vano de la escalera sin luz desde el que nos daba órdenes, más allá de los árboles de la China y de los pinos el mar, en el colegio me dijeron que era la luna la que controlaba las olas pero me cuesta creerlo, si fuera la luna, admitiendo esa opinión, si falta la luna quién es, a mi madre le dijeron que mi padre se entendía con la dueña del bazar y, durante meses, mi madre a él

—Ni te sueñes acercarte a mí

mi padre que, al menos delante de mí, no se acercaba, miento, antes de cenar, un domingo, le dio una palmada en el culo y mi madre contenta

—No tienes vergüenza ni delante del niño

durante una hora o dos llena de pestañas y gestitos floreados, más carne en el plato de él

—Por una vez sin que sirva de ejemplo

llegó a interrumpir la comida para ir dentro a ponerse pendientes y yo mirándola alucinado, o mejor mirándolos porque mi padre se asentó mejor el sombrero, hinchándose en la servilleta,

cómo diablos podía mi padre darle palmadas en el culo a la dueña del bazar si el mostrador era alto y él incapaz de saltar dos escalones como mucho, a no ser que diese la vuelta, levantando la tabla del fondo, pero eso se le vería desde la calle, y encima con la terraza enfrente, además de matar colonos los negros le prendieron fuego a mis almacenes de algodón, no tengo la menor idea de cómo arde el algodón, la terraza cerca de nuestra casa siempre con clientes en las mesas, los jubilados de las damas, los jubilados de las cartas, la señora bien vestida, cuarenta años o así, con la correa del perro en la muñeca, que acompañaba al viudo de Correos lamentándose

—Eres cruel

mientras ella fumaba sin hacerle ni caso, el presidente, luchando con los desequilibrios de la taza

—Lleno media docena de barcos de soldados y los mando a África para acabar con aquello

la señora bien vestida ausente, el viudo de Correos intentó cogerle la mano y la mano de la señora salió de debajo de la suya, extrayendo la boquilla de la cartera

—No sea patético

poniéndole un cigarro y encendiéndolo con el mechero plateado, hasta entonces no había visto tanta elegancia en mi vida, mi madre a mi padre

—Es rara y antipática ¿no te parece?

sin gestitos ni correas, mordiendo cada sílaba

—Para mí estás acabada no cuentas

planchando en la cocina, le gustaba la cocina, yo, había un postigo en las traseras donde en verano montaban un circo, con un tigre casi sin pelo, más alfombra que animal, metido en una especie de jaula, mirándonos suplicante, seguro de que él

—Ay de mí

antes de cerrar los párpados por dentro con llaves oxidadas, después de un bostezo hasta la cola que se levantaba al fondo, seguro que si el bicho en casa mi madre lo aspiraría como aspiraba lo demás

—Un día de estos lo pongo de patitas en la calle para que se lo lleve la camioneta del ayuntamiento

y allá iría el tigre entre cocinas averiadas y restos de sofás, los barcos de militares bajaban el Tajo con un enjambre de moscardones de gaviotas alrededor y harapos de himno marchitándose en los mástiles, hasta hoy la señora de la boquilla, y en los balcones del muelle, me persigue con sus vestidos barrocos, persigue es una forma de decirlo, me acuerdo, eso es todo, pero con una precisión que me sorprende igual que me sorprende la palmada de mi padre a mi madre en el culo, puedo describir su saltito y la exclamación agradecida, el viudo seguía tristísimo en la punta de la boquilla, si así puedo decirlo, y la prueba de que puedo es que no lo he dicho, mi padre a mi madre

—Te equivocas

y bastaría la dificultad de la palabra para probar que no se equivocaba, el vocabulario de las personas se altera cuando mienten, acompañé a mi padre al bazar en dos o tres ocasiones y, en una de ellas, me pareció que él susurrando

—Bichilla

la dueña del bazar le daba la vuelta apuntándome con los ojos, no hay pruebas de que haya sido yo quien se lo contó a mi madre pero fui yo quien se lo contó a mi madre, ella

—Bichilla

igual que fui yo quien añadió después de la Bichilla

—El domingo por la mañana a la hora de la misa paso por tu casa para dos dedos de conversación

mi padre que medía las conversaciones por dedos como yo las sumas en el colegio, de modo que mi madre salió en el ofertorio y se quedó en la calle esperando, si un pecado venial se destina, las tipuanas, a impedir un pecado mortal los curas lo perdonan, las tipuanas no dejan de crecer, qué raro, nosotros sin la mitad de nosotros mismos, a que llamamos sombra, ahora delante ahora al lado, ahora gorda ahora alargada, acompañándonos en el suelo, tienen que fijarse en la del vagabundo, diferente a las nuestras, no voy a explicar en qué para estimular su interés, mi padre a mí, apretándome el brazo

—¿Me has traicionado imbécil?

más pequeño que yo mismo con el sombrero en la cabeza, y con los ojos achinados para observarme mejor, tuvimos que construir otros embalses después de muertos los negros y gallinas y pollos entre cabañas deshechas, una chica abrazada a un tronco, resbalándose del tronco, desapareciendo, el presidente a mí, de nuevo con la manta en las rodillas

—Somos el último baluarte contra el comunismo ateo

mi padre

—Si me sueño que has sido tú te mato

durmiendo castigado en el sofá del salón, con un edredón que se torcía y una almohada sin funda, mi madre, implacable

—Vete con la bichilla si quieres estar bien canalla

con el aumento de las tipuanas el cielo aún más lejos, qué encontraremos allí al final, después de subir mil escalones, cuando el médico estaba a punto de recetarle muletas mi madre consintió que mi padre volviese al colchón, poniendo una escoba en medio

—Ay de ti si la atraviesas

ya con la luz apagada la escuché

—Bichilla a dónde ha llegado su estupidez

y no fue estupidez, madre, fueron ganas de animar a un alma solitaria, los muelles del sofá tan

usados que se los debían regalar al circo para sustituir al tigre, tal vez rugiesen mejor, mi abuela a mi padre, que lloraba por los dientes, paseándolo por el cuarto dándole palmaditas en el culo

—Bichillo

y cómo se vuelven importantes estas cosas que resisten al tiempo, mi desgracia, creo yo, consiste en no acordarme de ninguna, seguro, y nadie me quita esto de la cabeza, que si me acordase sería una persona diferente, ignoro en qué pero diferente, al final de su vida mi madre, una chaqueta inservible, en equilibrio en la punta de una silla torcida, me miraba y me apetecía, ya está bien de tonterías, no la miraba ni me apetecía, de joven entrada en carnes y, después, un montón de huesos limpiándose la saliva con la mano y la mano no salía, a veces se le iba la cabeza y no me reconocía

—¿Quién eres?

entre la desconfianza y el susto, otras me tomaba por mi padre, otras por el suyo, esperanzada

—¿Se viene a comer conmigo?

buscando en las orejas las bolitas de coral que no había, no era que tuviese mucho pero antes de que se lo tirase a los gorriones me llevé el oro, el crucifijo de marfil por el que me dieron unas perras, heredado de una tía beata que se murió a pesar del crucifijo, no me vengan con rollos si bien que ciertas noches, adelante, me llevé el crucifijo sin remordimientos que para rezar a Dios no hace falta verlo, por si acaso, no vaya el diablo a hacer una de las tuyas, lo pongo con mayúscula para hacer la pelota, si estamos hechos a su imagen y semejanza, con minúscula que demasiado peloteo, lo digo por mí, la gente sospecha, si estamos hechos a su imagen y semejanza debe de ser también creído, el hecho de que mi padre haya sido bichillo me provocaría la risa si algo en la tierra me provocase la risa, hay momentos en que siento una especie de carcajada pero la contengo enseguida, el que parte y reparte se queda la mejor parte, no crean que le robé a mi madre, le dejé la colección de enredos excepto algunas cosillas, la argolla de plata de la servilleta de atarse detrás del cuello, por ejemplo, con la que me daba de co, vi al vagabundo, mer, en cuanto la encontré en el fondo del cajón empezó a ordenarme

—Abre la boca que ya casi está

de manera que en cuanto llegué a la calle la tiré a la alcantarilla, vi al vagabundo mirando la ventana de mi esposa, sin aflojar el paso, pero sin señales de vida en la cortina corrida, cada mes un barco más hacia África, ya no se intercambian comunistas en la frontera, tenemos los nuestros dentro, no tenemos que importarlos, están en las fábricas del otro lado del río repartiendo papeles mal impresos muerte al imperialismo yanqui, mi ayudante enseñándome uno

—Estaba en mi despacho

últimamente por aquí un mochuelo que el jardinero no encuentra en ningún agujero de tronco, se oyen los paños mojados de las alas, por la noche, crepitando como ropa tendida, probablemente no un solo mochuelo, una pareja, el chófer encontró a la hembra en el invernadero, entre las cajas

de orquídeas, cuando por fin le dio con el sachó y lo levantó nadie salvo un ruido junto a la puerta, macetas caídas y las plumas agitándose, agitándose, cada vez más lejos, enmudeciendo en una grieta, en el papel de mi ayudante sujetos con el puño en alto y la boca abierta gritando, su secretaria apartándose con miedo

—Cuánta maldad

y los comunistas amenazándola con martillos y hoces

—Traidora de clase

mis pendientes de campanitas de prisa, mis zapatos viejos, el váter al fondo del pasillo donde trozos de periódico en un clavo, una cocina para todo el piso en la que se calentaban patatas y verduras, la secretaria de mi ayudante a los comunistas

—Soy como ustedes no me maten

y sin embargo más hoces, más martillos, mujeres con moño, enfurecidas

—Burguesa

ella que pidió un martillo a los fulanos del dibujo para acabar con los enemigos del proletariado, mi ayudante dándome el papel con dos dedos

—¿Qué hacemos con esto?

yo hojeando un informe, rodeado de negros y chozas ardiendo, sin notar el olor del algodón en cenizas ni a un chico de rodillas en el interior de sí mismo, la secretaria de mi ayudante arrimada a mí

—Qué gente señor

sin que me fijase en ella, me fijaba en mi abuela paseando a mi padre de acá para allá hasta que dejaba de llorar, la boca junto a su oreja

—Bichillo

metiéndolo en la cuna con cascabeles en un cordel mientras mi padre movía el chupete, mi abuela al marido, no el padre de mi padre que el anuncio del embarazo hizo que saliera disparado hacia Venezuela, el segundo que trabajaba arreglando tuberías en las calles

—Parece que se ha quedado

al que todavía conocí, mirándonos con una sonrisa hueca y ojos más huecos que la sonrisa mientras el caldo le caía de la boca, mi abuela se lo limpiaba con una tira de toalla

—Es mi sino

pensando que el de Venezuela alerta, fresquísimo, persiguiendo indias en selvas de papagayos

—Atrevida

que se apartaban o a lo mejor no se desviaban, lo consentían, mi abuela, furiosa

—No cambias

y sin embargo echando de menos las risitas e invitaciones, haciéndose la escandalizada

—No tienes remedio

mientras el rosario se balanceaba en el cabecero, con las cuentas de cristal contra el pino y un Jesús de aluminio bailando un vals, la secretaria de mi ayudante a mi ayudante

—No te imaginas lo que me ha traído a la cabeza el papel de los comunistas disculpa mi ayudante no se lo imagina pero me lo imagino yo

—Soy como ustedes no me maten

pidiendo un martillo más a los sujetos del dibujo para acabar con nosotros, las llenamos de pulseras, anillos, ropa cara y no cambian, les cambiamos el aspecto pero no les cambiamos el alma, bajo los modales que les enseñamos a la mesa los codos en el mantel y una uña entre dos dientes luchando con un hilo de carne, los invitados con una amabilidad avergonzada

—Espontánea la pequeña

fijándose en qué cubiertos coger para coger los mismos, estabas mejor con el váter al fondo y los periódicos en el, Marçal susurrándole, clavo, por la comisura de los labios

—No coja tanto de la bandeja niña

si les enseñasen modales a los comunistas se extinguiría el proletariado, dicen que los sollozos del mochuelo anuncian su muerte y la hembra proclamando la mía, oculta en el árbol de la China, con el vagabundo observándola antes de seguir hacia las dunas, probablemente en su país dan suerte, cada cual en su madriguera sabe más que el que viene de fuera, la sentencia que usaba una pariente a troche y moche, sin levantar la nariz, y que me parece un poco cretina, mi abuela señalando a mi padre

—Un año o dos más y adiós a su culo

y yo de acuerdo dado que le sobraba tela en los pantalones, con los años la grasa desaparece, qué carrillos quedan sobre las líneas de los huesos, los músculos disueltos, la piel de los brazos colgando, esto al mismo tiempo que aumentaban de tamaño las flores, todo aumenta de tamaño cuando estamos preocupados, personas, objetos, ruidos y nosotros minúsculos en medio de todo aquello, esperando que nadie se dé cuenta, que la voz sea la misma, la expresión sea la misma, los dedos no tiemblen, el presidente hinchando la manta

—¿Cree que todavía le doy miedo?

y no lo sé bien, presidente, con tantos militares en África y tanta policía aquí es probable que sí, criaturas presas en un fuerte junto al mar y en un campo de alambres de espinos en Cabo Verde, con una segunda red eléctrica de la que caían pájaros cocidos, solo garras y picos, si soplabas se deshacían en una polvareda sin peso, a lo mejor, porque el presidente no me lo dice, hay un fuerte de la policía detrás de las dunas, donde no lo vemos por culpa de los cambios de arena, a veces sumergido en las higueras silvestres y a veces con las torres fuera, lleno de comunistas vestidos con trapos, atados con grilletes a las paredes pero con hoces y martillos escondidos en la paja donde duermen y es allí, no en los troncos o en los muros del jardín, donde viven los mochuelos, esperando que cese el viento para acercarse a nosotros, mochuelos sobre las olas, en la oscuridad,

piando, piando, quién me asegura que, igual que los mochuelos, los comunistas no se liberan un día de estos, atraviesan los pinos y me matan, con aquel que arreglaba tuberías en las calles el crucifijo de mi abuela solo se balanceaba los sábados, dos o tres saltitos y ya está, no me atrevo a poner uno en mi cama por miedo a que Jesús ni caso, la perspectiva de mirar hacia arriba y verlo inmóvil, con una mujer inmóvil en el colchón, primero esperando y, después, con sueño, qué horror, en el caso de mi esposa es posible que yo, no sé por qué pero casi seguro que yo, incluso consumida, lo conseguiría, después subo las escaleras hacia la habitación y aunque intente impedírmelo, hago la prueba del nueve, escuché esta frase docenas de veces, mi madre, cuando le aseguraba que me había lavado los dientes

—Ven aquí y sopla para que haga la prueba del nueve

de modo que abro la puerta con un rosario en el bolsillo, lo cuelgo en el respaldo y hago la prueba del nueve mirando a Jesús dando saltos, si no fuese por los trenes que no parten mi vida diferente, si queda alguno en Cascais me siento dentro, en el mismo sitio que el vagabundo y partimos los dos, o sea nos quedamos escuchando las hierbas y mirando el chalé abandonado con las rejas del jardín hechas pedazos, mandé robar la Venus de la concha del chalé, siempre de espaldas, por más vueltas que diésemos al estanque solo la espalda, las gotas de agua, una a una, sin tocarle el hombro, círculos sobre el reflejo del rostro que se desvanecía al ensancharse y peces rodando por abajo, la secretaria de mi ayudante a mí

—Hace siglos que no nos veíamos señor

con un peinado diferente y un trozo de piel entre la camiseta y la falda, hay pocos ombligos bonitos pero este, válgame Dios, lo era, siendo una criatura, en verano, un vecino con sombrilla me lo agujereaba con el dedo

—¿Sabes qué es esto aquí?

el dedo del vecino de repente el mío en la secretaria de mi ayudante

—¿Sabes qué es esto aquí?

indiferente a los cuchicheos de las mecanógrafas, la cantante, la secretaria de mi ayudante enseñándome el esmalte con puntitos de la uña

—Tampoco me importaría meter el dedo en el suyo

la posibilidad de que nosotros dos, cada uno con el dedo en el ombligo del otro, no me desagradó, su culo tampoco, mi abuela durmiendo a mi padre, paseándolo entre palmaditas

—No hay manera de calmarlo

la mano de mi abuela la mía, buscando a la secretaria de mi ayudante

—No hay manera de calmarlo

y corrigiéndome enseguida

—Bichilla

un crucifijo en mi barriga que no afirmo que saltase, soy sincero, pero empezaba a balancearse,

se sentían cuentas de cristal balanceándose en el pino, el culo de la Venus fisuras antiguas llenas de musgo, el de mi esposa seguro que blando y las cuentas colgando, el de la secretaria de mi ayudante huyendo

—La gente va a hablar y quien sería mal vista soy yo

de modo que ni un escalofrío en el rosario, será que los mochuelos vienen del fuerte, será que un fuerte en las dunas, mi ayudante debería casarse contigo, voy a mandarle que se separe, dándole volumen a la camiseta un sujetador transparente y gracias a la transparencia el crucifijo un saltito, dos saltitos, yo a él

—No lo dejes

no fue así, corrijo, la secretaria de mi ayudante

—Y seguiríamos viéndonos ¿verdad?

enredada con mi cinturón, la pobre, un problema en la hebilla que no cedía

—Prométame que seguiremos viéndonos

y solo después yo al crucifijo

—No lo dejes

sin la seguridad de oír las cuentas, me dio la impresión de que sí, me dio la impresión de que no, pregunté, indeciso

—¿Tú oyes las cuentas?

la secretaria de mi ayudante parando, sorprendida

—¿Cuáles cuentas?

y no eran solo, la cantante, mis cuentas en silencio, eras también las tuyas, quise abrir el sujetador pero me faltaba el alma, la secretaria de mi ayudante dejó de luchar con la hebilla y me encontré un pliegue en la mejilla donde creía que ninguna, empiezas a arrugarte pronto, ganas de echarla y ningún pretexto para echarla, al atar las puntas de la camiseta la seguridad de que me ahorcaba, llevé la mano a la garganta para ensanchar el nudo, la abracé sin alma

—Claro que seguiremos viéndonos

ella, también sin alma

—Menos mal

con el tono vago con que se anuncia

—Buenas tardes

a las personas que están en la sala de espera del médico, recorriendo las revistas sin portada de la mesita sin elegir ninguna y siguiendo a quien entra con ojos de cristal de acuario, la secretaria de mi ayudante y yo, a propósito de trenes que no parten, cuánto tiempo hace que no veo ventanas corriendo ni una locomotora llamando, en los pasos a nivel de la provincia siempre carromatos esperando, habrá algo más solitario que un pitido remoto, ni que sea unos minutos antes de echarme, madre, masajeando las rodillas

—Pesas como el plomo

cójame en brazos, la secretaria de mi ayudante

—Tengo mucho, la cantante, que hacer señor

tacones que se alejan dejando la puerta medio abierta, no me molesta que entren y me encuentren metiéndome en el traje, vi, tras las rosas, a Marçal en dirección a mi esposa y no sentí nada, sentí celos, no sentí celos, subir las escaleras, cogerlo en el pasillo

—Márchate

y ocupar su sitio en la habitación, su sitio una polla, mi sitio en la habitación, de quién es la mujer, quién la conoció primero, quién se casó con ella, fui yo quien la descubrió, no fuiste tú, suéltala, tenía dieciséis años, no se atrevía a mirarme, le hablaba y no respondía, buscaba a sus padres y los padres en otro salón, cuando recogió el anillo se quedó con él murmurando en silencio en la pinza de los dedos, así mismo, murmurando en silencio, la cantante, nunca había visto nada así, murmurando en silencio, casi no encuentro a la secretaria de mi ayudante o no me fijo en ella, no sé cuál de las dos cosas es la verdadera, o lo son ambas, o estoy ciego para las mujeres, mi esposa

—Marçal

viéndome a la entrada y apretando la sonrisa en la cara que se cerraba, tan solo trozos de gestos, un retrato de mi hija de niña, un retrato de ella en traje de noche, ningún retrato mío y sin embargo me gustaba invitarte a cenar pero el vagón, el hombre, mis maletas con la ro, la cantante a la entrada del portón, las piernas, las caderas, una rosa que parecía una col, pa de él, tu cabeza en su hombro, no puedo, no lo consigo, Marçal

—Señor

y no lo despedí por un tris, no deberías haberme obedecido pero quién se atreve a no obedecerme, quién no me escucha siempre, un nuevo banco en América, un nuevo banco en Macao, un acuerdo con los alemanes para un embalse en África, un contrato para material de guerra francés, en qué estación de trenes que no parten se bajará el vagabundo o, como de costumbre, volverá aquí, la escoba desapareció de la cama de mis padres, un domingo por la mañana, porque la habitación cerrada y el crucifijo arriba y abajo como yo no soy capaz, el médico

—No se tienen veinte años eternamente ¿verdad señor?

y no se tienen veinte años eternamente, es verdad, la cantante con un vestidito sencillo y el pelo recogido, sin pintura, no una mujer todavía, yo

—¿Diecinueve años tú?

ella

—Casi

y yo seguro de que mentía, no diecinueve, menos, lo que monta un adulto por acabar, imperfecto

y, sin embargo, las piernas, y, sin embargo, las caderas, no se tienen diecinueve años eternamente pero se tienen cincuenta y seis para siempre, y después cincuenta y siete para siempre, y después setenta para siempre, y después empiezan docenas de edades mezclándose en nosotros, una voz remota

—Bichillo

una voz remota

—Se ha parado

y esa es la prueba del nueve para un niño o un adulto

—Se ha parado

en lo cóncavo de una cuna durmiendo o en una cama con un crucifijo mudo, la sábana muda, la almohada muda pero las rosas seguían tintineando y las gotas de la Venus no dejaron de caer, incluso en un tiempo sin nosotros

—Tengo diecinueve señor

y no me mientas, no los tienes, por qué me mientes si no quieres nada de mí, ni casa, ni dinero, ni automóvil, por qué motivo

—Amor

qué palabra para mí

—Amor

la seguridad de que mi hija lo escuchaba en la sala de al lado estirando el perrito con el anillo, yo de pie apoyado en la pared, tú dándome el dibujo de la rosa

—Amor

y yo sin cogerlo, confuso, con miedo

—¿Amor?

la semana pasada vi una rana en el borde del estanque, dos ranas, de dónde vendrían, deben de haber nacido del aire, quizá las hayan hecho el musgo y la humedad, del mismo modo que los ratones se hacen con papel húmedo y basura, mi madre a mi padre

—Es la última vez que te perdono

la escoba en la cocina, junto a la fregona y el cubo nuevo y aunque la escoba en la cocina, junto a la fregona y el cubo, mi madre, interrumpiendo la cena, se quedaba en suspenso cuando iba a servir el guiso, con la cuchara llena de patatas y carne, refunfuñando

—Bichilla

y gritando

—Cállate

a mi padre que no había abierto la boca

—Monstruo

quedándose un rato agitándose, yo

—¿Padre es un monstruo madre?

y mi madre gritando

—Cállate

esta vez a mí, gritándonos a los dos

—Tenéis un minuto para comeros todo

y nosotros, inclinados sobre el plato, masticando, masticándose, por extraño que parezca echo de menos esa época, echo de menos saltamontes, caramelos y gente viva alrededor, al encontrarse conmigo la secretaria de mi ayudante solamente una venia, mi ayudante, aterrado

—Es su temperamento señor discúlpela

la cantante a lo mejor dieciocho años, es posible, qué más daba

—¿No me cree cuando digo amor?

y cómo quieres que te crea, pequeña, no exiges nada de nada, no aceptas nada de nada, le das dibujos a un viejo

—Usted no es viejo

al que le empieza a costar moverse, fijate en estos ojos que ya no ven sin gafas, en esta voz que tropieza y se equivoca, no insistas en el

—Amor

no intentes ayudarme que no estoy contigo, estoy tropezándome con las escaleras de un muelle en Lisboa, y despedidas, y palomas, no estoy contigo, entiendes, no te oigo, no quiero oírte, deseaba tanto que vinieses, lo que quería que vinieses, lo que esperé que vinieses, tus piernas, tus caderas, lo que me apetecía aceptarte y no puedo aceptarte, si el vagabundo una palabra esa palabra

—Pobre

y ninguna palabra, espérame en un vagón que no parte para que viajemos lejos, no te imaginas lo lejos que se va parado, como se desaparece quedándote y no se regresa nunca, si al menos fueses un payaso, si al menos tú en el tenis, si al menos yo en un hotel contigo, donde un crucifijo se balancea en el cabecero de la cama pero no puedo, perdona, no puedo, mira los árboles de la China, mira estos muebles caros, estos cuadros, estas lozas, mira lo pobre que soy, el sombrerito de mi padre, la cocina estrecha, mi cuarto sin ventana, la dueña del bazar en el mostrador y ningún cliente, mira el señor levantándose de la mesa, caminando hacia ti, pidiendo

—Márchate

no mandando, pidiendo

—Márchate

y arrepentido de que te marches, ansiando que te quedes y echándote, el señor, en secreto

—No me oigas

y pidiendo

—Márchate

el señor sin nadie, con una rosa que parece una col, dibujada en un papel, en la mano, el señor a Marçal

—No quiero a esta niña aquí

subiendo las escaleras hasta la ventana de arriba, abriendo la cerradura, encontrando a una criatura, tan mayor como él, mirándolo distraída, el señor de pie junto a la cama pensando en ti, mintiéndole a la criatura, creo que mintiéndole a la criatura, no estoy seguro de si mintiéndole a la criatura por tu culpa, entiendes, mintiéndole a la criatura por tu culpa al susurrarle

—Amor.

Cuando dejo de oír las dunas y el mar y todo cesa a mi alrededor porque las rosas también calladas, me apetece entrar en el salón de mi hija y quedarme allí, no para charlar con ella, qué tenemos que decirnos el uno al otro, el jardinero me informó de que uno de los árboles de la China se está muriendo, el de la izquierda, golpeó el tronco de ambos, con el mango del sacho, para que notara la diferencia, no noté ninguna diferencia ni en el sonido, ni en el color, ni en las hojas y, sin embargo, muriéndose, le ordené

—Córtelo

y él seguía dándole golpes, convencido de que le devolvería la salud, el jardinero a mí

—Ningún pájaro se posa en él señor

ni en él ni en el otro porque con los golpes han huido, vi gorriones, vi cuervos, vi una especie que no conocía, con más colores, más grande, no un albatros o una gaviota que se desentendieron del viento, el jardinero, evaluándolo

—Debe de ser el alma del árbol señor

buscando a Dios que no siempre anuncia

—Aquí estoy

vivía con su mujer al lado del invernadero, los días que tenía mal vino escuchaba las protestas

—Déjame en paz borracho

una mujer no crean que joven, ya con su edad y, sin embargo, algo en los gestos, una vez o dos me vino a la cabeza pero no me pasó de la cabeza, por la mañana, mientras me afeitaba, la acorralaba en la cerca

—Calladita

y, al limpiar la navaja, la olvidaba, volvía un poco cuando comprobaba la barbilla con el dorso de la mano, mezclada con la esposa de mi ayudante como era antes de la grasa y de devolverla a su marido, con dos o tres me hago una sola y la pierdo enseguida, después me acuerdo de nuevo, uno de los payasos del tenis, la vecina de debajo de mis padres, cuyo marido era cocinero en un navío, poniéndose más cómoda al fingir alejarse

—Atrevido

y mi mano vagando por sus piernas

—Muy bien muy bien

apartando encajes para pellizcar la piel

—Muy bien

yo respirando como mi padre en el bazar, con la nuca colorada y los ojos cruzados

—Muy bien

girándome para toser en el pañuelo y volviendo a limpiarme la boca para insistir

—Muy bien

tardando en recuperar la voz, mi madre, indignada

—Vean lo que me ha tocado en la rifa el padre y el hijo

el pobre de mi padre ya con problemas de hígado y el sombrerito mustio, mi madre se guiaba por el sombrerito

—El ala parece más pálida voy a pedirle una cita al médico

y, bajo el ala, mi padre que temía las inyecciones menguando, el médico, los árboles me tranquilizan, por mí me pasaría días enteros en una silla observándolos, hasta sin viento ondulan y se balancean

—Atrevido

y si los tocase creo que encajes y, entre los encajes, el cielo, el médico, con la bata llena de bolígrafos debido a que muchas más manos que las que contamos y una bombilla, parecida a los bolígrafos, hecha para explorar

—Diga ah

las cavernas de la garganta, el médico siempre la misma frase

—¿Qué lo trae por aquí?

mi madre respondiendo por mi padre

—¿No cree que el sombrero de mi marido un aspecto cansado?

hay momentos, cuando dejo de oír los pinos, las dunas, y el mar y todo cesa a mi alrededor porque las rosas también calladas, en que me apetece entrar en el salón de mi hija y quedarme allí, no para, días y días frente a los árboles, solo la idea ya me tranquiliza, no para charlar con ella, qué tenemos que decirnos el uno al otro, para sentir a alguien cerca aunque mi hija nunca cerca de nadie, incluso con el perrito un anillo distraído, no visitaba la ventana alta, no veía a sus hijos, se paseaba con la esperanza de una pelota saltando sobre la red y las pelotas ausentes, mi esposa la sigue porque la cortina más oscura, nos vigilamos los unos a los otros sin acercarnos, supongo que es a esto a lo que se llama familia, el médico, preocupado

—La verdad es que el sombrero

y si quisiera escribía veinte recetas al mismo tiempo y despachaba a los pacientes en un santiamén, la edad de la mujer del jardinero disminuía al colgar la ropa en la cuerda, de puntillas, con los brazos en jarras agarrando las nubes, para qué gorriones en el jardín si dentro de poco vuela, un ala en mi cristalera en medio de la noche y yo sin atreverme a ponerme las zapatillas para responderle, me avergüenza tropezar delante de una mujer, yo en pijama, despeinado, con la

máscara de dormir estirada sobre la frente, santa paciencia, no, además sin agua de colonia se siente el olor de la piel, no quiero estar en Cascais cuan, le comprábamos las armas a un libanés y se las vendíamos al presidente para meter en vereda a los negros en África, no soporto la idea de estar en Cascais cuando corten el árbol, el sombrero de mi padre más animado al salir de la consulta, mi madre, triunfal

—¿Ves como la inyección te ha venido bien?

le vino bien al ala pero no le vino bien a la nalga porque cojeaba como un triciclo, iba ayudándose con el cuerpo pero puede ser que los recuerdos de cuando no dormía de bichillo y lo paseaban adelante y atrás en el cuarto, la voz de mi padre en el salón

—¿No va a entrar en coma el tío?

en la época en que yo una criatura cortinas con corazoncitos que le gustaban a mi madre, mi padre, preocupado

—Van a pensarlo, quizá el médico resuelva el problema de los árboles de la China como resolvió el del sombrero, que vive aquí algún mariquita

y la dueña del bazar dibujándolo, a lo mejor siguen existiendo inyecciones que averían las nalgas pero resucitan sombreros y el pájaro del alma de nuevo en el tronco, con la niebla llevándose de la sierra un esbozo de gasa y dejándolo en las olas, una vez o dos garabatos de espuma y yo necesitando menos a mi hija, además no era a mi hija a quien necesitaba, en esos momentos viene bien cualquier compañía, mi padre

—Van a pensar que vive aquí algún mariquita

y la dueña del bazar, a una señora cómplice, agitándole el recuerdo, escandalizada

—¿Yo con aquello?

el libanés al que le comprábamos las armas sirio o argentino o árabe, encuentros con inter, la mujer del jardinero, la última vez que la vi, delgada, enferma, mediaros, esperar a lo largo de la costa o en playas por la noche, con la barriga hinchada y molestias en el pecho, el hijo la ayudaba a recoger la ropa porque no levantaba el brazo izquierdo y una de las manos insegura, señores, una de las manos insegura, el jardinero a mí

—Empezó con el árbol de la China y ahora la mujer

con la diferencia de que ningún pájaro alzándose de ella, ya no tenía alma y sin embargo antes, cuando me afeitaba en verano, algo en los gestos que me vino a la cabeza pero no me pasó de la cabeza, acorralarla en una cerca

—Calladita

con ramas dañándome los hombros, la policía del presidente se llevaba las camionetas y las armas, faros que inventaban arbustos, carreteras secundarias, aldeas per, al final la mujer del jardinero en una caja en la puerta, envuelta en su chal, negándose a comer, aldeas perdidas, el dinero en Mónaco, si mi hija un día de estos

—Padre

qué pasaría, no recuerdo cogerla en brazos, charlar con ella, interesarme, no me interesaste nunca o fingía que no me interesabas, qué pasaría si mi hija

—Padre

y no hay peligro de que mi hija

—Padre

puesto que mi hija no

—Padre

sin que yo entienda el motivo para permanecer en esta casa, no es verdad, lo entiendo, yo a ella, qué pensamiento tan idiota, lo que no me imaginaba que era para nadie, el término

—Padre

tan grande que cabía en cualquier carpeta de la oficina pero no cabía en la garganta, solo un árbol de la China y la casa así muy diferente, viviré aquí, cuando dejo de oír las dunas y el mar y todo cesa a mi alrededor, porque las rosas también calladas, tengo la impresión de que me he muerto, mi secretaria nueva

—Le está temblando la boca señor ¿quiere que le traiga un vaso de agua?

sin que me fije en ella, oigo sus pasos, siento el desodorante y es suficiente, no necesito verla para saber cómo está hecha, de momento no payaso, en vías de serlo, el pelo ya más claro, el vestido ya más corto, no me encuentro con el americano, claro, el capital circulaba de sociedad en sociedad hasta el banco en Filipinas, las manos ya mejor arregladas, de momento en un sitio barato pero mejor arregladas, un apartamento de suburbio con tres amigas, bajar a fumar a la calle porque una de ellas asmática, a cada rato el novio de otra trae amigos y botellas, se bebía de las botellas porque no había suficientes vasos y las tazas por lavar, abrazos, pellizcos, piropos, malota, malota, bromas con ganas de no ser bromas que se veía en los ojos pero ten sentido común, pero ni pensarlo, pero ya está bien de tonterías haz el favor, cuando se marchaban los amigos celos, riñas, una chica a otra, casi llorando

—No te aguanto

cinco minutos después sonaba de nuevo el timbre, una disculpa tímida

—Se me han olvidado las gafas de sol

dada en el descansillo por si acaso, una discusión sobre si el amigo se había dejado las gafas a propósito o sin querer, creía que ibas a invitarlo a pasar, no lo creías, lo creía, si lo creías te has quedado chupándote el dedo, me quedé chupándome el dedo porque tú estabas aquí, si no estuviese seguro que te enrollabas con él, solo si yo fuese estúpida, y eres estúpida, tranquila, estúpida es tu madre, por amor de Dios cállense las dos que me apetece dormirme y ninguna se dormía pensando en los pellizcos, en las cosquillas, las voces seguían en la oscuridad, el moreno era guapo, guapo un huevo parecía un tendero, lo dices porque no te ha hecho ni caso, no me ha

hecho ni caso una mierda, ha fingido que no me lo hacía porque se ha dado cuenta de que no me gustaba, les pedí que se callasen no se lo pedí y las sábanas tranquilizándose sin ganas en la oscuridad, uno de ellos

—El rubio

y el rubio revoloteando alrededor de ellas toda la noche, acabó tumbándose en la tarima, mi secretaria lo pisó sin darse cuenta al levantarse por la mañana y se olvidaron de él, lavar los vasos, tirar las botellas al cubo, aguantar al señor que no levanta la cabeza de los papeles, mantener el equilibrio en los zapatos de tacón que me aprietan los dedos, por mí vendría a la oficina en manolestinas y pantalones, no vendrías, vendría, te encanta que te miren y por lo tanto no vendrías, me mirarían igual, te mirarían menos, quizá me mirasen menos pero no trabajo para ligar, si no trabajas para ligar para qué esas uñas y un frasco de perfume diario, un frasco o medio frasco da igual o si no son muestras que te consigue tu hermana, de cualquier manera apesta, dices que apestando porque te mueres de envidia, envidia de una flacucha esa es buena, flacucha o no flacucha mi pecho es el doble que el tuyo, el pecho a la altura de mis ojos al traerme la correspondencia, más cerca de lo necesario para darme aquello, mi madre a una señora que yo no distinguía

—El padre el pobre no ve tres en un burro

y la amiga, envuelta en lutos de viuda

—Dígame uno que no sea así

el chófer llevó a la mujer del jardinero al hospital y no la trajo de allí, todavía hoy necesito verla colgar la ropa, recuerdo los ojos en el automóvil despidiéndose del invernadero con una mirada vaga, si por chiripa mi hija

—Padre

lo que no pasará nunca, hago como que no lo oigo y ya está pero cuál

—Padre

no hay peligro, puede caer en muchas, en esa no, me gustaría decir unas frases sobre el vagabundo pero hace siglos que no lo veo, que se lo lleve el diablo, desapareció hace meses de este libro por el desagüe, la señora con la que hablaba mi madre lutos fresquitos, mi madre lutos más antiguos, no ve tres en un burro y el cementerio se los traga uno tras otro, ahí están bajo el nombre fermentando nitrógeno, un árbol de la China pequeño en el sitio del otro, quién vivirá en esta casa cuando crezca, yo cincuenta y seis años, mi secretaria veinte o veintiuno y por lo tanto seguro que más mayor que el padre de ella, qué le pareceré, qué edad tiene tu patrón, qué sé yo, setenta o así, no entiendo cómo no nos llevó la camioneta del ayuntamiento, cuánto tiempo me faltará, meses, algo más, un añito, no es el olor del perfume de mi secretaria lo que me perturba, es el olor de su piel, la secretaria de mi ayudante en el pasillo

—Por lo visto ya se ha olvidado de mí

una prima de la mujer del jardinero ahora con él pero mal arreglada, sin gracia, no

—Señor

esa

—Señor mío

los muslos de las campesinas monstruosos, al andar una cadencia de pato, meten el hilo en la aguja con los brazos estirados, arrugadas, a esa le agradezco haber visto de nuevo cortar los hilos de los botones con los dientes y mi infancia recuperada, no es que haya sido buena, no lo fue, con mis padres fastidiándome todo el rato pero, aunque creyese que no, ha sobrevivido y sigue presente, no sirve para nada pero sigue presente, lo que me fastidian sombreros pálidos que ya en su momento no me fastidiaban, me daría igual si mis padres me echasen de la tienda, yo, en medio de una conversación de comunistas y negros

—¿Recuerda su infancia presidente?

una manita estrecha dispersando gallinas, inviernos

—Así así

y de repente mi hija, con el uniforme del colegio, corriendo hacia mí y yo quieto, venciendo el deseo de cogerla en brazos, me daba miedo apretarla con demasiada fuerza, incluso hoy, para qué mentir, ganas de estar con ella hasta sentirme mi hija, no haber dejado nunca de ser mi hija desde el principio, yo una pequeña, una niña, yo adulta, yo casada, yo a un extraño respondiendo a sus peticiones, a su inseguridad, a su miedo

—Soy tu puta

aceptando que me pegase y entonces yo

—Hija

en un sitio sin nadie más que nosotros dos, lo que lo he deseado, Dios mío, lo que lo deseo, lo que daría por tenerlo ni que fuese un momento, entrar en tu salón

—Estoy aquí

y el anillo flotando sobre el perrito, el anillo abandonando al perrito para ensancharme a mí, junto al tintineo de las rosas, y entonces entendí el motivo por el que el presidente bajo un vano de escalera, podía desplumar un pollo sin que lo tocara la lluvia, él en la finca de los padres, con la manta para el invierno y las botas de entretenerse en el barro de la huerta, escuchando el viento en el canalón, diferente de este, y las dunas y los pinos de una sierra cuyo nombre ignoro, quizá el vagabundo también por allí, atravesando no la playa, una viña o un maizal con espantapájaros de espigas de mazorcas y milanos en lugar de gaviotas, la única diferencia es que esta casa es más grande y este silencio sin un susurro de pomar que lo aumente, la estatua de la Venus sustituyendo a las rocas y las corolas del invernadero los badajos de las cabras, yo a mi secretaria, callado

—No te acerques

porque el sentimiento del tiempo y la melancolía del cuerpo se pegan, no traigo botellas, no te

pellizco, no te hago cosquillas, tus amigas

—¿Has traído a tu abuelo?

y tu abuelo en un rincón, sin mirarlas siquiera, la secretaria de mi ayudante

—No sé por qué me da la impresión de que me evita

el árbol de la China pequeño pero ya un comportamiento de hombrecito en las ramas, ya insectos alrededor, ya cualquier día el primer gorrión que quizá sostengan los brotes, me fastidia no tener tiempo para verlo del tamaño del otro, del mismo modo que mi hija, iba a decir que mi hija mayor pero no sé si crecen, los hijos, ni qué edad darles, la madre del presidente al presidente

—Termínate lo que tienes en el plato no se tira comida

y el presidente, al que temía todo el mundo, comiendo, tantas heladas, verdad, tanto diciembre, a ratos un escalofrío en los ladrillos y la madre

—Son las charlas de la chimenea no te asustes

incluso a aquellos que no tienen miedo de matar a los comunistas y los negros les impresiona el sufrimiento de las chimeneas, el viento del norte, dentro de los cuartos, una criatura a gatas extrañando los muebles y las tinajas, fuera la arena cambia y ahoga a la gente, aquí se nos mete entre las piernas como un perrito cariñoso, el presidente señalando a la madre con el dedito inseguro

—Tiene que disculparla es pobre

un manzano, una huertita, una gallina en el salón con una de las patas al aire, el padre del presidente encerrando a un ternero, empujándolo con la azuela, el cuello de mi secretaria a la altura de mi nariz y mi brazo sin rodearle la cintura, qué es lo que me pasa, un albatros en la cabeza del discóbolo, en el tejado de la habitación de arriba también albatros, así que todo en orden, el faro, al anochecer, a ratos rojo a ratos blanco, mi pijama en la almohada de la cama, antes con un mono delante, años después sin color, ahora una especie de chaqueta que me hace más barriga, es obvio que a los cincuenta y seis años una silueta diferente, es decir no sé si es obvio pero es así, mi esposa no me habla pero es imposible que no se fije en las diferencias, Marçal perfecto y yo hecho un farraguas, qué injusto, era él quien debería ensanchar, escribir en la agenda Despedir a Marçal y después tachar la despedida de Marçal, qué culpa tiene, se quedará conmigo hasta el último párrafo de esta historia, cuando los negros lleguen a Portugal y me maten, algunos días dejo de oír las dunas y el mar y todo cesa a mi alrededor porque las rosas también calladas, da tanto miedo el silencio, parecido a la falta de ternura, si doy con los pies en el suelo no los oigo, si levanto la voz ningún sonido, mi hija no levanta la cabeza, se ha olvidado de mí, entrando en el salón

—¿Lo conozco?

y los ojos en el perrito, distraída, no me conoce y tiene razón, ni una gota de mi sangre en la

suya y sin embargo yo

—Hija

seguro de que mi hija porque mandé hacerla

—Mandé hacerte me perteneces

y ella girando el tronco para evitar encararme, el perfil de la madre, la nariz, la cabeza, hasta la inclinación de la espalda y me atrevo a pensar, qué ridículo, que algo mío en algún sitio, no sé el qué pero algo mío, tengo que descubrir dónde, mi padre a mi madre, doblando el periódico

—Con ese hombretón de cincuenta y seis años tanto tiempo encima mañana no puedes con los brazos

los pasos de mi madre lentos, la respiración corta contra mi oreja, ochenta años, no, más, ochenta y uno, paseando al hijo ella que no ha entrado aquí nunca, imagínese lo que sería en el tenis, en un té, en una cena, los modales, las frases que le vendrían a la boca, sustituidas por un

—Es verdad

desprovisto de sentido en la punta de una sonrisita angustiada, un broche sin valor en medio de tantos collares y, sin embargo, paseándome entre la cama y la puerta y qué sé yo cómo lo hacía para aguantar conmigo, vieja con falanges torcidas siempre en zapatillas, si consiguiera que me cayese bien y no lo consigo, me pone nervioso como me ponía nervioso el oso desteñido en el pijama, si lo viese la secretaria de mi ayudante

—No puede ser señor un osito mañana o pasado le traigo un sonajero

y acepto tu sonajero, lo sabías, las piedrecitas que se agitan dentro me tranquilizan, yo recibiendo a los administradores con el sonajero en la mano

—¿Les gusta mi osito?

subiendo las escaleras hasta mi esposa

—¿Te gusta mi osito?

porque mientras yo un osito no te marcharías y ningún tren que no parte saliendo de la estación, el vagabundo acomodándose en el asiento de al lado, Marçal quitándome el sonajero

—Intente descansar señor

y no una cama, una cuna de mimbre y lo que gemía, Dios mío, cómo quieren que descansa si mi madre no deja de cantar en la cocina, mi padre retocándose el sombrero

—No da una nota

y ella, despechada, con más fuerza todavía, se subía a los bancos, tapándose la boca con las manos, mientras un ratón se escapaba pegado a la pared de la despensa, no me acuerdo bien de la ca

—No da una nota

sa pero me acuerdo bien de la despensa, arroz, conservas, mermelada, por navidad una botella de anís, los adornos del árbol en una caja de cartón, cintas con lucecitas, bolas doradas,

campanitas, las figuras del nacimiento en otra caja, más grande, salvo el Niño Jesús en un cajón de la habitación, donde las alianzas de los padres de ella en un estuche, cubiertas de algodón, mi madre

—Fíjate

con nombres escritos por dentro, Guilhermina y Fernando y una fecha casi tan atrás como la de los libros de Historia, yo alucinado

—¿Ese tiempo es verdad?

mi madre, tras pensarlo, se le notaba en la arruga de la frente que continuó en mí

—No sé

no solo la arruga, todo indeciso en ella

—La verdad es que no lo sé

de modo que antes de nosotros solo tinieblas y un vacío en el que flotaban, dispersos, media docena de retratos anónimos, el que mi madre creía que era la madrina, el que mi madre creía que era un tío y será realmente la madrina, seré realmente el tío o nos abandonaron allí para engañarnos, mi madre, con la lupa de mi padre, comparando orejas, bocas, narices, el ojo, a través de la lupa, desmedido, unas diez veces, y quien dice diez dice trescientas, más grande que el resto de la cara

—Es que no lo sé palabra

de modo que, con el aumento, yo, dentro de la pupila, el doble de lo que soy ahora, no estoy exagerando, si ese tiempo verdad quién me convence de que existe el presente y no han llenado la nada para engañarme, la casa, por ejemplo, existe o no existe, respóndanme, por no mencionar las dunas y el mar, todo cesa a mi alrededor porque las rosas calladas, mi madre confirmó las fechas de las alianzas un sin fin de veces, sacándolas y metiéndolas en el algodón

—Nunca los oí tratarse por Guilhermina y Fernando

flotando al azar, probablemente sin verse, entre muebles baratos, si no se vieron, que es lo más natural, con tanto sitio para tan pocas personas, cómo diablos nació, intentaba consolarla, nació como mi hija, ya está, olvídelo, Guilhermina y Fernando no quedan bien juntos, Leonilde y Fernando, por ejemplo, ni fu ni fa, Guilhermina y Afonso más o menos, pero Guilhermina y Fernando los juntamos y suena falso, separados se aguantan, juntos no se articulan, mi padre a mi madre y a mí

—¿Qué os pasa?

y nos pasa que no funciona, aquí hay una equivocación, fijese en los nombres de las alianzas, Guilhermina y Fernando, cree que quedan bien, el ojo de mi padre en la lupa

—¿Guilhermina y Fernando?

deteniéndose sílaba a sílaba cogiéndoles el gusto, enrollándoselos en la lengua, pronunciándolos en voz alta

—A mí no me suenan falsos me suena peor ese sonajero que me destroza los nervios
doblando el periódico con un golpe encima

—Los míos Mariana y João y no me preocupa
pero, un minuto después, como mucho, no su voz, un eco

—Mariana y João

en un tono diferente del de costumbre que tardé en entender que le pertenecía, un timbre veinte o treinta años más joven que él, o sea agudos de niño

—Mariana y João

y el sitio donde vivíamos de repente pequeño para tantas criaturas, solo que en el caso de los padres de mi padre no había alianzas

—Vivían juntos

es decir mi padre vivía con su madre y su padre, los sábados por la tarde iba a ver a mi abuela con un sobre con dinero y una tarta envuelta con cuerdecitas que se le pegaban a los dedos y a partir de cierto momento se convertían también en tarta, si yo en lugar de mi padre era capaz de comérmelas, azúcar, huevos, harina, todo bueno para el organismo, por lo menos uno de ellos marchaba que era una maravilla, los padres de mi padre no se casaron porque la familia de mi abuelo, creo que casi capitán, no consentía a una paisana pobre a la mesa, la historia no es exactamente así, más complicada, por no hablar de un piso lleno de chicas y una señora distinguida poniendo precios y ordenándolo todo

—Esa ahí Guilhermina vale oro

aunque no valiese oro, valía lo mismo que las demás pero no me apetece contarlo, para qué, pierden el tiempo, pierdo el tiempo que, entre paréntesis, es algo que ya no tenemos mucho, nos quedamos así, mi abuelo venía los domingos con un sobre con dinero y una tarta y se acabó, cuando, por fin, se quitaban las cuerdecitas de los dedos, los días que mi abuelo no tenía que llevarse otra vez la tarta hasta que todo aquello, cordeles, nata, manos, se pudrían y caían, se encerraban al fondo

—Esa ahí Guilhermina vale oro

y volvían una eternidad después, él desaliñado y la madre de mi padre, arreglándose la blusa, el casi capitán no besaba al hijo como no besaba a la madre de mi padre, se alisaba un poco el pelo y se marchaba corriendo, no llegó a capitán porque una arteria del cerebro se dio de sí y, al darse de sí, acabó con él, la madre de mi padre a mi padre

—Se acabó el teniente mira

de modo que el teniente, casi capitán, flotando a su aire, con docenas de envoltorios alrededor mientras mi abuela equilibraba más o menos la vida en la señora elegante que establecía los precios y ese asunto no me apetece contarlo, perdonen, lo que ganaría con el quiosco, la secretaria de mi ayudante a mí

—No me gusta esa cara señor
ni te gusta a ti ni me gusta a mí, estamos de acuerdo, nunca he estado tan de acuerdo, te lo aseguro, ella

—No me refiero a la belleza es así pensativo
yo esperando un consuelo cuando dije

—Estamos de acuerdo
un consuelo o un desmentido

—No lo veo tan mal
por ejemplo, ya me templaba el ánimo y de golpe y porrazo

—No me refiero a la belleza es así pensativo
yo que siempre he sido pensativo, con quién te crees que estás, si tienes dudas pregúntale a mi esposa, pregúntale a mi hija, pregúntale a la primera persona por la calle que no te responde, qué sabe quién soy, maybe el presidente

—Aquel tío dueño de casi todo siempre dispuesto a ayudarme
yo dueño de casi todo y él dueño del resto, de eso que llamamos patria ignorando qué es la patria, llamamos Historia ignorando qué es la Historia, o llamamos egregios abuelos ignorando qué son egregios y abuelos, unos barbudos en estampas ovaladas que no nos llevaron de la mano a pasear, no nos enseñaron el río ni nos hicieron cosquillas

Si quieres que te suelte di que estás bien niño di que estás bien
y, por consiguiente, no estoy pensativo, tío Carlos, estoy bien, palabra que estoy bien, no me haga más cosquillas, no haga que me duela la barriga, no me haga llorar cuando dejo de oír las dunas y todo cesa a mi alrededor porque las rosas también calladas, no menciones la parte de tu hija, pasa adelante, donde el jardinero te contó que había muerto uno de los árboles de la China, en concreto el de la izquierda, y no entiendo la relación entre en concreto y el de la izquierda, si fuese el de la derecha me habría dicho en concreto el de la derecha o solo me habría dicho el de la derecha, he ahí un problema que lego a los que vengan después, el jardinero golpeó el tronco de los dos con el mango del sacho para que notase la diferencia y, sinceramente, no la noté, ni un sonido, en ambos casos medio hueco, lo que es normal en los árboles y las personas melancólicas, ni en el color, castaño con algo de verde del musgo, más oscuro en unos sitios y menos en otros, y más o menos oscuro comprende no solo la madera propiamente dicha sino también el musgo, ni en las hojas, que iban mermando con la decrepitud, no soy el único, caramba, ordené al jardinero

—Córtalo
él seguía dándole golpes convencido de devolverle la salud, el jardinero a mí, Guilhermina y Fernando, Mariana y João

—Ni un pájaro en él señor
ni en él ni en el otro por, hay momentos en que hasta me gustaría que me hiciesen cosquillas,

porque, con los golpes, han huido, para tener un pretexto para reírse sin ganas, siempre es mejor que reírse sin ganas sin pretexto que es lo que se hace todos los días o casi, primera forma, porque han huido con los golpes y ya está, vi gorriones, cuatro o cinco, vi cuervos, no más de dos, vi otro que no conocía, con más colores, más grande, no un albatros ni una gaviota que se desentendieron del viento, el jardinero mirándolo

—Es el alma del árbol señor

buscando a Dios que no siempre aparece

—Aquí estoy

como yo al entrar en el salón de mi hija, un suponer que nunca pasará

—Aquí estoy

no para charlar con ella, qué tenemos que decirnos el uno al otro, debe de haber quien piense que tenemos muchas cosas amontonadas desde la infancia, feroces, acusadoras, terribles y no es verdad, no las tenemos, mirábamos por la ventana más allá de las rosas, la mayor parte de las veces distraídos, y el vagabundo de vuelta a Cascais, cuántas veces habrá llegado de Cascais o se habrá marchado de Cascais sin que nos diésemos cuenta, a lo mejor esperando que nos fijásemos en él para avisarnos qué sé yo de qué o darle un recado qué sé yo a quién, a lo mejor intentan comunicarse con nosotros a través de él y no le prestamos atención, a lo mejor pronuncia nuestro nombre pero lo borra el tintineo de las rosas, o la arena o el mar, o el tambor del sol en agosto del que no hablamos nunca, miramos por la ventana, más allá de las rosas, la carretera de Guincho, o la sierra a la derecha, o los baldíos que aún no ha invadido Estoril, escuchamos

—Padre

o

—Hija

como si hablásemos ella y yo y ninguno de nosotros hablando

—Padre

o

—Hija

qué imaginación, no hay peligro de que mi hija

—Padre

puesto que mi hija jamás

—Padre

como yo jamás

—Hija

ni siquiera me acuerdo de cogerla en brazos, sonreír, enternecerme, solo estoy aquí, como ella solo está aquí, porque el jardinero todavía no ha traído el hacha y nos ha cortado a ambos, lo trae mañana o pasado, tanto monta, y ojalá sea de noche y con todas las luces apagadas para que no me

vean, eso sí, me fastidiaría que me viesen, para que no me vean caer.

Y si saliera de casa y, como el vagabundo, empezase a andar en dirección a Guincho, por qué no también con ropa de pedigüño, los zapatos pesados por la arena y el mar cada vez más cerca, o si no como estoy en la oficina, con traje oscuro, corbata y pañuelo en el bolsillo de la chaqueta, bajaría las escaleras mientras el chófer abría la puerta del automóvil y en lugar de sentarme dentro fingiría no verlo como fingía no ver a los hijos de mi hija en el tenis, Marçal que los llame nietos si le da la gana, por mí puede quedarse con ellos

—Toma

le di el zarrío de una empresa a cada uno para que se entretuvieran comiéndosela, deshaciéndola con las uñas, tirando, lanzándola fuera, corriendo tras ella y mordiéndola de nuevo, qué será de todo esto cuando ya no esté aquí, y rodeaba la fachada con las suelas cantando en la arena, Marçal, el listillo, me devolvía a los hijos de mi hija

—Sus nietos no tienen mucha cabeza ¿verdad señor?

molesto con el frenesí de aquellos cachorros, se trabaja toda la vida para unos salvajes desagradecidos, esto más o menos en la época en que enfermó el presidente, me pidió que arrimase la oreja a su boca preguntando

—Todavía voy aguantando ¿no?

para que le asegurase que sí, y lo que me costaba darle esperanzas y mantenerlo dentro de la manta dirigiendo el mundo, despidiendo a ministros ya despedidos, ascendiendo a generales muertos, aguantando el caldito de la gobernanta hasta el final

—Solo falta un poquito de molleja

con la ahijada limpiándole la dentadura y quitándole veinte años de encima al encajársela en la boca

—Está en forma padrino

de modo que en cuanto él

—Todavía voy aguantando ¿no?

respondía con un codazo cariñoso, no fuesen a separarse las varias partes del cuerpo, si no estuvieran numeradas por qué orden se articularían

—Viento en popa presidente

sin saber si había oído la respuesta, me pareció que sí porque una especie de alivio

—Ya me parecía

multiplicando soldados en África y prisiones en Portugal, si saliera de casa, me atormenta la seguridad de que tengo cincuenta y seis años, me falta pelo y los dedos dudan pero a lo mejor me equivoco, algo que me ha sentado mal en la cena o la tensión que me ha bajado, el médico a mí, guardando el estetoscopio

—Está como un roble

un roble un roble no digo pero el esqueleto, vamos que sí, se mantiene, la secretaria de mi ayudante

—Tiene que contarme qué hace para no cambiar ni una pizca

intentando convencerme, en el hotel, de que había cumplido, y yo desconfiado de que no había cumplido un pito, me dormí la siesta y poco más, yo

—¿No me habré dormido por casualidad?

ella peinándose sobre el lavabo

—Se ha portado como un tigre señor

aunque no me imagine rugiendo, con una gacela entre las patas, buscando el apoyo del cabecero que me ayude a levantarme, la secretaria de mi ayudante ya tampoco joven, con el rubio del pelo empeñándose poco a poco y la garganta bajando el timbre, su madre en un asilo, el padre no me acuerdo, yo a la secretaria de mi ayudante, intrigado

—¿Qué le ha pasado a tu padre?

un resoplido no en su nariz, en el espejo, sin más detalles porque los espejos no hablan, si saliera de casa y, como el vagabundo, empezase a andar solo en dirección a Guincho, por qué no con ropa de pedigüeño, los zapatos pesados por la arena y el mar cada vez más cerca, bajaría las escaleras

—Se ha portado como un tigre el señor es una fiera

mientras el chófer abría la puerta del automóvil y en lugar de sentarme dentro rodeé la fachada en dirección a las traseras, bordeando los arriates, el estanque, la concha de la Venus donde escaseaba el agua, será que también envejece, me pareció que mi hija espiando a través de las rosas, qué edad tendrá, a propósito, qué ha sido de los uniformes del colegio, qué cateto enorgullecerme de verla con aquello, me cuesta admitirlo pero por dentro se me caía la baba, unas zonas más líquidas y las demás felices, qué ha sido de las pelotas de tenis que ella corría a darme, no digo hija, digo ella, pero si me equivoco y digo hija prevengo de que significa ella, la embajadora de Dinamarca acariciándome la toalla

—Me gusta su olor

arrimándosela a la nariz y con los ojos pestañeando por encima, al final del jardín un conejo entre dos arbustos, con un perro corriendo detrás hasta que una ardilla o un bicho parecido lo distraía y el cachorro se detenía indeciso, acababa quedándose allí husmeando ausencias o excavando huesos viejos, el vagabundo me llamaba cerca de las olas, él que no llamaba a nadie,

si se le acercaba alguna criatura la esquivaba, mi esposa, cuando vivíamos juntos, retrocediendo aunque el vagabundo lejos

—¿No te da miedo?

cualquier día la traigo de arriba y la pongo en el salón

—Puedes quedarte ahí

ahora que ningún tren se preocupa de llevársela, incluso los que no parten no dejan la estación, con los pasajeros despidiéndose y una criatura contra el cristal sin dejar de mirarme, en los ojos de la criatura una expresión mía de la que no adivinaba el sentido, las cosas nos van abandonando, para qué servimos, Marçal se ahorcó sin avisar en el invernadero, el jardinero interrumpió de repente una reunión en el despacho, él que no entraba en la casa, oí sus botas por el pasillo, oí sus botas en la sala de espera, lo oí apartar al contable, a las secretarias, al de seguridad que intentaba cogerlo, se cayó un jarrón y sillas en el suelo, por fin oí la puerta

—Señor

y el jardinero delante de mí, con las tijeras en la mano, repitiendo

—Señor señor

inamovible, monótono, quitándose de encima a quien se le acercaba

—Señor

sin acordarse de quitarse el sombrero y saludarme, indiferente a los accionistas, señalándome el invernadero con las tijeras, solo lágrimas, solo nariz, solo el gran cuerpo sin forma, de repente no

—Señor

de repente

—Amigo

como si nosotros iguales, nosotros hermanos, el jardinero

—El invernadero

con los cristales mal pintados de blanco, siempre con palomas encima, lleno de bolsas, de cestos, de plantas, de botes, de insecticidas, de estiércol y, en un rincón del invernadero, Marçal, con la chaqueta blanca, peinado, elegante, punteras con lustre a la altura de mi pecho y una cuerda en el gancho del techo, bajo la mandíbula abierta, Marçal mirándome con la admiración de costumbre, con la devoción de costumbre, con la sumisión de costumbre, ningún papel en el bolsillo, ninguna despedida, el jardinero no al fondo como era su deber, a mi lado, he sido yo quien ha traído la escalera y ha cortado la cuerda, ninguno de nosotros lo cogió al caer, en uno de los cristales del invernadero, transparente, mi hija que se marchó sin decir nada, la cortina de la ventana de arriba corrida, ninguna sombra en la tela, le pedí a Marçal que se levantase

—De pie

y él quieto, apoyando un brazo en una maceta rota, por qué narices las punteras de los muertos

siempre me parecen al revés, algo equivocado en ellas que no soy capaz de expresar, evidentemente no fui al velatorio ni al entierro, llamé a mi secretaria, le pedí que cerrara la puerta, le mandé

—Desnúdate

sin ni siquiera tocarla, solo necesitaba una desnudez por allí mientras pensaba en Marçal y la secretaria sorprendida, lo que me fastidia tu vida, lo que me fastidia quién eres, no sé ni tu nombre con seguridad o se me ha olvidado o no lo he preguntado, para qué, qué significa un nombre, qué representa un nombre, de qué sirve un nombre, Guilhermina y Fernando, por ejemplo, qué he ganado sabiéndolo, la cortina de mi esposa seguía cerrada, subí al cuarto y la vi con los ojos abiertos en el techo, siguiendo despacito los encajes de la sábana con el índice y me acordé de cuando hace muchos años, cuántos, el dedo así en mi espalda, la boca abriéndose y cerrándose, una especie de suspiro, una especie de aliento, fragmentos de gemidos en el aliento, fragmentos de sílabas con fragmentos de vida, en cuántos pedazos nos dispersamos y cuántos, entre ellos, vuelven a formar parte de nosotros, en el cubículo de Marçal tampoco ninguna carta, un armario casi vacío, una fotografía de la madre en un marco de alambre con pantallitas de esmalte, o sea supongo que la madre porque canas y algún parecido difuso, rasgos más parecidos a un Marçal futuro que al Marçal de ahora, lo que habría sido Marçal si no fuese por el invernadero, la mano del jardinero un pañuelo en mi hombro, con el estiércol de la tijera manchándome la chaqueta, Marçal debe de haberle hecho una señal desde el suelo porque el jardinero

—Disculpe señor

se apartó limpiándome la tela con los dedos y manchándola más, qué raros los pobres y sin embargo quizá fuese capaz de hablar con ellos, comer con ellos, invitarlos al tenis donde no se atrevían a entrar, enseñarles

—Se coge por aquí se golpea con esta parte y ya está

los payasos, alborotados

—Mira los pobres corriendo mira los pobres hablando

Marçal justificándose

—Por mí me quedaría señor pero no aguanto más perdone

los hijos de mi hija se reían de él

—Te gustaría ser como nosotros

y, por mi parte, yo con cada vez menos paciencia para las visitas de la casa, sin atender a las conversaciones, con el tiempo mi esposa iba dejando de reconocernos, a la hija, por ejemplo

—¿Quién es usted?

y sobre todo la agonía del árbol de la China que pedía socorro

—Marçal

dos o tres años más joven que yo, más guapo, me fastidia admitir que nunca he sido guapo, yo a

mi secretaria

—Siéntate aquí a mi lado

y ella sentada a mi lado, la indignación de mi madre

—¿No es guapo?

secándome la nariz en la cuna con la puntita de la gasa

—¿Cómo no es guapo?

y estaba a la vista que no era guapo, señora, el tono de la piel, el pelo, una oreja más despegada que la otra, los párpados desiguales, una vecina nuestra

—Me parece que estrábico

mi madre hirviendo

—Cómo estrábico haga el favor de señalarme el estrabismo

en el espejo, por la mañana, parece que sí, observo mejor y no, observo mejor y me entra la duda, tal vez un pequeño desvío o un problema del cristal, quizá restos de sueño porque despertarse siempre cuesta, tener de repente un cuerpo al que de momento no nos acostumbramos, tantas piernas, tantos brazos, tantas costillas surgiendo, hacer cosas en la cocina, calentar agua, vivir, la uña que rasca el costado no es nuestra uña ni rasca nuestro costado, seremos este, en serio, no, palabra de honor, seremos este en serio y encima no era guapo, tenía dinero y ya está, para qué un verbo en pasado, fue Marçal quien murió, yo sigo vivo, ninguno de los payasos del tenis se interesaba por ti, de qué le vale la belleza a un empleado, entre paréntesis informo los hijos de mi hija sin ninguna gracia, logran la proeza de ser peores que el padre, enhorabuena chica, has tenido buena mano, ninguno de los payasos del tenis se interesaba por Marçal, es lógico, un criado, bueno para llevar bandejas y recoger bandejas, aceptar propinas metiéndoselas en la chaqueta, contarlas por la noche en el cuarto

—Podía ser mejor

tras tu muerte te cambiaron de ropa, te lavaron, no en Cascais, en el lugar donde naciste, encontraron un traje oscuro en el baúl y qué podré hacer yo que no sea susurrar tu nombre

—Marçal

e intentar encajarte botas nuevas en los pies con mi hija mirándome, mis nietos no es de ahora, nunca han tenido ninguna gracia, cuando nacieron debería haberlos sumergido en el estanque, encontré al jardinero cuidando el árbol de la China pequeño y lo sentía mirarme con la esperanza de que resucitase al muerto, cómo es el patrón resucita a los demás, me molesta admitir que me caía bien pero bueno, lo admito, me caía bien, Marçal

—Daría la vida por usted señor

sin que le diese nada a cambio, a veces me apetecía charlar, yo que no charlo, preguntarte cómo nos hemos acostumbrado a los horrores de la noche, le dije a mi secretaria

—Puedes vestirte si quieres

y no se vistió, señores, no recuerdo a mi hija abrazándome, si la cogía en brazos enseguida pedía

—Suelo suelo

empujándome, retorciéndose, dársela a Marçal

—Cógela tú

y ella se dejaba, feliz, la madre escapándose en tren, las otras el dinero o sea

—Amor

aseguraban, o sea

—Pasión

aseguraban, o sea

—Toda la vida juntos

aseguraban y yo un pellizco cómplice haciendo como que me lo creía, yo

—Evidentemente

yo

—Me lo tengo que pensar

yo

—Cuando menos te lo esperes que me gustan las sorpresas

corriendo de andén en andén, con la camisa fuera del cinturón y la corbata a troche y moche, la gente

—Está loco

y otro hombre, suele ser así, siempre otro hombre, yo solo en la habitación pero ahora afortunadamente mi secretaria conmigo, falanges que dejó de morderse hace poco tiempo, pies todavía de niña, un tatuaje barato en la espalda, mi secretaria

—No me quiero vestir

en mis brazos sin exigir

—Suelo

ni empujarme ni retorcerse, y si yo saliera de casa y empezase a andar en dirección a Guincho, mi esposa a mí

—No he visto a aquel empleado tuyo Marçal verdad al que le mandas que me traiga la comida

Marçal que me seguía de vagón en vagón

—Olvide todo esto señor vamos a volver a casa

yo con ganas de olvidar todo esto y volver a casa pero incapaz de volver, ya no era a mi esposa a quien buscaba, era la traición que me hicieron, la prueba de que no quería saber de ella es que continúa ahí arriba hasta hoy del mismo modo que morirá ahí arriba antes de entregarla al prior

—Entiérrela

y cuando se la lleven cierro la puerta y me olvido, dejo por allí algo de ropa, algunos anillos y

después, con el tiempo, la humedad y la polvareda, en un tiempo en que esta casa desierta y el jardín lleno de maleza, las rosas comidas por las hierbas, la Venus tumbada en el estanque con una de las rodillas rota, la arena y el viento sobrepasando el pinar y llegando aquí, ningún mueble, ningún cuadro, el presidente, que es eterno, convocándome y no voy, él indignado conmigo

—¿No viene?

y al buscarme los escalones de la entrada deshechos, enredaderas invadiendo los balcones, salones y salones llenos de trastos pero, cuánto va la apuesta, el dinero seguirá reproduciéndose, la casa continuará creciendo, Marçal abriendo el armario

—¿Cuál de las chaquetas grises señor?

una pelota de tenis que entró por la ventana y rodó debajo de la cama, mi padre abrazado a la almohada llamando a mi madre

—El sabandija tiene fiebre

y la palma de mi madre en mi frente

—¿Qué le ha pasado al chaval?

sus caras desenfocadas sobre la mía, una cuchara de jarabe temblando

—Abre la boca

el enfermero empujando el émbolo de la jeringa contra la luz hasta que una gota transparente en la punta de la aguja, los pantalones del pijama caídos

—No quiero numeritos

y un alambre ardiendo en el interior de la nalga, el enfermero

—Ya está bien de numeritos

mientras el alambre me derretía la carne con un borboteo ácido, el olor de mi habitación infantil en la habitación de Cascais, el olor a creolina en lugar del perfume, los olores espesos de la cocina que se pegaban a la ropa, mi padre se levantaba por la noche para tomarme la temperatura, sus suelas tardaban una eternidad en llegar, venidas del otro lado del mundo sonando, sonando, la bombilla del pasillo con la sombra de mi padre delante, pequeñita, redonda, después él en la entrada, después él avanzando hacia mí, después en un susurro, qué inesperado

—Hijo

un

—Hijo

que no reconocía, más intenso que

—Bichillo

después dos dedos dudosos

—Gracias a Dios está menos caliente

después mi cama torcida porque se sentó en el borde cogiéndome la muñeca, la pregunta indecisa

—¿Será realmente mi padre?

y era realmente mi padre, esa bronquitis no engaña a nadie, además de la calvicie iluminada por un defecto en el estor, bajo la calvicie el bigote, sobre el bigote la nariz resoplando y mi asombro

—No creo que amor

me pareció que una especie de sollozo pero sollozo excesivo, qué sollozo merece una sabandija desobediente que ha roto el jarrón, por lo tanto un mal hijo, por un tris yo no

—Padre

si por casualidad yo

—Padre

echaba a correr por vergüenza, disminuyendo en el pasillo sin fin y mi cuerpo del revés como siempre que duermo, lo que estaba dentro por fuera y lo que estaba fuera por dentro, sueños confusos por la fiebre, una papilla con mi madre manteniéndola en equilibrio

—Venga vamos a comer

después de comprobarme la frente

—Estás mejor

mi padre, invisible

—¿Está mejor el sabandija?

contrariado porque no me moría que se le notaba en la voz, prefería que no me quisiera para no tener que quererlo y asunto resuelto, Marçal se decidió por una de las chaquetas

—Vamos a probar esta señor

no tener que querer a mi padre una preocupación menos, si él algo malo ni pizca de pena, qué bueno, no nos soportamos el uno al otro y ya está, nos da igual que yo reviente o él reviente, solo me intriga el

—Hijo

pero olvidemos el

—Hijo

seguro que lo oí mal, por estúpido que parezca, y a mí me parece estúpido, siento la falta de mi padre aunque sea doblando el periódico y mirándome con rabia, yo a Marçal

—Mi viejo

y callándome enseguida no fuese a verme aunque estoy seguro de que me veía, mi madre a mi padre

—Cuando el niño está de espaldas lo miras con ojos de enamorado

mi padre furioso

—No estás buena de la cabeza

y durante semanas no hablando, ladrándome, como esos perros dentro de los jardines, que se tiran sin motivo a las rejas, inofensivos, con las patitas inestables, enfadados con nosotros,

aullando, si avanzamos huyen, se quedan quietos a distancia, vuelven a empezar con miedo, mi padre apuntándome con el índice en profecías convencidas

—Nunca valdrás para nada

como si alguien en la familia valiese para algo, usted, por ejemplo, qué ha hecho que valga, la dueña del bazar señalándolo a una amiga

—Es un flojo el pobre

y lo era, miren a mi padre en la calle dándole al palique más el empleado del agua y un golpe de barba en el mentón, siempre una rodilla, una uña o un pulgar dañados, un flojo, una vez, por culpa de una historia del orden en una fila, estaba yo con él, el fulano que nos quitó el sitio lo sacudió para callar sus protestas y mi padre no respondió, nosotros detrás del fulano, obedientes, con la esperanza de que nos cediese el sitio que era nuestro, la dueña del bazar tenía razón, un flojo buscándome la cara

—No lo veo más caliente

qué turbulentos los sueños de las gripes, complicados, turbios, mi madre uniéndonos en la misma mirada indulgente

—Tengo dos hijos

si de madrugada un ruido en la puerta era ella la que iba a ver como era ella quien discutía la renta con el arrendatario, yo a Marçal

—¿Te acuerdas de tu padre Marçal?

bebiendo agua de un cubo de cedro mojándose la camisa, se contaba que visitaba a la sobrina de un cura, es posible, con un hijo enfermo encerrado en un cuarto dándole puñetazos a las paredes, Marçal le ponía un alambre al cuello, lo paseaba por la huerta, tranquilizándolo, y la sobrina del cura agradecida, un día que el padre de Marçal estaba comiendo le clavó, por celos de la madre de Marçal, una azada en la espalda, el padre de Marçal consiguió llegar a la cerca, se metió en la burra y desapareció en la burra, Marçal se acordaba de la camisa rota y del cuerpo del padre agarrado al pescuezo del animal, sin una queja, un insulto

—No recuerdo sus rasgos

se acordaba de un hombre empujando a la madre hacia la habitación, se acordaba de ella cayéndose y él levantándola a la fuerza, se acordaba de las tablas de la cama y del padre vistiéndose, abrochándose el chaleco como si tocase el acordeón en sí mismo, y si yo saliera de casa y empezase a andar solo en dirección a Guincho, mi esposa a mí

—¿Por qué has venido?

corriendo un poco la cortina y ahí está la casa, el jardín, las rosas junto a los cristales y yo solo en dirección a Guincho, en dirección a la sierra, mi esposa a mí

—No te quiero

mi esposa a mí

—Márchate

esto no en Cascais, en un muelle en Lisboa con el techo de cristal, el presidente

—Todavía tengo presentes las locomotoras de leña

que paraban en su aldea por la noche, con el fogonero partiendo trozos de tronco con el hacha y metiéndolos por un postigo de hierro, un paquete de correos lanzado desde arriba que recogía un sujeto con gorra, ninguna carta para ellos, los parientes que emigraron no sabían escribir y, si supiesen, qué dirían, más allá del apeadero unos pollos, unos chivos, el presidente fastidiando a un escarabajo con un clavo, el abad saliendo de madrugada para las perdices, bajo un cielo que se iba volviendo transparente, mi esposa a mí

—Que no te vuelva a ver

y no volví a verla, bajé las escaleras de la habitación por última vez, me da idea que un bulto blanco, con la cara cerca de un hombre que no me interesó saber quién era, buganvillas tiñendo la tarde de color rosa y verde, una lagartija huyendo en el granito, parándose e, incluso parada, actitud de correr, Cascais patria de los reptiles, solo faltan boas, con la muerte de Marçal quién cuidará de mi esposa, quién más la conoce, cuando mi hija y yo conseguíamos charlar mi hija

—¿Y madre?

y yo

—Ha ido a dar una vuelta por Madrid vuelve en unos días

y mi intención, palabra de honor, era que volviese de verdad, llevarla al tenis, llevarla a las cenas, sigue siendo payaso si te apetece, discutiendo vestidos, visitando a decoradores, mi hija consciente de que ella arriba porque me veía darle cosas a Marçal, envoltorios, regalitos, mi esposa negándose a aceptarlos

—Tíralos a la basura

y yo solo, no con el traje de trabajar en la oficina, con ropa de pedigüño, los zapatos pesados por la arena y el mar a la derecha o a la izquierda, sin mojarme porque mi padre me cogió en brazos

—Hijo

y me llevó al salón donde mi madre hacía punto en su sitio de siempre

—¿Por qué has traído a la criatura?

sin fijarse en las olas en el escalón de la entrada, mi padre fue al baúl a por una manta, me envolvió en ella y me puso a su lado mientras los árboles de la China hablaban y hablaban y Marçal abría la puerta del invernadero para pedirme que pensase en él de vez en cuando, Marçal

—Piense en mí de vez en cuando señor

y no te preocupes que pienso, cómo puedo olvidarme de mí, sobre todo ahora que estoy casi terminando la primera parte de este libro, dos capítulos como mucho, mi secretaria tira de mí hacia ella en el sofá del hotel

—Señor

veinte o veintiún años, fíjense, una recién nacida que pasa los dedos por lo que me queda de pelo y me acuna despacio, atrás y adelante, arrimado a mi padre.

Tras la muerte de Marçal pedí al jefe de servicios internos que contratase a otro empleado para controlar la casa y ocup, y en esto vi al vagabundo en el tenis vacío, mirando a derecha e izquierda siguiendo pelotas invisibles, ocuparse de mi esposa, a pesar de invisibles el sonido de las raquetas que no había, las pelotas saltaban después con más fuerza y el vagabundo acompañándolas, una de ellas sobrepasó la valla y se hundió en las begonias, el jardinero soltó las tijeras y se la devolvió a un invitado inexistente que se la guardó en el bolsillo para la jugada siguiente, será que en el resto de la casa también criaturas sin sustancia, será que yo auténtico, mi hija antes

—Papá

y ahora ninguna palabra, qué me ha pasado, no debo de haber fallecido porque me saludan, les doy miedo, intentan agradarme

—Señor

la secretaria de mi ayudante, con admiración

—Un tigre

y tigre un cuerno, un harapo, siento que me desnudan en la habitación del hotel y no sé si quien me desnuda es mi madre u otra mujer, oigo, muy tenue

—Si no levantas los brazos no puedo quitarte la camiseta

noto que me descalzan, me quitan la ropa

—No te duermas

observo fuera una palmera que se disuelve poco a poco, al vagabundo alejándose de mí, una última ola antes del silencio pero en qué sitio el mar, tuve una abuela, madre de mi madre, en la cocina, junto a la radio, hablando con el pájaro de la jaula, ambos desaparecieron sin saber cómo, debe de haber sido hace siglos, no recuerdo lágrimas de pena ni esos rollos de los finales, charlas sobre la brevedad de la vida y trampas de ese tipo, el

—Papá

de mi hija terminó sin entender el motivo, dejamos de enfadarnos el uno con el otro, el sustituto de Marçal se entendía con la cocinera porque hace dos o tres semanas él, sin darse cuenta de que yo lo veía

—Pichurri

ella previniéndolo de que yo allí frunciendo los ojos con un cuenco en la mano que se inclinaba,

inclinaba conmigo con mi padre en la memoria, intentando encontrar la diferencia entre bichillo y pichurri, papá un diminutivo siniestro y sin embargo me costaba su falta, papá, pichurri, bichillo, qué lista, la secretaria de mi ayudante a mi madre, en la habitación del hotel

—Los pantalones de su hijo no salen de ninguna forma
mi madre enfadándose

—¿No ayudas a la chica niño?
pasando del enfado al lamento

—En algo tenía que salir a su padre y ha salido en la pereza no sé cómo lo he tenido
pensándolo mejor

—Aquí entre nosotros como tampoco entiendo cómo pude estar con ese
pero a los dieciocho años, es natural, estamos con todos, tardamos en aprender, antes de mi marido un vecino de la edad de mi tío, antes de ese vecino otro vecino con un defecto en el labio, la esposa del defecto en el labio en casa de mis padres quejándose y la hebilla de un cinturón hace más daño de lo que se imagina, cuando acierta en un hueso se vuelve fosforescente, todavía recuerdo haber sido azul, la secretaria de mi ayudante a mi madre

—Cuando conocí a su hijo se desnudaba en un instante a la entrada del cuarto anunciando no tengo mucho tiempo pequeña

y enseguida otra vez encorbatado, ahora primero que acierte en el nudo las ranas crían pelo, se pone a hablar de pelotas que nadie ve excepto él y el jardinero en el tenis desierto

—¿No hay una en las begonias?

el jardinero rebuscando en las begonias, sin encontrar nada y echando la nada sobre la cerca, puede ser que cuando el cerebro empieza a adoptar otras formas conozca cosas que desconocemos, a veces me parece ver a Marçal en el invernadero moviendo la mano y no sé si es verdad o un mecanismo mal regulado en mí, son los únicos momentos en que la cortina de arriba abierta y una especie de bulto diría que mirádonos, subo las escaleras y me arrimo a la puerta de la habitación, sin atreverme a abrirla, para oír las zapatillas en su vagar trabajoso, removiendo la basura de emociones antiguas de las que se rodean las mujeres, Marçal desaparece en medio del gesto cuando mi mano empieza a responderle, el médico comprobando las pruebas

—Hay por aquí una alteración en el páncreas que no me huele bien
y que a mí no me huele a nada de nada, algo de cansancio lo admito, una especie de peso, mi ayudante

—¿No ha adelgazado señor?

quizá me quede ancho el cuello de la camisa, la chaqueta grande y las hombreras flojas en los hombros, mi hija con pena, ella que no me perdonaba por saber de Marçal, por saber de mí, casi

—Padre

en la mesa y refrenándose a tiempo, si le contase dos trenes que no parten tal vez lo entendiese

pero no necesito de ella ni dos hijos, páncreas vaya palabra, parece un jefe indio con plumas en la cabeza y hacha en la cintura mirándome, el médico

—No sonría señor esto es serio

y qué puedo hacer sino sonreír y encima siendo serio, menudo chiste esta vida, mi madre comprando fiado, carne barata, pescado barato, tralla de segunda mano en la feria, dándole vueltas a un par de botines, ahora la piel, ahora la suela

—Bien lustrosos se libran

y si no los mirásemos mucho se libraban, a veces un botón diferente en la chaqueta pero quién se fija en eso, se aumentaba la sopa con una taza de agua y por lo tanto más fácil de tragar en la cena, a primeros de mes mi otra abuela mandaba del norte chorizos, morcillas, mi padre agobiado con el dinero y cuál la solución sino sonreír, el médico a mí

—¿Le alegra estar enfermo señor?

y no es la enfermedad lo que me alegra, es la ironía de todo esto, ya no debo de estar aquí en las marejadas de septiembre, si nos fijamos en el cansancio el páncreas debe de resolver la cuestión en un mes o dos, creo yo, a pesar de los caldos que me manda la gobernanta del presidente, del dulce de membrillo, de las bandejas de arroz con leche, al final mi padre ya ni rechazaba la comida, solamente volvía la cabeza, recuerdo la voz de sus ojos, no en la cama, en el sofá, las manos dos papelitos transparentes que oscilaban, no un médico como yo, una amiga de mi madre que sabía de enfermedades

—A todos nos toca

con un primo inteligente a su lado en una silla sacando frases iluminadoras de la, el vagabundo, de la cabeza

—Hoy está más él

que se quedaban por allí flotando inútiles, el vagabundo cerca de los árboles de la China espiando mi habitación, no envejece, aquel, qué piensa de mí, hay momentos en que me intriga lo que piensan y después decido

—Qué me importa

y me olvido, no es así como mi hija por más que diga que no pero eso es otra historia, puede ser que un día, si hay tiempo, os confiese unas trampas y si confieso unas trampas no se las crean, lo que he mentado a lo largo de mi vida, señores, en los negocios, en las mujeres, hasta en el tamaño de esta casa, no tan grande como la describo, no digo que pequeña, digo que no tan grande como la describo, es mi ayudante, si fuese derecho a él seguro que el vagabundo me respondería pero para ser sincero me asusta lo que pueda decir, quién será, no se marcha, se esfuma, regresa, vuelve a esfumarse y a venir, es mi ayudante quien se encarga ahora de la taberna, siempre pidiendo instrucciones sin que yo le responda, el jardinero, desde fuera de la cerca

—Señor

lanzándome una pelota que nadie ve, descubierta entre los geranios, y que por poco no conseguí coger, mi hija de quien me esperaba todo menos eso

—¿Le importa que juegue?

Estuve ahí ahí por responderle que no y respondí que sí, no soy más que un flojo, es decir me acordé del uniforme del colegio y cedí

—Vale

porque ella tan graciosa, tan viva, cuando llegaba, los sábados, no estoy seguro pero tengo la impresión de que una vez o dos la levanté por los aires y la seguridad de que llegué a besarla, dije

—Hija

hacia dentro y ella seguro que lo oyó porque la boca, mentira pero es una mentira bonita, en mi mejilla, el jardinero

—La niña coge todas las pelotas

y es verdad que las cogía porque los dedos en círculo alrededor del vacío, tirando con tanta fuerza que no lo cogía y yo contento, qué duda cabe, es mi hija, de quién, sino de mí, podría ser hija, gracias Marçal, que si estuviese con nosotros, y desgraciadamente no lo está, orgulloso, el médico

—Me gustaría que lo viese un compañero en Londres tienen un tratamiento nuevo

y yo ni soñarlo, amigo, déjate de moderneces, es aquí donde vivo y quiero un día de lluvia nacional, de esos penosos, para ir despacito, como las hojas del otoño que se hacen suavemente pálidas hasta que las borra la noche, el presidente a mí

—¿Cuál de nosotros dos se muere primero?

y buena pregunta, presidente, cuál de nosotros dos se muere primero a menos que seamos ambos eternos, sus hermanas en el pueblo, solteras, aún de luto por los padres difuntos hace siglos, se pasaban el tiempo a la sombra del balcón, tímidas, humildes, tratando al presidente por

—Hermano

y levantándose un poco del asiento en señal de respeto, una vez las trajo a Lisboa y se negaron a comer en la mesa

—Somos pobres

cuando por fin falleció el presidente casi no las vieron en el funeral, se despidieron del ataúd mezcladas con el pueblo, no solo al presidente

—Hermano

la una a la otra

—Hermana

en la fotografía de los padres un reloj, aunque parado, marcando la hora correcta, abajo, al final de la viña, los centauros bebiendo en la ribera, cogiendo agua con la concha de la mano, uno de ellos una criatura aprendiendo a hablar, con las palabras medio cambiadas y cascos inseguros,

mientras en Lisboa la gobernanta preparaba el pescado del presidente, él con la pupila melancólica en el besugo

—Y hemos mandado en esto una eternidad ¿ha visto?

lo he visto, presidente, no he visto otra cosa, y el pueblo, en lugar de alegre, mal agradecido, me cuentan, afortunadamente la policía, afortunadamente la iglesia, afortunadamente el ejército, los domingos, cuando mi hija volvía al colegio, lo que tintineaban las rosas, lo que, admitámoslo con reservas, lo que me gustabas, me dolía el automóvil atravesando el portón, estoy cargando las tintas, no me dolía tanto, quién no teatraliza la vida, incluso personas reservadas como yo, para que se compadezcan de nosotros, el médico

—Si no probamos Londres el problema se agrava señor tengo un compañero dispuesto a venir a verlo

y yo, con la mano doblada mirándome las uñas

—No

no fuerte, bajito

—No

porque cuanto más cerca del silencio mejor obedecían los demás de tal modo que la secretaria de mi ayudante, si yo callado

—No hace falta que grite señor ya lo he entendido

casi con las mangas en las orejas, casi vibrando de terror, escapándose si yo no

—Quieta

porque sigo mandando y, sin embargo, en cuanto mi hija

—Padre

yo derrotado, ayúdame a ir a mi habitación, ayúdame a tumbarme, deja una luz encendida para imaginarte mejor, no falta mucho pero aún puedo verte, intenté cogerte de la mano y no la encontré, apoyarme en tu hombro y lo perdí, avisé al sustituto de Marçal de que le dijese al jardinero

—Llénale el cuarto de flores

yo que prefería cactus que no me consentían sensiblerías, creo que tengo que agradecerle a mi familia no haber encontrado la mano pero la sentía más de lo que sentía a las mujeres, por ejemplo, cuando estaba con ellas solo me descubría a mí mismo como solo escuchaba a mi padre

—Bichilla

a la dueña del bazar y la dueña del bazar clavándome los ojos severos como un índice vertical en medio de la boca, por extraño que parezca echo de menos gente en casa, en el fondo de mi alma, palabra de honor, no soy un bobo, el médico

—¿De verdad no quiere al inglés señor?

y de verdad no quiero al inglés, quiero al vagabundo pasando con prisa pero sin nada de prisa,

yo lo sé bien, hago lo mismo, de modo que me siento a la mesa y en vez de trabajar miro, no el invernadero, no los árboles de la China, a mi hija llegando del colegio y corriendo en las escaleras, la pena es que no haya corrido hacia mí, por mucho que me esfuerce no veo a nadie corriendo hacia mí en cualquier época de la vida, mi esposa aceptó casarse porque el padre

—Es la única manera de enderezarnos

y por una vez acertó, bravo, no se enderezaron por completo porque no soy tonto, solo lo suficiente para continuar dependiendo de mi dinero, con correa corta y miedo la familia en sus carriles, mi suegra previniéndolos

—Miren que el señor no bromea

de ninguna manera, no recuerdo con qué me distraía de niño, con nada creo yo, me aburría, llamaban a mi madre a la escuela

—No estudia

mi padre, informado a la hora de la cena

—¿El sabandija no estudia?

inquieto con la dueña del bazar que parecía inclinarse por un caballero más joven sin enfadarse con él, mi madre

—¿La criatura te ha puesto la cabeza del revés?

si al llegar del colegio mi hija corriese hacia mí y me abrazase no estoy seguro de mi reacción pero no aseguro que no me emocionara, emocionar una palabra excesiva, no aseguro que no me pusiera un poco de buen humor siempre que el abrazo poco tiempo, es lógico, no vaya ella a imaginarme un flojo, es la sobrina del jardinero la que cuelga hoy la ropa junto al invernadero, un chico en motocicleta viene los sábados a buscarla, motocicleta un cuerno, un cacharro medieval, a lo mejor ha acabado mi tiempo, no va a acabar, ya se ha acabado, es decir no del todo pero una buena parte mía ya no vive aquí y ahí tendremos a los idiotas de los hijos de mi hija que los echan en un santiamén mientras mi hija espera qué sé yo el qué en el sofá junto a las rosas, si estuviese permitido volver atrás no mandarían a Marçal arriba, iría yo mismo, el estéril, y a lo mejor igual, mi padre a mí

—A ver si estudias

y a mi madre

—Y tú vete a la mierda y no me fastidies de qué me vale saberme las capitales de Europa

él que nunca fue a ninguna ni se daba el trabajo de imaginarlas, en mi perspectiva no se ha perdido gran cosa, los álbumes de fotografías, por no ir más allá, me irritan, grupos de gente divertida delante de catedrales o estatuas ecuestres, la mitad en cuclillas, con uno jocoso poniéndole cuernos al socio de al lado y la esposa del socio sonriendo, siempre hay un toque agradable, me he fijado, en la humillación de los maridos, una anciana en una silla de ruedas en un extremo de la fila, durmiendo o pescada del ataúd en Lisboa, por estar muerta por qué narices no

va a tener derecho a pasear, mi madre un libro sobre mí de niño, con Mi Bebé en la portada y la fecha del primer diente, la fecha en que empecé a andar, la fecha de la primera palabra que por casualidad fue Popi, mi padre

—¿Qué significará Popi?

y mi madre, misteriosa

—Yo me entiendo

durante un día o dos la escuché susurrar Popi hasta que Popi de vuelta al libro, lo resucitaba yo

—Popi

y me creía poca cosa, a dónde puede llegar quien empieza a vivir con un Popi, acostarse con las empleadas, ser rico, morir del páncreas, mi madre

—¿Para qué quieres todo esto?

yo

—Popi

y ella

—¿Cómo?

hasta una luz cualquiera, de esas flojitas que se encienden al fondo del pasado e iluminan sombras inútiles animándola

—Popi qué bonito

con una alegría que la hizo retroceder cincuenta años y os presento un vestido rojo, de manga corta, mucho más Popi que yo en el álbum, el sujeto que ponía los cuernos dándoles vasos a los más divertidos y el marido, secundario, colocándole el chal a la anciana, si consiguiera verte la gracia, hija, tal vez sería posible que nosotros, tal vez sería capaz de decir alto tu nombre, una fotografía nuestra con Marçal y no creo que cuernos en mi cabeza, quién se atreve a correr riesgos conmigo, pero en todo caso me lo he imaginado así e incluso sin creerlo si él estuviera por los alrededores lo despediría, quiero tu plato en el mantel, hija, para acordarme de ti, qué idea peregrina acordarme de ti que nunca me prestaste atención, dos o tres veces que intenté hablarte no me respondiste, dos o tres veces que hablaste no te oí, el médico

—¿Le dan asco las medicinas señor?

y no sé si me dan asco, ya ni me fijo, me fijo en mi madre con Popi, los dientes de la dueña del bazar se montan delante, con ganas de cambiar de sitio, si su plato en el mantel lo empujaba al suelo, la esposa de mi ayudante un beso simpático

—Continúa con su temperamento señor

ella ya con arrugas alrededor de los párpados, con la piel sin brillo, mi ayudante echándole el ojo a una chica de contabilidad que empezaba a clarear y le gustaban los hombres con posición y anillos, el sustituto de Marçal iba arriba a la ventana y no se entretenía, su suerte es que tengo la pistola en el armario y seguro que no le daría, mandaría llevarlo a los pantanos del Tajo, el

jardinero, en el asiento de atrás, le pasaría una cuerda por la garganta y después solo faltaba cambiar los cristales que partiría con los talones, intentando introducir los dedos entre la cuerda y el cuello, afortunadamente serenándose poco a poco, arrojado al río donde nos esperan tritones monstruosos, me fijé en que mi hija pasaba más por el pasillo del despacho sin atreverse a entrar, notaba sus pasos tenues delante de la puer, ningún policía aparecería tras la muerte del sustituto de Marçal, por qué razón iban a aparecer, tenues delante de la puerta como si le apeteciera llamar, quizá con una pelota de tenis en la mano, quizá solo mirándome como en la época del uniforme del colegio en que me abrazaba

—Papaíto

y yo deseando que me soltase, odio la efusividad, y se quedase así hasta que la cocinera, que batía nata, le diese una cuchara, ella olvidándose de mí y yo celoso, lo confieso, yo celoso, imagínese, yo que ni siquiera la quería, es decir, la quería un poco, no más que eso, un poco es suficiente, hija, mira lo que me ha salido sin querer, qué tontería, hija, dos días después del pantano allí estaría el chófer limpiando el automóvil en la base de las escaleras, intacto, el presidente de acuerdo conmigo

—No se puede atar largo a los comunistas

de forma que mañana subo las escaleras hasta la ventana de arriba después de quitarle la cuchara a la chica, probar la nata y devolvérsela, le doy un empujón a la puerta de mi esposa, prevengo

—Cállate

y me siento en la silla para hablar con ella sin hablar con ella, nadie más excepto el vagabundo en un rincón, a la izquierda o a la derecha, qué importa si está con nosotros, cuánto tiempo hace que me pregunto quién es, creo que lo sé pero me cuesta decirlo, un día lo cuento cuando sea yo quien abraza a mi hija y ella confusa

—Padre

lo que me gustaría visitar con mi esposa los castaños de París tan bonitos cuando empieza el otoño y las gaviotas pequeñas del Sena, no estas feroces del Tajo, con los dientes enormes escondidos en el pico, sus dedos casi acariciándome los ojos

—No llores

sin que me diera cuenta de que lloraba, sentía que lloraba cuando las puntas de sus dedos mojadas en mis mejillas, yo llorando sin saber por qué lloraba, aún hoy lo desconozco, a lo mejor debido a mi madre gritando con mi padre

—Si sigue la historia de la del bazar me piro

y si mi madre se pirase quien me pasearía por la habitación a oscuras hasta dormirme, lloraba con ganas de pedirle a mi esposa

—Duérmete

y no me dejes despertarme durante mucho tiempo, duérmeme mientras las dunas se enredan en los pinos, la arena y el agua destruirán esta casa cuando solo mi hija viva en ella con el vagabundo paseando entre ruinas, mi esposa me pegaba despacio en el culo y creo que me dormí, el jardinero probando con el sacho el árbol de la China nuevo

—Se aguanta señor

por falta de páncreas que lo haga enfermar, mi esposa a mí, en un susurro

—Soy tu perra vale

y me pregunto si Marçal le habría preguntado y ella respondido lo mismo, no sé si creerlo, lo creo, no lo creo

—Soy tu perra Marçal

no lo creo, tal vez una respiración más fuerte pero palabras, tal vez tomándolo por el hombre del vagón pero palabras no, mi padre, por miedo a mi madre, dejó de acercarse al bazar, se arrastraba en casa doblando el periódico y pensando qué significaría Popi, nunca llegué a comprender lo que sentía por mí, mentira, lo comprendía, antiguamente no me impresionaba porque no le hacía ni caso, otra mentira, me perturba desde que murió, hay gente cuya opinión, no se entiende por qué, se entiende, déjate ya de patrañas, se vuelve importante para nosotros después de muertos, el farmacéutico, por ejemplo, que cuando mi madre me mandaba comprar el jarabe de su bronquitis había un frasco gordo y me regalaba caramelos pectorales del doctor Bentes, con el retrato del doctor Bentes impreso en el papel, encima dr Bentes y mentol y eucalipto debajo, cada vez que respiraba me salían de la nariz bocanadas del dr Bentes, en una combinación de frescor y picor, el farmacéutico a mí

—¿Qué tal el dr Bentes chico?

y mi boca un torbellino de azúcar, glucosa, mentol, extracto de eucalipto y colorantes E102 y F132 que tal vez me curasen el páncreas, el farmacéutico

—Parece que se abre el mundo cuando lo chupamos ¿verdad?

y de hecho la seguridad de que mi boca enorme, si quisiese me tragaba a mis padres, me tragaba los muebles, me tragaba sin esfuerzo el barrio entero, mi esposa

—Soy tu perra vale

y también me la tragaba, el farmacéutico me despeinaba

—Chaval

parece que el hijo se le murió pequeño y le tenía cariño a los chicos, la esposa cambiaba de expresión al hablar de él

—No volvió a ser el mismo

ahí está una frase que siempre me ha fastidiado, como si las personas cambiaran, no tienen alma, tienen avidez, mi ayudante convencido de que no lo descubría robándome, ciego para las conspiraciones, los manejos, unos dineros pasando por Gibraltar me obligaban a introducir algo

de respeto y la noción de quién manda

—Mañana quiero a su esposa en mi despacho

y fue la última tarde que la vi, la pobre, con el pelo ya sin teñir y, me desagrada confesarlo, un bastón sosteniendo las glándulas, lo que cambia una enfermedad a las personas, de repente comprendí que yo mucho más mayor que mi vejez, comprendí que mi voz sin fuerza

—¿Todavía eres mi zorra?

hasta que una voz femenina que no era la suya

—Sí

la única reliquia que le quedaba, la mano del farmacéutico de nuevo en mi cabeza

—¿Ya te has comido todos los caramelos?

y más lento, después

—Líbrate de morir enana

con la esposa bajito a nadie

—No veía otra cosa que no fuese el hijo el pobre

y todavía no ve otra cosa, un niño, en la cama, con el pelo húmedo, un niño en el ataúd con la túnica de la primera comunión, los compañeros de colegio de la profesora delante, cada cual con una flor la mayoría partida, una criatura limpiando el esmalte de un retrato ovalado, limpiando la cara al mismo tiempo con el pañuelo y el rosario, yo a la esposa de mi ayudante

—Puedes marcharte

me he equivocado, no me he equivocado, como siempre he mentado, no dije

—Puedes marcharte

dije

—Desaparece de la tienda

y mientras los tobillos hinchados se alejaban de mi ayudante vio a tres hombres levantándose en la sala de espera, uno de ellos interrumpiendo la charla con mi secretaria, el segundo dejando una revista en una silla y el último retirándose del vano de la ventana, el farmacéutico no derramó una única lágrima en el entierro, espionando a una perra perseguida por una docena de perros entre los arbustos y un cachorro minúsculo, con más miedo que ambiciones, detrás, mi ayudante al ver a los hombres

—¿Son para mí señor?

con las rosas tintineando con tanta fuerza en el cristal que casi no lo oía

—¿Son para mí señor?

nadie más en el salón, nadie en la sala de más allá, nadie en el pasillo hasta los arriates, ni el jardinero dándole vueltas a las plantas, mi automóvil no en la base de las escaleras, en el garaje, sustituido por otro más antiguo, más pequeño, el conductor con un sombrero del tipo del sombrero de mi padre y el del sombrero del tipo del sombrero de mi padre a mi ayudante

—Sabandija

mientras yo pensaba cómo vuelve la infancia cuando menos se espera, sabandija, papaíto, cómo lo echo de menos, mi ayudante

—No me haga esto señor

intentando arrodillarse delante de mí en el instante en que lo cogían en brazos, sin violencia ni enfado, invitándolo, más que obligándolo, a acompañarlos, con buenos modales, con términos

—Vamos a comportarnos como adultos ¿verdad?

y no sé comportó como adultos, entre ellos flojeaba de las piernas

—No me haga esto señor

ofreciéndole

—Quédese con mi esposa señor quédese con lo que quiera se lo devolveré todo

y lamento que el tintineo de las rosas no me dejara escucharlo para poder perdonarlo, Dios sabe que no soy mala persona ni tengo un corazón violento, cuando me hablan al corazón normalmente cedo pero las rosas desafortunadamente me lo impedían, las rosas y una pelota de tenis, seguro que tirada por mi hija

—Papá

que entró por una rendija de la ventana y fue viniendo, sin prisa, a meterse entre mis pies.

Nunca imaginé al vagabundo en Lisboa delante de la casa de mis padres, mirando la ventana sabiendo que yo estaba, no me pillaron saliendo por el portón, no le dije a nadie que me marchaba, fui hacia Guincho para coger el autobús de Malveira en la plazoleta del mercado y después la carretera vieja hasta el principio de la ciudad, vallas, ovejas, un burro con un enano detrás, dándole en las patas con una vara, los primeros puestos, las primeras palomas, poco a poco la ciudad y en esto, junto a una esquina, el vagabundo apoyado en un árbol, frente a la ventana, yo en el sofá de mi padre, de vuelta a donde pertenezco, ni una persona conmigo, para qué, de qué me sirve ahora sea quien sea, si alguien cerca qué diría yo, si me hablasen qué respondería, en el caso de llegar a la galería veo de nuevo al vagabundo, qué busca, qué pretende, le hice un gesto y no me respondió, quién creará que soy, no me he traído un único objeto, todavía hay restos de las cortinas, un trozo de alfombra deshecho, un retrato y en el retrato mis padres con menos facciones que cuando los conocí, mi padre con abrigo y mi madre con guantes, serios, observándome, en general, cuando me observaban, me creía culpable, mi madre, sin confiar en mí

—¿Qué tontería habrá hecho esta vez?

debido a que, en su cabeza, he salido a mi padre, desastroso, abandonado, tirando todo lo que tocaba y dejando manchas en el mantel que por más que ella lo intentase no salían del todo, mi padre enseguida

—Ni se fija

y cuanto más aseguraba ni se fija más se fijaba, mi madre, furiosa, señalándolas con el meñique

—No se nota un cuerno

nunca imaginé al vagabundo en Lisboa delante de la casa de mis padres, un segundo piso al que le faltaban azulejos y con trozos de revoque levantados, cómo se fijó en mí entre edificios tan estropeados como el nuestro y almacenes y oficinas, la madrina de mi padre, que pagaba la renta, recuerdo el ruido que hacía al masticar, las botas de mi marido que usaba para atravesar la noche y nosotros despiertos oyéndola, cómo me pudo encontrar el vagabundo tan lejos de Cascais y las rosas, debe de haber venido a verme morir, presenciar el páncreas finalizando su trabajo, el peso, el dolor, siempre he deseado desaparecer aquí, no en el despacho, lejos de mi hija y de los payasos de los sábados, quizá suba a verme el vagabundo, de pie junto a la cama intentando entender y después ya sí, esta casa vacía, una mudez en los objetos, mis padres en el retrato y yo empezando a partir, mientras el vagabundo baja la escalera probablemente hacia el río, lo que me

han contado los pinos a lo largo de estos años, el jardinero a mí

—¿No los oye señor?

mi madre, una tarde que la traje a Cascais

—Hablan tanto Dios mío

mi padre asombrado delante de la Venus, ella

—No tiene cura

y un zorro persiguiendo a los conejos y los erizos que bajaban de Sintra, de la calle de mis padres, en Lisboa, se veía el Tajo a distancia, los barros de Barreiro, los barros de Alcochete, el olor a bajamar estancado, mis abuelos por parte de mi madre vivían en una tienda por esa zona, casi al borde del agua, vivían de una huertita y unos nísperos, tenían una o dos hijas más que trabajaban en los matorrales sirviendo a quien gustase, apoyadas en un tronco esperando, tía Otília, tía Olga, los guardas las usaban en el jeep en vez de arrestarlas, mi abuela a ellas

—¿Cuánto habéis ganado hoy?

y ganaron no acabar con los huesos en la cárcel sobre un trozo de paja, tía Otília a mí, en días generosos

—¿También quieres niño?

y yo, con miedo de ella, escapándome, una tarde la encontraron entre zarzas, con las piernas torcidas, al día siguiente ya no estaba allí, como desapareció mi ayudante para siempre, el dinero volvió de Gibraltar, como se calcula, más un porcentaje fraterno, la secretaria de mi ayudante se armó de valor para informarse

—Mi jefe no vuelve ¿verdad señor?

como no vuelven tus anillos, tus collares, tus pulseras, tus pendientes, los quiero encima de la mesa cuando te marches junto con las llaves del coche y las llaves de la casa, te has quedado sin trabajo, nunca imaginé ver al vagabundo en Lisboa, delante de la casa de mis padres, mirando la ventana, la madre de la secretaria de mi ayudante

—¿No la readmite señor?

y lo lamento, señora, créame que lo lamento, nadie sufre más que yo por no poder echarle una mano pero piense en el mal ejemplo que daría, tal vez haya una plaza de acompañante para clientes extranjeros si ella no empieza a padecer de las glándulas y de repente escuché tórtolas en el tejado de mis padres, cuántos años hace que las había perdido, esos pechos redondos cantando para mí, un cariño largo por el borde del tejado, mi madre

—Las tórtolas

contenta, mi padre

—¿Las sentís?

y las sentíamos, papaíto, la secretaria de mi ayudante una plaza de puta que es lo que ha sido toda su vida, escoltando a nuestros socios, cuidándolos, satisfaciendo sus manías, autorizada para

aceptar propinas, con la edad que tiene es posible que aguante cinco o seis años, vaya, una eternidad, más o menos lo que aguantan las tórtolas trinando y después, con suerte, un señor al que le guste y la respete, espero, la madre de la secretaria de mi ayudante

—Usted no tiene corazón

y probablemente no tengo pero es mejor que la cárcel, no le parece, mis empleados esperando en el pasillo, la secretaria de mi ayudante a mí, callando a la madre con un gesto

—¿Cuándo empiezo?

y yo

—Mañana llegan empresarios japoneses

mientras las tórtolas nos consolaban a todos, aunque la casa de Lisboa vacía la seguridad puede parecer imposible pero la seguridad de que mi madre y mi padre conmigo, mi madre haciendo la cena y mi padre doblando el periódico, no vuelvo a Cascais, me quedo jugando con un automóvil en las tablas del suelo, qué habrá en esta casa que no hay en la otra y hace que me sienta tranquilo, las habitaciones diminutas, mi madre ahorcando a mi padre con la servilleta

—Con la esperanza de que no te ensucies mucho

y el dolor secreto del páncreas, mi hija lejos prolongando el perro con el anillo, el jardinero

—El árbol de la China está más grande

y nuevamente dos árboles iguales, a pesar de todo creo que soy feliz, hablo en serio, soy feliz, mi madre vigilando a mi padre

—Cuidado con la sopa

los domingos, en verano, nos sentábamos en la terraza, mi madre haciendo punto, mi padre observando el bazar a escondidas fingiendo que desempañaba las gafas con la corbata, mi madre

—No te creas que no te veo bandido

amenazándolo con la aguja, con el panamá que la hacía parecer un bebé sin chupete, mi padre disculpándose

—Te equivocas

y cuántas veces el

—Te equivocas

a lo largo de los años, debido a las mujeres, un verbo que se pegaba, me salía sin querer en medio de una reunión

—El señor se equivoca

sin que comprendiese dónde había ido a buscarlo hasta que me acordaba, mi madre, a quien le impresionaba el término

—¿Me equivoco bandido?

repitiéndolo veces sin fin hasta llegar a casa

—Conque entonces me equivoco

mi padre desesperándose

—¿Me quieres volver loco?

y sin embargo insisto en que éramos felices, ciertas tardes me encontraba a mi madre cantando y al comprobar que la mirábamos se callaba rápidamente

—Qué locura

sobre todo cuando mi padre tamborileaba con los dedos en la mesa acompañándola, una vez me susurró con orgullo

—Canta bien ¿verdad?

deseando oírla más tiempo que se le notaba en los ojos, de jóvenes formaron parte del coro de la iglesia y la voz de mi madre se distinguía enseguida, más lisa, más llena, ondulando por encima, el cura las ponía a entonar bajito para que mi madre sobresaliese, incluso a los sesenta o setenta años emocionaba a la gente, ni una caída, ni una nota falsa, mi padre

—Tu madre

y un temblor orgulloso en las mejillas, mi madre un temblor también y en esos momentos todo perfecto entre ellos, ningún equívoco en casa y yo celoso, vale, porque me excluía, cuando mi padre enfermó mi madre trajo una silla al borde de la cama y no cantó nunca más, se quedaba allí, con las manos en las rodillas, esperando, incluso durante la noche sabía que estaba despierta en la oscuridad y lo que me enfurecía aquel papel de pared, lo que me enfurecía aquel cuarto, la sopa que no comía, la fruta que no probaba, el terror creciendo en sus ojos, creciendo, una tarde su voz bajito

—Si pudieses cantar

se descifraba por el movimiento de su boca

—Si pudieses cantar

y, al mismo tiempo, pareciendo ridículo que los dedos de ambos se apretasen hasta que los de mi padre solos, mi madre encerrada en la galería

—No me apetece aguantar a nadie

y el sitio de él vacío en la mesa, la esperanza de que mi padre de repente

—Tu madre

pero me equivocaba, estaba, por ejemplo, dormitando en el despacho y un cuchicheo a mi lado

—Tu madre

igual al suyo, débil, y no podía ser, invención mía o si no lo confundía con las tórtolas, en Cascais charranes que el viento lanzaba a las dunas, algún que otro jabalí de la sierra trotando, mi madre no volvió a acostarse en la cama, se dejaba caer en el sofalito de mi padre y en la calle el vagabundo apoyado en el árbol, observándonos, un otoño, sin avisar, mi madre volvió a cantar, primero en sordina y después cada vez más fuerte, no canciones de la iglesia, música de su tierra que yo desconocía, callejones estrechos, murallas, hombres lobo a las dos de la mañana que

hablaban español, encontró a mi padre cuando vino a trabajar a la fábrica de Lisboa, me pregunto si en la provincia también vagabundos hablando español con los hombres lobo, cuál es el idioma de la gente que no conocemos, cómo se saluda a un extraño en macabeo, mi madre barriendo las losas del empleo y mi padre sirviéndose de ella al mismo tiempo, no sé si fue así, así queda, encontré a la secretaria de mi ayudante en la tesorería y la secretaria de mi ayudante

—¿Quiere que me ocupe de usted un día de estos señor?

acepté como reto, por qué no

—Mejor ahora

y cuando intentó hacerme daño le pegué, la mandé lavarse la sangre de la cara y empezar de nuevo mientras ella

—Cabrón

pero pasamos a llevarnos mejor el uno con el otro, a los cincuenta y seis años tenemos más energía de lo que nos creemos, la mandé devolverle los adornos al payaso, recomendé a su madre

—Aconseje a su hija que se piense bien las cosas

hasta que una mañana, sin que lo esperase, ella

—Querido

y, pensándolo un poco, lo que son las pasiones, quién puede analizarlas, se me llegó a ocurrir traerla a la casa de Lisboa tras unas mejoras en el piso, la habitación en condiciones, el salón pintado, el vagabundo acechando, un guardia de seguridad vigilante para evitar tonterías, algo más llena que tampoco le venía mal y en la intimidad el

—Cabrón

ayudaba, al menos a mí ciertas palabras, no voy a enrollarme con esto, me vienen bien, como ciertos pellizcos, ciertos mordiscos, ciertas formas de hacer daño, la madre de la secretaria de mi ayudante

—Por fin la veo contenta

la llevé a la comida de la empresa y la senté a mi lado, se la presenté al presidente

—Parece una buena chica

la gobernanta del presidente insistiendo

—Una joya

regalándole cuchicheos, mieles, consejos basados en la experiencia

—Mucho cariño hija si quieres vivir bien

no volví a subir las escaleras para visitar a mi esposa, no viajé en ningún tren que no parte, el jardinero

—¿Ya no se enfada con nosotros señor?

echando de menos a Marçal, por qué no, la evidencia de que se mató por culpa de mi esposa, con miedo de ofenderme o de que hablasen de mí, enterré su recuerdo en los crisantemos, me

sentaba en el borde del arriate y charlábamos mucho, nunca me imaginé que los muertos tanta verborrea, entré en un negocio de estaño en Bolivia, entré en una plantación de cacao en San Tomé, el páncreas se calmó, dejé de ver al vagabundo en Lisboa, dicen que se entretiene en la playa murmurando entre los barcos, tras el sitio vacío de mi padre a la mesa el sitio de mi madre también vacío, dejó de hacer punto en medio del punto, con la aguja suspendida, y después cada parte del cuerpo encima de la anterior y las facciones enormes, al principio me imaginé que iba a cantar pero solo un suspiro librándose de sí misma, si estuviese allí mi padre

—Tu madre

y dos brillos paralelos por la cara abajo, se quitaría el sombrero de la cabeza y se quedaría estudiándolo dándole vueltas en las manos, un perro ladró en la acera y eso fue todo, una brisa pasó entre los árboles y se le olvidó, la secretaria de mi ayudante

—¿Y ahora?

y ahora nadie en casa a no ser nosotros dos y sombras indiferentes que no se adivinaba a quién pertenecen, los plátanos del cementerio un escalofrío lento, yo en la ventana mirando la calle sin mirar la calle, consciente de mi traje negro, de mi corbata negra, de la cocina vacía, de niños revoloteando en el piso de arriba, una advertencia que no sé a quién pertenecía

—Tu madre

a mi padre, a mí, probablemente a mí y sin embargo solo me interesaba una voz cantando, no, una voz que explicaba

—He tenido que marcharme hijo disculpa

y yo de acuerdo con ella

—Ha tenido que marcharse la disculpo

mientras la secretaria de mi ayudante terminaba la cena y la bombilla de la lámpara de techo yéndose y volviendo de manera que por momentos existo y por momentos no existo, llamaba a la secretaria de mi ayudante para convencerme de que vivía

—Tú

su presencia me devolvía entero, brazos, piernas, espalda, su respiración me obligaba a respirar, los ojos me ayudaban a ver, hasta en la oscuridad su cuerpo modelaba el mío, una pierna sobre la mía, un codo en mi hombro, los dedos

—¿Qué es esto?

y yo

—Mi rodilla

—¿Y este agujerito?

y yo

—Mi ombligo

mientras iba jugando conmigo, lo que deseaba oír a mi madre cantando, ver a mi padre

emocionado, estar los tres a la mesa pero ya no es así, su sombrero en el perchero con una pluma de perdiz en la cinta, creo que es de perdiz, nunca me ha gustado cazar, ver criaturas muertas que sangran

—Estoy sangrando fíjate

la chaqueta de mi madre en la entrada, el bazar doblando casi la esquina, con contraventanas cerrando la tienda, nombres escritos a navaja, el mío mezclado con los demás, otro día lo busqué sin encontrarlo, después lo descubrí, después lo perdí, por la tarde paseábamos por la avenida, volvíamos a subir a casa y ayudaba a mi madre a subir la cuesta, mi padre

—Ya no tiene veinte años

mientras la casa de Cascais seguía aumentando, un nuevo árbol de la China en medio de otros dos, los hijos de mi hija ampliaron el tenis, gente que yo no conocía, los sábados por la tarde, viendo los partidos, una señora señalándome

—¿Quién es ese?

y es el dueño de todo esto, madama, con una cuarentona rubia esperando en el automóvil y la hija del dueño de todo esto, que no se parece a él, se parece a un empleado que se ahorcó por parecerse a ella, en un cuarto medio oculto por las rosas, lo que pensé en traérmela a Lisboa conmigo, llamarla

—Hija

y al llamarla

—Hija

convencerme de que mi hija, el empleado obvio que no hija

—Niña

obvio que sobre mí

—Su papá

y la expresión de burla de ella, eso más tarde, ya casi adulta, cuando se lo explicó su madre y sin embargo yo visitándola arriba, me quedaba allí derrotado, llegué a tumbarme en la cama sintiendo el olor de Marçal en las sábanas, el cuerpo de mi esposa quieto

—¿Has acabado?

y cómo podía acabar si ni siquiera he empezado, los rasgos lejos de los míos, las manos sin tocarme, el codo sí pero inerte, pasos en el pasillo que se alejaban al sentirme, una bandada de charranes alrededor del faro, algunos cambiando las rocas por aleros del chalé, Marçal me esperaba fuera

Disculpe señor

como si no fuese yo quien se lo exigiera y creo que no he tenido órbitas tan sin pupila como cuando lo miraba, un día casi me cogió del brazo sin atreverse a cogerme del brazo y sin embargo algo en mi manga, apretando

—Déjeme marcharme señor

y es evidente que no lo dejo, me perteneces como te pertenece mi esposa, mi hija te pertenece, hasta yo te pertenezco al pertenecerme, mira las gaviotas chillando con miedo a las mareas de junio, cuando cambia el viento aplastándolas contra las rocas y de repente, sin que lo esperase, mi madre cantando, quién me aclara esto, Marçal

—Al menos no me obligue a ir arriba

y puede ser que no te obligue a ir arriba, depende de los trenes en la estación, depende de mí corriendo de andén en andén buscando, mi hija conmigo a la mesa

—Padre

y yo como si la creyese, yo creyéndola, yo convencido de que yo

—Padre

yo a Marçal

—No tienes que marcharte al final ¿quién es el padre?

y él

—Siempre lo he obedecido señor me quedo

y siempre lo ha obedecido y se quedó, orientaba al personal, ordenaba las salas, cuidaba a los centauros en las caballerizas o los paseaba al caer la tarde alrededor de los arriates, los centauros, los cíclopes, los cerberos, no dejaba que se ahogasen en el estanque los gnomos y las brujas, llamaba al médico cuando el páncreas lloraba, la chaqueta blanca tan bien planchada, la corbata derecha, la angustia de su devoción, y obedeció y se quedó, lo sentía espiarme, preocupado, no entendía por qué le caía bien pero era así, el jardinero señor Marçal, el chófer señor Marçal, las criadas señor Marçal, traía a mi hija del automóvil y la acompañaba al automóvil llevándole la maleta

—Niña

se quedaba en el pasillo hasta que se dormía

—No le va a pasar nada que yo la cuido

se la llevaba cuando yo no estaba en Cascais a visitar a mi esposa en la habitación de arriba, en cuanto yo en la entrada

—Tenemos que irnos niña

mi esposa que no le prestaba atención, seguía los círculos de las palomas sin verlas, contemplaba sus propias manos preguntándose para qué las quería, miraba a Marçal conjeturando quién era

—¿Te conozco?

y seguro que no caía en él como no caía en mí, Marçal

—¿Cree que la señora lo conoce señor?

y hay momentos en que no conoce, un extraño, un intruso, Marçal

—No he querido hacerle daño señor

Marçal

—No me imaginé que sufría

y quién te ha dicho que sufro, no sufro, hace años, palabra de honor, que dejé de sufrir, cuando me acuerdo de mi padre, cuando me acuerdo de mi madre, cuando me acuerdo de mi hija no, o mejor, cuando me acuerdo de mi hija no sé si, por lo que se refiere a mis padres estoy seguro, el médico a Marçal

—No la deje salir de la cama

mientras la pantalla encendida a mi lado anunciaba la noche, los árboles anunciaban la noche, el perro del ciego ladró en la plazoleta debajo de casa, anunció la noche y se calló, la impresión de que una cazuela al fuego en algún sitio hasta comprender que era mi garganta respirando, tanto óxido en el metal, tanto óxido en el agua, tanta gota cayendo en la cocina, tanta distancia entre mí y yo, dónde estoy de verdad, mi madre en el banquito del punto sin fijarse en mí, mi padre doblando el periódico, la palabra

—Padre

sin que

—Padre

significase

—Padre

significaba un sonido sin nexo por qué

—Padre

por qué aquel sujeto con sombrerito, con la carpeta del trabajo, abriendo la puerta de la calle, anunciando

—Estoy aquí

como si yo no supiese que estaba aquí, dejando la carpeta en el baúl, diciéndome

—Vas a morir ahora

y yo, sorprendido

—¿Voy a morir ahora señor?

el perro del ciego ladró de nuevo o si no las gafas oscuras del dueño fijas en mí

—Se acabó

con el bastón tanteando paseos, daría lo que fuera porque mi hija cerca pero nadie cerca, ninguna paloma en los árboles de la China, ninguna paloma en Lisboa, mi padre

—¿Cuándo se cena hoy en esta casa?

quitándose la chaqueta para sentarse a la mesa, colocando mejor el plato, los cubiertos, el cestito del pan, mi madre llegando con la sopera, qué edad tengo, no cincuenta y seis, siete u ocho, creo que ocho, cerré un poco los ojos y al volver a abrirlos mi madre sirviéndome la comida de

modo que no cayese en el mantel

—Lo he planchado esta tarde tiene que durar una semana

un olor a plancha caliente y lavanda, todos los baúles de la casa un olor a plancha caliente y lavanda, volví a cerrar los ojos mientras mi padre

—Tu madre

con dos brillos paralelos por la cara abajo, sentí a mi madre preguntando

—¿Cuánto tiempo hace que no canto Dios mío?

y cuando estuve seguro de que iba a empezar a cantar Marçal

—Por fin ha llegado señor

ambos en el invernadero, entre las orquídeas, más o menos de la misma altura, del mismo volumen, con el mismo peinado, en el fondo tan parecidos, alegres de vernos, desapareciendo al mismo tiempo bajo el ruido de las hojas haciéndonos sentir el mar, los pinos, las dunas y ninguno de nosotros existía mientras, junto a la vibración de las flores, nos apretábamos, sonriendo, la mano el uno al otro.

CUARTA PARTE

La vejez no es que nos roben el futuro, es que nos hayan robado el pasado, se han llevado hasta la voz de mis padres, la casa donde nací ha desaparecido, ni un objeto permanece en la memoria, un jarroncito, un plato, hace todavía pocos años mi madre en mí, casi podía charlar con ella, charlaba con ella, escuchaba

—Chica
respondía

—Señora
y, de repente, me la han quitado, ahora le digo

—Señora
a quién, a un roce de zapatilla que se esfuma, a una gallina que vacían sobre una palangana, a una puerta que se cierra para siempre y, tras la puerta, nada, la zapatilla y la gallina me los he inventado en este momento, no han sido mías, no existen, la vejez es que no sean nuestras ni una zapatilla ni una gallina, nos niegan hasta lo que nadie quiere

—Deja ya ese rosario roto qué cosa
me entallan el brazo bajo la sábana

—Rascándose así hasta que no se haga una herida no para
y un reloj dando una hora que no me afecta porque he dejado de formar parte de las horas, una mujer comparándolo con el reloj de muñeca

—No creo que sea tan tarde
en esto yo pequeña, vestido a rayas, con una trenza que se deshacía, apretada entre las rodillas de mi madre

—Si no te estás quieta no puedo peinarte
y no me quedo quieta porque me da tirones, la hermana de mi madre al fondo sacando ropa del barreño, de vez en cuando me vienen imágenes que la vejez se ha olvidado de robar, soy yo quien se las da

—Me acaba de venir un recuerdo ¿le apetece?
por no sentirme con derecho a quedármelos, ya no me pertenecen, la trenza, el barreño, un señor besándome la frente

—Siempre serás niña
y ganas de limpiarme el beso, que olía a tabaco, con la manga, la prueba de que siempre seré

niña está en que mientras no me haga una herida en la cara no me quedo tranquila y después los ojos para cicatrizar un castigo, si publicasen una fotografía mía en los periódicos no quiero ni imaginármelo, piensen los titulares, nuestra gran cantante tontita, no reconoce a nadie, si la sentamos en un sillón una sonrisa vacía, o sea una especie de ausencia entre la nariz y la mandíbula, yo que casi no me doy cuenta cuando sonrío, de tarde en tarde una palabra parecida a

—Madre

pero que no puede ser

—Madre

cómo saber quién fue la madre, en el interior de un globito de saliva, si intentamos quitarle el anillo de piedra violeta, que le regaló el señor, más globitos gimiendo, hay momentos en que la impresión de que no

—Madre

la impresión de que

—Chica

y, enseguida, en respuesta

—Señora

con las facciones congeladas, sin expresión

—Si no te estás quieta no puedo peinarte

y aunque me dé tirones tengo que estarme quieta eternidades sin poder cruzar los dedos o contar el número de pasos de enano, cangrejo o gigante de aquí a la mesa, ahí está rascándose, qué manía, tiene que haber una venda en el cajón, agárrale la muñeca con cuidado para no dañarle la piel, a partir de los ochenta casi no hace falta tocarlos para que se deshagan, mi madre retorció la ropa sobre el barreño, al pedirle que me dejase retorcerla no consentía

—¿Qué quieres mojarlo?

mi padre, que a pesar de habérmelo robado volvió por un instante, siempre pasos de gigante

—Sal de ahí

si fuesen de enano o de cangrejo lo cogería rápido, como también lo cogería ahora, pero no creo que me espere en ningún lugar del pasado que me han robado aunque tenga que estar en algún sitio, la voz que ordena

—Sal de ahí

no le pertenece, no me convencen, por la tarde la sombra de los pájaros, de vuelta a las copas, oscurece el espejo de la habitación, yo que ignoro cómo soy ahora y qué cara es la mía, los pájaros me ocultan de mí, el médico, mientras me desabrochan la camisa

—¿Ha comido ella?

bajo la cual costillas al azar, al menos ordénelas, al final de los espectáculos me daban cientos de rosas pero solo tintineaban las del señor como tintineaban junto a la ventana del despacho sin

necesitar viento, dentro del pecho, si yo desnuda, una concha goteando en un estanque entre árboles de la China, el médico, al ponerme la camisa

—Bueno el corazón aguanta

con pasitos de enano, yo que dejé de tener piernas, me las quitó la vejez, dónde acabo, cuéntenme, el señor, hablando como los bebés

—¿De quién es este piececito?

ganas de saltar encima de él con un paso de gigante y escapar batiendo las alas, con mi reflejo en el espejo, en vez de cerrar los ojos consintiendo, fingiendo que no consentía

—Mío

y el señor se enfurruñaba o parecía enfurruñado, con la cara larguísima

—Qué mala

un hombre que al sonreír no sonreía, solo cambiaban los párpados, lo demás quieto, decir cambiaban significa fruncidas y sin embargo los ojos más grandes, descolocándonos por dentro, encontrando lo que creíamos perdido, mostrando lo que escondíamos

—Me cuesta que pienses así

y enseguida de espaldas, olvidándose de nosotros, espiando una ventana abierta, en lo alto de la casa, yo segura de que por unos momentos, en su expresión

—Ayúdenme

y fue eso lo que me emocionó en él, de manera que, si me preguntase de nuevo

—¿De quién es este piececito?

respondería

—Suyo

desde el almohadón el señor agradecido

—Gracias

sabiendo que le mentía y sin embargo contento, o casi contento, o imitando que contento, el empleado de la chaqueta blanca que dirigía la casa, pensando que el señor no lo oía

—Es un pobre

dispuesto a cogerlo en brazos y a cuidarlo, la vejez no es que nos roben el futuro, es que nos hayan robado el pasado, se han llevado hasta la voz de mis padres, pero esto que cuento sigue pasando, un vagabundo pasó a mi lado sin verme, la casa enorme desierta que divisé desde el portón, con las persianas balanceándose al viento, deje ya ese rosario roto, qué cosa, la hija del señor que se llevó el automóvil, rascándose así hasta que no se haga una herida no para, la pista de tenis sin valla ni red, con gorriones picoteando las líneas de cal y las rosas no solo en el escenario, en los camerinos, en el pasillo, en la entrada de los artistas, en la plazoleta mientras las rosas secas junto a los cristales del señor, con aquel sonido de papel de las flores muertas, vinimos a Lisboa tras la muerte de mi padre, un mes o dos antes, él que nunca se fijaba en mí ni

hablaba conmigo, a no ser para dar órdenes

—Sal de ahí

me llamó desde la cama a medida que mi madre le colocaba la almohada, avisó

—Mañana o así doy un paso de gigante tan grande que nadie más me ve

y realmente lo dio y nadie más lo vio después del cementerio, empezó a balancearse, pareció levantar una de las piernas, que se notaba en la colcha, y se marchó, si hubiera elegido un paso de cangrejo seguiría por allí reculando, mi madre nos lo prohibió desde que tiré una mesita con el marco de los abuelos que se rompió al caer, les encanta el pegamento, cinta, alambre, se quejan fingiendo que les duele, las tazas entonces

—Desde que perdí el asa no he vuelto a ser la misma

lo que además no es mentira, mientras dormimos no pueden volar y todo aprovecha para cambiarse de sitio, al notar que vamos a despertar, las cosas, preocupadas

—¿Dónde estaba yo antes?

y aunque se acuerden no quedan igual, mi madre

—Tienes una fantasía

pero, por si acaso, apartaba un centímetro la botella en el mantel, mirando alternadamente hacia ella y hacia mí

—Debo de estar volviéndome loca

y yo agradeciendo los aplausos mientras las rosas seguían creciendo, tras el paso de gigante de mi padre

—Date cuenta

es decir, inmediatamente después del paso, lo vi con zapatos, corbata y las manos sobre el pecho, no en la cama, encima, quietecito, con los pómulos señalados, recuperándose del esfuerzo, lo que voy a escribir, lo juro, esperen solo un momento, es una novela de amor, tras el paso de gigante de mi padre los zapatos brillantes, apuntando al techo, no se me quitan de la cabeza, me dio pena perderlos, recuerdo a mi padre llegando de la feria con ellos, desenvolverlos pomposamente delante de mi madre y de mí, girándolos a derecha e izquierda para que los admirásemos mejor

—Fíjense en esto

y los tacones que, no sé dónde, él ya no encuentra más, si ocupase mi sitio en los espectáculos mi padre más rosas que yo, ni necesitaría cantar, aparecería en la boca de la escena y sería suficiente, el médico, a criaturas que no distinguía, rascándose de esta manera hasta que no se haga una herida no para

—El corazón puede aguantar una semana o dos

un tiempo después del cementerio, de quién es este piececito, confiesa, antes de las primeras heladas, cuando los tordos, pesados por el agua, curvaban las ramas del limonero, vinimos a

Lisboa, mi madre y yo, con el paso de enano del autobús de línea que temblaba en la lluvia, de vez en cuando, por detrás de los plátanos de la cuneta, campos oscurecidos, muros, un cura en bicicleta, con una capucha impermeable y la sotana arremangada, casi perdió el equilibrio al decirnos adiós con la mano, bajo la sotana calcetines a cuadros, botines, intenté encontrar pecados sin dar con ninguno que pudiese agradarle hasta el punto de mandarme rezar una serie de salves, en caso de recibirme en confesión, incluso así solté una hacia dentro con la idea de protegerlo de las caídas, los calcetines a cuadros se han quedado conmigo hasta hoy, la vejez no me los ha robado, si alguien está interesado se los enseño, me sorprenden los detalles que conserva la memoria, mi madre empezó a trabajar como limpiadora en el sótano de una tienda de ropa y yo observándola encaramada en una caja, la dueña de la tienda de ropa dándome una chocolatina pequeñita

—¿Qué edad tiene la niña?

que me despertaba el alambre, mi madre

—Ocho años señora

finito de detrás de un diente, ocho años en marzo, el día catorce, mi padre, entre dos pasos de gigante, sin ningún

—Sal de ahí

rebuscando en el bolsillo con aquellos ojos vacíos que ponen las personas cuando intentan encontrar lo que no aparece, quieto a mi lado

—Toma este hilo

ni de plata ni de oro, un metal cualquiera, con una santita

—Ahora no lo pierdas

con aureola, manos puestas y pies que pertenecían al señor como todos los pies de mujer de este mundo, mi madre, la alegría que me dieron el hilo y la santita, aunque ni de plata ni de oro, de metal barato, era evidente que la gente por la calle me envidiaba de modo que yo protegiéndolos con la palma para que no me los robasen, mi madre señalándome a la dueña de la tienda de ropa

—Agradécele la chocolatina a la señora con una canción

y yo, encima de la caja, avergonzada, cantando, la dueña de la tienda de ropa, que se apartaba dos pasos, a veces un ratón en el sótano, en un hueco de la pared, buscabas y allí estaba, buscabas de nuevo y ya no estaba, en el gallinero de mis padres grandes, gordos, las gallinas se erizaban para proteger los huevos, a quién pertenecerían los caninos que asomaban de repente, la dueña de la tienda de ropa, que se apartaba dos pasos, no de gigante, ni de enano, ni de cangrejo, esos pasos sin nombre de las mujeres, volviéndose despacio

—La niña

no un hilo como el mío, muchos hilos, brillos en las orejas, brillos en las muñecas, brillos en cada gesto, brillos en la cintura, brillos rojos en las uñas donde crecían las lámparas del techo, el

médico

—Dije una semana o dos por lo alto con los viejos nunca se sabe
un olor a caldo venía de mi izquierda y enseguida un mantel desanimado

—Por más cuidado que tengamos se ensucia siempre es un rollo

tapándome el cuello, si ya lo he dicho por casualidad pido perdón por repetirlo pero esto es una novela de amor, los pinos de Cascais diferentes de los pinos del sitio de donde vengo, con la montaña de la que llegaban las nubes, la mula inquieta, una novela de amor, dibujé muchas rosas en papeles y mi padre

—La tormenta

que se siente en los huesos dentro de poco luminosos, enormes, la dueña de la tienda de ropa bajó al sótano con tres señoras más

—No van a creerlo

ordenando a mi madre

—Dígale a su hija que cante

llamaradas en los eucaliptos a pesar de la lluvia, una tabla que se agitaba, se agitaba, docenas de pasos de gigante derribando el mundo, una de las señoras que acompañaba a la dueña de la tienda de ropa a la dueña de la tienda de ropa

—Júrame que lo que estoy oyendo es verdad

mientras mi madre, al fondo, a gatas, fregaba el suelo con un cepillo y un cubo, era ella, no yo, quien necesitaba horquillas en la trenza, mechones junto a la nariz cuando levantó el cuello para mirarme, no con orgullo, humilde, un domingo por la mañana mi padre le dio una bofetada

—Guarra

debido a que la camisa de los domingos una mancha y me encontré buscándolo por el almacén porque si yo cantaba la misma expresión, las rodillas de mi madre moradas por las limpiezas, una sandalia perdida, mi padre

—Mañana o pasado doy un paso de gigante tan grande que no me ve nadie

mi padre, si la mula le desobedecía, se colgaba de su cuello y le mordía la oreja, el señor a mí, muy serio

—Si yo

y ahuyentando a las palabras con un gesto

—No me oigas

casi parecido a mi madre por esa época y no me refiero a los mechones que no tenía, me refiero a la humildad, a la angustia, en ese momento mi padre podía darle una bofetada o morderle la oreja que el señor se dejaba, el empleado de la chaqueta blanca, con la mano casi en su hombro

—Señor

y yo con pena de los dos, el señor al empleado de la chaqueta blanca, de vuelta a sí mismo

—¿No tienes nada que hacer?

el empleado de la chaqueta blanca

—¿Perdón?

y, en la ventana de arriba, la cortina moviéndose, sentía el olor de las orquídeas en el invernadero y el de los árboles de la China en el jardín, más suave, llamándome, tras las tormentas las cenizas de los eucaliptos formaban remolinos sin fin, la voz que me reñía

—Deje ya ese rosario roto qué cosa

dirigiéndose a no sé quién

—¿Me lo parece a mí o la vieja está sonriendo?

una de las señoras que acompañaba a la dueña de la tienda de ropa a la dueña de la tienda de ropa

—Tiene que oírla Carlos

el empleado de la chaqueta blanca hablando con el jardinero sin notar al vagabundo que se cruzaba con ellos, el señor casi abrazándome, que se le notaba en la cara, y dejando de abrazarme en una especie de

—Dios mío

silencioso pero que yo oía, apretando las manos contra la cara, la seguridad de que, al quitarlas, ninguna facción en su rostro, sustituidas por un reflejo de la cortina de la ventana de arriba, el señor

—No me atrevo ¿sabes?

un par de codos en la mesa no de, la señora que había hablado de Carlos a la dueña de la tienda de ropa

—Cuando la escuche

un par de codos no de hombre, de niño, un sujeto, con un sombrero pequeñito en lo alto de la cabeza, criticando los codos

—¿Crees que son modales para estar a la mesa sabandija?

y el señor, a quien nadie era capaz de reñir, aceptándolo

—Disculpe me he distraído

con la madre, al otro lado del mantel, cortándole la carne en trozos, empujando los huesos al borde

—Solo te comes lo del medio

hasta que aparecía la rana, con tirantes y calzones amarillos, que saltaba al eje, impresa en el fondo, por qué narices los bichos con que se entretienen los niños siempre cuatro dedos en lugar de cinco, el señor buscando en mis manos

—¿Cuántos dedos tienes?

y contento de que cinco, no eres rana con tirantes, ni elefante con gorra de marinero, ni perro

con uniforme de policía con porra y todo, eres, qué suerte, mujer, afortunadamente no vives en el cristal de los vasos ni en los cuencos de sopa, afortunadamente no tienes pestañas más grandes que los ojos, no muchas, siete u ocho más gruesas, curvadas, y una boquita como una copa de un naipe, rojísima, el señor pasaba de mi índice al meñique, más pensando que acariciándome

—Hay momentos en que tengo esperanzas imagínate

mintiéndose a sí mismo, no mintiéndome, no encontré nunca a la hija, una tarde en que una puerta abierta distinguí, cerca de la ventana, a una criatura con un perrito en brazos que no me vio, mi madre me puso el vestido a rayas, se entretuvo con la trenza

—Si no te estás quieta no puedo peinarte

me mandó dar una vuelta, dos vueltas sobre mí misma, para quitar las arrugas, y yo mareada, un primer zapato inseguro, un segundo más o menos, con la idea de mantener el equilibrio estiré el brazo hacia el pañito de la cómoda, lleno de cisnes, la madrina de mi madre enseguida un grito de desesperación

—Cuidado

que aún hoy me asusta, cada vez que vuelvo a ponerme el vestido a rayas y aunque no se den cuenta me lo sigo poniendo, viene un grito a rasgarme

—¿Qué le pasa a la vieja que casi se cae de la cama?

ningún eucalipto, ninguna mula, ninguna montaña, la he, la helada, no sé lo que iba a decir, ya ha pasado, mi madre me entregó a la dueña de la tienda de ropa y, por primera vez en la vida, un automóvil, calles, plazas, tipuanas, un sujeto en el vértice de una escalera de mano, con un mono en el hombro, que no pude distinguir si cinco dedos, si cuatro, con el maletín abierto, lleno de frascos, al lado, intentando vendérselos a media docena de personas, el cuello del sujeto más grueso que la cara y su boca enorme, un portón mucho más pequeño que el del señor y una casa mucho más pequeña que la del señor, con fotografías de cantantes desde, cuando he mencionado la helada a qué quería referirme, no interesa como yo tampoco intereso, ya no tengo nombre, me lo han robado, quién me asegura que no me lo he rascado hasta que me ha salido una herida, fotografías de cantantes desde el vestíbulo, la dueña de la tienda de ropa, con las otras señoras, delante, sus pasos entre el enano y el gigante y yo casi corriendo para alcanzarlas, cuartos y cuartos, pianos, aparatos extraños, un sujeto más joven que el señor, pero quién no es más joven que el señor excepto el empleado de la chaqueta blanca igual a él, a la dueña de la tienda de ropa

—¿Conque entonces me traes un prodigio chica?

hablando muy por encima de mi cabeza, sin fijarse en mí, como las señoras muy por encima de mi cabeza, sin fijarse en mí, y una conversación interminable entre ellos, todo por encima de mi cabeza excepto mi madre a gatas fregando el suelo, mi padre a la mula

—Putá

golpeándole el cuello

—Putá

con voz no enfadada, tierna, y la mula temblando, aceptándolo, el sujeto más joven que el señor hablaba y la dueña de la tienda de ropa y las demás señoras se reían, una de ellas al sujeto más joven que el señor

—Eres horrible

si estuviésemos en el lugar de donde vine partirían los dos a galope por la vereda de las moras, la helada blanca sobre la huerta, el níspero húmedo, la higuera secreta, con las lágrimas, verdes, minúsculas aún, el enfermero, no exactamente el enfermero, condujo una ambulancia en la mili, a mi madre, obligándome a tragar cucharas de aceite

—Dice que se comió las lágrimas ahora va a vomitarlas

y de hecho yo con arcadas en la pila, no eran solo lágrimas lo que salía de mí, era mi vida entera en golpes ácidos, el sujeto más joven que el señor, el señor

—No te imaginas cómo quería

y los codos otra vez en la mesa sin que nadie

—Sabandija

solamente la cortina arriba sin dejar de moverse, el sujeto más joven que el señor, interrumpiéndose de repente

—Solo para daros placer y lo que me gusta dar placer ustedes son testigos de ello venga vamos a oír a ese genio

tirándome del brazo, sin fijarse en mí, hasta un cuarto cerrado, con una pared de cristal, al otro lado de la cual él, la dueña de la tienda de ropa y las amigas se colocaban en una fila de sillas al mismo tiempo que un caballero, mayor que el señor, hasta que al fin uno, disimulando la calvicie con una serie de rayas que le repartían el pelo por todo el cráneo, y seguro que perdía la mañana en esa arquitectura complicadísima, rodeado de docenas de espejos, peines, cepillos, pinzas, qué sé yo, se ocupaba de una especie de cómoda llena de palancas y botones, de este lado del cristal una cómoda idéntica y una pelota de red, colgando del techo, que cayó dando tumbos, en los desniveles de la sierra la mula caminaba así, hasta donde estaba yo, tan secretas las higueras, es verdad, quién sabe lo que piensan, había una, junto al pozo, que si me despertaba en medio de la noche crepitaba, la voz del sujeto más joven que el señor apareció a mi lado, no venida de él, venida de cajas con agujeritos y ocupándolo todo, enorme, quejándose, envuelta en un suspiro amplísimo, cerca y lejos de mí, sin origen definido

—Lo que hago por ustedes santo Dios

mientras el caballero de la cómoda iba empujando las palancas y girando los botones, con tirantes morados, si en lugar de las palancas tirase de los tirantes se dispararía, convertido en piedra de tirachinas, en dirección a los gorriones, el sujeto más joven que el señor volvió a surgir en los agujeritos

—Me traen a una campesina raquílica con un hilo para pirarse dando aullidos pero tranquilas que por la noche me lo pagan en el apartamento de la playa

que conocería más tarde, con quince o dieciséis años, poco antes de encontrar al señor, pero nos queda una semana o dos y por lo tanto iremos si no se me olvida por el camino como olvidé la he, como olvidé algo importante sobre la helada, el sujeto más joven que el señor al caballero del peinado prodigioso

—No grabes Albuquerque el material cuesta dinero
y, por menos agujeritos, en un soplo de condenado

—Venga canta cateta que la patrona de tu madre con la edad tiende a soñar con ladrones
y, a medida que mi padre volvía al trote de la sierra no correas, una cuerda, no sillín, un trozo de manta, no espuelas, clavos en las botas, empecé a cantar, al subir la voz noté al fulano más joven que el señor en un aullido al señor Albuquerque, que
querque, que

que murió más tarde del hígado, tan educado

—Niña

sin atreverse a apretarme la mano, pomposidades, ni conseguir esconder el cráneo entero, lo que no escondía pálido, con pecas, de vez en cuando la palma en las costillas

—Esta vesícula mi niña

traía la comida de casa en una marmita, dentro de una cartera sin nada más dentro, con la esperanza de que lo tomasen por un empleado de oficina o un notario

—Bonitas profesiones

y comía de pie, en la cómoda de las palancas, debía cocinarlo por la mañana, en los descansos del peinado

—Casarme casarme no me casé viví con una señora diecinueve años
y se quedaba mirándome sin mirarme, apenado

—Se marchó de repente aún no sé por qué nunca le faltaron mimos

un vestido cada seis meses, cine cada quince días, paseos del brazo después de, una vez mi padre me escarranchó en la mula, delante de él, y yo cagadita de miedo, sin tener dónde agarrarme, aunque me gustaba sentía su respiración en las trenzas y las mangas de la camisa que de vez en cuando me mantenían en equilibrio, por debajo de la camisa olía a hombre, no amo al señor, es evidente, hombre pobre, la fricción del algodón en mis hombros me agitaba, el señor Albuquerque y la esposa paseos del brazo después de cenar, mirando los escaparates cerrados y las etiquetas de los precios, el señor Albuquerque a mí

—Al menos me han dicho que sigue viva eso ya me consuela

el sujeto más joven que el señor, en un aullido al señor Albuquerque

—¿No lo estás grabando idiota?

al mismo tiempo que mi voz iba ondulando alrededor, la dueña de la tienda de ropa apretándole la muñeca al sujeto más joven que el señor

—¿No es extraordinaria?

y el sujeto más joven que el señor agitándola, levantándose, pegando la nariz al cristal

—Cállate

la nariz una ventosa que se quedó allí, antes de la ventosa de los labios, mi madre odiaba la hela, la helada porque acaba con las coles, y de la ventosa de la frente, el señor Albuquerque incapaz de recordarle el

—No grabes nada Albuquerque que el material cuesta dinero

él que al final de los diecinueve años sorprendía en su esposa una mirada de soslayo de pena que creía ser amistad, el señor Albuquerque

—No se puede pedir que el amor dure para siempre pero el compañerismo y la estima siguen

después de callarme el sujeto más joven que el señor se quedó en el cristal con sus tres ventosas y, después, solo las tres ventosas, a las que se juntaron las diez puntas de los dedos, ningún sonido bajando de los agujeritos excepto su respiración, en el apartamento de la playa una porción de luna en cada ola, acercándose y alejándose las unas de las otras, conocí al señor porque durante un mes me mandó joyas todos los días sin decirme quién era, joyas extranjeras, caras, y yo, como una pava

—¿Qué hago con esto?

la dueña de la tienda de ropa, a partir de un cierto momento

—No tiene sentido que nos tuteemos

llevaba los contratos, los conciertos, pagaba a los músicos, me presentaba a fulanos sin apellidos

—Samuel Pedro

y tras el primer plato sus rodillas en mi rodilla, yo con ganas de huir

—¿Y ahora?

si estuviese allí mi padre

—Putá

de modo que me levantaría de la mesa y me marcharía corriendo, la dueña de la tienda de ropa disculpándolos

—Son empresarios importantes no los trates así

después de un mes el señor rosas, no rosas como las de los demás, rosas olorosas con joyas, más pequeñas, más oscuras, casi cerradas, si pasase hoy por la casa de Cascais desconfío que únicamente basuras y ruinas tal como desconfío que la ventana en lo alto intacta y un gesto como de arpa corriendo la cortina, quien me espiaba durará para siempre mientras que mi corazón una semana o dos como mucho, basta que se rompa un hilo para que se caiga y lo pierda, quién me

asegura que el hilo no este rosario roto

—Deje de enredar con el rosario roto qué manía

si soy capaz de mantenerlo en la mano impido que me deje, dejándolo oiré un segundo o dos, antes de no oír nada, la inquietud de las cuentas, cuanto más pequeñas más joviales, más vivas, rodando por el suelo, espero sinceramente que alguien pise una y se resbale, el médico, por ejemplo

—¿Quién entiende la vejez?

y que la entendería mejor después de unos azotes, el señor

—Cincuenta y seis años ya está bien ¿no te parezco muy mayor?

el sujeto más joven que el señor consiguiendo soltarse por fin del cristal, donde se quedaron la frente, la nariz y los labios de modo que no sé qué parte suya murmurando

—Caramba

mirándome casi con miedo, qué raro, yo, sola en el cubículo, apoyándome a ratos en una pierna y a ratos en otra, ansiosa de evaporarme al instante, tan sorprendida, Dios mío, una vez, fue la única, cuando la helada había secado la huerta y las verduras no verdes, grises y marrones, la montaña negra, las ramas de los árboles finísimas, sin hojas, el viento las arrastraba hasta el muro, torciendo cañas y troncos de melocotoneros en los que no se apoyaba ninguna planta, mi padre me apretó contra él, tan grande el pecho de los hombres

—No te preocupes que no dejo que te arrastre el viento

el del señor Albuquerque, el pobre, estrecho

—No dejo de adelgazar niña

le hacían pruebas en el hospital y tardaban en dar explicaciones

—Vamos a ver

la ceja del señor Albuquerque vibraba

—Si se lo contasen a mi esposa no movería un dedo

el señor Albuquerque, aterrorizado con la muerte

—No tengo derecho a molestarla niña

lo visité en la enfermería con él en una cama en un rincón, esforzándose por construir una sonrisa que no consiguió completar por faltarle, una cama en un rincón, piezas y que se fue escurriendo, un trozo aquí, un trozo allá, facciones abajo, sería útil que hubiese ganchos para fijar la alegría en nosotros, por fin abrieron la puerta del cubículo y me quedé mirando en silencio a la dueña de la tienda de ropa, las otras señoras, el sujeto más joven que el señor y uno o dos técnicos que aparecieron mientras tanto y me miraban, uno de ellos susurrando

—Coño

y yo echando de menos a mi madre, yo con miedo, yo

—Quiero irme a casa

quiero volver de la tienda, con todo lo que me mandó comprar mi madre y las monedas que sobraron dentro de la mano, pasando el colegio, el ayuntamiento, el chalé donde no vivía nadie, con el jardín erizado de gatos callejeros, feroces, amarillos, ver nuestro tejado a dos manzanas, ver nuestro tejado cerca, empezar a distinguir la higuera, escapar a los besos de la sobrina del veterinario que regaba petunias

—Monada ven aquí un minuto ricura

había quien juraba haber visto al dueño del chalé, de noche, en pijama, de cuarto en cuarto con una linterna en la mano y, a medida que llegaba al jardín, empezaba a distinguir la inquietud de la mula, los flancos contra la pared del, ven aquí un minuto, ricura, y las mejillas apretadas con uñas que olían a jabón de lavar

—Un ángel

los flancos contra la pared del corral, el disparo de una pata en la cancela, yo a la dueña de la tienda de ropa

—¿Dónde está mi madre?

y tranquila que tu madre no se escapa, niña, está abajo trabajando, con el pelo hecho un desastre, con un cepillo y un cubo, gracias a ti dentro de unos meses una vida de reina, lo que no le va a faltar es dinero, mi madre a la dueña de la tienda, masajeándose los riñones

—No bromeé conmigo señora

incrédula, nerviosa, pidiéndole

—No bromeé conmigo señora

el sujeto más joven que el señor dándole unos papeles

—Firme el contrato

mi madre con miedo, sin tocarlos

—¿Contrato?

mi madre, sin entenderlo

—¿Contrato?

en el preciso momento en que, el médico

—Al final no una semana ni dos menos

en el preciso momento en que el rosario se me caía de la mano.

Cuando estoy enferma me cambian a un cuerpo que no conozco, demasiado grande, incómodo, extraño, la piel diferente, sin relación con la mía, oliendo a otra mujer que no he visto nunca, no sé cuál, pero que no soy yo, manos demasiado gruesas que se equivocan en los gestos, piernas lejanísimas, doloridas, incapaces de andar, pies crucificados en la sábana que laten, mi respiración ensancha y estrecha las paredes, dónde acabo, dónde comienzo, dónde estoy, el daño que me hace la bombilla, lo que me hieren las voces, tantas cuchillas en los colores de las cosas, en los sonidos, tantas espinas, las pastillas bajan la fiebre que sin embargo sigue en el interior de la no fiebre, cuando algunas partes mías aparecen, aquí y allí, en la superficie de la otra, la dueña de la tienda de ropa

—Hay muchísima gente con esa gripe en Lisboa

no a mí, a mi nariz enorme, mis párpados enormes, los clavos en mi garganta, sus tacones me pisan, tantas aristas en lo que dice que me rasgan, la niebla de la infancia de nuevo a mi alrededor, con el reloj de la iglesia, tres esquinas más adelante, dando horas opacas, la dueña de la tienda de ropa, creo haber explicado que esto es una novela de amor

—¿A quién le sonrías?

y le estaba sonriendo a un pariente de mi padre, con el cigarro metido en la cinta del sombrero, si le apetecía fumar daba la impresión de que saludaba a alguien, las venias que le vi en la plazuela desierta, se detenía, saludaba y se recogía, de cuello para arriba, en la concha de las manos, donde una cerilla le incendiaba los rasgos, al apagarse quedaba una brasa en la boca, el apartamento en la playa del sujeto más joven que el señor se agitaba con las mareas, piedras hacia delante y hacia atrás a oscuras en la playa, las porciones de la luna, claro, ya me he fijado en ellas, por no mencionar reflejos dispersos y estelas de espuma, el sujeto más joven que el señor

—¿No te desnudas?

de rodillas delante de mí, descalzo, en bata, levantándome despacio la falda, la dueña de la tienda de ropa me acompañó al descansillo porque el sujeto más joven que el señor me esperaba en el automóvil, seguro que torcido, retocándose en el espejo

—De momento hay cosas que no podemos rechazar

de manera que yo ni rechazaba ni acataba, quieta, a medida que el pariente de mi padre se enderezaba el sombrero en un escaparate, estudiando el ala de perfil, estudiando los zapatos, limpiándose uno de ellos en los pantalones, con la esposa dos pasos delante

—Eso que los lave la negra

las quejas a mi madre, por culpa de las mujeres, mezcladas con esta variz que un día me revienta y la infelicidad anidando entre las mujeres y la variz, pasó un perro tosiendo, con el hocico al ras de las hierbas, junto a la terraza del apartamento de la playa, el sujeto más joven que el señor, me agobia la tos de los perros

—¿No será mejor que te quites la falda para no arrugarla?

la cremallera, el botón de arriba, a lo mejor he engordado porque fue difícil abrirlo o si no la vergüenza, o si no los nervios, o si no todo, un moscardón, o si no todo junto, un moscardón entró en diagonal por la ventana y empezó a cabecear primero contra una pantalla de una lámpara, después las paredes, por fin la bombilla, confundiendo sombras, desaparecía detrás de un cuadro, cargando los motores, y volvía, lleno de gasolina, con un frenesí restaurado, conmigo en el sofá, los muslos al aire y, en la raíz de los muslos, el sujeto más joven que el señor, en cuclillas, entusiasta

—Braguitas negras de encaje ja ja

que me obligó a vestir la dueña de la tienda de ropa

—Ya que vas a hacer el trabajo hazlo como es debido

sacándolas de un cajón lleno de transparencias perfumadas y poniéndomelas sobre la falda para ver el efecto

—Al muy idiota hasta le va a salir humo por las orejas

encaje negro y florecitas blancas

—Los hombres son tan imbéciles

y yo rara con aquello, como diría mi padre disfrazada de española, que a veces cruzaba la frontera con los amigos y unas botellas en la ambulancia de los bomberos y durante una semana entera silbaba zarzuelas sin enfadarse con nosotros, mi madre en un murmullo precavido

—Te conozco bien gilipollas

poniéndole adrede la comida salada hasta que, sin aviso, un mordisco en la oreja de la mula, los silbidos callados y nuestra vida de vuelta a los orígenes, la prueba es que yo volvía a existir porque él

—Sal de ahí

y mi madre aliviada con sus señales de curación selladas por una amenaza de bofetada, el sujeto más joven que el señor, quitándose uno de los zapatos con la puntera del otro

—Vamos a la habitación para que te vea mejor

grabados lascivos de frailes y novicias, la fotografía del sujeto más joven que el señor con una mujer a cada lado besándolo, una Madona tallada con ligero, la colcha de la cama plateada, el moscardón nos siguió dando bandazos, le caímos bien, me pasaba, cuando caminaba al sol, tener ganas de enterrar mi sombra en el suelo, librarme de ella, estar solo, la habitación al lado opuesto

de las olas, con una ventana a la noche y las gasolineras desiertas en una autopista en el centro de las tinieblas, la dueña de la tienda de ropa, sobre el sujeto más joven que el señor

—Aguanta que no lo vamos a necesitar por mucho tiempo

yo todavía no adulta del todo, demasiados cartílagos bajo la piel, demasiados ángulos en los gestos, creía en Dios porque el cementerio crepitaba por la noche, mi madre agarrándome con fuerza

—¿No lo oyes?

alabando su poder y su gloria, mi padre nos interrumpía con una patada en la puerta para orinar en las hortalizas

—Salgan de ahí

y la mula, al reconocerlo, vibrando en el corral, las manos del sujeto más joven que el señor en mi vientre, en mi pecho, en el culo, con el moscardón ensordeciéndonos al pasar al lado, el sujeto más joven que el señor

—Ni caso

y no me hablaba a mí, era a su miedo del bicho, una mitad suya metiéndome mano, la otra mitad vigilando al monstruo, que volaba a rachas como el epiléptico de la calle de arriba, a veces tranquilo, a veces a porrazos contra el suelo, la cara desencajada, feroz, con la ambulancia de ir a España al lado sin atreverse a tocarlo, en cuanto se quedaba quieto uno de los socios de las zarzuelas le metía un palo en los riñones, para comprobar si tranquilo y el epiléptico más rugidos, más porrazos, en los intervalos se acomodaba sobre un castaño, oyendo un hueso que le tiraban desde lejos, sigo creyendo en Dios, me parece, no lo pienso mucho, después de las joyas y las rosas una invitación para el tenis en Cascais y la dueña de la tienda de ropa enseñándome la tarjeta, incrédula, extasiada

—¿Sabes quién manda en Portugal sabes quién es este?

las señoras amigas de la dueña de la tienda de ropa examinando la nota una a una, no había visto nunca tantas cabezas tan juntas ni había escuchado palabras tan graves

—Qué suerte

en un momento de distracción del moscardón la boca del sujeto más joven que el señor sobre la mía, las gasolineras se apagaron y una noche enorme alrededor que de vez en cuando aumentaba una ola, como también aumentaban los grabados de frailes y novicias, sandalias y hábitos arremangados burlándose de mí, el sujeto más joven que el señor en una orden urgente, más sollozo que orden, con el epiléptico mirándome sobre el hueso, en un asombro lento

—Aparta los muslos chica

una especie de dolor no exactamente dolor, dedos apretando la almohada, rozándome las orejas, mientras los míos a lo largo del colchón sin apretar nada de nada, cuando el epiléptico tragaba el cuello larguísimo y enseguida corto de nuevo, vestía trapos unos encima de los otros y llevaba

polainas de la guardia republicana hechas pedazos, un automóvil vino a buscarme a casa de la dueña de la tienda de ropa con un chófer uniformado, la dueña de la tienda de ropa sacó un anillo de un cofre pequeño

—Era de mi madre

me pintó, me rizó el pelo, eligió un frasco de la mesa de los perfumes, oliendo los tapones

—Uno ligero y cálido uno ligero y cálido

a mí que me gustaba el olor de mi padre detrás de mí, en la mula, su aliento en mis trenzas, de las jaras de la sierra, la hela, ahora ninguna helada, septiembre, un portón enorme, árboles de la China, estatuas, rosas tintineando sin fin, un empleado con chaqueta blanca esperándome

—Por aquí niña

sin ver a un vagabundo que casi se tropezó con nosotros, cuando se durmió el sujeto más joven que el señor estaban allí las porciones de la luna, una de ellas en la arena, mezclada con algas, sin juntarse a las demás, en la punta de la terraza escalerillas inseguras que bajaban a la playa, el sonido de mis pies en los escalones de madera y las basuras que el agua, al retirarse, olvidó, trozos de mimbre, tablas, alquitrán, mi abuela en un cubo al contrario, no a la sombra del níspero, con los tobillos en el mar

—¿Dónde has estado chica?

y dónde he estado realmente que no la veía desde niña, por qué nunca quiso vivir con nosotros, no dejaba que mi madre la ayudase

—No os necesito

y ahora me viene así, casi por la mañana, después de tanto tiempo, en una playa que ni sé dónde está

—A propósito ¿qué playa es esta?

y ella desmenuzándose, sin amor ni crítica

—Has crecido

claro que he crecido, quien la mandó morir tenía cinco o seis años, en cuanto la cogí muerta aproveché y empecé a aumentar, el empleado de la chaqueta blanca

—Haga el favor niña

aplausos, risas, en el tenis una fila de sillas en que señoras con sombreros de alas enormes y señores en pantalones cortos, la señora de la tienda de ropa abrió la puerta antes de que yo llamara

—Cuéntame todo deprisa lo que me hubiese gustado estar allí contigo

personas ricas, guapas, que no mordían a las mulas ni conocieron al epiléptico, marcharse, huir, el empleado de la chaqueta blanca

—Ahí tiene al señor niña

y detrás del empleado de la chaqueta blanca una vivienda inmensa, balcones, porches, en uno

de los extremos una torre con una ventana en lo alto cuya cortina temblaba, el sujeto más joven que el señor a mi lado en la arena, pisando la luna, sin sentir a mi abuela

—Anda para dentro que te constipas

los arbustos de la autopista poco a poco violetas y una franja de cielo transparente, incluso en el extremo de la tierra, al otro lado de las olas, los muebles del apartamento ya no sombras confusas, el frigorífico, un baúl en un rincón, el sujeto más joven que el señor un gesto desamparado

—Tengo días

y callándose enseguida para besarme sin alma el cuello con una boca diferente de la boca en la cama, lo usó para poder callarse y le puso encima la tapa de un

—No me hagas caso

Dios existe, Dios existe, es evidente que Dios existe, mejor hablar de otros asuntos, sentí al sujeto más joven que el señor al encontrar en la bañera un patito de plástico, desteñido, antiguo, con una sonrisa en el pico, el sujeto más joven que el señor mintiendo

—Mi sobrino lo ha olvidado ahí

pidiéndome, con ojos huérfanos, que lo creyese, es decir ojos normales pero yo me entiendo, la impresión de que un bulto en la cortina de la ventana de arriba que se deshizo enseguida, los señores con pantalones cortos lanzaban pelotas de un lado al otro de la red, con trotes cómicos debido a la edad, qué ridículos se vuelven los hombres con los años, abandonados, cansados, manchas de sudor en las camisas, las piernas que ceden, las esposas de dos de ellos charlaban con las cabezas juntas, las manos pegadas, por el día el apartamento de la playa modesto, grietas en la pintura, el grifo de la cocina que bailaba dando vueltas, la pared de la entrada arrugándose por la humedad, los demás apartamentos también modestos, coches no muy nuevos en fila, jardines con girasoles secos que se comía el yodo con un ruido sin fin, mi abuela ausente, no la vi nunca sin ser de luto y con pañuelo, la única vez que se le deslizó el pañuelo poco pelo en el cráneo amarillo, se movía con las rodillas abiertas intentando darle al gato tirándole cacerolas, sartenes y, sin embargo, le reservaba la parte menos deteriorada del colchón, mi madre le dejaba comida, mi padre galletas baratas cuando pensaba que no lo veíamos y ella las chupaba recogiendo las migas de las piernas con el dedo mojado en saliva que el reuma había convertido en una vid torcida, la señora de la tienda de ropa, a quien no era capaz de tutear, me esforzaba y nada

—Perdone no soy capaz

con el señor en la cabeza

—¿Y has hablado con él?

lo hice, señora, vino a verme al jardín, el empleado de la chaqueta blanca

—La niña

un hombre en pantalones cortos, como los demás, pero más, más gordo, con más arrugas,

espiando furtivamente la ventana de la torre, ya con canas en el pecho y sin embargo, al contrario que los retratos en el periódico, guapo, aún hoy, si pienso en él, guapo, la señora de la tienda de ropa

—Guapo guapo no me parece quizá imponente no sé las cejas demasiado gruesas la mandíbula salida

un poco como mi padre, señora, las cejas gruesas y la mandíbula salida, ni me miró, dijo

—Muy bien

y ya está, el vagabundo cruzó sin vernos, el señor al empleado de la chaqueta blanca

—Acompáñame al despacho Marçal

mientras se alejaba en dirección al tenis, una de las dos señoras con las cabezas juntas acariciaba el escote de la otra, que inclinaba la cabeza hacia atrás con una expresión de sufrimiento contento, a lo mejor yo así si él me abrazara, el señor charlando con un hombre escoltado por una chica rubia, charlando con una extranjera con las crines moradas cuyo pecho, inclinado hacia delante, empezó enseguida a aumentar y, qué tontería, yo celoso, palabra, afortunadamente me engulló una sucesión de escalones, estancias enormes tras estancias enormes, cuadros, muebles, platas, nuestros pasos en el mármol del suelo, un ascensor, un segundo ascensor, porcelanas, aparador, dos o tres salas de espera precediendo al despacho, mesas con patas de bronce, chifonieres orientales, alfombras que daba pena estropear con los zapatos y, en el despacho, rosas tintineando en los cristales, tan abundantes que casi no se veía el jardín, al fondo el invernadero y una criatura, cerca del invernadero, colgando ropa en una cuerda, no volví al apartamento en la playa del sujeto más joven que el señor, la señora de la tienda de ropa y sus amigas volvieron por mí pero supongo que el patito sigue en la bañera y más juguetes escondidos, una locomotora de chapa, un chimpancé de fieltro, me pregunto si podrá dormir allí solo o una mujer a la que llamar

—Madre

sin pronunciar la palabra, para qué, ella atiende, no hay mujer que no atienda cuando un hombre, cuando apaga la luz es difícil, el señor Albuquerque, la penúltima vez que lo vi

—¿Cree que me visitará mi esposa un día de estos?

y es bien posible, señor Albuquerque, seguro que sí, si me da la dirección la busco y una pensión barata dirigida por un indio en pantalones cortos

—¿Viene sola?

donde nadie la conocía, ni el paquistaní ni la empleada que hacía las camas y, de año en año, cambiaba las sábanas

—Todos los días entran huéspedes

de forma que yo, al señor Albuquerque

—La semana que viene como muy tarde la tienen aquí

y el señor Albuquerque, en dirección a la pared

—En este momento ya me da igual ¿sabe?

en la valla del hospital gitanos comiendo, la esposa del señor Albuquerque en una pensión de citas, imagínense, los gitanos a lo mejor mulas como la de mi padre en el callejón de las traseras, esperando, chavalas de once años embarazadas, niños desnudos de cintura para abajo llorando, si uno de ellos enferma se plantan todos allí, miserables, orgullosos, hostiles, los hombres en silencio, las mujeres lamentándose, viejas con el pelo largo quitándose piojos las unas a las otras, nadie debe de haber ido con el señor Albuquerque al cementerio, probablemente fue por su propio pie, solo, si nos encontrásemos se despediría de mí con un adiós tímido

—Hasta otro día chica

sin atreverse a apretarme la mano cuanto más a besarme, hasta otro día, señor Albuquerque, duerma bien, hay gente cuyas sombras parece que tienen huesos, más reales que el cuerpo de verdad, desde el despacho del señor se veía la ventana alta entre las rosas, no me quitan de la cabeza que eligió aquella habitación para poder verla, no me olvido de la mujer acariciando a la amiga en un susurro esperanzado

—¿En serio?

uno de los teléfonos del despacho empezó a sonar, se calló, sonó de nuevo, terminó, vi al jardinero desenrollando la manguera, una diosa de piedra en un estanque, sobre un cono de piedras, sosteniendo una vieira de donde caía agua, no me atrevía a marcharme, no me atrevía a sentarme, no me atrevía a dejar la cartera en ningún sitio ni a escudriñar las estanterías, de vez en cuando pasos en el pasillo, me giraba hacia la puerta y nadie, solamente los pasos que disminuían, indiferentes, si yo en el medio del camino la seguridad de que

—Sal de ahí

como en la infancia, la voz del médico en un punto indefinido de la habitación

—¿Qué pensará ella?

la voz del médico

—Además ¿quién puede asegurar que los viejos piensan?

a lo mejor se rascan y ya está o tocan lo que no deben, a propósito de deber cuántos siglos hace que no les cambiamos el pañal, este olor no engaña pero si supieran lo que me cuesta limpiarla, por no hablar de la cuestión de la suciedad, mierda es mierda y todos cagamos, se quita con una toalla mojada, hablo del horror del cuerpo, los órganos podridos, la piel deshaciéndose, el tufo del meado más espeso que el nuestro, no vierte, se desliza, una baba de caracol lenta, no me entra en la cabeza que antes de ponerse gagás no hayan tenido consciencia, no se repugnen a sí mismos, no les apetezca, aseguro que esto es una novela de amor, no les apetezca morirse aunque solo sea de un mareo, fíjense en las uñas, rotas, grises, e imaginen el resto, el perfume de las rosas no atravesaba los cristales, se quedaba fuera tocando campanitas, el sujeto más joven que el señor no

volvió a invitarme al apartamento de la playa, otras cantantes, que necesitaban ayuda, con él, la misma luna hecha porciones y el mismo moscardón, el mar jugando a los dados con guijarros, lanzándolos sobre la mesa de la arena y recogéndolos en la palma para lanzarlos de nuevo, una tarde el sujeto más joven que el señor, que desde aquella noche me miraba con la vergüenza de quien pide algo que yo desconocía, intentando tener valor para hablar conmigo, me agarró, a la entrada del estudio, ya con los técnicos dentro, el aviso del silencio encendido, la bobina girando y me sopló, con una súplica sonrojada

—No le cuentes a nadie lo del patito en la bañera prométemelo

y calma que no cuento lo del patito en la bañera, es un secreto nuestro, como los dolores de la infancia y el miedo a la oscuridad, puesto que estamos en ambiente de confidencias cómo era su madre, cómo era su padre, también le aterraba saludar a los payasos si le daban el guante, aquellas caras blancas, la ceja para arriba, las bocas rojas enormes y la boca auténtica, pequeñita, en medio, los ojos no riendo, muy serios, no se preocupe con la bobina, después vuelve al principio, hable conmigo, por favor hable un poco conmigo, por ejemplo por qué motivo se cree más solo por dormir con mujeres, la sensación de

—¿Para qué?

el deseo de

—Suéltame

y sentarse en una silla al azar, con el patito en brazos, con la esperanza de, con la esperanza de nada, el empleado de la chaqueta blanca, por una rendija de la puerta, asustándome

—Ahí viene el señor niña dile que perdone el atraso

cuántas flores le dibujé en trozos de papel, yo que no sé dibujar, más mayor que mi padre, más lento, la señora a la que le gustaba la otra señora

—Júrame que es en serio Inês

y la otra señora

—Te lo juro

sin convicción, no, la otra señora

—¿Tengo que jurártelo?

respondiendo con una cara divertida a la cara del marido, le dibujé docenas de flores y le escribí al lado te amo a un hombre más viejo que mi padre que tardaba en levantarse, leía con gafas y no corría en el tenis, en el sitio donde vivo, en Lisboa, no se ve el río que no me interesa mucho, ni miro, además casi no entro en el salón que la dueña de la tienda de ropa amuebló para mí, es suficiente caminar por el pasillo para que las lágrimas de la lámpara se mezan, no de cristal, claro, de vidrio, verdes porque el color de las cortinas se prolonga en ellas, con los casquillos de las bombillas fingiéndose cirios, si inspirase con fuerza sentiría la loción para el afeitado del señor y la crema con que se abonaba la cabeza al peinarse, mi madre olía siempre a

mi madre y las únicas veces que mi padre no olía a mi padre era al volver con los amigos en la ambulancia, rodeado por un aliento desagradable y dulce, necesitaba mirar dos veces para reconocerlo y mi madre refunfuñando callada deseándole la muerte, en esos momentos me despertaba con mi padre

—¿Te niegas?

seguido de ruidos de lucha y la cuestión solucionada debido a que el cabecero de la cama la animaba, mi padre, con la dificultad de quien habla mientras corre

—Por haberte negado te llevas ración doble

el cabecero de la cama casi suelto, el pobre, por la mañana, antes de la huerta, mi padre, en cuclillas bajo el Sagrado Corazón en la pared, lo reforzaba con clavos

—Antes de que este artilugio se dé de sí y le parta la espalda a alguien

y levantaba el colchón para examinar las tablas, tendido en el suelo solo con las botas por fuera, mi madre a mí, señalando los cordones

—¿Quién ha escondido allí al difunto?

el relleno del colchón, no mi padre

—Mira que te doy a ti

se decía que había tenido un hijo en Elvas, cuando la mili, es posible, no lo sé, y en esto las rosas suspendidas, el despacho tranquilo, la sombra de una nube que pasó sobre la casa oscureciendo el estanque y el señor en el umbral

—Niña

con la camisa y los pantalones del tenis y la raqueta olvidada en la mano, el señor más grande que mi recuerdo de él, más serio, perfeccionándose la cabeza con el pañuelo

—Niña

sin avanzar hacia mí ni tocarme

—¿Qué hago contigo niña?

sacando de una carpeta las flores que le dibujé, enseñándomelas de lejos, guardándolas, pidiéndome que me sentara al otro lado de la mesa y

—Niña

de nuevo, a medida que la cortina de la ventana alta ondulaba con fuerza atravesando las rosas o mejor apartándolas para espiarme mejor, el señor, que mandaba en Portugal, tan agobiado con la niña, una provinciana sin importancia, la pobre, decidía sobre el pueblo y no decidía sobre mí, quién me asegura que no un patito de plástico igualmente, al final los hombres, respóndanme, y, lo que es más extraño, conmigo en lugar de decepción abrazándolo

—Te amo

apretándome contra él yo que no me apretaba contra nadie

—Te amo

besándolo

—Te amo

sintiendo el tiempo y el miedo en la flojera de los músculos, en la inseguridad de los dedos, en la boca que intentaba responderme, no respondía y sin embargo yo

—Te amo

la cortina de la ventana cerrada de un tirón, el médico

—Cómo se rasca la pobre en que estará pensando átenle las muñecas antes de que se haga daño en serio

y añadiendo enseguida

—No se puede asegurar que piensen los que conocen la decrepitud ¿no?

el señor no sacó provecho de mí, no se rió de mí, él que cuchicheaba sacando provecho de nosotros, conmigo iba barajando sus dedos, me tenía miedo, por extraño que parezca creo que me tenía miedo, una noche cuando huyó la mula, rompiendo la puerta del corral, mi padre salió a buscarla con la linterna y la vara en el cinturón

—Esta puta

por unos segundos no lo veíamos a él, veíamos la claridad primero entre las verduras, después entre los melocotoneros, al final en la esquina de un muro y todo negro sobre el negro de la sierra, oíamos a los insectos y algún que otro mochuelo, alrededor de la capilla, que atraía el aceite de los santos, recuerdo al perdiguero del almocrebe, al otro lado de la calle, y la voz de mi padre

—Suelta el arma imbécil

torbellinos de gallinero, carneros pero lejos, cascabeles, el médico

—Háganle otro nudo que con lo agitada que está puede escaparse

tinieblas más allá del silencio y del agua del pozo, un bicho, una culebra, un erizo, a lo largo de la tierra y mi madre y yo rezando, el señor abandonando

—Quiero

e interrumpiendo la frase, las cejas, ahora sí, gruesas, el mentón, ahora sí, salido, la voz tan deprisa

—Quiero

mientras los dibujos de mis flores sustituían a las rosas en la ventana, docenas de dibujos que tintineaban sin parar, no sé quién me ha llevado a la cama, sé que, al despertar por la mañana, la puerta del corral arreglada y la mula dentro, con marcas de la vara en el hocico, en el cuello, mi madre, con la cocina encendida, dándole café a mi padre que le migaba pan dentro, con el chaleco deshecho y una de las tibias al aire, recogiendo espinas de los hombros y apretando un trapo contra una mancha en la frente, sé que yo, descalza

—Papaíto

por primera vez en mi vida

—Papaíto

y mi padre, en lugar de

—Sal de ahí

tirándome de una trenza

—Niña

aunque me hacía daño yo contenta de que me tirara de la trenza

—Niña

sé que el señor durmiendo a mi lado en una habitación que no conocía, no en la casa de Cascais porque el viento no cerca, ni pinos, ni mar, otro sitio, ignoro cuál, donde mis flores tintineaban sin parar, sé que una de sus piernas sobre las mías y el pliegue del codo en mi cintura, sé que si llevara trenzas él tiraría de ellas hacia su rostro, el señor imitando a mi padre

—Niña

sé que el médico

—Afortunadamente se acabó

sin notar una tranquilidad muy grande en mí, Dios existe, qué bien, sin notar que me he dormido otra vez, con la mano en el costado del señor, sin oír a los gorriones que hablaban fuera.

No le pregunté nunca al señor quién nos observaba detrás de la cortina de la ventana alta, en cualquier punto del jardín donde estuviésemos, desde el portón hasta los árboles de la China, o la empalizada antes de los pinos, más allá de los cuales las dunas cambiando siempre de sitio, el viento y el enfado del mar, la torre presente y una silueta que no distinguía acechándonos, no una persona, una sombra inmóvil o una persona que era una sombra inmóvil, unas veces sola, otras con el empleado de la chaqueta blanca con ella, que se interponía entre la sombra y los cristales como si nos protegiese, con el cuerpo contra los cristales que parecían intentar apartarla, el señor

—Pobre Marçal

no a mí, a sí mismo, con una pena sincera, el único hombre en que confiaba el señor

—El único hombre en quien confío

que de vez en cuando llamaba al despacho durante el trabajo

—Quédate ahí unos minutos

no por necesitarlo a él, por necesitar a alguien amable cerca y el empleado de la chaqueta blanca junto a una silla, sin atreverse a sentarse, esta mañana, al ducharme, me he visto un bulto en el pecho derecho, al principio no le he hecho caso y he seguido lavándome, casi al final, cuando iba a cerrar el grifo, me ha venido el bulto a la cabeza, he subido los dedos segura de que me había equivocado pero en verdad un bulto, más duro que el resto de la glándula, redondo, he probado al otro lado y no lo tenía, me he apoyado en la pared de la ducha porque me han fallado las piernas, lo he tocado de nuevo con la esperanza de haberme equivocado y era verdad, he pensado que podía estar ahí desde hacía tiempo sin que me hubiera dado cuenta, cuántos siglos hace que no voy al médico, Dios mío, y no creía que el corazón pudiera latir tan rápido, lo sentía hasta en la punta de las falanges, en la cabeza, en las rodillas, palabra, me he quitado la toca con todas mis fuerzas, no sé por qué, como tampoco sé la razón de haberla pisado, lo más natural sería que fuese algo sin importancia, claro, estadísticamente la aparición de cosas sin importancia mucho mayor que la de las otras, tranquilizándome, tomándome una infusión para los nervios, esperar una semana o dos, esperar tres, como consecuencia del vapor de agua ni se notaba la bombilla del techo, cáncer, cáncer, yo sin pelo, agonizando, yo en la sala de espera de la consulta, la médica

—De momento no podemos sacar conclusiones vamos a esperar

y vamos a esperar el qué, está visto lo que vamos a esperar, qué duda cabe, la médica, además

gorda y con un vestido horrible

—Hay que aprender a lidiar con las sorpresas de la vida

aunque no fuese gorda y con un vestido horrible era gorda y con un vestido horrible, la consulta gorda y con un vestido horrible, yo gorda y con un vestido horrible, el país entero gordo y con un vestido horrible, todo en este mundo, y sobre todo el cáncer, gordo y con un vestido horrible, si la médica

—Vamos a comprobarlo en el laboratorio pero así a simple vista parece que no es grave

la gordura y el vestido horrible, he sido injusta con usted, perdón, han mejorado, me estoy asustando sin motivo, no es solo el corazón, es la cabeza que zumba, las rodillas no se fijan, las palmas que no impidieron que el jabón cayese al suelo, me resbalo y además del bulto me rompo una pierna, qué bonito, con cáncer y una pierna rota ya está todo hecho, tengo tanto miedo, qué horror, yo, que no suelo sudar, tóquenme la frente y compruébenlo, mi madre se morirá de las arterias, mi padre murió del intestino, yo me muero del pecho y alguno de nosotros se merece esto, en mi familia somos buenas personas, dispuestos a ayudar a quien lo necesita, no le hacemos nada malo a nadie, solo pedimos que no nos hagan nada malo a nosotros, me toco el bulto y más grande, me toco el bulto y más pequeño, me toco el bulto y más grande, la médica gorda y con un vestido horrible, lo subrayo, no uno, tres líneas, gorda y con un vestido horrible, dándome un sobre

—La información para el cirujano

desconozco si se daba o no cuenta pero la consulta entera oscilando tras un velo de lágrimas desenfocado que alteraba los objetos, la voz gorda y con un vestido horrible de la médica, en medio de todo aquello

No se preocupe antes de tiempo ¿por qué no va a ir todo bien?

y no va a ir todo bien porque no va a ir todo bien, sencillísimo, no le parece, no es usted quien lo tiene, si lo fuese ya me gustaría ver su cara, el miedo, más que el miedo, el pánico, cómo es morir, cómo será mi muerte, he decidido que la semana que viene, esa sí, sin falta, pedía una cita pero por una razón o por otra, lo que significa por el miedo, por el pánico, no la he pedido, mientras no me digan negro sobre blanco que tengo cáncer no estoy segura de tenerlo y, entre la duda de tenerlo y no tenerlo, y la seguridad de tenerlo, a pesar de todo prefiero la duda que siempre abre una puertecita a una esperanza en la que, sinceramente, no creemos, ahí está mi final, puedo evaluarlo, conocerlo, casi medir su textura, casi hablar con él y la única frase que me viene es

—¿Por qué?

sin que me responda, es lógico, nunca responde, si respondiese

—Qué sé yo

ni siquiera fui escogida, ni siquiera fui elegida, metieron el tenedor en la salsa y me cogieron de casualidad, muero porque me ha tocado, será así de poco importante, soy así nada y el hecho de

no ser nada ha abierto docenas de puertecitas que no sabía que tenía, a través de las cuales lágrimas y, con las lágrimas, la convicción de que el bulto una maldad pegada, para acabar con la maldad mañana por la mañana hablo con la médica gorda, con un vestido horrible, por la mañana no, estoy en el hospital y nadie los encuentra, idas a otros servicios, reuniones, clases, pruebe dentro de un cuarto de hora, dentro de media hora, dentro de una hora, de modo que busqué el teléfono de la consulta en la agenda, con la esperanza de que faltase la página donde estaban los médicos, el dermatólogo, debido a los herpes, el dentista, el de los ojos que me controlaba las lentillas, a veces, en esos cuadernitos de argollas, hay una hoja que se pierde y desgraciadamente no era el caso, masajista, manicura, médica, Marta, una prima lejana, o que ha ascendido a prima, con la que voy al cine, siempre metida en problemas con un ingeniero que no se decide por la viuda del hermano o por ella, promesas junto a un lecho de muerte y tonterías del género, la viuda un padre rico, qué debo hacer, dime, mi hermano

—Prométeme que vas a cuidarla

y yo, que con moribundos no se bromea

—Te lo prometo

de manera que entallado de narices, tienes que darme un tiempo para resolver el asunto decentemente, y además Marta el problema de cojear que conmueve a todo el mundo, la pobre, llamé a la consulta y la empleada, que no necesitaba haber nacido tan amable, me dio cita para el día siguiente, encima a las cinco de la tarde como las corridas de toros, un animal, todo pinchado, retorciéndose en la arena hasta la muerte, o sea yo, toda pinchada, retorciéndome en la arena hasta la muerte, al colgar el teléfono mirlos en un hilo eléctrico, así que pájaros de luto por mí, tenía que ser así, la visión de los mirlos me dio frío por dentro, empecé a cambiarme de ropa a las tres y media porque, no alcanzo la razón pero adelante, nos arreglamos para los médicos como para un bautizo, joyas discretas, blusas mejores, zapatos casi nuevos, no hay que exagerar, mi prima

—¿Ha pasado algo?

yo

—Una visita de pésame

y ella extrañada por los colores, no de negro, con los tiempos, la tradición del luto se ha ido aliviando y la muerte cada vez más una charla de amigos, sobre una persona que no interrumpe aunque dé la impresión de suspirar bajito o expresar puntos de vista que no entendemos, la sala de espera de la consulta una sala de espera de consulta, muebles de formica, cuadros que no se atreve uno a colgar en casa, asientos que nos torturan el culo, un par de señoras murmurando, como en la iglesia, sobre sobrinos que nos desgastan y que en regla, al llamarlas, van juntas a la consulta, con un vacío alarmante en el diálogo interrumpido, la médica gorda, con un vestido horrible incluso con el disfraz de la bata, la alianza del marido pegada a la suya, como consecuencia de alguna catástrofe precoz pero no por ello más triste, al contrario incluso, vivita y coleando, el pelo con

tonos violetas, que daban menos miedo de lo que me había imaginado, ahí tenemos la diferencia entre lo que suponemos y la realidad, vivimos de equívocos, ojalá el bulto, ojalá la muerte aplazada unos añitos aunque la vida no tenga ninguna gracia, por lo general no tiene ninguna gracia y, si no tiene ninguna gracia, por qué diablos nos aferramos a ella, sigo ignorando el motivo, excuso decir que en cuanto me senté frente a la médica gorda con un vestido horrible el bulto aumentó, era previsible, un doctor, delante de nosotros, agrava inmediatamente la enfermedad, la pregunta terrible

—¿Qué la trae por aquí?

y nosotros empeorando, no le pregunté nunca al señor quién nos vigilaba en la cortina de la ventana alta, y yo maquillando el relato, siempre mentimos, nos cagamos, a quién le pagamos para que diga la verdad, intentando descifrar reacciones tranquilizadoras en la cara opaca de quien escucha y parece volverse más opaca a medida que hablamos, socorro, si el señor Marçal estuviese conmigo pena de mí

—Todavía voy tirando mejor que peor con la vesícula pero su caso ay niña niña

la médica gorda, con un vestido horrible, que una especie de flecos, a pesar de todo, disimulaban

—Haga el favor de desnudarse detrás del biombo la enfermera la ayuda

es decir, ayuda un poco bruscamente, qué desastre, por ejemplo me molestó con el cierre del sujetador, afortunadamente no al lado derecho, al izquierdo, detrás del biombo, con un mosquito aplastado, una percha y un taburete, una de esas perchas cromadas, de dos colgadores, atornillada a la pared, y un taburete de esos que giran, hacia un lado sube, hacia el otro baja, no entiendo la idea a no ser la intención de dejar caer lo que se pusiera encima, la desnudez me hace sentir completamente indefensa ante la médica, la superioridad de las personas vestidas nos aplasta, la seguridad de que el bulto se notaba a la vista, enorme, la médica gorda, con un vestido horrible, me mandó entrelazar los dedos en la nuca

—Los coditos más atrás los coditos más atrás

con sus diminutivos que me irritan desde que los conozco, coditos, venitas, pastillitas, se frotó las manos la una en la otra, con las dos alianzas, nunca previne al señor, reforzando la viudedad

—Espero que mis manos no estén muy frías

examinándome, estaban tibias y blandas, repugnantes, empezó a examinarme, chupándose el labio de abajo con el labio de arriba, con la lentitud de la competencia, visto de cerca casi todos los colores del arcoíris en su vestido sin contar los tonos inventados, en la base del cuello la cicatriz de una operación de tiroides que me dio alguna alegría, espero que te hayas dado un buen susto y hecho más humana, no le pregunté nunca al señor quién nos espiaba desde la cortina en cualquier sitio del jardín donde estuviésemos, desde el portón hasta los árboles de la China o a la empalizada antes de los pinos más allá de los cuales las dunas cambiando siempre de sitio, una

forma que casi no distinguía, no una persona, unas veces sola, otras el empleado de la chaqueta blanca con ella, el señor

—Pobre Marçal

no a mí, a sí mismo, con pena sincera, el único hombre en quien confiaba

—El único hombre en quien confío

al que llamaba a veces al despacho durante el trabajo

—Quédate ahí unos minutos

no por necesitarlo, por necesitar a alguien amable cerca y el empleado de la chaqueta blanca junto a una silla sin atreverse a sentarse ni el señor diciéndole que se sentara, ocupado leyendo, corrigiendo, a ratos levantaba la cabeza, apoyaba las gafas en la frente y los ojos no en la cara, en las rosas, ciegos, preguntándose

—¿De verdad cree que soy un sabandija señor?

no

—Padre

como nosotros

—Señor

a un sujeto insignificante, con un sombrero idiota, que nadie más veía, doblando el periódico y desdoblando la servilleta en la mesa, con los mismos gestos furiosos, como si la servilleta la continuación del periódico, a veces echo de menos a la mula, me gustaría que ella con nosotros y oírla resoplar por la noche, entre tablas, todo mezclado con las hojas de los árboles, le pregunté al empleado de la chaqueta blanca quién vivía arriba y fingió no oírme, su silencio suplicaba

—No me obligue a hablar de ello niña

el señor con una mujer en la memoria, acunando a un bebé, dándole con cuidado en el culo, de un lado a otro de una habitación, al empleado de la chaqueta blanca

—Puedes salir Marçal ya estoy bien en serio

gracias a la mujer que paseaba al bebé, creo yo, la tumbaba en la cama y desaparecía por el pasillo masajeándose los brazos

—Parece que nació ayer y pesa plomo el malvado dentro de nada soy vieja

con el señor pensando en una chica, por lo menos en el recuerdo que guardaba de una chica, aunque no muy preciso en su memoria, los coditos más atrás, los coditos más atrás, dándole de comer contando las cucharadas

—Faltan nueve faltan ocho faltan siete

limpiando, de paso, los bordes del cuenco sin que él pudiera seguir los números, si empezaba desde el principio lo conseguía, del final al principio se perdía, además por qué uno o por qué dos, quién ha inventado los nombres de los números, mi nombre fue mi madrina, me pregunto si, la médica gorda, con un vestido horrible, se entretenía en mi pecho derecho, exactamente en el sitio

en que me di en la ducha, me pregunto si los números también madrinas, la mula no madrina, padrino, mi padre

—La otra fue Condesa esta será Manchada para que no sea creída
a la otra no la conocí, se murió antes de que yo naciera, tuvieron que matarla cuando se partió un tobillo, el regidor, que entendía de animales

—No va a hacer más que sufrir
a propósito de sufrir la médica gorda, con un vestido horrible, insistiendo en el bulto
—Un nódulo de hecho vea por favor si puede echar hacia atrás los coditos unos centímetros
y, como no iba a hacer más que sufrir, el regidor, o mejor mi padre, el regidor y un grupo de chavales persiguiéndolos a distancia, con la esperanza de que no sintiesen sus cuchicheos

—¿Y si en lugar del bicho se equivocan y nos disparan a nosotros?
el regidor y mi padre llevaron a la mula, tirando de la cuerda del cuello, hasta el sitio donde ardieron los eucaliptos con la tormenta del año pasado, una especie de llanura de ceniza negra sin una única planta viva, mantenga así los coditos, solo ramas sueltas que parecían de alambre al romperse solas, la mula intentaba resistirse cojeando, meneando la cabeza y mi padre empujándola dándole en los muslos, exactamente lo que me harán a mí en el hospital, darme en los muslos

—Manchada Manchada
para que yo avanzase, intentando huir a pesar de la cuerda, derechita en el quirófano, donde gente de verde, de los que solamente veía los ojos, entre los gorros y las máscaras de tela, esperaban que me tumbase en una especie de hamaca para matarme de un tiro y mi cuerpo, no yo, mi cuerpo contrayéndose a cada bala hasta que una de las máscaras

—No vale la pena seguir ya está
y en medio de ceniza y ramas dispersas que evitaban los pájaros y los animales pequeños, ni una seta a la vista o uno de esos cardos que nacen en las piedras, echando, palabra de honor, raíces en el interior del granito, puedo tener todos los defectos del mundo pero no miento, la cantidad de avemarías que recé de pequeña como penitencia por mentirle a mis padres me curó de esto, por lo demás, entre la verdad y la mentira, pesando bien las dos, cuál es más auténtica, soltaron la cuerda de la mula y ella en medio del polvo, cojeando un paso o dos y quedándose inmóvil esperando, hay un momento en que los animales renuncian y se limitan a esperar como, por lo que refiere al pecho, empiezo a renunciar y me limito a esperar, veo al regidor preparando la escopeta, mi padre caminando por el desierto del incendio azotándose su propia pierna con la vara castigándose a sí mismo, los chavales en una rama con la boca abierta, agarrados los unos a los otros con terrores de naufragio, aquí y allí, una brasa que seguía, un brillo moribundo, una claridad breve, la médica gorda, con un vestido horrible

—Baje los brazos y vístase cuando acabe hablamos

y enseguida el corazón, el pobre, con tanta fuerza y rapidez que lo sentía hasta en la punta de las falanges, en la cabeza, en las rodillas, no había un pedacito mío que no latiese, latiese, cuando se acercó el regidor, lentamente, la mula quieta, un sujeto del que se decía que cargaba con dos muertes a su espalda debido a discusiones por el agua, cuando vino la Guardia para preguntar al pueblo sabía que nada de nada, no por miedo sino porque no son asuntos que se compartan con extraños, el cabo, al marcharse

—Listillos

contento de que con el

—Listillos

solucionaría la cuestión y no hubo más hoces en ninguna garganta porque al igualarlos salvó el honor de todos e impidió la venganza, el regidor apuntando con la escopeta al hueco entre la oreja y el ojo, miró a mi padre esperando que mi padre asintiese, mi padre inmóvil, mi padre

—Espera

dejando la inmovilidad para acercarse a la mula y golpearle el cuello, mi padre

—Put

insistiendo

—Put

dándole

—Put

y el

—Put

no insultos, es evidente, no agresiones, qué agresiones, la despedida que pudo, si de algo pueden estar seguros es de que esto es una novela de amor, no desconfíen, ni por un instante, de mí, entiéndanme, cuando me senté en mi sitio en la consulta la médica gorda, con un vestido horrible, la fotografía de una chica con la nariz idéntica a la suya, y ya llenita, en un marco de cuero

—Con los datos que tenemos por el momento el panorama es el siguiente

dibujando, al azar, círculos torcidos en un cuaderno, curiosa la palabra panorama aplicada a mi bulto, para mí panorama un paisaje fluvial o un trozo de ciudad vista desde un mirador, casas, plazas, monumentos y un petrolero ensuciando el Tajo y amortajando a las gaviotas que se posan no en el agua, en alquitrán y gasoil, al final no me voy a morir del cáncer, me muero de un panorama que me esparció palacetes y manzanas enteras en el hígado, en los huesos, yo, en lugar de órganos, tejados y callejones que me devoran, devoran, al llegarme a las meninges, me vuelvo majareta, balbuceo tonterías, no es la enfermedad la que acaba conmigo, es Lisboa la que me devora, mi padre al regidor

—Acaba con esto Gaspar

la zona de eucaliptos tan bonita antes de la tormenta, el regidor disparó y bandadas de tordos huyendo, el trabajazo que habrá tenido Dios con esos árboles para deshacerse de ellos en un instante, probablemente Dios, que existe, no lo discuto, un panorama que le llegó a las meninges y lo volvió majareta, solo un majareta fabricaría un mundo como este, en siete días, a lo tonto, y de ahí la cantidad de tartamudos, de naufragios, de carcoma, por ejemplo, para qué la carcoma o un tartamudo ametrallándonos durante horas, con los ojos salidos, pertrechados en una única sílaba, mi padre de espaldas, con la palma en la cara no fuesen a rodarle las pupilas por la nuca, espiondo, la boca de los niños un agujero infinito, la mula al caer tumbándolos en el interior de la garganta y ceniza y polvo borrándolos, después de enterrarla mi padre, toda la noche en una piedra del jardín y mi madre, preocupada, levantándose constantemente de la cama para observarlo desde la cocina, algo menos oscura que la oscuridad porque el camisón blanco, largo, no me sorprendería si volase como los ángeles, cuando era más pequeña los divisaba en la veleta de la iglesia piando en latín, al llegar a la cocina, iluminada por la vela de la santa, mi madre solo que con más pelo puesto que despeinada, la gente despeinada hasta los treinta años más joven, después de los treinta más vieja, a pesar de no haber vuelto a tener mula parecía que en otoño, en el corral, un resoplido, una coz, mi padre, esperanzado, a buscarla y no la encontraba, me apetecía darle una trenza para consolarlo pero me apartaba enseguida

—Sal de ahí

sin necesitar pegarme con la vara o morderme la oreja, cada vez más solo, se olvidaba del café por la mañana, se olvidaba de comer, sachaba sin alma, el cabecero de la cama, a pesar de estar allí, que por si acaso fui a comprobarlo, dejó de manifestarse y no volvió, en ambulancia, a la frontera, la fotografía de la chica, ya llenita, en el marco de cuero, a mí, o si no la médica gorda, con un vestido horrible, una o las dos, no importa quién

—Vamos a hacerle una mamografía y aclarar el asunto puedo estar equivocada

o sea no voy yo, vamos ambas, unidas como siamesas, ante una máquina que nos escudriña los panoramas, no sabía que usted también un paisaje fluvial o un trozo de la ciudad vista desde un mirador, nos desnudamos la una al lado de la otra, detrás del biombo, permanecemos abrazadas, cagándonos las patas abajo, perdone el plebeyismo, mientras el aparato de aclarar el asunto decide cuál de las dos se queda con el paisaje y cuál con el trozo de ciudad, el técnico, con un sobre marrón en cada mano, preguntándonos

—¿Derecha o izquierda?

y nosotras mirándonos la una a la otra, mirando los sobres, mirándonos de nuevo la una a la otra, dudando, no es que nos caguemos las patas abajo, es que en este momento no tenemos ni patas abajo, yo, no por delicadeza, por pavor, a la médica gorda, con un vestido horrible

—Elija usted

la médica gorda, con un vestido horrible

—Elija usted que es la enferma

yo a la médica gorda, con un vestido horrible

—Usted es doctora yo solo canto faltaría más

y la médica gorda, con un vestido horrible, con el dedo índice estirado, tocando un sobre y el otro, con una lentitud resignada

—En un café se rifa un gato al que le toque el número cuatro
el técnico, sin paciencia

—Tanta mariconada por la tontería de un cáncer de cualquier manera dentro de unos años con mucha suerte ya habrán reventado las dos ¿qué más le da?

como la mula en las cenizas de los eucaliptos y mi padre esperándola hasta que acabase el mundo, con los oídos atentos a la posibilidad de unos cascos aplastando las verduras como yo esperando que vuelva el señor, ahora que la ventana alta no existe, la torre no existe, la casa entera derruyéndose poco a poco, desierta, si por casualidad el viento consigue sobrepasar los pinos no encuentra nada que pueda derribar, uno de los árboles de la China, tal vez, pero vacío por dentro, doblado, cayéndose, el invernadero unos marcos y unos cristales dispersos por la tierra que solo vemos al pisarlos, ni rastro del tenis, ni un eco de pelotas, quedan parte del muro, una cadena que, si la tocas, se rompe, sellando el portón al que le falta una de cada tres lanzas y las que resisten oxidadas, torcidas, habitaciones sin muebles, montones de polvo en la tarima, le pregunté a la médica gorda, con un vestido horrible, sin abrir mi sobre, para qué

—¿Qué cáncer le ha tocado doctora?

y ella, con un hilo de voz

—El trozo de ciudad ¿no me lo quiere cambiar?

y no acepté, es lógico, metástasis de casas y metástasis de gaviotas atascándose la aorta con heces endurecidas difíciles de quitar hasta con un cuchillo, le agradezco la propuesta pero lo prefiero así, y en cuanto al paisaje fluvial, espero que la quimioterapia se la lleve, no me atreví a preguntarle al señor quién nos espiaba detrás de la ventana alta, mi padre al regidor

—Mira a ver si no le duele mucho Gaspar

y yo asombrada con mi padre siempre tan bruto, hay momentos en que pienso que bajo aquella bruteza, acaba ya con las sensiblerías, avanza, a quién, si no a ti, le interesa un pobre campesino muerto, el señor a mí, entendía que angustiado porque el meñique, solo el meñique, los otros dedos serenos, vibrando

—No mires

y aunque intente no mirar, perdone señor, la vista no me obedece, se escapa, del mismo modo que la lengua se escapa contra nuestra voluntad, insistiendo en la falta de un diente, qué acepta obedecer en nuestro cuerpo, al final, por ejemplo cantando la voz se desprende sola, independiente de mí, yo una y mi voz otra, creciendo, y a pesar de ordenarme que no mirase él

miraba a escondidas, sin volver la cabeza, que bien lo sentía en el meñique, como sentía una estación y un hombre todavía joven, no el señor, por lo tanto, o entonces el señor hace muchos años, corriendo de tren en tren buscando no sé el qué, yo a él, sin que tuviese intención de decirlo, de repente estornudó, fuera de mi voluntad, no volví a pasar por las cenizas de los eucaliptos por miedo de que me viese la mula o uno de aquellos huesos grandes, limpio, blanco, volviese acusándome de haberlo matado, en la superficie de la tierra

—¿Qué buscaba en los trenes señor?

y el señor no furioso conmigo, solo bajito

—Cállate

un hombre de cincuenta y seis años, con cuerpo de cincuenta y seis años, gestos pensados, no venidos del cuerpo y, como consecuencia, sin gracia, esto es una novela de amor, lo que daría yo porque él todo el tiempo conmigo, la señora de la tienda de ropa ya sin la tienda de ropa, solo mis contratos, colgando el teléfono

—El mes que viene tenemos dos espectáculos en París

y mi madre sin fregar ningún suelo, bien vestida, desocupada, echando de menos la huerta y los primeros mirlos, no en abril, en marzo

—Este año han empezado antes

infeliz, no se quejaba pero seguro que infeliz, no entendía las bañeras, entendía las tinas, no entendía las sirenas de los bomberos, entendía campanadas o badajos de ganado, las gallinas, al anochecer, luchando por los gallineros donde no llegan los ratones, la veía decaer sin bata ni zapatillas, rodeada de gente demasiado importante a la que le faltaba sudor, nabos y lechugas y mi padre luchando con la mula

—Putá

en un corral apretado, mi padre luchando con mi madre

—Putá

desarticulándose en una cama, cuyo peso y cuya, quién vive en la ventana de la torre, señor Marçal, y el señor Marçal como si no lo oyese, cuyo peso y cuya violencia más intensos que el placer, acabé dejándola de nuevo en su casa, con sus santitos, con sus barrotes, con su bomba que exprimía el pozo, los inviernos secos, gotitas avariciosas, acabé dejándola, cubierta de luto, por la tarde en un banquito, abriendo vainas de guisantes en el barreño sobre las rodillas o con una vecina, también viuda, compartiendo silencios bajo el rumor de los olmos, el cirujano no me dijo que me desnudara, se entretuvo en una agenda, con el bolígrafo en el aire, pasando páginas hacia delante y hacia atrás con un silbidito que lo ayudaba a concentrarse, si intento acordarme de su cara no lo consigo, me acuerdo de dibujos de mujeres en la pared, sin rasgos, solo hombros, y del bolígrafo apuntándolos

—Los ha hecho mi esposa

y mientras yo los miraba la punta del bolígrafo en el hueco de una página

—La opero del paisaje fluvial el jueves que viene cáncer cáncer ¿le viene bien?

mujeres solo hombros y la miniatura de un automóvil antiguo en una estantería, el señor a mí

—Cállate

expulsando los trenes

—Si yo

de una forma que no pude oír porque el mar, los pinos, las dunas, el faro que ahora no gritaba, gritaban las gaviotas o yo por ellas sin que nadie me escuchase, cómo ensordecen el mundo los chillidos silenciosos, creo que solo los oía el empleado de la chaqueta blanca, lo sabía todo, lo conocía todo, le dábamos pena, una vez a mí, a punto de una confidencia

—El señor

y se calló, yo a él

—¿El señor?

y el empleado de la chaqueta blanca, mi padre manteniendo el equilibrio sobre la mula, el empleado de la chaqueta blanca, arrepentido

—Cosas sin importancia niña

o tal vez fuese que a veces el señor se olvidaba de ellas en la habitación del hotel donde estaba conmigo, ninguna estación, ningún pasajero, ningún equipaje, ninguna prisa, ninguna, iba a decir mujer pero no lo sé, lo sé y no lo quiero saber por lo tanto no lo sé, ninguna mujer sin rasgos, sin dedos, sin rodillas, un dibujo a lápiz como los de la esposa del cirujano

—Si le viene bien la operamos el jueves después de comer solo tiene que venir por la mañana en ayunas

y le prometí que llegaría por la mañana en ayunas, qué podía comer, no me entraba nada, la víspera hago una maleta porque el jueves no voy a poder, no se lo cuento a nadie, cojo un taxi y en veinte minutos estoy en la clínica en ayunas, dándole vueltas con la chica del mostrador, papeles, firmas aquí en la crucecita a lápiz, adelante, haga el favor de sentarse que enseguida vienen a buscarla y yo, con la maleta al lado, en un sillón de napa y una maceta con una palmera enana a cada lado, se acercaron a preguntarme si quería un vaso de agua y no quería un vaso de agua, quería a mi padre

—Sal de ahí

y yo, obediéndole como siempre, cogiendo la maleta y escapándome a la calle pero mi padre no

—Sal de ahí

callado, no me tiró de la trenza y, a propósito de la trenza, cuántos años hace que no la llevo, no se fijó en mí, no me hizo ni caso, avanzó hacia el corral con un montón de heno para la mula, que escuchaba su voz

—Cómetelo todo puta

mientras mi madre calentaba el café, despechada

—Prefiere el animal a nosotros

y no hay que sorprenderse, señora, algo tenía que preferir a nosotros, cómo podía preferirnos, se ha fijado bien en nosotros, usted casi una vieja que no vale para nada arrastrándose por la casa o agachada en la huerta, sucia de tierra, oliendo a caca y yo en Lisboa, que mi padre ni se imagina lo que es, lo más que se imagina es la frontera en la ambulancia de los bomberos y media docena de españolas miserables en una casucha cualquiera, todavía más pequeña que la nuestra, a quienes les paga unas monedas que, a final de mes, nos cuestan y a quienes invita a vino, por unas horas feliz, casi tan feliz como cuando corre por los campos, en dirección a la sierra, deseando ser un puntito que casi no vemos y, después del puntito, desaparecer para siempre.

Hasta que un día el señor me dijo

—Es mejor que dejemos de vernos

así como lo cuento, ni más ni menos, no en el hotel ni en el despacho, en la aldea no había solo casas como la nuestra, había un chalet grande, en el automóvil, palabra, con el chófer al volante, escuchándonos y yo segura de que el señor quería que el chófer lo oyese para humillarme más, vi sus ojos que me buscaban en el espejo, medio ocultos por la visera de la gorra y desviándose enseguida, el señor, satisfecho

—No te escondas idiota cotillea sin problemas

esto en la carretera de Lisboa, a lo largo del río, en la que las playas del otoño vacías, todo empieza a cambiar en septiembre, hasta el color de los pájaros, y un par de extranjeros en bicicleta pedaleando en el arcén, acompañados por un perro hirsuto, el hombre con un sombrero de loneta, la mujer con una cinta en el pelo teñido, un chalet no en el centro de la aldea, más bien cerca de la sierra, y por qué es mejor que dejemos de vernos, qué le he hecho, nunca le he pedido nada, siempre he aceptado, semanas y semanas, su silencio y su desinterés, como aceptaba las llamadas de la secretaria, sin por favor, sin buenos días, autoritaria, no dirigiéndose a una señora, dirigiéndose a una criatura cualquiera y adivinaba el lápiz golpeando en la mesa porque a las criaturas se les habla con el lápiz golpeando en la mesa

—El señor la quiere aquí mañana

el automóvil esperándome abajo, la dueña de la tienda de ropa, espiando desde la ventana

—Avíate que tienes el automóvil abajo

el chófer que no se quitaba la gorra para saludarme, abría la puerta estrangulando una risita

—Todo es un engaño

si por casualidad yo

—¿Perdón?

una venia burlona fingiéndose respetuosa

—No he abierto la boca niña

mientras me miraba con descaro las piernas, el pecho, el escote, proponiendo, un chalet, imagínense, cayéndose en pedazos pero un chalet en serio

—¿Qué tal si paramos de camino en una terracita?

de esas en que alquilan habitaciones, pago por adelantado, en las traseras, por horas, el perro

hirsuto feísimo, a las gallinas y a mí siempre nos han dado miedo los perros, sobre todo los perros callejeros, con las pupilas amarillas, que murmuran, murmuran, en garajes o almacenes separados por tabiques que no llegan al techo, con latas de cerveza aplastadas y colchones que dañan la espalda porque les falta relleno, pensé en quejarme al señor pero me pareció que el señor consciente de todo, en ciertos momentos, cuando olvidaba los trenes, y qué significarían los trenes, el empleado de la chaqueta blanca a mí

—No se moleste con eso niña

el señor a punto de abrazarme, lo sentía en el cuerpo, lo sentía en la cara

—Estoy seguro de que nosotros

y enseguida arrepentido, cerrándose en el interior de sus rasgos

—Después te llamo hoy no tengo tiempo

apartado de mí, buscando las gafas de ver de cerca en la mesa, palpando a ciegas, cuando él en la chaqueta y el hecho de tardar en encontrarlas, ignoro la razón, me enternecía, bajo las arrugas una criatura, lo juro, ganas de cogerlo en brazos

—No pasa nada no pasa nada

aunque el señor hojeando informes sin fijarse en mí, la dueña de la tienda de ropa

—Sinceramente no entiendo lo que has visto en ese sujeto ni siquiera necesitas su dinero

el señor levantándose de repente del informe porque una voz remota

—Sabandija

pidiéndome, por encima de las gafas

—Pensándolo mejor quédate aquí

y rosas a derecha e izquierda puesto que en septiembre el viento, o mejor, el inicio del viento, recuerdo un enero que hizo caer acacias y a mi padre reforzando el tejado, me faltan detalles sobre su muerte, sobre el viento lo retengo todo, un chalet, medio caído, mucho más grande que nuestras casas, con la mitad de un balcón en la fachada y trozos de un panel de azulejos representando una escena de caza, donde fulanos azules, con birretes, torturaban a un jabalí, cada febrero menos chalet, dentro de unos años, si volviese, no puedo volver, solo la estructura, la puerta casi solo bisagras, yo en la cocina, de noche

—Abuelo ¿quién es el dueño del chalet?

y mi madre santiguándose, antes de la mañana cascos de caballo, no de mula, en el camino, mi abuela, buscando un pollo en el gallinero

—Lo has visto ¿verdad?

no le llamaba hombre lobo, susurraba

—Ha pasado el gran duque

mientras el pollo, con el pescuezo cortado, le saltaba encima e iba corriendo al azar chocando con los muebles, a medida que trabajaba el señor, por el rabillo del ojo, se aseguraba de que yo

en el despacho cuidándolo, una vez o dos me sonrió, o sea la cara se le alteraba en lo que suponía una sonrisa, el empleado de la chaqueta blanca a mí

—Aunque el señor la eche no le haga caso niña

el empleado de la chaqueta blanca limpiándose una manchita de la manga y ninguna manchita

—Puede no creerlo pero no conozco a nadie tan solo

yo sí lo conozco, señor Marçal, el gran duque al galope en la oscuridad, el sujeto más joven que el señor dejando el patito de plástico en el almohadón al lado del suyo, en marzo me reconstruyen el pecho que me quitaron, el cirujano

—Tranquila que hasta entonces con el postizo casi no se nota la diferencia

y claro que se nota, si el chófer se lo imaginase se quitaría todos los descampados de la cabeza, o mejor, sé sincera, se quitó los descampados de la cabeza la tarde en que yo, señalándole un desvío

—Meta el coche por ahí amigo

y una de sus manos soltando el volante para acariciarme la rodilla que acerqué más a él, su cara aumentando en el espejo

—Por fin tienes cabeza

habitaciones, pagos por adelantado, en las traseras, por horas, garajes o almacenes separados por tabiques que no llegaban al techo, el chófer unas cervezas, desabrochándose la chaqueta

—Primero vamos a brindar

intentando besarme, besándome y yo también besándolo abriéndome la blusa, quitándome el sujetador, llevándole la palma hasta la cicatriz donde nada, yo nada

—¿Te gusta mi cáncer?

mordiéndole la oreja, idéntica a mi padre colgado de la mula, la misma pasión, la misma violencia, el mismo amor sin límites, yo al chófer

—Putá

y el chófer, contento de ser puta

—Llámame lo que quieras

de forma que yo repitiendo

—Putá

mientras las cervezas se rompían en el suelo porque no latas, botellines, por encima del tabique, a nuestra izquierda, una mujer con una petición urgente, más aliento que petición, más súplica que orden, más latido que voz

—Deprisa que casi estoy

apoyándose en la pared a medida que el chófer tropezaba, yo estimulándolo

—Confiesa que te gusta mi cáncer

y, junto al río, seguro que los extranjeros, en bicicleta, pasando por la carretera, acompañados

por el perro hirsuto, el hombre con un sombrero de loneta, la mujer con una cinta en el pelo teñido, el chófer, sin atreverse a mirarme

—Por favor vístase niña

y por fin niña, por fin ceremonia, por consideración a su ceremonia yo cogiéndolo del brazo, lista para seguir besándolo

—¿Estás seguro de que no quieres usarme?

el chófer escondiéndose en la chaqueta impidiéndome enderezarlo, impidiéndome acercarme a él, la mujer a nuestra izquierda

—Casi me matas cabrón

en lo que no era un suspiro, ni una súplica, ni un latido, una risita que subía y bajaba

—Cabronazo

a alguien que se sonaba o tosía o las dos cosas juntas

—Siempre el mismo rollo me falta un zapato a lo mejor te lo has tragado en medio de todo esto una conversación a lo largo del río en el que las playas del otoño vacías, todo empieza a cambiar en septiembre, hasta el color de los pájaros que se marchan poco a poco, charranes, gaviotas, albatros, un halcón en la sierra pero muy lejos despiojando las rocas en busca de ratones, lagartos, enanos, el chófer a mí

—No me atormente niña

antes de cogerlos con las uñas llevándoselos cuesta arriba para devorarlos entre las piedras y no seré yo quien te coma, escúchame bien, es el cáncer, la primera vez que mi padre vomitó heces llamó al regidor

—Ha llegado el momento de esta mula un buen tiro Gaspar

el regidor sacó dos balas del bolsillo, tardó siglos pesándolas en la mano, entre la órbita y la oreja, y se las guardó de nuevo

—No puedo

quería poder por amistad y no puedo por amistad, adiós, un hombre duro, el regidor, dos cadáveres auestas, tú no, tú no como el pollo corriendo al azar chocando con los muebles y se marchó deprisa, entre la órbita y la, con botas de granito que abrían grietas en la tierra, no habló nunca conmigo, tuvo una hija que emigró a Francia y se negaba a leer sus postales

—No la conozco

al mirar alrededor devoraba el mundo en silencio, cuando llegó la hija de visita estaba podando la higuera y siguió podándola sin volverse hacia ella

—No tengo descendencia

sin que se notara si fue la tijera o él quien respondió, a la salida del descampado el chófer me abrió la puerta del automóvil, con la gorra en la mano

—Haga el favor niña

desaparecido en el interior de sí mismo y el espejo, en adelante, vacío, solo su nuca y las manos refregadas en los pantalones con la esperanza de librarse del contagio del cáncer, seguro que me lo ha pegado y voy a morirme, voy a morirme, cuando me desnudé en el hotel, con el señor, ninguno hablamos, al principio me dio vergüenza, después no me dio vergüenza, después me dio vergüenza otra vez, después solo ganas de que me abrazara y él sentado en la cama, callado, el nudo de la corbata a medio deshacer, con los dedos rígidos con tanta fuerza que no podía moverlos, le dije

—En marzo me reconstruyen el pecho y quedo igual que antes

sabiendo que no quedaría igual que antes, no volveré a quedar igual que antes, creo que tiene razón, señor, estoy de acuerdo con usted, es mejor que dejemos de vernos y dentro de él el horror de los trenes de vuelta y la cortina arriba moviéndose lentamente, esto, que debería ser una novela de amor, no sé qué es en este momento, pensé que el señor, arreglándose la corbata

—Después te llamo hoy no tengo tiempo

y después no me llamó, y hoy ha tenido tiempo, mi madre ocultó la escopeta de mi padre entre la paja del corral, en su cuarto olía a enfermedad, en toda la casa olía a enfermedad, yo a la médica gorda, con un vestido horrible

—¿También huelo a enfermedad?

y el señor, respondiendo primero

—No

no con fuerza, bajito

—No

y tras el

—No

bajito casi un grito, la primera vez que le escuché casi un grito

—No

cuando yo tenía once años, casi doce, mi cuerpo empezó a asustarme, dos puntitos en las costillas que no me dolían, parecían detenerse en el umbral del dolor, como a veces los dientes, indecisos

—¿Le molestamos no le molestamos?

y yo, intentando convencerlos con la lengua

—Por favor no me molesten

los puntitos crecían despacio y mi cuerpo la sensación de que se abría abajo, qué es lo que me pasa, mira cómo cambian mis huesos, la piel menos fina, una arruga, yo que no tenía ninguna, formándose a ambos lados de la boca y una noche, tras unos sueños confusos en que mi padre me perseguía con la vara por el corral

—Putita puta

tirando de una cuerda que me había atado al cuello y tapándome los riñones con la manta mientras yo intentaba escapar

—No me haga nada padre

y, en lugar de

—No me haga nada padre

una especie de gemido, una especie de ronquido, desperté sobresaltada, no entre tablas, en mi cama, con una docena de gotas de sangre en la sábana, llorando

—Voy a morir

con la esperanza de que no se enterase mi madre, seguro que he pecado contra Dios y voy a morir como murieron mis abuelos, tumbados sobre la colcha con la ropa de los domingos, me meten en la tierra, entre dos árboles, y nadie me ve llamando, mi madre de repente a mi lado, con los ojos hinchados de sueño

—¿Qué te pasa?

y yo intentando esconder la sábana, el señor, de nuevo bajito

—Ni una sospecha de enfermedad

dándome en la nariz con un dedo, divirtiéndome imitando a una foca y la seguridad inesperada de que él casi

—Te amo

dándome casi una rosa dibujada en un papel, no dijo

—Te amo

no llegó a decir

—Te amo

pero no era importante, fue como si lo dijese, yo lo oía, mi madre un vistazo a las gotas de sangre, un vistazo a mí, en un tejado cercano había un mochuelo, esperando a que los bichos pequeños saliesen de sus madrigueras, tal vez esperándome a mí, con el pico en mi cuello raspándome

—Voy a morir madre ¿verdad?

en el instante en que la mula daba una coz en las tablas, el regidor a mi padre

—No puedo

y mi padre apartando la cara contra la pared, desilusionado, qué le ha sucedido a su cuerpo, señor, que ahora tan flaco, qué le ha pasado a sus brazos, el señor se tumbó a mi lado

—Niña

con el costado junto a mi costado, al final usted no es malo, señor, imagínense, al final no me desprecia, verdad, asegúreme que no le da asco mi cáncer, asegúreme que no es mejor que nos dejemos de ver, tantas lágrimas en mi interior, sabe, tanto miedo, voy a contarle una cosa de cuando yo tenía once o doce años, casi doce, tras unos sueños confusos en los que mi padre me

perseguía con la vara por el corral

—Puta puta

tirando de la cuerda que me había atado al cuello y tapándome los riñones con la manta mientras yo intentaba huir, mientras yo

—No me haga nada padre

y, en lugar de

—No me haga nada padre

una especie de rebuzno, me desperté de un salto, en medio de la noche, no entre tablas y paja, en mi cama, con una docena de gotas de sangre en la sábana, llorando

—Voy a morir

y el señor, palabra de honor, rodeándome la cintura

—No hueles a enfermedad no te preocupes aunque olieses a enfermedad yo

tragándose las demás palabras con el mentón inseguro, al final usted no es una sabandija, señor, al final usted, el empleado de la chaqueta blanca, al final usted como nosotros, el empleado de la chaqueta blanca, de manera que nadie más lo oyese

—La gente no lo conoce

defendiéndolo, preocupándose por él

—Algunas veces consigo salvarlo de los trenes

el padre del señor, con un sombrerito en la cabeza, doblando el periódico, cuando sonó el timbre no hice caso y subió el ascensor con un ruido de caja inestable que me destroza los nervios, al pararse se queda siglos estremeciéndose, agitando tornillos como las plumas de los gallos al abandonar a las gallinas tras un ataque rápido, la dueña de la tienda de ropa

—Hay un tío en la entrada preguntando por ti

mucho más elegante desde que se ocupaba de los espectáculos, el sujeto más joven que el señor a ella

—Te ha tocado el gordo sin saber leer ni escribir ¿cuánto te da ella de lo que gana?

esto en el apartamento de la playa sin que yo viese el patito, si llegan visitas lo esconde en el armario, la médica gorda, con un vestido horrible

—Ya verá que después de reconstruido hace falta una lupa para ver las señales

ella que se veía enseguida la cicatriz de la tiroides, una línea horizontal, roja, que no tapaban los collares, o bien que la operaron o bien que hicieron todo lo posible por degollarla, me inclino más por la segunda posibilidad, lo que no faltan por ahí son asaltos, el sujeto más joven que el señor recogió el patito y, aunque recogido, la seguridad de que un

—Cua cua

tenue en algún lugar, en el colegio me enseñaron cómo se expresan los animales, doña Eugénia, en la tarima, marcando las palabras

—Balbucean urraca y papagayo y cacarea la gallinita las tiernas palomas arrullan gime la tórtola pobrecita

aunque me pareciese, y no cambio de opinión, que las palomas no tiernas, crueles, sus ojos no engañan, por no mencionar ese modo de andar llevando bajo las alas, con aire solemne, libros invisibles, nunca me han atraído mucho los pájaros en general, me da impresión cogerlos, en el caso del regidor, por ejemplo, eran los melocotones, su esposa a mi madre

—Un hombretón e incapaz de tocarlos si supiera que te lo he contado me mata la certeza de que en algún sitio un patito

—Cua cua

como la certeza de que los demás no lo oían, me atreví a

—Cua cua

en medio de un silencio, solo el mar, juntando guijarros y al mismo tiempo que juntaba guijarros, no me lo invento, es verdad, doña Eugénia abajo en la playa, la pobre, desde que le quitaron un pulmón come como un gorrioncito, subrayando los versos con el puntero, vivía con un gato amarillo llamado Simbad, además, en mi opinión, un nombre excelente, doña Eugénia, contenta

—¿Verdad?

debido a la ausencia del pulmón silbaba un poco al hablar

—Balbucean urraca y papagayo y cacarea la gallinita las tiernas palomas arrullan gime la tórtola pobrecita

al día siguiente de jubilarse cogió el autobús, con una sola maleta, y no hemos vuelto a verla, ojalá siga silbando, con Simbad en brazos, en una victoria sin nombre, me entristece que pueda haber fallecido, un segundo silencio y

—Cua cua

otra vez mientras el sujeto más joven que el señor implorándome callado

—No me destroces la vida

él que atormentaba sin piedad al señor Albuquerque, mira quién me ha venido, hace más de trescientos años que no pensaba en él, al buscarlo en el hospital una sonrisa tan huérfana

—Solo tengo ojos para la niña

la dueña de la tienda de ropa, extrañando

—Hay un tío en la entrada preguntando por ti

o sea el chófer que, sin uniforme ni gorra, el señor acariciándome la mejilla

—Aunque olieses a enfermedad yo

con una de las rodillas agitándose un poco, el empleado de la chaqueta blanca, emocionado

—¿No se lo había dicho?

o sea el chófer al que tardé en reconocer sin la majestad del uniforme y de la gorra, a fin de

cuentas un campesino como mi padre, como yo, para qué disfrazarme con estos aderezos, el chófer un traje de gitano y una camisa barata, sin ni siquiera atreverse a pisar el felpudo, intentando hablar conmigo sin ser capaz de hablar, siendo capaz de hablar

—Hoy me he despedido niña

con las manos cruzadas en la barriga, con las manos cruzadas en la espalda, con las manos cruzadas en simultáneo en la barriga y en la espalda

—Vuelvo al norte

tan tenso que casi no lo entendía

—Vuelvo al norte

con la dueña de la tienda de ropa espiando, es decir no la vi, sentía que espiaba, indignada con el descaro del chófer

—¿Qué pretende ese fantasma?

no dispuesta a proteger, balbucean urraca y papagayo, me, dispuesta a proteger mi dinero, mi madre, que no puso más los pies en Lisboa, preparando un conejo

—Todavía me debe dos meses

no me gustaban los pájaros, a mí, pero los conejos sí me gustaban, reunidos alrededor del hocico, ojos, boca, cuerpo, idénticos a mí, a los once o doce años, alrededor de las gotas de sangre, dicen que la luna, el chófer

—No me quería marchar sin besarle la mano niña

con la intención de arrodillarse en el felpudo, las tiernas palomas arrullan, que las parta un rayo, la cantidad de ropa tendida que me ensuciaron, no salía ni con jabón y cepillo, aseguran que la luna dirige esos misterios, menudo rollo, no la he visto nunca sangrando, tal vez en mayo cuando encalla en los cipreses, no los del cementerio, los de la ribera, puede ser que doña Eugénia siga viva pero Simbad seguro que murió, cuánto duran los gatos, dejo la pregunta para el futuro, un buen día, por qué motivo hablamos de un buen día, un día se marchan por la ventana y los encontramos en un descampado, llenos de hormigas y moscas, el chófer me agarró por la muñeca

—Con la esperanza de que un día me perdone

y no cogió el ascensor, bajó deprisa por las escaleras, la dueña de la tienda de ropa

—¿Qué fantochada es esta?

ella que no conoce los descampados, a un lado de la carretera, de Lisboa a Cascais, alquilan cuartos, pago por adelantado, por horas, en las traseras donde garajes, o almacenes, o las dos cosas juntas, separados por tabiques, unas veces de tablas, otras de cañizo, que no llegan al techo de zinc, aprenda, con latas de cerveza aplastadas y colchones que dañan la espalda porque les falta relleno, ella que no conoce a los clientes ni a las mujeres espera delante de un refresco intacto, pidiéndole cigarros, con el índice y el corazón unidos, saliendo de la boca y volviendo a

la boca en el gesto de fumar, la esposa del regidor a mi madre, enseñándole unos negrales

—Me gustaría saber quién le habrá contado lo de los melocotones

desde la ventana vi al chófer bajando la calle, lo perdí en la esquina y hasta hoy, esa donde dan la vuelta los tranvías, pero no puedo perdonarlo, es más normal que lo olvide y sin embargo, por mala suerte, no soy capaz de olvidar nada, hasta mi abuelo sigue, en un ángulo de la memoria, afilando cañas con la navaja, para ayudar a las plantas de judías a sostenerse y quitándose el reloj metálico de cadena

—¿Cuándo acabas vida?

como no había forma de acabar la acabó él en el pozo, consiguió trepar el murete, se apoyó en la polea del cubo y desapareció, con uno de los zuecos, que se le soltó del pie, en medio, no me dejaron ir a las, hay quién se expresa así, exequias, qué palabra, gime la tórtola pobrecita, ni siquiera me dejaron seguir el espectáculo al sacarlo del pozo

—Vete a jugar a la viña

los escuché

—Lo que pesa

me pareció que paños tapándolo, un trozo de puerta sirviendo de camilla y así fue, combatió en la guerra en Francia, cubierto de barro y alemanes, me trataba por piojo con la intención de irritar a mi madre

—Tu hija es un piojo

mi madre insultándolo a media voz

—Piojo es usted un payaso

y mi abuelo contento, cuando estaba seguro de que no lo veían me echaba piropos

—Linda como una cantarilla este piojo

en caso de sospecha de que mi madre cerca un añadido vibrante

—La suerte que ha tenido de salir por mi parte

y jamás me tocó, no tocaba a nadie, como mucho

—Piojo

con la boca llena de pan amortiguándole el discurso, ya maduro se partió una pierna y tuvieron que rompérsela porque se le torció el hueso, eso sí lo vi, es decir, vi al que conducía la ambulancia, hacia la frontera, con el martillo en el aire y, antes de que el martillo en el pantalón, mi abuelo

—Saquen al piojo de aquí que esto no es para ella

así que me fui de nuevo a la viña, hasta en medio de las avispas oí el ruido del golpe, el que conducía la ambulancia

—Pónganlo más derecho

y después férulas, cuerdas presionando las férulas, mi abuelo con el talón sobre un montón de

ladrillos, mi padre

—¿No duele mucho?

mi abuelo

—Eres un marica como tu madre no duele un pito

mi padre serio, callado, se notaba que nervioso, el chófer besándome la mano

—Con la esperanza de que un día me perdone

y perdonar un huevo, no te perdono ni te lo sueñes, en mi familia salimos a las madres, yo salgo a usted, abuelo, linda como una cantarilla e incapaz de olvidar, no se atreva a desmentirme, guardé el reloj de cadena como el sujeto más joven que el señor se guardó el patito, está en mi habitación, en el joyero, un día de estos lo llevo a arreglar

—¿Cuándo acabas vida?

una esfera nueva, punteros nuevos y mis horas medidas que estas cosas antiguas duran para siempre, por una vez tómeme en serio, no se ría, mi padre nervioso puesto que no paraba un momento, mi abuelo, harto de bailes

—¿Te importa aguantarte quietecito?

y le importaba aguantarse quietecito, acabó en el corral azotando a la mula, aquí hace falta una viña para mandarme a mí misma a jugar, la dueña de la tienda de ropa, con el chófer en la cabeza

—¿Quién era aquel paleta?

y lo que me vino a la cabeza, ahí están los caprichos del hipotálamo, no fue él, fueron los dos extranjeros, en bicicleta, por el arcén de la carretera, acompañados por un perro hirsuto, el hombre con un sombrero de loneta y la mujer con una cinta en el pelo teñido, fueron las playas del otoño vacías, sin huellas de pies, y todo empieza a cambiar en septiembre, el señor pasando la palma por mis costillas sin relieve

—¿Cuándo me has dicho que te reconstruyen el pecho?

yo, con el costado en su costado como si nosotros una pareja y, en ese momento, Dios existe, nosotros una pareja

—En marzo

contando con los dedos los meses que me separaban de marzo como, juraría, el señor los contaba hacia dentro porque la boca se movía un poco sin que se diese cuenta, si no es mucho pedir abráceme otra vez, por favor, y como la dueña de la tienda de ropa me había preguntado

—¿Quién es ese paleta?

le respondí, cua cua

—Un amigo

y, a lo mejor, un amigo de verdad al que le angustiaba mi cáncer, va a morirse, va a morirse, lo agobiaba la posibilidad de que lo hubiese contagiado, debería de haberle dado el teléfono de la consulta de la médica gorda, con un vestido horrible, para pedirle que se desnudara en el biombo,

los coditos más atrás, los coditos más atrás, y encontrarle un bulto

—Me parece que hay algo respire despacio

la dueña de la tienda de ropa, sin creerme

—¿Un amigo?

como no creería si se los presentara que mi abuelo mi abuelo y mi padre mi padre, como no creería en la casa ni aunque entrase en ella conmigo, en mi madre tuvo que creer, qué remedio, le fregaba el suelo del almacén pero la dueña de la tienda no hablaba de ella y, si viniera a Lisboa, la ocultaría

—Espero que lo entiendas no pueden verla

y tiene razón, señora mía, o sea y tienes razón, no pueden verla, una campesina limpiándose las manchas de la cara en el delantal, con un portugués plagado de errores y consciente de que con un portugués plagado de errores, no le quito mérito, intentando no existir, al contrario que mi abuelo que, si se encontrase de casualidad con la dueña de la tienda de ropa más el vestido caro y los pendientes

—¿De dónde has sacado ese desastre piojo?

y la dueña de la tienda de ropa ni mu, el señor a mí

—Cinco meses y medio

y cinco meses y medio, ha acertado, que confirmaron mis dedos, es decir la mano izquierda y una falange del pulgar de la otra, no fue mi cara la que se arrimó a la suya, fue la suya la que se arrimó a la mía, el señor no

—Piojo

el señor

—Niña

y no estaba la cortina ni una silueta acechando, estaban las rosas, estaban o estaba, y los árboles de la China, el jardinero metiéndose en el invernadero, el empleado de la chaqueta blanca a mí

—Todo tiene solución niña

estaba yo enseñándole la viña al señor

—Cuidado con los alacranes

corriendo hacia él, con los brazos abiertos, linda como un cántaro, con siete u ocho años, y un babi, y descalza, hasta colgarme de su risa.

Hay momentos en los que solo me apetece que me dejen sola, no me miren, hagan como si no existiera y de hecho no existo porque no estoy con ustedes, ni siquiera estoy conmigo, no estoy con nadie, mi cuerpo una cosa que no me pertenece, mi voz, si la escuchasen, de otra persona, el pianista apartando las manos del teclado y posándolas en las rodillas

—Vamos a volver al principio ¿qué te pasa?

doña Eugénia

—Coge la tiza y termina la suma ¿te has dormido?

la dueña de la tienda de ropa al pianista

—No es la primera vez que le pasa con una canción nueva

mi madre

—¿No comes?

y fuera la lluvia, olores tan diferentes a los olores de Lisboa, parece que los muertos se entienden, esperen un poco que ya canto, termino la suma, como, mi madre

—Si tu padre no arregla el tejado un invierno de estos nos ahogamos en casa

gotas en la cómoda, una gota gorda en el mantel, el pianista dándome la entrada y deteniéndose unos compases después, con las arañas de los deditos moviéndose en el aire colgados de hilos

—¿No es ahora?

vive con un segundo hombre, un peluquero, cerca del castillo, antes del peluquero un señor, de más edad, que diseñaba joyas, con un anillo en el pulgar y un anillo en el meñique, simpático, delicadísimo, me regaló una pulsera

—No se sienta obligada a ponérsela

me la pongo de vez en cuando, el pianista y él se hicieron amigos

—Álvaro es un santo

y yo de acuerdo, un santo, buena persona, tranquilo, dos hijos ya mayores, un chico y una chica, que cortaron con el padre

—Influencias de la familia

al saber lo del pianista, olores tan diferentes de los olores de Lisboa, pueden no creerlo pero siento hasta las piedras, conozco los sitios donde están incluso sin verlas, el granito, por ejemplo, lo olfateo a la legua, me gusta arrimarme al granito, así rugoso, con mica, por no mencionar el musgo oscuro de las grietas, la voz del diseñador de joyas, que tropezaba un poco, disimulando el

tropiezo con una sonrisa

—El chico biólogo la chica no lo sé

ambos viviendo en casa cuando el pianista lo convenció para dejar a su mujer, ahora un estudio pequeño con una cama de soltero, disfrazada de diván, llena de almohadones de colores, el hijo se lo encontró cuando rondaba el edificio donde vivió veinte años

—No se atreva a tocarme

el diseñador de joyas al contármelo

—Y ahí confieso que me vine un poco abajo

y yo pensando cómo mi vida, nostalgia del granito y los cañizos de la ribera, está llena de señores Albuquerque, se va uno y viene rápidamente el sucesor, parece que tengo miel, no me dejan en paz, la dueña de la tienda de ropa

—No hay infeliz que no se te arrime

y es verdad, no hay infeliz que no se me arrime, a ciertos amigos míos son los borrachos o los mosquitos, tengo ejemplos, mi guitarrista, mira, atrae a todo tipo de animales domésticos, ir con él por la calle un tormento, amenazando con dar patadas todo el rato, el solista sugiere que fue azucarero en una encarnación anterior y el guitarrista, enfadado, aunque bajo, delgadito

—Para tu información se está rifando una torta y tienes muchas papeletas

perdiendo casi el equilibrio sin acertarle en el lomo, el diseñador de joyas trabaja con un tubo en el ojo como los relojeros, cuando lo apoya en la cabeza, para hablar, un círculo rojo en la piel que tarda en desvanecerse, después de desvanecerse, el desamparo de la cara, seguro que cena un plato de cereales, de esos con regalo, en una esquina de la mesa de las joyas, puesto que un cesto, lleno de muñecos de plástico, en el suelo, duendes, soldados, un dinosaurio monstruoso, debe de estar esperando que se case el hijo para conquistar a un nieto con aquello y escuchar

—Al final dejo que me toque vale

el pianista, colocando el banco, después de un gesto de la dueña de la tienda de ropa, que ella creía que no había visto

—Vamos a intentarlo por última vez y ay de ti si te equivocas

a mí que solo me apetece que me dejen sola y no me hablen, ahora me venía bien el ojo del diseñador de joyas, cómo será el mundo a través de él, la casa de mis padres del tamaño de un átomo de la propiedad del señor, la silueta en la cortina sin duda una mujer, yo al empleado de la chaqueta blanca

—¿Quién es?

el empleado de la chaqueta blanca haciendo como que no oía o si no

—No piense en eso niña

cuando murió fue la única vez que vi al señor llorando, no en el jardín, lógico, en el despacho, no se limpiaba las lágrimas, le bajaban por las mejillas encallando en las arrugas, saqué el

pañuelo del bolso con la intención de secárselas y el señor, sin levantar el brazo

—No

el señor, en un susurro

—¿Lo hiciste por mi culpa Marçal?

creía que a los cincuenta y seis años nosotros secos, todo seco por dentro y al final hay piezas que oscilan y todavía lloremos, después me acordé de viejos a los que les emociona el simple hecho de continuar en la superficie, como si vivir un privilegio del copón y no lo es, la mayor parte del tiempo un coñazo, además no creo que existan, el pianista a mí

—Sube una octava sube una octava

muerdos en los cementerios, subí una octava y media, que me venía mejor y él

—Solo una octava caramba

pero se pasean por ahí observándonos, basta prestar atención y oigo

—Piojo

y yo esperando que insista

—Piojo

que afortunadamente no llegó, para creer que aquel demonio en Lisboa, no es que no pudiera, entonces él, es que no lo concibo sin lechugas, cabras y los robles inventando petirrojos, aquí los árboles dan gorriones y es un palo, el pianista, sin interrumpir el acompañamiento

—Sigue en la octava y media tienes razón queda mejor

yo bordándolo como pedía la voz, sin enfadarme con él, el sujeto más joven que el señor, al otro lado del cristal

—Aguanta un poco más pequeña que nos alucinas a todos

y aguantar el qué si la voz no obedece ni a sí misma cuanto más a mí que no la he hecho, no paso de un cartero que entrega encargos que no he escrito ni recibo, me los pasaron así

—Si está ahí y encontrándolo como lo encuentro es posible que esté ahí repita piojo señor

los reparto y eso es todo, el bandido ni mu, así lo parta un rayo, aunque llame

—Abuelo

no gano un duro con el quiosco, la médica gorda, con un vestido horroroso

—Antes de la reconstrucción no se vaya a complicar la cosa hacemos unos estudios

más coditos hacia atrás, más

—No se mueva

más

—Respire hondo

y yo, con bata verde, dentro de un cilindro que zumbaba, la médica gorda, con un vestido horroroso, no a mi lado, en un cuarto al lado, solo sílabas hinchadas en un micrófono que las torcía, capaz de generar bultos donde hasta entonces ninguno, el señor

—No me imaginaba que podía llorar y más aún delante de alguien

ignorando mi pañuelo, cincuenta y seis años, quién se lo cree, las rosas, idénticos a diez u once, las rosas las campanitas diferentes, más suaves, más, por poco se me escapa que más humanos, qué tontería, desde cuándo las rosas, a lo mejor, después de los cereales, el diseñador de joyas se entretenía con los regalos, les ponía nombre, los escuchaba, se enfadaba con el dinosaurio tirándolo al cesto mientras le reñía, la fiera justificándose

—La culpa no es mía

o espíaba, desde la acera de al lado, el edificio de la esposa, comprobando que habían cortado el árbol que le gustaba y que torció un camión, el pianista

—Ponle toda tu alma pequeña

el restaurante tailandés, siempre vacío, cerrado y en su lugar un minimercado ramplón, con un hombre con turbante echando cuentas en el mostrador, luz en el balcón del salón, la televisión encendida, que se notaban reflejos de colores, y sin embargo ni una señal de, el pianista, de gente, insistiendo

—Toda tu alma pequeña

con los ojos cerrados, casi aplastando las teclas, con las cejas debajo de la nariz, el sujeto más joven que el señor abrazaba a la dueña de la tienda de ropa, entusiasmado, el cilindro de la prueba se deslizó hacia atrás de mi cabeza dejando el zumbido, una enfermera, también con bata verde, salió de una puerta lateral, empujando dos escalones en dirección al aparato y me cogió de la muñeca

—La ayudo a levantarse

una ventana al fondo con tres o cuatro personas, entre ellas la médica gorda, con un vestido horrible, inclinadas estudiando trozos míos, apuntando algo con un lápiz y un fulano con la barba grisácea subrayando no sé qué, mi alma probablemente eterna, el pianista se libró de las cejas con el movimiento de cabeza de quien vuelve de un chapuzón, mirándome como me gustaría que me mirase el señor

—Tengo que besarte

y no me besaba, mi abuelo creo que sí, cuando estaba seguro de que la cantarilla distraída pero probablemente presunción mía, vanidad, qué tontería darle importancia a un provinciano que escribía su nombre con dificultad si le daban toda una tarde y una docena de aperos, las abejas del vecino imitaban al viento, con una lentitud rencorosa, el señor aceptando por fin mi pañuelo

—Si alguien sospecha de lo que ha pasado aquí te mato

no fingiendo, en serio, guardándoselo en el bolsillo, sacándolo del bolsillo, observándolo un rato y tirándolo al suelo

—Coge esa mierda

con ganas de darme una bofetada

—Si alguien sospecha

y trenes, trenes, el padre del señor al señor

—¿Qué hombre eres tú sabandija?

y el señor no al padre, a mí

—A la calle

añadiendo, cuando yo ya en la puerta

—Puedes creerlo

esto es una novela de amor

—Puedes creer que te mato

nosotros, más pobres que el vecino, no abejas, avispas en el charco de las traseras y bronquitis de mula, el señor no me llamó durante meses, si llamaba la secretaria

—No está

con el tono, más ladrado que dicho, en que el señor

—A la calle

y, de inmediato, el ruido continuo de cuando se cuelga, tiene razón, señor pianista, volvamos al principio, tiene razón, doña Eugénia, no he terminado la suma, tiene razón, madre, no como, si se hubiese casado con el sobrino del emigrante

—No tendría ni que moverme me bastaría con levantar un dedo

excusaba preocuparse por mí puesto que yo no nacería y mi madre en una casa no de granito, de azulejos rosa y un león, de porcelana o así, sin la mitad de la cola, en el arriate de las dalias, a la dueña de la tienda de ropa quizá le gustase, no sé, tantos bibelots en su salón, tantos pañitos, un espejo con el marco de talla donde nos sorprendíamos por ser como decía él debido a la impresión de que nos añadía algo que no teníamos fuera de él, más elegancia, más porte, incluso si nos sentábamos lejos venía a buscarnos a la fuerza

—Vengan aquí

y nos ponía delante de lo que entendía que éramos, contrahechas, extrañándonos, aunque no se le viesan manos la seguridad de que nos agarraba, no hay espejo que no sea egoísta pero este más posesivo que los demás, la dueña de la tienda de ropa a las amigas

—A veces pierdo la paciencia con él

ordenándole

—Deja a la gente en paz

y al ordenar

—Deja a la gente en paz

ya estábamos presas, sin remedio, en el marco de talla, arreglándonos el pelo, colocándonos un tirante, descubriendo un lunar, yo, el señor no me llamó durante meses, sonriendo sin placer, la médica gorda, con un vestido horroroso

—El doctor Borges cree que haríamos bien en repetir el estudio antes de la reconstrucción o sea el fulano de la barba grisácea que estudió el fragmento, con cientos de bolígrafos y agendas en los bolsillos de la bata

—Soy un gran admirador suyo tengo todos sus discos

al que el cuello del lado izquierdo de la camisa hacía desaparecer la corbata, lo que hacía que nos entrasen de inmediato unas ganas irresistibles de ponérsela derecha que obligaba a luchas difíciles con el hormiguero de los dedos, ansiosos por conseguirlo, quién en este mundo no padece el ansia de simetría, quién aguanta, por ejemplo, un jarrón que no esté en el centro de la mesa o uno de los dos enanitos más alejado que el otro, con Blancanieves en el medio, el fulano de la barba

—Por precaución lo entiendo su vida es preciosa

y de inmediato, en sus rasgos, cáncer cáncer, otra vez el bulto, no en el pecho que no tengo, en el interior de las costillas, no un bulto, dos, tres, en el pulmón y en los otros horrores que protegen las costillas y cuyo nombre desconozco, el pecho que no tengo esparcido por todo el cuerpo, en la cabeza, en la barriga, en los brazos, en las piernas, mi padre no será el único en la familia que vomite heces, yo también, la dueña de la tienda de ropa, arreglándose una pestaña en el espejo

—Qué tétrica

pero una especie de alarma en sus ojos que bien lo notaba, no por mí, por el miedo a perder lo que le traía, el automóvil nuevo, el apartamento inteligente, viajes al extranjero para seguir los conciertos, un hombre con posición que, maniobrado con habilidad, tal vez se casase, nadie me echa cuarenta y dos años, treinta y cinco como mucho, me vestí en un cuarto pensando en el señor, en las rosas, en el granito y en la mula, pensando en lo que perderé y en mi madre

—Madre

tan lejos, deprisa cójame en brazos, no deje que me muera, el fulano de la barba esperándome fuera

—Le voy a parecer poco original pero ¿le importaría darme un autógrafo?

dándome uno de los cincuenta bolígrafos y sacando la hoja de una agenda de argollas del veinte de agosto, veintiuno de agosto y veintidós de agosto, el veinte de agosto clase práctica, colonoscopias, asesor económico a las seis, el veintiuno de agosto revisión del coche, charla con los internos, acuario para Mariana con un pecesito plateado, cena en casa de Carlos, el veintidós de agosto, en mayúsculas, cumpleaños de Maria Helena y, bajo el cumpleaños de Maria Helena, con un signo de interrogación subrayado, reloj o anillo, el fulano de la barba poniéndose colorado, poniendo la página al revés

—Perdón

al otro lado de la página diecisiete de agosto, dieciocho de agosto, diecinueve de agosto, el diecisiete de agosto sesión clínica del Servicio, clase práctica, aguantar a Fernando, prueba de la

próstata, vaya, el dieciocho de agosto quiste en la nalga, consulta en Seixal, tranquilizar al novio de la empleada, cenar con los coñazos de los suegros, el diecinueve de agosto el novio se lo ha tragado, al final hasta un abrazo, mi suegro quejas de dolores en el corazón ya no va a tiempo el estúpido, como escribirá mañana le he pedido un autógrafo a la cantante que se va a morir pronto solo le falta metástasis en las uñas de los pies, tendré tiempo de hacérmelo con ella, el fulano de la barba quitándome la página a toda prisa

—Tonterías no haga caso

y desapareciendo sin autógrafo, por el pasillo, como si alguien lo llamase

—Si es urgente ya estoy de camino Adelaide

y no lo llamaba nadie, solo una empleada, con un cubo y una fregona, limpiando no sé qué en que se resbaló el fulano de la barba

—¿Quiere que me rompa una pierna?

llegando a una cortina misericordiosa, a propósito de viento tras la casa del señor la danza de los pinos, hay momentos en que solo me apetece que me dejen sola, no me miren, hagan como si no existiera porque no estoy con ustedes, ni siquiera estoy conmigo, estoy con mi muerte y la médica gorda, con un vestido horroroso

—Para encontrar la salida basta seguir las flechas

y, siguiendo las flechas, enfermos como yo, personas con botellas de oxígeno, una ventana con un avión bajando, una familia de gitanos, nocturnos como bisontes, a los que mi madre, cuando le apetece asustarme, juraba haberme comprado cuando era un bebé y tal vez por eso, con la esperanza de que mi madre no me devolviese, no atravesaban la aldea, pasaban de largo, repletos de niños también a la venta, mi madre, sin interés

—Uno ya me llega y sobra

y una tarjeta del señor acompañando un par de pendientes, perdona, la dueña de la tienda de ropa abriendo el estuche, apretando un clavito dorado, con dos perlas, en forma de lágrima, dentro

—¿Cuánta pasta habrá costado esto?

con miedo de dormir con los pendientes en casa

—Es mejor que alquiles una caja fuerte en el banco

como si me interesaran los bancos, me interesaba la tarjeta escrita del puño y letra del señor, que nunca escribía de su puño y letra, una secretaria tecleaba los recados, yo besando el perdona, yo suspirando, yo a la tarjeta, bajito

—Está perdonado

yo llamándolo y una voz rubia

—Un momento

música al otro lado y una segunda voz rubia

—Un momento

la música de vuelta, interminable, yo muy nerviosa

—Por amor de Dios échenme una mano

con la tarjeta pegada a la mejilla, con la tarjeta pegada a los labios, acabó la música, empezó de nuevo y un piano atravesando las nubes de la orquesta, apartándose de ella, acercándose, hundiéndose en el interior de los violines para volver a la superficie con un acorde torciéndose en el pico, cuando iba a devorar el gusano del acorde lo interrumpió la segunda voz

—Hace unos minutos que he podido entrar en el consejo directivo el señor la espera el jueves a las tres

el señor la espera el jueves a las tres, el señor la espera el jueves a las tres, podría escribir esta frase durante un capítulo entero, ganas de volver a llamar y pedirle a la voz rubia

—No quiero hablar con nadie solo quiero si no le importa que me ponga un poco la música de cuando esperamos

para saber si el piano se comió el acorde o lo devolvió al agua de la orquesta, le di los pendientes a la dueña de la tienda de ropa que se ofreció a llevarlos al banco y me olvidé de ellos como ella se olvidó de la caja fuerte pero seguro que no se olvidó de un amigo con negocios en el extranjero, estaba en medio de esta frase, lo que son nuestras cabezas, y me vino el miedo de que mi madre me hubiese comprado de verdad a los gitanos, si voy un día a la aldea me dejo de cuentos y lo pregunto, mi madre que, son el tiempo, endureció la oreja, ablandó el resto del cuerpo pero la oreja, por qué explicación, de piedra

—¿Qué?

lo que me da pena porque no oye la lluvia, me angustian las personas que no oyen llover, lluvia de la tarde, melodía mansa, vagos deseos de llorar bajito, he vuelto a mis caprichos de criatura, etcétera, no pretendo aburrir a nadie con versitos, tenemos mucho que hacer, tanto tiempo desde hoy hasta el jueves a las tres, hoy lunes no, mañana una grabación y como de costumbre, qué duda cabe, el sujeto más joven que el señor va a gritar con el guitarrista, al otro lado del cristal

—Envuelve el sonido envuelve el sonido

dibújalo alrededor de su voz sin tocarla, si por casualidad la voz se acerca apártate, baja, a qué estás esperando, mi madre

—Comprarte a los gitanos debes de estar loca ni te imaginas lo que pasé durante el embarazo estaba segura de que me iba a morir

mientras el sujeto más joven que el señor no dejaba de importunar al músico, te he dicho, imbécil, a qué estás esperando, baja siguiendo con ella, la guitarra más rápida, la guitarra más fuerte, cuántos años hace que andan en esta vida, cretinos, hasta parece que no conocen su ímpetu, no merecen el caché, merecen una patada en esas nalgas estúpidas, menos mal que no está aquí, señor Albuquerque, lo que iba a oír

—¿Y los agudos animal qué has hecho con los agudos?

y en esos momentos el sujeto más joven que el señor dándose cuenta del

—Cua cua

de ningún patito en la bañera, en el balcón al mar donde la oscuridad se transformaba en guijarros invisibles excepto cuando una porción de luna los descubría por unos segundos robándolos deprisa, la porción de luna al sujeto más joven que, de lunes a jueves cuatro días siniestros, lo que queda del lunes, martes, miércoles y jueves hasta las tres, díganme si hay alguien en todo el mundo que pueda soportarlo, la porción de luna al sujeto más joven que el señor

—Aprovecha para mirar los guijarros que voy a quitártelos

idéntico a un compañero de su padre que hacía desaparecer un cigarro encendido en la mano, enseñándole los dos lados

—El bandido se ha pirado

y hasta hoy no ha conseguido descubrir dónde lo escondía su compañero, al final el cigarro se materializaba en la boca, palabra de honor que entero y echando más humo que antes, la madre, incrédula

—Yo para mí que es un milagro

el padre, dándole palmadas en la espalda al amigo

—Eres único Saraiva eres único

hasta que Saraiva un último milagro, o sea evaporó a la madre del sujeto más joven que el señor que resurgió en casa del tal Saraiva, entera, radiante, la única diferencia consistía en que la madre del sujeto más joven que el señor no echaba humo, sentenciaba convencida al marido

—Prefiero a Saraiva antes que a ti y se acabó

con las piernas cruzadas, avanzando la mano al punto y empezando una camiseta para Saraiva porque los catarros de febrero empiezan dentro de nada, semanas después, que la vida no espera, al entrar en casa, después del colegio, el sujeto más joven que el señor se encontró a una chica encerando la tarima que en lugar de

—Buenas tardes

le ordenó

—Quítate los zapatos que no me gusta trabajar por trabajar

el padre, también descalzo, qué remedio, anunciándole, prometedora

—Isabel y tú vais a llevaros como Dios con los ángeles

Isabel, beligerante

—Siempre que no haga tonterías

con el pelo cogido con una cinta, iluminando los ojos de los hombres en la calle, el sujeto más joven que el señor enamorado de ella, es decir gestos sin ton ni son, unas ganas de estar cerca

—Quítate de en medio plasta

acidez de estómago, problemas en la tripa, algo en la garganta que le dificultaba el habla, deseo

de hacer desaparecer cigarrillos que no tenía, enseñando los dos lados de la mano y la chica

—¿Qué tontería es esa?

en lugar de

—Eres único palabra

o, mejor aún, la chica al padre del hombre más joven que el señor

—Prefiero a tu hijo y se acabó

y, sin embargo, siempre

—Quítate los zapatos chaval que no me gusta trabajar por trabajar

él, con siete u ocho años, explicándole al padre

—Tengo que convivir con los remordimientos de traicionarlo es así que quiere que haga

y qué podía hacer, era así pero desgraciadamente la chica, es así también, las suprarrenales, qué serán las suprarrenales, tenemos dentro hasta suprarrenales, qué rollo, el pelo, sin cinta, cayendo a montones, no exagero, cayendo a montones, el cuerpo abatido sin mover un dedo, una pregunta extraída con dificultad de un lodazal de sueño

—¿Qué ha sido de mi energía?

el médico examinando las rayas impresas en una tira larga

—El corazón no me huele bien

un primer ataque y ella

—Ay yo

aguantándose más o menos, el médico al padre del sujeto más joven que el señor

—Le dije que no me olía bien el corazón ¿verdad?

y una tarde, no lo olvidaría nunca, la chica, que antes se reía del patito

—Un hombretón que no puede estar sin un bicho aplastado qué tontería

pidiéndole tímida, desde el fondo del pantano donde, al sujeto más joven que el señor, seguía respirando como los guijarros por la noche, invisibles pero vivos

—¿Te importaría prestármelo un poco?

de forma que el sujeto más joven que el señor le dio el bicho aplastado y, en el momento en que se lo dio, el segundo ataque, el jueves a las tres, cuatro días aún, con suerte ninguna ventana en lo alto, nadie, solo nosotros, el señor y yo, más las rosas tintineando en los cristales, con suerte el señor

—Niña

con suerte la médica gorda, con un vestido horroroso

—Las pruebas están todas bien vamos a reconstruirle el pecho

y ninguna cicatriz, ningún rastro, simétricos, el patito rodó por el suelo, casi hasta los pies del sujeto más joven que el señor, en medio de las piedras invisibles que el mar recogía en la oscuridad para no devolverlas, el sujeto más joven que el señor vio una cinta de pelo que se

desprendía despacio y la dueña de la tienda de ropa enseñándosela

—¿Qué es esto?

la cinta que escondía el sujeto más joven que el señor también en la casa de la playa en recuerdo de la pasión de sus siete años que la enfermedad se llevó, a cada rato, incluso durante el trabajo, se acordaba de las suprarrenales

—Suprarrenales

y se olvidaba, a partir de las suprarrenales el padre solo, después de él mayor cenaban los domingos una sopa o unos huevos, en compañía de la empleada que buscó el padre y que dormía en casa, empleada narices, una vez el padre, guiñando un ojo

—¿Te acuerdas eras tú chaval de las suprarrenales?

el sujeto más joven que el señor, avergonzado

—Más o menos señor

guiñándole también el ojo y se quedaron masticando en silencio, con el recuerdo de la chica revoloteando por allí hasta que el padre

—Es así

y la chica marchándose con un gesto, la empleada del padre (¿empleada?)

—¿No lo han visto?

y claro que no lo vieron, el qué vieron, a quién vieron, el sujeto más joven que el señor

—No he visto nada

la chica que tal vez no fuese mala idea visitarlo algunas noches, cuando ninguna mujer con él, dándole unas horas de compañía

—Siempre que no hagas tonterías

en el balcón, mirando las olas hasta que ella

—Ya va siendo tiempo

y no sonaba el pestillo de la puerta, ningún paso en los escalones, solo el patito, que debería de estar en la bañera, sobre la mesa del salón

—Es así

la seguridad de que el patito

—Es así

y el sujeto más joven que el señor de acuerdo, claro

—Es así

porque era así y se acabó, el sujeto más joven que el señor cerrando el balcón para que el mar lo dejase dormir, corriendo la cortina para que no le despertase la mañana, desnudándose, doblando la ropa por los pliegues, en la percha del armario y juntando los zapatos, con los calcetines dentro, abajo, ya en la cama se encontró a sí mismo esperando que suelas en el vestíbulo y ninguna suela, que su nombre y silencio, que sonase el timbre y no sonó, le pareció,

mientras bajaba en el interior de sí mismo, que una voz resignada

—Es así

comprendiendo, mientras se disolvía en el sueño, que había sido él quien dijo

—Es así

antes de, sin darse cuenta, desaparecer de sí mismo.

El jueves a las tres el señor no estaba en su mesa, estaba sentado en el otro extremo del despacho, junto a las rosas, y el, cuánto tiempo hace que no lo veía, el vagabundo en dirección a las dunas, más rápido que de costumbre, como si alguien esperándolo al otro lado de los pinos, yo que nunca había visto a nadie esperándolo o hablando con él, cuando se dirigían a él fingía no oírlo o se marchaba, parecido a una perra que tenía mi padre para las perdices, solo se arrimaba a olisquearlo cuando veía la escopeta para, enseguida, arañar la puerta y andar pegada a él, sin escopeta dormitaba en el patio, indiferente, rechazando el cesto en el porche, rechazando a los machos incluso por el día, en invierno se le abría la puerta y no entraba, incluso si mi madre o yo con el cazo de la comida solo lo aceptaba si se lo poníamos fuera, el señor a mí ninguna señal, ninguna sonrisa, señalando con el mentón el sitio donde desaparecía el vagabundo

—¿Lo has visto?

como si lo hubiese esperado meses y meses, yo sin entender por qué los pendientes, por qué

—Perdona

por qué el jueves a las tres, qué significado para usted, dígamelo, sabiendo que no me, la perra se llamada Perra, no necesitaba otro nombre, sabiendo que no me lo diría nunca, retrocedí en dirección a la puerta, ofendida, y el señor

—Espera

las mismas órdenes cortas que mi padre al bicho solo que en vez de una palmada en la grupa la mano un instante en mi hombro y, en lugar de Perra, el señor

—Niña

y yo parada esperando, con el cuerpo afilado hacia él, mirándolo, deseosa de que su mano de nuevo en mi hombro pero el señor con el vagabundo en la cabeza

—A lo mejor es un ángel

no permitía que el jardinero lo echase, no permitía que le prohibiesen la entrada, lo dejaba pasear por el jardín y se quedaba siguiéndolo como si buscara alas, la madre del señor remetiéndole la ropa de cama

—Un ángel aquí en tu cuarto ¿estás tonto?

apagándole la luz

—Lo que tienes es sueño muchacho

el señor a mí, avergonzado

—No sé qué me das que vuelvo a ser una criatura
la voz del padre, desde el salón

—Debe de haberse quedado dormido por lo menos se ha callado
no insultándolo, no

—Sabandija

algo en él, mucho más joven que el señor ahora, vibrando, el señor, irritado, solo me faltaría
que le gustase, qué rollo, el señor a nadie

—Cuando me odian es fácil

Marçal, en mi oído, él que murió hace dos años

—¿No había dicho que no lo conocían niña?

y las rosas, claro, eso señor lo entiendo

—Es un flojo es un flojo

y decidió cortarlas, a Marçal lo disculpaba, a las flores ni pensarlo, quiénes se creen que son

—Ya os doy yo flojera

se da la mano, a quien quiera que sea, y te cogen el pie, mira mi mujer y la historia del tren,
mira la niña a lo mejor un plan justamente para llevarme, mira las dunas que si no fuese por los
pinos ya me habrían comido y quién me asegura que los pinos, disfrazados de amigos, tampoco
conspiran, la mano del señor dudando en mi hombro, soltándome, volviendo

—Me has hecho falta

y como poseso por haberle hecho falta, si por él fuese otra torre, otra ventana y yo encerrada
arriba observando desde la cortina, la esposa y yo vigilándolo y vigilándonos la una a la otra, de
vez en cuando pasos en la escalera y un empleado

—Son órdenes

tal vez el que sustituyó a Marçal, tal vez el chófer, tal vez hasta el señor, callado, desnudándose
sin prisa, mientras el vagabundo de vuelta de Guincho, cruzando el portón como si fuese a
Cascais, la dueña de la tienda de ropa

—No te ha quedado mal el pecho casi no se nota

y un huevo no se nota, se ve de inmediato que no es mío, cuando empiece a arrugarme se
mantendrá intacto, derecho, la médica gorda, con un vestido horroroso, con envidia de mi edad,
veintidós años, qué suerte, yo en octubre cincuenta y media dioptría más en las gafas de ver

—Hasta entonces que no te compliques la vida

esto si mientras tanto ningún bulto más y probablemente más bultos, el cáncer no se olvida
nunca de nosotros, una molestia abajo a la que no le hacemos caso o un pinchazo en la espalda, el
señor a mí

—Tengo que ver al presidente antes del hotel

no un palacio, una casa oscura con hombres de paisano en la entrada que se asomaron al coche

—Por favor por favor

más hombres de paisano en el patio, lo que parecía una ametralladora en una especie de vano, lo que parecía una segunda ametralladora, cubierta con un plástico, en un ángulo de la terraza y dos bultos de paisano fumando, uno de ellos con un aparato de radio, cerca, un arco en el cual la gobernanta del presidente, casi de su edad, en los, la médica gorda, con un vestido horroroso, escribiendo en mi informe

—Vamos a agendar una revisión en tres meses

tres meses muchísimo tiempo y el corazón sereno, tres meses mañana y el corazón un saltito contra mi garganta, el corazón la perra de mi padre, de repente estirada ante un matorral, así tan larga, quieta, y la escopeta bajando despacio, buscando, yo detrás de mi padre, con las manos en la boca, yo delante de la médica gorda, con un vestido horroroso, las manos en la boca, la gobernanta del presidente pasillos y pasillos, salitas, una escoba apoyada en una cómoda con un reloj antiguo, el péndulo inmóvil en una campana de cristal y por lo tanto no tres meses, ningún tiempo, vamos a agendar una revisión en ningún tiempo y mi corazón dándose martillazos a sí mismo, parándose, siguiendo, tres meses o ningún tiempo, escaleras, una empleada con delantal pasando a nuestro lado con un cesto de ropa, un par de rodillas tapadas con una manta entre dos puertas, la gobernanta a las rodillas

—Presidente el señor

una muñeca estrecha sobre la manta, una voz estrecha

—Muy bien muy bien

sin que yo le viera la cara o el cuerpo, veía el

—Muy bien

desaparecido, la gobernanta dándole al señor una silla y el señor esperando que la muñeca estrecha le permitiera sentarse, veía, en un pisito modesto, al padre del señor a la madre del señor, disimulando el orgullo

—No confiaba mucho en él y mira dónde ha llegado incluso con miedo a la oscuridad el sabandija

mirando siempre la bombilla del pasillo con miedo a que la apagasen, luchando contra los párpados, sin enfadarse con los ángeles y, a propósito de ángeles, ojalá el vagabundo haya resistido a las dunas, sabandija ahora un elogio, no un insulto, el presidente al señor

—¿Están?

y el señor explicaciones complicadas de préstamos e intereses mientras la gobernanta, cuchara en ristre, después de ponerle una servilleta con el escudo nacional al cuello

—¿Ha visto qué bonita es la servilleta señor?

le iba dando un caldito, recogiendo lo que le escurría de la comisura de los labios con la punta de la cuchara y el presidente chupando la punta, tardando en masticar

—Todavía no me lo he tragado

los trocitos de pollo y las letras de la pasta, el presidente, satisfecho, pescando una L y una A de la lengua

—Mira una L mira una A

con ganas de construir una palabra, la gobernanta, autoritaria, con un zapatazo

—¿Cuántas veces tengo que decirle que no meta los dedos en el caldo?

el presidente descubriéndome en un rincón

—Soy yo quien manda en Portugal ¿lo sabía?

en un despacho exiguo, con los muebles desemparejados, papeles amarillos y fotografías difusas, un archivo, al que le faltaba pintura, con un busto sin nariz, la nariz al lado, de alguien importante con bigote, la gobernanta al presidente

—Mande todo lo que quiera pero no hable con la boca llena

y, a mí

—El pobre

dos o tres minutos esperando, fuera palomas dando vueltas, frente al hotel un autobús de ingleses blanquísimos soltaba maletas y personas, con el chófer, en mangas de camisa y gorra hacia la nuca, explorando los dientes con una cerilla limpiándola en los pantalones, sin ayudar a nadie, se entendía que el mar a la izquierda porque el cielo más claro, a veces las olas, sobre todo en mayo, parecen no formar parte de él, qué me pasará dentro de tres meses, viviré lo suficiente para que el fulano de la barba, lo que dudaba entre el reloj y el anillo, se lo haga conmigo, le prometo que si las pruebas van bien le dejo que se lo haga conmigo, en este o en otro hotel más barato que este, en una pensión, en un cuarto, en su consulta de Seixal, mirando al río, con las gaviotas chillando por mí o con mis chillidos confundidos con los suyos sin que usted distinga quién grita más alto, las gaviotas y yo devorando cangrejos, percebes, basura de la bajamar, qué sé yo, y usted, en su agenda, ayer estuve con la cantante, no subrayado, en mayúsculas, con un rectángulo alrededor, ayer estuve con la cantante, ayer estuve con la cantante, AYER ESTUVE CON LA CANTANTE, usted que, de tan nervioso, no estuvo con ninguna cantante, usted, ayudándose con la mano

—¿Qué es lo que me pasa?

usted

—Me intimida ¿le importa esperar a que me tranquilice?

usted, apartándome los dedos

—Si colaboras me pongo más nervioso

con ganas de que me marche y lo deje solo, sentado en la cama, preguntándose

—¿Y esta?

mientras las gaviotas no paran, tirones de cañizos, objetos que surgían indiferentes del barro, el fulano de la barba con miedo a que lo viesan sin mujer, derrotado, el fulano de la barba, que se decidió por el anillo, pidiéndole a su esposa

—Pon la mano sobre la blusa para verlo mejor

la esposa puso la mano sobre la blusa para que él lo viera mejor y después se giró hacia el espejo para verlo ella mejor, el fulano de la barba, desnudándose

—Vamos allá

y fueron allá, con la ayuda de una crema pero fueron allá, a mitad pensó

—Ay ay

pero levantó las piernas de su esposa y más o menos aguantó, inventó unos suspiros a tiempo, a medida que salía, sin que lo entendiese la esposa, concentrada en el anillo, mirándolo de reojo, también suspirando, cuántos años hace que no imitamos a los dos, ninguno de nosotros habla de ello pero hartos de saber que imitamos a los dos, la esposa con una amiga

—Voy a contarte un problema si me prometes que no lo cuentas

y el problema transformado en pregunta

—Te parece normal que Rui a los cuarenta y seis

la amiga

—¿Por qué no le hablas con tacto de consultar con algún compañero hay pastillas no?

consejos de lencería, música propicia, peinados diferentes, los chillidos de las gaviotas cada vez más irritados, más fuertes, una alcantarilla, diez metros a la derecha, en un alboroto de basuras, al contrario que el jardín del señor, el vagabundo ausente, ni una bombilla en el pasillo para ayudarlo, únicamente pasos de una pareja que se reía, el fulano de la barba se tumbó en la cama y se tapó la cara con el brazo, mientras la otra mano agarraba sus miserias inservibles, la esposa un sujetador transparente, medias de malla, dos lunares a lápiz en la mejilla que en lugar de animar la hacían parecer extraña, quién sabe si con la médica gorda, con un vestido horroroso, podría, a veces comían juntos en el hospital, charlaban de cosas sin importancia, curioso cómo es posible charlar de nada, el compañero le aconsejó unas cápsulas

—Si te viene calor a las mejillas o te duelen las piernas no te preocupes

cuando a él, solo de hablar con el compañero, ya le venía calor a las mejillas y le dolían las piernas, la gobernanta del presidente aplaudiendo

—Enhorabuena se lo ha comido todito

y el presidente una alegría infantil, la perra le dio a mi padre un conejo que se contraía al cual mi padre un golpe seco en la nuca y las patas rígidas, mientras yo, resentida

—He heredado de usted el cáncer

entrando en el hotel, más el señor, mezclados con los ingleses, el sujeto más joven que el señor a la pianista

—¿Y si metiésemos aquí un contrabajo?

el pianista pensándolo, indeciso, la gobernanta al señor

—No merece la pena despedirse que después del caldo se queda dormido como un santo e, incluso durmiendo, el país en condiciones, controlado, con los ministros esperando medidas que no llegaban pero para qué medidas, bastaba con que existiese el presidente, lo tuviesen allí, que

—Muy bien muy bien

para que muy bien de verdad, la gobernanta

—Él ha dicho esto él ha dicho aquello

y Portugal esto y aquello, obediente, fuerte, probamos el contrabajo y no quedaba bien, probamos el contrabajo y quedaba bien, la dueña de la tienda de ropa, con los pendientes de perlas

—No te enfadas ¿verdad?

meneando la cabeza para sentirlos bailar, un caballero de cierta edad, qué expresión cierta edad, con ella

—Muñequita

minucioso, educado, con atrevimientos esmerados si me encontraba distraída y la dueña de la tienda de ropa consintiéndolo con un gruñido feliz, el caballero de cierta edad

—Debería de haberla encontrado hace treinta años

la dueña de la tienda de ropa, mintiendo con descaro

—Casi no había nacido

mirándose en el cuarto de baño al quedarnos solas

—¿Sigo joven?

preocupada con las arrugas, la cintura

—Qué asco el tiempo

respondía al correo por mí, firmaba las fotografías, discutía los espectáculos, enviaba dinero a mi madre, enviaba, sobre todo, dinero a sí misma, cambiamos dos veces de casa, la última en una colina sobre el río, donde parejas de patos silvestres y pescadores los domingos, el señor en el hotel, desilusionado

—¿Estar vivo es solo esto?

y es solo esto, qué rollo, solo esto, qué se puede hacer, señor, es solo esto, para qué estuvo desesperándose de tren en tren, explíquemelo, si es solo esto, una hija con la que no se habla, nietos que no ve, los árboles de la China que no le hacen ni caso, por la noche ángeles, en la habitación, que no nos salvan de la muerte, buscan una ventana abierta para huir de nosotros, el vagabundo persiguiendo algo que no sé qué es o esperando que vengan a buscarlo y desaparecer con las migraciones de octubre, a partir de cierto momento los atrevimientos esmerados del

caballero de cierta edad cambiaron de la dueña de la tienda de ropa a mí, al mirarlo el bigote sonriendo entero a lo largo del labio

—No he podido contenerme disculpe

de las puntas hacia arriba dispuesto a revolotearle en la cara, las cejas también dos bigotes y por lo tanto tres bigotes entre la barbilla y el pelo, llevando dientes y ojos a un lado y otro y caricias vagas que iban atreviéndose, el señor

—Acércate aquí

mientras yo me acercaba al señor o al caballero, no sé a cuál de los dos, el sujeto más joven que el señor al pianista

—¿Y si probásemos el contrabajo solo a partir de ahí?

la voz bajándome a cada nota como si a cada nota la vara de mi padre no en la mula, en mí, en cuanto acabe de cantar un tiro del regidor entre el ojo y la oreja y mi cuerpo saltando de lado, manteniendo por un momento el equilibrio, perdiendo el equilibrio, cayendo, mi padre cogiendo la cabeza del animal, cogiéndome la cabeza a medida que nos caían alrededor las cenizas, el sujeto más joven que el señor a los músicos

—Hacemos una pausa y lo repetimos por última vez

exigiéndole no sé qué al contrabajo y al guitarrista, el chófer del automóvil se levantó hasta el volante y desapareció por la calle, el caballero de cierta edad a mí no

—Muñequita

tardando en elegir otro piropo de su repertorio

—Listilla

al mismo tiempo que el señor

—Niña

yo en casa y en el hotel, dudando entre los dos hasta que la llave en la puerta y la dueña de la tienda de ropa con el pelo más claro, el contrabajo haciéndole gestos al sujeto más joven que el señor, girando una clavija para afinar el sonido

—Tal vez pueda darle una profundidad diferente

la dueña de la tienda de ropa un escote más grande, el regidor y mi padre le ataron las patas a la mula y la fueron empujando hasta un bosque de abedules donde el hijo del regidor, los dos hijos del regidor esperaban con un sacho y una pala, la señora de la tienda de ropa escotes que yo no me podía poner porque el pecho reconstruido, por más que me jurasen que no, diferente, siempre que me desnudaba lo notaba, el regidor presenciando con mi padre el trabajo de los hijos

—Ese hoyo bien profundo antes de que la mula vuelva aquí arriba y empiece a cojear por ahí

además del sacho y de la pala un cubo de cal viva hirviendo, al mencionar el bosque de abedules me refiero a diez u once, los que quedaron, antes de que yo naciese, de una enfermedad cualquiera, me acuerdo de mi madre, echándolos de menos

—Eran docenas

plateados, enormes y, debajo de ellos, casi tan oscuro como la noche, según mi madre más oscuro que la noche pero hay que tener en cuenta sus excesos, recordaba tejones corriendo, a medida que cantaba sentía el contrabajo como que dentro de la piel, dilatándose la voz y, por un momento, el señor Albuquerque de vuelta dándole a las palancas, la dueña de la tienda de ropa al caballero, tan consciente del peinado que nos obligaba a mirarlo

—El taxi ha cogido un accidente espero que no se haya molestado con el retraso

al tirar la mula al hoyo el ojo del animal mirándonos, con las marcas de la vara de mi padre en los costados, uno de los hijos del regidor albino, al quitarse las gafas oscuras las pestañas transparentes y las órbitas rojas, el regidor

—¿No sabes trabajar más rápido holgazán?

la perra de mi padre atrás y adelante, inquieta, o parándose para aliviar la oreja con el frenesí de una pata, de vez en cuando olisqueaba conejos porque se quedaba inmóvil esperando, tras los abedules roquedos y después de los roquedos la laguna, recuerdo los gansos sobre ella y el patito del sujeto más joven que el señor en el medio, me lo estoy inventando pero no pasa nada, puede ser que los bichos de plástico también emigren, demuéstrenme lo contrario, tuve un juguete de tela que me regaló mi madrina por navidad, un reno, se tiraba de una argolla en la barriga y balaba, que desapareció así, debe de haberse juntado con otros renos en la sierra, o si no mi madre lo tiró a la basura, el caballero a mí, cuando la dueña de la tienda de ropa fue al cuarto a guardar el abrigo

—Mimosa mimosa

por la comisura discreta del bigote, tal vez fuese agradable pasar el índice por los pelos, el señor

—¿Estás gesticulando en el aire?

perdone, señor, no me he dado cuenta, es que muchas cosas, entiende, pasando al mismo tiempo, estoy en el hotel, estoy en el salón en Lisboa, estoy en la casa vacía de mis padres, con las ventanas cerradas, sin una única voz familiar dentro, loza desordenada, una bota en el suelo y las callejas desiertas, la dueña de la tienda de ropa al caballero y a mí

—¿Estáis cotilleando?

cuando llegué a Cascais, el jueves a las tres, el señor no estaba en su mesa, estaba sentado en el otro extremo del despacho junto a las rosas, mirando, cuánto tiempo hace que no lo veía, el vagabundo alejándose en dirección a las dunas, más rápido que de costumbre como si alguien esperándolo, yo que nunca había visto a nadie esperándolo o hablando con él, cuando se dirigían a él fingía no oírlo, los lunes la tía de la dueña de la tienda de ropa, que la crio, nos visitaba intimidada con los muebles, las cortinas, los grabados, sentada al borde de una silla sin atreverse a piar, la dueña de la tienda de ropa le metía unas coronas en la mano a la salida de forma que yo

lo viese, además ni era necesario verlo porque los billetes crepitaban, vivía en el bajo donde habían vivido las dos y sus padres antes que ellas, las zapatillas de los padres, con algo de moho, en la mesilla de noche, y un chal, colgado de un respaldo, al que le faltaban tiras, la dueña de la tienda de ropa levantó una punta del chal y lo dejó caer

—Viví aquí dieciocho años

una muñeca en una estantería, con la mejilla rayada, un toro de cerámica que si le tocabas el hocico aseguraba que sí, la dueña de la tienda de ropa

—Dieciocho años palabra

hasta pedir dinero prestado, nunca me explicó cómo, creo que a un viudo que se encaprichó de ella, y empezar un estanco, un bazar, la tienda de ropa, el viudo, alma cándida, iba firmando las letras, quería casarse, el muy tonto, y la dueña de la tienda de ropa dándole largas con un beso

—Tantas prisas para qué ¿no estamos bien así?

y después la trombosis, la residencia, la pérdida del habla, una llamada

—Su novio la ha espichado

la dueña de la tienda de ropa no fue al entierro, no por falta de amistad

—Pueden acusarme de todo menos de ser ingrata

porque la impresionaba

—Soy alérgica a los cementerios solo de pensar en ellos me pongo enferma
mandó unas flores no muy caras

—Fue exactamente lo mismo que estar allí ¿no te parece?

y, poco a poco

—No te creas que no te hago caso pero es que la vida es así ¿no?

y con fuerza de voluntad

—Dios sabe lo que me cuesta

lo olvidó

—Si no lo olvidásemos esto sería un valle de lágrimas

aunque guardase una fotografía en un cajón anónimo

—La tengo por ahí no sé dónde

o en una caja de cartón entre cosas inútiles, no podía montarme otra vez en la mula, el sonido de los cascos y su respiración, la seguridad de que mi padre a mi lado, en Seixal peces muertos en la superficie de una mancha de aceite y criaturas descalzas, con los calzoncillos enrollados, removiendo miserias con palitos, cáncer, cáncer, la médica gorda, con un vestido horroroso

—Tenemos que estar atentas

no solo al pecho, a los ovarios, al útero, qué mala suerte haber nacido mujeres, el hijo albino del regidor sin cejas ni pestañas, fuera del invierno solo salía de casa por la noche para evitar el sol, ningún compañero en el colegio se atrevía a tocarlo porque podía contagiarse, nos seguía a

distancia, si le llamaban

—Fantasma

empezaba a tirarnos piedras, cuando ya estábamos en Lisboa supimos no sé cómo que se ahorcó en un olmo, el abad le negó una misa

—No es humano

hasta que apareció el regidor con la escopeta

—¿Qué es lo que no es mi hijo?

y el abad asegurándole el cielo en la homilía, en el cementerio, todo el rato, un pájaro invisible cantando en latín y no se estremeció ni un músculo del regidor, al final compró una botella en el supermercado y se la bebió solo sin que lo interrumpiesen, los demás, en el mostrador, del tamaño de él sentado, el dueño del supermercado apagó la radio por respeto de modo que se oían los badajos de los rebaños y el viento de Guincho, el caballero me llamaba a escondidas de la dueña de la tienda de ropa y en cuanto

—Muñeca

yo, inmediatamente

—Se ha equivocado

el señor a mí

—Si me atreviese

y si me atreviese nosotros dos donde no se imaginasen quiénes éramos, sin ayudantes, sin secretarias, sin canturreos, tiene que haber un sitio donde no nos conozcan pero no hay ningún sitio donde no nos conozcan, el regidor a mi padre

—Págame lo de la mula y pégame un tiro amigo

entre la oreja y el ojo, exactamente entre la oreja y el ojo que van a pensar que fueron los gitanos o un compinche del abad, aunque descubran que fuiste tú nadie te fastidia, se alegran, esto en el fondo de la huerta y yo en Lisboa escuchándolos, la dueña de la tienda de ropa, extrañando

—Parece que estás oyendo algo

estoy oyendo algo pero no tiene importancia, dos campesinos, que no valen un duro, cuchicheando, el regidor a mi padre

—Si me lo pidieses te ayudaría

el corral de la mula hecho pedazos, queda la manta en un clavo, la cuerda en el suelo, la argolla, de cogerle el hocico, cayendo del estuco, mi padre abriendo y cerrando la navaja, con la cabeza gacha

—No me pidas eso Gaspar

y el filo torcido, el filo cada vez más torcido, el filo roto

—No me pidas eso Gaspar

en un murmullo, casi en silencio, en silencio

—No puedo Gaspar
el regidor

—¿No matamos a la mula cuando no andaba?
y dos cuervos en un granero graz, el señor a mí

—Donde no nos conozcan

dos cuervos en un granero graznando, no al mismo tiempo, alternos, sin fin, creo que dos
cuervos, estoy seguro de que dos cuervos, el regidor y mi padre dos cuervos, mi padre

—Gaspar
mientras el regidor

—No me ayudas ¿verdad?
y alas agitándose, agitándose, el cuervo más pequeño al cuervo más grande

—Pídeme otra cosa que la hago

todavía la presencia de la mula, una especie de tos, un relincho, la bomba del pozo haciendo
ruido, el regidor a mi padre

—No tengo a nadie más a quien pedírselo

en el momento en que el vagabundo pasaba a su lado sin ni siquiera mirarlos, el doctor a mí

—¿Lo has visto?

y claro que lo he visto, señor, pero no he encontrado ningún ala, tal vez las tape la chaqueta
aunque no crea que un ángel, un extranjero entre Guincho y Cascais, unas veces en la playa, otras
veces en la estación de trenes, despidiéndose de los vagones que no parten, la mayor parte sin
ruedas, viajando en ellos sabe Dios hacia dónde, sentado en uno de los bancos que quedan
mirando por la ventana trozos de vías, hierbas, una locomotora caída en un talud en el que nacían
sauces llorones, el regidor y mi padre frente a frente con la perra dando vueltas alrededor,
sorprendida de que los cuervos, en vez de graznar, un

—Cua cua

flojito, la perra deteniéndose de repente porque un escalofrío de conejo, una agitación en el
matorral y mi padre sorprendido

—¿Cua cua?

mientras no dos cuervos, un pato de plástico, le nacía de la mano.

Cuando no estaba aprendiéndose letras ni ensayando en el estudio con el pianista, arriba y abajo en el teclado, calentando los dedos, después de tirarse de las falanges una a una

—Voy a darte una idea y después decidimos

con estallidos que me destrozaban los nervios, ni dando entrevistas y la dueña de la tienda de ropa retocando las respuestas y obligándome a cambiarme de ropa para cada retrato

—No quiero que el público se imagine que eres una pobretona

cruzando las piernas así, echando hacia delante uno de los hombros, levantando la cabeza, los estallidos de la máquina fotográfica iguales a los estallidos de los dedos y, en cuanto adivinaba que iban a darle al botón, un saltito agobiado, cuando ni el señor ni otros hombres al teléfono, porque había otros hombres al teléfono y a veces los aceptaba, es muy raro que mienta, no por virtud, porque se me nota rápidamente en la cara sin que yo sepa qué cara pongo, por lo tanto si me dejaban un rato en paz cerraba la puerta de la habitación, me tumbaba en la cama y, enseguida, una voz

—Ahí está la vieja rascándose qué pesada

atándome el brazo bajo las sábanas con una venda que me hacía daño de modo que en caso de que pasara a mi lado no podía tocar al vagabundo y comprobar si era un ángel como sugirió una vez el señor, examinando su espalda buscando alas aunque él nunca cerca de nadie, siempre se apartaba, del mismo modo que Dios nunca cerca de mí en ninguna época de mi vida, y ese es otro que no sé muy bien qué le habré hecho para que no me haga caso, al final quién me queda desde que el

—Piojo

de mi abuelo se calló, más el

—Sal de ahí

de mi padre, mi madre, esa

—¿No puedes estarte quieta un minuto?

y no puedo estarme quieta un minuto, señora, fue usted quien decidió que tengo el baile de San Vito, no, ahora aguántese, compre en el supermercado un jarabe que me cure y yo tranquilita en un rincón, seguro que muerta pero tan pequeña que no merece la pena un funeral, se echa a la pala y se tira al cubo, me quedo allí con las cáscaras y un trozo de melocotón, alrededor del hueso, que me da para tres días, se acaba el efecto del jarabe y aquí estoy de nuevo hablando de todo y

tirándole del delantal

—¿No está contenta de verme?

y no estaba contenta de verme, tenía la mirada en el techo con la esperanza de que saliera por el postigo, como los moscardones, y me pirase, con pena de que el cubo no tuviera tapa, para ponerle un ladrillo encima y yo, en lugar de niña, un gusano de la fruta enrollado sobre su propio cuerpo, con mil patitas que ya no se mueven, la voz que me cogió por la muñeca

—Hay que cambiarle el pañal qué rollo

mientras el pianista interrumpía las escalas, las manos dos gaviotas esperando que van a picar, van a picar

—¿Empezamos?

todavía sin los técnicos al otro lado del cristal, solo la dueña de la tienda de ropa y el sujeto más joven que el señor sentados esperando, sin hablar, con una silla en medio porque no estaban de acuerdo con un aumento del contrato y una toalla mojada de un lado a otro entre mi cuerpo y mis piernas

—Qué asco

el pianista debe de haberlo escuchado pero no se enfadó conmigo, paseó despacio por las teclas como por mi pelo, yo calculando cuánto tiempo hace que no me hacían esto, calculando no me han hecho esto nunca, de nuevo con trenzas

—No te enfades con lo que dicen vamos a volver al principio

y, al contrario de lo que yo esperaba, no creo que el vagabundo un ángel, creo que un pobre que vive de limosnas, el fado empezó a salir sin una palabra cambiada, el pianista, diciéndome que sí, curvado hacia delante multiplicando los sonidos, una segunda voz a la primera

—Juraría que le has hecho daño no para de gritar

sin fijarse en la dueña de la tienda de ropa no en el sujeto más joven que el señor al otro lado del cristal, si estuviese allí el señor Albuquerque seguro que satisfecho conmigo, yo, que me olvido de tanta gente, lo que son los caprichos de la memoria, no me he olvidado nunca de él, cuando menos lo espero me viene a la cabeza, tan humilde, sonriendo a pesar de la vesícula y la pérdida de la esposa, el pianis, no la voz

—Si no se calla la vieja te juro que le aplasto el cojín en el hocico

el pianista, quitándose el pelo de la cara

—Casi me has hecho llorar ¿sabes?

yo que no lloro, ni siquiera de niña, quién me ayuda a entender el motivo, las lágrimas no me salían, cuando la muerte de mi abuelo, por ejemplo, ni una sola y Dios sabe lo que me apetecía, la segunda voz acercándose, incrédula

—¿Será cosa mía o el estafermo tiene las mejillas mojadas?

como si estas mejillas se mojasen, menuda tontería, solo porque un recuerdo muy antiguo

—Piojo

venido de la parra me daba la impresión de que estaba en cualquier punto de la habitación, el señor Albuquerque a mí

—Me entiende mejor ahora ¿verdad niña?

solo porque un recuerdo más antiguo que el mío

—Albuquerque

y un cepillo de dientes rosa, que la esposa no se llevó de tan usado, en el mismo vaso en que metía el suyo, donde una Cenicienta estampada, somos tan raros, nosotros, lo que sufrimos por rien, cosas importantes e impávidos, de poca monta y enseguida flojeamos, un cepillo de dientes sin pelos, imagínense, el hueco de una ausencia en el sofá gastado al que no le hemos cambiado los muelles, ponemos la mano encima y todo nudos por dentro, hasta sucede, menuda chorrada, dirigirnos a ellos, hasta sucede, aún más chorra si es posible, convencernos de que responden, el pianista se levantó para abrazarme y, palabra de honor, temblaba

—Tú te quedas para siempre

el médico

—Lo más seguro es que ni nos sienta

se acuerda de mi baile de San Vito, madre, se acuerda de cómo era yo, mi madre todavía rubia o mejor no exactamente rubia, castaña, rubia de niña, le pasó

—No había terminado de cambiar el bajo mantel y me lo manchaba

no sorprendida por mi edad, normal, hablando con las voces

—Era un diablo de niña si tuviera otra igual me mataba

doña Eugénia, desde la tarima, con una mancha de tiza del borrador en la barbilla, eso también se mantiene

—Una gallina pone tres huevos otra gallina cinco ¿cuántos han puesto las dos?

y complicado acertar porque, aunque los escondiesen, los ratones se los comerían o los pisaría el gallo, no he cantado nunca para el señor, que yo sepa no fue a ningún concierto, ni siquiera sé, por cotilleo porque ya es tarde, es más siempre ha sido tarde, lo que le gustó de mí, doña Eugénia en la tarima, limpiándose la mancha de tiza con el pañuelo en lugar de responderme

—La sobrina cogió tres manzanas del manzano y la tía cinco ¿cuántas cogieron las dos?

y aquí dentro, de repente

—Padre padre

es decir no lo veía, solo la palabra

—Padre

es decir veía un olor o una especie de sombra, es decir no veía nada, solamente mi boca, sin que yo interfiriese en ella

—Padre

la segunda voz a la primera

—Acabó con el griterío y ahora llama al padre si dura mucho nos volvemos todos locos ¿ves nuestro destino?

mientras las notaba enredando en los cajones examinando la ropa, apartando el cuadro y encontrando la caja fuerte girando los botones en secreto, observando un retrato en la cómoda

—No era muy fea de joven

con pestañas postizas, demasiadas cremas y el collar con un pendiente de esmeraldas que me regaló el señor, el pecho reconstruido más derecho que el otro

—Los coditos hacia atrás los coditos hacia atrás

la médica gorda, con un vestido horroroso

—Es verdad también hay una protuberancia aquí

proponiéndome

—Vamos a sentarnos y tranquilizarnos un momento que a veces la tensión nos hace equivocarnos

cada cual a su lado de la mesa, en silencio, intentando no mirarnos la una a la otra, la médica gorda, con un vestido horroroso, hojeando, sin verla, la agenda de las citas, me daba la impresión de que a puntito de una confidencia porque abrió la boca y la cerró de inmediato meneando la cabeza, yo demasiado consciente de mi cuerpo como para tranquilizar nada de nada, dos o tres libros de medicina en una estantería que necesitaba un paño, un delfín cromado, un trébol de cuatro hojas, de aluminio, en un jarroncito y me dio pena ella al imaginármela, por la mañana, pesándose en ayunas después de quitarse las zapatillas, los números, en la ventanita de la balanza, que no bajan, se inclinaba a la izquierda y perdía medio kilo, se inclinaba a la derecha y ganaba dos rayitas entre el esmalte marrón de las uñas de los pies que necesitaban un retoque pero a quién le importaban los pies, apoyaba los talones, uno tras otro, en el bidé, incluso con las gafas de ver de cerca, el pincel fallaba y el algodón de la acetona incapaz de corregirlo, por no mencionar la rodilla doblada molestando a la barriga y la mano libre agarrada al grifo del lavabo, al del agua fría, no muy segura que los fontaneros no sirven para nada y decidida a mojarla, que la parta un rayo, con el miedo a perder el equilibrio se levantó de la mesa en un chirrido de bisagras que no pude distinguir si de la silla o suyos, puesto que huesos, tendones y tornillos todo mezclado, además de una viga de madera desencajándose y yo con los coditos hacia atrás, con los coditos hacia atrás, mis manos, entrelazadas en la nuca, húmedas de pánico mientras la médica gorda, con un vestido horroroso, me comprimía mirando la pared sobre mi hombro, con los ojos aguzados

—Hay una mancha de humedad ahí qué coñazo ¿qué hay en esta consulta que no se esté cayendo en pedazos?

como cayó en pedazos el pianista, unos meses después, en el estudio, acababa de estallarse la última falange y de colocar el banquito, estirando y encogiendo los dedos, con la dueña de la

tienda de ropa y el sujeto más joven que el señor al otro lado del cristal, sin el sitio vacío entre ellos por haber acabado el contrato y yo adivinando que por la noche ambos cómplices sobre los guijarros de la playa y las porciones de luna separadas o unidas, desafortunadamente el patito olvidado en la bañera, la dueña de la tienda de ropa dando con él, sorprendida

—¿Tienes un hijo pequeño?

el sujeto más joven que el señor metiéndolo de inmediato en el armarito de las medicinas, tumbando el frasco del alcohol

—Un sobrino

con la dueña de la tienda de ropa, compadecida

—Debes de vértelas negras con él que ya le ha arrancado un ojo

afortunadamente sin reparar en los surcos del plástico y en los colores desteñidos, satisfecha por estar con el sujeto más joven que el señor, a los sesenta y un años cuánto tiempo hace que ningún hombre, qué le parecerá mi cuerpo, si apagase antes la luz, dejando solo encendida la de la entrada, que es débil, además con una pantalla de mimbre, dónde va con tan mal gusto, Dios mío, los pantalones que no van con la camisa, el perfume que no va con la piel, el pianista terminó de estallarse la última falange y de colocar el banquito, estirando y encogiendo los dedos, cuando entró sonriendo el diseñador de joyas, recordándome a mi padre llegando del corral enfadado con la mula, tranquilo, sin prisa, al entrar así en casa, harto de vino, mi madre levantaba una bandeja para defenderse

—No me pegues

y yo en el muro de la huerta, cerca del hueco por donde podía escaparme a la carretera, tapándome las orejas mientras corría hasta el centro del pueblo, en enero tropezando en el barro, con los desniveles, las piedras, mientras mi padre a mi madre y a la mula

—Grandísimas putas

resbalándose en el interior de sí mismo, levantándose, resbalándose otra vez, siempre me gustó el pianista como siempre me gustó el diseñador de joyas, tan amable conmigo, tan bueno, y la lente que viajaba entre el ojo y la cabeza, si por casualidad no me entendía una frase la levantaba

—¿Perdón?

distrayéndose de la pieza, me regaló una pulsera

—Guárdatela antes de que me arrepienta

me regaló dos anillos

—Con la esperanza de que no te olvides de mí

se pintaba la cara y una línea en los párpados, fue la única persona en todo el mundo que me trató por

—Hija

y se lo agradezco, nadie en mi casa

—Hija

a mí, nació allí y ya está, formaba parte de aquello como las crías o el pomar y eso era todo, el diseñador de joyas, al otro lado del cristal, después de saludar a la dueña de la tienda de ropa y al sujeto más joven que el señor, mirando a la pianista, que seguía estirando y encogiendo los dedos, aumentando la sonrisa

—Emilio

a medida que el otro, sin prestarle atención, regulaba la claridad sobre la pauta, el diseñador de joyas, con la boca pegada al cristal, no pegada pegada, casi pegada al cristal

—No puedo más Emilio

en el instante en que el pianista levantó la barbilla

—¿Lista?

aunque me pareciese que no sé qué en él vacilaba, no sé qué en él con miedo, las arrugas de los lados de la boca más profundas pero quizá estaba equivocada, como quizá estaba equivocada al decir que una vena palpitando en el cuello, el diseñador de joyas, ahora sí, con la boca pegada pegada al cristal, con la dueña de la tienda de ropa aumentando despacito, en lo que parecía el principio de un sollozo, el diseñador de joyas

—No me ofreces ninguna solución Emilio

también qué les costaba a mis padres haberme llamado

—Hija

una vez o dos, a lo largo de los años en que estuve con ellos, sería suficiente para contentarme, su

—Piojo

me consoló en parte, abuelo, pero no se lo tome a mal, no es nada contra usted, entiéndalo por favor, no se enfade conmigo, no era suficiente, el sujeto más joven que el señor también de pie dudando, estirándose hacia el teléfono interno llamando no sé a quién, el pianista empezó a trasegar las teclas, con los párpados caídos, sin fijarse por dónde iba la música y los sonidos parecían gotitas de lluvia que se desvanecen al caer, transparentes, redondas, sin llegar al suelo, si pasease entre ellas no me mojaría, claro, un frescor, una alegría, el diseñador de joyas rebuscando en el bolsillo de la chaqueta, sacando algo que se agarraba dentro

—Disculpa Emilio

y salió con ímpetu, no un patito de juguete, no un delfín cromado, no la médica gorda, con un vestido horroroso

—Hay que estudiar mejor esto

sin que yo supiera si hablaba de mí o de la mancha de humedad en la pared, que la molestaba más y se entiende, albañil, ripio, martillazos, el diseñador de joyas no un patito de juguete, no un delfín cromado, una pistola, la primera voz a la segunda

—La ruina no se toca qué alivio se ha dormido

y nada de dormirme, esperaba la señal del pianista para empezar a cantar, tres compases, dos compases, un compás, y empecé en el instante en que el primer tiro destruyó el cristal sin interrumpirme, como no interrumpió la lluvia, ni la médica gorda, con un vestido horroroso

—Hay que estudiar mejor las imágenes

ni el señor

—Niña

ni mi padre, a unos metros de la viña, cavando, un hombre apareció al otro lado del cristal

—Que se joda

a medida que Emilio se doblaba sobre sí mismo, no cayó, se limitó a doblarse sobre sí mismo, lentamente, en paz, la mancha de humedad en la pared de la consulta más peligrosa que el cáncer, me pregunto si, en caso de que me operen, también martillazos, soldadura, un tubo de plomo sustituyendo al cáncer, el hombre le quitó la pistola al diseñador de joyas que insistía

—Seguro que me disculpas Emilio

con la dueña de la tienda de ropa escondida en los brazos y el sujeto más joven que el señor

—No quiero aquí periódicos no quiero aquí periódicos

de manera que, la semana siguiente, otro acompañante, que no se estallaba las falanges, porque la vida es como un carrusel, no espera, nueva vuelta nuevo viaje este viaje se ha terminado y los animales pintados, búfalos, tigres, venados, seguirán girando para siempre, agitados, medio sueltos, impávidos, intenté no ver a la dueña de la tienda de ropa abofeteando al diseñador de joyas, que ni siquiera se defendió, pero la vi, los pantalones de él cuadros marrones y amarillos, la blusa escarlata, el pelo teñido casi de rosa, para qué vestirse así, tan arcoíris, con la gente, en la calle, burlándose, la sensación de que deseaba castigarse por haber abandonado a la mujer convirtiéndose en una marioneta que se ofrece al desprecio de los demás, al llevárselo susurró

—Hija

al cruzarse conmigo, creo que solo lo escuchamos él y yo y, por extraño que parezca, no me importaría ser su hija, vivir con él en el estudio pequeñito, verlo, con la lente en la órbita, fabricando maravillas, rodeado de piedrecitas de colores, con un gato gris, casi plateado, cabeceando sobre la mesa, al día siguiente amaneció en la cárcel con una bolsa de plástico atada al cuello y el cuerpo igual al de los juguetes rotos en el suelo, qué habrá sido del gato, el nuevo acompañante se llamaba Señor Macedo, con un cigarro por encender eternamente en la boca, no en medio de la cara, en el carrillo derecho, para que el humo que no había no impidiese las teclas, al pasar las hojas de la partitura se lamía el pulgar y me costaba darle la mano por la saliva, me la secaba a toda máquina, a escondidas, en la falda, el Señor Macedo ya nietos y una esposa española que bailó en el teatro, no en segunda fila, en primera, con penachos, los guardaron en casa, azules, rojos, amarillos, adornando un jarrón, el sujeto más joven que el señor, echando de

menos a Emílio

—Más corazón ahí Macedo acentúa el estribillo

el Señor Macedo sudando, con el terror a perder el empleo puesto que la esposa, acabado el teatro por culpa de la espalda, unos trabajitos de costura mal pagados, la dueña de la tienda de ropa, al sujeto más joven que el señor, que se oía en los altavoces del estudio

—Macedo no nos sirve

y el Señor Macedo pisando las teclas, el pobre, y equivocándose en los res, el cuello de la camisa raído, los codos con brillo, el único traje de mi padre, el de los entierros, así, cuánto tiempo hace que el señor no me llama a Cascais, el médico, a las voces

—¿No se ha rascado la desgraciada?

y ni se ha rascado ni ha comido, media docena de cucharadas de puré, como mucho, y más de la mitad se le cae por la barbilla, está más delgada, se ha dado cuenta, mire los huesos salidos, el señor a mí, y entendiendo su ausencia, el silencio

—¿En serio que esta eres tú?

tapándome con la sábana y alejándose, no esperaba que el Señor Macedo tan agobiado al despedirlo, con el dinero cerrado en el puño, sin guardárselo en los pantalones

—¿No me dan una oportunidad?

con el cigarro plantado en el carrillo temblando, pidió permiso para sentarse, pidió un vaso de agua y se atragantó con el agua, el cordón del zapato izquierdo diferente del derecho, la corbata, yo que no lo esperaba, una sirena estampada, el médico a las voces que se le acercaban, con curiosidad

—¿Son así los pianistas?

y dos palomas en el alféizar de la ventana, una con una corteza de pan en el pico, a medida que el Señor Macedo empezaba a andar hacia la puerta, debajo de las palomas gaviotas, debajo de las gaviotas el Tajo, fijese lo bonito que es Lisboa, Señor Macedo, ánimo, este sol, esta luz, estos colores, ni en Italia encuentra algo así, se lo aseguro, disfrute el paisaje, amigo, por noviembre llueve pero escuchar la lluvia en casa, bien abrigado, con una mantita sobre las piernas, reconforta, se siente la paz del hogar, acogedora, serena, con la confianza de que no nos vamos a morir nunca, se muere el padre, se muere la madre, es la vida, tenemos pena, etcétera, pero nosotros seguimos, con una bolsa de agua caliente se alivia el problema de la espalda, qué más se puede pedir, ahí va el Señor Macedo por la calle, a pata, ahorrando en el transporte, o sea ahorra en el transporte pero gasta en suelas lo que acaba siendo una cosa por la otra, el quinto piso sin ascensor, setenta y seis años, casi setenta y siete, al menos hasta ahí ha llegado, viva el viejo, consuélase, en medio de esto, el piano de Emílio emocionándose y mi voz alzándose poco a poco de las notas, ganando cuerpo, aumentando

—El brazo de la criatura se ha soltado no sé cómo cogerla deprisa antes de que vuelva a

rascarse

y no solo un brazo, mis dos brazos abiertos mientras el público me tira rosas y rosas, el sujeto más joven que el señor a la dueña de la tienda de ropa, observando en la oscuridad del escenario

—La mina que tenemos aquí

hacer obras en el apartamento de la playa, no, construir uno más grande y en un sitio más caro, el Señor Macedo contando el dinero

—¿Solo?

la esposa sobre la costura, esperando

—¿Cuánto?

quitándoselo de la mano

—A lo mejor te has equivocado

y, por una vez, no se equivocó, no está senil, vaya, la esposa, devolviéndoselo

—¿Solo?

igualmente, es lo que tiene cohabitar mucho tiempo con la misma persona, sin darnos cuenta nos vamos haciendo gemelos y, encima, del mismo sexo, que no es ninguno de los que teníamos ni siquiera un tercero, es una ausencia de carne, vísceras sin relación entre sí, algunos dientes dispersos que se escaparon de las encías y muerden en la barriga, en el pecho, seguirá el tenis en Cascais, los sábados, la figura en la cortina, el vagabundo regresando a los pinos, cuya edad no cambia, como no cambia su prisa ni la indiferencia por nosotros, el médico a las voces

—En caso de pensar ¿qué pensará ella?

y no piensa, doctor, observa las rosas cayéndole alrededor, saluda, da las gracias, señala a los guitarristas que también dan las gracias, apagados, discretos, colocando los instrumentos a la altura del pecho, el silencio, algunos ruidos de pies, algunos carraspeos, algunos respaldos de silla volviendo a su sitio, los focos solo en el escenario hasta que un único foco en mí y yo ciega, el guitarrista ajustando un bordón, deteniéndose, haciéndole gestos a su compañero, rompiendo el mundo por la mitad y mi garganta naciendo no pausada, de repente, el Señor Macedo raspó la lata del café con el cuchillo para beber trocitos de óxido a medias con su esposa, ella en el taburete y él en la silla, simétricos como gemelos, convertidos en el espejo el uno del otro, la esposa del Señor Macedo al Señor Macedo

—¿Y después?

y después se acabó, mira, teníamos que espicharla un día verdad, mañana comemos con el dinero del estudio, después nos comemos el uno al otro y ya está, después de zamparnos los plumones del jarrón que aunque mustios algún gusto tendrán, el médico, inclinado sobre mí

—A mis padres le encantaba

mientras a mi padre le encantaba la mula

—Putá

y, si yo en frente o ni en frente, lejos

—Sal de ahí

sin ocupar espacio, no he ocupado nunca mucho espacio excepto cuando cantaba, tenían que buscarme, incluso estando allí, para dar conmigo

—¿Dónde está la niña?

tardando en encontrarme en casa, o en la huerta, o abajo en el pozo, media docena de árboles que nadie cuidaba, con algunos pájaros que bajaban de la sierra picoteando cerezas y un gato esperándolos, díganme un gato que tenga dueño, no hay uno solo que pertenezca a alguien, incluso con nosotros en la cocina no están con nosotros, cuando me volvió a llamar el señor lo encontré no en su mesa, en el sofá, junto a las rosas, mirando la ventana alta sin cortina, vacía, el empleado de la chaqueta blanca que sustituyó a Marçal, con un hilo de voz

—No le diga nada niña

el señor

—Siéntate por ahí chica

sin prestarme atención ni coger el teléfono ni preocuparse con los papeles, la médica gorda, con un vestido horroroso, dándome las pruebas

—Vamos a espaciar las revisiones de seis en seis meses

con la mancha de humedad tapada con una mancha de pintura más oscura y la fotografía de la hija sustituida por el retrato de un bebé con una toca, no recuerdo haber visto ninguna reproducción mía de niña, o sea lo recuerdo, yo con el hábito de la primera comunión, la raya al medio, muy fea, cogiendo un lirio torcido, con las punteras de los zapatos hacia dentro, casi llorando con miedo de la máquina, el tiempo me hizo desaparecer de la película hasta que mi padre la rompió cuando se mantenía uno solo de los zapatos y alrededor una niebla, mi madre, indecisa

—¿Habré tenido una hija?

y tampoco estoy segura, me hartó de pensar y no llego a ninguna conclusión, qué sé yo, en eso somos parecidas, el señor a mí

—¿Ves la ventana vacía?

la ventana vacía, la concha de la Venus casi sin gotas, la dueña de la tienda de ropa, con bastón

—Esta cadera

desplazándose con impulsos de soldadito de cuerda, con mis perlas balanceándose en las orejas, la última vez que el sujeto más joven que el señor me llevó al apartamento de la playa vi las porciones de luna y los guijarros, no vi el patito

—¿Qué le ha pasado a tu bicho?

el sujeto más joven que el señor mintiéndome porque cuando nos mienten la voz baja un escalón

—Tengo que buscarlo

sin mover un dedo mientras yo pensaba en lo que nos ha pasado a todos, lo que nos pasa, hasta al vagabundo quieto, en la carretera de Guincho, en cuclillas sobre un mojón, el señor

—Quería que vinieses para despedirme de ti

al mismo tiempo que el público iba entrando en la sala de conciertos, decenas de personas, docenas de personas, cientos de personas con tantas rosas, Dios mío, mientras me hacían entrar por las traseras

—Deprisa deprisa

después de arrimar el automóvil a la puerta e incluso así aplausos, álbumes de autógrafos, periodistas, criaturas empujándose intentando tocarme, una señora casi de rodillas

—Por lo menos deme un beso

yo corriendo por el pasillo hasta el camerino, con cinco o seis empleados delante, a mi lado, atrás, quitando gente de en medio, dando codazos, ordenando

—Dejen paso

creo que mi blusa ro, el señor no a mí, a la ventana alta

—Quería que vinieses para despedirme de ti

estoy segura de que mi blusa rota, una de las medias con un punto, el peinado deshecho, sentarme en la silla delante del espejo, descansar, si pudiera dormir cinco minutos, si pudiera estar sola pero el maquillaje, pero la ropa, cuál de los collares, qué anillos, qué zapatos, el sujeto más joven que el señor sacándose el patito del bolsillo y poniéndomelo en la mano

—Cuando entres en escena me lo devuelves

a su lado mi abuelo

—Piojo

al lado de mi abuelo el diseñador de joyas

—Hija

y yo, aunque sentada, corriendo bajo la lluvia sin mojarme nunca, segura de que el vagabundo esperándome fuera, de que mi padre conmigo en la mula y su respiración en mis trenzas, la dueña de la tienda de ropa levantando el bastón

—Faltan diez minutos para entrar en escena

y el rumor de la platea aumentando, dejando guijarros, llevándose guijarros, tirándomelos y recogéndolos, las porciones de la luna iluminando la oscuridad, porciones plateadas, reflejos, un guitarrista afinando una cuerda, el otro examinando los bordones, mi vestido negro mis medias negras, mi broche rojo, mi pelo perfecto, el sujeto más joven que el señor quitándome el patito

—Ya no lo necesitas

y ya no lo necesito, es verdad, póngalo de nuevo en la bañera, como no necesito al señor, ni a doña Eugénia en la tarima, con una mancha de tiza en la barbilla

—Una gallina pone tres huevos otra gallina cinco ¿cuántos han puesto las dos?

ni el bastón de la dueña de la tienda de ropa avisando

—Menos de dos minutos

mientras comprime la cadera con la esperanza de aliviarse y, a su edad, qué alivio, a mi edad qué alivio, la primera voz, aunque el médico inclinado sobre mí

—A mis padres le encantaba

la primera voz casi dándome en la cara, dándome en la cara, por qué me da en la cara, no se da en la cara

—Se han soltado las vendas y va a rascarse la imbécil

pero al contrario de lo que ella se creía no me rasqué, me levanté para que me quitaran una arruga en el hombro y me la quitaron, comprobaban el cierre del collar y lo comprobaron, ayudarme a colocarme el chal y me ayudaron, los guitarristas, antes que yo en el escenario, empezando a tocar ligeramente las cuerdas y a enriquecer el sonido, la dueña de la tienda de ropa

—Entra

y la cortina que me separaba del público apartándose de golpe, el sujeto más joven que el señor enseñándome el patito asintiendo y tanta luz, Dios mío, tanto público, tantas rosas cayendo y yo sola esperando el silencio, pensando

—¿Durante cuánto tiempo voy a esperar el silencio?

no mirándolos a ellos, mirando una ventana alta, sin cortina, vacía, con la sensación de estar mirando el interior de mí misma sin encontrar nada excepto al señor en su despacho, ordenándole al chófer que le trajera el automóvil y siguiendo con él no le interesaba hacia dónde

—La primera carretera que encuentres da igual pero no te pares

dejar pasar a los guitarristas una vez, dos veces, con la dueña de la tienda de ropa agitando el bastón, el sujeto más joven que el señor enseñándome el patito preguntando

—¿No empiezas no empiezas?

los huevos de doña Eugénia que no era capaz de sumar hasta que un murmullo en mí, sílabas dispersas que se transformaban en palabras y las palabras dilatándose, un

—Bravo

en el teatro, creo que a la derecha, creo que en el techo, creo que en todas partes, el automóvil del señor con el señor al chófer

—Más deprisa

casi golpeándole el cuello

—Más deprisa

golpeándole el cuello

—Más deprisa

y ciento veinte, ciento treinta, ciento cuarenta, el roble donde terminaron los ciento cuarenta y mi voz callada, cubierta de flores, en el interior de una torre desierta.

El lenguaje sagaz y el manejo exquisito de la memoria de António Lobo Antunes nos sumergen dentro de los dilemas morales que la corrupción y el poder conllevan en la polifónica *De la naturaleza de los dioses*.



Fátima, una modesta librera de Cascais, conoce una anciana a la que entrega libros en su mansión cerca del mar. Pero lo que la mujer busca no son lecturas, sino un interlocutor a su narración. Fátima se convierte, contra todo pronóstico, en su confidente. El discurso desesperado y urgente de la anciana, construido sobre palabras que reconoce huecas, dibuja el relato de la ascensión económica de su padre y de las consecuencias que su figura tuvo en todos los que vivieron su imperio y su poder. La misma mansión que acoge el eco de esos recuerdos fue el escenario fastuoso de la lenta ruina económica de la familia, una ruina que se conjuga con la que la vejez causa en el cuerpo y que empapa de melancolía y humanidad las distintas voces de esta novela.

Lobo Antunes, uno de los más grandes narradores de la lengua portuguesa, indaga en el poder y en la pérdida de significado de palabras manidas por su uso: *amor y pasión* no significan amor y pasión. El lenguaje aparece roto, estropeado, y abandona a los personajes a una existencia afásica.

«Las escenas de Lobo Antunes están animadas por la poesía de lo cotidiano y teñidas de la autoparodia más fina.»

J. M. COETZEE

«El heredero de Conrad y Faulkner.»

GEORGE STEINER

«Un autor con una facilidad prodigiosa para atrapar obras maestras, que dentro de cinco mil años en arcilla o polvo de estrellas, continuará siendo leído con pasión.»

El País

«Lobo Antunes muestra empatía hacia las contradicciones de los sentimientos humanos. Es un escritor de sangre caliente.»

The New York Times Book Review

«Uno de los retratistas psicológicos más hábiles.»

The New Yorker

«A la pericia del escritor, en la forma en que deja que la narración siga su curso, permitiendo a la mano que escribe ir detrás del hilo de las historias que se acumulan en su imparable carrusel mental, se añade una fuerza centrípeta que mantiene la cohesión del edificio, confiriéndole solidez y sentido.»

Expresso

«Si nada cambia en este país, António Lobo Antunes es un cicerón de aquello que constantemente cambia: la naturaleza de la novela como un camino perceptible para rescatar el pasado perdido y/o "robado" y para, a través de este, imaginar otra naturaleza para las cosas y para los sueños.»

Jornal de Letras

«Un maestro navegador de la psique humana... Una mezcla de la voz de Nabokov, Cortázar, Gogol y Dylan.»

JONATHAN LEVI, *Los Angeles Times Book Review*

«Quizás el mejor autor vivo de Portugal... Un genio.»

ALAN KAUFMAN, *San Francisco Chronicle Book Review*

«Sin duda, Antunes es un autor que merece la pena por su talento literario y sus percepciones sobre la historia, geografía y carácter nacional de Portugal.»

Publishers Weekly

António Lobo Antunes nació en Lisboa en 1942. Tras estudiar la carrera de Medicina, sirvió en el ejército portugués durante la guerra de Angola. Su experiencia vital durante ese periodo marcó su destino y su posterior carrera. Tras su regreso a Lisboa, y después de abandonar la profesión de psiquiatra, Lobo Antunes se dedicó a desarrollar una carrera literaria de extraordinaria brillantez y ambición. Es considerado por muchos críticos como uno de los escritores vivos más importantes, además de ser uno de los más firmes candidatos a la obtención del Premio Nobel de Literatura. Su obra ha sido galardonada con el Premio Rosalía de Castro del PEN Club gallego, el Premio de Literatura Europea del Estado austríaco, el Jerusalén en 2004, el Camões (el principal galardón en lengua portuguesa) en 2007, el FIL de Literatura en Lenguas Romances y la condecoración Comendador de la Orden de las Artes y las Letras Francesa en 2008 y el Premio Internacional Nonino en 2014.

En su vasta obra destacan títulos como *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* (2004), *Yo he de amar una piedra* (2005), *Ayer no te vi en Babilonia* (2007), *Mi nombre es Legión* (2009), *El archipiélago del insomnio* (2010), *¿Qué caballos son aquellos que hacen sombra en el mar?* (2012), *Tercer libro de crónicas* (2013), *Sobre los ríos que van* (2014), *Comisión de las lágrimas* (2015), *No es media noche quien quiere* (2017) y *De la naturaleza de los dioses* (2019), todos ellos publicados en Literatura Random House.

Título original: *Da natureza dos deuses*

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2015, António Lobo Antunes

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Antonio Sáez Delgado, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Joel Vaccaro

Imagen de portada: David Curtis / Millennium Images UK

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3668-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

De la naturaleza de los dioses

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Tercera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Cuarta parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Sobre este libro

Sobre António Lobo Antunes

Créditos